FRANK G. SLAUGHTER



En un jardín oscuro



Lectulandia

Al acabar sus estudios de Medicina en Europa, Julián Chisholm regresa a los Estados Unidos, su patria, que en aquellos momentos se agita en plena Guerra de Secesión, y se alista en el bando confederado. Sus esfuerzos por infundir los entonces innovadores procedimientos en materia de Cirugía, sus aventuras amorosas y, sobre todo, las peripecias de su ocasional matrimonio, cautivan la atención del lector ya desde el primer instante. En esta obra, como en muchas de las suyas, el autor no puede olvidar que, además de escritor, es médico de profesión.

Lectulandia

Frank G. Slaughter

En un jardín oscuro

ePub r1.0
Big Bang 01.01.15

Título original: *In a Dark Garden*
Frank G. Slaughter, 1960
Traducción: Zoe de Godoy
Retoque de cubierta: Big Bang

Editor digital: Big Bang
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO PRIMERO
GLASGOW

1

Al llegar a mitad de la fea calle empedrada, se volvió para mirar atrás. El coche de alquiler, semejante, entre la niebla, a una enorme calabaza, aguardaba a la puerta de la posada. El pavimento descendía delante de él, hasta la orilla del agua; la misma capa grisácea, como algodón, se cernía sobre el río. El joven bajó lentamente la cuesta, recibiendo con placer el mordisco del frío en los pulmones.

Aquella tarde, la humedad lustraba los guijarros de la calle desde el tono castaño al negro oleoso; aclaraba los enjutos lomos de los caballos, salpicaba de lentejuelas líquidas las patillas de los sudorosos mandaderos colocados a la puerta de los almacenes. Los mismos muelles ofrecían un aspecto fantasmal, pero se proseguía la carga a pesar del mal tiempo; se continuaría efectuando hasta que zarpara el último barco. Muchos esperaban todavía en la lóbrega parte baja del río, deseosos de tomar parte en ella. Era el otoño de 1862 y Glasgow hervía desde la orilla del Clyde hasta el[1] en las idas y venidas de la operación de la carga. Poco les importaba a aquellos capitanes de hierro que la guerra a que servían se hallase separada de ellos por todo un océano.

Julián Chisholm los maldijo y se internó más en la niebla escocesa. Se le ocurrió maldecir también su propia extraña diligencia, pero resistió al saludable impulso. Hacía tiempo ya que no se miraba a los ojos en el espejo, y había ordenado a su mente que dejara de cavilar pues la niebla se ajustaba como un grueso guante mojado a su peculiar estado de ánimo.

Horas como aquélla le ayudaban a enfocar el exterior. Había aprendido a hacerlo así desde largo tiempo atrás. Ahora, por ejemplo, pensaba en el clíper que debía llevarle al día siguiente a las Bahamas…, si es que por fin se decidía a partir. Justamente distinguía su palo mayor sobresaliendo de los cobertizos instalados a lo largo del río. El *Nueva Providencia* se hallaba cómodamente reclinado en sus amarras, pero incluso para un hombre habituado a vivir exclusivamente en tierra, hubiera sido evidente que se disponía a hacerse a la mar…

Julián se detuvo junto al bauprés y admiró las líneas del viejo navío, antigua reliquia del comercio con China. Soportaba bien el peso de los años, aun cuando cada uno de sus mamparos crujiría, seguramente, cuando comenzara a navegar: éste es el destino de los buques que vuelven del cementerio para que sus amos puedan ganarse unos peniques honradamente. Julián acarició el mascarón de proa (muy respetable con su sombrero de copa y su bíblica barba) y bajó por el muelle hasta situarse bajo popa. El puente de guindaste se esfumaba en la niebla por encima de su cabeza. Era una pantalla adecuada para un hombre que ni siquiera tenía idea de lo que iba a hacer. Allí, sumergido en la sombra proyectada por el clíper, le parecía increíble su marcha a Nassau el día siguiente. Hubiera sido mucho más lógico aguardar en Glasgow que acudir a una entrevista con una mujer desconocida.

Claro que «entrevista» no era la palabra adecuada, ni la que mejor podía aplicarse a su futuro encuentro con la señora Kirby Anderson. Ella no podía tener la menor idea de su presencia allí, en el muelle, en aquellos momentos… hasta que no se dirigiera en coche a él. Pero le había sonreído, hacía tres días, cuando se tropezaron en la escalera de la posada, y si él se adelantaba y le hablaba, ella le recordaría al momento.

Aquella sonrisa le llevó, siguiéndola, hasta la calle de Argyll, donde la vio meterse en el coche de alquiler. La calle estaba llena de gente y pudo seguirla hasta el muelle…, en el que se detuvo para verla subir a bordo del clíper. El día anterior había repetido la táctica del cazador que trata de mostrarse paciente por un instante. Pero se prometía llegar a un resultado, pues albergaba la convicción de que el deseo de ella de llegar más allá de una mera sonrisa no era menor que el suyo.

La señora Kirby Anderson. La viuda de un mayor de la CSA. La que se disponía a dirigirse por mar a Nassau para poner en orden los asuntos del difunto marido. Esto era todo lo que sabía de su historia: lo que se murmuraba en el *fumoir* de la posada. En su calidad de mujer acomodada —la más rica del clíper— había tomado para el viaje el departamento del capitán Shea; y era muy natural que todas las tardes subiera a bordo del buque para arreglar su camarote… Era natural también que se hubiera colocado un piano en la serie de habitaciones que ocupaba en la posada, y que tocara brillantemente, por espacio de una hora, todos los días, antes de comer; y que Swanson, su administrador, se mostrase orgulloso de acompañarla también todos los días hasta el comedor.

En suma: la viuda tenía un aspecto virtuoso y muy atrayente. Pero con más experiencia de la que prometían sus años. Julián Chisholm no hacía caso de ella desde algún tiempo atrás. La invitación que leía en los ojos de la viuda era tan real como el brillo cobrizo de sus cabellos, como la franca seducción de los cálidos y blancos hombros, las lisas caderas y la fina cintura, que debía poquísimo a las ballenas de corsé. A juzgar por su exterior (y, ¿quién era capaz de juzgarlo mejor que él, doctorado en Viena y con un título en el bolsillo?), el cuerpo de la señora Kirby Anderson estaba hecho para el amor… Mediante la conveniente aproximación, ¿podría constituir un antídoto de Lucy Sprague?

Lucy y su marido habían tomado semanas antes el paquebote que se dirigía al Oeste; gracias a la misión particular de Víctor Sprague en las Bahamas se hallarían instalados ya en Nassau cuando atracara a su muelle el *Nueva Providencia*. No era una novedad que su corazón saltara al influjo de este pensamiento; al planear la seducción de la señora Kirby, Julián, obedecía a la teoría de que un clavo saca otro clavo. Al fin y al cabo tendría que volver a ver a Lucy algún día. Y era ridículo que aún no se hubiera decidido a pagar a Shea algo más que un anticipo sobre su camarote.

«Byron —se dijo con firmeza— está bien enterado. El *hombre fatal* de Byron desempeña un papel anticuado, tristemente pasado de moda. Sobre todo si se trata de

un hombre como yo, que lleva los puños deshilachados y que tiene en la vida un objetivo peculiarmente propio. Y, sin embargo, él había desempeñado aquel papel por espacio de años enteros. Lo desempeñó hasta el fin, o sea, hasta llegar a Glasgow para asistir a las *lecturas* de Lister…, y se quedó en la dudad porque la compañía de Whit Cameron se le hacía soportable. ¡Cuánto había luchado allí por disipar el ansia que sentía de tomar un barco cualquiera, el primero que se presentara, con tal de que melera rumbo a Nassau y a Lucy…! Hacía tres años que había interpuesto por segunda vez un océano entre *los dos. Que* había reanudado sus cursos de Medicina, que se empeñaba en convencerse de que los americanos no arruinan su vida por ninguna mujer. No, ni siquiera los más románticos del Sur. Y ahora, al fin, podía creer que aquellos años de adoración no habían transcurrido en vano; él había nacido con manos de cirujano, aun cuando no le acompañase la suerte en el amor».

Mientras recibió dinero de Chisholm Hundred compitió en habilidad con los mismos maestros cirujanos. Pasó de Rotunda, en Berlín, a Semmelweis, en la gran clínica de Budapest; del «Hotel Dieu», junto al Sena, a la fétida atmósfera de las Allgemeines Krankenhaus de Viena, donde obtuvo el título definitivo. Glasgow era el final de todo aquello, lo mismo que había sido su principio. Podía ya dar la espalda a los viejos edificios de la Universidad como hombre que se siente seguro de volver de veras esta vez a su patria.

Aquella misma noche iba a asistir a la última *lectura*. Ya era hora de que se dispusiera a aportar su *granito* de arena a la guerra.

¿Tendría valor para ponerse delante de Lucy en su bella casa de Nassau y decírselo así?

Se volvió al oír el rodar de un coche entre la niebla y se halló ante la señora Anderson, que en aquel momento preciso abría la portezuela y ponía el piececito, calzado con sandalia, en el estribo.

Llevaba pelliza de capucha cerrada hasta la barbilla; allí en la oscuridad, parecía una monja y más baja de estatura de lo que él recordaba. Al descender al muelle, la capucha cayó atrás, dejando al descubierto la cobriza aureola de los cabellos, rizados en bucles por la humedad. Le miró un momento sin dar muestras de reconocerle, estrategia que el joven aplaudió en su interior mientras se quitaba el sombrero de castor muy usado, y le ofrecía su mano.

Entonces descubrió que eran de igual estatura, después de todo; que los oscuros ojos de ella, en contraste con la palidez de su rostro, le miraban con interés. Su boca —demasiado grande quizá para ser bella— de gordezuelos labios ¿pintados?, reprimieron una sonrisa. El joven la acompañó hasta la escalerilla del clíper, dándose cuenta de que ella soportaba mejor que él el encuentro.

—¿El doctor Chisholm?

—Servidor.

—¿Le sorprende que le llame por su apellido?

—Un poco.

—Como vamos a ser compañeros de viaje…

Esta vez no cabía dudarlo. Sonreía, mientras apoyada en la escalerilla le miraba a los ojos.

—Estoy dando los últimos toques a mi camarote. ¿Quiere subir a bordo… para decirme si lo hago bien?

A Julián le habían enseñado a saludar, de manera aceptable, aun desde antes de aprender a andar, y el saludo le sirvió ahora para disimular su pánico cuando, al adelantar un paso, aspiró el perfume que la dama llevaba. Entonces creyó verla desaparecer en la niebla y, riendo, Lucy Sprague ocupó su lugar.

Lucy se había perfumado con heliotropo la última noche que pasaron los dos juntos en Londres. (Había ocasiones en que un detalle más insignificante que éste le era suficiente para evocarla). Riendo, se mantuvo de pie, delante de él, en la alfombrada habitación del «Temple»; vestía de negro y oro, y destacaba del fondo oscuro de la pieza como una orquídea en un pantano. Detrás de las ventanas del antiguo patio se extendía la misma niebla. Y él las cerró, con amplio ademán, antes de volverse y tenderle los brazos…

Al aclararse la niebla vio que la señora Anderson se hallaba ya sobre el puente del *Nueva Providencia*. Y estaba seguro de que se reía de él.

—Conque, ¿se niega usted a subir a bordo antes de que zarpemos, doctor?

—Perdón. Voy a llegar tarde a la *lectura*.

Ella murmuró algo. Julián le volvió la espalda sin pararse a escucharla. Había un largo trecho desde allí hasta la clínica de Lister, pero Lucy le susurró algo al oído todo el camino. Era increíble que aquel ligero susurro burlón bastara para apartarle del mundo y de sus incitaciones.

2

La semioscuridad del anfiteatro se proyectaba hacia abajo hasta desaparecer en el cono de luz de la mesa de operaciones. Julián se abrió paso a empujones por entre los atestados bancos y, tras leve forcejeo, consiguió situarse junto a la baranda. El olor del cloroformo se adhería con persistencia al frac del Cirujano, que se hallaba atento debajo de la batería de lámparas de aceite; todos los cuellos se estiraron a una cuando se inclinó para observar al paciente, que se debatía débilmente sobre la mesa. José Lister era un maestro que buscaba siempre lo nuevo, lo ímprobo…, lo imposible, según se decía. Y a juzgar por la gran herida abierta por el mordisco cruel del torniquete, Julián dedujo que el problema en aquel momento era la amputación de una pierna por la articulación de la cadera…, formidable procedimiento para cualquier cirujano.

Los instrumentos colocados junto al paciente brillaban de puro limpios. Julián contempló la familiar alineación de afilados escalpelos, de fórceps, de sierras para los huesos, ideados la mayoría antes de la introducción de la anestesia. El hecho le trajo a la memoria su primer día de actuación en la clínica —y en aquel mismo quirófano, no hacía mucho—, cuando el cirujano presidente calificó el cloroformo de tentativa impía, de infracción de las leyes de Dios. Y al reparar en los bien cuidados dedos de Lis— ter, Julián se preguntó si su teoría de la limpieza acabaría por considerarse algo más que una mera fraseología. En aquella época sólo se practicaba en la Universidad de Budapest: él había visto operar allí al gran Semmelweis y había salido de la Universidad convencido…

¡Ah, qué sencillo era dejar de pensar en Lucy cuando llegaba a la puerta de la clínica! Se inclinó hacia delante, tan ansioso como sus compañeros por escuchar lo que Lister estaba diciendo.

—Dada la gravedad del caso, es casi seguro que si no se amputa el miembro se producirá la infección. ¿Qué opina de casos parecidos en el continente, doctor Chisholm?

Julián replicó a la pregunta sin demostrar sorpresa; no era esta la primera vez que Lister deseaba conocer su opinión.

—Algunos cirujanos de Viena se muestran favorables a la escisión de los fragmentos del hueso, sobre todo cuando se trata de fracturas compuesta y de tracción.

De la fila delantera de los bancos se elevó un murmullo perceptible; aquello era separarse radicalmente de los procedimientos aceptados para una amputación.

—¿Y cuál es el resultado?

—En muchos casos, la gangrena. Un porcentaje inmenso de mortandad. Lister hizo un signo de afirmación.

—También yo salvaría el miembro… si consiguiera.

En Budapest, Julián había visto operar a Semmelweis sin que la gangrena se

produjera. Semmelweis decía que ella era la causa de la temida «enfermedad de hospital». Pero Virchow, de Viena, calificaba de absurda aquella afirmación. Los estudiantes titubeaban poco cuando se trataba de escoger entre el húngaro y el vienés. Sin embargo, Semmelweis continuaba tratando en su clínica heridas limpias de gangrena, mientras los cadáveres con la «gangrena de hospital» proseguían apareciendo sobre las mesas de disección vienesas, el ilustre centro médico de Europa.

Un estudiante tomó la palabra desde la oscura cavidad que se abría sobre el primer banco.

—¿Y cuál es su causa, doctor?

Julián repuso encogiéndose de hombros al desafío y volvió a sentarse.

—El aire que penetra en las heridas, según Guérin —repuso Lister—. Yo mismo he reparado que la gangrena se presenta pocas veces en las salas donde no hay heridas abiertas.

Al volverse para lavarse las manos en la jofaina que le presentaba un ayudante, Julián reparó en las uñas, limpias y recortadas, de aquellos dedos rechonchos.

—El paciente está dispuesto, señor.

Lister alargó el brazo para coger el escalpelo. El montón inerte de carne humana colocado sobre la mesa no se movió cuando el acero del instrumento mordió los tejidos desgarrados; era evidente que el ayudante que administraba el cloroformo sabía perfectamente su obligación. Una vez más maravilló a Julián la destreza de aquellos dedos de espátula mientras ataban las ligaduras y reducía a mero susurro el ruido de la sierra. La fama de Lister había llegado ya a Escocia e Inglaterra. ¿Quién hubiera podido alabarse, como él, de practicar dieciocho operaciones como aquélla, sin que se produjera una sola defunción?

Los gafetes se quitaron al fin y el cirujano se separó de la mesa. Su frac seguía inmaculado: en esto se diferenciaba también de su colegas, para quienes la solapa manchada de sangre era un distintivo, la muestra de su hazaña. Y, sin embargo, Lister no sólo era hábil, sino también limpio. Solía lavarse las manos antes y después de cada operación…, costumbre nunca vista más que en la clínica de Semmelweis en Budapest. Y como Semmelweis, Lister obtenía buenos resultados… allí donde otros perdían pacientes a causa de la misma gangrena que la operación trataba de evitar.

Ahora el muñón aparecía limpiamente suturado y cubierto de compresas de hilo; los ayudantes encargados del vendaje se llevaran en la camilla de ruedas al paciente, y Lister se bajó las mangas, inclinándose, al propio tiempo, para corresponder a los aplausos surgidos de los rebosantes bancos. Julián se dejó llevar por la multitud bulliciosa de los estudiantes, muchos de los cuales tenían algunos años menos que él. Ya en la puerta resistió el impulso que le impelía a decir adiós al cirujano. Le bastaba con que le hubiera liberado de sí mismo por espacio de una hora; le bastaba poder seguir silenciosamente el camino que se había trazado.

3

Se detuvo un momento en los peldaños de la escalera del hospital. Un viento desapacible, frío y húmedo había comenzado a soplar sobre el valle de Clyde, procedente del mar. Julián se subió el rozado cuello para preservarse de su mordedura, mientras el viento silbaba lúgubremente a lo largo de los aleros. Glasgow no era menos triste de noche que de día, mas el joven sentía tener que volverle la espalda a aquel apagado centro de misericordia. Mientras se dirigía paso a paso a la posada «Paisley», retó a Lucy; ¡que se atreviera a asaltarle! Por regla general, las horas del atardecer eran los peores, a no ser que hubiera comenzado a beber antes de la puesta de sol. Mas aquella noche descubrió que era capaz de evocar la charla técnica de Lister —por espacio de minutos enteros quizá— sin pensar para nada en ella. ¿Se relacionaría el hecho con la conclusión de su trabajo tras de la lectura de aquel día? ¿Le debería a la señora Anderson una liberación temporal de su obsesión?

Mientras sopesaba cuidadosamente esta pregunta dejó a sus pies apretar el paso sobre los guijarros del pavimento. Por lo menos sabía que estaba dispuesto a pagarle a Shea su pasaje. Había cruzado este Rubicón cuando la señora Anderson se rió de él desde el puente del clíper.

Bueno, de pronto le parecía fácil llamar a la puerta de la salita de ella y rogarle que le perdonara su extraña conducta en el muelle. Facilísimo le sería aspirar su fragancia otra vez, y asegurarse de que no siempre sería sustituida por el fantasma burlón de Lucy. Claro que ya había intentado antes avanzar por el camino del olvido, para encontrarse en un callejón sin salida. A pesar de tales recuerdos, no logró dejar su paso ligero al doblar una callejuela que serpenteaba en pronunciando descenso hasta la calle Argyll y el aroma del «Clyde» asaltaba su olfato, un olor a cieno y a pescado tan antiguo como la leyenda. Era todavía un prometedor *rendez-vous,* ahora podía emplear la palabra. Una esperanza debilísima de que otra mujer lograse proporcionarle la libertad, en cuya búsqueda había recorrido toda Europa.

¿Cuántos años de su vida había desperdiciado en callejas tan míseras como aquélla? ¿En paréntesis desde la mesa de disección a la botella semivacía? ¿En sucios umbrales donde pacientemente aguardaba a que rechinara una llave para divisar el brillo de unos ojos en la parte alta de la escalera? Julián verificó despiadadamente el cálculo total. Si la señora Kirby Anderson quisiera agregar su nombre a la lista, si le ayudara a soportar las últimas ordalías de Nassau, se lo agradecería eternamente desde el fondo del alma…

Un último recodo de aquella vía tortuosa y se hallaría junto a la puerta lateral de la posada. Julián levantó los ojos y los fijó en el pequeño espacio oscuro de cielo que se extendía sobre los tejados de las casas. Buscaba un presagio, una señal cualquiera.

… y de él salí a gozar de las estrellas.

Se dijo que esta traducción de Dante, hecha por Cary, era propia del momento… aun cuando Dante sonara en Glasgow de un modo algo raro. Mas le asistía el derecho

de recitar en voz alta la última línea del *Infierno,* porque todavía desempeñaba el papel de hombre fatal, y, sobre todo, porque todavía disfrutaba representándolo. Al otro día, cuando lo desempeñara en el camarote de la señora Anderson, a bordo del *Nueva Providencia,* sería más dramático.

Algo se movió en las sombras delante de él Se detuvo perezosamente y vio que se trataba de dos marineros ebrios que se agarraban mutuamente por el cuello a la entrada de una callejuela. En sus correrías había presenciado más de una vez tales contiendas. Ladeándose para esquivar su sombra, vio cómo el combatiente más menudo levantaba él puño para asestarle a su contrincante un golpe en la cabeza. Pero el otro, menos pesado al parecer, se había anticipado ya al movimiento. Julián corrió hacia dios al verle asestar el golpe de gracia. Fue aplicado con una herramienta envuelta en un trapo que describió un breve arco en el aire. La víctima quedó tendida en mitad del arroyo, al propio tiempo que exhalaba un suspiro de contento; el vencedor desapareció al la calleja, silencioso como un murciélago.

El instinto profesional era el que había movido a Julián a detenerse de mala gana. Ahora le obligó a arrodillarse junto a la postrada figura del marinero, a palparle la cabeza en busca de una posible fractura. Mas no descubrió herida ni sangre…, ni siquiera aspiró el olor del alcohol; y los músculos de los brazos del hombre revelaron una tensión sospechosa al repasarlos él.

Su instinto le advirtió del peligro demasiado tarde. Mas, así y todo, trató de echarse a un lado para evitar el castigo salvaje de la rodilla que le clavaban en el diafragma. El darse cuenta de que eso era lo que se esperaba de él, tuvo la virtud de despejarle bien los sentidos. Mas ya no le quedó tiempo para esquivar el golpe súbito que borró de su vista la luz de las estrellas. Ni la sombra alargada que caía de manera tan hábil sobre él. La herramienta envuelta en un trapo entró después en contacto con su cráneo, justamente por detrás de la oreja, borrando realmente esta vez las estrellas.

Su caída de espaldas en las tinieblas de la inconsciencia duró tan sólo unos segundos, aun cuando el porrazo le dejó demasiado aturdido para levantarse en seguida del arroyo. Sus asaltante le habían arrimado a la acera antes de desvanecerse; él se golpeó una sola vez el costado para asegurarse del motivo de su ataque. La cartera había desaparecido de su bolsillo y con ella el dinero del pasaje para Nassau.

Julián dejó que la idea penetrase profundamente en su cerebro, mientras con los dedos se tocaba la contusión detrás de la sien. Al separarlos de ella los halló húmedos de sangre; pero se dio cuenta en seguida de que la herida no era grave. Al blandir el arma entrapajada, un puño experimentado le había colocado directamente el golpe en el área motora del cerebro. También la escena preliminar había sido bien planeada… con todo y ser tan vieja en el repertorio de los salteadores de caminos. Julián sospechaba que le habían ido siguiendo desde la Universidad, y que los ladrones sabían que un médico se apresuraría a ayudar al supuesto herido.

Ya estaba en pie, tambaleándose un poco, mientras esperaba a que pasara la última oleada de aturdimiento. El dinero que llevaba encima había desaparecido: esto

era lo único importante del caso. Y, a menos que conservara la sangre fría, el *Nueva Providencia* zarparía sin él… para no mencionar la invitación hecha por la señora Anderson con tan deliciosa frescura.

Se echó a reír en voz alta, mientras recorría a oscuras lo que le faltaba para llegar a la calle de Argyll; todavía riendo amenazó con el puño a las estrellas. Era un ademán digno del hombre fatal, pero comprendía que se lo había ganado. Sólo un imbécil como él era capaz de pararse a contemplarlas desde el fondo de una calleja. Sólo un idiota perfecto podía detenerse a contar sus triunfos antes de tenerlos en la mano.

Sólo podía disfrutar de una bendición, si es que llegaba a tiempo a su cuarto: la media botella de *whisky* oculta cuidadosamente desde por la mañana. Sin detenerse siquiera a sacudirse, para quitarse el barro de encima, inició una carrera vacilante.

No le quedaba tiempo para entrar en detalles: un hombre tan mal vestido como Julián Chisholm —de Chisholm Hundred— no podía sentir que un poco de polvo le manchara la manga. Aquella chaqueta —como todas las de Chisholm Hundred— había conocido tiempos mejores. Lo mismo que aquellos hermosos acres de tierra que le pertenecieron en el cabo Fear, vería también tiempos peores antes de que su dueño concertara una tregua con la vida.

4

Los latidos que le producía el dolor de cabeza desaparecieron al entrar en la posada. Se dirigió en línea recta al hueco de la escalera, volviendo la espalda al bullicio acogedor del bar. MacGregor, el administrador, ayudaba en el bar aquella noche…; y MacGregor hacía honor a su apellido. No era aquél el momento oportuno de recordar a Julián que todavía quedaba pendiente entre ambos una cuentecilla de la semana anterior.

Al llegar al primer rellano fijó un momento la vista en la puerta que tenía delante. Sus números de latón parecían devolver la mirada, semejantes a unos ojos dorados que brillaban en el mal iluminado corredor. Aquel número 33 pertenecía a la serie de habitaciones de la señora Anderson desde su llegada a la posada; y en más de una ocasión se había parado Julián delante de la puerta de roble y levantado una mano hasta el llamador. Mas entonces siguió subiendo la escalera mientras su vista se aclaraba. Jadeaba de veras al llegar al último descansillo y abrir la habitación que compartía allí con Whit. La luz de la lámpara puso de relieve las líneas familiares del nido. El pequeño hueco situado bajo el tejado a lo Mansard, que en un principio se había utilizado como aposento del criado: las paredes, grises, que tan bien armonizaban con la niebla gris que se divisaba por la ventana. Julián se sentó en el lecho y buscó la botella. Por espacio de largo rato permaneció silencioso, contemplando la etiqueta sin verla.

Una copita ayudaría por lo menos a que entrara en caja su cabeza. Se sacudió la apatía y se sirvió un vaso, sintiendo despejársele la mente aun antes de apurar el *whisky*. Se sirvió otra vez y luego dejó el vaso en el suelo, junto a la botella. Después de todo, ya era hora de nacer inventario.

Con el dinero que tenía, podía tirar de momento. Sus amigos de la calleja le habían dejado varias monedas en su bolsillo. Las dejó caer al suelo, entre las dos puntas, torcidas, de las botas, y sonrió al comprobar que sonaba bien hasta el último penique. Poseía seis libras y nueve peniques, sin contar el *pfennig* que siempre llevaba para que le diera suerte… A continuación sacó el reloj de la faltriquera, volviendo a preguntarse por qué no habría desaparecido como la cartera. Colocándolo con cuidado en el suelo, junto al montoncito de las monedas, abrió el gastado guardapelo. Los rostros de sus padres le contemplaron en los daguerrotipos, desvaídos bajo el cristal. Ño había conocido a su madre, pequeña y recatada. El padre era como un medallón procedente de una época más atrevida. Por cierto que aquella noche los ojos de Harrison Chisholm tenían una expresión de reproche más intensa que de costumbre.

El reloj le proporcionaría unas cuantas libras más si se resignaba a separarse de él. La ropa apenas contaba, después de tantos meses de cuidarla mal Julián se volvió rápidamente a las puertas oscilantes del ropero y dejó que el vestuario de Whit, con su esplendor, se mofara de él. Allí había paños lisos y finos, casacas con magníficas

solapas de raso; chalecos que sólo un *dandy* osaría llevar; lana fina que recordaba las elegantes canillas de su dueño… Julián acarició la tela de la capa de viaje de Whit, la gorra escocesa hecha de la misma tela de tartán. Whit las había adquirido en Bond Street, para el viaje que los dos pensaban realizar juntos… En el lugar destinado al calzado, un par de zapatos de baile relucían como oscuros espejos. Las propias botas de paseo de Julián eran una afrenta en semejante compañía; su caja de sombreros —marcada con etiquetas de segunda clase— se codeaba con la de la chistera de Whit como importuno pariente pobre. Él conocía su contenido demasiado bien: un calcetín desparejado, o dos, una muda de gastado hilo, unas pistolas que conservaba —como hábito contraído de antiguo— desde los tiempos del colegio.

Claro que también poseía los útiles de su profesión. Sacó de debajo de la cama el cofrecillo de caoba, y de él un estuche forrado de terciopelo, que abrió cuidadosamente. Era la caja de los escalpelos. Por cierto que la más mínima presión sobre la hoja podía embotar el filo, necesitándose lo menos media hora de trabajo para volver a afilar el acero. Con el escalpelo apoyado en la palma de la mano recordó a Lister bajo las luces de la sala de operaciones, y a Semmelweis en Budapest. Y a sí mismo, practicando una operación mayor, en Viena, bajo la fulgurante mirada de Virchow, mirada que le quemaba la espalda como una segunda lanceta.

Acariciando *in mente* el punzante recuerdo, colocó en su sitio el escalpelo y tomó la sonda, flexible, de mango de porcelana, destinada a la búsqueda de balas profundamente alojadas. Por un instante se vio operando detrás de la línea de fuego, bajo un toldo de lona asfixiante por el calor estival. Se contempló como cirujano activo, desnudo hasta la cintura, atento, a cubierto al fin de las guerras íntimas de su corazón. Mas la imagen se desvaneció rápidamente y él no se esforzó por volver a evocarla. La lucha mortal que se libraba al otro lado del océano no era tema propio para un melodrama.

Había adquirido la caja de instrumental de cirugía meses antes, cuando su decisión de reunirse a las fuerzas confederadas tomó cuerpo en su mente por vez primera. Entonces escogió con cuidado cada herramienta, desde los esbeltos *fórceps* —sólo los artesanos de Berna eran capaces de forjar el acero de manera tan delicada — hasta los trépanos de botón. Estaba seguro de que se le perdonaría que procurara conservarlos. Además, de que, de su venta forzosa, no sacaría ni una décima parte de su valor.

—Pero ¿no habría otro medio de obtener el dinero necesario para el pago de su pasaje antes de que el capitán Shea pensara en disponer de su camarote? Julián volvió a ponerse en pie y se aproximó al espejo, deteniéndose, de paso, para recoger, con ademán familiar, la botella del suelo. Al examinar con mirada penetrante su imagen en el cristal, no descubrió en ella ningún síntoma de debilidad. Sólo una cólera que armonizaba bien con el perfil enjuto y las rectas cejas: la promesa que a sí mismo se hacia de liberarse de un problema que, de momento, parecía no tener solución. Al

propio tiempo, jamás en su vida se había sentido tan poca cosa, ni tan sujeto.

Los Chisholm no se habían detenido jamás a discutir su destino. Sin embargo, otros Chisholm habían luchado, no hacía mucho, para salir de trampas no menos desesperadas, en las que habían caído. El superviviente continuaba mirando inexpresivamente su propio rostro. El siguiente inventario iba a ser más desesperado y más detallado todavía.

Para empezar, arrojó de una vez para siempre lejos de sí el caparazón de hombre fatal y le dio la bienvenida a Julián Chisholm, médico, al cirujano que posiblemente llevaba alojada en la punta de los dedos toda la habilidad profesional de un continente. En su calidad de amigo de la Humanidad, estaba resuelto a ofrecer aquellas manos al Ejército de los Estados confederados. En su calidad de romántico —de un ser capaz de recitar a Dante treinta segundos antes de que un arma contundente entrase en contacto con su cabeza—, había dejado pasar torpemente la ocasión de hacer aquella oferta.

Con todo, el disparate podía ser reparado a tiempo… aun cuando no partiera en compañía de la señora Anderson al día siguiente. Todavía quedaban otros buques en el muelle…, y también encontraría otras señoras. Anderson. Los agentes de la Confederación en Londres le pagarían el pasaje en cuanto les enseñara su diploma y su árbol genealógico. La Confederación necesitaba doctores urgentemente. Claro que serían interminables los formalismos, enloquecedoras las dilaciones…

El rostro de su padre le miraba aún, desde la abierta caja del reloj. Julián volvió a colocarlo en su faltriquera y sacó la última carta de Harrison Chisholm. A pesar de que se la sabía casi de memoria, volvió a recorrer con la vista los atrevidos caracteres de la misiva:

> *Mi querido hijo* —escribía el difunto Chisholm—: *al fijar estas líneas en el papel no puedo resistir la tentación de preguntarme si las recibirás alguna vez. Pues estoy seguro de que ya no volveremos a vernos en este mundo. Se me cuida bien, pero mi salud no es buena. Sabe que se están haciendo preparativos para mi traslado, mas presiento que habré partido antes de que hayan terminado así como también estoy seguro de que la Causa por la que tantos ofrecen* sus vidas *está predestinada a fracasar… si Europa o Inglaterra no intervienen.*
>
> *Quizá tú puedas albergar mejores esperanzas. En tus cartas me hablas de un pronto regreso: confío en que ya habrás concluido de arreglar lo necesario para burlar el bloqueo.*
>
> *Como sabes, nunca hemos estado muy unidos espiritualmente. Sin embargo, creo que él sentimiento de responsabilidad que a ambos inspira nuestro Estado ha sido idéntico. Créeme cuando te digo que comprendo —a pesar de no poderla perdonar— tu resolución de*

convertirte en un cirujano… y tu determinación de persistir en esa carrera después del fallecimiento de tu hermano.

Incluso puedo comprender que Chisholm Hundred sea muy poco para ti en comparación con la vida de trabajo que has escogido. Como quiera que sea, no por ello dejas de ser mi único heredero… de formar parte de nuestro mundo y del nuevo también. Quizá sirvas más para cirujano que para dueño de una plantación en el cabo Fear.

Cuando llega la noticia de nuestras victorias, los yanquis se ponen muy tristes aquí, en el Norte, a pesar de que se albergan ciertas dudas sobre el desenlace de lo de Sharpsburgo, o como le llaman aquí de Antietam. En mi calidad de jefe sudista, en activo, adivino lo caras que nos cuestan esas victorias.

Vuelve con tu familia, Julián, y… ¡vuelve pronto! Como decía, te dejo todo lo que poseo. Ya no es mucho, puesto que la guerra dura otro invierno. Adiós, hijo mío. Dios te bendiga.

Tu PADRE.

Julián dobló la epístola. Como todas las de su padre había llegado del fuerte Mac Henry, prisión de la Unión en Baltimore. Habían ido llegando con regularidad a sus manos desde la captura de su padre en First Manassas. Al ser detenida, como de costumbre, por el censor, ésta había seguido a la noticia oficial del fallecimiento del jefe de la familia Chisholm.

Por más que quisiera, Julián no acertaba a culpar demasiado a los yanquis ni experimentaba un deseo ardiente de vengar aquella muerte. En el transcurso de los años, éste y otros golpes más rudos habían debilitado el deseo de vivir de Harrison Chisholm. Constituyó el primero la muerte de Mark, su propia deserción el segundo. El estallido de la guerra civil, su captura durante la primera batalla librada, varios meses de vida de cárcel constituyeron los eslabones finales de la cadena. El coronel Chisholm había tenido suerte con sus aprehensores, suerte en su breve experiencia de la guerra. Una carga de caballería —ridícula como la ópera— te había arrastrado, con sus hombres, hasta el flanco de una derrotada brigada de Massachusetts, en la primera batalla de Manassas. Y, al final, había sido copada limpiamente… entre dos compañías de marinos yanquis, que protegían la retirada de Washington del principal cuerpo de Ejército.

Julián nunca lograba representarse a su padre como coronel de caballería. Salvo las halagüeñas reproducciones aparecidas en las revistas londinenses, tenía que ver todavía el uniforme gris de los confederados. Porque los atareados diplomáticos sudistas no vestían de uniforme en Inglaterra; tal vez nunca aparecieran así, a pesar de las victorias conseguidas en América…, Hasta cierto punto era más fácil para Julián representarse a su padre cabalgando para tomar parte en las Cruzadas…

Cruzado, campeón de los derechos soberanos de la Carolina del Norte, señor de diez millas cuadradas de tierra en un valle… El joven probó sinceramente a enfervorizarse ante cada una de estas imágenes. Para él su padre era más un credo que un hombre; había muerto como había vivido, con la esencia de su integridad intacta. Harrison Chisholm había sido un hombre bueno, y, a su manera, un hombre útil. Pero, no un padre que despertase cariño en sus hijos.

El único que quedaba inclinó la cabeza ante su recuerdo. Su padre le devolvió el saludo desde el pasado… como símbolo de su época. Época que, a pesar de su base feudal, había constituido un mundo agradable, bien planeado. Sólo que, desde un principio, Julián se había movido como un extraño en él.

5

Forzando un poco sus imágenes y agregando un poco de *whisky* al vaso para avivar sus recuerdos, hizo volver a su mente aquel mundo otra vez. Harrison Chisholm que había poseído la mejor bodega de la comarca, llamó al *whisky*, en esta ocasión, la bebida de los capataces. Su hijo menor era un bebedor más democrático: «Johnny Walker» le había ido bien al tratar de olvidar el pasado, en días anteriores.

«Chisholm Hundred» llevaba ahora frente al cabo Fear más de doscientos años, dominando el gran tablero de ajedrez, de sus campos. Enclavado en la ladera de una colina, su pórtico meridional parecía tan remoto como una nube cuando se le miraba desde el nivel del mar, tan poco real como otro Partenón que, sin motivo aparente, se hubiera erigido en aquel verde rincón de la Carolina del Sur. Aquellas columnas corintias eran la fachada de la vieja casa, estilo Georgia, que Timoteo Chisholm edificó allí, en un principio, después de escoger y registrar sus diez millas cuadradas de terreno bajo patente real. £1 ladrillo de color rojo de vino se extendía, en cálidas alas, a lo largo de la ladera: Chisholm Hundred unía a la dignidad de su pasado el soberbio presente, y la mezcla era buena. Era una aristócrata entre las casas. Como tal, su salón mostraba una extensión, casi fabulosa, de resplandeciente entarimado. Se hubiera creído desnuda sin el retrato de un antepasado pendiente de cada muro, sin un servidor para cada invitado.

Como todas las verdaderas aristócratas, la casa sentíase a sus anchas en el panorama que realzaba tanto como dominaba. Julián recordó la elevada belleza del pórtico sobre el fondo gris tórtola de los cielos: el invierno sin nieves; los campos llenos de tallos secos de la planta del algodón y el viento que llegaba de Wilmington por el río casi helado. Y luego —de noche al parecer— el gris se convertía en un verde tierno, cuando la primavera ascendía, triunfante, por el valle, poniendo en las colinas toda una floración súbita, restallante, de cornejos, coloreando los jardines con su bien planeada magia, enterrando las galerías bajo una capa de jazmines del Cabo.

El verano era la estación que menos le costaba evocar, junto con el cabrilleo, perezoso, del espejismo operado por el calor entre los campos y el río; los gritos de los capataces cuando dirigían a sus hombres después de la siesta; el ritmo uniforme de aquellas espaldas, sudorosas, inclinadas sobre los surcos rectos… en que las cápsulas llenas de algodón presagiaban otro anejo para el almacén, otro perro de caza en las cuadras… ¡Ah, noches calurosas, siempre tristes, a pesar de estar llenas de música! Lluvia fina, del mes de setiembre, semejante a un velo de niebla cuando las desmotadoras se abandonaban, al fin. Noches en que podía volver a montar a caballo junto a Mark por la ribera y llegar a los mismos marjales de agua salada. O lanzarse por el camino de madera, cruzar el río, hacia el Norte, dándole al roano una cabeza de delantera en la vana lucha por igualar su paso al suicida de Mark.

Al llegar a casa, tras de aquellas largas galopadas, Julián tiraba, a veces, de las riendas al roano ante la puerta de la casa de un vecino y contemplaba el parpadeo de

las luces a través de los campos. Constituía entonces un lujo ceder al encanto. Preguntarse por qué su mundo suave, bien vestido, le parecía, al presente, tan poco natural como la decoración de un teatro. O por qué podía él posar con tanta naturalidad, en su propio medio, como comparsa que no; siente el deseo de desempeñar el papel estelar.

Gracias a Mark, sabía él que podía continuar haciendo de comparsa indefinidamente. Mark sería siempre un heredero ideal ya dirigiera un cotillón durante un baile de etiqueta, ya conversara —a lo gran señor— a la puerta de la casa. Claro que, de haberlo sabido, su padre se hubiera escandalizado de las reflexiones particulares del hermano; pero, el dueño de «Chisholm Hundred» estaba demasiado ocupado para meterse a escuchar las confidencias de los jóvenes. Mark decía:

—Eres un tonto, Julián, con esa pretensión de querer ser médico. ¿No te basta ser un caballero?

—No entiendo bien lo que quieres decir.

—Ya lo sabrás a su tiempo —respondía Mark—. Como ves, yo hago de esto norma de mi vida. Y lo mismo harás tú, si yo me salgo con la mía.

—Cuando poseas todo esto estarás tan ocupado como nuestro padre.

—No, si puedo impedirlo. No, si King Corton dura hasta nuestra época. Nuestro estimado padre sigue los pasos de sus antecesores, porque le divierte hacerlo. A mí me gustan más otras cosas.

—Pero, Mark…

—Espera, hasta que vayas a la Universidad —decía Mark—. Entonces renunciarás al sueño de convertirte en un ser útil.

Julián recordó esta conversación el domingo en que el nuevo capataz asumió su cargo. Zeno había dirigido a los plantadores por espacio de largo tiempo; pero Zeno había sido adquirido en dos mil dólares por un visitante, de la trata, filien, a su vez, pensaba venderlo a un rico *cuello rojo*, de Tejas. En su mayoría, los cuatrocientos trabajadores de la hacienda se habían puesto sus mejores galas para la ceremonia; Harrison Chisholm se mantuvo en el peldaño superior del pórtico y allí ofreció el tradicional vaso de *whisky* a Lolly, que iba a ser el sucesor de Zeno.

Cuando la negra marea se volvió a diseminar en fragmentos y salió de los jardines de la finca, Julián buscó a Mark. La contemplación de la masa de esclavos de Chisholm le había deprimido el ánimo, sin saber por qué; Lolly dirigiría a los plantadores no menos severamente que MacAlistair, el capataz mayor de su padre, y Julián no pudo menos de preguntarse el motivo. Y, en seguida, se le ocurrió otra pregunta —nueva e inquietante a la vez— relacionada con su padre y con Mark. ¿Para qué se les necesitaría cuando todo en la finca marchaba como sobre ruedas? Su mente se negó a traducir el pensamiento en palabras cuando hallo a Mark en la galería superior sentado ante un ponche frío. Julián le quería, y por ello, la pregunta se le antojó, de repente, desleal; era lo menos que podía decirse de ella.

El heredero de los Chisholm reposaba, con evidente placer, en su sillón de

mimbres; el servidor que se le había asignado daba masaje, arrodillado a los pies del amo, a sus pies. Las botas, la levita verde de montar y otras prendas interiores, sudadas, se habían arrojado, en montón, sobre una silla. Mark Chisholm se hacía respetar aun en mangas de camisa.

—Antes de que me digas una palabra, Ju, confieso que siento no haber presenciado la ceremonia. ¿Se ha dado cuenta padre de mi ausencia?

—Temo que sí, Mark.

—La verdad es que me detuvieron. En las viviendas.

—Yo creía que MacAlistair había hecho salir de ellas a todo el mundo.

—Tenía que hablar con Queen's Tandy —explicó Mark—; MacAlistair le ha dado permiso para quedarse mientras… llevábamos la transacción a efecto. No te ruborices, Ju; ya eres bastante mayorcito para saber lo que quiero decir.

Julián comprendió al instante, pero guardó silencio. A sus pies la rizada cabeza del sirviente dejó un momento de moverse, como si también se hubiera dado cuenta de lo que quería dar a entender Mark. Éste disimuló un bostezo y empujó al negro con el pie descalzo, expresión de despedida breve y amable a la par.

El negro se escurrió galería abajo llevando apilada debajo del brazo la ropa sucia del amo. Mark se acercó a la baranda y separó las hojas de la parra, permitiendo que una luz, cálida y dorada, le bañase el cuerpo un segundo. La tez pálida estaba de moda entonces, aun en los atletas, y el presunto heredero de los Chisholm no quiso exponerse demasiado tiempo seguido a la plena luz del sol. Julián recordó siempre, a partir de aquella hora, la perfección del cuerpo de su hermano: la armoniosa anchura de los hombros; los músculos, semejantes a cuerdas, de la espalda que, sedeños, iban a confundirse con las estrechas caderas. ¿Por qué sería tan blanca la piel de Mark, tan exageradamente blanca? Relucía como la piel de una serpiente en la oscuridad cuando volvió a colocarse a la verde sombra de la parra. Más al retumbar la risa en el fuerte pecho del hermano, la pregunta de Julián se desvaneció, a la par que sus dudas.

—En cuanto haya tomado un baño —dijo Mark— le presentaré a padre mis excusas. Los cumplidos tienen su importancia, Ju, no lo olvides. Me atrevo a decir que también se basan en ellos nuestras vidas. Sí, se basan muchas… cuando la sociedad se empeña en hacer lo que no debe.

He aquí cómo Julián obtuvo respuesta a su pregunta, cuando ya la había alejado de su pensamiento. Estaba mal vivir del trabajo de los esclavos —a pesar de la abolición yanqui—. Estaba mal abusar de una esclava como abusaba Mark de Queen's Tandy. Y, sin embargo, los mismos esclavos parecían hallarse tan contentos como mansas ovejas durante el ritual efectuado en el campo de deportes de su padre. Aquella idea era demasiado resbaladiza para el cerebro de un muchacho de catorce años. Y Mark no le ayudó a precisarla mientras, en pie, aspiraba la brisa del río, haciendo flexión con los músculos de la pantorrilla y sonriendo al influjo de sus secretos pensamientos.

—Los cumplidos son cosa fina, Ju —dijo al fin—; sólo que hay que hacerlos

oportunamente…, con mano fuerte, en el fondo y con bastante inteligencia, sobre todo. Aquí, en el Sur, disponemos de ambas cosas. Y si los yanquis nos dejaran, durarían eternamente… tal como están.

Como otras observaciones parecidas del hermano, éstas fueron recordadas más adelante por Julián, que les dio nuevo significado. Al presente le bastó sentir detrás de la oreja uno de los puños de Mark para bajar a la huerta y disipar allí sus dudas en el ejercicio del tiro de pistola.

A los catorce años, Julián podía ya hacer saltar las plumas del viejo sombrero que usaba como blanco. Un año después —cuando se preparaba a ingresar en la Universidad— podía agujerear los puntos de un naipe desde diez pasos de distancia, proeza que ni siquiera Mark era capaz de superar. Y Mark había vuelto ya de media docena de encuentros con sólo un hueso del cuello astillado… El llevar a cabo proezas con la pistola, era, en opinión de Mark, tan esencial para la educación de un joven como la habilidad de andar sobre una raya de yeso con dos botellas de clarete en el estómago. Y Julián, que siempre había obedecido las órdenes del hermano mayor, jamás lo discutió. Incluso se lo pagó a Mark introduciéndole en el Álgebra y en los misterios de Tácito. Esto era necesario también, ya que el viejo Chisholm se empeñaba en que Mark completara los estudios de Bachillerato, y Mark insistía, a su vez, en apalear a todo preceptor que Harrison Chisholm llamaba a la finca.

Latín, griego y un poco de Lógica. Matemáticas y francés. Historia suficiente para madurar la inteligencia del joven del Sur sin perturbarla en el fermento del cambio. Julián lo había absorbido todo mientras suavizaba los heridos sentimientos del preceptor. Sabía ya que iba a ser cirujano… desde que ayudó al viejo Cagle a componer un hueso roto. Hilario Cagle, que era entendido en cosas de la plantación al propio tiempo que su doctor, era un cínico que no dispensaba cumplido a la ligera, ni aun tratándose del hijo de un rico plantador. Por ello, cuando dijo a Julián que sus manos parecían haber sido hechas para tal menester, Julián aceptó la declaración como un hecho real Más adelante —después de sondear, sin ayuda, el muslo de un cazador furtivo para encontrar la bala alojada en él, de contener una hemorragia bajo la mirada penetrante de Cagle y de ayudar a nacer a media docena de bebés en las viviendas— comprendió que se había encontrado a sí mismo y supo cuál era su misión.

Era éste un solemne descubrimiento a los dieciséis años y se aferró a él con agradecimiento. Hallaba al fin un refugio a sus dudas crecientes… Y al ayudar a respirar, a bofetones, al último hijo de Tandy, sabiendo —aun antes de haber llevado al pequeño a la luz que entraba por la puerta de la cabaña— que el color de la piel de la criatura era de café con leche, tradujo en palabras, al fin, sus más apremiantes dudas. Pero el viejo Cagle se burló de él.

—¿Y qué? Es el *droit du seigneur*. Un antiguo y honorable privilegio de cada *laird*. Ten en cuenta que cualquier «nabab» americano se valdría de ello en su provecho. Un mocito del color de éste puede hacer ganar mucho dinero como

sirviente.

A los dieciséis años, pocos jóvenes hubieran soñado ya con cambiar aquel cosmos por algo mejor. Pero Julián meneó la cabeza, sin echarse encima el problema. Le bastaba, por entonces, con tener su propia *raison d'étre*. Y, no obstante, mientras el recién nacido chillaba bajo la asistencia de Cagle, contemplaba la morada de Tandy como si la viese por primera vez Harrison Chisholm se mostraba generoso siempre.

Aun cuándo la cama en que Tandy descansaba era un catre de madera, con el colchón de hierbas, tenía las sábanas nuevas. Y nuevos eran los utensilios de cocina colocados en el amplio hogar de arcilla, los vestidos domingueros que sobresalían del arca colocada en un rincón. Como todas las cabañas, ésta tenía buenos cimientos y un suelo bien apuntalado. Se hallaba encalada por dentro y por fuera. MacAlistair se alababa con frecuencia efe que su lista de enfermos era la más corta de la ribera. Naturalmente Tandy volvería otra vez a los campos, al cabo de unos días, y la familia entera compartiría con ella la pequeña habitación aquella noche. Los resultados de aquel hacinamiento se cernían aún en el aire, pleno de un sol de mediodía… a pesar de que Cagle había aireado la cabaña antes del alumbramiento. Era un olor animal, primitivo, triste… y al aspirarlo, cautelosamente, Julián se dio cuenta de que formaba parte de «Chisholm Hundred». ¿Hubieran sido Queen's Tandy —o Lolly o Zeno— más dichosos en otro ambiente?

Pero durante aquella misma primavera… cuando su sangre joven se agitaba impetuosa, y Mark le sugirió un medio para calmar su ardor… se hizo atrás. No se había mostrado caballeroso ni asustado, no, ni tampoco le repelieron las miradas de soslayo que Queen's Tandy y otras hechiceras de las viviendas comenzaban a dirigirle a su paso. Ni tampoco titubeó —pasado el primer momento de pánico— cuando Mark le llevó a los salones de color castaño y oro de *Madame* Denise… donde las «señoritas» eran meretrices costosas e importadas.

De momento la cuestión de hundió en el limbo. Estaba ya seguro de que algo le apartaba de los destinos de «Chisholm Hundred». El hecho de que ni siquiera pudiera resolverse a visitar sus viviendas, para tan vulgar menester, era la prueba más palpable de ello. Y se sentía agradecido, al saber que había otras y más naturales vías de escape. Además, su trabajo le aguardaba tras una esquina del mañana. Él le ayudaría a olvidar que cierta manera de vivir —cuyos destinos no compartía— era desolada en ocasiones.

6

Julián había esperado sostener una gran batalla cuando pidió permiso para proseguir sus estudios de Medicina. El libro de familia ostentaba larga lista de oficiales en la guerra de México y una cantidad exagerada de senadores, gobernadores y pequeñas lumbreras. Pero ninguno de los Chisholm había osado aún aventurarse en los dominios del Comercio ni siquiera en los de las Ciencias. Claro que una rama de la familia —la de Randolph— les dio un médico de fama y que, en general, comenzaba a considerarse en algo la profesión, si bien con cierta cautela… Julián no supo nunca qué fue lo que motivó el pronto consentimiento del viejo Chisholm. Quizás al ver asegurada su estirpe, su padre se resignara a lo que parecía ser un capricho del hijo menor…, un capricho obstinado que tal vez llegaría a olvidar. El caso es que se convino entre ambos que Julián iniciaría sus estudios en la Universidad de Virginia, más en calidad de pulimento que en consideración al curso de Medicina que se daba. Más adelante, si persistía en su determinación, obedecería la sugestión del viejo Cagle y se matricularía en Glasgow… para seguir, después de graduado, los estudios en el continente. Era un programa ambicioso, pero el viejo Chisholm, cuando adoptaba una determinación, solía abrir la mano.

Si Julián le había decepcionado, no dio muestras de ello cuando en otoño se despidieron en el embarcadero con un fuerte apretón de manos. Mientras se mantenía en pie junto a la borda del buque de ruedas que iba a conducirle en unión de sus baúles a Wilmington, y de allí a la estación del ferrocarril, Julián estaba seguro de que su padre había exhalado un suspiro al darle aquel apretón de manos. Nunca podría saber si el suspiro había sido de alivio: pues el viejo Chisholm era demasiado reservado para admitir —ni siquiera con su actitud— que su segundo hijo fuese un enigma que se sentía incapaz de resolver.

Julián vivió con su hermano durante la primera temporada de estudios. Mark había vuelto de la Universidad para estudiar allí su quinto año, a fin de refinarse un poco, y permitió que Julián analizara su Salustio con perfecto buen humor. A su vez presentó su hermano a cada uno de los jóvenes nababs del dormitorio. Entre ellos, a Jack Stuart, que prestó su perro de caza a Julián y aplaudió su habilidad en la barra. Y a Harry Lucas —de la rama de Maryland— que le permitió perder, liberalmente, en sus partidas de póquer… y que resultó ser un apocado cuando trató de igualar a los Chisholm en resistencia a la bebida.

Los dos jóvenes vieron con extrañeza que Julián llegase sin un lacayo o sin un preceptor que le escribiera las lecciones. Y todavía encontraron más singular que Julián insistiera en asistir ocasionalmente a clase, sin que a ello le Instara el deán. Pero lo aceptaron costeo hermano de Mark… y como hombre que sabía apostar cien dólares sin pestañear.

Si esta aceptación se produjo de manera natural, el primer duelo de Julián fue planeado por él mismo hasta su último detalle. Los duelos en la Universidad se

enzarzaban por distintas razones, siendo las discusiones políticas las que arrojaban el promedio más elevado en la lista. Como un excéntrico decidido a estudiar Medicina en el extranjero, se dejaba a Julián fuera de casi todos estos debates, sostenidos generalmente después de medianoche y que, con demasiada frecuencia, concluían al amanecer con un doble pistoletazo. Sin embargo, se esperaba que sostendría un duelo siquiera antes de las primeras vacaciones, aun cuando sólo fuera para redondear su figura. Cuando el joven Jorge Raleigh, rojo a causa del excesivo vino ingerido, le cerró el paso en la escalera, él pudo habérselo cedido con honor. Mas entraba en sus propósitos echarle a rodar; Jorge era un molesto matón.

Se encontraron, en un amanecer nebuloso, al extremo de Long Meadow. Disparando a la voz de ¡fuego! —a la altura de la cadera, como Mark le había enseñado años atrás—, Julián arrancó, simplemente, la pistola de la mano de su contrincante antes de que pudiera hacer fuego. Un dedo roto —que él mismo entablilló seguidamente— fue suficiente para satisfacer el amor propio de Jorge Raleigh. Y como el joven matamoros se calmara por algún tiempo, la iniciación de Julián en la vida de la Universidad fue, así, completa.

Poco antes de las vacaciones de Navidad, el decano entregó, con repugnancia, a Mark su título. De acuerdo con los deseos del viejo Chisholm, el futuro heredero daría el acostumbrado gran paseo por el extranjero y volvería a Carolina a tiempo para desmotar el algodón. Los dos hermanos se separaron con bastante tranquilidad.

—Dale otro año —dijo Mari—; él te convertirá en uno de nosotros.

—¿A qué te refieres?

—Al molde —repuso Mark—. A esa vieja matriz del Sur de que nadie, si es bien nacido, puede escapar. Sólo Dios sabe cuánto hice por grabártelo en el alma.

—¿Y está bien metido?

—A mi vuelta te contestaré —dijo Mark.

—¿Y si todavía pensara en ser médico?

El hermoso perfil moreno de Mark se frunció en el más leve de los ceños.

—Confío en Harry y en los demás compañeros, Ju. Supongo que te ayudarán a superar esa idea durante mi ausencia. Ten en cuenta, muchacho, que quiero tenerte a mi lado cuando tome posesión de nuestro predio.

—¿Por qué?

—Para que alguien escuche mis filosofías —replicó Mark—. Y si te empeñas en ser útil no te quedará tiempo.

—Es que puedo ser útil también en «Chisholm Hundred…».

—«Chisholm Hundred» es un sitio para caballeros —dijo Mark—. ¿Quieres que te defina el vocablo otra vez?

Julián supuso que no volvería a tener noticias de Mark hasta el verano. Su hermano era poco aficionado a escribir y las cartas que, por obligación, dirigía a su padre eran poco más que simples comunicados del traslado de su heredero de Londres a París, de aquí a Roma… con las semanas de rigor en El Cairo

Constantinopla y Tierra Santa. Mas, apenas llevaba fuera de casa cinco meses, cuando el viejo Chisholm escribió a Julián que Mark regresaba a Carolina con una mujer en perspectiva.

… Tu futura hermana política es Lucy Taylor, de los Taylor de Port Royal —escribía Harrison Chisholm—. Hace varios años que es huérfana y hacia una vida retirada, junto con una tía, en Londres, cuando Mark la conoció. A juzgar por las cartas de ambos se desprende que el suyo sería un casamiento por amor: y como los ascendientes de la señorita son irreprochables me he sentido muy dichoso de poder dar, en el acto, mi consentimiento a la boda. Naturalmente juzgo esencial tu regreso a Carolina para el día en que^ se anuncie el matrimonio de tu hermano…, acontecimiento que ninguna de ambas partes desea aplazar.

Julián llegó por vía fluvial la misma noche del baile que celebraba la promesa matrimonial. Mientras subía la cuesta, a la media luz de las lámparas cercanas, pensaba que nunca le había parecido la casa tan remota… ni más propia de su tiempo. Se detuvo un poco a la entrada contemplando la luz de la lámpara caer sobre los campos, oyendo el rascar de los violines con que la orquesta se preparaba a acoger a los invitados. A pesar de toda su elegancia, aquel mundo había sido exclusivo para hombres, desde que él podía recordarlo; y parecía extraño que la mansión fuera a acoger otra vez a una castellana. Pasó por debajo del hermoso pórtico blanco sin detenerse a preguntarse por qué le parecía tan inquietante la perspectiva.

La señorita Taylor —le comunicó el mayordomo de su padre— no había llegado aún. Se hallaba en Oak Point, la propiedad de su tía. Julián subió la gran curva formada por la amplísima escalera, tratando, como de costumbre, de no fijar una mirada demasiado dura en los retratos de los antepasados que pendían en las paredes. Mas, sin tener en cuenta su circunspección, los antepasados le miraron, a su vez, implacables, desde los elevados marcos dorados. Mark le aguardaba en el primer rellano, tendiéndole ambas manos. Con el traje negro, de etiqueta, parecía haberse salido a su vez del marco de un retrato: el futuro dueño de «Chisholm» representaba aquella noche su papel hasta en el último botón de piedras preciosas de su chaleco londinense.

En sus habitaciones, encontró Julián los presentes que Mark le había traído del extranjero. Un par de gemelos de perlas, de Roma. Una botonadura de topacios y esmeraldas, de los Grandes Bulevares, en la forma perfecta de una flor de aciano. Mark se acercó una silla y vio como un criado aseguraba las hebillas de los zapatos de baile de Julián.

—¿No me felicitas, Ju?

—Ya lo hice.

—Veo que no te alegra verme sentar la cabeza. Es propio de un muchacho. Pero, no pongas mala cara. Nosotros pensamos ser muy alegres, más alegres que nunca. Aguarda a conocer a Lucy… y comprenderás el motivo.

Julián estaba seguro de no tomar a mal la llegada de Lucy, a pesar del singular

momento de duda ante la puerta de entrada. Podía incluso congratularse de que Mark hubiera encontrado algo interesante, que no fuera él mismo. Pero la sensación de irrealidad, de amenaza, persistía en su espíritu.

Y buscó palabras que descubrieran su malestar sin herir a Mark.

—Supongo que me siento confuso. Todo ha ocurrido así, tan de repente.

—El amor sabe herir sin previo aviso —dijo Mark—. Yo creía antes que esto era poesía. Ahora sé que es cierto.

No lo dijo alegremente. Julián reparó por vez primera que su hermano parecía preocupado. Esto le movió a estudiar a Mark con atención en el espejo, mientras hacía la inspección final de su corbata y tomaba los guantes amarillos de manos del negro Roy.

En los ojos de Mark había un brillo cálido, interno, aquella noche. Era como un ansia vuelta hacia dentro, pensó Julián, aun cuando ahora adivinaba que la extraña luz ardía más hondo todavía.

—¿Y cómo sucedió eso?

—Pues… nos conocimos en casa de la tía Sume —dijo Mark— y me declaré aquella misma tarde. Lucy, creyó que yo estaba loco. Y yo le dije que sí, que lo estaba… por ella. Naturalmente ya lo había dicho otras veces. Pero, en esta ocasión, por mi mala suerte, era sincero. Sabía que no podría descansar hasta que no me la trajera —aquí sonrió levemente con una sonrisa que tampoco era propia de Mark—. Así, le enseñé a tía Sume nuestros libros de Caja, y se la compré.

—Me haces sentir deseos de conocer a esa belleza.

—Y, yo temo que la conozcas —dijo Mark—. Baila el primer vals con ella, Ju. Creo que un hermano menor no puede hacer menos. Pero recuerda que es mía. Tú te has vuelto demasiado guapo para un simple estudiante, y a Lucy le gusta mucho coquetear.

Julián se dio cuenta de que la risa de su hermano era forzada, pero le hizo eco cortésmente. Luego los dos bajaron la escalera y entraron en el gran salón, resplandeciente, al son de los violines.

Lucy no había comparecido aún, y por espacio de una hora Julián bailó con las muchachas conocidas de siempre. También las galanteó como debe galantear el joven sin compromiso desde la época en que se inventó la danza. Y quiso la suerte que estuviera con Cagle en la biblioteca cuando entró Lucy del brazo de Mark. Por ello no se hallaba preparado, en absoluto, al cruzar la estancia, e iniciaba un nuevo vals, cuando, la vio de pie en el último peldaño de la escalera.

7

El cuadro que se ofreció a su vista le acompañaría ya siempre, hasta el fin. Recordaría el ruido de los dijes del reloj en los dedos calzados de guante blanco, de su padre, mientras saludaba a unos amigos que se hallaban entre los que bailaban. Al propio negro Roy, ágil como una avispa, con la chaqueta blanca, en el acto de ofrecer una bandeja llena de copas altas, A Lucy, rechazándola, distraídamente —ya sus ojos se habían fijado en él y le observaban—. La modista de París que lo había ideado no hubiera descrito con mayor acierto que él su traje de baile. Cómo los *paniers* de tul, drapeado —sujetos por cien hojas de acanto—, cubrían la clásica campana de la falda y se encontraban en el esbelto talle. Cómo el cuerpo, resplandeciente, terminaba, por la parte de arriba, en una *ruche* abundante que tapaba las cortas mangas… y permitía que los brazos y los hombros de la joven brillasen como blanco marfil a la luz de la lámpara.

Una única joya centelleaba en el pecho, mientras, con la cabeza erguida aguardaba orgullosamente. Julián comprendía por qué la voz de Mark tenía aquel timbre particular al hablarle de ella, por la tarde. Y se alegró de que su hermano estuviera en otra parte al hacer su padre la presentación formal.

—Claro que éste es tú vals, Julián —dijo Lucy—. ¿A quién quieres que espere?

Siendo muy joven, había maldecido al maestro de baile llegado de Wilmington para enseñarle a saludar correctamente. Aquella noche bendijo al hombre porque *Monsieur* Albert conocía su obligación. Y también algunas muchachas de la casa de *Madame* Denise donde él y Mark aprendieron a bailar el vals a la perfección mucho antes de que la danza fuera admitida en los salones. Haciendo girar a Lucy ahora y observando cómo la luz brillaba sobre su moño de trenza de un rubio ceniciento, confiaba en que su destreza supliría a su silencio.

—Cuando las cosas son como uno se las figura experimenta siempre cierta sorpresa —dijo Lucy.

—¿Cómo…?

—Me refiero a ti y a mí, por ejemplo. Con seguridad soy como te figurabas al hablar de mí con Mark. Pero no te muestres galante. Sé sincero.

—Es usted eso y más de lo que pensaba.

—Yo también voy a ser sincera —dijo Lucy—, confiaba en que serías como eres. Tímido en el fondo, pero sabiendo lo que quieres, del empapelado del salón. Él se lanzó…, mirando al propio tiempo el dibujo.

—¿Y qué es lo que quiero, señorita Taylor?

—Llámame Lucy, cuñado. Me quieres…, a mí. Él volvió a hacerla girar sin atreverse a hablar. Temía que le temblara la voz. Ni siquiera en casa de *Madame* Denise —donde la conducta exterior era impecable— se hubiera tolerado, ni por un momento, semejante conversación.

—Me limito a despejar la atmósfera —observó Lucy—. Siento que no hayas sido

tú el que me conoció primero. ¿Sabrás resignarte si yo me resigno también?

—Puesto que no me es dado escoger».

—No es que lamente el contrato. Llévame a bailar ahí fuera y te explicaré por qué.

Mas el joven siguió dando vueltas, fingiendo no haberla oído. No-existe mujer en el mundo que tenga derecho a escudriñar el corazón de un hombre para leer lo que arde en él. Apenas se atrevió a mirarla, bajando rápidamente la vista, la vio elevar hasta él los hermosos ojos azules, —cándidos a pesar de su travesura— y se dio cuenta, por vez primera, de que era muy bella. Al encontrarse al pie de la escalera sólo sintió que tenía que estrecharla en sus brazos y mantenerla así, enlazada estrechamente con él, por todo el tiempo que se atreviera… La boca suave, carnosa, podía lucir un hoyuelo sin perder nada de su vigor. A pesar de la armazón de ballenas que los separaba, Julián sentía su dulce calor como una corriente invisible que circulaba entre su cuerpo y el de ella. El instinto —enloquecedor por su persistencia — le decía que, de inclinarse ahora para besarla, ella ronronearía como una mimosa gata y le pediría más besos.

—Decía… que voy a explicarte por qué —murmuró Lucy—. ¿Ni siquiera te inspira curiosidad?

La condujo, sin dejar de bailar, hasta la abierta puertaventana y luego atravesaron el enlosado pórtico. Se dirigieron en silencio al jardín en la noche caliginosa, sedienta de lluvia. Los siguieron los acordes del vals. Al llegar a las tinieblas más densas, Lucy le hizo bajar el brazo y, como un torbellino, se lanzó al sendero que tenían enfrente, sin perder el compás.

Julián aceptó el reto obligándola a ceñir a un compás cada vez más estricto su solo de vals hasta que, retrocediendo hasta un callejón sin salida formado por ramas de boj, ella apoyó ambos brazos en su borde mientras la risa sacudía su firme barbilla. Él se detuvo entonces a su lado, todavía hundido en melancólico silencio, mientras confiaba en que ella no oyera los latidos de su corazón, que parecía querer salvar las dieciséis pulgadas de distancia que los separaban.

—¿Qué miras? —le preguntó Lucy—. ¿Es que no me imaginas como novia?

—Hasta esta noche no la había imaginado de ninguna manera.

—No soy mala, en realidad. Soy sincera. Y por ser sincera se me juzga equivocadamente.

—Iba usted a explicarme por qué aceptó a Mark —dijo él, muy grave.

—También voy a ser sincera en este punto, Julián. Creo que puedo dar a «Chisholm Hundred» cuanto necesita. No puedo ofrecerle a tu hermano un verdadero amor, pero… se ama demasiado a sí mismo para echarlo de menos. En cuanto a mí…, bien…, todavía debo tres mil libras en Londres…, y no tenso ningún amigo sobre la tierra. Sólo parientes que darán por hecho que me caso bien. —La muchacha seguía riendo mientras le miraba con grandes ojos de cándida expresión—. He dicho esto a Mark, con estas mismas palabras.

Desde el pórtico se les hubiera tomado por una cualquiera entre la media docena de parejas, de borroso contorno, que se detenían un cuarto de hora para bromear antes de que concluyera el baile. Julián había estado en aquel mismo sendero cientos de veces, con su alta, correcta figura, dirigiendo cumplidos improvisados a pesar de los suspiros de reprobación de su pareja. Quizás inclinándose para besar una muñeca cubierta de encajes y bordados, con labios en que al respeto se unía el ardor. Aquella noche anhelaba colocar ambas manos en el punto en que el descote de Lucy cubría apenas los botones levantados de sus senos. Imitar la acción del hombre que despoja de su vaina el grano, hasta que apareciera desnuda ante él. Lucy decía:

—¿Querrás tomarme tal como soy, Julián? ¿O sería esperar demasiado?

Lo hubiera hecho si los ojos de ella hubieran expresado menos agudeza, de haber estado menos seguro de que comprendía sus deseos y los aceptaba como lo más natural. Por ello, cuando la mano de Lucy tocó la suya (leve como una mariposa, en la oscuridad), la oprimió entre las dos suyas, ante de levantarla para cubrirla de besos. Y, cosa singular, la contenida fantasía —tan rígida— le salvó, por el momento, Lucy dijo:

—Te sientes desgraciado porque me quieres. Y todavía más desgraciado porque yo lo sé. Pero, en realidad, no tienes por qué avergonzarte, técnicamente te he traído aquí para decirte que sé hacer honor a mi palabra.

Julián comprendió que le desafiaba deliberadamente, que le animaba a que echara por tierra sus débiles defensas, a que cruzara las dieciséis pulgadas de campo que les separaban todavía. Y se representó el encuentro: una sombra blanca, liviana, como una mariposa, se unía a su propia, oscura silueta, oscilando en un beso interminable. La música volvía a sonar y las demás parejas respondían a su llamada. No habría ojos que les vieran cuando él se la llevara a la sombra del laberinto de boj y la poseyera.

Pero Lucy seguía mirándole y riendo mientras se aclaraba la niebla; y las dieciséis pulgadas de terreno seguían interponiéndose entre ellos como intacto campo de batalla.

—Supongo que debí fingir —seguía diciendo Lucy—. Las señoritas suelen hacerlo así cuando comprenden que han hecho una conquista —empleó la frase deliberadamente, casi solemnemente—. ¿Hubiera dado paz a tu mente, a tu conciencia?

—Te agradezco que no lo hayas hecho —replicó él con marcada entonación.

Lucy se dirigió, vacilante, hacia él, riendo todavía. Hubo un momento de expectación en que Julián creyó que iba a ofrecerle los labios. Mas, en lugar de hacerlo, Lucy deslizó bajo el suyo un brazo frío y bajó modestamente los párpados.

—Acompáñame otra vez al salón, Julián. Ya he tomado bastante el fresco.

Julián no se detuvo a ver cómo ella se alejaba bailando en brazos de Jack Stuart, ni se atrevió a entrar en el salón por temor a tener que sostener la mirada de Mark. Una vez en las cuadras, montó el primer caballo que el mozo quiso ensillar, soñoliento, y en el cruce de dos caminos se detuvo a reflexionar lo que sucedería si se

llegara a Wilmington…, y sobre la seguridad, que tendría en la huida. O acaso en la dudosa nepenta[2] que pudiera ofrecerle *Madame* Denise… Mas, en vez de esto, al llegar a la orilla del río tiró de las riendas de su caballo y por espacio de varias horas permaneció sentado en el tronco de un roble, a la orilla del agua, mientras contemplaba la amplia y serena avenida extenderse al alcance de la marea, corriente abajo. Sólo cuando la última luz se hubo apagado en la colina se atrevió a silbarle al roano y volver a la cuadra.

A la mañana siguiente, al despertar con el alba —un alba blancuzca, de algodón —, supuso por un instante que había soñado con aquel momento, oscuro, de deseo en el jardín. Se vistió sin ayuda del criado y, al reparar que el sol se levantaba ya por encima del nebuloso río, se puso debajo del brazo las pistolas y bajó a la huerta. El antiguo blanco seguía en su sitio, y Julián disipó su estado particular de ánimo disparándole unos cuantos pistoletazos al astillado perfil.

Al disponerse a cruzar la galería llegó hasta él la risa de Lucy, y retrocediendo buscó un refugio entre las hojas de la parra. Lucy atravesaba el campo de deportes, moviendo la falda de terciopelo de su amazona, con los ojos fijos en la casa que, en aquella mañana nublada, se alzaba por encima de su cabeza. Por un momento creyó Julián que aquellos ojos que tanto abarcaban le habían descubierto. Luego cayó en la cuenta de que Lucy admiraba su futuro hogar. Almacenaba cada uno de sus detalles en la memoria, con aquella mirada suya, tranquila y dominante.

Él permaneció en su escondite, mirándola a su vez como si nunca se saciara y con la inerte pistola en la mano. Mark llamó desde la dehesa y se reunió a ella en el campo; estuvieron juntos un instante, gozando de la quietud de aquellas primeras horas de la mañana. Luego Lucy se echó a reír y atrajo hacia su boca la boca de Mark. Aquel beso era con el que Julián había soñado la noche anterior junto al seto de boj; no era menos desvergonzado —aun cuando no hubiera acertado a explicar por qué— el que ahora le daba su hermano.

La locura no consiguió trastornarle por completo; su mano tembló a tiempo, antes que el rígido brazo derecho pudiera dejar caer la pistola sobre el cráneo de Mark, mientras éste oscilaba, en el campo, teniendo a Lucy estrechamente abrazada. Se acordó incluso de coger el arma con la mano libre para que no hiciese ruido al caer al suelo en declive de la galería.

Luego debió de entrar otra vez en la casa, en silencio, aun cuando no recordaba cómo había llegado hasta su habitación. La niebla se despejó mientras tiraba del cordón de la campanilla y se servía con mano firme una copita de jerez, aguardando a que acudiera su criado. Por fin sabía lo que debía hacer, y agradeció al cielo haber recobrado el sentido común a tiempo, Cuando llegó Roy apresuradamente, él había abierto ya el primer saco de mano y se disponía a hacer su equipaje.

8

Comprendiendo que Roy no resistiría el clima de Glasgow, le dejó atrás antes de embarcar para Londres. Su decisión de empezar sus estudios en el extranjero, sin llevar tan sólo un sirviente consigo, extrañó todavía más a Harrison Chisholm que la primera resolución, y el empeño de Julián en partir antes de la boda de Mark fue acogido con desaprobación no menor. Pero el viejo le había prometido una educación de acuerdo con sus gustos, en el extranjero, y para Harrison Chisholm, una promesa hecha era algo incondicional.

Ya establecido en Escocia, Julián descubrió que bebiendo podía apartar de sí, hacia el mediodía, el recuerdo de Lucy; en ocasiones, cuando el primer vaso aguzaba su mente, se convertía, ya a media mañana, en un fantasma. Con el tiempo descubrió también (sólo que éste era un proceso más lento) que el mejor antídoto a su mal era el trabajo; que la anatomía podía transformarse en materia absorbente y la fea cueva del cuarto de disección en santuario donde permanecer apartado del mundo, así como del recuerdo de unos labios que no había besado en un jardín oscuro. Al mirar atrás, al evocar el triste primer año de su estancia allí, presentía que hubiera llegado a olvidarla por completo de haber persistido su buena suerte. Hubiera seguido escribiendo mentiras piadosas a su padre, le hubiera hablado más y más de los progresos que hacía, de la clientela que pensaba adquirir en Londres. Sí; él hubiera persistido en su resolución y se hubiera mantenido firme…, si Lucy hubiera dejado de escribir aquellas cartas ligeras, irritantes. Si Mark hubiera vivido,…

Sus cartas eran, en apariencia, tan inocentes como las de cualquier otra cuñada a su hermano político. En ocasiones constituían meras listas de los cambios que se estaban introduciendo en la finca. Recibía telas de seda de China, vía Boston; *capitonnage* de París, vía Charleston, El nuevo *chef* (oriundo también de París) se había posesionado de las cocinas con visible enojo del mayordomo negro. *Monsieur* Félix Laurentier (otro francés), el pintor de retratos en boga, agregaba a la galería de cuadros la efigie de la nueva castellana. También era una innovación el invernadero —una joya— que Mark había mandado construir para ella en el primer aniversario de su matrimonio. Se alzaba en la cima de la colina, ante el magnífico panorama del río. Las gaviotas del estuario reñían por las cortezas de pan que Lucy les echaba cuando iba a dibujar en él por la tarde. Mas Julián no tenía derecho a buscarle una segunda intención a aquellas misivas. Por ello, cuando Lucy le habló del baile dado por su suegro para celebrar la sentencia de Dread Scott[3], trató con toda su alma de comprender la trascendencia de aquel alabado error político…, y el hecho de que el Sur pudiera hacerlo objeto de una fiesta. Mas, en vez de ello, maldijo a Jack Stuart porque le había robado tres valses a Lucy y se preguntó si Jack la habría sacado también a pasear por entre los setos de boj.

Al fin acabó por quemar todas sus cartas y volver, triunfante, al trabajo. Sólo que

aun entonces se dio cuenta de que aquel triunfo iba a ser breve, de que las esperanzas concebidas para el futuro constituían una actitud naciente nada más. La última carta de su padre acabó, con la rapidez del rayo, con todos sus problemas, enfrentándose de nuevo con sus recuerdos.

… tu hermano ha muerto —escribía el viejo Chisholm—. *Estoy poniendo la frase en el papel y aún no acabo de creer que sea cierto. Sin embargo, debo escribirla, aun cuando sólo sea para que vengas en seguida*.

Iba a caballo, acompañado de un mozo, a través de los bosques de pinos. «Lara», *que, como recordarás, nunca en la vida tropezó, cayó hacia delante al saltar la valla de madera. El brusco movimiento sacó los pies de Mark de los estribos,* y*… parece ser que murió en el acto.*

No necesito añadir que tan triste acontecimiento altera en mucho tu porvenir, si estás conforme con ello. Por la deshecha tranquilidad de tu padre, Julián, procura responder abiertamente a las preguntas que no tendré más remedio que hacerte.

Lucy soporta bien el golpe. Y aun cuando no podrás hallarte aquí para los funerales de tu hermano, confía, conmigo, en que apresurarás tu regreso.

Tres semanas después, Julián subía por la cuesta de «Chisholm Hundred» en otra tarde que amenazaba lluvia; una vez más se paró debajo del último roble de la avenida y dejó que el ambiente le rodeara como capa protectora. La elevada casa de su padre parecía confiar en su inmortalidad. ¿Qué derecho le asistía a él para decir (ni aun para sus adentros) que sus días estaban contados? Unos segundos después se hallaría expresando tal idea en palabras. No tenía más que decirle a su padre que su resolución de concluir la carrera de Medicina era irrevocable, que jamás aceptaría la herencia del predio familiar ni sus trabas.

Pero de momento, se limitó a avanzar sin ruido por entre los setos de boj y pararse, una vez más, a su sombra (silencioso como un ladrón) antes de deslizarse en el interior del edificio por una puerta lateral.

El *living room* se hallaba ya sumido en las sombras del crepúsculo, mas, aun así, reparó en seguida en la total transformación operada en él por la mano de Lucy. Los cortinajes, colocados a ambos lados de las altas ventanas, tenían un aire frívolo; los sillones tapizados, adquiridos en París (en telas amarillo de oro y azul zafiro), parecían arrepentidos libertinos junto al mármol itinerario de la chimenea. El retrato de Lucy, colocado encima de ésta, le miraba en la penumbra; Julián encendió una vela en el hogar y, alzando la vista, contempló la bien recordada sonrisa. El artista francés la había pintado con un vestido en que relucían los cequíes; sus cabellos

rubio-ceniza estaban sujetos por ancha cinta de plata. A pesar de la clásica *pose* —y el pilar en que apoyaba la cabeza—, le parecía hallarse dispuesta a soltar una carcajada, se dijo Julián.

Volvió la espalda a aquella posibilidad y salió fuera de la casa, posponiendo, momentáneamente, su decisión de maldecir su debilidad. Al otro lado de la rosaleda de su madre, los últimos rayos de sol poniente iluminaban por entre los robles, la lápida de la sepultura de su hermano. Julián nunca se sintió deprimido en aquel cementerio familiar; casi experimentaba un alivio al pararse, en obediencia a una vieja costumbre, ante la sepultura de su madre.

MARY RANDOLPH CHISHOLM
2 de abril de 1816 — 3 de setiembre de 1837
«Se fue demasiado pronto con los ángeles»

Aun admitiendo como sincero el sentimiento que lo dictara, Julián siempre había censurado la cursilería de su padre al hacer grabar la piadosa frase. Se aborreció todavía más por su falta de sentimiento al colocarse junto a aquella bien cuidada tumba y se preguntó qué habría sacado su madre de la vida. Casada a los dieciséis años, le dio a su marido tres hijos antes de morir. Dos de ellos estaban ya enterrados cerca de ella: Matthew, el mayor, había muerto siendo aún niño; Mark, en la flor de la vida. Y el menor no podía dar a Mary la seguridad de que su matrimonio fuese finalmente fructífero.

La hierba estaba ya fresca y lozana en el bien definido rectángulo de la tumba de Mark. Julián leyó la inscripción, como un deber, y murmuró una plegaria antes de volver a la casa. Esta vez penetró en su interior por la puerta principal y llamó con los nudillos a la puerta del estudio. Sin molestarse en preguntarlo, adivinaba que Harrison Chisholm aguardaba allí su llegada.

Encontró a su padre sentado ante la gran mesa escritorio, de caoba, repasando las cuentas de MacAlistair y dándole vueltas al globo de terracota que solía colocar a su lado. No renunciaba a su *pose*. Cuando levantó la mano del globo y se la ofreció a Julián la presión de sus dedos fue deliberadamente firme.

—Siéntate, hijo mío. Confío en que la travesía habrá sido buena.

—Tomé el primer buque, señor. No tuve tiempo de escribir.

—Ni era necesario que escribieras. Estoy seguro de que tus sentimientos son, en la actualidad, un eco de los míos.

«Tú ya conoces mi respuesta —pensó Julián—. Tu frase retórica, tus expresiones *standard*, son una defensa solamente. Yo echaré de menos a Mark muchísimo más de lo que puedas echarle de menos tú, aunque por motivos distintos. Pero lo que importa es que ninguno de los dos podemos exponer nuestro razonamiento con palabras. Sólo sabemos mirarnos mutuamente, con su recuerdo entre los dos, y admitir, de una vez para siempre, que somos dos extraños el uno para el otro».

—Lo siento, padre —Julián hizo un esfuerzo para pronunciar estas palabras—, pero no he venido para quedarme.

—¿Volverás cuando hayas terminado tus estudios?

—Estoy decidido a ser cirujano. Es mi única aptitud y quiero perfeccionarla.

Harrison Chisholm reflexionó.

—Supongo que no se puede ser médico y administrar, al propio tiempo, esta hacienda. ¿Eso piensas?

—Con franqueza, sería pedirme demasiado.

«También tú lo crees así —volvió a pensar Julián—. Todos los días, mientras estás ahí sentado y repasas las-cuentas de tu capataz, todos los días recorres, a caballo, los cuatro puntos cardinales de tu imperio, como un gran señor, y velas por su buen funcionamiento. Lo que no ves es que un rudo administrador escocés y cuatrocientos siervos negros ganan hasta el último dólar de tu caudal. El único papel importante que desempeñas en el plan es el de mantener intacta su trama. Oponerte con todas tus fuerzas a la transformación de un mundo que tiene forzosamente que cambiar o morir, Sólo que nunca me atreveré a expresarlo así delante de ti. Tú nunca me has herido conscientemente; tampoco yo te heriré mientras pueda, pero me apartaré de tu lado».

Su padre rompió el silencio:

—¿Puedo confiar en que recapacitarás…, y en que dedicarás a la hacienda todas tus energías?

—Pasará algún tiempo antes de que pueda terminar mis estudios. Es posible que venga, de vez en cuando a América. Mas, aun cuando me estableciera aquí, serla en calidad de cirujano.

—La tierra y los esclavos pasarán a tus manos algún día, sea como quiera. Me atrevo a decir que tendrás que salir responsable de ellos.

«¿Y si dijera que no acepto ni lo uno ni lo otro? —pensó Julián—. ¿O si te sugiriera que les diera libertad a tus esclavos antes de morir y les dejaras trabajar por su cuenta la tierra? Es lo que yo haría si la historia me proporcionase ocasión». Pero otra vez guardó silencio, adivinando que aquel mutismo hería más a su padre que un altercado violento.

—Antes de decidirte, quiero que hables con Lucy.

El corazón le dio un salto, pero respondió con bastante calma a la mirada de su padre.

—¿Cómo puede Lucy influir en mí?

—Aún no la he interrogado respecto del futuro. Pero se me ha ocurrido que podrías casarte con ella cuando haya transcurrido el tiempo de rigor.

Julián trató de hablar, pero el viejo Chisholm levantó una mano conciliadora.

—No me creas insensible porque te hago tal sugestión. Mark sería el primero en aprobarlo. Es la costumbre, cuando una familia se ve amenazada de extinción.

Y calló, al fin. Julián abrió la boca para hablar, pero descubrió que no se atrevía,

después de todo. Ahora comprendía que había esperado esto desde el momento en que dejó Glasgow, Y, asimismo, sabía cuál iba a ser su respuesta… Como su padre acababa de observar, era costumbre establecida que el hijo menor de una familia contrajera matrimonio con su cuñada cuando ésta quedaba viuda joven. Lucy se había casado con el dinero de los Chisholm, no precisamente con Mark, según propia confesión. ¿Por qué iba a repugnarle, pues, la idea de un segundo matrimonio?

—¿Crees que me querrá?

—Soporta bien su duelo. Lucy es joven, Julián, pero posee una inteligencia lúcida y fuerte. Hoy es una perfecta ama de casa; confiemos en que seguirá desempeñando ese papel cuando sea tu mujer.

—¿Y comprenderá que persista en proseguir los estudios de Medicina? ¿Que confíe la dirección de mis asuntos a MacAlistair?

Harrison Chisholm reprimió una sonrisa.

—Sí, hijo mío, ciertamente. Para ser franco, confío en que tu mujer te hará ver la luz a su debido tiempo.

«Se ve que le tiene encantado», se dijo Julián. Recordaba las palabras pronunciadas por ella a la sombra del seto de boj: «Yo siempre sé hacer honor a mi palabra». Había llevado una vida nueva y más brillante a «Chisholm Hundred», lo mismo que las telas por ella elegidas animaban el clásico reposo del salón. ¿Qué podía perder él al pedirle que se quedara con ellos?

La encontrarás en el invernadero —dijo su padre—. Va allí con frecuencia para contemplar la puesta de sol.

Otra vez titubeó antes de observar:

—No creas, Julián, que te obligo a adoptar una resolución, pero… esta mañana ha dicho que pensaba aguardarte ahí.

—¿Me sugieres que le hable ahora mismo del asunto?

—No, por cierto. Pero no estará de más que la sondees.

—No, no estará de más.

Julián se puso prontamente de pie. El movimiento acabó con su indecisión. Antes de llegar a la puerta del estudio se dio cuenta de que su padre ganaba, después de todo. Y si quisiera convertirse en una parte de su herencia, «Chisholm Hundred» le retendría allí para siempre.

Harrison Chisholm llevó más adelante su victoria, sin alterarse, como conviene a un caballero.

—¿Debo entender que el futuro se hallaba despejado todavía? —interrogó.

—Como gustes.

Julián cerró la puerta del estudio sin eludir el trato que, sin palabras, acababa de cerrar. Mas, por esta sola vez, los ojos de su padre no buscaron su mirada. En vez de ello, Julián oyó el susurro del eje de acero cuando el globo giró bajo los dedos del viejo. Y adivinó que aquellos dedos temblaban ahora menos. Que bien podían ofrecerse ya el lujo de hacer girar el mundo, como si las montañas y los mares de

terracota formasen parte de sus propias tierras.

Una vez en el exterior, en medio de la tarde dorada, halló instintivamente el camino del invernadero. Las cartas de Lucy explicaban que se hallaba aislado en la última pendiente de la colina. Un bosquecillo de cedros le servía, al Norte, de mampara contra el viento; al Este y Sur, se abría sobre el estuario, de color azul a aquellas horas. Ya la diminuta construcción formaba parte decorosa de su panorama, como una blanca joya encajada en su montura de verdor. Las celosías estaban echadas para resguardar el interior de la deslumbrante luz roja del Oeste; incluso la misma puerta estaba apenas entreabierta, para que él no pudiera divisar lo que había al otro lado, mientras suba por el sendero.

Cuando Lucy pronunció su nombre albergo la loca convicción de que estaba esperándole allí desde un principio, de que esta última ascensión desde los campos de la finca era sólo la culminación de sus deseos.

—Hace una hora que te he visto desembarcar —dijo Lucy—. ¿Qué te detenía?

—Me preparaba para el porvenir —repuso él, teniendo un pie todavía en el umbral del invernadero—. Y es cosa que requiere tiempo, como sabes.

—Cuéntame eso —dijo Lucy. Julián no hizo el menor esfuerzo para responder al desafío. A pesar del loco latido de su garganta, sentíase singularmente tranquilo cuando cerró la puerta tras de sí y se quedó plantado, mirándola a la luz tamizada de la ventana. Lucy había estado sentada en un diván colocado bajo la ventana oeste del invernadero; al ponerse en pie, su mano rozó la persiana, cerrando unas pocas motas de luz de ocaso. Antes de que pudiera dejar caer aquella mano, él la tomó en sus brazos… y saltaron hasta los últimos vestigios del dominio que ejercía sobre sí antes de que su boca se cerrase sobre la de ella.

Sus sentidos giraron vertiginosamente al sentir separarse bajo los suyos los labios de Lucy. Luego, el férreo impulso del deseo le sostuvo, dando a sus manos agilidad y firmeza cuando se asieron al cuello de la descotada bata que ella llevaba puesta. Sólo entonces se dio cuenta de que aquella fruslería de seda que les separaba era la única ropa que ella vestía en aquel momento.

—¿Qué estás mirando ahí? —dijo Lucy—. ¿Crees ser el único a quien esperan?

9

Cuando ella le dejó, finalmente, no pronunció una palabra. Sabía que Lucy había preparado aquel momento deliberadamente y confiaba en que rompería el encanto de la manera más inesperada. Ahora que la había poseído plenamente, ahora que la feroz necesidad de destruir y de ser destruido quedaba satisfecha, podía permitirse el lujo de aguardar un poco hasta escuchar las palabras que debían revelarle él porvenir.

El embate de los reproches llegarla más adelante, como era natural. De momento le bastaba verla abrir un poco la puerta para dejar penetrar el último rayo de luz diurna. Ella permaneció allí un instante, bañada por la claridad gris. Sólo había comenzado a vestirse; con aquellos pantalones y las chinelas de tacón bajo parecía una tímida niña. No lo era tanto cuando con la mirada Julián recorrió la parte superior de su cuerpo. Dentro del cubrecorsé de cambray sus senos eran como manzanas de plata y todavía sentíanse orgullosos de la pasión que acababan de compartir.

Pero Lucy no habló hasta echarse la falda, cuando él acudió junto a ella para ayudarla a abrocharse. Entonces parecía lo más natural el ayudarla así.

—Desde que minió Mark resido aquí —explicó Lucy—. ¿No te lo ha dicho tu padre?

—Mi padre me envió aquí para solicitar tu mano. No entró en detalles.

Lucy hizo un gesto de asentimiento y tomó el espejo, mirándose su despeinado cabello.

—Hace tiempo que lo tiene pensado. Harrison Chisholm es un caballero, Julián. Pero también es hombre práctico.

—Naturalmente, me habló de un intervalo decoroso.

—También ha sido decoroso esperar, por tu parte.

—Es que no he esperado…, que no hemos esperado. Es decir…

—No seas vergonzoso —dijo Lucy—. Hice un contrato y lo he observado. Puedo asegurarte que Mark no lamentaba haberse casado —aquí Lucy hizo una pausa, como si se detuviera a recordar algo muy suyo—. Murió feliz, Julián…» sin adivinar siquiera con qué clase de mujer se había casado. Recuerda esto cuando comience a remorderte la conciencia. Recuerda, también, que aquí pisamos terreno independiente… El invernadero es sólo mío: así se convino cuando se construyó para mí. Dije entonces a Mark que vendría aquí para volver a ser yo…

Julián la observó alisar hasta el último lazo de la falda, contempló cómo inspeccionaba la parte más despeinada de su cabello rubio pálido, Y el contento volvió a apoderarse de él, como barrera que se oponía al paso de todas las preguntas que se aglomeraban en el mismo umbral de su mente. En su momento, fuese el que fuese su fin: el invernadero era su santuario, por más mal que se utilizara.

—Sé sincero —dijo Lucy—, ¿quieres casarte de veras, ahora, conmigo?

—Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por conservarte. ¿Cuántas veces quieres que te lo diga?

—Hasta ahora no me habías dicho nada —protestó Lucy—. La verdad es, Julián, que eres un enamorado singularmente reservado y silencioso.

—Bien, suponiendo que yo esté de acuerdo con tu padre y que el insista en que ocupes el lugar de Mark en la casa…

—Podría dejar que MacAlistair dirigiera en mi nombre la plantación y yo trabajaría en Wilmington. —Julián se puso en pie y comenzó a exponer sus proyectos mientras paseaba—. Dame seis meses de tiempo, Lucy; y luego nos casaremos en Londres. Para entonces estaré ya dispuesto a ir a París…, para estudiar ginecología. Podemos alquilar una casa en el «Quartier» mientras trabajo en el «Hotel Dieu»,…

Se detuvo bruscamente al reparar que ella se reía.

—No hipoteques tu porvenir en beneficio mío —dijo—. He acabado ya con «Chisholm Hundred».

Pero la voz de él siguió, sin hacer caso de su risa:

—Podemos ir en viaje de bodas a Italia. O, si lo prefieres, a España.

—El sábado estaré en casa de mi tía, en Charleston —dijo Lucy—. En agosto me casaré, probablemente, con Víctor Sprague.

Julián se la quedó mirando sin acabar de comprender.

—¿Te refieres a…… al senador yanqui?

—Sí; nos conocimos el año pasado en un baile de Wilmington —replicó Lucy—. Y entonces quedamos en volver a vernos, este verano, en Saratoga. ¿Por qué no he de ir con el traje de viuda?

—¿Hiciste todos esos planes en vida de Mark?

—Él me prometió llevarme al Norte en el mes de agosto.

—¿Y le hubieras dejado por Sprague?

—Probablemente —dijo Lucy.

El odio le subió a la garganta con latido gigante. Pero recordó a tiempo cómo aquella misma rabia había estado a punto de introducir una bala en la cabeza de su hermano. En aquellos momentos no podía hacer fuego sobre un hombre al que nunca había visto… Dominándose, pues, mediante un gran esfuerzo, se apartó de Lucy. No estaba en situación de censurarla.

—Sigamos siendo sinceros —dijo ella—. Los dos sabemos que Mark murió sintiéndose dichoso. Vale más que haya muerto; para como está el mundo… Y lo mismo llegaríamos a ser nosotros si nos quedásemos aquí. Pero yo me retiro a tiempo y me casaré con el yanqui más rico que he podido encontrar, si es que todavía me quiere. ¿Me lo censuras?

Julián se obligó a encararse con ella y halló los grandes ojos azules tan cándidos como de costumbre.

No podía echarle en cara su buen sentido. Ni tampoco censurar que se casase con Víctor Sprague… o con otro cualquiera.

—No me digas que eras demasiado joven para no conocer a Mark —siguió diciendo su cuñada—. Sabes tan bien como yo que era un hermoso, encantador

animal. Era un producto de este país, lo mismo que tu padre; y no hubiera sobrevivido al estallido que se nos prepara…, porque esto estallará, Julián. Será, sin duda, cuando el Norte elija a su primer presidente. O antes, si los muy timos se salen con la suya.

—¿Y por eso te casas en el Norte?

—Prefiero el lado del triunfo. ¿Qué mujer no lo prefiere?

—¿Y por qué aceptaste primero a Mark? —¡Qué sé yo…! Entonces era más niña. Creía sinceramente que este mundo duraría siempre. En el pasado año maduré muy de prisa. Jugarreta que os hacen las mujeres cuando se las trata como a joyas…, y se les da tiempo para reflexionar.

Lucy titubeó y sus labios se curvaron en una leve sonrisa, como si se preguntara, antes de hablar, si podía confiar en él hasta el punto de hacerle otra confesión.

—Digamos que tu padre y Mark nacieron con un siglo de retraso…, y tú y yo con un siglo de adelanto. Yo sigo sabiendo qué es lo que quiero. Y es mucho más que un cocinero francés, o que este invernadero.

Entonces él se irguió ante ella, con las manos temblorosas, como si al fin fuera a pegarle, y los azules ojos de ella le desafiaron a que completase la acción.

—No seas hipócrita, Julián —dijo, al cabo—. Sabes muy bien que tengo razón. Hasta hoy no he desgarrado aquí ningún corazón, y me gusta mantener intacta la fama.

—Pero ¿y yo?

—Lo que tienes que hacer es muy sencillo. Vuelve a tu Medicina y ruega al cielo que te concedan el título antes de que estalle la tormenta. Porque cuando estalle, tú estarás al lado del Sur. Hay en ti algo de Quijote, aun a pesar de haber nacido doctor. Y lo que un Quijote se siente incapaz de resistir es… una guerra que está perdida antes de comenzar.

Al oír esto, él volvió la cabeza, dejando que el espíritu previsor de Lucy acabase de levantar un muro entre los dos, A su espalda sonó el chasquido del *lucifer*[4] con que la joven encendía la lámpara colocada sobre el espejo. El ruido leve de un peine le dijo que estaba dando los últimos toques a su peinado, pero no se atrevió a mirar. En vez de hacerlo, miró fijamente al diván colocado bajo la ventana occidental, Unos cuantos rayos dispersos del sol poniente prestaban su pátina a los almohadones. Parecía increíble que los cuerpos de los dos hubieran estado amorosamente enlazados en aquel mismo diván hacía escasamente media hora.

—¿Por qué te me has entregado?

—Porque lo mereces —respondió Lucy—. Y porque confiaba en que lo pasarías bien. Sé galante y confiesa que nunca me olvidarás. Un Chisholm no puede hacer menos…

Julián oyó tintinear la cadena de la lámpara al apagar Lucy la mecha…, y luego el rápido susurro de sus faldas. Al volver la vio de pie fuera, en el campo, bañada por la moribunda luz de occidente. Hubo un instante en que pareció flotar entre el campo y

el cielo… una sílfide cuya esbeltez acentuaba la gran campánula de la falda. Hubiera podido tocarla sólo con dar dos pasos largos a través de la puerta abierta, y, sin embargo, nunca había estado más lejos de él En aquellos momentos hubiera podido entrar en el marco dorado de su retrato con aquella parodia de *pose* clásica intacta.

Lucy le dijo por encima del hombro:

—Hasta mi marcha disponemos de dos días enteros. ¿Quieres que volvamos a vernos aquí mañana?

—¿Después de lo que me has contado?

—Todos respetan mi dolor y me dejan sola —siguió diciendo Lucy, como si no le oyera—. Tu padre cree que empiezas a hacerme la corte… ¿Puede haber algo más seguro?

Franqueó de un salto el umbral y le ofreció su brazo sin pronunciar una sola palabra. Un año antes, la noche en que se conocieron, habían paseado así por el jardín. En la parte baja de la ladera, «Chisholm Hundred» —fantasma orgulloso en la oscuridad— les guiñó desde una docena de ventanas, al encender los esclavos las habitaciones de la planta baja. Y Julián no acertó a desechar la convicción de que la casa se reía de una broma sólo por ella conocida.

10

Al día siguiente, después del mediodía, cruzó, montado en *Lara*, por espacio de horas enteras, eriales y pinares; mucho antes de poner el pie en el estribo sabía ya que volvería a casa a tiempo de subir otra vez el camino del invernadero. Por la noche (en tanto Lucy permanecía sentada en el salón, en simbólico aislamiento), su padre le interrogó discretamente mientras apuraban unos vasos de clarete. Julián se escandalizó de la desenvoltura con que desviaba las preguntas de su padre.

—Tú me hablaste de un intervalo decente. ¿Cómo podía suponer que…?

Sin la menor vergüenza hubiera mentido para cubrir su rostro. Por fortuna, el mismo día de la marcha de Lucy llamaron a su padre desde Richmond, para ventilar unos negocios, de manera que no tuvo necesidad de mentir. Le fue fácil darle una hora de delantera antes de dejar una nota ambigua en su casa, hacer la maleta y seguirla. Pero en Wilmington descubrió que Lucy había tomado pasaje a bordo del costero que iba a Baltimore…, y que su tía de Charleston había muerto hacía ya años. En Baltimore no halló el menor rastro de ella, aun cuando su táctica era suficiente clara, ahora, para que se diera cuenta de ella hasta el más vulgar enamorado. Julián se dirigió a Washington en el primer tren, y tras de pisar el barro acumulado de la avenida Pensilvania por la insistente lluvia de abril, fue a sentarse en una galería del Senado y planeó lo que iba a hacer. Sería absurdamente fácil matar —o hacer que le matase— a Víctor Sprague. Únicamente debía preguntarse si valía la pena.

La suerte le acompañaba aquella tarde: el senador por Pensilvania hablaba en defensa de los *frec-soilers*. Sprague había cambiado ya de frente, como exigía su negocio. Como un Solón del nuevo, vigoroso y perturbador partido republicano, pedía a gritos la extensión de la libertad a costa de la esclavitud. Julián permaneció largo tiempo sentado en su sitio viendo inclinarse la oscura cabeza de Sprague en dirección al oscuro pasillo que tenía debajo. Alto, mas sin exceso de majestad, leonino y bien vestido, Víctor Sprague era el prototipo del nuevo cruzado, el heredero de Webster. Por ello parecía lógico que aquel capitán de hierro (que había labrado una fortuna en Pittsburg y otra como consignatario de buques) invadiera el Congreso, sin retardar el ritmo persistente y seguro de sus éxitos. Hoy Sprague hacía ponerse en pie a todo el partido, aclamándole; la falange de los demócratas le miró en silencio cuando volvió a su puesto. «He aquí —se dijo Julián— al titán del mañana, aun cuando su origen sea más vulgar que el latón. Quizás se adapte a dar a Lucy lo que ella espera de la vida». ¿Se habría dirigido la viuda de su hermano a Washington para entrevistarse con aquel voceador de frases huecas? Lo mejor y más sencillo sería seguir a Sprague a la serie de habitaciones de soltero que ocupaba en el Willard y sorprender un *rendez-vous*. Mejor todavía desafiarle… bajo cualquier pretexto que no se relacionara con Lucy, Como todo el mundo sabía, Sprague no era contrario al duelo, si el duelo podía servir para sus fines; su última pelea en el mismo edificio del Senado formaba ya parte de una leyenda… Pero la razón iba ganando el espíritu de

Julián a medida que se acababa el día, y el Senado renunció a su oratoria, al fin. Julián seguía sentado en la galería del público, y desde allí vio marchar a Sprague acompañado de sus colegas, dejándole escapar hacia cualquier futuro que deseara.

Cuando se apagaron las lámparas y un ujier le llamó la atención, dándole un golpecito en el hombro, Julián salió del inacabado Capitolio de la nación y volvió el rostro hacia la estación de ferrocarril. Por lo menos se daba cuenta de que la pasión no puede ser un sustituto del honor. Lucy había estado jugando con él mientras aguardaba el paso de una presa mayor. Era amargo para el joven tener que reconocerlo así. Mas el hecho mismo de reconocerlo era ya un largo paso hacia la madurez.

11

Aquel mismo otoño comenzó los estudios de Ginecología en el «Hotel Dieu». París le acogió con su gris y recordada sonrisa; encontró un entresuelo no lejos de la «*Île de la Cité*» y se enfrascó en su nuevo trabajo con un celo que nada tenía de anormal. A veces se decía que, al cabo, conseguía olvidar a Lucy; incluso en algunas noches fragantes, Bette (la muchacha que, de modo accidental, compartía su existencia) prometía ayudarle a olvidar aquella locura del invernadero.

Fue Bette quien le subió la carta de su padre, tras tomarla de manos del conserje. Contenía la noticia que los dos esperaban y temían. Lucy se había casado con su senador en Washington… un mes antes de las tristemente célebres elecciones nacionales. Aunque precedido de un discreto, pero intenso noviazgo en Saratoga, la ceremonia había sido celebrada en privado, como deferencia a la reciente viudez de la noria…

> *Desde todos los puntos de vista, ese Hombre es un granuja* —escribía el viejo Chisholm—, *aunque debo agregar que sus modales fueron irreprochables duran, te su visita a Wilmington. Se dice que está gastando miles de dólares en asegurar la elección del señor Lincoln, calamidad política que sólo puede significar una cosa: la guerra*.
>
> *Todavía me niego a creer que Lucy haya podido casarse con otro hombre meses después de encerrar a Mark en la tumba. Sin embargo, no me atrevo a censurárselo demasiado; está sola en el mundo, tiene que pensar en el porvenir y le asisten todos los derechos a separar su destino del nuestro.*
>
> *En cuanto a ti, hijo mío, únicamente puedo confiar de nuevo en que recordarás tus verdaderos intereses cuando llegue nuestro momento de crisis. No creo que pueda ya tardar mucho.*

Mientras le miraba leer, Bette se había acomodado en la curva de su brazo, como un gatito mimoso.

—*Tres cafard, Julien. Porquoi?*

—*Moi triste? J'amais de la vie*[5]

Aquella tarde la llevó a un baile y allí trató, con todas sus fuerzas, de sofocar el nuevo y sordo dolor de su corazón. Aun comprendiendo que tenía que llegar alguna vez, nunca hubiera creído que la noticia le afectara tanto. Bette —más adelante lo recordó con gratitud— se dio cuenta de su desesperación e hizo lo que pudo para consolarle, como sabe hacerlo una francesa, Pero, de momento, los dos luchaban por una causa perdida.

La carta de Lucy llegó a sus manos varios meses después, cuando, terminados los cursos en los hospitales, seguía estudiando con una inercia originada en una exagerada filosofía… y en un exceso de jerez con que acompañaba el café del desayuno. Más nota que carta, la misiva iba directamente al fondo del problema y le daba una inevitable solución.

Mi querido Julián —escribía Lucy—: Todavía no me has felicitado por mí nuevo matrimonio. Me resisto a creer que puedas haberme olvidado tan pronto.

Demuéstrame que me engaño robándole un poco de tiempo a tus estudios para asistir en Londres al baile de Todas las Naciones. Yo estaré en la taquilla americana. Víctor está ahora en Inglaterra en viaje diplomático, como ya habrás leído en los periódicos. Te reservaré un vals y, mientras valsamos, te daré noticias mías.

La carta le fue remitida por el secretario de la Universidad de Glasgow; el baile de que Lucy le hablaba —una fiesta internacional, de caridad, cuyas invitaciones podían adquirirse en la Embajada de Inglaterra— se celebraría de allí a dos días.

Julián quemó la carta y se fue al «Hotel-Dieu», donde pensaba tomar notas durante una operación. Una hora después descubrió que sus notas eran un galimatías. Otra hora después se hallaba plantado en el andén de la *Gare du Nord* poniendo en la mano de la no muy desconsolada Bette un grueso fajo de billetes de Banco, percibiendo los latidos de su corazón cuando los empleados gritaron: *en voiturel* a lo largo del tiznado convoy de Calais. Veinticuatro horas después, que espació con medio vaso de *whisky* escocés, Lucy volvía a estar en sus brazos, dando vueltas a los acordes del *Danubio Azul*.

Llevaba el mismo vestido blanco de baile que llevaba la noche en que Julián la conoció en «Chisholm Hundred». El único detalle nuevo era la *riviére* de diamantes. La vista de las joyas hirió a Julián. Después de todo, Lucy hubiera podido dejarlas en casa.

—Celebro comprobar que sigues siendo curioso —observó ella sonriendo.

—¿Dónde está él?

—Víctor se halla en Birmingham. La semana que viene pensamos volver a las Bahamas. Está demasiado ocupado estos días para fiestas. Supongo que no hago mal buscando una pareja.

Julián se rió en voz alta de esta salida al recordar la nube de oficiales que se agrupaban alrededor de ella poco antes.

—También yo estoy muy ocupado, Lucy.

—¿Y a pesar de ello has venido a este baile?

Julián la ceñía con discreción por el talle mientras bailaban a través de la atestada

sala. Su pareja era Lucy Sprague, mujer de un diplomático, e incluso en aquella fiesta de beneficencia podía haber ojos que los espiaran.

—Tú sabes muy bien por qué he venido…

—Para bien de los dos —replicó Lucy—. ¿Querrás que vayamos después a mi hotel o a tus habitaciones? Yo creo que estaremos más seguros en tus habitaciones.

Lucy no podía escandalizarle ya, pero aun así, Julián sintió que la respiración se le aceleraba.

—Pero ¿y tu actual contrato? —insinuó—, ¿Víctor otra vez? ¿Es que no podemos dejar de hablar de Víctor?

—Recuerda que vengo a Londres animado por la exclusiva intención de darte la enhorabuena.

—Tú vienes a Londres para hacerme el amor —dijo Lucy—, ¿por qué no empiezas de una vez?

Aquella noche el muchacho la condujo a sus habitaciones de Middle Temple; le producía un salvaje placer llevarla allí, obligarla a recordar lo que era su vida de estudiante; pero se olvidó de tomar tan mezquina venganza mucho antes de ayudarla a bajar del *cab* a las húmedas losas del zaguán. Nada le parecía ya tener importancia —cosa absurda—, comparado con la promesa de sus ojos brillantes, de su perfume embriagador.

Aquella noche, y la siguiente también, Lucy permaneció junto a él hasta que la oscura niebla del exterior comenzó a aclararse al otro lado de la ventana. Por vez primera renunció a atrincherarse en el refugio fácil de su inteligencia: fue durante aquellas noches de amor una mujer real y una llama ardiente. Julián no acertaba a comprender por qué estaba casada con un pillo, aunque no podía perdonarla.

Y no resistió a la tentación de traducir su pregunta en palabras.

—¡Señora de Víctor Sprague! —murmuró—. Parece mentira…

—Víctor es un ser bastante real —dijo Lucy—. ¿Quieres que te lo presente?

—¡Dios me libre!

—Para bien o para mal, constituye lo futuro. Y yo quiero moverme en el futuro, Julián, no quedarme detrás.

—Por lo visto, vives divinamente así.

—Sí, soy dichosa. Víctor es un pirata y lucha sin obedecer a ninguna regla. Yo soy lo mismo. Él no me quiere…; no quiere a nadie. Pero me encuentra decorativa cuando necesita decoración. Soy tan libre de ir y venir como pocas mujeres en este año de gracia. ¿Qué aventurera apetecería más?

—No te trates tan a la ligera…

—Y tú no dejes de comprenderme —dijo Lucy—. Para ti una aventurera es una mujerzuela con buenos modales. Para mí es, sencillamente, una mujer que sabe lo que quiere y lo obtiene empleando todas las armas que posee. Durante toda mi vida apetecí el poder… y la posibilidad de hacer lo que quiero. Víctor Sprague es el poder… y me deja hacer lo que se me antoja. Por eso digo que estoy contenta.

—La vida no es cosa tan sencilla como eso, tú lo sabes muy bien.

—Claro que no lo es, Julián. Si lo fuera, ¿crees que me arriesgaría así para estar a tu lado?

La vida, se dijo Julián, podía ser sencillísima si Sprague regresaba inesperadamente a Londres. Por su parte, él estaba dispuesto a un encuentro con el senador…, a matarle, por poca suerte que tuviera, con la firme convicción de que la muerte de Víctor Sprague sería un bien. Era obvio, aun en Londres, que el capitán de hierro de Pensilvania jugaba fuerte en la guerra civil americana. Con esta perspectiva a la vista, Víctor Sprague transfería a manos inglesas la mayor parte de sus intereses en la consignataria; y estaba llegando a un acuerdo con ciertas Fábricas de Sheffield y de Birmingham para repartirse con ellas el mercado de armas. En su calidad de personaje político percibía una fuerte comisión; era un embajador sin cartera. Sus negocios le impelían, pues, a marchar a Nassau para ultimar detalles… Y se decía sin rodeos en Londres que la mercancía seguiría afluyendo a ambos lados, para el caso de que estallase una guerra civil.

Julián se preguntó hasta qué punto conocería Lucy los asuntos de su marido. Acababa de confesarle su amor por el poder; en su calidad de mujer de Víctor Sprague, no podía dejar de comprender que la historia y su modelado se hallaba al alcance de su mano. Sin embargo, ¿qué cantidad de poder compartiría Sprague con su esposa… o con otro cualquiera?

Exploró aquel imponderable la noche en que Lucy le dio la noticia de que iba a reunirse en Liverpool con su marido.

—¿No quieres preguntarme para qué, Julián?

—Te voy a decir. Los ingleses están construyendo muelles nuevos en el puerto de Nassau, al objeto de poder descargar en ellos mercancías de guerra. Tu marido va allí para recibir el cargamento y ver si sus navíos transportan la parte que le corresponde, Lucy sonrió.

—Según nuestro Departamento de Estado, va a sondear el sentimiento anglófilos de las Bahamas. Se confía en que el gobernador observará cualquier posible bloqueo de la Unión…

—¿Cuando prometa convertirse en una mayor industria? Ambas partes han llegado ya a un completo acuerdo respecto de los posibles beneficios.

—¿Eso es una censura para Víctor?

—Es la declaración de un hecho. ¿Estás dispuesta afrontarlo?

—Ya te he dicho que Víctor es un pirata. Pero no creas que yo tomo parte en sus piraterías.

Ella siguió hablando con aquel acento de desafío…, tras una hora de amor que todavía ardía en los sueños del muchacho. Con frecuencia recordó después sus últimas palabras, porque en cierto modo resumían perfectamente a Lucy.

—No le hagas demasiadas preguntas a la vida. Recuerda que es una jungla… sácale provecho.

Esta vez fue más fácil volver a Glasgow. Más fácil aún cruzar el mar de Irlanda para ir a dar sus clases en el «Rotonda». Lucy no le escribió desde Nassau; Julián supo únicamente que estaba allí, instalada en una casa cercana al edificio de la Gobernación. Leyó en los periódicos que Sprague iba y venía, activamente, entre aquel puerto e Inglaterra. Mientras, se proclamaba la primera secesión del Gobierno de Alabama al leer Lincoln el discurso inaugural en el semiacabado Capitolio de Washington…, En aquellos meses de confusión, su amor por Lucy le parecía a Julián muy pequeño. Tan pequeño, en realidad, que maquinalmente cedió a él cuando Lucy apareció en Londres en la primavera, y le llamó.

—Víctor asegura que la guerra será larga. Así, me dirijo por última vez a París para renovar mi guardarropa. Podríamos encontrarnos allí… para variar.

«Sí —se dijo Julián—, podríamos…, Pero no nos encontraremos. No, mientras consiga poner entre nosotros varias naciones. No, si me voy por un año a Budapest, para estudiar bajo la dirección de Semmelweis, y me olvido de dejar aquí mi dirección».

El nombre del fuerte Summer aparecía ya impreso en los principales diarios. Con aquel olor a pólvora a la puerta de Carolina, una segunda secesión era inevitable; sería sólo cuestión de unas semanas que estallase la guerra, en el sentido peor, más feo, de la palabra. Julián llevaba tiempo afrontando el hecho; lo afrontaba serenamente. En su calidad de doctor terminaría sus estudios y luego ofrecería sus servicios a la patria. Era el medio más seguro de borrar a Lucy de su memoria.

Todavía la vio dos veces durante el año que sucedió a esta resolución. Al leer una vez un periódico francés en un café de Viena supo que Lucy estaba en París y perdió quince días de clases para reunirse con ella. Luego regresó a Londres con el título vienés, crujiente todavía, en la cartera.

Pero entonces había sumado ya sus fuerzas a las de Whit Cameron, Pero Whit era un amigo que jamás hacía preguntas inoportunas.

12

Julián volvió al ineludible presente. La habitación seguía gris, bajo las tejas de la posada, a causa de la niebla que todavía penetraba por la ventana. Julián se levantó, soplándose los dedos, y fue a cerrarla. Aún quedaba un resto de carbón en el fuego, una pulgada de *whisky* en la botella, colocada junto a la cama. Mientras observaba cómo lamían las llamas el negro fondo de la chimenea, y se escanciaba el último medio vaso de licor, se preguntó si estaría bien pedir a Whit que le ayudase.

Durante el curso en la Universidad de Virginia le fue imposible, a causa del esnobismo de casta, trasladarse de un grupo a otro grupo social. Sólo Whit Cameron se atrevió a reírse del *tabú* durante la breve permanencia allí. Whit pertenecía por derecho a la clase media educada, compuesta por los hijos de los pequeños plantadores y negociantes, que se abrían paso hasta el claustro universitario y sabían mantenerse en su puesto. Whit se traslado al dormitorio de los *nababs*… y lo pagó. Nadie se quejó de la infracción porque nadie se sentía seguro de su propio terreno. Además, sus discursos se apreciaban demasiado; su *whisky* era demasiado suave para dudar de él.

Julián recordaba que sus chalecos eran la envidia de los manirrotos; su palidez, la desesperación de los *dandies*. Pronto se reparó en que nunca se veía al intruso a la luz del día, salvo en las raras ocasiones en que no podía sobornar a un compañero tímido para que le sustituyera en clase. También se observó que los invitados de Whit solían perder menos que los demás caballeros durante una partida de póquer. Estos últimos podían permitirse el lujo de perder; pero, aun así, la murmuración aumentó. Las cosas llegaron a su punto culminante cuando se supo que el mismo Whit Cameron había asistido a V. M. I. el semestre anterior… en que sus ganancias no habían sido menos fenomenales.

Por todo esto, tuvo que salir de la Universidad con la misma elegancia con que entrara…, si bien algo más bruscamente, Ted, el sirviente de dormitorio, había sido siempre bien pagado, lo que explicaba que el jugador pudiera llevar alta la cabeza en un ademán que reclamaba a gritos toda su sangre. Julián no se sumó al clamoreo ni a las murmuraciones. Sus pérdidas fueron bastante considerables, pero suspiraba por la ausencia de su amigo. Había sido feliz con las visitas del jugador a sus habitaciones, por caras que le costasen.

Al cabo de un mes, Whit destacó de entre la multitud que llenaba una calle de París, y, sin ser invitado, se sentó ante la mesa de café donde estaba Julián. A éste le pareció natural llamar al camarero y tender la mano al recién llegado. Whit le devolvió cordialmente el saludo.

—Naturalmente, querrás que te devuelva el dinero. ¿Y si nos asociáramos? —dijo.

—¿Para demostrar tu buena fe?

—No; para demostrarte que estoy bien de fondos —replicó Whit, bromeando—.

Anda, dime que no me guardas rencor… y convídame a una copita de jerez.

Mas después de dirigirse en coche a un restaurante del Bois y de comer espléndidamente a expensas de Julián, Whit confesó que debía hasta el último céntimo.

—Recordaba tu cara —dijo luego—. Todavía conservas la misma expresión de indulgencia. Por eso me senté a tu lado. —Lo celebro.

—¿Quieres decir con eso que me sacarás de apuros? —Siempre que seas razonable. Sabes que ya no podemos transportar mucho algodón.

Whit señaló una cantidad, y Julián parpadeó; luego, le entregó el fajo de billetes de Banco. Como esperaba no volver a ver al jugador, se sintió gratamente sorprendido al verle comparecer en su hotel, unos días después, con el dinero y la proposición de que le acompañara a cenar.

—Es muy posible que no me creas, pero nunca he marcado una carta. Di, si quieres, que vivo de mi talento…, y estaré de acuerdo contigo. O di que soy un estudiante de carácter que sabe cuándo hay que apostar y cuándo dejar de hacerlo.

Quiso Julián dar crédito a la afirmación, sin ahondar en ella. Whit era uno de esos pocos seres que disfrutan de cada día en beneficio propio sin regatear lo que les cuesta. Si Julián no supo jamás cuál era su credo, ni quiénes eran sus padres, le importaba poco; formaba parte de la *pose* de Whit mostrarse siempre más grande que la misma vida. Aquel aire de misterio que le rodeaba le sentaba bien, tan bien como las asombrosas corbatas y la pepita de oro puro que llevaba colgada de la cadena del reloj.

—No le hagas caso a la conciencia —dijo Whit—. Quieres traértela a París sólo porque tu Estado se halla en guerra con el viejo Abe —Abraham Lincoln— y tú no. Dime por qué te hallas libre todavía. Luego te sentirás más desahogado.

—Ya te lo he dicho: aguardo a tener título.

—¡Déjate de títulos! ¿Cómo se llama ella? Julián miró, frunciendo el ceño, la copa que tenía delante. Hasta cierto punto constituiría un alivio desahogarse.

—Es casada.

—¿Dónde está ahora?

—En Londres. Aguarda que me reúna con ella.

—¿Por qué no lo haces?

—Pensaba dirigirme desde Cherburgo a las Bermudas.

—Desde Glasgow es más económico —dijo Whit—, yo te acompañaré, si quieres, a Londres. Y si te detienes por el camino, ¿qué mal habrá en ello?

Julián miró atentamente al jugador desde el otro lado de la mesa del café. Estaba seguro de que Whit acababa de adoptar aquella resolución. Y ahora que estaba adoptada, su nuevo amigo dispondría de medios a docenas para justificarle.

—¿No piensas ofrecerte como voluntario? —interrogó.

—Es que… hay tantas maneras de disfrutar de una guerra… Digamos que pienso examinar el terreno antes de escoger el más adecuado de mis talentos. Julián se echó

a reír.

—A lo mejor eres un espía yanqui. Es difícil de advertir por el acento…

—No me coloques ese rótulo local. Ni me llames mal patriota porque estoy en París y no en Richmond con los héroes probados. Hace seis meses que estoy reuniendo… o tratando de reunir dinero para el pasaje. —¿Con alguna suerte?

—No, aparte del préstamo que tú me hiciste. Por eso sugiero que unamos nuestras fuerzas. En apariencia hacemos mala pareja, pero presiento que iremos bien.

—¿Por qué?

—Tú estás dentro de un molde. Llámalo como quieras. Caballero del Sur es el calificativo más apropiado. Por desgracia, nunca se ha resquebrajado esa pasta. Todavía te hiere violar un mandamiento, aun cuando sólo sea el séptimo.

—Si quisieras…

—Está bien; hablemos de mí. Mirándolo bien, soy más afortunado que tú, Julián. Después de nacer yo se rompió el molde. Por ello ahora me place ayudarte, levantarte, a fin de que puedas cumplir con tul deber.

—¿Qué te parece, di, ese viajecito a Londres?

—Que los viajes son buenos, siempre que no se prolonguen demasiado —repuso Whit.

Y tras de convenirlo así, los dos pasaron a Inglaterra. Allí, mientras Whit tomaba habitaciones en Park Lañe, Julián fue a ver a Lucy por última vez. Y cuando ella hubo subido en Liverpool a bordo del paquebote que debía conducirla a las Bahamas, jugador y cirujano tomaron dos billetes de segunda para Glasgow.

En el momento de instalarse en el raído coche del ferrocarril, Whit dirigió una sonrisa tranquilizadora a su amigo; también los silencios de Whit tenía la virtud de calmarle. Sólo una vez se permitió hacer un comentario en voz alta.

—Debe de ser amor —dijo—. ¿Qué otra cosa que una tierna pasión podría mantener alejado de la guerra a un natural de Carolina?

—Claro está que es amor. Más quien la llame «tierna pasión», miente desvergonzadamente.

—Lo cual quiere decir que deseas sobreponerte a ello…

—Lo deseo ardientemente.

—Bien; dame unos días para estudiar el problema. Yo te libraré de teso…

Después de esta promesa, Whit descabezó un sueño en un ángulo del coche, con el ala breve, blanda, del sombrero de fieltro, ladeada sobre una oreja. Julián, muy erguido, repasaba sus recuerdos. Estaba seguro, sin embargo, de que el jugador le estudiaba, atento, desde debajo del ala del sombrero. Dormido o despierto, la insolente sonrisa habitual dilataba sus labios todavía.

También sonreía ahora al penetrar como un torbellino en el dormitorio que ambos ocupaban en la posada; tiró la capa sobre la cama y pidió un poco de *whisky*.

—Vamos, Julián Chisholm —dijo—, ¿por qué infierno particular brindas esta noche?

Julián levantó la mirada del semivacío vaso y sonrió también. Como de costumbre, se sentía sereno y a la vez humillado a la vista de Whit Cameron.

Su ropa no armonizaría nunca con los pantalones de tono castaño claro, ni con los *plaids* morados del jugador; su obstinada conciencia no convendría con él en que la vida es pura broma que hay que paladear constantemente; en su presencia, no estaría nunca seguro de cuándo comenzaba la ilusión, cuándo acababa la realidad. Junto a él, la misma razón de ser se revestía de doble vigor, aun cuando sólo fuera para la propia defensa.

—Cuenta lo ocurrido desde un principio —dijo Whit—. Ya veo que te han hecho rodar por el suelo y que te han despojado. Y tú, en lugar de acudir a mí al instante, te sientas y empiezas a pensar cómo te las arreglarás con Shea…

—¿Cómo sabes eso? —Julián se puso en pie no sin cierto trabajo—. ¿Cómo lo sabes?

—Primero, por los bolsillos vueltos del revés de esa parodia de chaqueta —le explicó Whit—; segundo, por el barro que te limpias de la mejilla; tercero, por el hinchazón que diviso detrás de tu oreja.

Julián se llevó instintivamente los flacos dedos al lugar aludido.

—Y como apenas tienes rota la piel, deduzco que tu asaltante debió utilizar un arma envuelta en un trapo.

Julián tomó la botella.

—Tienes tres veces razón —confesó—. Tanto es así que no tengo nada que agregar. Lo que necesito es un consejo.

Se aproximó a la ventana y contempló la niebla; a su espalda sonó entonces ruido de muelles al tenderse su amigo sobre la cama. Era evidente que Whit se sentía generoso. De haber ganado aquella noche, hubiera podido adelantarle el dinero del pasaje sin que él se lo pidiera.

—Esta es la primera vez, desde que nos conocemos, que solicitas mi consejo —advirtió Cameron—, la respuesta necesita pensarse.

—Es que si hemos de partir mañana necesito cien libras. ¿Y de dónde las saco?

—De mí, no —dijo Whit—. Por el momento no poseo ni un solo soberano. Por fortuna, ajusté cuentas con el capitán Shea antes de sentarme a jugar esta noche. E incluso le prometí recordarte que todavía tienes que pagarle su pasaje.

—No es muy amable de tu parte.

—Nunca en la vida estuve amable —dijo Whit—, ni tampoco me sentí tan semejante a un dios.

Julián le dirigió una mirada penetrante.

—No es digno de ti hacerme tragar el anzuelo…

—Ni te lo hago tragar. Lo que me dispongo a hacer es…, ¿cómo diría yo…?, dirigirte una proposición comercial en beneficio de un tercero. Justamente acabo de subir la escalera con el corazón rebosante de satisfacción. Lo cual quiere decir que presumo aceptarás lo que voy a proponerte.

Julián volvió a sentarse sobre la cama y miró por un momento la botella vacía.

—Empieza por el principio.

—¿Cuánto dinero tenías al llegar a Glasgow?

—Unas cien libras.

—Recordarás que con esa suma no puedes pagar la cuenta ni subir a bordo del *Nueva Providencia*…

—En Nassau hay agentes del Sur. Además, confío en arreglar mi salida a través del bloqueo.

—El dinero contante vale más que una esperanza —dijo Whit—. La esperanza puede resultar un mal huésped…, sobre todo en las Bahamas.

—Pero ¿de qué estás hablando?

—De tu futura buena suerte, amigo mío. ¿No sabes ser paciente?

Una vez más miró Julián a Whit de manera profunda. La actitud del jugador armonizaba demasiado bien con el momento. ¿Le habrían seguido realmente los dos salteadores desde la Universidad, como en principio había sospechado? Iba a dirigir a su amigo esta pregunta… Pero contuvo a tiempo su lengua. Whit le daría a su manera la sorpresa que le preparaba… o no se la daría.

—Responde a esto una vez más —siguió diciendo el jugador—: ¿estás sin dinero y desesperado?

—Sin dinero, sí estoy; desesperado, nunca.

—La respuesta es digna de un Chisholm. Sin embargo, ¿de verdad no tienes ya otros planes para obtener el dinero de tu pasaje?

—No tengo ni un solo amigo en Glasgow…, si es eso lo que quieres decir.

—Ahí ya no estamos de acuerdo. Todavía puede pagarse esta noche tu pasaje a Nassau. Y todavía te quedará dinero de sobra para pagar el camarote de Nassau a Georgia.

—¿Y qué deberé yo pagar por ese favor?

—Nada más de lo que cualquier caballero haría por una dama.

—Entonces, especifica bien.

—No seríamos justos con la señora Kirby Anderson —replicó Whit—. Swanson, su agente, aguarda abajo y está dispuesto a presentarte a ella. Insiste en hacerte personalmente la oferta.

—¿La señora Kirby Anderson?

—No te pongas así. Recuerda que el único *posseur* de los dos soy yo. Tú, mi querido amigo, fijaste tus ojos en esa señora hace tres días. ¿No te halaga saber que la curiosidad es mutua?

Julián recordó mientras seguía mirando fijamente a Whit. Aquella misma señora Anderson le sonrió en la escalera de la posada; se rió de él, en voz alta, desde el puente del clíper. Era extraño que el golpe asestado en su oreja por los salteadores la hubiera borrado por completo de su memoria. También era extraño que la señora Anderson volviera a él con planes propios.

O tal vez resultara ser lo más natural, cuando reunieron los fragmentos dispersos de aquel rompecabezas.

Whit le dijo:

—¿Por qué no hablar de negocios con una mujer si su oferta es sincera?

—¿Cuándo la hizo por primera vez?

—Hace tres días, vía Swanson. Debo añadir que Swanson es un agente muy hábil. Conoce tu pasado y también… parte de tu porvenir.

—¿También eso forma parte del contrato?

—Las referencias tienen su importancia, ya sabes.

—Y, ¿debo entender que tú has entrado también… en tratos formales con ella?

—Con tu consentimiento siempre. Tendrás tu pasaje para Nassau, pagado por anticipado, a bordo del *Nueva Providencia*, y quinientos dólares para trasladarte de allí a Georgia; dinero que te pondrá en la mano con tal que respondas bien a una sola pregunta. La señora Anderson te la dirigirá… a solas.

Julián hizo un gesto afirmativo. El rompecabezas estaba casi listo; sólo faltaba una pieza para completar el dibujo. Y alejó de sí toda curiosidad para mejor contemplar mentalmente el trabajo realizado. La verdad era que alguien había planeado el momento; incluso la llegada de Whit estaba cuidadosamente preparada de antemano.

—¿Vamos a ver a la señora?

—No, cuando estés más presentable. Sólo para demostrarte que soy un buen chico, voy a prestarte una chaqueta… y el chaleco que tanto admirabas en París.

—No; gracias. Quiero que ella me acepte como soy.

—Bueno; pero, por lo menos, quítate el barro de la mejilla. ¿Cuánto tiempo necesitas?

—Espérame; bajaremos juntos.

El jugador estaba ya junto a la puerta.

—Voy a decirle a Swanson que bajamos; me encontrarás en el *fumoir*…

Julián le detuvo con la voz.

—Creo que nada de esto es tan sencillo como parece —observó—; confiésalo.

—La vida es sencilla siempre que se posea algo que otro desee —contestó Whit; y cerró cuidadosamente la puerta.

13

Julián se levantó nuevamente del sofá de pelo de caballo y paseó por la sala de recibo en que Swanson le dejara. Aquella puerta abierta en la pared opuesta debía de ser la del dormitorio de la señora Kirby Anderson. Y la señora Kirby Anderson se hallaba al otro lado de la puerta, bien enterada de su presencia allí.

Se detuvo bruscamente para no ceder a la tentación de ir a llamar a aquella puerta con el puño. En lugar de esto fue a sentarse al piano de la posada y dejó que sus dedos errasen por el teclado en prolongada escala. De niño tocaba bien el piano, en «Chisholm Hundred»; sólo su sentido común le impidió ahora atacarlo en rabiosos acordes.

Estuvo tocando por espacio de diez minutos, mientras exteriormente conservaba su calma. Swanson le había dejado a la puerta del vestíbulo; le había dicho que su cliente saldría en seguida. Se había mostrado tan suave como una seda; era un perfecto tipo de la City, y supo dar respetabilidad al trato: sólo se permitió levantar una ceja en el instante de decirle adiós con una sonrisa.

Dos cosas, siguió diciéndose Julián, eran evidentes en aquellos momentos: que la señora Anderson había preparado por anticipado aquella entrevista, y que la había preparado a su manera. Su arma era el conocimiento de sus apuros. A pesar de ser tales hechos muy tristes para cualquiera que los afrontara, era mejor afrontarlos desde su principio, ¿qué tendría él, sin llegar a una conclusión obvia, que ella necesitara? Julián maldijo a Whit por haber desempeñado su papel tan de acuerdo con las reglas de Swanson, y otra vez dejó errar por el teclado los dedos, que atacaron las primeras notas del aria de *Lucia de Lammermoor*, de Donizetti…

Y como en respuesta a una invitación, entró la señora Anderson en la sala. Como actriz que sale de entre bastidores, se detuvo un momento bajó el súbito baño de luz y sonrió a su galán. Vestía traje de noche, de color verde pálido. Los diamantes centelleaban en sus dedos y muñecas; lucía, además, otras joyas entre el cabello de tono cobrizo. En la garganta, en el punto mismo donde comenzaba el descote del vestido, un camafeo pendía de estrecha cinta negra, haciendo eco a la promesa dé sus senos semidescubiertos. Julián siguió tocando el aria de *Lucia* basta el fin, sin separar la mirada de las teclas. Era muy posible que juzgase mal la actitud de ella. Quizá supiera desde un principio lo que la dama deseaba.

—¿Sabe acaso que Donizetti es mi favorito, doctor? La señora Anderson se acercó al sofá con naturalidad y fue a sentarse justamente al borde del círculo iluminado por la luz de la lámpara. Aun en la penumbra la rodeaba un resplandor que penetraba más adentro que el de las joyas con que iba adornada.

—Ante todo deseo que comprenda una cosa —dijo—: que no pienso fijarle una asignación.

—¿Tengo yo cara de hacerme tales ilusiones?

—Un poco. No se lo censuro. Julián sonrió y se levantó para dirigirle un tardío

saludo.

El ligero temblor de su voz le decía que ella no estaba, después de todo, muy segura del terreno que pisaba.

—Perdone mi incomprensión, señora Anderson…, porque es usted la señora Anderson, ¿verdad? —Lo sabía usted ya en el muelle.

—Sólo que mi conocimiento de usted concluye aquí. El que tiene usted de mí es más completo.

—Acepto la repulsa. ¿O es un cumplido?

—No estoy muy seguro de momento.

—Pues corríjame su yerro, —su voz no revelaba temor—. Usted es un Chisholm de cabo Fear. A su padre le capturaron en Bull Run; murió hace varias semanas en la prisión de Baltimore. Si me permite la intromisión, le diré que se halla a punto de ocupar un lugar en filas…

—Como cirujano.

—Precisamente tiene usted una cabeza muy sólida para creer que el fratricidio en masa puede dar como resultado otra cosa que… el fratricidio. En estos momentos se encuentra sin fondos… y tendrá que aceptar mi ayuda si lo que le pido a cambio es razonable. —La señora Anderson abrió los dedos y sonrió al fuego blanco, frío, de sus sortijas—. ¿Debo suponer que ese silencio significa que accede, doctor Chisholm? Julián repuso con voz serena:

—Sabe usted demasiado para tranquilidad mía.

—Le hablo de cosas indispensables. El señor Swanson se halla bien relacionado en Londres; tiene amigos en América del Sur que conocen a la familia de usted. En cuanto a mi ayuda —las sortijas iniciaron una vez más su danza de fuego—, presumo que no estaría usted aquí si no albergara la intención de aceptarla.

—¿Puedo preguntar bajo qué condiciones?

—Consolídeme un punto primero. Usted solicita un nombramiento del Ejército Confederado, ¿no es eso?

—Sí; mi solicitud se halla en lista en Richmond. Como tengo un tío en el Estado Mayor, deduzco qué la atenderán.

—Se refiere usted al general Clayton Randolph, ¿no es eso? Sus amigos de Londres no estaban muy seguros de que le hubiera usted escrito. —La señora Anderson hizo, pensativa, un gesto de afirmación, y Julián comprendió que anotaba en su memoria algo que no tenía nada que ver con su reciente observación—. Y ahora pregunte usted, si gusta, para variar, o, si lo prefiere, iré derecha al grano en seguida.

—Ya ha ido —dijo Julián—. Usted desea llegar a un puerto de los confederados. Desea asimismo prestarme ayuda financiera si le devuelvo el cumplido.

—¿Y me ayudará, doctor?

—Con sumo placer; pero ¿cómo?

—Es muy sencillo —replicó la señora Anderson—, ¿quiere casarse conmigo antes de salir de Glasgow?

Julián la miró en silencio. La pregunta no era inesperada; mas, a pesar de ello, le dejaba, ahora que la había escuchado, sin aliento. En cuanto a la señora Anderson, su actitud era perfecta. Al recordarla más adelante, Julián se dio cuenta de que lo que más le molestaba era aquella calma.

—¿Me permite dirigirle unas preguntas? —interrogó por fin.

—Se lo permito. Le contestaré francamente.

—¿Es usted viuda de un oficial confederado?

—Mi marido murió el verano pasado en la península.

—¿Es también oriunda del Sur?

—Nací allí, efectivamente. Luego me trasladé al Norte y regresé para casarme con el mayor Anderson, poco antes de estallar la guerra.

—¿Debe usted omitir la geografía?

—Sí; temo que sí. —Su compostura era aún impecable—. Si nos casamos, debemos hacerlo solamente por fórmula.

—Temo que sea superior a mis fuerzas.

—Yo ansío entrar en terreno confederado sin demora. Mi marido era rico. Y lo que no sucede a ninguno de ustedes, su fortuna sigue intacta. Me la dejó toda. Ya sus parientes intentan anular el testamento. Y lo conseguirán si no defiendo mis derechos.

—Eso está bastante claro.

—Escúcheme hasta el fin, por favor. Los parientes de mi marido me llaman yanqui, Y si tomara pasaje para Nassau con mi nombre verdadero, a bordo del *Nueva Providencia*, podrían hacerme volver aquí.

—¿Cómo lo conseguirían?

—Pues divinamente en estas momentos, doctor Chisholm. Quizás usted no sepa que los que infligen el bloqueo llevan listas negras. Y mi nombre figura en ellas desde hace ya tiempo.

—Y, ¿por ello piensa volver como esposa de Julián Chisholm?

—De los Chisholm de cabo Fear, sí —replicó ella; y Julián hubiera asegurado que su voz adquiría un matiz nuevo—. Claro que, como supondrá, nos separaremos al llegar al puerto de la Confederación. Para siempre. Por ello omito la geografía en la historia de mi vida.

—¿Qué la induce a creer que yo pueda molestarla más adelante?

—La expresión con que me mira ahora —replicó la señora Anderson—, seguramente es usted demasiado humano para no ser también curioso.

—Crea que experimento algo más que curiosidad.

—De modo que podemos prestarnos un favor mutuo. ¿Acepta mi oferta?

—¿Qué saldré ganando con ello?

—El pasaje para el *Nueva Providencia*, que necesita mucho; y el gusto de saber que puede ayudar a la viuda, apuradísima, de un confederado.

Julián se aproximó a la ventana y contempló el húmedo pavimento de la calle Argyll. Por lo visto la armadura que la viuda llevaba no tenía resquicios: fuera cual

fuere su secreto, pensaba guardarlo. La frialdad de su proposición, y la certidumbre de que él no podía menos de aceptarla, todavía le escocían en el fondo de su alma. Pero logró sonreír, ahora que estaba vuelto de espaldas. A pesar de su perspicacia, era evidente que Swanson no sabía nada de Lucy Sprague, y Lucy Sprague era la que hacía inevitable que él aceptara el ofrecimiento.

Su sonrisa se convirtió en mueca descarada al recordar cómo había planeado utilizar a aquella señora Anderson. Solamente unas cuantas horas antes había esperado colocarla frente a Lucy si la ocasión se presentaba. ¿Cómo podía quejarse de que ella le utilizara por razones conocidas tan sólo de ella misma? Quizá le sirviera mejor como esposa temporal.

Una vez en terreno confederado reanudaría sus estudios y se olvidaría de ella…, como esperaba olvidar a Lucy Sprague, Ella no podía reclamar nada en lo futuro: su lazo legal quedaría anulado con facilidad, claro que de ser una *demimondaine* que huía de antiguas complicaciones o que buscaba campos nuevos, podía molestarle mucho después. Pero esto también era una posibilidad de la cual tenía que prescindir de momento. Adivinaba que la viuda albergaba otras intenciones.

Y, así, cuando se volvió otra vez hacia ella, había adoptado una resolución; si titubeaba era porque quería cerrar definitivamente el trato.

—Y más adelante, ¿querrá consentir en una anulación de nuestro matrimonio?

—No sólo lo querré; insistiré en ello. Cuando me halle en posesión de los bienes de mi difunto marido, seré rica. Y ya nada exigiré de usted.

—Tenga presente que sólo cuento con su palabra.

—Si quiere, Swanson se lo pondrá por escrito.

—No; me basta con su palabra —dijo Julián—. Si he de serle franco, mis propios bienes no merecen que se Ies reclame hasta que se concluya la guerra. Además, soy médico, no *plantador*, y ansío poder demostrarlo. Siento demasiada ansiedad para condescender a pararme en detalles.

—Con eso contaba también —dijo la señora Anderson.

—Quizá deba añadir que durante estos últimos años me he convertido en un vagabundo. ¿O descubrió también esto el señor Swanson?

—Lo adiviné.

—¿Adivina usted que tengo mis razones secretas para aceptar su proposición?

—No me diga su nombre. Conviene conservar algunas ilusiones. Julián se esforzó por dedicarle una sonrisa.

—¿Cómo puede usted estar tan segura que se trata de una mujer? ¿No podría yo ser un ladrón de joyas de los que estrangulan a sus esposas?

La señora Anderson le devolvió la sonrisa con mayor calma.

—En el matrimonio siempre se arriesga algo —observó.

Julián se colocó a su lado y otra vez reparó en que los dos eran casi de una misma estatura. Y como no podía dominarla hizo lo que pudo para disipar la compostura de ella. Sólo una ligera pulsación en la base de la garganta reveló la tensión con que ella

aguardaba su decisión Y recordó de qué manera tan indiferente había proyectado besar aquella misma garganta como otro preludio al olvido.

—Suyas son todas las ventajas, señora Anderson. Confío en que no abusará de su situación. Julián no trató de hacerle frente después; en lugar de ello se acercó otra vez a mirar por la ventana el monótono panorama de la calle Argyll Desde allí oyó el susurro de sus faldas cuando ella se acercó al piano,…; y como no sonara la música, comprendió que también la viuda sometía sus dedos a la disciplina de la escala silenciosa.

—Toque algo en mi obsequio —dijo, siempre sin volverse—. Cuando un hombre promete casarse necesita un fondo musical.

—¿Cuál es su música favorita, doctor?

—¿Conoce usted *torería*?

Julián no tenía idea de por qué sugería aquella empalagosa balada. Pues aun cuando los hombres de Lee habían llorado al oírla en su vivaque, no estaba en armonía con el estilo de la viuda. La señora Anderson atacó un acorde, solo, brillante, y en seguida se apartó del teclado.

—Dejémonos de fondos, doctor —dijo—. ¿Tiene usted palabra, o no?

—Sí, claro está —replicó Julián, llevando una mano de ella a sus labios—. Por el buen éxito de sus esperanzas —agregó, volviendo los dedos de la dama para depositar un segundo beso en la palma.

—Lo mismo digo —repuso ella, y retiró la mano.

—Ésta también era una esperanza —le recordó Julián—. ¿Por qué me desanima?

—Para ahorrarle tiempo y esfuerzo. Ya le he dicho que no se trata de una cesión.

—Gracias por recordármelo, —nuestro matrimonio debe ser asunto de conveniencia, nada más. Pero con seguridad que ya debe de estar convencido de ello ahora.

—Muchos matrimonios lo son. La señora Anderson se levantó del piano.

—¿Prefiere usted renunciar al convenio?

—De ningún modo. Ni usted debe renunciar a él tampoco, señora. Estoy bien seguro de que sus negocios son urgentes también.

Era un disparo a ciegas, y Julián sonrió al ver que daba en el blanco. Esta vez le tocó a la señora Anderson acercarse a la ventana; a él, sentarse al piano y tocar el coro de la balada que acababa de pedir. Cuando ella habló de nuevo comprobó con un sentimiento de aprobación que había recobrado la calma.

—¿Conque insiste en tocar *Lorena*?

—Es la canción de los invencibles de Lee —dijo Julián—, sé que en ocasiones saben ser sentimentales. Y asimismo lo soy yo ahora que… estoy prometido.

Los ojos de la viuda seguían fijos en el cristal, empañado por la niebla, de la ventana.

—Se me figura que nos estamos hiriendo mutuamente —murmuró.

—Es una tentación a la que pocos hombres saben resistir cuando se ven

arrinconados.

—¿Se sentiría menos humillado si le dijera que no le desprecio porque haya aceptado?

—Si pudiera creerlo…

—¿Y si le prometo respetar las razones que le mueven a hacerlo y le ruego que respete las mías?

Julián le dedicó el mejor saludo dominical de *Monsieur* Albert.

—*Affaire entendue, Madame*.

—Ya sólo resta precisar unos cuantos detalles —siguió diciendo la viuda—. Como sabe, he tomado camarotes a bordo del clíper. O, para ser exacta, el salón del capitán y el del contramaestre. Usted ocupará este último camarote, Existe entre ambos una puerta de escape que tendremos cerrada. ¿Está claro? ¿Le parece bien?

—Sí; por fin está claro.

—La ceremonia se verificará a bordo en cuanto hayamos salido de Glasgow. Ya lo tengo arreglado con el capitán Shea.

—¿Cómo podía usted estar tan segura de su novio?

—Me arriesgué a ello, doctor. Gracias por hacer honor a mi confianza.

—Y la viuda le tendió la mano. Esta vez él la estrechó con firmeza. Una vez más, se dijo con franqueza, ganaba ella.

—Dejaremos el Clyde a media tarde —dijo la viuda—. Tenemos que estar en el golfo a la puesta del sol. No llegue tarde a nuestra boda; crearía una mala impresión a bordo.

—Lo recordaré. De ahora en adelante tenemos que causar buena impresión, señora Anderson.

—Me llamo Juana. Recuérdelo también.

—Y yo Julián. Buenas noches, Juana; hasta mañana. Julián sostuvo un momento más la mirada de ella, confiando en que bajaría los párpados. Luego, como ya no había más que hablar, saludó otro vez y salió de la salita de recibo, cerrando cuidadosamente la puerta a su espalda. Una vez fuera, en el descansillo, se detuvo para oírla tocar. La viuda dejaba, confiada, errar sus manos sobre el teclado; de momento se limitó a improvisar. Sus dedos resbalaron hacia una melodía familiar; expresada primero por notas graves, fue recogida a continuación en octavas dulces y agudas. Finalmente, su voz, clara y ligera, se mezcló al trémolo del acompañamiento:

A hundred months have passed, Lorena,
Since last I held thy hand in mine,
I felt the pulse beat fast, Lorena,
Tnough mine beat faster far than thine[6]

Julián se descubrió a sí mismo tarareando esta canción en el momento de entrar

en el *fumoir* de la posada, «pobre Juana —se dijo—, a nadie engañas con esa bravata. A pesar de tu firmeza y de todas tus joyas, tenías tanto miedo como yo».

14

Al ocupar un sitio junto a la chimenea, el propio MacGregor le trajo la botella. Julián correspondió con una breve inclinación de cabeza al ceremonioso saludo del posadero. Ya debía de propalarse por la posada la noticia de su buena suerte. Era muy propio de Whit haber insinuado que se iba a pagar la cuenta del doctor Chisholm.

—Tráigame papel y pluma. ¿Se puede echar todavía una carta al correo?

¿Para dónde, doctor?

—Para las Bahamas, vía Liverpool.

—Si pudiera tenerla para dentro de una hora, señor…

Cuando el recado de escribir quedó sobre la mesa, Julián descubrió que ya no necesitaba beber. Y sin detenerse a pensar hizo volar la pluma sobre el papel:

Mí querida Lucy: En vísperas de mi regreso a Nassau quiero que seas la primera en saber que regreso a la Confederación con una esposa.…

De poder atenerse a los hechos y dejar aparte la emoción, conseguiría que la carta pareciera sincera. Saldría en el último vapor correo; Lucy podría tenerla en sus manos antes de que el *Nueva Providencia* atracara en el muelle de Nassau. No podía esperar que le doliera la noticia; pero sí podía procurarle la inmunidad mientras aguardaba en Nassau tomar pasaje a bordo de un *runner*. Lucy no era orgullosa; práctica, sí. Y seguramente dejaría en paz a un ex enamorado cuando lo viese aparecer en compañía de una esposa.

De su esposa. De la señora Kirby Anderson, a la que ahora se permitía llamar Juana. Pero no habla por qué enterar a Lucy del trato concertado.

Juana es del Sur, lo mismo que yo. No digo como nosotros, *Lucy, por qué tú ya no lo eres…*

Julián contempló fijamente la frase por un instante. Se preguntaba si decía la verdad en esta parte de la misiva. Pues el acento de Juana evocaba más la montaña que el mar del sur de los Estados Unidos. Claro que era una voz demasiado educada para poderla clasificar sin esfuerzo. Su permanencia en el Norte había refinado a la viuda, hasta el punto de que no la comprometiera su manera de hablar.

Volveremos dispuestos a defender nuestra causa común. Es posible que ese espíritu quijotesco que descubriste en mí sea mayor de lo que crees. Lo único que honradamente me atrevo a decir es que llevo ya fuera de la patria demasiado tiempo, …, y que lo mismo le sucede a ella.

En resumidas cuentas: ¿por qué regresaba? Su memoria evocó las palabras de Juana Anderson y dejó reposar la pluma mientras las sopesaba. «Usted tiene una cabeza muy sólida para creer que el fratricidio en masa puede dar como resultado otra cosa que el fratricidio». A decir verdad, a él no le inspiraba simpatías ni uno ni otro bando en aquella guerra. Ofrecería sus servicios a la Confederación, por la sencilla razón de que tenía su hogar en el cabo Fear. Podía confesárselo en privado, ahora que había fallecido su padre.

Estas eran sus razones. Pero ¿y las de Juana? Hasta entonces se mostraba perfecta en su defensa. ¿Continuaría alejándose así cuando se hallasen en el camarote del *Nueva Providencia*? Julián pensó en las noches por venir, cuando sólo una puerta cerrada le separase de su mujer legal. Ya esto suponía algo más que la aventura vulgar con que había soñado. El misterio de que se rodeaba Juana Anderson era en *sí* un desafío. Y resolverlo podía ser más importante para él que el triunfo menor de llegar a poseerla.

Al levantar la cabeza vio junto a su mesa un camarero. Cerró el sobre de la carta y lo puso sobre la bandeja que el mozo le ofrecía, añadiendo la última moneda de plata que llevaba en el bobillo.

—Es urgente. Cuide de que la echen al correo en seguida.

—Está bien, señor. Ésta otra es para usted. Acaba de llegar.

El sobre que el camarero le entregaba le pesaba en la mano. Antes de rasgar el sobre y de sacar la bonita hilera de monedas de oro, supo quién se las enviaba. Eran veinticinco águilas americanas…, acompañadas de quince palabras trazadas por una mano cuadrada y atrevida:

—Aprecio su galantería pero ¿verdad que no rehusará el dinero que le envío por anticipado?

Julián trató de maldecir, pero no le salieron las palabras. En lugar de hacerlo se rió entre dientes y guardó el sobre en uno de los bolsillos de la chaqueta, antes de dirigirse a la Caja con la botella todavía cerrada bajo el brazo.

—Cóbrese de aquí lo que le debo. Me quedo con la botella.

MacGregor miró con aire desconfiado la moneda de oro.

—¿Es americana, doctor? No sé si me será posible…

—¡Hombre, no sea estúpido!. Le hará rico.

Y salió del *fumoir* sin aguardar la réplica del posadero. Fuera, la niebla se había convertido en lluvia. En el primer cruce de calles se paró para sacar, con los dientes, el corcho de la botella y se la llevó a los labios. Luego, entre grandes carcajadas, tiró el *whisky* de Escocia al arroyo, sin haber probado una gota. La guerra entablada contra Lucy Sprague no era la sola victoria que comenzaba a ganar. Además, un Chisholm tenía que estar sereno el día de su boda.

15

El *Nueva Providencia* salió de Glasgow, bailando, y bajo gavias. Luchaba —en medio de la oscuridad que se cernía sobre el golfo como una manta de hierro— por mantener su velocidad inicial. La galerna de otoño había bajado, aullando, desde el Norte, entre hirvientes rociadas; y en cuestión de unos minutos envolvió en su amenaza gris al clíper, obligándole a luchar contra la mar gruesa y alborotada.

El doctor Julián Chisholm, casado desde hacía dos horas, se encerró en su pequeño camarote y decidió que estaba demasiado sereno para marearse, después de todo. Una vez sentado este punto, comprendió que lo mejor sería pasar por alto la tormenta: el azote de las olas revueltas, el sonido de pasos sobre la cubierta de guindaste que tenía encima, aquel ¡tuang!, de pesadilla cada vez que al partirse una cuerda, dejaba volar otro trozo de lona por los aires. El capitán Shea era un buen marino, a la par que un tunante. Su buque capearía el temporal. También, cuando se ofreciera ocasión, sabría capear el suyo el doctor Julián Chisholm, hombre casado, ahora, gracias a la bendición de aquel mismo capitán.

Antes del término del viaje podía incluso haber aprendido a contemplar la puerta que tenía enfrente, al otro lado del camarote, y sonreírse del sentimiento que le impulsaba a romper la cerradura aquella noche.

El camarote de Shea —propiedad al presente de la señora Chisholm— era mucho más amplio que el cubículo en que el propio doctor estaba encerrado, como lobo que no se atreve a mezclar sus aullidos a los del viento. Juana iba bien preparada para la travesía. El suelo de su camarote estaba alfombrado y un lecho regio sujeto con clavos al mamparo. La poltrona y la mesa escritorio convertían su camarote en un lugar confortable. A Julián no le hacía falta contar los baúles que subieron a bordo, por la tarde, para adivinar que el equipo de la novia era el *dernier cri*. Ni tuvo que aplicar el oído a la puerta cerrada para comprender que descansaba sobre una cama muelle y blanda ni que se disponía a dormir durante la tormenta, y pese a la maldición de un marido, con ecuánime calma y absoluta tranquilidad.

¿Habría transcurrido verdaderamente una hora, desde que él la llevó en brazos a través del umbral de aquel mismo camarote?

Entonces comenzaba ya a refrescar el viento y Julián se bamboleó un poco sobre el pasillo, mojado de espuma, a pesar de que la novia pesaba como una pluma apenas. Detrás de ellos, media docena de pasajeros dejaban oír idiotas arrullos de paloma. Whit, un correcto testigo, les entregó las copas de champaña a través de la puerta. La mueca siniestra de Shea quedó encuadrada por la ventanilla del camarote, antes de que una pregunta, hecha a gritos, le llevara a escape a la cubierta de guindaste.

Cuando la puerta se cerró de golpe a sus espaldas, Julián creyó que la oleada había apagado la lámpara pendiente sobre sus cabezas. Luego, el buque se enderezó; todavía ardiendo, la lámpara volvió a ocupar la posición vertical y él sonrió a su esposa, a la que todavía tenía abrazada por la cintura.

Ella se desasió fríamente del abrazo y echó encima de la litera la capa escocesa. Julián reparó en que el ademán puso en conmoción la falda. Le recordó la tela que el torero arroja cuando, después de matar al toro, sabe que ya puede volver la espalda sin riesgo.

—Parece mentira que nos hallemos en el mar, ¿verdad?

—¿Y a usted le cabe en la cabeza que ya estemos casados?

Juana se volvió, entonces, hacia él haciendo una pirueta. Se levantó, sin esfuerzo, sobre la punta de los pies, mientras los pliegues de la falda se ahuecaban y extendían con el movimiento. El camafeo con que se adornaba la noche anterior —prendido, a manera de broche, en la pelliza de color de vino que ahora lucía— atrajo a su círculo radiante la luz de la lámpara. Volviendo a apoyarse en los tacones bajos, la nueva señora Chisholm pareció asentarse sobre el vestido y sobre el camarote.

—Ha sido una boda convincente, doctor. Gracias por desempeñar tan bien su papel.

—¿No la molestó el beso?

Julián se dijo que no hubo manera de evitarlo porque la lista entera de pasajeros había asistido a la ceremonia desde el castillo de proa. Todavía se rebelaba ante la fingida respuesta de los labios de ella al encontrarse y retener los suyos. La misma posición de su cuerpo era una burla pesada. Y aun así comprendía que, desde el punto de vista de los demás —Whit, prudente maestro de ceremonias, les escanciaba ya el champaña— pareció ceder a él dulcemente…

—Sin el beso —observó Juana— nuestro matrimonio no sería legal.

—Si hubiese tenido los nervios en tensión, como yo…

—Las mujeres no solemos estar nerviosas el día de nuestra boda —replicó Juana —. Recuerde que, en este mundo, hecho para hombres, es su momento de triunfo.

El buque se inclinaba con el viento; estremeciéndose al levantarse, Julián alargó el brazo para sujetarla y la vio ponerse pálida.

—¿Tendremos que ser más formales cuando estemos solos?

—Es lo más acertado.

—Como guste, señora Chisholm. Buenas noches. Julián entró en su camarote sin dar ningún portazo. Juana cerró la puerta desde el otro lado sin molestarse en correr el pestillo de latón…

He aquí con todo detalle la boda de Julián. El pa. seo por el camarote se inició más adelante, y las maldiciones con que Julián lo acompañó, todavía más adelante, después de lastimarse, una vez más, la espinilla, por culpa de la renovada tormenta.

La realidad —reflexionaba jugueteando con la magnífica corbata que Whit anudara a su cuello en Glasgow— puede llegar a confundir, cuando a ella se mezcla la expectación. Mas, no le asistía el derecho de maldecir a Juana, sencillamente porque, con tanta frialdad, hubiera llevado a la práctica unos planes tan bien ideados. No tenía derecho a acurrucarse junto a la puerta, cerrada, para imaginarse de qué manera se habría echado por encima la *robe de nuit*, de color de melocotón, que —

como broma pesada en la caja de raso— la aguardaba colocada a los pies de la cama… Julián quiso echarse en la suya y descubrió que era estrecha, pero adecuada. La adquirió por un precio determinado y el precio estaba pagado ya. Con el tiempo lograría dormir en ella.

Pero, en vez de hacerlo así, seguía apoyado en el mamparo —oprimiendo en el puno cerrado la masa sedeña de la corbata— cuando oyó sonar la llave en la cerradura y un golpecito sobre la puerta que le separaba de Juana.

El buque gimió estremeciéndose en toda su longitud, cuando una nueva oleada vino a estrellarse contra su casco. Conteniendo la respiración, Julián la oyó derramarse por la brazola en el silencio relativo que la sucedió, antes de volver a sonar el golpecito. La puerta se abrió de par en par, sin darle tiempo a formular una respuesta, y Juana apareció en el umbral, vestida todavía, aunque el cabello suelto caía sobre sus hombros en brillante cascada. Tenía el rostro tenso y Julián tuvo que mirar, dos veces, sus ojos fijos y muy abiertos para comprender que temblaba de miedo.

—Es el temporal, doctor,…

—¿Por qué no me lo dijo?

—No me atreví a decírselo. ¿Quiere usted hacerme un ratito de compañía?

Julián le ofreció la mano para pasar del camarote del contramaestre al camarote del capitán… y ella le aceptó sin hacerse rogar. Por encima de sus cabezas danzaba, alegremente, en su aro, la lámpara encendida; el mobiliario, que crujía a cada vaivén de las serviolas del buque, parecía estar tan seguro de sí mismo como de costumbre. Julián reparo, con una sonrisa, que de encima de la litera había desaparecido la caja del camisón. A pesar de ceder poco a poco, al terror, la señora Chisholm había sido lo suficientemente femenina para esconder aquel pañuelo de raso.

Su voz denotaba ahora firmeza.

—¿Verdad que perdona mi tontería?

—Debió llamar antes. Ya sabía que yo no podría dormir.

—Es natural: cuando se está realmente cansado…

£1 dejó caer su mano y retrocedió un paso al verla sonrojarse hasta la raíz de los cabellos.

—Supongo que nada de lo que digamos esta noche tendrá doble significado.

Pero ya un golpe dado con el puño en la puerta exterior puso término definitivamente a la contusión. Luego fue un insistente martilleo, que no respetaba la noche de la boda.

—¡Doctor Chisholm!

Julián miró rápidamente a su alrededor, antes de quitarse apresuradamente la chaqueta y echarla sobre la cama. Las puertas eran macizas; por consiguiente, no podían haberlos oído desde fuera, por encima del rugido del viento.

—¡Doctor Chisholm!

—Su invitación ha sido hecha a tiempo —susurró Julián; y abrió la puerta.

La lluvia le azotó la cara; en la impenetrable oscuridad, la mojada figura formaba parte de la noche, era una somera mojada, más que un hombre. Luego surgió una voz de las tinieblas y Julián vio que quien le llamaba era Bosley, el segundo contramaestre.

Bosley dijo solamente:

—Se trata del capitán, doctor. Del capitán Shea. Sangra como un cerdo. ¿Podría venir al instante?

16

Julián recordaba cómo había buscado, a tientas, el estuche de cirugía y cómo se detuvo a esconder la caja de caoba debajo de la chaqueta antes de reunirse con Bosley en el pasillo. Recordaba haber pensado en Whit Cameron y en cómo había desechado la idea. No, Whit se había ganado el sueño de aquella noche: el trabajo que le aguardaba era de la incumbencia de un médico y lo llevaría a cabo él solo. Sin vacilar, siguió al contramaestre, con la mano sobre la cuerda de seguridad que conducía a la cubierta de guindaste, doblándose por la cintura cada vez que descendía, a intervalos y velozmente sobre ellos, el botalón de mesana; corriendo con los hombros expuestos al frío cruel de la borrasca para llegar hasta el oasis de la timonera.

Shea estaba amarillo como un cirio bajo la luz de la lámpara, pero mantenía incólume su sonrisa dentro del blanco marco de las patillas. Arriba, por encima de él, dos cabos de brigada asían el timón oscilante; junto a ellos estaba el segundo contramaestre. El capitán vigilaba al pequeño grupo; no el caudal rojo de sangre que salía a borbotones de su brazo izquierdo. En su garganta hirvió una orden que se expresó en forma de susurro. Mas el timonel le oyó y pasó un punto el timón, sacando al puente de su loco ángulo. Una agua blanca rugía, imbornales abajo, y semejante a una catarata se desparramaba desde la escotilla del castillo de proa hasta el moco del bauprés.

—Poca vela, muchacho. El vejestorio saldrá de ésta —dijo Shea—. ¿Qué es lo que tengo, doctor?

Julián estaba ya de rodillas y sus pies buscaban un punto de apoyo en la resbaladiza cubierta. Su cabeza no trabajaba al compás del cuerpo, mas aun así sus manos no hicieron ningún movimiento inútil al rasgar la manga de la guerrera del capitán para dejar al descubierto la herida. Ni un profano hubiera podido equivocarse al presenciar el rítmico pump-pump, de la borboteante columna roja. Julián vio que, bajo la muñeca del capitán, se había colocado un torniquete improvisado. Retorció el pañuelo por debajo del brazo de Shea y anudó los extremos. Bosley le pasó una navaja abierta. El cabestrillo formado por el pañuelo se apretó bajo la mano de Julián, mordiendo, muy adentro, la carne de la parte superior del brazo del capitán. Los juramentos de Shea competían ya con los aullidos del viento.

—¿Cómo sucedió esto?

—Fue el botalón de mesana —dijo con voz contenida el segundo contramaestre —. El capitán quiso ayudar a desamarrarlo antes de que lo cogiera el viento y le cayó sobre el brazo, precisamente por debajo del codo. Le ha abierto una herida tan precisa como la de un machete.

Shea anduvo a tientas junto a la timonera y dio sólo unos pasos antes de caer en brazos de dos marineros. Julián examinó el torniquete y vio que se sostenía firme esta vez. Tomó la caja de los instrumentos y echó a andar en dirección al castillo de proa.

Bosley sorprendió su mirada e hizo seña a los dos marineros de que le siguieran. Su instrumental estaba alineado ya sobre la mesa cuando Shea entró tambaleándose, profiriendo juramentos débiles, mas no por ello menos pintorescos. Julián no levantó los ojos cuando los marineros tendieron al capitán en el diván colocado junto a la pared. Se hallaba en su mundo favorito. Sabía exactamente lo que tenía que hacer, y así pudo evitar que le temblaran las manos al afrontar su primera prueba… y afrontarla solo, lejos de los murmullos de los profesores y el rumor del anfiteatro.

Cuando Bosley dobló la rasgada manga sobre la herida, el más joven de los marineros se dirigió a la puerta. Julián comprendió la reacción del hombre: como el contramaestre dijera, el borde del botalón había dado a la carne un tajo, limpio como hecho por un acero, desde el hombro hasta el codo. En las profundidades de la herida, los músculos del brazo sobresalían a través de las laceradas aponeurosis* la sangre se coagulaba ya allí, Julián comprendió que debía operar rápidamente si pretendía localizar la cortada arteria, antes de que por la natural elasticidad de sus paredes se contrajera bajo la superficie de los músculos castigados.

—¿Podrá manejarse solo, doctor? —interrogó Shea.

—Claro está que sí.

—No veo en ese estuche ninguna sierra. ¿Es que no piensa quitar el hueso?

Julián miró al capitán con un nuevo respeto, mientras sus dedos volaban entre los instrumentos, Shea era muy astuto, pero no cobarde: había presenciado demasiados accidentes como aquél para olvidar los acostumbrados procedimientos del cirujano.

—Curaremos la herida. Y si no se presenta inflamación, creo poder salvarle también el brazo. —Si usted lo dice, doctor… Por una vez los ojos claros, color de *whisky*, del capitán Shea, expresaron plena confianza; contento de poder hallar ocasión de evitarlos, sentóse Julián en el usado diván de cuero y se indinó para examinar la herida más de cerca. En la clínica vienesa donde había estudiado, una herida así se hubiera gangrenado seguramente: la gangrena traía consigo la amputación inevitable, y, si se dejaba para más adelante, casi de manera inevitable, la muerte del paciente. ¿Qué derecho le asistía para arriesgar así la vida de Shea cuando una amputación evitaría la gangrena? Sin embargo, Lister no hubiera vacilado en salvar aquel brazo, de serle posible.

Julián exhaló un profundo suspiro y se obligó a mirar de frente, otra vez, al capitán, ~¿Tiene usted un poco de éter o de cloroformo?

—Jamás lo llevo. Y si me lo pregunta le diré que tememos suerte llevando a bordo a usted y a esos tunantes. —La bravata de Shea resultaba algo forzada mas su voz era serena.

—Si usted no manda otra cosa, podré pasar con *whisky* ese mal trago.

Julián hizo un gesto de asentimiento.

—¿Puedo ayudarte, Julián?

Chisholm miró, un momento, a Juana, como a una extraña. Le parecía que había pasado mucho tiempo desde que la dejó en el camarote,… Por lo visto, ella sólo se

había detenido el tiempo justo de echarse encima del vestido una capa de viaje; todavía llevaba flotante a la espalda la cabellera, que, salpicada de espuma, parecía casi negra a la luz trémula de la lámpara.

—Tengo algunas nociones de enfermera —dijo—, te prometo no desmayarme.

Julián miró a Bosley, que salió al corredor para regresar al punto con una botella. Shea apuró el *whisky* como si mera té; mientras, Julián llevó aparte al contramaestre y a los dos marineros.

—Que uno de vosotros le sujete las piernas —dijo—. Otro, la cabeza y los hombros. Pase lo que pase, el brazo tiene que estar inmóvil. Es posible que tenga que ahondar para sacarle sangre.

—Si le parece bien, le ataremos.

—No, creo que podré manejarme sin ligaduras.

Julián estaba cansado de oír gritar a los pacientes, con toda la fuerza de los pulmones, bajo los arreos del cirujano chapado a la antigua, de la gente que consideraba aún la anestesia como invento del diablo y creía que el dolor era lo normal para un paciente. Si operaba de prisa, ahorraría sufrimiento a Shea.

En el corredor se frotó las manos lo mejor que pudo. Lister se las lavaba siempre antes de una operación: en Viena se hubieran reído de tal niñería. Semmelweis lo hubiera pulverizado todo con una solución de cloruro de cal, mas él no tenía a mano tales productos químicos: además, era bien notorio que Semmelweis estaba loco… Al volver al *saloon* reparó con un sentimiento de aprobación que Juana tenía alineados su instrumentos sobre una mesita, cubierta con una toalla limpia: las grapas delicadamente dentadas, para las arterias, estaban colocadas junto a tenazas, escalpelos y varias agujas de hoja finísima, ya mañosamente enhebradas, ordenadas y a mano Antes de mirar a Shea dirigió una sonrisa a su mujer. El capitán, que seguía bebiendo con ansia en la botella, se negó a corresponder a su mirada.

—La operación no será fácil —dijo Julián—. Como puedes ver, acabo de contener la hemorragia; pero, tienes que aflojar el torniquete para que yo acierte a encontrar el vaso herido —confiando en que su acento no fuera demasiado académico, volvió a sonreír a juana—. Cuando yo diga «aprieta» vuelve a apretar rápidamente el torniquete otra vez.

Las mejillas de la viuda estaban pálidas, por contraste con la espesa masa de su cabello, pero su voz sonaba natural al responder:

—Comprendo, querido.

El hecho de que pudiera seguir representando su papel en aquellos momentos constituía toda la seguridad que Julián necesitaba.

—Pues, entonces, empecemos. ¿Preparado, capitán?

Un gorgoteo final fue la respuesta de Shea. Tiró la botella vacía al suelo y se colocó junto a las manos de Bosley. El marinero había atado ya las piernas de su capitán y le mantuvo los puños estirados a la altura de la cadera.

—Mantengámonos firmes —dijo Shea—. Más firmes que nunca.

—Afloja, por favor.

Julián aguardó con un pedazo de hilo suave en la mano a que Juana aflojara poco a poco el torniquete. Cuando la herida volvió a echar sangre a borbotones, la limpió de prisa y descubrió que no podía localizar la fuente de donde procedía.

—Haz el favor de volver a apretar —Julián se complació en observar la inesperada fuerza de aquellas manos mientras le obedecían instantáneamente—. Voy a agrandar la herida.

El rostro de ella varió de expresión al comprender lo que quería decir. Shea no se movía, mas el diente manchado de tabaco que apretaba el labio inferior pareció hundirse en él con mayor fuerza. Julián había localizado ya la región de la gran arteria con un dedo explorador, en la misma hendidura abierta entre los dos grandes grupos de músculos de la parte superior del brazo. Con rápido movimiento pasó el escalpelo a lo largo de la piel, dejándola abierta en una distancia de varias pulgadas. Shea levantó bruscamente la cabeza, pero ningún sonido salió de la azulada línea de sus labios.

Julián trabajó unos momentos en el campo exangüe de la herida, separando los músculos hasta hallarse en la región misma de la arteria. Hasta aquí —gracias a la infiltración de la sangre entre las capas del músculo— no podía distinguir el vaso del tejido que le rodeaba.

—Vuelve a aflojar…, despacito.

Otra vez limpió con la esponja de hilo el continuo fluir de la sangre y esta vez logró ver la boca, palpitante, del vaso, situado mucho más profundamente en la herida de lo que esperaba. Entonces introdujo en ella las pinzas hurtando la arteria a su lecho, dejando que las delicadas hojas del instrumento hicieran presión en aquella boca. Otro par de pinzas colocado bajo el primero, cerró el lado opuesto del vaso lesionado. Ya la hemorragia había cesado naturalmente; Julián operó velozmente, colocando otras pinzas a lo largo de la línea de punción. Cuando hubo quitado la sangre con su esponja y levantando la cabeza, la herida estaba seca. En respuesta a su ademán, Juana aflojó por completo el torniquete.

—Ahora tenemos que ligar. ¿Sabrías quitar las grapas?

—Sí. Creo que sí —dijo ella.

Esta parte era la más difícil de la operación y Julián adivinó que Juana se daba cuenta de ello al momento. Quería decir que los dedos poco hábiles de su mujer ti tendrían que ir en pos de los suyos hasta las profundidades de la herida abierta: aflojando las pinzas a medida que él pasara las agujas y anudara los cabos, sueltos, de las ligaduras. Pero, no le dio tiempo a titubear. Dio en su sitio la puntada, sacó la aguja y apretó el nudo.

—Haz el favor de quitar las pinzas.

Los dedos de Juana, fríos pero firmes, se encontraron junto a los de él. El instrumento, manchado de sangre, abandonó la herida; Julián concluyó de hacer su primer nudo, vigilando con el rabillo del ojo para asegurarse de que Juana no se

tambaleaba al dejar las pinzas sobre la mesa y deslizar de nuevo la mano bajo la de él. A continuación apretó el nudo siguiente, dejando sueltos los extremos de la ligadura.

—Quedan pocos ya…

Juana asintió en silencio; sus manos no temblaron cuando quitó las pinzas restantes al compás de las lazadas que Julián iba haciendo en la arteria palpitante. Al hacer el último nudo, Julián situó sus puntos y comenzó a coser la herida. Sólo después de taparla con una compresa de hilo limpia, se atrevió a mirar a Shea. La frente del capitán estaba negra de sudor; el diente que mordía el labio inferior había abierto en la carne una limpia punción y un hilillo de sangre se derramaba sobre la enmarañada barba que tenía debajo. Pero no se movió ni una sola vez bajo la sujeción férrea de Bosley.

—Lo hizo muy bien, doctor.

Julián buscó los ojos de su mujer desde el otro lado de la mesa y vio que trataba, con todas sus fuerzas, de no mirar las manos de él, cubiertas de sangre. Las suyas, rojas también desde la punta de los dedos baste ja muñeca, descansaban, inertes, sobre el tablero. Él le indicó con un ademán el corredor y se apartó para dejarle paso: ella le había prometido que no se desmayaría y Julián confiaba añora en su promesa.

—¿Debo mantener la galantería?

Julián volvió a su paciente.

—Si podemos impedir la inflamación, quedará nuevo.

—¿Y cómo la impedirá?

—No lo sé —el cirujano podía permitirse el lujo de mostrarse sincero—. En realidad, ningún médico lo sabe. Usted tiene eso a su favor: que las heridas abiertas a bordo nunca se inflaman, según algunos doctores. Yo lo ignoro; ésta es mi primera operación.

Julián descubrió que podía hacer con tranquilidad tal confesión. Al mirar la bien curada herida era bueno recordar que sus propias manos habían puesto allí los vendajes. Que era su habilidad la que daba a Shea una probabilidad de salvar el brazo. A su pesar, se volvió con presteza, como si esperase encontrar fija en él la dura mirada de un profesor sentado en el taburete del observador. Pero no vio más que al segundo contramaestre que le contemplaba, boquiabierto, con profundo respeto…

Juana volvió del corredor con las mejillas rosadas otra vez. Julián se acordó a tiempo de dar un paso hacia delante y de ceñirle la cintura con el brazo. Los dos permanecieron así, enlazados, un instante, mientras sonreían al capitán. Shea les devolvió alegremente la sonrisa. Con los dientes quitaba el corcho a una segunda botella.

—Voy a decírselo delante de usted, *Madame*; nunca me perdonaré haberle sacado de la cama para esto.

El visible rubor de Juana era el que cualquier recién casado hubiera podido esperar: Julián se dio cuenta de que también él tenía rojo el semblante, al inclinarse

para arrebatar de la zarpa de Shea la botella de *whisky*.

—Hay que andar con tiento, ahora que concluyó la operación —dijo—. Duerma aquí mismo hasta mañana, y por nada del mundo mueva ese brazo.

—Deme otros cuatro dedos de licor y no me despertaré hasta que lleguemos a Nassau —prometió Shea—. ¿Le he dicho yo que me siento orgulloso de ser su primer paciente?

—Aun cuando me lo hubiera dicho —replicó Julián valdría la pena oírselo repetir.

17

No separó su brazo del talle de Juana hasta cruzar los dos el umbral del castillo de proa, e internarse en las tinieblas. Tomando entonces a su mujer de la mano, buscó a tientas la cuerda de seguridad que conducía al relativo puerto de refugio de sus camarotes. La oyó proferir una exclamación entrecortada al penetrar el aire puro en sus pulmones; luego una ola barrió la cubierta y los lanzó, en torbellino, contra el castillo de proa, antes de que lograran abrir la puerta del camarote y penetrar en su interior.

Julián apoyó su espalda en la cerrada hoja de la puerta experimentando la súbita calma silenciosa de los sentidos. Juana extendió sobre una silla la mojada capa. Separaba de él la mirada, pero ya no existía ninguna barrera entre los dos.

Julián hizo este feliz descubrimiento mientras su mente buscaba todavía la razón. Los dos volvían al camarote —como marido y mujer a los ojos de todos— tras de un trabajo bien llevado a cabo, tras de una victoria que los dos compartían. El hecho estable, cía una intimidad entre ambos, de momento, por lo menos. Julián suspiró sin pronunciar una palabra; la menor palabra podía deshacer aquel encanto que no deseaba romper.

Juana se arrodilló junto a un baúl, hizo girar una llave en la ornamentada cerradura de bronce y levantó la tapa. Habló mientras sus manos andaban en la primera bandeja.

—Parece haber transcurrido largo tiempo desde que llamé.

—¿Tienes miedo ahora?

—Ni lo más mínimo. Esto es lo más raro, Julián sonrió y se mantuvo en su papel.

—¿Ni siquiera de estar sola conmigo?

—Ni siquiera de darle a usted esto. Con estas palabras Juana se puso de pie y le ofreció una cartera sobre las palmas de sus manos.

Julián se quedó mirando detenidamente el cuadrado trozo de piel, sin comprender.

—Es la suya; dentro encontrará su dinero —dijo Juana.

Mas él no hizo el menor movimiento para tocar la cartera. Juana sé adelantó y se la puso, a la fuerza, en la mano.

—Pensaba devolvérsela al llegar a Nassau.

—Conque ¿fue usted quién alquiló a los salteadores que me robaron?

—Fue su amigo quien planeó el asunto —dijo Juana—. ¿Comienza a comprender lo mucho que le necesitábamos?

Julián abrió maquinalmente la cartera, dirigió una ojeada a los doblados billetes que había dentro y se la metió en el bolsillo.

—¿No estará cometiendo una imprudencia?

—Es posible. No puedo callar eso, sin embargo, después de…, lo que acaba de hacer.

—Ya sabía usted que soy cirujano.

—Le he tratado de manera vergonzosa —replicó Juana—, no me aborrezca, por favor. Sepa que tengo mis motivos.

—¿Querrá creer que lo adiviné?

—¿Lo del robo?

—Y lo de Whit. —Julián descubrió que podía sonreír sin amargura—. Trabajó usted con ahinco para asegurarme, ¿verdad?

—¿No me permite que le presente mis excusas?

—¿Para qué? Todavía estoy disfrutando de nuestra boda.

Cuando Juana habló de nuevo, Julián comprendió que seguía una tangente propia.

—Le creí a usted un niño malcriado —dijo—. Presumí que tenía más apostura que talento… Por ello no reparé en utilizarle hasta el fin. Esta noche comienzo a verle como es en realidad. Malcriado o no, veo que se siente desgraciado…, y solo.

Julián seguía sonriendo.

—¿Desea que me declare culpable y que me coloque a su merced?

—Le respeto —prosiguió diciendo ella, siempre por su tangente—. Quiero que sepa que lo siento. Permítame que se lo diga.

—No tiene por qué lamentarse. Lo que ha hecho usted, es liberarme de mí mismo.

—¿Tan mal le iban las cosas?

—Quizá le conteste antes de que lleguemos a puerto.

—Es un viaje largo. Viviré de esperanzas —dijo Juana.

—Yo… Yo también.

—¿De modo que no cree mi historia? Pues créala; soy viuda y necesito un marido…

—Ya no es viuda… ahora.

La salida de Julián ruborizó a Juana, pero no hizo ningún esfuerzo para esquivarle.

—¿Presume usted, tal vez, que nunca lo he sido?

—No le pregunto nada. Soy lo bastante humano para esperar su respuesta.

—Le asisten todos los derechos para desear vengarse —observo Juana y se encaró, por fin con él, con las mejillas ardiendo.

—Elija con cuidado sus palabras —le advirtió Julián—. No sea que la comprenda mal. Sería fácil…

—Venganza es una palabra sencilla. Y también lo es *mujer*.

—¿Es que me somete a una prueba, por casualidad?

—Tal vez.

—¿Me recuerda que soy un caballero del Sur,…, y que no debo abusar de mis privilegios?

—Trato con toda mi alma de ser franca —replicó Juana—. Cosa que no siempre le es fácil a una mujer.

—Tampoco es siempre fácil ser caballero.

—He dicho mujer, no señora. Jamás me llamaron, en mi mundo, señora… Quizá

por ello pueda decir esa noche lo que siento. Puedo confesarle incluso que le admiro Julián, que le admiro lo bastante para olvidar esa puerta cerrada…, si insiste usted en ello.

Julián sonrió al asirle una mano y depositar un beso en su palma.

—Esto por su trabajo de esta noche… Si Whit estuviera aquí, diría que el molde es más sólido de lo que él creía.

—¿Qué tiene que ver eso con nosotros?

—Como usted, él me comprende demasiado bien pan sentirse tranquilo. ¿Quiere aceptar mis respetos… cerrar esta puerta, a pesar de los progresos que estamos haciendo en el matrimonio?

Pese a su fingida serenidad, Julián no se atrevió a volverse para mirarla al salir del camarote del capitán para entrar en el del contramaestre. Después de cerrar la puerta a su espalda, permaneció largo tiempo sentado, aguzando el oído para percibir el ruido del cerrojo, Más no se produjo el menor sonido detrás del tabique. Julián no necesitaba de él para saber que Joma se había metido, por fin, en el cómodo y abrigado lecho y que ya no existía más obstáculo entre los dos que su propia voluntad.

Al estirar los miembros en la litera, confiaba en permanecer torturado por el triste triunfo alcanzado. Mas, apenas dejó caer la cabeza sobre la almohada, se quedó dormido. Arrullado por el balanceo del buque, disfrutó del sueño más profundo de cuantos había gozado en unos años.

CAPÍTULO II
NASSAU

1

—Es la isla Watling —dijo Whit Cameron—. Colón la denominó San Salvador. Ahora es nuestro primer puerto, el primero a que llegamos. ¿Será un buen presagio?

Cuando su amigo el jugador se reunió con él, Julián le hizo sitio detrás de los obenques del bauprés. Como todos los pasajeros que se hallaban sobre cubierta en aquel momento, fijó la mirada en la sombra azulada que acababa de surgir por encima del horizonte, del lado Este. Poco antes, todavía se confundía con el lechoso color del cielo matinal. Ahora era inconfundíblemente una isla, tan real como espectro que tomara cuerpo bajo la luz solar.

—¿Quién te dijo su nombre?

—Nuestro amigo Bosley. Acaba de comprobarlo en el mapa. Con un poco de suerte, atracaremos mañana en el muelle de Nassau.

Nassau… Lucy Sprague… Julián se preguntó por qué podría imaginar con tan serenidad la perspectiva.

Cinco semanas en el mar, se decía, se le hubieran hecho largas a cualquiera…, sobre todo si estaba casado sólo honoríficamente. Sin embargo, él disfrutó, egoísta, de los pasados días soleados, y ahora sentía tener que abandonar el entumecedor camarote donde había comenzado a encontrarse a sí mismo otra vez. Disfrutaba incluso de tener mujer, a su modo, un modo que (para poner el primer ejemplo que se le ocurría). Whit Cameron nunca acertaría a comprender.

Julián posó los ojos en Whit. Con la elegante chaqueta de noche y los pantalones estampados de tartán, Whit Cameron evocaba el Pall Mall, no el castillo de proa de un clíper. Sin embargo, a Julián le gustaba observar junto a él cómo aquella avanzada del continente americano adquiría forma con el día naciente. No le guardaba rencor por el papel desempeñado antes de su matrimonio; a pesar de sus procedimientos, comprendía que Whit era su aliado. Y aun así se negaba a creer la verdad. Recién casadas sin besos era algo que no existía en el cosmos del jugador; y no digamos nada de los recién casados.

Balanceándose suavemente bajo el velamen de desplegadas lonas, el *Nueva Providencia* dejó San Salvador…, y su crestón de coral que escupía un agua espumosa a pesar de soplar sólo una ligera brisa, a un cuarto de estribor. Las playas de la isla centelleaban, heridas por la luz del día; Julián consiguió ver la cima de dos prominencias, y, más allá, las sabanas situadas de cara al océano. San Salvador parecía hallarse tan desierto; como cuando le situó Colón, en el mapa, pero, aun así, siempre sería la puerta de entrada de Nassau.

—Llamemos a Juana —propuso Whit—. El momento es solemne, ¿o prefieres que seamos razonables y nos dirijamos unas cuantas preguntas? Porque es muy posible que no vuelva a presentarse la ocasión.

Julián sonrió. En realidad, Whit no trataba de ser sincero. Ya había sospechado que el jugador ignoraba, tanto como él mismo, el pasado de Juana.

—Veamos, ¿qué te gustaría saber?

—Adónde se dirige Juana…, y por qué. ¿Puedes responder a esto?

—En seguida. Sus agentes de Nassau procuran instalarnos ahora a los tres a bordo de un *runner*. Y éste nos llevará a Santa María, situada en la linea fronteriza de Florida. ¿No te molestará saber que hay gente que trabaja en favor de tu mujer en todas partes?

—No por cierto. Después de todo, también tú lo hacías así en Glasgow. Whit recogió con aplomo la indirecta.

—Gracias por incluirme entre las personas que rodean a la dama —dijo—. Pero mi papel fue muy breve.

—Mucho temo que también lo sea el mío.

—¿Te gusta tu trabajo, sin ánimo de ofender?

—Llámalo como gustes. Yo me atengo a lo estipulado, y si Juana no se queja, me daré por muy satisfecho. Ello no me da derecho a investigar la historia de su vida ni la razón que la asiste para hacer lo que hace. Dentro de un mes vestiré el uniforme…, y ella administrará las propiedades de su difunto marido.

—Si es eso lo que en realidad quiere…

—¿Nos hubieras presentado tú si así no fuera?

—Probablemente ¿Y te hubieras casado tú con ella?

—Julián meditó la respuesta. Aquella noche, en Glasgow» estaba desesperado, desesperado hasta el punto de aceptar, a ciegas, la mano de Juana, aunque desde un principio hubiera puesto en duda su historia. Como Whit insinuaba, era muy posible que ella fuere una aventurera y, al propio tiempo, un agente de la Unión, para estar él seguro de esto, no hubiera podido darle su nombre. Sin embargo le consolaba pensar que su mujer era tan virtuosa como se deducía de su aspecto.

—Soy médico —dijo al fin— y necesito una clientela. Esto fue lo primero y lo último que pensé.

—Sí, eso es: el escalpelo antes que la espada —dijo Whit—. Bueno, así debe ser. Pero insisto en que debes conocer algo más. Supongo que Juana habrá dejado traslucir…

—Únicamente que procede de un estado montañoso y que ha habitado en el Norte, Que juzga inútil la guerra…, sentimiento que comparto… Whit se encogió de hombros e inició la media vuelta. Las motas doradas que salpicaban el mar, delante de ellos, le obligaron a parpadear. El sol se levantaba ya sobre el horizonte y prometía un día sin nubes: ni el mismo penacho de humo, que, semejante a sucia bandera, se elevaba por detrás de la isla de Watling, era capaz de malograr día tan perfecto. Julián, que venía observándolo, se dijo que la isla no estaba tan deshabitada, después de todo. Ahora se daba cuenta de que aquel humo salía de la chimenea de un barco que avanzaba hacia ellos a toda velocidad.

Al aproximarse lo suficiente para dejarse examinar, Julián comprendió que ganaba terreno por la fuerza de sus calderas, aunque llevaba también un par de

mástiles sobre la visiblemente inclinada cubierta. Alzándose muy poco sobre el agua y con el aire de un escarabajo, marchaba con increíble rapidez. Su sola chimenea, reluciente como el sombrero de un miembro del Congreso, lanzaba el vapor a bocanadas entrecortadas y profundas. Bajo la borda de estribor no era menos amenazadora la hilera de cañones. La bandera que ondeaba en su palo de mesana le era a Julián harto familiar. Al mirar con fijeza aquellas rayas de color de menta y las estrellas de la Unión sobre campo de azul, Julián se dijo que ya tenían allí al enemigo.

Ninguno de los pasajeros profirió palabras al acercarse el buque yanqui, describir hacia popa un arco de espuma y correr a esconderse otra vez. Era un espectáculo que todos contaban presenciar desde hacía algún tiempo. El perro vigía los siguió por un momento; los pasajeros del *Nueva Providencia* divisaban a su joven y barbudo capitán mientras enfocaba con los gemelos el rojo plumero de su palo de mesana. Julián sé descubrió en el acto de dirigir también la vista hada aquel mágico talismán que protegía a un futuro cirujano del Ejército confederado tan bien como los mil rifles «Enfield» que llevaban en la bodega. La inclinación del telescopio del yanqui revelaba rabia y desprecio. Whit dijo:

—No será tan sencillo el paso por las Bahamas…

—Son aguas inglesas. ¿Cómo quieres que se atrevan a…?

—Los yanquis no abrirán el fuego allí, aun cuando volemos sus barras y sus estrellas, pero nos aguardarán en alta mar. Y cuando se apoderen de nosotros, poco les costará remolcarnos hasta Key West. Están allí desde un principio.

—Están en San Agustín y también al Jacksonville.

—No lo tomes a mal, Julián, pero dime: ¿piensas firmar la paz con ellos?

—Hombre, tengo mis defectos, mas no soy aficionado a cambiar de casaca.

—Acabas de expresarte como un Chisholm —manifestó Whit—. ¿Estás seguro de no decir ninguna tontería?

—Completamente seguro, aunque no acierte a explicarte por qué motivo.

—Ser caballero andante tiene sus inconvenientes —observó Whit—, no permitas que tus inclinaciones nublen tu sentido común.

—¿Por qué no te vas tú al Norte, en vez de ir al Sur?

—Tengo una razón más simple. Soy pescador en aguas revueltas y me divierte jugar en beneficio del juego mismo. En esta guerra se labran fortunas en las dos partes y yo me limito a probar la mía sentado en un extremo de la mesa.

Julián se echó a reír. No podía discutir mucho tiempo seguido con Whit Cameron.

—¿No te han dicho nunca que eres un pillo redomado? —le preguntó.

—¿Y a ti, no te han dicho que el caballero del Sur constituye el mayor anacronismo que existe sobre la Tierra?

—¡Cuidado! Han fusilado a muchos por decir eso.

—Oye, Julián Chisholm, de «Chisholm Hundred»; abre bien los ojos. Contempla este cañonero yanqui y lee en él tu destino. Ya te tienen asido y van a estrangularte.

Los «ratas» hacen fortuna, se escurren entre los dedos, pero tienen los días contados. ¿Cuánto tiempo crees tú que os suministrará provisiones Europa cuando sepa que os empezáis a morir a chorros?

—No te expreses con tanta amargura. Recuerda que por tu nacimiento eres uno de nosotros.

—Mía es la inteligencia desde un principio —dijo Whit—. Me dejo guiar por ella y vivo bien. Soy afortunado por dos razones; porque nací libre y porque no me consideré nunca un nabab. Me llamas bribón… Conforme. Pero el hecho de serlo me ayuda a comprender los hechos con más claridad.

—¿Qué harías tú en mi lugar?

—Al llegar a Nassau, tomar el primer barco que del puerto saliera e ir a ofrecer mis servicios al jefe de Sanidad militar de los Estados Unidos. Al final habrías salvado tantas vidas como desde el otro lado y acabarías la guerra con el grado de general. Pero sé que te dirigirás, en Richmond, a tu tío, que te empeñarás en ser cirujano de la Confederación a toda costa y que salvarás vidas para una causa perdida. Luego volverás a «Chisholm Hundred» y concluirás allí tu vida lamentando lo que pudo ser y no fue. Esto siempre que no mueras antes, lo que es muy probable también.

—En mi lugar, tú harías lo mismo.

—No cabe duda. Debe de ser muy duro salirse del molde… ¿No dije ya lo mismo en otra ocasión?

—Lo dices muchas veces —repuso Julián riendo—. ¡Ea, vamos a echarle una ojeada al brazo del capitán! Por lo menos, él me dará la respuesta debida.

2

Shea trabajaba en la sala de los mapas, con el cuaderno de bitácora delante. Juana se hallaba a su lado. Llevaba sujeto él cabello por un pañuelo, al estilo gitano; sus ojos, que brillaban en un rostro que ella se atrevía a dejar tostar ligeramente, pese a las risas de las otras pasajeras, buscaron con cálida expresión los de Julián.

Una vez más descubrió él que podía sentarse junto a ella sin experimentar exagerada tensión nerviosa. El sentimiento que los unía desde el mes anterior era demasiado huidizo, para llamarlo amistad. «Quizá se trate de usa tregua atinada, después de todo —se dijo Julián—. Es posible que todos los matrimonios marcharan como un reloj si no complicase las cosas la pasión, si se les asegurase un definido tiempo».

—Te be traído los instrumentos, querido —dijo Juana—. ¿Quieres que quite la venda al capitán?

Mientras tomaba asiento frente a Shea, Julián recordó la manera hábil con que los dedos de Juana habían realizado el primer cambio de vendaje, tres días después del accidente. Entonces se atrevió a examinar la herida, sólo porque Shea se empeñaba en volver a cumplir sus deberes; y contuvo el aliento esperando ser acogido por el olor acre, familiar, heraldo de la muerte en todo hospital. Pero la herida se cicatrizaba, del hombro al codo, una raya larga y de buen aspecto, que comenzaba ya a pasar del rojo al blanco. Julián apartó los vendajes y se levantó de la mesa.

—Confío en ser tan afortunado con todos mis pacientes, capitán. Está mejor que nunca.

Shea aceptó el veredicto con amplia sonrisa.

—Yo siempre estuve convencido de que en el mar no se presenta la gangrena —dijo—. Lo que pasa es que usted es el primer asierrahuesos que puede comprobarlo por sí mismo.

—No admito la teoría. Corrimos un albur y nos salió bien; nada más sencillo.

—Sea como quiera, doctor. ¿Y cuánto cuesta el desaguisado?

—Nada. No voy a cobrar a mi primer paciente. Me basta con que me prometa no volver a arriesgarse… si puede.

—Haré más —dijo Shea—. Permítame hablar mañana con su agente, cuando suba a bordo. Usted pagará un precio ínfimo por su viaje a Georgia.

Julián salió por la puerta del castillo de proa y se detuvo un momento a la plena luz matinal. Sabía, sin necesidad de volverse, que Juana se levantaría y le seguiría. Whit extendía ya las cartas junto la litera del capitán. Era la suya una clase de paciencia que haría que acabasen por jugar cinco manos al póquer cuando otros tantos pasajeros hubieran saltado de sus lechos. Si Whit, en ocasiones, parecía huir de la luz del día, tenía sus motivos.

Juana deslizó un brazo bajo el de Julián.

—¿Recorreremos ahora nuestra milla?

—Esta mañana la milla serán diez vueltas alrededor del cabrestante.

Y echaron a andar a un tiempo por el camino entre el castillo de proa y el de popa. Julián saludó a la mujer de un plantador de Jamaica que leía el *Pendenis* a la sombra del castillo de popa; la dama dirigió una mirada fría al pañuelo que Juana llevaba puesto y le devolvió el saludo. El aya del Yorkshire, que se sentaba a su lado, se arriesgo a dedicarle vina sonrisa. Julián comparó a su mujer con aquellos esperpentos y descubrió que estaba resplandeciente como un ave alerta a la luz del sol. «Mañana, quizá —se dijo sombríamente—, la compararía a Lucy Sprague».

—Debí llamarla cuando llegamos a la isla —dijo—. Querrá decir que debí ser yo quien le despertara,… He estado sobre cubierta desde el amanecer, mirando por el telescopio del capitán.

—¿Tanto desea llegar a tierra?

—Hable por sí mismo, Julián. Él hizo caso omiso del desafío.

—Shea dice que su agente subirá a bordo antes de que arranquemos. ¿Es la costumbre?

—Creo que sí, sobre todo cuando se trata de un pasajero de categoría. Recuerde que el agente es suyo, no mío. O, por lo menos, trabaja en su nombre.

—¿Quiere eso decir que también debo hablar con él de negocios?

—Yo estoy dispuesta a abonar hasta trescientos dólares por nuestro pasajes si el *runner* es de vapor. Y también lo está Whit. —Por lo visto, estudió bien a ese perro yanqui…

—Esta semana no habrá luna —siguió diciendo Juana—. Quizá podamos seguir nuestro camino en seguida. ¿Le resulta agradable?

¿Se vería libre de Lucy con tanta facilidad? A Julián le dio un vuelco el corazón ante tal perspectiva, pero no hubiera sabido decir si se alegraba de ello o si lo lamentaba.

—¿Por qué me lo pregunta? Juntos tenemos que llegar a Georgia; es la parte vital, la más importante de nuestro contrato. Y ésa es la impresión que debemos dar en Nassau.

—Importan más otras cosas —replicó Juana—. No finja que, para usted, no existe una mujer determinada en Nassau.

Dieron la vuelta al cabrestante y volvieron a hallarse frente al castillo de proa otra vez. Julián no habló más hasta que se hallaron bajo la sombra blanca de la vela mayor.

—¿Cuánto hace que sabe eso?

—Hace bastante tiempo —repuso tranquilamente Juana—. Sé su nombre, inclusive. Se llama Lucy Sprague. Sólo que no estoy segura de si representa su pasado, su presente o, su porvenir.

—Ni yo tampoco —repuso Julián; y le sorprendió su propia franqueza.

—Dígame esto: ¿la evitaría si pudiera?

—No, a menos que estuviera seguro de olvidarla también. —Julián experimentó

un gran alivio al hacerle tal confesión—. Ya ve, estuve enamorado de ella… mucho antes que se casara con Sprague. No tiene la culpa de que yo no consiga borrarla de mi pensamiento.

—¿Ah, no?

Julián siguió hablando, aunque sólo fuera para disfrutar de aquella nueva sensación de independencia:

—Deseo enfrentarme con ella en Nassau y acabar de una vez para siempre.

—¿Insistirá en hacerle creer que es feliz porque se ha casado, y confiará en que ella lo crea?

Julián no separaba la vista del velamen, resplandeciente, que se elevaba por encima de sus cabezas.

—Naturalmente, si usted lo permite.

—Comienzo a comprender por qué se ha casado conmigo.

—¿Y le enoja?

—¿Quién soy yo para quejarme, Julián? A decir verdad, me satisface ayudarle a engañar a Lucy.

—Veo que hablé demasiado —murmuró él, contrito—. Por favor, perdóneme.

—Usted no me ha confiado nada, en realidad. Únicamente que estuvo enamorado una vez… lo que sí es una revelación. —Juana miró, sonriendo, el fruncido ceño de Julián—. Pero no le molestaré más. Tampoco se sorprenda si invito a comer con nosotros a los Sprague… o si éstos nos invitan a su vez.

—No conozco al marido de Lucy. No quiero conocerle.

—No podrá dejar de verle en Nassau —replicó Juana—. Y ahora sonría, por favor; de lo contrario, los pasajeros creerán que hemos reñido.

Julián hizo caso de la advertencia… hasta cierto punto. Y, para colmar la medida, levantó la mano que Juana apoyaba en su brazo y la estrechó con calor. Luego llevó a su mujer a la borda, en el momento mismo en que el clíper se inclinaba de aquel lado.

El penacho de humo del barco yanqui acababa de desaparecer en el horizonte. Y, en su lugar, resaltaban en el horizonte matinal, color de cabré, los penachos de humo de otra isleta.

3

Nassau, observó Julián, era, ni más ni menos, tal como se lo había imaginado. De pie junto a la cabeza del castillo, para contemplar cómo la abrigada bahía se iba abriendo ante la proa del *Nueva Providencia,* se dio cuenta de que no experimentaba la más ínfima satisfacción al ver acercarse el término de su viaje… La ciudad se encaramaba, bañada de sol, por la ladera de sus montes; de las aguas de dos fuertes, cubiertos de liquen, pendían, fláccidas e inertes, las insignias del Imperio; el edificio de Gobernación parecía sentarse a horcajadas sobre la espina de la Fitzwilliam Hill, semejante a una ola rabiosa, descomunal, que hubiera firmado con él un compromiso, aun en medio de la cruda, despiadada luz del mediodía.

Julián estaba bastante lejos todavía para percibir el rumor comercial de la Bay Street, pero distinguía los mástiles, espesos como un bosque, a lo largo del muelle. El clíper costeó la boca del puerto mientras la tripulación gateaba hasta llegar a lo alto de las velas. Ya la barquilla del práctico se deslizaba en tomo de la isla Hog. Allí, no cabía duda, llegaba su agente —el consignatario de buques—, con traje de hilo blanco, frotándose las manos de contento mucho antes de poder echar una pierna por encima de la borda del buque.

Julián volvió la cabeza al reparar en que se aproximaba la barquilla. No era una entrevista lo que temía. Más prefería que el agente fuera en su busca después de haber hablado con Shea. Sin embargo, a pesar de su precaución, el hombre se le acercaba minutos después como perro que obedece al olfato. También tuvo algo de canino su apretón de manos… en la actitud del que aprendió a despreciar al amo.

—¿El doctor Chisholm? Tanto gusto, señor. Me llamo Jarvis, ¿nos quedamos aquí o prefiere que vayamos a su camarote?

—Hablemos aquí. La señora Chisholm está haciendo aún el equipaje.

El aspecto de aquel hombre dejó a Julián tan perplejo como sus modales. Desafiar el bloqueo era, como tal, un gaje de los confederados, y, no obstante, aquel Jarvis parecía surgir de una oficina de la Nueva Inglaterra, desde la boca fruncida al acento nasal; desde el pulgar activo que hojeaba ahora el libro de notas que poco antes llevaba Jarvis bajo el brazo.

—¿Le parece bien el *Shewanee,* doctor? Se hará a la mar mañana, a la puesta del sol.

—¿Es barco de vela o de vapor?

—De vapor, señor mió. —Jarvis pareció resentido—. De vapor… e impulsado por una hélice. Debajo dé las escotillas lleva cuero para el calzado y patatas. Lo manda el capitán Nichols. Se dirige a Savannah, pero también descargará en Santa María.

El hombre se *expresaba* con indiferencia, maquinal, mente, como quien está ya acostumbrado a dar tales detalles.

—El hecho de que no vaya armado beneficia a los pasajeros, porque los yanquis

han metido la nariz en Nassau. Suelen saber, cuando zarpamos, el cargamento que llevamos y… Julián le interrumpió para preguntar:

—A propósito: ¿es usted también yanqui?

—Nací en Boston; gracias, señor. Pero actualmente soy súbdito inglés. Le reservaré dos plazas… y una tercera para su amigo, el señor Cameron, ¿no?

—¿Plazas?

—Sí, señor. Tres literas. La señora se alojará en el departamento destinado a las mujeres, en medio del barco; los caballeros, en el camarote general. La tripulación duerme sobre cubierta…, cuando la dejan, cosa que no suele darse con demasiada frecuencia cuando se halla en aguas azules. Velocidad y más velocidad es la divisa del capitán Nichols.

—¿Y eso es lo mejor que puede ofrecerme?

—Lo mejor, doctor… y a buen precio, créalo. Doscientos dólares de la Unión, si le parece. O bien cuarenta libras esterlinas —Jarvis guiñó un ojo—. Y conste que es así porque primero hablé con Shea.

—Voy a ver a la señora Chisholm, y luego le diré lo que decida. El agente meneó la cabeza.

—Será inútil que regatee, doctor. Desde que recibí su carta he podido vender diez veces esas literas.

Al final, Julián pagó, dejando oír una protesta por pura rutina, y fue a interrogar a Shea. Jarvis había corrido ya, cubierta abajo, para ultimar un nuevo negocio. Julián comprendió que no era el único de los pasajeros que se disponía a burlar el bloqueo.

Encontró a Shea junto al práctico, que se preparaba a guiar al *Nueva Providencia* hasta aguas más tranquilas, y a una seña de Julián bajó la escalera de la cámara.

—Doscientos dólares por los dos —observó después de oírle—, es bastante barato. Ya verá lo que le pedirá Sprague por el viaje a Georgia.

—¿Ha dicho *Sprague*?

—La misma y única persona, doctor. Llegó el año pasado a Nassau apoyado por Washington. Éste es un mundo muy raro hasta que se aprende a conocerlo.

—El hombre a quien yo me refiero fue senador. Se halla en las Bahamas en viaje de negocios, en su calidad de diplomático. ¿Cómo puede ser que luche en el Gobierno para impedir que se burle el bloqueo, y que, por otra parte, lo apoye y se beneficie de él?

Julián se encolerizaba delante del capitán y para producirle buen efecto, mas en el fondo estaba agradecido a Víctor por desempeñar con tanta osadía el papel que le había asignado.

—El *Sheawanee* era suyo antes de estallar la guerra —siguió diciendo Shea—. Hace seis meses que lo vendió, en Liverpool, a una casa consignataria de Savannah, Luego, con nombre supuesto, adquirió acciones en ella. Jarvis trabaja para la secesión…, y, al propio tiempo, recibe un sueldo de Sprague.

—Repita eso.

—Digo que los confederados poseen todo lo necesario para hacer una guerra… menos dinero. Alguien tiene que llenar la brecha…, y a ése se le paga mucho más de lo que merece. Si yo le dijera lo que Sprague ha ganado aquí, en este rincón del mundo, con el algodón, lo creería.

—Lo he creído en Glasgow —dijo Julián—, pero es tan duro tener que afrontar la realidad…

Y, sin embargo, se obligó a afrontarla al volver a acercarse a la borda para ver cómo Nassau iba adquiriendo forma definida en la calígine del mediodía. Ahora se distinguía ya claramente la ciudad por encima de la animación del puerto. Sus edificios eran elevados y tenían innúmeras ventanas; la mayor parte de estos edificios estaba rodeada de porches enrejados. Julián se preguntó una vez si Lucy presenciaría la entrada del buque, y desechó la idea. Lucy no era mujer capaz de contemplar el mundo desde el otro lado de una reja.

Un marinero arrojó, desde el coronamiento de proa que Julián tenía encima, un cable al mar; el cable, mojado, azotó el muelle y un estibador negro lo amarró a su sitio. El *Nueva Providencia* se colocó, balanceándose, entre un asmático vapor de ruedas y una goleta con aparejo de yola, cuya cubierta estaba blanca con los restos de una reventada bala de algodón. Julián notó que las mercancías apiladas en el muelle formaban una verdadera montaña. Había oído decir que lo mismo Francia que Inglaterra enviaban, casi desde un principio, cañones y alimentos a la Confederación. A juzgar por el aspecto del embarcadero, rebosante de cargamento, el negocio seguía siendo floreciente.

Mientras observaba, el buque de ruedas salió a alta mar, cargadísimo y crujiendo estrepitosamente. Otro buque de hélice, bien equilibrado, se deslizó en el sitio vacío; instantáneamente los estibadores pasaron a bordo para efectuar la descarga de las inevitables balas de algodón, que, embutidas, ocupaban hasta la última pulgada cuadrada de la bodega, y se hallaban atadas, bajo sus lonas, en las dos cubiertas. Mientras el primer equipo de estibadores descargaba, un segundo equipo avanzaba, pisándole los talones, y apresuradamente metía toda una procesión de cajas en la misma bodega que se acababa de desocupar. Eran grandes cajas, llenas de paja, que no podrían encerrar más que rifles desarmados.

—¿El doctor Chisholm, verdad?

El inglés, de semblante colorado como vino clarete, que acababa de colocarse junto a él, ante la borda, parecía recién salido de las páginas del *Punch*, sin que por ello se alterase una sola línea del amistoso ceño. La chaqueta de dril blanco y el sombrero de ala ancha eran sólo un disfraz ligero; debajo, la actitud rígida permanecía intacta. El acento adquirido en la escuela pública se transparentó en el saludo, cortante; la fuerza del Imperio, en su cordial apretón de manos.

—Soy el doctor Steed, señor. Cirujano del puerto. Acabo de subir a bordo para dar a nuestro capitán Shea un limpio certificado de salud. Mi felicitación por la curación operada en el brazo de ese viejo tunante. ¿Cómo consiguió salvar el

miembro?

La jactancia del individuo era contagiosa, y Julián se esforzó para responder:

—Culpe de ello al mar, doctor…, y al aire impregnado de sal. Yo no hice más que ligar…

—La juventud no suele ser modesta —observó Steed—. Mi amigo Jarvis asegura que mañana se llevará usted a su mujer a Georgia. ¿Ha mentido?

—Ése es nuestro plan. A mí me aguarda una comisión,…

—Ya sé qué comisión es ésa… Perdóneme, doctor. Aquí, en Nassau, acogemos bien a los visitantes. Ardo en deseos de convencerle de que se quede. Se hará rico. Su Excelencia pide médicos a gritos. Y yo mismo debería poder contar con un colega…

Julián miró por encima de la borda; de una ojeada examinó la confusión de los muelles, las concurridas aceras de la Bay Street. Aun cuando se adoptaran medidas más adecuadas, la capital de la isla seria duramente azotada por las epidemias… y éstas, como él sabía muy bien, eran persistentes auxiliares de la guerra. Las Bahamas —niña enferma que en las colonias poseía la Corona desde que un almirante inglés arrancó Nassau de manos de los bucaneros— no podrían escapar de ellas.

—Si desea honrarme con su visita —decía el médico del puerto—, di hospital se halla en la Punta Windward. Es en el West End, ¿comprende? Dista una buena milla del edificio de Gobernación, pero cualquier cochero le llevará hasta allí. Tuvimos que instalarnos en las afueras a causa del hedor: insistieron en ello los padres fundadores.

Y, así diciendo, el doctor se alejó, tras dedicar a Julián un ligero saludo, en respuesta a la voz que le llamaba desde el desembarcadero.

Aunque la entrevista fue breve, devolvió la sensación de equilibrio a Julián. Y volvió a contemplar el muelle, experimentando únicamente leve disgusto al pensar que el servicio de Marte originara tal batahola. Incluso le pareció natural, ahora, que una cabeza leonina hiciera su aparición por entre dos abarrotados carros de tiro, y se sorprendió contemplando aquel rostro familiar.

Instantáneamente reconoció a su hombre; confiaba en que él le habría reconocido a su vez. Claro está que la mirada que el ex senador fijó en él era lo bastante malévola para no ser del agrado de cualquier enemigo. Su hombre tenía el cabello un poco más gris, pero no por ello parecía menos rebosante de vida. «Sólo parece estar algo más pesado —se dijo Julián—, sus pies son tan ligeros como los del gato montés y es tan feroz como él». Julián le examinaba desde arriba y sofocó un grito al ver que Sprague volvía la cabeza con desprecio, como hombre que pasa por alto a un antagonista cuando repara en que le falta algo. A continuación, la cabeza de mechones grises se perdió entre la muchedumbre, y a Julián sólo le restó el recuerdo de sus frías pupilas.

Julián se quedó asido a la borda, como si acabara de echar raíces allí; temblaba a impulsos de una extemporánea rabia. No quería creer que el encuentro —si podía denominársele así— fuera accidental. Gracias a Jarvis, debía de saber Sprague que él iba a llegar a Nassau de un momento a otro.

Sentíase casi tranquilo ya, cuando sintió que le ponían una mano en el brazo.

Juana le sonreía bajo la graciosa aureola del sombrero.

—Cuando *gustes*, querido, bajaremos a tierra. El coche nos espera.

Julián descubrió que la Bay Street era casi tan amplia como una explanada y que la inundaba un lento río de vehículos. Estos vehículos la llenaban desde el borde de la acera hasta la misma dársena. Él se instaló, junto a Juana, bajo la blanca y amplia franja del toldo del birlocho y trató de fijar la vista en sus colores brillantes, lo mismo que cualquier otro turista. No es que en aquellos momentos experimentase precisamente las sensaciones de uno de ellos, ya que, con sólo cerrar los ojos, podía trasladarse con el pensamiento a un puerto del Sur en el instante en que la compra del algodón se hallaba en todo su apogeo. Mas, al volver a mirar alrededor, se sintió por completo extraño al ambiente, a pesar de que sus compatriotas se agrupaban aún bajo las arcadas de techo de hojalata. Nassau podía engordar por efecto de las guerras de América, pero poseía su encanto, un atractivo particular. Un encanto levemente diabólico, realzado por el mar, que formaba parte del calor empalagoso, del olor del mercado del pescado, del chapoteo de los pies negros sobre el arenoso suelo de la calle. Por ello Julián se enderezó con orgullo cuando dos petimetres, vestidos con el uniforme de Su Majestad, miraron, en su cruce, por debajo del toldo. Juana dijo:

—Confío en que habrá observado el *Shewanee*. Parece bastante veloz.

Julián recordó el *runner* que tan gallardamente se colocara junto al *Nueva Providencia*.

—Ese buque no puede ser el *Shewanee*. Cargaba rifles…

—¿Intentó el agente hacerle creer que no llevaba municiones? Porque he oído decir que es un ardid para engañar a los yanquis.

—Y a los pasajeros.

A Julián no le sorprendió demasiado el embuste de Jarvis. El *Shewanee* parecía ser veloz, en efecto; el engaño armonizaba con la confusión, tan desprovista de espíritu, del embarcadero de Nassau.

—Yo prefiero llegar a tiempo a casa y correr el riesgo que sea —dijo Juana—. Jarvis nos ha reservado lo mejor y podemos considerarnos muy afortunados, Claro que el nombre de usted nos ha servido de mucho.

—Confiemos en que no nos sirva también para convertirnos en blanco de un buque de la Unión. Juana hizo caso omiso de la amenaza.

—Los yanquis nunca reciben a tiempo los avisos que se les hacen desde tierra —contestó—. ¿Podría resignarse a una partida tan precipitada? Porque casi no tendremos tiempo para ir a ver los Sprague…

—Temo que vamos a tener que posponer esa reunión —repuso Julián, satisfecho al lograr que su respuesta pareciera tan natural—. Tengo una cita y ella me robará buena parte de mi tiempo.

—¿De veras?

—Sí. El cirujano del puerto me ha rogado que haga una visita a su hospital, y no puedo negarme a ello.

Juana dirigió una mirada a la espalda del cochero y dijo, bajando la voz:

—¿Tanto miedo tiene usted a su Lucy? —Y al proferir estas palabras rozó con los labios la oreja de Julián. Desde la acera, cualquiera la hubiera podido tomar por una esposa modelo que favorece a su marido con un alado beso—. Julián, ¿es que no se da cuenta? Tiene usted que ir a verla,…, decirle que está enamorado de su mujer.

—Pero, como no lo estoy…, —repuso Julián—, es decir, como no tengo derecho a…

—No importa. Quedamos en que se lo diría.

Julián fijaba la vista en el espacio.

—Seguramente me será permitido, ¿no?, dejar a mi mujer durante toda una tarde.

—Perdón. Sin duda comprendí mal. ¿Es que desea ver a solas a la señora Sprague?

«Ea, confiemos en que haya puesto de mi parte toda la corrección posible —pensó Julián—. ¿Qué dirías si te confesara que necesito apelar a toda mi fuerza de voluntad para mantenerme lejos de ella? ¿Que ni siquiera me atrevo a entrar contigo en el hotel… por temor a que me espere en él una carta? ¿Que si ella me lo pidiera correría en seguida a su lado, con Sprague, o sin Sprague?».

Si era cierto que sabía leer en la mirada, la de Víctor Sprague le amenazaba de muerte. El hombre que es capaz de hacer fuego sobre otro senador, sobre un colega, impulsado por la ambición política, vacilaría muy poco en repetir la hazaña cuando se tratase de vengar su honor ultrajado. Pero Julián se daba cuenta de que no era el miedo a Sprague lo que le retenía.

—Permaneceré hasta la caída de la tarde en hospital de Steed —dijo—, al anochecer volveremos a vemos. Podemos cenar temprano,…, y solos. Mañana será un largo día.

Juana inclinó la cabeza, pero Julián reparó en que le observaba atentamente, a pesar de su gesto de sumisión.

—Como gustes, querido. Perdona que te baya juzgado mal.

Él carruaje entró en el terreno propiedad del hotel. El «Royal Victoria» se alzaba en la misma pendiente que el edificio de Gobernación, y desde sus jardines se veía la ciudad extendida a sus pies. Era de nueva marca, y tan arrogante y hermoso como un blanco sultán en su trono. Parecía estallar bajo el peso de la prosperidad. Al llegar a la curva que conducía a la puerta cochera, Julián saltó a tierra; Juana aceptó, modestamente, la mano que él le ofrecía y se apeó la marquesina de los carruajes.

—Yo conservaré el coche —dijo Julián.

—Como tú quieras.

—A Windward Point, por favor. El cochero le dirigió una rápida mirada y volvió a hacer restallar el látigo. Juana había entrado ya, con la cabeza muy alta, en el vestíbulo del hotel. Cuando Julián se arriesgó a mirar hacia atrás, vio que se había detenido para ver bajar al coche la pendiente.

Una sonrisa pálida asomó a los labios de Julián al recordar algo. En su primer

encuentro con ella, en Glasgow, él había corrido a refugiarse junto a Lister, en vez de aceptar su desafío; su fuga no era menos vergonzosa en aquel momento.

4

—Son típicas fiebres tercianas —dijo Steed.

—¿Le administra quinina?

—A pequeñas dosis. En su confederación, doctor, se paga por la quinina el precio que se pida por ella; aquí, en la isla, disponemos de muy poca.

Julián hizo un gesto de asentimiento y volvió a mirar al negro, que se agitaba sobre el jergón. La crisis de malaria era inconfundible y aguda a un tiempo; los ojos del enfermo giraban dentro de las órbitas y rechinaba los dientes; sus músculos, sus miembros, se estremecían en un paroxismo de frío, olvidado el calor pegajoso de la isla.

—La verdad es, doctor —dijo Steed—, que mi intención no era hacerle recorrer las saléis.

—Yo aprendí mucho en ellas —repuso Julián—. ¿Y si hiciésemos una ronda?

A su pesar levantó la vista para contemplar las altas ventanas, de cerrados postigos, alineadas en la sala, cara al mar. El hospital de Steed estaba bien situado en su promontorio, precisamente al lado de la boca del puerto…, mas, a juzgar por lo visto, el plan no consistía en nada más. En aquella sala de hombres el aire viciado parecía ejercer su presión, como visible miasma, sobre la larga hilera de jergones, Casi todos los pacientes se hallaban desnudos bajo las ásperas sábanas. A los pies de cada jergón se había colocado una mesa para sus efectos; entre cada par de camas había un armario de hierro, en calidad, al parecer, de única previsión sanitaria. La aspiración de una sola bocanada de aquel aire cálido y complejo hubiera impulsado a cualquiera a salir para respirar un aire más puro; pero hacía tiempo que Julián se había acostumbrado a prescindir de ello. Como dijo a Steed, su educación profesional le inmunizaba contra el vaho oscuro de la miseria, que en la isla era más patético que en parte alguna.

—¿Deben cerrarse esas ventanas?

—Le diré; como el aire de la noche es en la isla tan húmedo como el puré de guisantes. Además, estos hombres creen en los vampiros.

Julián trataba con todas sus fuerzas de sofocar su ira, aun antes de entrar en aquel pestífero agujero. Se aproximó a la cama siguiente.

—Es un caso interesante —dijo Steed—. La llamo tifo-malaria.

A juzgar por los tatuajes, el paciente debía de ser marinero. Pero no conservaba ni sombra siquiera de su antiguo color tostado; tenía la piel de un tono amarillo azafranado, con áreas más oscuras en el cuerpo y en la cara. Julián observó que su respiración era acelerada; el pulso, deficiente y debilísimo.

—Está casi *in extremis*.

—Es una enfermedad grave. Especialmente cuando se torna endémica.

—¡Ah! ¿Se padece ahora una epidemia?

—Tenemos unos doce casos. El clima es tan malo, que eso no tiene nada de

particular.

Julián miró a Steed; el cirujano del puerto de Nassau iba bajando en su estimación a cada frase pronunciada con rigidez peculiar. Examinó los otros casos que el médico inglés calificaba de endémicos. Todos eran desesperados. El último paciente de la hilera presentaba un intenso color de azafrán, desde el pecho hasta la raya del pelo. Julián le levantó un parpado para hacer un examen del blanco del ojo, ahora amarillo y empañado. El negro y delgado hilillo de baba que surgía de entre sus labios disipó hasta su última duda. Mientras trabajaba a las órdenes de Cagle conoció el terrible significado del vómito negro. Allí había una prueba que podía convencer incluso al propio Steed.

—¿Qué opina usted de este caso? —dijo, esforzándose para dirigirle la palabra.

—Es un caso de tifo-malaria —repuso el inglés—. Fatal, no cabe duda.

—¿Volveremos a examinarle más adelante?

—Esta tarde el hospital es suyo; yo me limito solamente a, hacer de cicerone.

En la abierta galería, fuera ya de las salas, se detuvieron para aspirar una bocanada del aire espumoso del mar. Luego, Steed guió a Julián hasta llegar a una puerta pintada de blanco que había más allá. Al otro lado había una sala particular completa, provista de lechos y de tabiques que se elevaban hasta la altura de la cabeza. Una enfermera se acercó a ellos para hacer al médico una consulta, y luego el inglés se volvió a su visitante con su más agradable sonrisa.

—Quiero ver si confirma otro de mis diagnósticos —dijo.

Y le hizo pasar a un largo pasillo por el que se llegaba a una habitación aislada que a primera vista parecía formar parte de un almacén. El paciente, un negro gigante, yacía sobre un lecho elevado, sin otra cubierta de una sábana sucia; de una sola ojeada comprendió Julián que estaba moribundo. Había visto muchos casos parecidos en el extranjero: el factor característico de la enfermedad era la gangrena «de hospital» o la peritonitis. Y el paciente ofrecía siempre el mismo cuadro: el de un colapso físico y mental, como si estuviera saturado de un veneno demasiado fuerte para que su cuerpo lo tolerase. Steed le tomó el pulso y frunció el ceño.

—Temo que sea demasiado tarde ya para un reconocimiento. Está medio muerto.

—¿Cuándo se inició la enfermedad?

—Hace una semana. Es cólera morbo… complicado con un tumor. Le prescribí calomelanos y una sangría, y mejoró algo. Pero ha seguido perdiendo terreno desde que lo trasladé aquí.

—¿Por qué está solo? ¿Teme usted al contagio? Steed dirigió una breve mirada al naciente.

—Este hombre es mi jardinero —explicó—. Se pasó ayer todo el día aullando como un perro perdido y tuve que atarle. Por ello juzgué más sencillo colocarle aquí, lejos dé los demás enfermos, Julián logró interrogar con acento sereno:

—Usted ha dicho algo de un tumor, ¿no es eso?

El inglés echó a un lado la sábana y señaló la monstruosa dilatación del abdomen.

—Apareció al día siguiente de ingresar aquí y, naturalmente, diagnostiqué también hidropesía, —hundió un dedo en el costado derecho del negro y agregó—: Vea: ha llegado ya demasiado lejos para reaccionar. Ayer gemía cada vez que se le tocaba en este punto. El tumor es, evidentemente, maligno.

Julián se había acercado a la cama y recorría con los dedos el área indicado por Steed. Skoda, el gran especialista en percusión, le había enseñado esta técnica años antes en Viena. Palpando el «tumor» que Steed diagnosticaba con tanta satisfacción, Julián descubrió una hinchazón dura, mal definida, que estiraba la piel del negro, amenazando con hacerla estallar.

La peritonitis aparecía bien definida, pero ¿sería verdaderamente un tumor la causa? Entonces recordó su propio estudio de la tiflitis…, y las risas que originó al enunciar la teoría de su génesis. Así y todo se atrevió a afirmar que la tiflitis —aquel concepto nuevo para clasificar la inflamación del intestino— era frecuentemente producida por desórdenes originados en el *processus vermiformis*, deformación del apéndice, que colgaba del ciego como gusano imprevisto.

—¿Cómo llamaría usted a esta enfermedad, doctor Chisholm?

—Tiflitis.

El médico inglés se encogió de hombros; resultaba evidente que aquella palabra no le era familiar.

—¿En qué basa su diagnóstico?

—En mis dos años de trabajo en Viena. Así encontré varios casos.

—Pues yo sigo creyendo que se trata de un caso de cólera morbo complicado por un tumor.

—Sólo una operación podría demostrarlo.

—¿Me la aconseja ahora?

—Es tarde ya para hacer obra de cirugía —replicó Julián—. Su paciente ha muerto.

Y se apartó del lecho, mientras Steed comprobaba la defunción. En Viena había aconsejado la operación en más de un caso. Sugirió incluso que era posible la extirpación del apéndice con un riesgo mínimo. Si el obstinado hombre que tenía delante lo hubiese consentido, hubiera corrido ahora el riesgo. Y se preguntó si le dejaría que llevara a cabo vina exploración.

—¿Le podría hacer la autopsia?

—¿Para qué, en nombre del cielo?

—En Viena todos los casos se sujetan en igualdad de circunstancias, a una operación *postmortem* —explicó Julián, armándose de paciencia—; es el mejor medio de estudiar la enfermedad.

—Ya sé que es costumbre en el continente —Julián reparó en que, a pesar de su truculencia cortés, Steed se sentía impresionado. La palabra Viena era un conjuro en materia de cirugía.

—Si me da permiso para explorar, podría enviar a Londres un comunicado. Y

seguramente saldrá su nombre en los periódicos. Ante esto, Steed cedió sin perder nada de su rigidez.

—Voy a mandar por los instrumentos, doctor. Suyo es el cadáver.

—Sería mejor que lo trasladásemos al depósito, ¿no le parece?

—Se baila en él, señor.

Mientras aguardaba el instrumental, Julián salió a la galería, frente al mar. Al declinar el día se levantaba brisa y la bocanada de oxígeno levantó algo su ánimo decaído. No le sería difícil olvidar la manifiesta incompetencia de Steed.

Era evidente que el hombre no conseguiría liberarse ni de uno solo de sus prejuicios. Era evidente también que la visita de Julián le hundía en un sumidero que continuaría hediendo a pesar de sus esfuerzos.

Pero Julián era cirujano, a pesar de todo: se encontraba en Windward Point para olvidar sus problemas personales, no para resolver los problemas del mundo. ¿Por qué no hacer caso omiso de Steed y ahogar en un baño sus escrúpulos antes de volver a Nassau? ¿Por qué no ahorrar saliva y huir de inútiles discusiones? Se desnudó hasta la cintura, mientras permanecía allí, expuesto a la dorada luz del sol; arrojó a la rama de un arbusto la chaqueta y volvió pausadamente al almacén que servía de depósito de cadáveres.

Steed se mantuvo al fondo, mientras él comenzaba la operación. Unas cuantas cuchilladas abrieron la pared abdominal por encima de la región del tumor. Al momento se hizo patente la extensa inflamación…, una inflamación densa que despedía el hedor de la muerte. Julián alargó el brazo, y con el ceño fruncido, cogió un retractor al objetó de hacer más profunda la incisión. Hasta entonces parecía posible que el cirujano del puerto no hubiera acertado el diagnóstico hecho.

—Podremos inscribir peritonitis en el acto de defunción —observó.

—Ya está anotado —dijo Steed.

—Y ahora busquemos la causa. El cuchillo exploró más y abrió una cavidad negra por un líquido purulento. Steed se inclinó sobre un hombro de Julián y manifestó, con aire de suficiencia:

—¿Lo ve? Era un tumor maligno que terminó por un absceso y con el fallecimiento consiguiente.

—Asegurémonos bien.

El cuchillo continuó avanzando por el conducto ciego; Julián vio que el tejido estaba tornasolado por ja podredumbre. Un caso real de tiflitis habla afectado el peligroso segmento del intestino: hasta entonces Julián no habla localizado aún el apéndice, normalmente unido a su curva inferior. Cuando el cuchillo expuso, por fin, aquel órgano, tan parecido a un gusano, lo halló todo destrozado…, como si hubiese reventado por la mitad. Julián elevó en el aire el lívido remanente, y al separarse después de la mesa, llevaba en la mano un objeto redondo parecido a una piedra.

—¿Diremos que esta piedra alojada en el apéndice ocasionó al paciente una grave inflamación que se extendió por el intestino, antes de que el órgano más pequeño se

rompiera?

—Pero ¿cómo va a demostrar que la inflamación no empezó por el mismo ciego?

—No puedo demostrar eso, naturalmente. Pero tampoco hallo la prueba de ningún tumor maligno ni benigno.

Aun antes de dejar el cuchillo comprendió Julián que estaba gastando saliva en vano. Steed se apoyaba tanto en el escepticismo del científico como en los dogmas anticuados. Pero él no podía rendir sus armas sin una palabra final. Volvió, pues, a tomar el escalpelo y con la hoja de acero pegó un golpecito sobre la dura piedrecilla que había salido por sí sola del absceso.

—El apéndice vermiforme es un órgano residual inútil para el hombre. ¿Por qué no puede ser también causa de muchos trastornos? ¿Por qué no puede extirparlo el cirujano al más leve síntoma de enfermedad? Después de todo, este absceso es como otro cualquiera.

—Mas aun cuando sea peritonitis —observó Steed—, ¿podría citarme algún paciente que se haya curado de ella?

En la galería había aparecido ya una enfermera con jabón y agua caliente; Julián renunció a la argumentación y fue a lavarse. Sólo al secarse las manos, después de una segunda jabonada, recordó a los enfermos de fiebre.

—A propósito de ese diagnóstico de tifo-malaria…, ¿podría volver a echarle una ojeada de paso?

Steed se volvió a la enfermera y le hizo una pregunta en voz baja; Julián pudo leer la respuesta en el súbito ceño del doctor.

—Temo haberle perdido también.

—¿Le traeré mala suerte por desgracia?

—No, claro que no —Steed prorrumpió en una sonora carcajada—. Ya sabíamos que viviría sólo unas horas; lo mismo que los otros.

—No importa; me gustaría echarle una ojeada. El cadáver estaba ya colocado en un rincón de la sala, cubierto con un saco…, preparado evidentemente para la fosa común sin más ceremonias.

Julián se hizo a un lado al levantar Steed la cubierta; ya la enfermera había traído un biombo para evitar que presenciaran el examen otros pacientes. El cirujano del puerto volvió uno de los párpados del difunto negro; Julián sólo miró al revelarse la prueba. Aquel examen era para instrucción de Steed, no para la suya.

—Ojos de color de azufre intenso —dijo—. Los párpados negros por la hemorragia. ¿Quiere descubrir el pecho?

Steed tiró del saco hacia abajo. Detrás de ellos la enfermera dejó escapar una exclamación entrecortada y salió de la sala. El cirujano del puerto se incorporó vivamente, frotándose la palma de las manos al propio tiempo.

—¿Qué significan esas manchas oscuras?

—Su enfermera lo sabe —replicó Julián. El desconcierto de Steed le divertía—. Ella se ha criado en los trópicos.

—Mi diagnóstico sigue siendo tifo-malaria.

—Su diagnóstico es incorrecto, doctor. Esto es un *coup de barre*, más conocido en América bajo el nombre de fiebre amarilla.

—Me niego a admitirlo —dijo Steed con voz velada; y se apartó bruscamente del cadáver, arrojando sobre su demacrado rostro el saco mediante un furioso puntapié. Al salir el inglés al aire libre, Julián le siguió de cerca.

—No hay que jugar con una frase tan seria, doctor.

—Convengo en ello —dijo vivamente Julián. Constituía un alivio para él dejarse llevar, por fin, de la cólera—. He visto muchos casos en las tierras bajas de las Carolinas. Ese azote ha vaciado ciudades enteras. ¿Será más afortunada Nassau si la fiebre se inicia aquí?

—Su tono y lo que significa, me hieren. —El cirujano del puerto recobraba su aplomo—. Por ello me permito recordarle que mi diagnóstico es final y decisivo.

«Sabe que tengo razón —pensó Julián—. Sabe que no existe una amenaza mayor para Nassau en esta época de guerra y de prosperidad. Sin embargo, impedirá que se propalen rumores de epidemia en el umbral mismo de esta casa. Era increíble que un médico titular pudiera caer tan bajo… y, sin embargo, su actitud era inconfundible».

—Quizás estuviera desacertado al invitarme a venir dijo al fin. Steed se manifestó cortés, pero glacial.

—No necesito recordarle la moral de su profesión. Sus sospechas no deben ir más allá.

—Diga usted los hechos. La ictericia, la fiebre terminal, la hemorragia gástrica…; en suma: el *coup de barre*.

La frase hizo al fin sonrojarse a Steed.

—Yo le he demostrado cortesía, doctor. Debe confesarlo.

—Lo confieso sin esfuerzo.

—E insisto en que reserve sus teorías. En Nassau no hay fiebre amarilla.

—Y yo insisto en que la hay.

—Su obstinación es imprudente. Es usted extranjero en una colonia inglesa. ¿Debo volver a recordarle que propalar falsos rumores constituye una ofensa para la Corona?

—¿Es eso una amenaza?

—Seamos amigos y llamémosle una advertencia.

—Acepto la advertencia… y rehúso la amistad. —Julián hizo caso omiso de la mano que se le tendía y dio media vuelta. Al llegar a la puerta no resistió la tentación de dirigir una pulla al doctor antes de partir.

—Me pregunto, Steed, dónde prestó usted el juramento profesional…, si es que lo ha prestado usted.

Ya fuera, se apoderó de un tirón de la chaqueta, que había dejado pendiente de la rama de un palmito. Su cochero roncaba aún en el pescante del birlocho. Entonces Julián cedió al impulso que reprimiera poco antes y volvió la espalda al hospital. Bajó

por la punta; al amparo de una duna se quitó la ropa interior y se zambulló en el mar abierto.

Como era buen nadador, desde su infancia sabía luchar con la resaca del Atlántico. La perezosa onda que lamía los fondos del *Nueva Providencia* era un débil remedo de los agitadores mares de Hatteras. Mientras nadaba mar adentro, como siempre, se dejó flotar y fijó la mirada en el pálido cielo de un azul tropical. Con sólo volver la cabeza hubiera podido distinguir el puerto de Nassau. Pero sabía lo que allí le esperaba sin mirar atrás. Como Juana decía muy bien, su problema seguía en pie y no lo resolvería huyendo. El sol se hallaba ya sobre el horizonte cuando Julián se vistió; pero su espíritu pertinaz había adoptado una resolución. El cochero se enderezo prontamente al subir él al birlocho e hizo restallar el látigo sin aguardar órdenes. Su gesto decía: los hospitales, como los cementerios, deben evitarse a toda hora. Especialmente en aquellos momentos en que la oscuridad se cernía sobre los tejados de barro de los barrios bajos de la ciudad. El doctor Chisholm se retrepó en su asiento y ensayó las palabras que deseaba decir: «Condúzcame a la residencia de Víctor Sprague».

5

Julián interrumpió su paseo por el estudio de Sprague, media hora después, para mirar al jardín por la elevada ventana enrejada. La casa se alzaba en la cuesta de la George Street, junto a la escalera del edificio de Gobernación. «Su dueño —se dijo Julián— sólo tenía, mies, que dar un corto paseo para ir a llenar sus deberes políticos…; y la rada estaba también muy cerca». La poco ostentosa elegancia de la habitación le enojó casi tanto como la prolongada espera. La biblioteca de palo de rosa, la mesa de la misma madera, los volúmenes de piel de tafilete bajo el cristal aplomado, no guardaban ninguna relación con su propietario, según él le recordaba. Sin saber por qué había esperado algo más llamativo o, por lo menos, algunos toques que le recordaran a Lucy.

Se detuvo en su nervioso ir y venir y se instaló en una silla delante de la mesa. El murmullo que salía del salón de recibo, situado en el primer piso, le recordó que los Sprague tenían invitados; por ello era lógico que el dueño de la casa no corriera escalera abajo en un momento para recibir a un visitante que se negaba a decir lo que deseaba. Al dar su nombre al mayordomo negro de Sprague, Julián escuchó un instante por el hueco de la escalera; pero no logró distinguir la voz de Lucy entre el bullicio que había. Ahora escuchaba con el alma en tensión, lleno de miedo ante la idea de que fuera ella, y no su marido, quien acudiera a su llamamiento.

—¿El doctor Chisholm? Ya es hora de que nos conozcamos.

El ex senador Víctor Sprague le saludaba desde el adecuado marco de la puerta. Julián le ofreció en silencio sus excusas por un error de juicio. Sprague armonizaba perfectamente con la casa: en su austero traje de etiqueta hubiera podido hacer buen papel como estadista en una época cualquiera. Sólo la mirada, fatigada, ligeramente cínica, le hacía traición…, y un artista hábil la hubiera hecho resaltar en su cuadro para bien de la posteridad. Mas cuando el ex senador entró en el círculo de luz de la lámpara, Julián vio que la aparente vitalidad que desplegaba formaba parte de su actitud. Debajo de ella parecía tan fatigado como cualquier trabajador al cabo del día.

—Debió usted venir antes, doctor.

—Es que mi visita no es una visita de cumplido.

—Perdone, sin duda entendí mal, pero…

—Vengo a advertir a usted y a su esposa de que corren un gran riesgo.

Sprague le sentía mirando con la misma grave animosidad; su mirada contrastaba marcadamente con su cortesía externa. «Ahora me está sopesando —se dijo Julián—, lo mismo que cuando se cruzaron nuestras miradas en el muelle».

En voz alta se limitó a decir:

—Le aseguro que sólo pienso en Lucy,…, y en usted mismo. ¿Quiere escucharme?

Sprague le indicó una silla con ademán de cansancio, y él se instaló ante la mesa de palo de rosa. Pero Julián pasó por alto la atención.

—Se me figura que duda de mí —dijo.

—Todavía no se ha explicado usted.

—Bien. Acabo de hacer una visita al hospital de Westward Point. Es inminente que se produzca una epidemia de fiebre amarilla en Nassau. Steed hace todo lo que puede para ocultar el hecho, pero…-Hasta aquí Julián había conservado la calma; ahora $u voz tembló ante la indiferencia de Sprague.

—¿Es eso todo, doctor?

—¿Ha visto usted alguna vez una ciudad barrida por la fiebre amarilla?

—La conozco poco. Y lo mismo les sucede a muchos médicos, creo yo. Hable usted por sí mismo.

Julián titubeaba. El instinto le decía que la futura amenaza era espontáneamente cierta, pero no disponía de pruebas para demostrarlo. Era verdad: el extraño azote había diezmado muchas ciudades. Mas, en ocasiones, el promedio de fallecimientos era pequeño; los enfermos se restablecían y quedaban inmunes al contagio. Además, la fiebre se iniciaba siempre en tierras pantanosas, junto a los ríos…, jamás al lado del mar. Un miasma llevado en alas de la muerte podía pasar por alto una ciudad entera e ir a caer, en cambio, sobre otra. No respetaba ninguna clase social; lo mismo se presentaba en una casa señorial que en la choza del esclavo en las Carolinas. Y de hacer su aparición en Nassau, aquella hermosa mansión no sería más inmune que las casuchas de los barrios bajos.

—¿Me escucharía si le dijera que usted mismo padece un ataque de fiebre en este momento?

Sprague levantó la cabeza, proporcionando a Julián nueva oportunidad de observar el brillo poco natural de su mirada al abrirse sus ojos del todo. A plena luz las oscuras manchas de color de sus pómulos eran más patentes.

—¿No será ése un juicio un poco precipitado?

—Trato de llegar a un fin. Cuando amenaza una epidemia pueden darse cien casos como el de usted en una ciudad como Nassau. ¿Me permite que le examine?

Sprague meneó la cabeza; sus ojos se habían vuelto a cerrar de nuevo.

—Nuestro común amigo Steed me sometió a un examen esta mañana…, y asegura que estoy muy bien para mi edad. Le concedo que este clima es duro para los blancos. Pero confío en sobrevivir a él.

—¿Puedo preguntarle cuánto tiempo piensa permanecer en Nassau?

—Hasta que se termine este negocio del bloqueo. «Es decir, hasta que la burla del bloqueo cese de ser un negocio», pensó Julián.

—Mañana pienso llevarme a mi mujer al continente y le aconsejo que envíe también a Lucy.

—¿Con usted, doctor?

La pregunta le hizo perder el equilibrio moral; y se dio cuenta de que se ruborizaba como un colegial.

—Lo que sugiero es que la envíe al Norte…, o que vuelva a Inglaterra. Por lo

menos hasta que cese la amenaza. Naturalmente, no voy a pedir a la señora Sprague que burle el bloqueo.

—Me esfuerzo en comprenderle, doctor —dijo Sprague—, y le confieso que continúo perplejo. Usted lucha contra mí y contra todo lo que yo defiendo…

—Concedido, señor.

—Y, sin embargo, se ofrece a salvarme la vida. No veo por qué.

—Mi oficio es salvar vidas.

—¿Las de sus enemigos también?

—¿Por qué no?

Sprague se puso en pie.

—Vamos a reunimos con mis invitados…, puesto que rehúso salvarme.

—¿Es que no ve el peligro?

—Yo sólo puedo tratar con hombres que encajan en sus moldes —dijo Sprague —. ¿Por qué no encaja usted en los suyos?

—Yo le hablo puramente en calidad de médico.

—Pues sea hombre de mundo y ceda a Steed.

—Steed es un imbécil. Crea en mi palabra.

—¿Y si me niego a escucharle me tendrá en la misma opinión que a él?

—Piense lo que guste, señor.

Julián aguardó conteniendo el aliento. Su provocación era suficiente para originar un desafío. ¿Lucharía Sprague con él…, impulsado por un insulto que, después de todo, nada tenía que ver directamente con Lucy? El hecho hubiera constituido un hermoso final de la entrevista. Mas el ex senador se limitó a levantar una mano.

—Es posible que me juzgue un *parvenú* con más tenacidad que inteligencia. No me tenga en tan poco, doctor; nada podría ser más peligroso.

«Ahora es él quien me reta —se dijo Julián—. Todavía puedo luchar con él mañana y con un poco de suerte levantarle la tapa de los sesos». En su cerebro bullía la antigua furia irrazonada y la contuvo resueltamente obligándose a que su entonación igualara a la de Sprague.

—Mi intención es inmejorable, señor. Por lo menos crea esto, se lo ruego.

Sprague se inclinó, sin que por ello desapareciera la expresión irónica de su mirada.

—Es algo difícil, doctor, pero lo intentaré; Los hombres rara vez proceden de acuerdo con otros móviles que los del propio interés. Por ello me encuentro en Nassau, donde el interés propio es más corriente. Por ello debo permanecer aquí. Haciéndolo así cumplo con mi deber en beneficio de mi país…

—Y en el de usted mismo.

—Eso es —dijo Sprague suavemente—, al presente soy uno de los hombres más ricos de América, y mi intención es aumentar mi capital con ayuda de la guerra.

—Pocos podrían esperar otro tanto…

—Es muy cierto. Naturalmente, necesito tener aquí a mi mujer; como ve, nuestras

reuniones son incesantes. Y con fiebre o sin fiebre, debo insistir en que Lucy se quede.

—De lo que se deduce que esa resolución resume nuestro caso.

—Precisamente.

—¿Y si yo advirtiera a Lucy particularmente?

—Lucy sirve a mis intereses. Se negaría a escucharle.

Cómo los dos hombres se encaraban en aquellos momentos uno con otro, Julián reparó en el odio que despedían, bajo los semicerrados párpados, las pupilas de Sprague. Y una vez más tuvo que confesarse derrotado. Era inútil que pretendiera asustar a Lucy hasta el extremo de hacerla salir de Nassau. Lucy no se asustaba fácilmente… y sabía hacer honor a un trato. Si Sprague la necesitaba para presidir sus *soirées*, ella se negaría a alejarse.

—Enhorabuena —dijo al fin—. Y confío en que no tenga que arrepentirse de su actitud.

—La acepto, doctor, así como su celo en beneficio de la señora Sprague. Y ahora, ¿quiere subir conmigo arriba y le presentaré a mis invitados?

—Perdone, antes tengo que ir a buscar a la señora Chisholm al hotel.

Julián se volvió, con estas palabras todavía en los labios. La voz que descendía en aquel instante por el hueco de la escalera era inconfundible. Y también lo era el trémolo del acompañamiento.

> *«A hundred months have passed, horma, Since last I held thy latid in mine…»*[7].

—Su esposa lleva entreteniéndonos ya media hora —dijo Sprague—. Lucy envió recado al «Victoria» invitándolos a los dos. Y ya comenzábamos mi esposa y yo a preguntarnos qué podría ser lo que le retenía a usted.

Sprague se apartó del quicio de la puerta y ofreció a Julián la misma fija y amarga sonrisa.

—Usted delante, doctor Chisholm.

Mientras subían la escalera, en dirección al salón, la voz de Juana siguió descendiendo a su encuentro, en un chorro melodioso y acariciador. Julián se preguntó por qué la amenaza de Lucy Sprague le parecería casi como una semiolvidada pesadilla. Por qué nada tendría importancia para él, comparado con el afán de llegar junto a su temporal esposa.

En realidad Lucy no había cambiado nada; reparó en ello al verla adelantarse hasta la escalera para recibirle. La mano que le ofreció seguía siendo en la suya una cálida invitación, aun cuando sus ojos adoptaran una expresión reservada y modesta. Llevaba uno de aquellos vestidos que tanto la favorecían y sus senos se mostraban tan orgullosos como siempre. A Julián le dio un vuelco el corazón a su pesar. Pero

reanudó los latidos normales al deslizar ella un brazo bajo el suyo y conducirle junto a sus invitados.

—Su mujer canta, Julián —dijo—. ¿Debo agregar que ha elegido bien?

Luego la multitud se dividió, y Julián vio por fin a Juana. Estaba sentada ante una espineta en mitad del amplio suelo brillante y un teniente de la ilota inglesa hojeaba a su lado las partituras del musiquero. Con la mirada fija y atenta en sus propios dedos, ella parecía darse tan poca cuenta del galanteo del joven dios como de la llegada de Julián. Tampoco advertía cómo todos los hombres que componían la reunión en el salón resplandeciente envidiaban al marido que se acercaba a saludarla en aquel momento.

«Our hearts will soon lie low, Lorena;
Life's tide is ebbing out so fast.
There is a future, oh, thank God¡
Of life this is so small a part¡
It is dust to dust beneath the sod,
But There-up There-it is heart to hearth»[8].

Se apagó la última nota y ella levantó los ojos sonriendo a los aplausos y a Julián. Mucho después él se daría cuenta de lo que había pasado entre los dos en aquel momento. Mientras sus ojos se encontraban, fundiéronse en una sola sus miradas; le pareció a Julián que la veía por vez primera. No sólo como a su liberadora, sino como mujer. Lucy y su salón se convirtieron en un solo murmullo cuando él se inclinó para besar la mejilla de Juana y la bendijo por estar.

6

—¿Es usted siempre tan silencioso… cuando está enamorado?

El carruaje acababa de salir de los jardines de Sprague para entrar en el pozo de la George Street. La voz de Juana era dulce y ligeramente burlona. Ahora se acercaba más a Julián después de asomarse a la que ventanilla para decir adiós a su teniente inglés, mera silueta brillante bajo la luz de un farol de la calle.

A sus espaldas, las voces de los invitados que partían se mezclaban y confundían en la oscuridad; a su alrededor, el blando sonido de las ruedas del coche sobre la arena. De noche se conservaba intacto el siniestro encanto de Nassau. Pero sólo era un simple fondo, lo mismo qué la risa estrepitosa de un negro y que el lejano rasgueo de una guitarra surgido sabe Dios de dónde en la amorfa oscuridad. Julián se volvió para sonreír al pálido perfil de Juana, sabiendo que no necesitaba hablar. Su secreto seguía siendo un secreto para ella; y, si podía, lo seguiría manteniendo.

—Probablemente ella está en la ventana —dijo Juana— viendo cómo nos alejamos de su vida, preguntándose si verdaderamente huye usted de ella. Y me parece que nuestra actitud la convencerá de que esto es, justamente, lo que estamos haciendo.

«Confío en que tengan razón», se dijo Julián. Era amargo admitirlo, pero se daba cuenta de que Lucy se había sentido demasiado segura de él aquella noche para prestarle verdadera atención. Un mes atrás se le hubiera desgarrado el corazón al verla dividir sus sonrisas, como dueña de casa modelo, entre el gobernador de las Bahamas y el cónsul yanqui. Ahora era él quien sonreía en su interior ante la excesiva confianza de Lucy. Juana dijo:

—Hemos representado bien nuestro papel, ¿no le parece? Julián halló por fin la voz.

—Algún día le daré las gracias como se merece —respondió.

—No, por favor. Yo he disfrutado de cada minuto de esa fiesta. Claro que debimos llegar juntos a ella, pero hice lo que pude para recalcar lo importante que era su visita al hospital.

—Y lo ha sido —murmuró Julián—. Yo necesitaba de ese momento de respiro.

No juzgó oportuno contar a su mujer lo que había descubierto; la hubiera alarmado innecesariamente. En aquel momento sentíase lo bastante valeroso para volverle la espalda a la muerte, aunque la muerte les sonriera desde las tinieblas. Su mano era firme al deslizaría bajo el brazo de su mujer, obligándola a encararse con él al fin.

Pero Juana seguía el hilo de los propios pensamientos, y si reparó en aquella prueba de intimidad, no dio muestras de ello.

—Sí —susurró—, hemos empleado bien el tiempo. Nos han presentado a todas aquellas personas a las que vale la pena conocer; dejo sentado que soy su esposa; nuestro casamiento se halla en el libro de visitas de Nassau. Y para colmo, pone usted

en su sitio una antigua llama, aun cuando todavía no consiga apagarla del todo.

—¿De modo que mañana podemos salir para Georgia con la conciencia limpia?

—Hable por sí mismo, Julián.

—¿Y esto es todo lo que esta noche significa para usted?

Los ojos de Juana se abrieron, sorprendidos, en las traslúcidas tinieblas.

—¿No es suficiente?

«Más que suficiente por ahora —pensó Julián—, sí, es suficiente poder estar sentado junto a ti en este viejo birlocho inglés y exhalar un suspiro de alivio. Suficiente también poder continuar a tu lado mañana cuando estemos a bordo del *Shewanee»*.

Julián trató de precisar sus pensamientos. ¿Qué sucedería más adelante, cuando, después de llegar a Georgia, se dispusieran a seguir caminos distintos? Esto formaba parte también del trato hecho; y desde el punto de vista de Juana constituía la parte más importante de él. Al imaginar su despedida, Julián, comprendió que no haría el menor esfuerzo para detenerla; no, jamás malograría el extraño papel que ella estaba representando. Y en el mismo momento triste, al darse cuenta de ello, supo por qué. Porque si Lucy era el deseo, la avidez, sin ternura que viniera a complicarla, Juana era el amor.

Y como la amaba —todavía era pronto para saber cuánto y cómo—, él no podía darle sino lo que ella pidiera.

El birlocho dobló una esquina y frente a ellos apareció la línea del agua. Julián vio abrirse ante ellos la bahía mientras consideraba la firmeza de este nuevo lazo, contento de que Juana guardara silencio también, con la cabeza levemente apoyada sobre su hombro. Allá lejos, en el punto mismo en que la ciudad se confundía con los bosques de pinos del West End, distinguió las luces de la pestilente casa de Steed, Aquella noche parecían brillar de manera extraordinaria y sin que hubiera entre ellas ninguna relación aparente; su radiación recordó a Julián el brillo de las pupilas de Víctor Sprague en el momento en que cambiaron aquella mirada de odio en el estudio del ex senador.

Tan extraño parecido fue suficiente para volver al presente antes de que la Iluminación de un bar envolviera al carruaje en su luz amarilla. Juana se enderezó, simulando escrúpulo, pero parpadeando todavía.

—Impresionar a los empleados de Gobernación era una cosa, y otra… —dijo—. No hay por qué enterar a toda la Bay Street de que somos recién casados.

Julián se volvió a instalar en su rincón y consiguió devolverle su sonrisa.

—Creí que le gustaba fingir.

Un marinero borracho escapó a las ruedas del coche y entró tambaleándose en el bar; el cochero describió un círculo con el látigo y lanzó el coche a través del muro de tinieblas que se elevaba más allá. A su izquierda se alzaba la mole de un almacén extenso con amplia techumbre de hojalata. Un almacén inglés, a juzgar por su silencio.

Los buques de esta parte del muelle iban cargados de balas de algodón para el Este y aguardaban a que subiera la marea. Sólo los *runners* que se dirigían rumbo al Oeste para burlar el bloqueo, se escurrirían fuera, semejantes a negros peces, a la puesta del sol.

—Nuestro muelle es el siguiente —dijo Juana—. Según parece, el *Shewanee* está cargando todavía.

Julián oyó el rudo canto antes de ver al propio *runner* delineado por los fulgores al extremo del muelle. Manos negras arrojaban desde el muelle a la cubierta las inconfundibles cajas planas llenas de rifles. La cruda luz ponía lagos de claridad en las sudorosas espaldas de ébano, sobre el latón de un sobrecargado vigilante, sobre la placa esmaltada de la fragua de Sheffield, que era la casa constructora de aquellas armas de guerra.

—¿Qué es lo que cantan?

—Un antiguo himno oriental —dijo Julián—, en dialecto de las Baleares. Es el idioma de los menorquines de Florida.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque uno de nuestros braceros lo trajo, años atrás, de San Agustín. Era niño todavía.

En la plantación de «Chisholm Hundred» se habían cantado muchas veces estas bellas notas en modo menor. Y de pronto Julián comenzó a cantarlas también, mientras el birlocho avanzaba tranquilamente:

Disciarem tu dol,
Cantarem amb alegría
Y n'árem a da
Las pascuas a Maria[9].

Un himno menorquín —dijo juana—. Debí adivinarlo. La mayoría de los marineros de la tripulación son oriundos de San Agustín…

—Ahora me toca a mí asombrarme…

—Me lo dijo el capitán Nichols cuando vino a ver a usted esta tarde —continuó diciendo ella—. Aquí en Nassau se le conoce por Adam Nichols. Su verdadero nombre es Amadeo Menéndez y Vega. Debo añadir que sus antepasados fueron a establecerse en Florida cuando la Carolina era un desierto.

—¿Y por qué ha cambiado de nombre?

—Muchos *runners* navegan bajo nombre distinto —dijo Juana—, ¿por qué sus capitanes tienen que constituir una excepción? ¿Y por qué no pueden revelarnos sus verdaderos nombres? Recuerde que usted es un pasajero distinguido. Y lo mismo lo soy yo… por ser su esposa.

—Déjese de cumplidos. ¿Cómo hace usted amistades tan fácilmente?

Juana sonrió.

—No hay por qué asombrarse tanto, Whit trajo al buen capitán y estuvo a mi lado mientras charlábamos. Don Anselmo me dio su nombre en seguida…, en cuanto le alargué cien dólares sólo para él.

—Pero yo arreglé con Jarvis lo de nuestros pasajes.

—Whit me dijo que siempre es prudente darle algo también al capitán. Naturalmente, le pagué en su nombre. Le dije que usted insistía mucho para que nos hiciéramos a la vela sin pérdida de tiempo.

Julián alzó ambas manos.

—El dinero es suyo, Juana. Pero no comprendo.

—Deseaba separarle cuanto antes de la señora Sprague. Creí que podía ser aún… peligrosa. Y me pareció que esto era lo menos que podía hacer.

—¿Y si le dijera que ha pasado ya mi…? —Julián titubeó buscando una palabra que no ofendiera los oídos de Juana.

—¿Intoxicación?

—Podemos llamarle así, en efecto.

—¿Lo ve? Era preciso colocarse frente a ella. De lo contrario, ¿cómo hubiera podido saber…? —Juana reflexionó un momento y agregó—: Es decir, ¿cómo lo sabe?

—¿Cómo sabe un hombre que está enamorado… o que ya no lo está?

—¿Es pregunta que se pueda dirigir a una señora?

—Usted me ha preguntado primero —recordó Julián.

—Es verdad. No ha estado bien —repuso con tono grave Juana—. Mas… como siempre lo discutimos todo con tanta libertad…

—Eso es todo —admitió Julián—. Desde la soberanía de los Estados al sufragio femenino. Y luego volvemos a empezar por Voltaire y el papel que desempeña América en la Historia. Me gusta oírla exponer sus puntos de vista, señora Chisholm, aun cuando no los comparta todos. Ella aceptó muy seria la sombría burla de Julián.

—Por eso le acepté por esposo temporal. Pocos maridos consienten hoy en tratar como iguales a sus mujeres.

—Éste sí que es un tema que nunca habíamos abordado.

—Si se refiere a mí…

—¿A qué otra persona podría referirme? Julián se aproximó a ella a su pesar en el momento en que el birlocho comenzaba a subir la cuesta del hotel.

—Usted sabe todo lo que hay que saber respecto a mí. Todas las virtudes con que nací…, y también todos los prejuicios. Si entrase usted mañana en «Chisholm Hundred» podría llamar por su nombre a cada medalla del chaleco de mi bisabuelo.

—«Chisholm Hundred» no es usted —respondió Juana—. Jamás lo fue. Esto puede ser una tragedia… o su salvación. Depende del punto de vista desde que lo mire. Si volviera allí algún día —y supongo que lo hará por sentimentalismo— descubriría que pertenece a sus fantasmas.

—Es posible que yo les pertenezca también.

—Usted pertenece al mañana —dijo Juana—. Lo sé desde que salvamos al capitán Shea.

Julián sonrió. Ella no quería hablar de sí misma… y lo evitaba mañosamente.

—Me complace que crea usted que todavía puedo albergar una esperanza.

—¿Me llamaría descarada si le dijera que siento tener que despedirme de usted en Santa María? He aprendido tanto de usted, Julián…

«Y yo de ti —pensó él—. Gracias a ti sé ahora la diferencia que existe entre amar y desear. Entre el enjambre de la carne de otro y la esperanza de la felicidad de otro. Pero ¿cómo voy a desearte felicidad si ni siquiera me dices adónde vas ni por qué te vas?».

—Ahora sé que un caballero del Sur puede ser realmente un caballero —siguió diciendo Juana—. Ahora se que no todos ustedes son animalitos malcriados que parecen príncipes…

Aquí se le apagó la voz, y Julián vio que estaba llorando. De momento, la sorpresa le impidió consolarla.

—¿He dicho algo que la ofenda, Juana?

—Es lo que no ha dicho, Julián. —Ya su voz estaba serena—. Lo que no hizo aquella noche en Glasgow.

Julián se inclinó hacia delante para tocarle la mano con la mayor suavidad posible y pidió al cielo le ayudara a no malograr su heroico esfuerzo estrechándola en sus brazos. El cochero volvió a blandir el látigo, espoleando a los caballos para que salvaran la última parte de la cuesta. La lluvia comenzaba a salpicar de estrellas el camino enarenado… Era una lluvia cálida, inesperada, que parecía surgir del vacío y derivada hacia las tinieblas. Sólo el trueno, súbito y atronador tras el muro de la noche, le convenció de que el silencioso aguacero era real.

—Llegamos a tiempo.

—Sí, muy a tiempo, A pesar de todo, iba a empezar a hablar de mí misma.

—¿Por qué no habla un poco más?

Mas ya el birlocho doblaba la curva de la puerta cochera, y Juana se apeó rápidamente del coche sin aguardar a que él le ofreciera la mano para bajar.

Un criado negro les salió al encuentro bajo la campana blanca de un paraguas. Julián saltó a la calzada y titubeó un instante bajo la lluvia torrencial, mientras su mujer penetraba en la parte iluminada. Luego se esforzó por recobrar la compostura y le ofreció la mano al echar a correr juntos hacia el enrejado porche del hotel. La lluvia caía, golpeando formalmente, cuando se colocaron bajo su amparo. Un relámpago hendió la noche con su espada verde, y Julián sintió al fin a Juana acurrucarse junto a él. Recordando a tiempo que era su marido, la ciñó con el brazo.

A pesar de la magnífica alfombra turca y de las paredes esmaltadas de blanco, el vestíbulo del «Royal Victoria» estaba triste aquella noche. La tormenta, que redoblaba su retreta sobre cada una de las celosías cerradas, pareció cobrar aliento

para estallar de improviso, y a cada estampido del trueno fuera, respondía el temblor de Juana. Mientras bajaron en línea recta sobre el interminable encerado, Julián no pronunció una palabra. Él y Juana miraban al criado negro, que danzaba delante de ellos balanceando la llave, de la que pendía en una placa el número de su habitación.

—Nos han dado toda una serie de salones —dijo Juana, al fin—. Confío en que… será de su agrado.

Julián comprendió que hablaba para disimular una creciente agitación que no parecía tener nada que ver con la tormenta.

Cuando el criado abrió finalmente la puerta y volvió a adelantarse para encender las lámparas, Juana se detuvo en el umbral y dirigió a Julián una mirada de súplica. Esta nota era nueva en Juana, como era nuevo el temblor de su voz, cuando una monstruosa llamarada iluminó la habitación con una luz de pesadilla blanca como el día.

—Espere, Julián; me asusta esta oscuridad.

—Es el segundo dormitorio que nos asignan —cuchicheó él a su oído—, ¿deberé llevarla también al otro lado?

Juana no protestó cuando él la levantó del suelo y, en brazos, la introdujo en el dormitorio. Ya el criado había corrido, para mayor recogimiento, las cortinas de las dos ventanas laterales; a la luz de la lámpara que brillaba sobre la alfombra de flores y la colcha de un rojo burdeos de la cama, la habitación no tenía aspecto tan siniestro.

«Es nuestra habitación, naturalmente —pensó Julián—. Suceda lo que suceda, estamos ahora más unidos que nunca».

Luego, al poner a Juana de pie sonrió a su propio romanticismo. El criado había abierto ya la puerta de comunicación; ésta se abrió de par en par mostrando a Julián una segunda habitación adornada también con la misma alfombra estampada, y la cubierta roja de la cama. Advirtió que su *porte-manteau* había sido desempaquetado allí por un ayuda de cámara del hotel…, y que la camisa de hilo adquirida en Londres estaba encima del lecho, lo mismo que la caja donde Juana guardaba el camisón se hallaba ahora sobre el embozo de la suya.

El negro cogió al vuelo el chelín que él le arrojaba y desapareció tan silencioso como había entrado. Julián descubrió que podía esperar, después de todo, a que se cerrase la puerta del vestíbulo. Con el brazo rodeaba todavía los hombros de Juana, y ella no hizo ningún movimiento para librarse de su abrazo.

Tampoco se movió ahora, ni siquiera cuando él se inclinó lentamente hasta rozar con sus labios los de ella. Por un momento de insoportable tensión creyó que juana iba a desasirse bruscamente. Mas, en vez de hacerlo, levantó la boca hasta la de él.

Fue un beso de ensueño el que le ofreció, aplicando los labios, plena y firmemente, sobre los de él, sin la menor huella de pasión, Al desasirse de sus brazos, Julián vio que había recobrado por completo la compostura.

—¿Quiere decir esto «buenas noches»? —interrogó.

—Si le parece, Julián.

Fue su voz la que le conmovió. Esta vez su boca permaneció junto a la de ella por espacio de una desgarradora eternidad. «Mañana, —decía aquel beso—, dormirás sola a bordo del *Shewanee*. Dentro de irnos días nos diremos adiós. Que este beso sirva para todos los días que ya no compartiremos. Él te dirá sin palabras lo que yo no tengo derecho a decir».

—Realmente *éstas* son «unas Dueñas noches», Juana.

Julián se aproximó resueltamente a aquella puerta que separaba el ensueño de la realidad. Y una vez junto a ella se detuvo dispuesto a aclarar el significado de lo que acababa de ocurrir.

—Pero, en su lugar, yo cerraría con llave esa puerta, para estar más segura.

Juana no se había movido del lugar donde él la dejara. Julián observó que tenía la cabeza muy erguida; dos rosas encendidas animaban sus mejillas más bien pálidas, Pero estaba completamente serena; o por lo menos lo estaba su voz aun cuando al fin hubiera logrado conmoverla.

—Es posible que tenga razón, Julián. Me refiero a lo que ha dicho de la llave.

Él cerró la puerta a su espalda al entrar en su habitación. Sin embargo, de momento se quedó con la mano puesta en el pomo, sonriendo a pesar del tumulto que imperaba en su cabeza, al oír susurrar la falda de Juana, al arrastrarla ella por la habitación vecina. Adivinó que su mano se cerraba sobre el mismo pomo. La oyó retener el aliento y comprendió que se apoyaba, con todo el peso de su cuerpo, en el delgado paño de madera de cedro que los separaba, Al oír cerrar, al otro lado, el cerrojo, sofocó un grito de triunfo. A pesar de las buenas resoluciones que le animaban, constituía un tónico saber que al fin la había despertado.

Luego, atravesó el dormitorio para acercarse al lecho, descomunal, y divisó un papel apoyado en la lampara de la mesilla de noche. Era una nota escrita sobre papel cuadriculado con letras imitando las dé imprenta… como si estas letras pudieran disimular la existencia de una mano que él hubiera reconocido en cualquier parte. Lucy le escribía dos líneas, sin firma, lo que Julián sabía ya de memoria aun antes de romper el sello del sobre.

Le había llamado ya así, en otras ocasiones, a través de medio continente. Y era característico en ella volver a usar de la misma magia para llamarle una vez más.

Mañana, a las tres, estaré sola. ¿Quieres que nos despidamos en debida forma?

«Si, nos diremos adiós, por lo menos —observó, sin dirigirse a nadie en particular, en el momento de apagar la luz de un soplo—. Dejaremos las cuentas en orden, por lo menos», agregó, en silencio; y se tendió, vestido, sobre el antiguo y espléndido cubrecama. M escuchar cómo el viento sucedía al aguacero en los jardines del hotel, se dijo que no iba a poder dormir. Y, sin embargo, una vez más cerró los ojos a los diez segundos de haber echado la cabeza sobre la almohada.

Al volverlos abrir, la cálida y cegadora luz del día penetraba en el dormitorio por la ventana enrejada y la voz de Juana, serena como de costumbre, pedía el desayuno para dos al otro lado de la puerta de comunicación.

7

La campanilla volvió a sonar con estrépito bajo su mano impaciente. Julián oyó propagarse su eco por el *hall* silencioso y el eco de la respuesta en su propio cerebro.

Toda la mañana se había estado enfriando los pies en la antecámara del consulado americano mientras aguardaba, deseoso de comunicar el descubrimiento hecho por Windward Point, a una autoridad cualquiera. Cuando el cónsul le recibió, al cabo, la entrevista fue notablemente corta… El cónsul se mostró casi tan obstinado como Steed; y también profundamente receloso de una advertencia que procedía de fuente meridional. La fiebre amarilla podía ir y venir a sus anchas; esto fue todo lo que Julián sacó en limpio de la conversación: también el lento veneno m del protocolo era endémico en Nassau.

Un reloj dio tres campanadas desde un punto distante de la ciudad, amodorrada en el reposo de la siesta. Julián tiró del cordón de la campanilla, una vez más, maldiciéndose en parte por haber acudió a la llamada de Lucy, Era un alivio para él saber que su equipaje se hallaba ya a bordo del *Shewanee*; que Juana iba en aquel momento, camino del muelle, escoltada por Whit Cameron, guía competente. Insistió mucho en ello antes de asistir a este final *rendez-vous*.

—No sea bobo —fue el consejo de Juana—. Ayer, no cambió usted con ella ni media docena de palabras. Si la evita ahora dirá, después, que le tiene miedo.

—Yo creía que usted se constituiría en mi ángel guardián.

—De momento no creo que necesite mi protección. Demuéstreme que tengo razón y venga a reunirse con nosotros a bordo.

Julián reflexionaba acerca de la manera de ser de las mujeres mientras subía la recalentada cuesta de George Street. Mientras se sostenía, ya sobre un pie ya sobre otro, en el porche de Lucy, se volvió a contemplar la misma empinada pendiente que acababa de subir y su corazón cobró alientos al divisar la bahía, por encima de la serie de tejados encalados de blanco, que tenía a sus pies. ¿Sería posible que Lucy estuviera arrepentida de haberle llamado? Pues el impasible edificio, de elevada galería, parecía estar tan vacío como la luna; Julián se preguntó si aquel silencio sería una repulsa… o una advertencia. Sin cesar de cavilar, dio media vuelta al pomo de madera maciza. Su mente comenzaba a sondear el silencio cuando la puerta giró sobre sus goznes y se abrió, al impulso de su mano, para mostrarle la curva vacía del *hall* y una escalera que ascendía, en espiral hasta tocar el cristal deslustrado de una claraboya abierta allá arriba.

—¿Eres tú, Julián?

La voz de Lucy, tenue como un susurro, descendió por la escalera con todo su nunca olvidado atractivo. Él la siguió, salvando el primer tramo de escalera en dos largas zancadas, Al detenerse en el rellano, la oyó volver a llamarle y se dio cuenta de que estaba en una habitación situada a mano derecha. La puerta de esta habitación —en realidad no era sino una reja, entreabierta— estaba entornada, como invitándole a

entrar. Allí, al fin se hallaba lo que esperaba, encontrar.

Lucy estaba tendida sobre un sofá de mimbres; su rubio cabello caía, suelto, sobre un nido de almohadas, Julián supo que era Lucy aunque las persianas echadas dejaban la habitación casi a oscuras. Llevaba una flotante *négligée*. Sin acercarse un paso más, Julián hubiera podido darle un nombre a cada hilo de prenda. La misma luz cálida, contenida, delineaba su cuerpo en el invernadero de «Chisholm Hundred». El mismo hilo de voz le hizo inclinarse hasta encontrar sus labios expectantes.

—Creo que lo he hecho todo muy bien —dijo Lucy—. Sobre todo, en tan corto tiempo. ¿Es que no sabes hacer cosa mejor que llamar?

—¿Estamos solos?

—Completamente solos. He mandado a los criados a una fiesta en la parte baja de la población. Y gracias a Dios, Víctor ha decidido asistir a un *meeting* en Key West.

—¿Ha embarcado ya?

—Esta mañana, en el vapor correo. ¿No es providencial?

«Demasiado providencial», se dijo Julián. No entraba en los cálculos de Lucy hacerle caer en una trampa… A pesar de ello, siguió estacionado en el umbral de la puerta. Cada línea del perezoso abandono de Lucy le revelaba lo que estaba esperando, Y si él se negara a moverse —como debía negarse— ella sería muy capaz de atravesar la habitación para reclamarlo. Al objeto de disimular esta convicción, dijo:

—Vine a despedirme de los dos, Lucy. ¿Querrás transmitirle mis deseos de este momento? Lucy estiró las largas y esbeltas piernas.

—No digas tonterías. Tú has venido a hacerme el amor.

Su franqueza lo sobrecogió un poco, como siempre, pero, aun así trató de mantener la ventajosa posición adoptada.

—Recordarás que yo también estoy casado, ahora…

—Yo lo estoy casi desde hace dos años —dijo Lucy—. ¿Lo has recordado alguna vez?

—Pero, tú te casaste por dinero, según creo.

—¿Y tú por amor? ¿Confías en que acepte tal cosa?

—Puedes aceptarla o no, como gustes. Repito que vengo a decirte adiós.

—Entonces dímelo de otro modo. Con estas palabras, Lucy se puso en pie y se acercó a él con lánguida seguridad.

—Claro que no puedo pedirte que demores tu marcha. Sobre todo teniendo una mujer tan encantadora. Únicamente deseo estar segura de que éste es, realmente, el fin para los dos. A pesar de sus buenos propósitos, Julián descubrió que acababa de avanzar un paso, Y al propio tiempo pareció situarse a su propia espalda, observando lo que bacía el Julián que tenía delante. Un Julián cuyas reacciones, desde aquel momento, fueron muy poco ejemplares. De haberle dejado de la mano este primer Julián hubiera atravesado, mucho antes, las dos yardas de alfombra. Ya tiraba de las riendas.

—Sé humano —le suplicó Lucy—. No puedes impedirlo… ni yo tampoco.

El *deshabillé* que llevaba puesto —y él sabía demasiado bien qué frágil era su relación con la vibrante carne que había debajo— había comenzado ya su lento viaje hasta la alfombra. Lo mismo que Ixión sobre su rueda, presenció Julián la caída y se fue volviendo hacia Lucy como el acero hacia el imán. Uno de los hombros desnudos de la mujer se encogió y sacó a plena luz los senos turgentes. Semejantes a jóvenes Victorias palpitaban ahora con descarada anticipación.

Al recordar, Julián sintió fundirse en una sus dos personalidades. Vio como sus manos arrancaban la *negligée* de Lucy del hombro a la cadera…, de la cadera a la rodilla. Ella se colocó dentro del círculo de sus brazos. Al levantarla del suelo, por fin, oyó los martillazos de su corazón y se dio cuenta de que igualaban, en ansiedad, a los de él.

Fue en este momento cuando sonaron pasos al otro lado de la puerta y Julián se volvió, llevando como un escudo entre los dos a la mujer de Sprague para encararse con Víctor.

La grotesca pantomima adquirió un carácter más fantástico aún al reparar Julián que el ex senador se tambaleaba…, que se asía, con mano temblorosa, al marco de la puerta mientras la que empuñaba el revólver se elevaba a sacudidas. Su rostro brillaba como una luna amarilla. Parecía despedir una enfermiza luz propia en la oscuridad del pasillo. Julián sintió pesar a Lucy en sus brazos y adivinó que se había desmayado. Entonces la arrojó sobre el diván de mimbre —fuera de la línea de ruego de Sprague— y se halló, solo, frente a la oscura boca del «Colt».

—Ninfa y sátiro —dijo Víctor—. Un cuadro agradable, doctor. ¿Llego demasiado tarde para saborearlo plenamente… o demasiado pronto?

Su voz era débil y desprovista de calor a pesar dea veneno que rezumaba en él el deseo de matar. Intentó dar un paso dentro de la habitación, lo pensó mejor, apoyó la espalda en la puerta.

—¡Qué malo soy!, ¿eh…? Engaño a mi mujer… escucho la conversación…

Julián trató de hablar, pero la voz se apagó en su garganta. Aquel momento pertenecía a Sprague: a él no le asistía el derecho de malograrlo. Mas, al propio tiempo que esperaba el estampido del arma, no dejaba de calcular sus posibilidades. Un solo y rápido movimiento a la izquierda le colocaría al amparo de un voluminoso sillón; su relleno era capaz de amortiguar el efecto de un balazo aun a tan corta distancia… Sin dejar de observar a Sprague, que oprimía, temblando, el gatillo, dio un paso de ensayo en aquella dirección observando cómo Sprague accionaba, con mano temblorosa, el cilindro giratorio. La boca del cañón danzaba, de veras, mas aun así Sprague sé; hallaba demasiado cerca de él para errar el tiro cuando quisiera hacer fuego.

Julián mantuvo su inmovilidad largo rato mientras los ojos, enfermos, del contrario le daban muerte por adelantado. Luego, le fallaron los nervios y se acogió de un salto al refugio del sillón, levantándolo al propio tiempo del suelo.

Sprague oprimió el gatillo mucho antes de que él pudiera llevar a cabo la maniobra salvadora, mas, en lugar del esperado estampido sólo se produjo un *clic* agudo, en la habitación. Las rodillas de Julián se doblaron, el sillón se elevó a la altura de los hombros hasta que sus músculos cedieron al esfuerzo. Sonó un doble estrépito al describir el sillón una pesada voltereta sobre la alfombra y caer Sprague junto a la puerta.

Julián oyó gritar a Lucy a su espalda y comprendió que no se había desmayado, después de todo, Al salir hacia delante, se le enganchó un pie en el revólver y lo echó a un lado de un puntapié, para arrodillarse junto a Víctor. El hombre tenía ahora la cara color ceniza; movía los labios como si tratara de hablar, mas, ni siquiera un suspiro de angustia se escapó de ellos. Por entre los dientes goteó sangre, que cayó sobre la blanca pechera al doblarse la cabeza pesadamente.

Ya los dedos de Julián le ceñían el pulso a pesar de comprender que ya no había pulso que tomar. Pues el ronco estertor de la garganta de Sprague sólo podía tener un significado: la relajación de los músculos de la laringe al sobrevenir la muerte.

A Julián le funcionaba activamente el cerebro mientras levantaba un párpado y escudriñaba la conjuntiva del desdichado. El intenso matiz amarillo que la coloreaba era inconfundible y armonizaba con el tono amarillo de la piel que ya había observado. ¿Existiría, en el Sondo, una relación ulterior con el colapso evidentemente producido por espasmo cardíaco? Sus manos actuaban, como por instinto, mientras sacaba el pañuelo de Sprague y le enjugaba las gotas de los labios. No era el edema que acompañaba, en ocasiones, a un súbito fallo del corazón. Era una sangre pura que se congelaba ya al contacto del aire.

Julián se puso en pie. Ya tenía el cuadro completo. El día antes Sprague tenía los ojos brillantes por la fiebre; hoy, su cuerpo estaba enteramente amarillo y ofrecía señales de una hemorragia interna. Una sola cosa se desprendía del cuadro de la fiebre: el color amarillo… y una hemorragia capaz de matar en el espacio de irnos segundos.

—El *coup de barre* —profirió, despacio, en el silencio de la habitación—. La fiebre amarilla.

De repente se acordó de Lucy y se volvió brusca, mente hacia ella en el mismo momento en que la mujer se levantaba del diván, Al arrodillarse junto a su marido él se hizo discretamente a un lado. Luego la vio levantarse, tranquila, y aproximarse al bar pegado a la pared opuesta; estaba desnuda todavía y no se daba cuenta de su desnudez.

—Necesito un poco de coñac, Julián. Y tú lo mismo.

Su voz quebrada por la emoción dijo entonces:

—¿Es que no lo comprendes? Está muerto…

—Lo comprendo perfectamente. Bebe esto y me comprenderás también.

Julián tomó la copa que ella le ofrecía con mano firme y la apuró de un trago. La expresión de su mirada debió hacerla advertir entonces su desnudez, pues pasó

fríamente al *hall* y volvió de él envuelta con elegancia en la arrugada *negligée*.

—¿Estás seguro de que se trata de un caso de fiebre amarilla?

—Segurísimo. ¿Y tú te haces cargo, al fin, de lo que significa eso?

—Perfectamente, Julián. —Lucy se sentó en el brazo del diván y balanceó la copa sobre una rodilla desnuda—. Mi madre murió de esa enfermedad cuando yo contaba nueve años.

Su mirada erró sin curiosidad hasta posarse en el cuerpo yacente sobre la alfombra.

—Hace tiempo advertí a Víctor de que había contraído la enfermedad, pero se negó a escucharme. Sobre todo, al empeñarse Steed en que era una insolación…

La voz de Julián interrumpió el indiferente relato.

—¿Y tú?

—Yo siempre pienso en mí lo primero —repuso Lucy—. Tuve la fiebre amarilla y me restablecí de día… el mismo año en que murió mi madre. Eres médico y debes saber, por consiguiente, que esto me inmuniza.

Le tendió la copa vacía y Julián la llenó, sin más palabras.

—Ya ves, Julián, como perdiste ayer el tiempo al tratar de atemorizar a Víctor. Sí; después de hablar contigo me lo refirió todo… como preludio de una de nuestras más ruidosas discusiones. Cuando salió de estampía para tomar el vapor que debía llevarle a Key West, casi sospeché que volvería a espiarme…

—¿Y tú te arriesgaste a… todo esto?

Lucy conservaba la calma.

—Yo jamás me arriesgo a nada. Mira la cámara de este revólver: como ves, no hay pólvora en las cápsulas.

Julián cogió el arma y la examinó un momento, aunque sólo fuera para ganar tiempo. Veía con demasiada claridad la norma de existencia de los Sprague. Era indudable que el marido de Lucy sospechaba de ella hacía tiempo; Julián adivinó que había hecho entrar a otros amantes en esta misma habitación con el mismo casual ardor.

Imaginó a Sprague al acecho en la casa vacía al sonar la campanilla, demonio vengador que se negó a admitir, aun entonces, que estaba fatalmente enfermo. Vio al hombre buscar en el cajón de su mesa el arma. Ardiendo a causa de las fiebres gemelas de la muerte y del odio, apenas se detendría a comprobar si estaba o no cargada. No debió de cruzar por el pensamiento la idea de que su mujer pudiera andar con un revólver; había comprado a Lucy como un juguete, sin echar de ver que poseía inteligencia, sin sospechar que su voluntad era tan enérgica como la de él.

Era un cuadro macabro, pero Julián se obligó a afrontarlo. *Ninfa y sátiro*. Sprague los había emparejado con esta frase, que sonaba como amarga verdad. No cabía dudar de que asimismo era aplicable al hombre tendido ahora sobre la alfombra; si es verdad que existe un sátiro en cada hombre, el genio diabólico de Lucy lo sacaba a rampante vida. Sprague sólo había errado al tratar de guardarla para sí. Porque Lucy

—Julián lo veía con una terrible claridad— no podía pertenecer mucho tiempo a un solo hombre.

Una vez más miró el cadáver. No le alivió pensar que ya estaba señalado por la muerte cuando subía la escalera. De momento únicamente deseaba haber podido verse frente él, a veinte pasos de distancia, y zanjar su antipatía mutua como lo exigían las conveniencias… Y, sin embargo, el fin de Sprague era también espantosamente justo.

La voz de Lucy le volvió a la realidad y al sombrío problema que encerraba.

—¿Qué te parece? ¿Debo mandar en busca de un médico?

—Ante todo, ponte decente —dijo bruscamente Julián—, ya sabes lo que tienes que hacer. Dirígete a Steed. Dile que tu marido cayó muerto en la puerta de tu *boudoir*… —aquí se interrumpió de pronto—. Claro que tendrás que dejarte poner en cuarentena. No hay más remedio.

En esto también se hacía justicia brutal, se dijo. Pues Steed ya no podría ocultar por más tiempo el hecho de que la fiebre amarilla hacía su aparición en Nassau cuando la noticia de la muerte de Sprague llegase a Gobernación. Incluso el cónsul americano tendría que afrontar la amenaza.

—Ahora puedes irte —dijo Lucy—. No me da miedo estar sola con Víctor. Nunca me lo dio.

—¿De veras?

Por vía de respuesta, día pasó deliberadamente por encima del cadáver y salió del *hall* Julián titubeaba, con el revólver en la mano todavía. Luego lo dejó caer en un bolsillo de su chaqueta y la siguió. Mientras bajaba despacio la escalera no pudo reprimir hacer una pregunta final:

—¿Eres su única heredera?

—Naturalmente, ¿por qué crees, si no, que me casé con él?

Julián contuvo vivamente el aliento; había esperado tal respuesta, mas no por ello le escocía menos. En el último peldaño se paró para verla atravesar la oscuridad de laca del *foyer*. No le sorprendió verla abrir ampliamente los brazos, como si deseara abrazar su nueva independencia. En aquel momento era la pagana Lilith, una tentadora más antigua que los tiempos, exultante ante su mayor victoria. Julián la estuvo mirando un momento antes de volver los ojos y decirse que su emancipación también era completa después de conocer a Lucy Sprague tal como era en realidad.

Al llegar a la puerta de la calle, puso en la suya una mano cálida.

—¿Me permites que te desee suerte, Julián?

—No voy a devolverte el cumplido.

—Si me dejaras, podría ahora ayudarte de veras. Ayudarte un modo como no puedes imaginar siquiera.

Julián sintió que sus sentimientos naufragaban cerca de ella una vez más y se preguntó si no conseguiría calmar nunca aquella sed ciega que le devoraba. Pero ya la puerta se abría bajo el impulso de su mano, dejando penetrar en el interior de la casa

el cálido y saludable aire de la tarde.

—Adiós, Lucy… Ésta es verdaderamente una despedida.

—No estés tan seguro de ello —repuso Lucy—, ¿y no te parece que podrías salir por la puerta del jardín?

Él se obligó a mirarla a los ojos.

—Sería más seguro…, pero muy poco correcto. Hay que mantener un trato agradable en una casa mortuoria.

Pero su acción fue inútil, después de todo: la George Street seguía entregada a su siesta cuando volvió a verla. Siempre recordaría cómo el hibisco flameaba en el lado opuesto del patio; el susurro metálico de las hojas verdes dé los plátanos sobre un mino color de coral. A pesar de su adormilada indiferencia, sintió que Nassau le vigilaba con cien ojos.

Se alejó de casa de Lucy, sin volver la vista atrás, en el momento en que un reloj daba horas en algún punto invisible de la ciudad. Parecía haber transcurrido largo tiempo desde que oyera dar las tres a aquel mismo reloj, un siglo cuando recordó que Juana la estaba esperando en la esquina de Bay Street.

Julián apretó el paso. Una vez franqueado el hálito caliente de la población, el aire del mar le pareció notablemente limpio y vigorizante. Ahora se daba cuenta de que Juana había hecho bien en recomendarle que se despidiera de Lucy, a pesar del macabro final de la entrevista. Por suerte había vuelto a tiempo la espalda al pasado. Y allá, más allá de la entrada de la bahía, le aguardaba el porvenir.

CAPITULO III
SAN AGUSTÍN

1

Ases y reyes… Julián recogió la carta que Whit acababa de dar y vio que tenía *full hand*. A juzgar por el *pot* colocado sobre la mesa, llena de cicatrices, del castillo de proa, las puestas seguían siendo fuertes después del arrastre.

Cuando el capitán Nichols hizo la primera, él conservó intacto su póquer; el capitán del *Shewanee* se inclinó sobre la mesa, dirigió una sonrisa brillante a todos los jugadores y empujó hacia el centro del tablero un montón de fichas azules. Rembert, el corredor de algodones de Savannah, vio instantáneamente la puesta y levantó, pero sin sonreír. Aquel caballero de Georgia —tan igual a la pluma de acero que sus empleados llevaban detrás de la oreja— sonrió poquísimas veces durante la travesía. Whit adoptó una expresión grave también al reparar en el giro que tomaba el juego, y empujó las ganancias hasta colocarlas junto al floreciente *pot*.

—Envido… y no me guarden rencor. Julián, ¿vas con nosotros?

Julián participó del descarte y se levantó bostezando de manera ostentosa. Adivinaba que tenía en contra cuatros en dos manos; que Whit —sentado ante un *flush*— seguramente ganaría el *pot* final de la noche. Es decir, de la mañana. Se lo reveló la cortina de *chinz* gris de la puerta en el momento de pasar a cubierta desde el castillo de proa.

¡Qué grato era respirar el aire fresco del mar, detenerse ante la escotilla abierta en mitad del buque para escuchar la constante vibración procedente del cuarto de máquinas! Porque el *Shewanee* se disponía a hacerse a la mar de nuevo, aun cuando no pudiera coronarse la cabeza de humo como antes del último asalto del mal tiempo.

Desde el día anterior, de madrugada, permanecía el *runner* cómodamente anclado en su fondeadero, mientras la tripulación hormigueaba a lo largo de la línea de flotación para asegurarse bien de que larga operación del calafateado dejaba el casco tan mondo como un hueso seco. Nichols había planeado refugiarse allí desde un principio; asimismo, proyectaba hacer esta parte de la travesía de día claro, buscar al anochecer la península de Matanzas y pasar por San Agustín ya de noche… puesto que el mayor peligro se presentaría al sur de San Juan. Ninguno de los cuatro pasajeros del capitán —con excepción de Rembert— se quejaba gran cosa de esta dilación de un día. Rembert, según Julián fue enterándose luego, había hecho una fortuna con el algodón durante el año anterior, y, en su doble carácter de negociante y de hombre práctico, la depositó entera en un Banco londinense. El tiempo era precioso, pues, para aquel especulador de Georgia, cuya razón de ser podía estar pudriéndose entonces en un almacén de Savannah.

Aun desde la propia cubierta, el *Shewanee* hacía honor a su nombre gracias a la alta hierba de los pantanos que dobladillaba su cable de amarre. La sombra proyectada por las dunas sobre la arena lo ocultaba, por el lado Este, el océano; por el lado Oeste, los llanos marjales, cubiertos de verde tierno, estaban, evidentemente, vacíos de ojos hostiles. El día avanzaba, mas Florida seguía sumida en profundo

silencio; a través del punteado espejo del agua del fondeadero, una bandada de mújoles brillaba como el oro, desde el Atlántico, con los primeros abrasadores rayos del sol. En aquel mismo instante el marjal pasó del verde pálido al dorado; las dunas, con sus siluetas finales como la hoja de un cuchillo a la luz grisácea del alba, resplandecieron bajo la rápidamente ascendiente oleada de luz.

Era un prodigio de los más vulgares, después de todo: Julián había visto ya otros amaneceres del mismo color mientras el *Shewanee* jugaba al escondite a lo largo de la costa. Durmiendo durante todo el día —cuando el viento caliente soplaba sobre su fondeadero—, probando suerte durante la noche en interminables juegos de póquer —mientras el *runner* saltaba por la fuerza de las olas procedentes de la playa—, comenzaba a dar por sentada su excitación. Mas, aunque todavía le parecía increíble que aquellas prodigiosas salidas del sol pudieran ser reales o que cualquier playa estuviera tan abandonada como lo estaban aquellos arenales poblados de gaviotas. Hasta allí todos podían agradecer al capitán Nichols —llamado indistintamente don Amadeo por la tripulación y por los pasajeros— bellísimos panoramas. El capitán seguía este mismo rumbo de memoria desde el atrevido impulso por el paso de las Bahamas. Al seguir el camino de la costa —la más segura, porque buques yanquis recorrían el mismo golfo de Floxia, el capitán no quería apresurarse. Avanzaba despacio y sólo arrostraba, después de todo, el peligro de las barras de arena.

Julián se dispuso a dudar de don Amadeo en un principio, porque el buen señor dirigía su buque desde un sillón de brazos clavado en mitad de la cubierta. Mas la inteligencia de don Amadeo funcionaba con mayor rapidez que acertaba a mover el pesado corpachón; mientras se navegaba, en las noches sin luna, oía cada orden proferida en voz baja sobre cubierta, cada vibración de las abarrotadas calderas, a pesar de que, a esta hora, solía conversar con Juana. Y si durante el día fingía dormir bajo su sombrilla, Julián sabía muy bien que el español de San Agustín se parecía, en el sueño, a los gatos. Aun cerrados los soñolientos párpados, escudriñaba el océano con un sexto sentido de su exclusiva propiedad. De vez en cuando aparecía en el horizonte una mancha de vapor negro para recordarles, sin duda, que los vigilantes yanquis no se hallaban muy lejos. Pero con más frecuencia la costa estaba tan desierta como el día en que llegaron a ella los españoles. También estaba desierta ahora y atractiva mientras Julián seguía andando para ver levantarse el sol por encima del estuario de grandes mareas. Un fogonero negro, vestido tan sólo de medio cuerpo para abajo, con unos pantalones llenos de grasa, surgió, como el Cancerbero, de una escotilla de proa para susurrar algo junto a la puerta del castillo. —Era curioso. La tripulación estaba acostumbrada a expresarse en voz baja, aun cuando no fuera indispensable—, oprimiendo las cartas del póquer sobre su pecho, el capitán asomó la cabeza e hizo un gesto de asentimiento. Tembloroso, como presa de la fiebre, el *Shewanee* había comenzado ya a abrirse paso por entre la hierba de los marjales; el temblor se calmó luego, al morder la hélice aguas más profundas, no obstante comenzar a funcionar ahora en serio las calderas. Un marinero se montó en el bauprés

y cantó las cifras del sondeo mientras el buque engullía la primera oleada azul, lejos ya del influjo de la marea. «Cualquier otro capitán —se dijo Chisholm— hubiera subido a cubierta al entrar el buque en el océano…». Don Amadeo —cuya tripulación obedecía unas órdenes invisibles— podía permitirse el lujo de continuar metido en su castillo, lleno de humo, para dejarse ganar todavía otra mano por Whit Cameron.

Era aquél un modo singular de conducir un barco, y, sin embargo, armonizaba con el momento. Casaba perfectamente con los cañones cubiertos de lona del *Shewanee*, con la gran hoja de hierro que hacía las veces de alfombra en el cuarto de los mapas, con las cajas de zapatos que bloqueaban la escalera de la cámara, con los sacos de jamones que ocupaban, hasta en el mismo castillo, todas las literas. Incluso el diminuto camarote en que dormía Juana estaba repleto de mercancías. Había allí una docena de balas de seda en bruto, y un fardo lleno de vestidos marcados con una etiqueta famosa en dos continentes, que iba directamente consignado a una casa igualmente famosa de Savannah. Julián eligió un rincón de cubierta resguardado del viento, frente a un espacio abierto entre dos cuévanos, que permitía gozar sin obstáculos del panorama. Ya había dormido allí más de una calurosa mañana mientras estuvieron anclados; ahora iba a hacer algo peor que instalarse en él, mientras el *Shewanee* navegaba en alta mar: pensar un rato en Juana y en la paz deliciosa que le proporcionaba su compañía.

2

Aquella noche se había sorprendido un poco cuando ella le pidió permiso para unirse a la partida de póquer. Pero todavía le sorprendió más cuando, al levantarse de la mesa, se llevó cien dólares de ganancia al camarote. Como todos los pasajeros a bordo, Juana había tomado la costumbre de dormir de día, y por ello Julián experimentaba un alivio particular en descansar allí, a unos pasos de su camarote, como perro guardián que exige muy poco de la vida. Más adelante dormitaría también como perro guardián sabiendo que sus pasos le despertarían en cuanto cruzara el umbral de la puerta.

La sensación de alta aventura, de aquel juego al escondite con la muerte, dejaba de materializarse: podía dar gracias de ello a don Amadeo y su pericia. Su sentimiento de vergüenza, cada vez que se acordaba de Lucy y de lo que era el marido de Lucy, iba disminuyendo, asimismo, a cada milla que se avanzaba en el mar; de esto debía dar gracias a Juana y al crédito otorgado a la explicación que él diera. Pues al correr a bordo aquella noche, en Nassau, no se atreve a contárselo todo. Claro está que tampoco tuvieron tiempo de cambiar sino unas palabras, mientras descendían, como fantasmas, por la rada.

—Celebro que me bayas enviado allí —murmuró Julián a su oído—. Nos hemos dicho adiós.

—¿Para siempre?, para siempre.

Lucy no lo sabe aún, pero Whit se reunió con ellos, ante la borda, y guardaba silencio, mientras el *Shewanee* doblaba la punta en que se asentaba el pequeño y blanco faro de Hog Island. Windward Point comenzaba a encender sus ventanas, a babor, en la creciente oscuridad. Poniendo en su ademán un énfasis particular, Julián amenazó, en su despedida, con el puño cerrado al hospital de Steed. Hubiera valido la pena de quedarse unas horas más en tierra para ver la cara del inglés cuando se diera cuenta de que acababa de perder a uno de sus mejores pacientes, pero la ira que inspiraba aquel ademán le pareció infantil al desaparecer la ciudad entre las sombras de la noche. Y lo mismo podía decirse de la ansiedad que le inspiró la salud de Lucy. Julián confiaba en que representaría bien el papel de viuda; el desempeñado por él en aquel enojoso asunto comenzaba ya a parecerle un poco menos vergonzoso. Después de transcurridas doce horas —mientras el *Shewanee* entraba en su primer escondrijo, un nido de peñascos coronados de mangles, situado a una distancia relativamente corta del paso— contó a Juana lo suficiente para librarse de aquel peso de conciencia. Le explicó cómo había muerto Víctor Sprague… sin explicarle con detalles por qué. ¿Podrán culpar a usted de esa muerte?

—No, Ya estaba moribundo cuando subió la escalera. En mi calidad de médico puedo asegurarlo sin faltar a la verdad. —Julián desvió la vista—. Ya sé que no me asiste el derecho de revelárselo, pero es que… que tengo que contárselo a alguien.

—¿Para qué sirve, si no, una mujer? —Juana le dedicó una sonrisa de perdón

anticipado—. Fui yo quien le hizo ir allí. Claro está que no se me ocurrió pensar que fuera a encontrar un marido animado por sed de venganza; juzgué más astuta a su amada.

—No es ya mi amada. ¿Querrá creerlo? A los ojos de Juana asomó una expresión más serla, y le examinó atentamente antes de responder:

—Sí, lo creo. La lección recibida fue dura, pero, valía la pena.

—El caso es que ni siquiera puedo compadecer a Sprague.

—¡No lo compadezca! —dijo Juana con acento vivo—. Existen en el mundo hombres muy malos, aunque no queramos admitirlo. Y casi siempre viven más que los buenos. ¿Por qué no podemos regocijarnos de que uno de ellos muera prematuramente?

Esto era precisamente lo que Julián esperaba que dijera; y si protestó fue únicamente por guardar las formas.

—¿Llama usted a eso una actitud cristiana?

—Es, por el contrario, profundamente anticristiana, lo sé. Debemos amar a nuestros enemigos para que el mundo avance. Pero repito que será más agradable la vida cuando en ella no existan Sprague. Cada centavo que ganaba se utilizaba en mantener vivo el odio entre los nombres, en procurar que se agarraran mutuamente por el cuello.

Julián reparó en el acento de profunda amargura con que se expresaba su mujer; sus ojos ardían al volver a encararse con él.

—Claro está que *ella* también hará un mal uso de sus millones; es lo que las mujeres como Lucy suelen hacer.

—No sabía que estuviera usted tan informada de la vida de los Sprague…

—¿También le escandaliza? ¿Se sentiría más feliz si llorara al relatarme usted su huida?

A partir de aquel momento, y por tácito acuerdo, los dos abandonaron tema tan arduo de conversación. Lucy cesaba, sencillamente, de existir; ya no constituía una barrera entre los dos. Al propio tiempo —y éste era el milagro mayor— Lucy cesó de perseguir a Julián en sueños. Desde la salida de las Bahamas, dormía apaciblemente. Le bastaba con tener a Juana cerca, con que ella le aceptara como a un camarada en los instantes de peligro.

Todavía no le había revelado su amor; le sobraba tiempo para expresar con palabras…, y cuando le pareciera probable que ella no se negara a escucharle, Por de pronto, se contentaba con que le tratara como a un igual.

Al recordar su actual sosiego singular, sonrió una vez más. Un día, dos a lo sumo, bastarían para disiparlo. Mas, en aquel instante, las horas seguían transcurriendo como en un sueño y la mañana azul le parecía interminable. En fin; Juana dormía tranquilamente en el diminuto camarote y Julián vigilaba la puerta cuando sus propios párpados se cerraron, soñolientos…

Se dio cuenta de que no era la lluvia lo que le había despertado; hacía tiempo ya

que dormía, entre chaparrón y chaparrón, al aire libre, mientras permanecía anclado el *Shewanee*. Luego, el extraño sonido se repitió de manera persistente, como el estallido sordo, ahogado, de un trueno, y Julián se enderezó rápidamente, intranquilo por no poder identificar aquella irrupción sin saber de qué dirección procedía.

El *runner* avanzaba a toda velocidad por un mar sombrío y liso como el aceite; ya la nube, cargada de vapor de agua, levantaba el borde de su falda y dejaba ver, más allá, un trozo de Atlántico bañado de sol. Julián tuvo la sensación de qué era lo que ocurría, aunque se daba cuenta de que debía de haber dormido como un leño durante casi todo el día; y por lo visto, lo mismo le ocurría a Juana, pues la puerta de su camarote seguía herméticamente cerrada.

Don Amadeo estaba hundido en su sillón con el reloj abierto en la mano y los ojos fijos en el horizonte. No parecía sentirse más alarmado de lo que arriba, sobre su cabeza, lo estaba el timonel, apoyado con indiferencia en la rueda, o que los dos vigías, que a popa estudiaban la velocidad de la nube. El mar seguía tan negro como la noche por el Sur; la llama anaranjada y el sonido fragoroso que le sucedió, parecieron hendir las tinieblas como un puño formidable, pues unos segundos después del disparo el agua ascendió, en forma de géiser, por la parte de proa.

—Observe, doctor Chisholm —dijo el capitán, sin volverse ni renunciar a la soñolienta vigilancia—, cómo afina la puntería. Cuando lleguemos a pleno sol nos dará caza en serio.

—¿Cuánto hace que nos sigue?

—Unas tres horas. La lluvia ha sido un don del cielo. Yo quisiera que durase eternamente. Ahora ruego a Dios que la brillante puesta del sol le ciegue.

—¿Por qué no me ha despertado?

—Obedezco a ciertas normas de vida, doctor —explicó don Amadeo—. Y una es la de no turbar el sueño de un recién casado… aun cuando duerma a la puerta de la recién casada. Los otros dos caballeros roncan en sus literas. Nuestro negocio tiene estos altibajos.

Julián escudriñó el amorfo horizonte a popa.

—No es ya mi amada. ¿Querrá creerlo?

A los ojos de Juana asomó una expresión más seria, y le examinó atentamente antes de responder:

—Sí, lo creo. La lección recibida fue dura, pero… valía la pena.

—El caso es que ni siquiera puedo compadecer a Sprague.

—¡No lo compadezca! —dijo Juana con acento vivo—. Existen en el mundo hombres muy malos, aunque no queramos admitirlo. Y casi siempre viven más que los buenos. ¿Por qué no podemos regocijarnos de que uno de ellos muera prematuramente?

Esto era precisamente lo que Julián esperaba que dijera; y si protestó fue únicamente por guardar las formas.

—¿Llama usted a eso una actitud cristiana?

—Es, por el contrario, profundamente anticristiana, lo sé. Debemos amar a nuestros enemigos para que el mundo avance. Pero repito que será más agradable la vida cuando en ella no existan Sprague. Cada centavo que ganaba se utilizaba en mantener vivo el odio entre los nombres, en procurar que se agarraran mutuamente por el cuello.

Julián reparó en el acento de profunda amargura con que se expresaba su mujer; sus ojos ardían al volver a encararse con él.

—Claro está que ella también hará un mal uso de sus millones; es lo que las mujeres como Lucy suelen hacer.

—No sabía que estuviera usted tan informada de la vida de los Sprague…

—¿También le escandaliza? ¿Se sentiría más feliz si llorara al relatarme usted su huida?

A partir de aquel momento, y por tácito acuerdo, los dos abandonaron tema tan arduo de conversación. Lucy cesaba, sencillamente, de existir; ya no constituía una barrera entre los dos. Al propio tiempo —y éste era el milagro mayor— Lucy cesó de perseguir a Julián en sueños. Desde la salida de las Bahamas, dormía apaciblemente. Le bastaba con tener a Juana cerca, con que ella le aceptara como a un camarada en los instantes de peligro.

Todavía no le había revelado su amor; le sobraba tiempo para expresar con palabras… y cuando le pareciera probable que ella no se negara a escucharle. Por de pronto, se contentaba con que le tratara como a un igual.

Al recordar su actual sosiego singular, sonrió una vez más. Un día, dos a lo sumo, bastarían para disiparlo. Mas, en aquel instante, las horas seguían transcurriendo como en un sueño y la mañana azul parecía interminable. En fin; Juana dormía tranquilamente en el diminuto camarote y Julián vigilaba la puerta cuando sus propios párpados se cerraron, soñolientos…

Se dio cuenta de que no era la lluvia lo que le había despertado; bacía tiempo ya que dormía, entre chaparrón y chaparrón, al aire libre, mientras permanecía anclado el *Shewanee*. Luego, el extraño sonido se repitió de manera persistente, como el estallido sordo, ahogado, de un trueno, y Julián se enderezó rápidamente, intranquilo por no poder identificar aquella irrupción sin saber de qué dirección procedía.

El *runner* avanzaba a toda velocidad por un mar sombrío y liso como el aceite; ya la nube, cargada de vapor de agua, levantaba el borde de su falda y dejaba ver, más allá, un trozo de Atlántico bañado de sol. Julián tuvo la sensación de qué era lo que ocurría, aunque se daba cuenta de que debía de haber dormido como un leño durante casi todo el día; y por lo visto, lo mismo le ocurría a Juana, pues la puerta de su camarote seguía herméticamente cerrada.

Don Amadeo estaba hundido en su sillón con el reloj abierto en la mano y los ojos fijos en el horizonte. No parecía sentirse más alarmado de lo que arriba, sobre su cabeza, lo estaba el timonel, apoyado con indiferencia en la rueda, o que los dos vigías, que a popa estudiaban la velocidad de la nube. El mar seguía tan negro como

la noche por el Sur; la llama anaranjada y el sonido fragoroso que le sucedió, parecieron hendir las tinieblas como un puño formidable, pues unos segundos después del disparo el agua ascendió, en forma de géiser, por la parte de proa.

—Observe, doctor Chisholm —dijo el capitán, sin volverse ni renunciar a la soñolienta vigilancia—, cómo afina la puntería. Cuando lleguemos a pleno sol nos dará caza en serio.

—¿Cuánto hace que nos sigue?

—Unas tres horas. La lluvia ha sido un don del cielo. Yo quisiera que durase eternamente. Ahora ruego a Dios que la brillante puesta del sol le ciegue.

—¿Por qué no me ha despertado?

—Obedezco a ciertas normas de vida, doctor —explicó don Amadeo—. Y una es la de no turbar el sueño de un recién casado… aun cuando duerma a la puerta de la recién casada. Los otros dos caballeros roncan en sus literas. Nuestro negocio tiene estos altibajos.

Julián escudriñó el amorfo horizonte a popa. Visto desde ahí, su perseguidor parecía tan poco real come» la llama anaranjada; y ahora que acababa de contemplarlo, tampoco le parecía tan terrible ver elevarse y desaparecer el pequeño surtidor en la estela dejada por el buque… ¡Era curioso! Antes que el mismo buque yanqui, fue su bandera la que surgió de la oscuridad. Treinta estrellas de la Unión, húmedas, pero vibrantes, sobre el palo de mesana. Julián las contempló pensativo un buen rato, antes de buscar con la mirada la propia bandera. Las barras y estrellas, sobre campo rojo como la sangre, parecían más llamativas a la luz solar, que brillaba cada vez con mayor intensidad. Julián se preguntó por qué no habría caído antes en ello y comprendió que era porque don Amadeo no había rendido homenaje a su pabellón hasta producirse los actuales momentos de crisis.

—¿Debo aconsejar a la señora Chisholm que baje?

—No, déjela dormir. Está más segura en el camarote. No olvide que llevamos municiones bajo las escotillas. —El capitán ni siquiera levantó la vista de la esfera del reloj al expresarse así—. Si nos tocan será muy posible que estallen.

—¿Y no podría acumularse más vapor en la caldera?

—Haríamos agua. No se alarme; tengo buen olfato. Él me dirá lo que debo hacer.

Julián se aproximó a la borda, presa de sorda irritación. El buque yanqui formaba una masa sólida que destacaba del horizonte. Julián arrancó el telescopio de la mano del capitán y estudió la posición del cañón giratorio que llevaba a popa. Parecía ser casi tan competente como el navío mismo. Tan competente también como el semidormido artillero que con tanto cariño contemplaba la mira en aquel instante, —sin perder de vista por ello al oficial que tenía al lado— Julián recorrió con la vista su línea de flotación y reparó, con sensación de alivio, que todavía se hallaban cerradas las cañoneras. Era evidente que su perseguidor deseaba intimar hasta la sumisión al *Shewanee* con sus disparos bien dirigidos, y que no pensaba en desperdiciar de momento más pólvora.

—¿No acaba de decirme que es capaz de olfatear un sitio a propósito para anclar desde tres millas de distancia?

—Me refería al manantial de agua fresca que se halla en la ensenada de Matanzas. Aquí, en Florida, la denominamos agua sulfurosa: a la nariz del extranjero huele a huevos podridos.

Julián volvió vivamente la cabeza. La ensenada de Matanzas, como sabía por haber echado una ojeada a los mapas del *Shewanee*, es el estuario batido por las mareas que se abre a la rada sur de San Agustín, por detrás de la isla Anastasia, que se halla frente al mar. Mas no debía constituir un buen puerto de refugio, pues las tropas de la Unión se hallaban entonces en San Agustín.

—¿No estará ese punto bien guardado? —interrogó.

—En la misma boca de la ensenada hay un antiguo reducto español. Los yanquis tienen sus fuerzas apostadas en él. Pero podremos echar el ancla sin riesgo por encima o por debajo del fuerte, al amparo de las dunas.

De improviso algo pasó, gimiendo muy cerca de ellos, por encima de sus cabezas; a su espalda sonó un chapoteo apagado al hundirse en el mar la bala de cañón, lejos de estribor, por la parte de popa.

—La siguiente me caerá en el regazo —observó don Amadeo—. Como ve, nos tienen enfocados. Respire fuerte, y pida a Dios que los ciegue el sol antes que vuelvan a hacer fuego.

Julián dejó penetrar una bocanada de aire en sus pulmones y miró fijamente al capitán. Delante de ellos, el mar —ahora de un profundo azul, pues el cielo se había despejado de nubes tempestuosas— estaba cubierto en parte por una sabana burbujeante, lechosa; el olor mencionado por don Amadeo poco antes era inconfundible. Lo despedía un gas hidrogenado, sulfuroso, que ascendía de los pozos artesianos abiertos a lo largo de la costa. Julián dedujo que éste, en particular, nacía en el seno mismo del Atlántico; el *Shewanee* saltó sobre la quilla al iniciar el recorrido de la alfombra blanca. Julián sólo tuvo tiempo de inclinarse sobre la borda y observar cómo se elevaba de los azules abismos que tenía a los pies el vasto hongo, blanco como la leche.

—Ya he recorrido ese mismo camino de noche —le explicó don Amadeo.

Miró al timonel y le hizo una sola seña; el *Shewanee* había dado veloz media vuelta y se dirigía en línea recta contra el sol deslumbrador, que permanecía suspendido sobre la costa. Una vez más trató Julián de recorrer la playa con la vista, y al bajar el telescopio descubrió que ante sus ojos danzaba una miríada de puntos negros.

—Cuando nos hallemos en el nido, con el sol a la espalda —dijo don Amadeo—, veremos el estuario Perfectamente sin el telescopio. Ahora dirigiremos la nariz del buque hacia el Oeste, para llegar a la barra de arena. Observe el yanqui. Es lo bastante obstinado para disparar de nuevo.

Julián enfocó su perseguidor con el telescopio. El contorno del artillero que iba en

el castillo de popa se dibujaba con tanta claridad como una estatua; incluso la leve columna de humo destacaba, como pintada, sobre el fondo del cielo. Esta vez la bala cayó con estrépito en el agua a unas buena cien yardas; era imposible afinar más la puntería, porque el *Shewanee* no era más que una silueta de rasgos apenas indicados por motas deslumbradoras.

—¿Intentarán la andanada?

—Indudablemente.

El capitán examinó la popa del cañonero.

—Si no ha variado de pintura —dijo—, ese buque debe ser el *Susquehanna*. Lo manda el capitán Prescott. En Cuba nos desafiamos a ver cuál de los dos bebía más vino, y empatamos. También corrí desde aquí a Albemarle, delante de él. Es un yanqui agradabilísimo, doctor…, sólo que muy testarudo. Sabe que no puede seguirme a Matanzas salvando la barra, y sabe también que no temo sus disparos.

La mirada de Julián se desvió y fue a posarse en la cerrada puerta del camarote. Le parecía increíble que Juana siguiera durmiendo a pesar de los cañonazos. Claro que él hubiera hecho lo mismo, quizá, tras la puerta cerrada que ahogaba el ruido de aquellos disparos lejanos.

—Me parece que debemos despertar ya a la señora Chisholm —insistió.

—Como guste, doctor. Pero, créame, está más segura detrás de ese mamparo. Me gustará contárselo personalmente cuando…, esto se haya acabado.

Don Amadeo dio una orden en voz baja al timonel. El *runner* interrumpió bruscamente la ruta que seguía, a su estela describió un zigzag bajo la amenaza del cañonero.

—¿Volveremos a hacernos a la mar al oscurecer?

—Exactamente —dijo don Amadeo-contando con que los artilleros de Prescott no me toquen ahora.

A pesar de su juego de vaivén, el *Shewanee* se hallaba ya muy cerca de la playa; no lejos de su banda de estribor hervía de espuma la barra arenosa y el rumor de las alas de las gaviotas señaló la puesta del sol al elevarse las aves asustadas por el palpitar de las máquinas. El capitán del *Shewanee* contempló con atención a su perseguidor. Al ver que el cañonero ganaba terreno lentamente, y que el punto ocupado por el cañón giratorio estaba desierto, volvió a hacerle seña a su timonel, quien apuntó descaradamente con la proa hacia tierra y corrió semejante a una flecha en dilección de aquella.

—Si me quedara tiempo —observó don Amadeo—, le haría encallar. —Miró el reloj y cerró la tapa—. Pero sabe tan bien como yo que no nos restan ni cinco minutos de claridad… Prepárese a echarse al suelo cuando se lo ordene, doctor. La andanada llegará de un momento a otro.

Julián afirmó con el gesto distraído. Aunque el corazón palpitante, se le subía a la garganta, sentíase curiosamente desligado de todo. Miró cómo la tierra se iba elevando bajo la quilla del buque, oyó el estruendo con que las olas iban a morir a la

playa separada de ellos por un solo cable de distancia, y no pudo creer que ofrecieran un blanco tan visible. Incluso un habitante de tierra adentro hubiera podido darse cuenta del curso que actualmente seguían: iban por un angosto lodazal que se abría al llegar a una lengua verde de hierba pantanosa y en cuyo fondo se fizaba una acogedora media luna de dunas… Julián había visto ya poner por obra este juego del escondite a don Amadeo, en un espacio, sobre poco más o menos, tan reducido. Y a pesar de la persecución del enemigo, jadeante, manchado de hollín, su confianza en él era inquebrantable.

—¿Está seguro de que no podrá seguirnos?

—Pasaremos chapaleando, pero el yanqui encallará. Sólo le resta una cosa: hacernos saltar fuera del agua.

El cañonero estaba demasiado cerca, para tranquilidad de Julián, cuando lo miró otra vez. Había girado ya sobre su poco gracioso talón y danzaba ahora de costado, junto a la popa esquiva del *Shewanee*. A cada lado de la rueda de paletas bostezaban, abiertas de par en par, las cañoneras; las gruesas embocaduras de los cañones parecían apuntadas por una sola mano, mas Julián distinguió, agazapadas detrás de ellos, las piernas de los marinos enfundadas en el calzón blanco. Una enorme ola espumosa se levantó ante el *Shewanee* y el buque se acostó sobre ella antes de que el timonel tuviera tiempo de enderezarlo. En este momento el cañonero describió la vuelta completa. Cabalgando sin esfuerzo sobre la ola procedente de la costa, levantó a una los cañones con una seguridad indiferente. El sol arrancó chispas cegadoras de la plancha dorada de su popa. Julián leyó el nombre colocado debajo de las ornamentales volutas…

—Ahora, doctor, si gusta —dijo don Amadeo.

Al tenderse Julián sobre cubierta al lado del capitán crujió la arena bajo la quilla del *runner*. Hubiera jurado que llegaban a tierra, mas el timonel orificó, con unas pulgadas de más, sus sondeos. Obedeciendo al siguiente empujón de la marea cambiante, el *Shewanee* pasó balanceándose la barra, arrastrando en pos de sí un blanco mantón de arena, mientras la hélice mordía él agua estancada más allá. La hierba del lodazal se separó como por arte de magia, y descubrió la bien abrigada profundidad del lugar elegido por don, Amadeo para anclar. Simultáneamente el sol desapareció por completo tras la linde de pinos situada al Oeste. Al desvanecerse, la luz de intensidad, corrió una cortina gris sobre la costa, confundió los contornos del *runner* con las orillas herbosas del marjal en que buscaba refugio.

El crujido que se produjo en el costado del *Susquehanna,* y el sonido de la andanada, hirieron al unísono los oídos de Julián. Después el *runner* tembló como perro de raza al primer latigazo; y a lo largo de la cuadra de babor se rasgó la madera, con sonido característico, antes de que el *Shewanee* girara con violencia y rozara la orilla del lodazal. La hierba se aplastó a sus dos lados bajo la andanada; otro disparo más bajo removió el fango de la orilla, antes de enterrase al su fondo sin herir a nadie. Luego volvió a imperar en el marjal un silencio sólo interrumpido por el jadeo de las

calderas del *Shewanee*. A popa, una nube de humo envolvía al cañonero, ocultándole hasta la misma punta de los palos.

Julián saltó en pie, anticipándose al capitán, al enderezarse pausadamente el buque. Aun ahora sus cubiertas no se hallaban a un mismo nivel. Un negro agujero, una mancha semejante a la que hubiera podido dejar el pulgar de un gigante, ensuciaba la borda a babor; dos marineros corrieron, provistos de sendos cubos, a apagar la llama que comenzaba a ascender de los costados del *runner*. La cubierta temblaba bajo los pies de manera muy poco natural; al dar Julián un paso instintivo en dirección al camarote de Juana, comprendió que la velocidad que llevaba disminuía. Ladeada por él reciente disparo, la hélice del *Shewanee* estaba casi a flor de agua, Y aun cuando el buque obedecía todavía su impulso lo suficiente para doblar el último recodo del marjal, y desvanecerse a la vista de su perseguidor en su nido de dunas, era un inválido.

La mente de Julián no llegó a dar forma a la idea, porque ya de un tirón había abierto la puerta del camarote. Juana tanteaba las tinieblas, e iba a salir cuando él le pasó un brazo por los hombros. Mas aun en la confusión del momento se dio cuenta de que estaba más excitada que temerosa.

—¿Por qué no me ha llamado, Julián? Daría un mundo por haberlo presenciado.

El apenas la oyó. Se asía, sin ver a sus hombros, le maravillaba comprobar que no estaba herida. Una yarda más a la derecha, y el disparo hubiera hecho astillas el diminuto camarote situado en mitad del buque. Y, sin embargo, como le recordó don Amadeo, un cañonazo directo hubiera puesto instantáneamente fin a sus pesares. Whit Cameron y el corredor de algodones buscaban a tientas 4a salida al otro lado de la puerta, inclinada, del castillo; con un esfuerzo, Julián tomó a Juana de la mano. Comenzaba a comprender el temor que la inseguridad de ella le inspiraba… ya que había pasado el peligro.

3

Ni la casi beatífica calma de don Amadeo logró disminuir aquel temor una hora después.

El capitán del *Shewanee* estaba entronizado en el cuarto de los mapas y señalando uno de ellos con la punta de la pluma Whit y Rembert, sentados junto a él, flanqueaban; Julián, que se sabía ya el mapa de memoria, ocupaba el umbral de la puerta mientras veía cómo cerraba en serio la noche sobre el angosto paso en que estaban anclados. Juana los había dejado hacía rato para preparar su equipaje. Juana, se dijo Julián, se portaba de modo más racional que él; era evidente.

—Cuatro horas de navegación a remo —decía don Amadeo— les dejarán en lugar seguro. Tiene a su favor la marea, como acabo de explicarle. Una vez que hayan pasado la boca de la ensenada, ya no correrán riesgo; se lo juro por el honor de mi madre. ¿Qué pierden con intentarlo?

Whit no acertaba a separar los ojos del mapa, en el que figuraba el herboso estuario donde estaban anclados y la extensión de Matanzas al norte de San Agustín. Con el índice indicó la ciudad.

—No me diga —manifestó, dirigiéndose al capitán— que podemos pasar por aquí sin que nos molesten.

—Pues sí, señor Cameron; así será si siguen mi consejo.

El capitán puso un dedo rechoncho junto al de Whit Cameron sobre el mapa.

—Vea: aquí están las ruinas de los muros de la ciudad. Aquí, el río María Sánchez, afluente del Matanzas. No pueden pasarlo por alto en una noche despejada. La barca les dejará en un desembarcadero que hay al pie de la Bridge. Cien yardas al Este en el punto mismo en que se bifurcan la Bridge Street y la St. George Street se halla la casa de los Menéndez, mi familia política. —La cara del capitán se dilató en una marcada sonrisa—. Son los aristócratas de la casa. Yo desciendo de una rama menorquina lateral; su sangre se deriva de la del fundador.

—Bien; dejémonos de árbol genealógico —dijo Whit— y díganos: ¿cómo podemos estar seguros de que nos recibirán con los brazos abiertos?

—Otra vez les doy mi palabra de honor como garantía, caballeros. Acéptenla, sean prudentes. La mujer del doctor está dispuesta a arriesgarse, ¿por qué vacilan ustedes?

—¿Y usted por qué no nos pone a un marinero en cada bote? —saltó Rembert.

El caballero de Georgia estaba pálido bajo la lámpara del camarote; a su luz oscilante, su rostro de zorro parecía más afilado todavía.

—¿Cómo saber si es que no intenta salir solo con bien de este atolladero?

—Reparen en mi situación —observó don Amadeo con paciencia—. Esta noche estoy preso…» y fuera me aguarda un perro guardián. Es verdad que confío en salir corriendo y poder pasar sin que me vea en la oscuridad. Si me quedara me llevarían a tierra. Si usted se quedara conmigo, se le llevarían también, señor Rembert. Como es

paisano, le soltarían al fin… lo mismo que a mí después de pagar un rescate. Mas, en su calidad de hombre de negocios, la espera puede hacérsele larga y costosa. Por ello pongo a su disposición un bote del buque y le sugiero que se dirija al Norte, si desea estar más seguro. Rembert dio un puñetazo sobre la mesa.

—Sigo sosteniendo que debimos quedarnos en el golfo… que debimos arriesgarnos.

—No voy a presentarles excusas por mi modo de navegar, caballeros. Lamento la mala suerte, que no ha sido de las peores, confiésenlo ustedes.

Cuando los ojos del capitán tropezaron con los suyos, Julián se encogió de hombros. Ya se había mostrado, en principio, de acuerdo con el plan de don Amadeo; ahora regresó a cubierta y paseó por ella lentamente. No deseaba volver a escuchar las mismas objeciones de Rembert inspiradas por el miedo.

Sí; el plan aquel era razonable y sólo tenía un mínimo de osadía; Julián no pudo dejar de sonreír cuando vio que se bajaban al agua dos botes y que en uno de ellos estaba el portamantas de Rembert apoyado en la caja londinense de Whit, Por lo visto, don Amadeo había contado con su consentimiento desde el momento en que echaron allí el ancla.

Julián se mantuvo a popa y miró él muro de hierba verde que se extendía en dirección Norte. A la débil luz de las estrellas se distinguía perfectamente la curva del lodazal, que abría un camino a través del verde laberinto. De creer en la palabra de don Amadeo, la marea alta les ayudaría a pasar sin esfuerzo hasta la abierta ensenada, distante una milla escasa hacia el Norte. Deberían avanzar poco a poco, pues cabía presumir que los yanquis tendrían destacada una guarnición en el antiguo bastión español que dominaba la boca del Matanzas. Pero sería cosa fácil vencer la corriente, navegar junto a la lejana orilla y deslizarse con la corriente dentro de la ensenada. Desde este momento no tendrían que hacer más que costear… y aguardar a que volviera a subir la marea. Ésta sería aliada también en el momento de bajar, porque les arrastraría consigo hasta la boca septentrional del estuario que terminaba en la misma bahía de San Agustín.

Hasta aquí el plan encerraba una virtud: la sencillez. Y una vez que todos se hallaran a salvo en San Agustín, sería igualmente sencillo determinar su estado civil. La ciudad estaba en poder de la Unión desde hacía algún tiempo, pero nadie había dado aún muestras de violencia en uno ni otro campo. Y si los parientes de don Amadeo los acogían bien, sería fácil concertar con ellos el traslado a Santa María, el punto más próximo ocupado por los confederados.

Claro está que los yanquis querrían investigar la causa de la aparición súbita de cuatro forasteros en una comunidad tan pequeña como la de San Agustín, y si prevalecía allí la ley marcial, podían estorbar su viaje. Más éstos eran problemas que habría que ir resolviendo poco a poco, a medida que se fueran presentando. O así lo consideraba Julián, mientras contemplaba el oscuro espejo del marjal y esperaba que Juana hubiera acabado de cerrar la última caja.

La serena buena acogida que hizo al ofrecimiento de don Amadeo picó el amor propio de Julián desde un principio… Él seguía siendo su marido…, por lo menos hasta llegar a Santa María. Y de su actitud se desprendían dos hechos positivos: que deseaba correr el riesgo de una travesía nocturna en bote, y que suponía que él, Julián, se hallaría a su lado.

Oyó un paso ligero a su espalda y se volvió, expectante. Era Whit Cameron, que iba a reunirse con él a popa. Por esta vez el jugador parecía desanimado, a pesar de la elegante capa de viaje que luda y de la fabulosa gorra escocesa que oscurecía su afilado perfil.

—Conque ¿eres de los nuestros?

—Si, y Rembert también —dijo Whit—, discute todavía, pero es para cubrir las formas.

Y dicho esto miró sin entusiasmo los dos botecillos y la escala de Jacob que se balanceaba por la fuerza de la corriente.

—¿Hace mucho que no has remado por espacio de unas horas? —interrogó.

—La corriente nos ayudará mucho. Lo sé. Poseo el instinto de la navegación.

—Aun así es un ejercicio penoso —repuso Whit—, y yo aborrezco el ejercicio, sobre todo después de anochecido. Claro que también me desagrada bastante la perspectiva de verme encerrado en la cárcel de Key West.

Miró el desierto de hierba que se extendía delante de popa, y agregó:

—Tú debes meditarlo antes de elegir, Julián. Rembert y yo acompañaremos a Juana hasta San Agustín. —¿Sugieres que me quede a bordo?

—Y que ofrezcas tus servicios al jefe de Sanidad militar de Washington.

—¿Por qué no?

—Ya me lo sugeriste en otra ocasión. ¿Recuerdas lo que contesté entonces?

—Tal nobleza de intención tiene menos importancia esta noche —dijo el jugador —. Tú has hecho honor ya al contrato firmado con Juana: hoy la devuelves a su patria en calidad de esposa de Julián Chisholm. En Santa María recuperará su apellido. ¿Por qué no despedirnos ahora aquí sobre cubierta?

Julián volvió la cabeza para disimular su ira. Adivinaba que Whit se divertía a su costa zahiriéndole; mas no por ello era menos desagradable la sugestión. Que el hecho fuera asimismo razonable, no disminuía su dolor. Su papel no era menos heroico porque amara sin esperanza a una mujer que ni siquiera parecía darse cuenta de los sentimientos que inspiraba, porque se aferrara a todo aquello que los mantenía unidos. Whit decía bien: le asistía el derecho de renunciar a su papel aquella misma noche. De desechar con firmeza a Juana de su pensamiento mientras tuviera tiempo.

«¿Por qué —fue lo que se dijo cuando logró encararse con la alternativa— permanece en la oscuridad?». ¿Por qué dejar que su corazón latiera a impulsos de una alegría desconocida hasta entonces?

—No; gracias —dijo en voz alta—. Si te da lo mismo, permaneceré junto a mi mujer hasta el fin. Aunque ya no me necesite. —¿Y ofrecerás tu escalpelo a la

Confederación?

—Como romántico que soy de nacimiento —Julián descubrió que podía volver a sonreír—, recuérdalo Chisholm tenemos que llevar la cruz.

—Que así sea —dijo Whit—. Trata de llevar la tuya con entusiasmo.

Descendió ligero por la escala y extendió su capa sobre un banco. Julián se apoyó en la borda del *Shewanee* y observó la ondulación fosfórica de las aguas escuras que se produjo al coger Whit el remo. Por lo visto, don Amadeo reservaba el otro esquife para los recién casados; un hombre tan comprensivo como el capitán no podía hacer menos en una ocasión como la presente.

«Esta noche —pensó rápidamente Julián— estaremos solos; más solos que nunca. Hay que aprovechar el tiempo antes de que llegue el momento de decirnos adiós en Santa María».

Como la perspectiva le regocijaba, comprendió por qué había aceptado con tanta satisfacción este desalentador final del viaje.

Parecía lógico que el capitán bajara con Juana del brazo a cubierta. Lógico también que sus hombres se le adelantasen para bajar las cajas del equipo al esquife vacío y que estibaran el portamantas de Julián y la caja de instrumentos de cirugía.

Nadie se movió cuando Rembert salió vacilando del cuarto de los mapas y se dejó caer en el fondo del esquife, sin reparar, al parecer, en la mano que el capitán le tendía. La descortesía del caballero de Georgia era un mal menor. Julián sólo tenía ojos para su mujer.

Llevaba el mismo vestido oscuro del coche, una amplia pelliza y una pequeña capota. Julián reparó maquinalmente en estos dos detalles, y se preguntó por qué se habría puesto una capa de campana tan sería que disminuía la ligereza de su marcha, dándole aires de reina. No era aquél un atavío a propósito para un bote de remos, pero disponía de tiempo suficiente para interrogarla.

—Gracias, querido —dijo Juana—. Creo poder subir sola al bote. Ve tú delante y sujétalo.

Julián pasó en el acto a la embarcación y se quedó en pie con las piernas abiertas. Juana titubeó al dedicarle don Amadeo su saludo más florido. Luego, llevando un marinero a cada lado, se alzó poco a poco la falda, hasta colocarla sobre la borda del *Shewanee* y puso ambos pies sobre la escala. Julián divisó únicamente a la luz de las estrellas, un confuso montón de encajes, mientras la escala de cuerda se cargaba a su peso. Luego, al tocar la borda con el pie, él la asió por debajo de los brazos. El esquife osciló peligrosamente al buscar ella a tientas su sitio; Julián lo enderezó con los remos y se apartó, remando firme, del costado del *runner*. El esquife que llevaba a Whit y Rembert daba vueltas ya con impaciencia, movimiento revelado tan sólo por el brillo iridiscente de su estela.

—Yo cogeré un remo, Julián —dijo la recién casada.

—Pero, querida…

—Sí, insisto en ello. Así se enderezará el bote. Él accedió instantáneamente al dar

la primera paletada. El esquife giraba sobre sí mismo como un loco, aun en aquella agua estancada.

—Quizá le orientemos. ¿Qué ha cargado en esas cajas?

—No son las cajas —la voz de Juana se convirtió en susurro perceptible únicamente a los oídos de Julián—; soy yo.

—¿Quiere repetir eso?

—Cuando haya tiempo, Julián. Déme un remo. Él se lo puso en la mano sin proferir palabra. El bulto de don Amadeo seguía destacándose en el fondo estrellado del cielo. Y Julián vio que la risa le sacudía cuando lograron enderezar el esquife.

—Temo no poder salvar lo que ha dejado a bordo, señora Chisholm —dijo.

—Será bien recibido por las señoras de Key West —repuso Juana.

—Aún debo decir algo más —dijo don Amadeo—. ¿Me oye todavía, señor Cameron?

—Perfectamente. —La voz de Whit sonó casi petulante en las tinieblas.

—Si se retrasaran por cualquier motivo, aguarden a que se haga de día en la isla de Fisher.

—¿Qué puede retrasarnos?

—Confío en que nada. Pero vale la pena de recordarlo. Es una isla baja situada en el Matanzas, en el punto mismo en que la bahía se abre a San Agustín. Si se acerca a ella desde el Sur se encontrará con marjales; con dunas altas si llega por la parte del mar. En ella hay una cabaña de hojas de palmera. La habitación los salineros antes de la llegada de los yanquis.

—Tenemos ya bastantes cosas que recordar en este momento. —La nerviosidad apagaba la voz de Rembert y no era menos precisa ahora que permanecía invisible—. ¡Ea, boguemos, por amor de Dios! Recordando a tiempo que era un caballero, agregó:

—Perdón, señora Chisholm; me he dejado llevar de mi genio…

—Juren lo que quieran, caballeros, si esto contribuye a facilitarles el viaje —dijo Juana—, convengo en que ya es hora de partir. Quede con Dios, don Amadeo.

—¡Vaya con Dios, señora!

El esquife de Whit se había alejado ya balanceándose. Julián se apoyó con fuerza en su remo, sin sorprenderse gran cosa al reparar que Juana remaba con el vigor de un hombre, a pesar de su complicado atavío. Antes de dirigir la proa de la embarcación al lodazal, se volvió una vez para mirar atrás. La maciza figura de don Amadeo seguía destacando del cielo lleno de estrellas, y todavía temblaba de risa.

4

Whit habló para todos mientras los remos respectivos golpeaban el agua.

—El fuerte Matanzas se halla a nuestra extrema izquierda; la ensenada, a la derecha; delante de nosotros se extiende, libre de obstáculos, el agua estancada. ¿Lo veo bien?

—La corriente es fuerte —observó Julián—. Aun así creo que podemos aventurarnos en ella.

—¿Y si los yanquis tienen también buena vista? ¿Nos detendremos si nos dan el alto?

—De ninguna manera. Pero uno de nosotros caerá antes de poder llegar a la playa lejana.

Todos guardaron silencio, dejando que las palabras resumieran el riesgo que iban a correr. Cincuenta pies más adelante terminaba el marjal y el Matanzas se rizaba con el oleaje originado por la corriente; la ensenada se abría al Atlántico por el Este, interrumpida por las barras de arena, en forma de media luna, sobre las que el mar se estrellaba con ruido atronador aun en plena marea alta. El cañonero yanqui estaba anclado no lejos del paraje; Julián distinguió los esbeltos mástiles que se destacaban del cielo claro de la noche. El bulto bajo de la isla Anastasia, que defendía del mar el estuario del Matanzas, desaparecía en la oscuridad por el Norte. Dentro de poco los viajeros llegarían a sus playas, a poco que les empujara la corriente. Y una vez a la sombra sería cosa fácil pasar ante el antiguo reducto español sin ser vistos.

Julián examinó el fuerte con atención. Agazapado como rechoncho sapo gris sobre una punta de tierra, se confundía del lado Oeste con el panorama falto de vida que le rodeaba. Pero dominaba la ensenada, así como una parte del estuario y la luz que salía por una puerta le reveló que los yanquis tenían allí una guarnición. Impulsados por la corriente atravesarían la boca de la ensenada y se acogerían al refugio del estuario. Claro que en el intervalo correrían el riesgo de que se les diera el alto si había centinelas en el fuerte.

—¿Crees que el *Susquehanna* les habrá enviado un bote? —interrogó Whit a Julián.

—Es muy probable. En el fuerte se habrá exigido una explicación del tiroteo entablado en alta mar. Si los yanquis se daban cuenta de la presencia de don Amadeo al sur del lodazal, le obligarían probablemente a salir a alta mar. Quizá se dispusieran ya a acercarse al *Shewanee,*… Julián considero la triste posibilidad y extendió un brazo para sostener a Juana. Pero ella se apoyaba sin esfuerzo en su remo.

—Nosotros vamos más hundidos en el agua que tú Whit —dijo con exterior tranquilidad—. ¿Y si nos colocáramos delante?

—Si te encargas de remar solo…

—Naturalmente.

Julián se apoderó de los dos remos.

—Échese, Juana, y pase lo que pase no sea curiosa.

—Sé remar tan bien como usted —observó.

—Échese, por favor.

Julián vio chispear sus ojos en la oscuridad al obedecer, colocando la cabeza sobre los brazos cruzados. Las faldas se hincharon y se levantaron un poco antes que él las colocara debajo del nivel de la regata. Ella le observaba con mirada serena, ahora gravemente.

—Voy a retroceder y a dejarme llevar por la corriente —dijo—; sígueme en cuanto estés dispuesto, Whit. Dame sólo el tiempo justo de despejar. Rembert dijo con voz ronca desde la oscuridad:

—Y para nosotros, ¿quién remará?

—Usted tiene en la mano un remo de primera, señor —dijo el jugador— sin embargo, celebraré jugar este honor con usted a cara o cruz.

Julián se dirigió al centro de la corriente sin querer oír más. El esquife se ladeaba visiblemente, danzaba como un loco a impulsos de la corriente. A Julián le dio un vuelco el corazón en el momento de dirigirse su proa en línea recta hacia el viejo fuerte y el frío ojo amarillo de su puerta. Luego el bote se enderezó empujado por la corriente. Ya se hallaban en la boca de la ensenada como una pequeña silueta veloz a la luz de las estrellas; si su avance era satisfactorio no podía ponerse en duda la excelencia de aquel blanco móvil. Julián siguió dando fuerte impulso a los remos y aguardando un disparo que no sonaba, a su oído llegó la voz de Juana, tenue como un susurro.

—¿No estaría más seguro aquí a mi lado? —decía.

—Mucho más seguro —repuso Julián en el mismo tono— mas, por desgracia, no puedo dirigir la embarcación con los pies.

Ahora la sombra de la isla Anastasia sólo distaba unas cien yardas; la formaba un grupo de dunas cubiertas, por la parte de tierra, de una espesa capa de yucas. A su espalda, el estruendo de las rompientes sonaba como una amenaza apagada. Julián hundió el remo de babor y oró. Pedía a Dios que la corriente hubiera abierto un canal, pues, de poder correr pegados a la isla, llegarían a hacerse invisibles.

De improviso alguien lanzó un grito desde la masa gris del fuerte; Julián vio que una sombra se colocaba de momento en el umbral de la puerta, antes de oír el ruido de unos pasos que corrían por el terraplén. Entonces remó con todas sus fuerzas, sin preocuparse de disimular el ruido de los remos en el agua. Volviendo la proa al Este, el esquife rozó con la quilla una barra de arena y saltó a unas aguas más profundas, mientras la corriente seguía empujándolos con mano potente. El corazón de Julián dio un brinco al comprender que se hallaban a salvo y que ante sí tenían diez millas de mar abierto.

—¿Quién va?

La voz, que pronunciaba con un puro acento inglés las consonantes, franqueó el ancho abismo que los separaba del fuerte español. Fue sólo entonces cuando Julián se

dio cuenta de que el centinela daba el alto al esquife de Whit, no al suyo. Sin embargo, dio con mano firme un empujón a Juana que intentaba levantarse, y la obligó a tenderse de nuevo en el fondo de la embarcación.

—¡Contesten o disparo!

Julián distinguió como en una pesadilla el otro bote saltando sobre el lomo de una oleada. Una silueta confusa a la luz de las estrellas, que trataba de enderezar la popa de la embarcación. Aun a aquella distancia adivinó que era Rembert, no Whit, quien remaba.

—¡Hablen, o hago fuego!

Un apagado chapoteo fue la respuesta que obtuvo el centinela. Julián no supo jamás si Rembert cayó antes o después de sonar el disparo del rifle. Mientas descansaba apoyado sobre los remos en la sombra proyectada por la isla, vio solamente que el caballero de Georgia había caído por encima de la borda al agua, para desaparecer instantáneamente en los oscuros remolinos de la corriente. Aliviado de su peso, el esquife pasó rasando la parte que le quedaba por recorrer, como gaviota que regresa a su peñón; saltó al chocar con la playa de Anastasia, y al retroceder, girando sobre sí mismo, estuvo a punto de rozar la popa de la embarcación de Julián. Sin perder la compostura, Whit se levantó de su fondo y tomó los remos.

—Por suerte gané la apuesta —dijo—. ¿Quieres que me adelante, o prefieres que nos separemos?

De la masa de coquina que dejaban atrás no salieron más disparos ni se volvieron a dar signos de vida. Julián no protestó al volver Juana a sentarse con esfuerzo y extender la mano para tomar el remo.

—No volváis atrás —le recomendó Whit—. No es preciso ya.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Rembert recibió el balazo entre los dos ojos.

Ya nadie volvió a proferir palabra mientras se inclinaban al unísono sobre los remos. Julián comprendió que ya no los perseguirían desde el fuerte. El señor Rembert, de Savannah, hombre de pocas palabras, acababa de morir sin lanzar un grito, y adivinó que el oficial yanqui estaría pateando en aquel momento en el fuerte mientras escudriñaba las tinieblas con el telescopio y maldecía a su subordinado, demasiado expeditivo, por haber derrochado plomo sobre un tronco a la deriva.

Whit habló desde la oscuridad cuando las bordas de ambas embarcaciones se tocaron a la sombra de la isla.

—Por suerte para ti, el centinela no miraba cuando pasaste bajo el fuerte. Rodabas sobre las aguas como una tina e ibas tan despacio como ella, ¿cómo está Juana?

—Perfectamente; gracias —contestó la aludida—. También usted hubiera rodado si llevara una fortuna en oro cosida a la falda.

—Lo adiviné al verla bajar del *Shewanee*. ¿Quiere que nos dividamos la carga?

Julián los interrumpió vivamente. Sabía que Juana no era deliberadamente insensible al aceptar con tanta tranquilidad la pérdida de Rembert. El hecho de que

consiguiera mantener la voz apagada demostraba solamente que se recobraba antes que él.

—Ahora navegaremos sin esfuerzo. Creo que podremos manejarnos sin tu ayuda.

—Diez millas de agua libre —dijo Whit—; la isla de Fisher y el río de María Sánchez. ¿Estás seguro de que sabrás encontrarla en la oscuridad?

—No podemos pasar por alto la isla —dijo Juana con la misma calma—. En el mapa de don Amadeo aparece como cuña en el Matanzas, poco antes de que el río se ensanche en la rada. Quizá logremos ocultarnos allí, después de todo, y aguardar hasta mañana por la mañana…

—Bien, haced lo que gustéis —dijo Whit—. Ahora que hemos desafiado al azar seguiré adelante.

Julián volvió a hablar, ligeramente resentido de que sus compañeros hicieran planes sin reparar en su genio.

—¿Por qué no podemos avanzar juntos?

—Voto en contra de la proposición —dijo Whit—. Un solo esquife puede pasar como barco pesquero que vuelve a puerto algo tarde. Dos juntos recordarían a los yanquis una armada.

Así diciendo, hundió un remo en la rápida corriente, y Julián vio que sonreía irónicamente al amparo de las tinieblas.

—Imaginad lo que sería de nosotros ahora si hubiésemos intentado cruzar juntos la ensenada.

—¿Y si nos trasladáramos a un solo bote?

—Emplea mejor tu inteligencia, Julián —repuso el jugador—. Como tu mujer posee más de lo que deja entrever, partiré primero y me aseguraré de que la costa está libre…, mientras vosotros prolongáis la luna de miel bajo las estrellas de Florida. Ningún caballero puede hacer objeciones a esto.

Julián miró a Juana y vio que ella también sonreía en la oscuridad. Sólo podía confiar en que esa misma oscuridad ocultara su rubor. Sus propias mejillas ardían.

—Gracias por comprenderlo tan pronto —dijo Juana.

Julián trató de mostrar frialdad en la voz… y comprendió por anticipado que iba a fracasar.

—¿Prefiere aguardar entonces en la isla Fisher el regreso de Whit?

—¿No es preferible? —repuso Juana; y tomó el remo antes de que Julián pudiera responder.

Delante de ellos un débil resplandor fosforescente era todo lo que restaba del esquife del jugador. Julián se retiró a su santuario de silencio y metió el remo en el agua, regocijándose de que el ritmo a que obedecían los remos de Juana armonizaban tan bien como el suyo.

5

Ahora que los labios de Julián formulaban la pregunta, se dio cuenta de que se la había dirigido en silencio centenares de veces. La dejó caer en el silencio que los dos guardaban… en la nebulosa oscuridad, cernida sobre el Matanzas, tan cerrada que ni siquiera se veían las caras.

—¿Quién es usted, Juana? ¿Por qué se halla aquí conmigo?

Era más de medianoche. Lo adivinaba por la pesadez de sus brazos. Por lo visto hacía horas que remaban en el agua del reflujo que comenzaba a llevarles lentamente hacia el extremo septentrional del estuario y puerto de San Agustín. Por esto se permitió un momento de descanso…; y, sin volverse, adivinó que Juana hacía lo mismo. «No conozco ninguna muchacha —se decía— que pueda remar tanto tiempo seguido sin cansarse. Tampoco ninguna muchacha podría guardar un silencio tan prolongado, dejar sin respuesta un desafío…». Y en seguida recordó que Juana no se parecía a ninguna mujer de las que había conocido.

—¿Debo responder por orden a esas preguntas, Julián?

Su voz era firme en la oscuridad a pesar de su engañosa dulzura. Julián se volvió vivamente al levantar ella el remo en silencio y ponérselo a él en la mano. Entonces hizo retroceder al esquife hasta colocarlo en mitad del río, y hecho esto se apoyó en ambos remos. Así fueron costeando en dirección de San Agustín; la lluvia amenazaba descargar pronto sobre el Matanzas. El silencio de la Naturaleza armonizaba con el que ellos guardaban en aquel momento.

—Aguardo —dijo por fin Julián.

—Lleva mucho tiempo esperando, Julián. ¿Debo darle gracias por su paciencia?

—No me lo agradezca. Prefiero que disipe mi ignorancia.

—¿Me pregunta por qué me hallo aquí? Es obvio. ¿Que quién soy yo? A esto ya le contesté en Glasgow la noche en que nos conocimos.

—¿Todavía me pide que crea esa historia?

—No hay más remedio. Es verdadera.

—¿De modo que es usted viuda de un oficial de la Confederación…?

—Sí, soy su viuda legal —repuso Juana pausadamente. Se inclinó y, aun en la oscuridad, comprendió Juana que le buscaba con los ojos—. Una viuda que Necesitaba urgentemente un marido en Glasgow… y que lo adquirió a su manera. Si le parece lo dejaremos así.

—¿Es eso todo lo que debo saber?

—Acéptelo. Con un poco de imaginación llenará los huecos. Yo le corregiré si yerra. Julián exhaló un profundo suspiro.

—¿Sigue siendo esto para usted todavía un juego?

—¿Qué podría ser mejor que lo que hacemos al presente?

Él hizo caso omiso de la observación.

—No me diga que soy un entremetido; lo admito. Pero… —y entonces expresó al

fin lo que pensaba—, ¿debemos decirnos adiós al llegar a Santa María?

—Eso depende —dijo Juana—, porque, ¿cómo podemos saber si llegaremos?

Él se encogió de hombros.

—Dígame: ¿cómo puede estar ahí sentada con una fortuna en el regazo y reírse de mí?

—No me río.

—¿Cómo puede remar horas y horas sin fatigarse?, ¿cómo pudo ver morir a un hombre sin desmayarse?

—Ya le dije en otra ocasión que no soy una señora. Quizá lo crea ahora.

«Como si esto importara gran cosa —pensó Julián, desesperado—. Como si importara más que la necesidad que tengo de cogerte en mis brazos. Cuéntame tus penas, Juana. Permíteme que las comparta. Déjame que luche por lo que vienes a buscar y que luche hasta el fin». En voz alta dijo únicamente:

—A estas horas debe de estar convencida de que no soy sólo un curioso.

Y ella prosiguió como si no le hubiera oído:

—Voy a decirle sólo esto respecto a mi misma, Julián. Una señora de su clase podría remar tanto como yo… si hubiera trabajado en una granja de la montaña desde que dio los primeros pasos. Y asimismo sería capaz de ver morir a un hombre sin desmayarse… si a su propio padre le hubieran matado de un tiro por ser cazador furtivo.

Ante esta declaración, el corazón le dio a Julián un vuelco dentro del pecho; pero logró mantener la voz inexpresiva.

—¿Quiere usted decir que… era una blanca pobre?

—La noche en que nos conocimos adivinó que procedía de país montañoso. Se lo confieso ahora. Y también admitiré que me negué a ser campesina desde un principio. —Su voz apagada viraba de sentimiento—. Y no me diga que no hay campesinos blancos en América a millares. Sobre todo en su romántico Sur…

—También es usted del Sur, Juana.

—Lo fui hasta que tuve la fuerza de voluntad suficiente para huir de allí. A los dieciséis años, si desea conocer un dato más de mi carrera.

—¿Cuándo conoció al mayor Anderson?

—En el «Oberlin College», donde me empeñaba en trabajar para poder educarme. ¿Le escandaliza esta confesión de independencia?

—Me limito a seguir llenando lagunas —dijo Chisholm—. Claro que si usted me ayuda…

—¿No me conoce bien todavía? Creí estar enamorada de él cuando huí de mis montañas; me aseguré de ello cuando él corrió tras de mí. Venía del Sur y estaba de visita en una posesión del valle. —Juana titubeó un segundo y después siguió diciendo con firmeza—: La misma posesión en que mataron a mi padre por robar la caza. Kirby había subido en mi busca a la montaña. Y, naturalmente, me negué a casarme con él cuando me lo pidió. No me negué cuando me siguió al Norte y

descubrió mi… escondite. Incluso le creí cuando aseguró que quería ocultarme a la vida y a mí misma.

Julián rectificó el rumbo del esquife y no contestó. La voz queda de Juana parecía azotarle en la oscuridad.

—Diga que cree mis palabras. Diga que no me censura…, o aquí se acabará para siempre la historia.

—La creo, Juana.

—Me prometió el imperio de su plantación y mucho más; me hizo su esposa a pesar de la oposición de sus hermanas… y de otros dragones más. Yo hubiera sobrevivido a los dragones si… —aquí se le quebró la voz, pero siguió con bastante firmeza— si hubiera podido confiar en un cambio de vida. O en el propio Kirby. Pero hacía tiempo que se iba consumiendo; sólo restaba de él un hermoso exterior. Yo era muy joven todavía para comprenderlo antes de casarme con él. Demasiado ingenua para soportar su presencia cuando bebía para olvidar que ya no era nada…

Su voz se quebró en un sollozo ahogado. Lloraba, allí en medio de las tinieblas…, y Julián no se acercó a ella para consolarla. Aquella plena confianza en él era algo demasiado precioso para malograrlo ni siquiera con un gesto de simpatía. ¿Qué podría decirle para defender una norma de vida que había parecido siempre tan inevitable como respirar?

—Me fue más fácil de sobrellevar cuando descubrí que había dejado de quererme —dijo Juana al cabo—. Y más fácil todavía abandonarle cuando me entere de que tenía una amante. Entonces volví al Norte. Y como él no se molestó en seguirme, me creí libre de él y de todo lo que representaba. Después estalló la guerra… y recibí noticias de su muerte. En un principio me sorprendió saber que me legaba toda su fortuna. Me hallaba en el extranjero y buscaba trabajo mientras me durara el dinero… No me había importado vender las joyas que él me regaló; al reflexionar comprendí que tampoco me impedía nadie reclamar sus posesiones desde el momento en que eran legalmente mías. ¿Me lo censura?

—Na por cierto —repuso Julián; y se preguntó por qué su voz sonaría a hueco.

—Este mundo sigue siendo de los hombres —dijo juana—. No hay mujer que pueda durar mucho en el si se empeña en ser sentimental… o Cándida. Como ya sabe, cuando nos conocidos en Glasgow yo tenía en Londres un agente que se encargaba de reclamar mi herencia. Por desgracia, las hermanas de Kirby la reclamaban también. Mi posición era la de una aventurera que desde el extranjero luchaba por hacer valer sus derechos por conducto de un abogado internacional.

—Y por ello decidió usted luchar por ellos en América.

Así es. Ya se lo expliqué en Glasgow. ¿Me cree ahora?

—Absolutamente, Juana.

Ella se rió un poco, aunque Julián adivinó que tenía los ojos húmedos todavía.

—Ellas hubieran removido cielo y tierra por impedir mi regreso de haber sabido que volvía como viuda de Kirby. Crea esto también, es la razón de que estemos juntos

en este bote.

—Señora Chisholm, soy su servidor —murmuró Julián—. Le presento mis excusas por haber dudado de su palabra.

—Y yo las acepto, doctor Chisholm. El esquife se balanceó al levantar ella las pesadas faldas e inclinarse hacia delante para estrechar la mano de Julián.

—¿Le deprime demasiado el ánimo saber que… después de todo, soy igual a Lucy?

—No podría serlo aunque quisiera…

—Mis esfuerzos por alcanzar la fortuna, el poder, no son menos desvergonzados. Y recuerde que ella estuvo al lado de su marido hasta el fin; yo escape.

—También huye ahora de mí.

—Nunca estuvimos tan cerca uno de otro.

—En realidad nada de eso tiene importancia. Pertenece al pasado; a ese pasado que está resuelta a olvidar. ¿Por qué no ayudamos mutuamente en lo futuro?

—Yo me encargo de resolver el mío; a usted le toca dar solución al suyo. Ni puedo acompañarle a la guerra, ni usted puede comparecer conmigo ante los tribunales de Atlanta.

—Gracias por esa lección de geografía —murmuró Julián.

—Prométame que no me seguirá. —Juana estaba turbada.

El corazón de Julián entonó un cántico, pero no insistió.

—Dice usted que estoy muy solo —susurró—. Me llama extraño a mi mundo. Ahora empiezo a comprender por qué me conoce tan bien.

—En realidad no le conozco bien.

—También usted está sola desde un principio —siguió diciendo él—. Todas las mujeres lo están cuando se empeñan en desafiar los prejuicios de su época. Juana se echó a reír estrepitosamente.

—Ya sabía que me lo censuraría —observó. Pero Julián no se dejó desviar del tema de la conversación.

—Usted odiaba su juventud; yo soportaba la mía. Usted odiaba a su marido tanto como yo odié a Lucy. Al presente aborrece esta guerra y, sin embargo, vuelve a América para defender sus derechos. Hombres y mujeres han compartido ya esta soledad por razones peores. Si me lo pregunta, Juana, le diré que para esto se inventó el matrimonio.

Juana dejó transcurrir largo tiempo sin responder. Y al hacerlo, su voz había cambiado de entonación. Ya no trataba de entablar combate; Julián sintió la embriaguez del triunfo al ver cómo se derrumbaban sus defensas una tras otra.

—¿Me propone usted el matrimonio, por casualidad?

—Ya estamos casados.

—Pues, ¿qué es lo que me pide, Julián?

—Que me permita ser su marido. Que me permita que la ayude. Yo prometo hacerme a un lado hasta que recobre usted sus bienes. Con toda seguridad podré serle

útil después…

Julián dejó que su voz se apagara en el silencio, y por ello le sorprendió más verla levantarse de improviso y hacer que casi se volcara el esquife al cruzarlo de un extremo a otro para instalarse en la curva de su brazo.

—Hago esto para demostrarle cuánto me honra proposición —explicó—. Después de todo, fui yo la primera que propuso este matrimonio. Estamos en paz.

—Pero me rechaza usted,…

Julián sentía el calor del cabello de Juana en sus mejillas, y a pesar del volumen grotesco de sus faldas sintió adaptarse junto al suyo el cuerpo que había debajo. Sabía que el corazón de Juana latía ahora al compás del suyo Mas eran unos latidos serenos, confiados, sin la menor traza de pasión. De momento, sin embargo, aceptó su proximidad con agradecimiento, sin pedir nada más.

—¿Se niega a responder a mi pregunta, Juana? Ella titubeó de nuevo visiblemente.

—Cada una de las palabras que pronuncio esta noche —dijo— es sincera. No me obligue a mentir a medias para negarme a lo que pide. Convenga solamente conmigo en que no podemos continuar unidos.

—Tiene que decirme por qué. Julián sintió la repentina tensión del cuerpo de Juana en la curva de su brazo, mas no se apartó.

—Podría decirle que al llamarme su esposa me privará de una herencia. Esto sería una verdad relativa, pues, como acaba de decir, podría alejarse de mí hasta que quedara zanjada la cuestión. Podría decirle también que un Chisholm no debe casarse con una montañesa. ¿Le detendría eso?

—No es cierto. No es ni siquiera una verdad a medias.

Juana dejó escapar un suspiro de satisfacción.

—Le creo, Julián. Más aun así debo rehusar su proposición… con agradecimiento y con firmeza a un tiempo.

—Sigo preguntando por qué.

—Y yo me niego esta vez a responder.

—¿Cree acaso que soy un cazador de dotes?

—Creo que es usted bonísimo —replicó Juana, y le ofreció sus labios. A Julián le dio vueltas la cabeza al aceptar lo que se le ofrecía. Mas este beso era lo mismo que aquel otro beso de Juana, en Nassau: una caricia amistosa que no le incitaba a aventurarse más allá. Y cuando se concluyó, al fin, Juana apoyó la cabeza en el hombro de Julián y se acomodó mejor en el hueco de su brazo.

—Voy a decirle algo más —murmuró—. Que usted constituye para mí una experiencia que por nada del mundo hubiera querido dejar de vivir. Nadie, se dijo Julián, le había hablado con tanta franqueza a excepción de Lucy. Pero nunca le habla parecido Lucy tan remota. Sin empeñarse en llegar más allá del punto que acababa de conquistar se dejó dominar por una muda oteada de gozo. Era verdad que Juana le rechazaba, pero ninguna negativa femenina es decisiva. Sobre todo cuando la mujer

es una esposa legal, agregó para sí con una sonrisa, y sobre todo cuando ofrece amablemente sus labios sin que se los pidan.

Como Whit había dicho muy bien, era su luna de miel, y aún tenía por delante el resto de la noche. Aguardaría a que la mágica complicación se resolviera de acuerdo con su ritmo.

6

La proa del bote arañó la arena y Julián salió de su voluntaria somnolencia. Juana seguía inmóvil, acurrucada en la curva de su brazo, con los ojos fijos en el cielo, que comenzaba a aclararse. Julián adivinó que no dormía; soñaba despierta, como él en esta última etapa de su vida. Aun antes de saltar por encima de la borda y de halar el bote hasta tierra firme, se dio cuenta de que jamás se había sentido más vibrante ni más lleno de vida.

—Hemos llegado a la isla Fisher, señora Chisholm. ¿Quiere bajar a tierra?

La levantó en sus brazos y descubrió que pesaba demasiado para poder llevarla muy lejos. Ella respondió con otra a su sonrisa al dejarla bruscamente de pie en la pendiente de la primera duna.

—Realmente no puedo andar con estas faldas…

—Espéreme aquí. Voy a encaramarme a esa duna y veré dónde estamos.

—Consultemos primero el mapa. Asegurémonos de que realmente pisamos la isla Fisher.

Julián retrocedió sin demostrar una sorpresa extraordinaria cuando Juana sacó de entre los pliegues del cuerpo de su vestido un trozo de pergamino doblado. Esta vez no le quedó tiempo para resentirse de que hubiera sido Juana, y no él, la que hubiera pensado en llevar un mapa de la bahía de San Agustín.

—Tendremos que arriesgarnos a encender un fósforo.

Julián encendió un *lucifer*, protegiendo la llama con el hueco de las manos mientras ambos inclinaban la cabeza sobre el mapa de pergamino. La isla Fisher se hallaba al extremo meridional de la bahía, con el estuario del Matanzas al Este. Anastasia, la gran isla interpuesta poco antes entre su embarcación y el mar abierto, se levantaba ahora en el marjal, teniendo por fondo inmenso al océano. Justamente frente por frente a la playa en que estaban, se abría el mar al río Matanzas. Aun a la difusa luz de los astros nocturnos distinguió Julián la espuma de las rompientes sobre la inevitable barra de arena, la línea más oscura del agua profunda, que señalaba la presencia del canal. Desde el punto en que se hallaban, sobre la playa oriental de la isla, no veía nada más que cielo y mar… interrumpidos al Sur por la línea de cedros de la punta pantanosa de la isla Anastasia en el punto que se elevaba a un terreno más alto.

También la isla era, en su mayor parte, pantanosa, dedujo Julián. Únicamente en el punto preciso donde estaban se unía el terreno al nido de dunas de lomo pronunciado, como una joroba, que penetraba como una cuña en la boca de la bahía. Vio que había sido prudente al halar el esquife, pues cuando subiera la marea les hubiera sido dificilísimo remar para mantenerla en su camino sin ser arrastrados a alta mar.

—Don Amadeo habló de una cabaña de hojas de palmera.

—Está aquí —dijo Juana.

Su dedo índice señaló un punto del mapa en el momento crítico en que se apagaba el *lucifer*. Señalada con una cruz, como un tesoro. Julián le dedicó una sonrisa por encima de la llama chisporroteante del fósforo.

—¡Qué bien detallado está todo! —observó.

—Whit posee un duplicado —repuso tranquilamente Juana—. No le costará gran trabajo dar con nosotros mañana.

—¿Y si la cabaña estuviera ocupada?

—No lo está; de haber sido así, Whit nos hubiera esperado aquí para comunicárnoslo.

Julián profirió un silbido suave y prolongado; esta vez estaba seguro de no haber pasado por alto un guiño de Juana.

—Parece ser que los dos han pensado en todo —observó—. ¿Qué tenemos para desayunarnos mañana?

—Llevo jamón y un paquete de sopa de maíz en el bolso —dijo Juana.

Julián dio media vuelta, sin responder, y fue en busca del equipaje, que se había quedado en el bote. Juana le aguardó en la pendiente de la duna.

—Si vuelve un momento la cabeza podré ayudarle —dijo, al poner él a sus pies la última caja.

—¿Qué?

—Que hale usted el esquife hasta colocarlo lejos de la orilla —repuso Juana— y que no vuelva la cabeza durante la operación. No es timidez, Julián; es que deseo darle una sorpresa.

Él obedeció sin murmurar y trató con toda sus fuerzas de no volverse, mientras sacaba el esquife del agua y lo llevaba hasta la arena seca. Los pies de Juana se movían sin hacer ruido. Cuando Julián se volvió, en respuesta al grito de ella, pensó en un principio que se había desvanecido. Su vestido, puesto en pie sobre la voluminosa falda, parecía a la luz de las estrellas estar animado como si la concha de su primitiva ocupante tuviera todavía el poder de burlarse de él. Luego vio que Juana estaba sentada en lo alto de una duna, su esbelta silueta destacando del fondo de la noche. Descalza, con el cabello sujeto por un pañuelo, hubiera podido pasar por un muchacho.

—Whit me prestó la camisa —explicó—. Los inmencionables[10] fueron hechos de acuerdo con mis instrucciones.

Así diciendo, bajó de la duna y, al pasar, dio un golpecito en la rigidez almidonada de las faldas.

—Confiese que no existe mejor atavío que éste para una noche fresca al aire libre.

Más Julián seguía con la boca abierta. Nunca había visto, hasta aquel momento, a una mujer con pantalones. Y mucho menos a una mujer capaz de proveerse de tal indumentaria.

—¿Dónde…?

Juana extendió una pierna para que él la examinara.

—Vea usted. Me los hicieron en Londres… para casos como éste. ¿Qué le parece? ¿Me sientan bien, doctor Chisholm?

—Responderé a esa pregunta cuando despunte el día —dijo Julián, luchando por recobrar el aplomo.

—La casa de don Amadeo está al otro lado de la duna. Está vacía y parece ser habitable. ¿Vamos a verla?

Julián se inclinó —era necio inclinarse ante una criatura vestida como él, mas no se prescinde así como así de la fuerza de la costumbre— y recogió del suelo las cajas sin proferir una palabra.

—Esta vez —observó Juana— sí que voy a servirle realmente de ayuda.

Lo demostró siguiéndole, ligera, por la pendiente de la duna, con un portamantas al hombro.

—¿Qué haremos de su vestido? —interrogó Julián, volviéndose a mirarla.

A aquella distancia la grotesca prenda parecía poseer, más que nunca, una vida propia. Semejaba una vieja que hiciera pucheros al ver que la abandonaban.

—Deje en paz a tía Caridad —aconsejó Juana con picardía—. Es una dama bien educada… Podemos dejarla sola, sin miedo.

Se detuvo un segundo, como un hada descalza, a la luz de las estrellas, y luego precedió a Julián hasta la hondonada. Él la siguió como un perro fiel, tratando de no jadear bajo el peso de la carga, mientras sus pies, calzados con pesadas botas, se deslizaban rápidamente sobre la arena.

La cabaña de hojas de palmera estaba, en efecto, en el punto señalado en el mapa. Se apoyaba en un nido de dunas, a poco más de trescientas yardas de agua. Unos postes sólidos de tronco de palmera elevaban su suelo unos seis pies sobre la arena de la hondonada; la cabaña, marchita por el sol, pero intacta, tenía tres paredes entretejidas; componía la cuarta una puerta que miraba al Sur. Julián encendió otro *lucifer y* asomó con precaución la cabeza para examinar el interior: el suelo estaba limpio y desnudo; en un rincón se hallaba el pequeño hogar de piedra, y en el techo, encima de él, un boquete para dejar salir el humo. A juzgar por los cimientos de piedra que rodeaban la cabaña —cubiertos de arena ahora muchos de ellos— el lugar debió de ser, no mucho tiempo antes, una salinera. Los rotos ladrillos del hogar debieron sostener en otro tiempo el peso de pucheros y sartenes.

Al entrar Julián en la choza divisó el papel prendido en el renuevo de cedro que servía de apoyo a la parrilla. Encendió entonces otro fósforo y vio que la nota estaba cubierta de las «patas de araña» de Whit:

Acabo de verificar una exploración cuidadosa; la isla está desierta. Bonne nuit, *amigos míos, en vuestro privado Edén. Si tengo suerte, volveré mañana por la mañana, para deciros cómo es el terreno que* se *extiende más allá*.

Julián prendió fuego a la pequeña hoja de papel. La oscuridad era más profunda en el interior de la cabaña y perfumaba el aire un olor débil a hojas de palmera. Julián vio dibujarse sobre el fondo estrellado de la puerta la silueta de Juana y comprendió que se habla apresurado a dejar el equipaje para observarle mientras leía.

—¿Por qué quema esa carta?

Él no respondió a la pregunta. Observó:

—Veo que esta noche hay muchas personas que piensan por mí.

Juana dio un paso hacia delante en la oscuridad, y le puso una mano en el brazo.

—¿Le importa mucho eso?

—Usted me lo ha confesado todo, excepto que planeaba pasar la noche aquí, desde un principio.

—¿No es lo más prudente, Julián?

—No estoy muy seguro de que lo sea —dijo él.

—¿Tiene miedo? Yo no. Le ruego que me crea.

—Si no es mucho pedir, ¿me permite que trace yo también un plan, para variar un poco?

—¿Se hubiera detenido aquí, conmigo, si yo no se lo hubiese sugerido?

—Jamás. Y no me pregunte por qué. Ya lo sabe.

—Dígamelo de todos modos —murmuró ella, aunque ya no había necesidad de hablar en voz baja.

Como decía Whit en su nota, era su particular Edén, Julián no recordaba haberla tomado en sus brazos. Es muy posible que Juana se echara sencillamente en ellos y se hallara aguardando. Mas en esta ocasión, el beso de Juana fue como blanca llama en la oscuridad, llama que quemó hasta la última de sus dudas.

—¿Es ésta la respuesta a su pregunta? —interrogó Julián.

—Tía Caridad comienza a sentirse sola —dijo Juana—. Además, creo que la cabaña necesita una dueña.

Ni uno ni otro volvieron a proferir una palabra mientras regresaban a la playa. El femenino vestido del viaje los aguardaba en la pendiente, cara al mar, sin parecer por ello menos humano.

—Si la toma por el talle no se escandalizará —observó Juana—. Yo me encargo de llevar la falda.

Esto fue todo lo que pudieron hacer entre los dos: llevar aquella carga enojosa. Julián no se atrevía a hablar. La presencia de la voluminosa prenda, provista de ballenas, le repelía y le serenaba a la vez, como si *tía Caridad* poseyera una personalidad real, capaz de contenerlos… Logró hablar al fin, después de haber llevado el vestido hasta el interior de la cabaña y de colocarlo rígido, y siempre de pie, en un rincón.

—¿Cómo puede usted andar metida en eso?

—Porque no soy tan frágil como se deduce de mi aspecto —repuso Juana—. Al coser ahí el oro lo hice con intención de llevarlo puesto… Está distribuido para ser

llevado desde dentro, no desde fuera.

Julián se recostó en el poste central de la casa mientras ella iba y venta, en silencio, entre el equipaje, por lo visto la tarea de transportar a *tía Caridad* le habla hecho recuperar la calma. Mientras observaba cómo extendía las capas sobre el tosco suelo y sacaba, de una caja, un par de mantas, Julián descubrió que aceptaba, sin ilusión, aquel refugio por hogar.

—¿Podemos encender fuego sin riesgo, Julián?

—Si no es muy grande…

Entre las piedras rotas del exterior había alguna leña y varias ramitas de pino diseminadas alrededor. Julián cogió tres buenas brazadas, sin pensar absolutamente en nada. Juana no se volvió, al entrar él con su carga. Trabajaba diestramente en la oscuridad y ya tenía preparado el jamón y puesta la sopa en luna cacerola pequeña y una cafetera colocada encima del fuego improvisado.

—¿Quiere comer ahora o por la mañana, doctor?

Él encendía el fuego sin mirarla.

—¿Por qué no ahora y mañana también… si es que tenemos bastantes provisiones?

—¿Y si nos hubieran abandonado?

Whit constituye nuestra vanguardia. Nos arriesgaremos a ello.

Era extraordinariamente agradable volverse a sentar y observar cómo Juana preparaba la cena. Sus manos se movían con ligereza y seguridad sobre las llamas; Julián se dijo que debía haber guisado así desde la infancia. Una nueva Juana se desprendía de la danza, fantástica, del fuego. Era una muchacha capaz de llamar la atención por su personalidad propia, no por el atavío mundano del que, con tan visible indiferencia, acababa de despojarse. Había algo tranquilizador en la manera con que se echó hacia atrás el cabello al ofrecerle su plato; algo profundamente amistoso en la sonrisa que le dirigió al tomar el suyo y sentarse a su lado, encogiendo las piernas.

—Diga si alguna vez ha tomado un café mejor, si es que se atreve.

Julián descubrió que podía simular una despreocupación que no sentía.

—Si ésta es la muestra, soy capaz de quedarme aquí para siempre.

Esperando, en silencio, en la parte exterior del círculo formado por el fuego, observó cómo las llamas arrancaban resplandores del cabello de su mujer, al inclinarse ella para volver a llenar su taza. «Whit Cameron disipará mañana el encanto —se dijo—; llegará de tierra firme y nos dirá que ya podemos seguir el camino de Georgia. Pero esta noche es nuestra. Juana es la que hace lo que sea, Influida por el mapa, obediente a un impulso que explicará cuando llegue la hora. Dejémosla que disfrute a su modo. Si éste ha de ser nuestro epitalamio, que lo cante como quiera sobre este fondo de fuego y de estrellas».

Juana recogió los platos y las tazas del café y los colocó, en un montón, junto al fuego.

—En otro tiempo, me gustaba fregar en seguida los platos. ¿Verdad que no me juzgará desordenada si hoy aguardo para hacerlo mañana?

—Está en su casa, señora Chisholm. Llévela conforme a sus métodos propios.

—Es nuestra casa, Julián, de momento. ¿Le inquieta la perspectiva? Él adoptó, con otro esfuerzo, un ligero tono de voz.

—Es maravilloso poder tener casa otra vez. —Juana clavaba la mirada en el fuego.

—Sí —asintió—, aun cuando, sólo sea por esta noche. Aunque mañana deba verse encerrado en una prisión yanqui.

—¿Tan dramática es nuestra situación?

—Podría serlo.

—Yo creo que estamos seguros. Somos paisanos.

—Pasado mañana ya no lo estaremos —dijo Juana interrumpiéndole—. Es muy probable que hayan oído hablar de usted ya en San Agustín. Que incluso sepan que se hallaba a bordo del *Shewanee* con su flamante esposa…

Julián la miró atentamente, preguntándose por qué se le ocurría una idea tan peregrina. Pero Juana estaba muy seria al continuar, semejante a un conspirador que piensa en voz alta, no con mucho entusiasmo.

—Usted es un Chisholm, y piensa aceptar un cargo de importancia en el Ejército confederado. Los yanquis le detendrán si pueden. —Bajó la vista, por vez primera, y se miró fijamente las manos—. ¿Reconoce ahora que fue prudente enviar por delante a Whit?

Algo en su actitud acababa de levantar una barrera entre los dos, en el mismo momento en que, por el contrario, Julián esperaba ver derrumbarse la última que les separaba. Dominándose lo mejor que pudo, observó:

—Creo que me concede usted demasiada importancia…

Juana se puso en pie y se alejó del fuego, ya moribundo. Al volver a hablar se hallaba en pie a la puerta de la cabaña, con los ojos clavados en la altura.

—Para mí es usted importante.

—Gracias de nuevo, pero no veo…

—¿No le sugirió Whit que ofreciese sus servicios a la Unión?

—Más de una vez.

La pregunta le turbaba por completo. Aunque parecía que Juana se la dirigiera por casualidad, advertía que nunca había estado más seria que ahora.

—Incluso me sugirió que en vez de fracasar podría salir de la guerra convertido en general.

—Esta noche querría yo que le hubiera hecho caso. Un momento antes Julián había comprendido que podía tomarla en sus brazos cuando quisiera. Ahora era sólo una forma sobre el fondo del cielo; estaba tan lejos de él como una nube. Dejó que el asombro que le inspiraba el descubrimiento se profundizara en el silencio. Al hablar Juana de nuevo, su voz era tan distante como su actitud.

—En Glasgow planeé nuestro matrimonio; concerté también pasar esta noche en la isla Fisher. Confío en que me lo perdonará. ¿Me perdonará también que haya pensado en entregarle a los yanquis?

—Vale más que termine de hablar antes de que yo le responda.

—Whit lo hubiera arreglado todo, de habérselo pedido —dijo Juana—. Una palabra suya al comandante, diciéndole que había llegado a la costa… Su acento disipó al instante la cólera de Julián.

—¿Debo deducir de eso que quería liberarme de mí mismo?

—Le hubieran internado a usted algún campo —siguió diciendo Juana—. Y cuando les diera palabra de no escapar, le hubieran nombrado, mediante contrato, cirujano del Ejército. Usted dijo que no quería desempeñar ningún papel en esta guerra. ¿Por qué no salvar vidas mediante su profesión? ¿Por qué no colocarse en lugar seguro?

Julián veía ahora con toda claridad el proyecto de su mujer. Recordaba las preguntas encubiertas de Whit, mientras se hallaban junto al borde del clíper y veían desaparecer, bajo el horizonte, al primer cañonero yanqui. Y la sugestión del jugador de que, si se quedaba a bordo del *Shewanee*, le llevarían a Key West. Aun ahora le costaba trabajo creer que el jugador hubiera hablado por cuenta de Juana. Se le hacía duro tener que afrontar el hecho de que ella hubiera desempeñado su papel con la previa idea de traicionarle.

—Maldiga lo que guste —le dijo—. Fue una tentación muy difícil de resistir.

—Celebro que crea que vale la pena conservarme —dijo Julián, al cabo.

—Y no me desprecie —siguió diciendo Juana, sin hacerle caso—. Como ve, he logrado vencer con firmeza la tentación. Julián descubrió que podía unirse a su risa ahora.

—Se me figura que ahora es usted la romántica —observó después.

—¿Porque trato de ordenar su vida?

—¿Cómo sabré que no la ha arreglado ya? Quizás esta isla esté, en este momento, rodeada de enemigos. —Es posible. Más, aun así, sigue siendo nuestra. «De modo que volvemos al punto de partida —pensó Julián—. Somos marido y mujer y disfrutamos de un momento de trasnochada luna de miel». Y en voz alta contestó:

—Nuestra… hasta mañana por la mañana, gracias a sus planes.

—No dirá que no los tracé bien.

—Le estaré eternamente agradecido, Juana, aunque mañana por la mañana marche Whit sobre esa duna seguido de un pelotón de marinos yanquis.

—No vendrá. Le conozco a fondo. Es más: nuestro pasaporte para Georgia espera en el continente.

—De acuerdo. Con tal de que no surjan incidentes… Diga: ¿todo esto quiere decir todavía que debemos decirnos adiós al llegar a Santa María?

Juana hizo un pausado gesto de asentimiento. Sus, ojos asumieron una expresión turbada.

—Si le hubiese detenido aquí, ¿me lo hubiera perdonado? —interrogó después.

—Jamás. Sobre todo, si usted hubiera proseguido sola su camino.

—Interrúmpame si me equivoco —dijo Juana—, pero…, ¿está enamorado de mí?

—Irremisiblemente.

—¿Hace mucho tiempo?

—¿Cuándo le parece a usted?

—Desde Nassau.

—Bien, pues desde Nassau, para principiar.

—Sucedió la noche en que le ayudé a olvidar a Lucy. La noche en que me obligó a cerrar la puerta que nos separaba.

—Confiese que fui prudente.

—Y desea usted que se prolongue nuestro matrimonio, ¿es eso?

—Ahora ya lo sabe todo —dijo Julián—. Cuando la haya perdido tendrá que ser usted la que me refiera lo que sigue.

—Me olvidará usted —manifestó Juana, convencida—, lo mismo que ha olvidado a Lucy. Dígame la verdad, Julián: ¿amarme… es pagar un precio muy elevado por esto?

—Elevadísimo…, si debo perderla a usted mañana.

—Todavía estoy aquí —observó Juana, bajando al fin los ojos.

—¿Quiere decir eso que… me ama un poco?

—Si no le amase, ¿hubiera querido hacer que le arrastraran? ¿O le hubiera detenido en esta isla arenosa como una desvergonzada?

Los dos estaban ahora en pie, frente a frente. Otra mujer, pensó rápidamente Julián, hubiera bajado los ojos al hacer semejante declaración. Juana respondió con mirada firme a su mirada, y la llama que ardía en sus ojos casi superaba a la de los ojos de él.

—¿De modo que será mi mujer esta noche? —interrogó Julián—. ¿Puedo tener tai esperanza?

—Sí, ciertamente —repuso ella muy tranquila.

—¿Y cree que puedo tener hoy una mujer para perderla mañana?

—Creo que así será… No es posible otra cosa. —Juana exhaló un profundo suspiro—. Yo pienso aceptar en estas condiciones a un marido, ya que, para m, no puede ser de otro modo.

Pero Julián no quería ceder…

—En Glasgow hicimos un pacto…

—Ahora que nos hallamos en Florida le dejo en libertad de hacer lo que quiera.

—Confiese que he hecho honor a él hasta el fin.

—Un caballero del Sur no podía hacer menos —repuso Juana, con voz tenue como un susurro—. Aun después de saber que su esposa no es una señora.

Una vez más Julián no se entretuvo en averiguar cómo la había encontrado entre sus brazos ni quién de los dos fue el que inició el beso. Pero esto era precisamente lo

que se requería para disipar de su espíritu hasta el último vestigio de duda.

7

Se despertó una vez durante la noche y vio a *tía Caridad*, siempre rígida en su rincón, irguiéndose ante ellos como una intangible virtud. Pero no se levantó del improvisado lecho nupcial. Juana suspiró en sueños, entre sus brazos, y su aliento era una cálida caricia para su sosegado corazón. Sabía que al contacto de sus labios cesada aquel sueño…, que únicamente tenía que murmurar algo a su oído para que el cuerpo de ella se amoldara al suyo otra vez. Más no la despertó: de momento el recuerdo era más precioso que el deseo de renovar su dicha.

Volvió a despertarse, por completo esta vez, al caer un ardoroso rayo de sol sobre sus párpados somnolientos; el aroma del café ya se extendía, con penetrante intensidad, por la atmósfera. La cabaña estaba vacía: se dio cuenta de ello mucho antes de poder levantarse sobre un codo y parpadear, resentido, bajo la luz diurna. En el hogar de piedra crepitaba un fuego de nuevo; era evidente también la mano de Juana en los cuidadosamente fregados platos que esperaban recibir el desayuno; mas Juana se había desvanecido mientras él dormía.

Se puso en pie, llamándola a gritos, y al divisar el papel que ella había prendido junto a la puerta sonrió, deslumbrado.

Voy a nadar un poco antes del desayuno. ¿Querrás acompañarme?

Nadar antes del desayuno… Esto era lo último que cabía esperar de una recién casada a la mañana siguiente de sus bodas auténticas, pero Juana había dejado ya de sorprenderle. Julián salió al exterior, y sólo a mitad del camino de la playa se acordó de que iba desnudo como Adán. La idea le produjo risa y corrió por la pendiente de la duna.

La ropa de Juana estaba formando un montón, a la misma orilla del agua; Julián oyó a su mujer gritarle los buenos días antes de verla, como una nereida, entre la espuma de la olas. De un salto se unió a ella, con el corazón rebosante de felicidad. La noche anterior —aun en medio de su éxtasis— temió la desilusión del despertar, la realidad que se abre paso con el alba. Mas esta realidad era ahora tan sana y tan limpia como el mar en que acababa de zambullirse.

Juana le ofreció, entre dos olas, unos labios impregnados de sal. Se besaron largamente, a ciegas, dejando que la segunda ola los alzara sobre su cresta antes de separarse. Sólo entonces se dio cuenta Julián de que su mujer iba tan desnuda como él… y que tampoco le daba importancia.

—¿Por qué no me has despertado? Hubiéramos podido venir juntos hasta aquí.

—Dormías tan sosegadamente que no tuve corazón para despertarte.

Juana nadaba con el vigor y la gracia de un muchacho, echando hacia atrás la rojiza mata de pelo cada vez que llegaba una ola y luchaba por salir de ella para encontrar el mar calmado más allá. El agua, color verde manzana y traslúcido como el cristal, reflejaba su imagen y la colocaba entera ante los ansiosos ojos de Julián: los altos senos blancos (cubiertos de espuma, según pudo ver al elevar Juana un hombro

chorreante), las opulentas caderas que iban disminuyendo en la oscuridad cuando se hundía en el océano y se reía de su mirada absorta.

—Y bien, doctor, ¿disfruta de su luna de miel?

Él repuso a la pregunta en debida forma, sin proferir una palabra. Juana jadeaba al liberarse de sus brazos y nadó con todas sus fuerzas en dirección a la playa. Él la siguió, dejando entre ambos una discreta distancia, cada vez que ella se levantaba, de medio cuerpo para arriba, sobre la cresta de una ola, dejando caer los talones en busca del fondo de la playa.

—Volvamos» a casa, Julián. Está ya muy entrada la mañana… y desde detrás de esa hoya de arena se ve claramente la ciudad.

—Confiemos en que no nos habrán visto desde allí.

—Creo que podremos desayunarnos en paz. Juana y el desayuno… Julián subió a su lado por la playa, extraordinariamente contento, sin permitir que su mente explorase más allá. Fue sólo el hábito el que le obligó a detenerse ante el pequeño lío de ropa colocado en el mismo punto en que empezaba la arena.

—¿No tienes miedo de un constipado?

—¿Con este sol? ¿O te da vergüenza ver a tu esposa en traje de Eva?

Julián retrocedió en silencio para dejarle paso, y le ofreció la adoración de sus ojos; Juana aceptó la invitación con la cabeza alta. Hasta el día de su muerte recordaría Julián cómo la luz del sol bañaba sus largas piernas, esbeltas, mientras ascendía por la duna. Y de repente él echó a correr, pendiente arriba, para reunirse con ella y le rodeó el talle con ambos brazos, en el preciso momento en que retrocedía lanzando un ligero grito.

—¿Qué es eso, preciosa?

—Que hay una serpiente en nuestro edén… Llegó antes del desayuno. ¿O será mejor decir francamente que hay un hombre en nuestra cabaña?

Julián se dejó caer a cuatro pies y atisbó por entre la pantalla de hierba y alambres, mientras Juana se escondía para ir en busca de su ropa. No cabía duda, la cabaña estaba ocupada, aunque todo lo que pudo Julián distinguir a la distancia en que se hallaba fueron las piernas vestidas con pantalones del ocupante, que evidentemente estaba sentado junto a la puerta y dejaba columpiar sus piernas.

—Tranquilízate, Juana —dijo—. Veo el tartán de Cameron y deduzco que ha venido solo.

—¿Hablarás con él, o prefieres que sea yo quien le hable?

—Creo que debes ir a vestirte —dijo Julián, y se, lanzó a la ascensión de la duna sin más tiempo para pensar.

Las elegantes piernas enfundadas no se movieron al aproximarse él, aunque una mano surgió para dar un golpecito a la ceniza del cigarro y tirarla sobre la arena. Julián conoció al punto aquella mano y expresó la tensión de su espíritu con un suspiro.

—¿Qué es lo que representas? —deseó saber Whit—, ¿el amanecer de los

tiempos?

—No te preocupes. Explícate.

—No me acuses de indiscreto —dijo Whit—. Aunque he llegado temprano por exceso de prudencia, llamé antes de entrar. Al leer la nota de Juana me senté y esperé como modelo de padrinos de boda… Sé tú también modelo de maridos y vístete para el desayuno.

El jugador tenía en la mano libre una taza diminuta de café, y aspiró con expresión agradecida su aroma, mientras Julián se ponía la ropa.

—¿Es tu costumbre fruncir el ceño así antes del desayuno? —dijo—. Permíteme que te sirva una taza. Si Juana desea vestirse aquí, podemos también charlar mientras vamos hasta mi esquife.

—Así diciendo, —Whit dio una fuerte chupada al cigarro—. Se halla anclado junto al mar, en un marjal cubierto de hierba. Es como una cueva que mis amigos del continente creían que no podría encontrar yo solo. Quizá tengo talento para esta clase de cosas, por lo visto.

—Indudablemente lo tienes también para hacerme aguardar. Ya estaríamos ahora sanos y salvos en San Agustín.

—Ese si condicional es una palabra importante en ocasiones —dijo Whit—. Bueno, te diré que fue una inspiración el adelantarme a vosotros. No me refiero únicamente a tu luna de miel, Julián; aludo también al mundo de mis nuevos amigos.

Julián se anudó la corbata con dedos firmes.

—Cuéntamelo todo a tu manera, Whit. Ya he aprendido a ser paciente.

—Bien. Puedes estar seguro de esto —dijo Whit—; de que salimos esta misma noche para Georgia. Iremos en tren hasta Picolata, en el Saint Johns. Y desde allí, por mar, hasta Santa María. Por desgracia, con una condición a la que me he prestado en beneficio tuyo.

Tomó de la mano de Julián su chaqueta y la echó sobre un portamantas.

—No te molestes en vestirte así. Tienes que volver en seguida, disfrazado de pescador.

—¿Y tú?

—Juana y yo esperaremos aquí hasta el oscurecer y pasaremos a San Agustín en un bote. Créeme, no hay el menor peligro. Sobre todo si te encargas a tiempo del brazo de tu hombre y si el hombre vive todavía.

Julián miró fijamente al jugador. Por esta vez el aura de misterio de que se rodeaba tan mañosamente dejaba de impacientarle; nadaba todavía con la imaginación, junto a Juana, en el mar de color verde tierno. Sólo superficialmente se daba cuenta de que el idilio en la isla había terminado de manera tan extraordinaria como empezara.

—¿De manera que has encontrado un paciente para mí en San Agustín?

—Sí, y muy importante. ¿Has oído hablar de John Jackson Dickinson?

Julián hizo un gesto afirmativo. Dickinson era un guerrillero, un jefe que había

hostilizado desde un principio a los invasores de la Unión. Gracias a sus incursiones, los yanquis se vieron imposibilitados de extender sus posesiones de la costa hasta el momento presente. Operando desde una base en el interior de la península, libró, con los suyos, una docena de sangrientas batallas y luego se los llevó a la base…

—No irás a decirme que le han hecho prisionero…

—Muy al contrario. Pero no hay que confiar en que nos deje libre el paso hasta que hayas salvado la vida de su lugarteniente.

Whit indicó la bahía con el gesto.

—Es un jovenzuelo apellidado Broussard, que echa fuego por las narices. Dos de sus compañeros le llevaron ayer a San Agustín con un brazo destrozado. Se halla escondido en una casa de la Charlotte Street, mientras Menéndez busca un cirujano digno de confianza.

—Ya veo que has hecho amistades en Florida —observó Julián—. Naturalmente, nos servirá de mucho que puedas identificarlas.

—¿Dónde tienes la memoria, feliz recién casado? —Whit se puso en pie y ahogó un bostezo—. ¿O hubieras querido que aguardara a la tarde para molestarte? Créeme, no hay tiempo que perder. El brazo de ese muchacho no tiene espera.

Julián tomó el estuche de los instrumentos y salió al exterior, otra vez a la arena.

—Entonces será mejor que vayas al grano. Ese Menéndez es, si no me engaño, el pariente que don Amadeo tiene en San Agustín. En la calle de San Jorge. ¿Por qué le has dicho que soy cirujano?

—No se lo he dicho. Como siempre, tu fama te precede. Y no tuve más remedio que ofrecerle tus servicios.

Whit seguía cómodamente sentado a la sombra de la cabaña de hojas de palmera, balanceando las piernas.

—El mapa de don Amadeo es bueno; hallé mi camino río arriba y desembarqué sin contratiempo. La casa de su cuñado está donde debe estar, en la calle de San Jorge. Don Carlos es la flor y nata de la cortesía… Pero había prometido hallar un cirujano para Broussard y sabía que tú viajabas a bordo del *Shewanee*…

—¿Cuándo ocurrió el accidente?

—No fue precisamente un accidente: las guerrillas y una patrulla de yanquis cambiaron unos disparos cerca de Palatlsa y a Broussard le alcanzó una bala. Sus hombres le llevaron entonces directamente a casa de Menéndez y don Carlos le envió a casa de un amigo…

—¿Sin que se opusieran los yanquis de San Agustín?

—Reservan toda su inteligencia para permanecer allí. Naturalmente, dominan la ciudad; no corren el menor riesgo de verse atacados por mar. Mas necesitan toda la guarnición para vigilar a Dickinson. Esto es, por lo menos, lo que afirma Menéndez… Nadie se opondrá, pues, a que salgamos de la población en un convoy de carretas: el contrabando sigue llevándose a cabo abiertamente. Así es como pudieron entrar a Broussard en San Agustín. Sus camaradas confiaban en poder

sobornar a un cirujano yanqui, pero sólo hay dos en el cuartel en estos momentos: uno es honrado; y el otro, un carnicero.

Julián estaba en pie, iluminado por los ardientes rayos del sol, y el aplomo del jugador le hizo arrugar el entrecejo. Era propio de Whit tomar como la cosa más natural del mundo la enmarañada madeja de la guerra; para él no tenía nada de particular que un hombre mal herido se hallara en ciudad enemiga y no se atreviera a solicitar ayuda.

—Muéstrame el lugar donde está oculto el bote —dijo— e iré allá en seguida.

Sin mirar atrás se dirigió hacia la parte de la isla que daba a la bahía. Whit disponía de tiempo suficiente para explicar su ausencia a Juana cuando volviera a la cabaña. Su luna de miel había sido demasiado breve, lo mismo que otras. Claro que valía la pena de arriesgarse con tal de vivirla; valía incluso el súbito dolor de la separación. Al recordar, ahora, el recién esbozado plan de entregarle a los yanquis, Julián se echó a reír en voz alta. Era, sin duda, lo más apropiado comenzar —aun con tal adelanto—, su carrera Militar operando a un guerrillero moribundo, quizá bajo la boca de los cañones yanquis.

Whit se mantuvo sin esfuerzo en la misma línea que él mientras se encaramaba a una hendidura de las dunas ante la bahía.

—Naturalmente, tendrás que tener presente una cosa: ¡esa operación no puede fallar,…!

—Toda operación puede fallar. Sobre todo si se lleva a cabo demasiado tarde.

—Yo me limitaba a pensar en nuestro bien. Dickinson estará furioso si pierde a su lugarteniente; don Carlos se pondrá doblemente furioso si se le obliga a interrumpir el contrabando por vía de castigo. Probablemente te entregará al cuartel general de los confederados…, como médico que opera, sin licencia, en terreno enemigo.

—Correré ese riesgo —dijo concisamente Julián—, ¿dónde está tu mapa?

Pero, al contemplar, por fin, la rada de San Agustín, comprendió que no era necesario. Aquella mañana la vieja ciudad dormitaba a una milla de distancia, al otro lado del mar abierto; la componía un grupo de paredones de *coquina*, marchitos por el sol, y de jardines brillantes, asfixiados de calor. La masa del castillo aparecía, dominante, sobre la línea baja del horizonte. La bandera de la Unión flotaba por encima de la garita más alta del centinela, que no ofrecía señal de hallarse ocupado a aquella hora; evidentemente, el comandante consideraba que le ofrecían protecciones suficientes los dos cañoneros meciéndose sobre sus anclas, junto al muro de la escollera. A excepción de un *catboat*[11] o dos, la bahía estaba vacía de otros buques. A tal distancia, San Agustín parecía una ciudad de juguete, olvidada bajo el sol, dispuesta a desvanecerse en cualquier momento entre el verdor de los marjales y el triste muro verde castaño de la barrera de pinos del Oeste.

—Sigue esa punta en dirección Sur —dijo Whit—. Allí termina la población. Detrás comienza el río de María Sánchez. Sólo es un camino fluvial, de marea, abierto en el marjal, pero fluye en línea recta en la puerta posterior de la ciudad.

Whit precedió a Julián para mostrarle el punto en que estaba el esquife entre la hierba del lodazal.

—Al final de la calle de San Jorge hay un malecón No puedes dejar de ver la casa de los Menéndez en cuanto hayas atado a él el bote. Es de coquina, como las otras, pero a la puerta hay muchas flores y además es la única que tiene tejado de pizarra.

—¿Y si me detuvieran?

—No te detendrán. Recuerda que eres un honrado pescador de mújoles; una vez que hayas llegado, importará poco. Don Carlos me aseguró que no hay ningún amigo de los yanquis en la vecindad.

—¿Y cómo sabes que don Carlos no nos tiende un lazo en que podamos caer todos?

—No lo creas —dijo alegremente Whit—. Además, si te pescan no podrán hacer contigo cosa peor que internarte por algún tiempo. Todavía no vistes el uniforme y vas a hacer una obra de caridad.

Julián dirigió una mirada inquisitiva al jugador, pero Whit no se alteró; si sus palabras ocultaban secreta intención, la disimulaba magníficamente. Julián colocó la caja del instrumental debajo de las escotas de popa y se sentó en el esquife, que se bamboleaba; como había dicho Whit, era un barco pesquero de fondo plano provisto de diversas redes e impregnado de un olor característico.

—Debajo del asiento, hay un sombrero de paja —le advirtió su amigo—; cálatelo hasta las orejas, y estarás muy propio.

Julián se puso el ancho sombrero ladeado sobre una oreja y tomó los remos. Ya llevaba enrolladas por encima del codo las mangas de la camisa y bendijo el color tostado adquirido durante la travesía a bordo del *Nueva Providencia*. Incluso para unos ojos meridionales podía pasar ahora por oriundo del país. La silueta de Whit se alargó a la sombra de la duna, y con el cigarro entre los labios apuntó al espacio.

—¿Qué mensaje deberé transmitir a tu mujer?

—Dile que volveré pronto.

—No cuentes con eso. Don Carlos insistirá en que permanezcas al lado de su paciente.

Julián quiso protestar, pero lo pensó mejor y contuvo su impulso. Ya había perdido bastante tiempo y un hombre herido le esperaba al otro lado de la bahía.

—¿Dónde nos reuniremos?

—En casa de don Carlos, a la puesta del sol. ¿Le llevaré la expresión de tu amor a Juana?

—Llévasela ahora —repuso Julián—, antes de que tenga miedo de sorprenderse.

Y hundió con fuerza el remo en el agua pantanosa haciendo describir una vuelta completa a la proa del esquife, antes de apuntar con ella en dirección a la bahía.

No era muy alentador ir solo en aquel bote a través del Matanzas. La bahía era como una alberca en mitad de la corriente; el malecón y las abiertas portas de los buques yanquis le parecieron muy próximas al volverse para rectificar el rumbo. Al

darse cuenta de que reinaba con demasiada energía para ser un indígena, aminoró la marcha hasta adoptar un aspecto lánguido y atravesó la rada; la ciudad se hallaba a su derecha.

A la media hora de remar sin descanso llegó ante la punta Sur; al otro lado de un grupo de cedros indinados por el viento distinguió la desembocadura del río María Sánchez, que describía perezosamente un arco por entre la hierba de los pantanos que bordeaban la ciudad al Sudoeste. Julián tomó esta curva con el corazón en la boca, esperando que le dieran el alto de un momento a otro. En uno de los *catboats* anclados, un negro de estatura gigantesca le miró de arriba abajo con indiferencia; el crujido de pesadilla de las ruedas de un carro junto a la muralla fue el único signo de vida que descubrió en el tranquilo y silencioso puerto.

Había esperado que hicieran fuego sobre él, tener que correr en busca de refugio, …, todo, en fin, menos ese lento recorrido de playa en playa. Al llegar junto a la hierba pantanosa remó con todas sus fuerzas hasta que vio surgir en terreno más elevado, por encima de su cabeza, la antigua muralla de San Agustín. La vid invadía su superficie, desgastada, de coquina, y estaba rota en veinte puntos distintos. Julián hubiera podido trazar ya con la imaginación el mapa de la ciudad que tenía delante, con la línea sinuosa de una vía férrea que se transformaba en calle en el cruce siguiente. La misma calma, la misma serenidad, caracterizaba la mañana, ahora que se elevaba el humo de una docena de chimeneas, señal que le reveló que San Agustín estaba al fin despierta.

Alguien le saludó a gritos desde la orilla opuesta. Dos soldados yanquis le miraban con atención. Pescaban en un bote de remos, a la sombra de una adelfa florida. Eran dos chiquillos todavía. Sus chatos gorros de cuartel se asentaban orondos sobre los rizos de aquellos futuros héroes; sus chaquetas de uniforme, abiertas como defensa al calor, eran de azul oscuro y relucían flamantes.

«Si es así el enemigo —se dijo Julián—, se distingue por su amable sonrisa».

Al pasar cerca de ellos costeando se acordó a tiempo de saludarles agitando una mano.

—¿Has tenido suerte?

—No he pescado ni siquiera un barbo, amigos.

¿Habría sabido adoptar el acento de un natural de Florida? Por fortuna, los soldados no tenían el propósito de interrogarle. Era evidente que no se hallaban de servicio y pasaban la mañana lo mejor que podían. Pero aun así no respiró a gusto hasta después de doblar el último recodo del río y divisar los *docks*, muellemente recostados en la mansa corriente. La calle de San Jorge, pues no podía ser otra, se encaramaba desde la orilla hasta la altura señalada por un par de arenosas roderas que iban a morir junto a una acera provisional. La casa de don Carlos aparecía tras una cortina de jazmines amarillos… Era un edificio grave de fachada inexpresiva. El reluciente llamador de cobre parecía aguardar a que lo asiera la mano de Julián. *Éste* amarró, apelando a toda su fuerza de voluntad para no echar a correr. Así y todo,

antes de coger el llamador experimentó súbito y singular sosiego. Aquello era América, al fin. Y el enemigo acababa de saludarle con la mano.

8

—Yo creo que saldrá adelante, doctor. ¿No le parece?

Al entrar Julián en el dormitorio, el joven soldado que ocupaba el lecho había mostrado una sonrisa de confianza; no fue menos convincente cuando el cirujano se instaló junto a la cabecera y principió el examen. Sólo la línea tensa de la mandíbula le hacía traición, así como la velocidad con que su vista seguía el lento desdoblamiento de la venda.

Julián dejó que su mirada errara por la habitación mientras descubría la herida. Don Carlos Menéndez acababa de instalarse, lanzando débil suspiro, en la única poltrona disponible; era un monstruo vestido de blanco que hubiera podido pasar por hermano gemelo de don Amadeo, a no ser por los modales. El flaco oficial subordinado que estaba de pie junto al lecho de su jefe era un marte en *homespun* cuya mirada no se bajaba nunca, a pesar de la engañadora actitud de deferencia. «Este par es capaz de matar y no comer», pensó Julián. Y a pesar de todo logró sonreír a Broussard. El muchacho, estaba ya desnudo de medio cuerpo arriba, y el lecho en que yacía se hallaba empapado de sudor. Sin embargo, suyo era, en realidad, el uniforme gris que con tanto garbo pendía del respaldo de una silla próxima.

—Dígame cómo estoy, doctor. No me asusto fácilmente.

Los dedos de Julián siguieron explorando la herida puesta al descubierto. Tenía ante sí una tarea de las que sirven para poner a prueba la habilidad y pericia de un cirujano. La bala había penetrado en el brazo, casi por en medio de la articulación del codo, y lo había destrozado. Tenía todos los huesos astillados. Al palpar la piel, tirante como un tambor, fue como si los dedos de Julián palparan un saco de astillas de madera. La piel estaba manchada de sangre sobre la ardorosa hinchazón. Julián pasó los dedos a lo largo de los músculos, comprendiendo por el tacto que fa inflamación se extendía hasta la parte alta del brazo. Más no halló rastro de esos nódulos reveladores que salen debajo del sobaco, de esas glándulas que indican que la supuración desagua en el interior del cuerpo.

El joven Broussard tenía de su parte la juventud, la buena sangre. Su vida no pendía todavía de un hilo, a pesar de los dos días de abandono. Julián reflexionó lo que iba a hacer. El tiempo había transcurrido veloz desde que llamara a la puerta de don Carlos. A la salida del sol fue el amante que nadaba con la mujer adorada en el agua color verde manzana de la isla; más adelante se convirtió en pescador, saludó a sus enemigos y entró en la ciudad por una puerta trasera; luego fue conspirador dispuesto a pronunciar el propio nombre en voz baja, a seguir a un alegre español gordo como un cerdo a través de las calles rebosantes de enemigos, sin que ninguno de ellos osara tocarle el pelo de la ropa.

Ahora, por fin, volvía a ser él mismo; el cirujano en cuya mano se balanceaban en perfecto equilibrio la vida y la muerte. Rápidamente adoptó una decisión y miró a los ojos de Broussard.

—¿Podría usted permanecer aquí varias semanas sin riesgo de ser capturado? —le preguntó.

—Creo que sí, doctor. Sólo que no quiero quedarme. Pertenezco al general.

—Es que podríamos quitar los fragmentos rotos del hueso, y tratar de salvar el miembro. ¿No vale esa perspectiva la pena de arriesgarse?

Broussard frunció el ceño, luego levantó la cabeza. Era uno de los muchachos más guapos que Julián había visto jamás: el correcto perfil de halcón hubiera podido ser moldeado en bronce sin alterar una sola linea. Julián creyó ver el latido ardoroso del cerebro cuando el teniente ayudante del general Dickinson sopesó las probabilidades de curación que se le ofrecían.

—¿Podría decirme cuánto tiempo le llevaría eso? —dijo al cabo.

—Se necesitan varios meses para un restablecimiento total —repuso Julián.

—¿Y sí me cortara ahora mismo el brazo?

—En ese caso, cuidándole bien, podría volver a luchar dentro de unas tres semanas.

El muchacho miró a don Carlos, que mostraba un rostro resplandeciente.

—Buenos cuidados no me faltarían —repuso, después—, ese hombre nos debe bastante. ¿Y si me lo cortase ahora mismo? Me refiero al brazo, naturalmente.

Era una simple pregunta hecha sin ninguna fanfarronería. La sonrisa del muchacho seguía inalterable. «Aquí —se dijo Julián— se revela el valor en su más pura forma. Una valentía endiablada carente de la imaginación indispensable para dejarse intimidar». Aunque le hubiera gustado salvarle el brazo comprendió que debía ceder. Era muy posible que una ablación Levara tras sí la gangrena y la muerte. Por ello, este medio era el único capaz de inspirarle la seguridad de que el teniente Broussard viviría, para recibir tal vez otro balazo al día siguiente.

—¿Podría operar aquí?

—¿Por qué no? La luz es buena,…, y le prometo no gritar.

Julián volvió a mirar otra vez la ventana, enrejada, que se abría sobre sus cabezas. La habitación en que se hallaba en aquel momento pertenecía al segundo piso de la casa; debajo se agitaba ruidosamente la familia menorquina que de modo tan sencillo hospedaba a su paciente. Un carro pasó rechinando por la calle; las gruesas paredes amortiguaron su sonido. En Viena, Julián había oído gritos a través de paredes mucho más gruesas. Una vez más sonrió a Broussard. Al propio tiempo se dijo que tendría que operar sin anestésico, y afrontó el hecho con toda la calma. Don Carlos habló por primera vez.

—Los yanquis pagan hoy a sus tropas en la Tesorería, a la vuelta de la esquina; si oyen un ruido incomprensible para ellos, vendrán a llamar a la puerta…

—Calla, cabeza de cerdo —dijo Broussard—, Doctor, le daré cinco dólares por cada vez que deje escapar un grito. Cinco dólares de mi paga. ¿Quiere que me tienda sobre una mesa, o servirá la cama?

—Quédese donde está —repuso Julián. Mientras se quitaba la camisa interrogó

con voz quebradiza—: ¿Tiene más vendas?

—Roy, abre la maleta.

El subordinado favoreció a Julián con una mirada penetrante, luego tomó una maleta que estaba al lado de la cama. Se veía claramente que le inspiraban sospechas todos los cirujanos que empleaban demasiado tiempo en preliminares. La maleta no contenía más instrumentos que un cuchillo afilado como una navaja, una sonda medio rota y unos fórceps para la extracción de balas, ya rojizos a causa del moho. En cambio contenía varios cuadrados de hilo moreno y suave muy útil para tapar la herida. Julián abrió su estuche sobre la mesilla de noche y alineó sobre ella el instrumental.

—Roy le ayudará —dijo Broussard—. Es quien lleva a cabo todas las operaciones en campaña. Antes de que nos alistáramos machacaba píldoras en casa.

—Soy también médico —dijo Roy, con manifiesta afabilidad—. Leastwoy, el hombre de confianza de Sawyer, me prometió legarme su clientela cuanto muriera. —Aquí favoreció a Julián con otra de sus miradas escrutadoras—. Yo mismo hubiera podido cortar ese brazo con suma limpieza.

—Hoy —dijo Broussard— recibirás órdenes de un verdadero asierrahuesos. No te importe lo que pueda hacerme. No te importe que me desmaye, lo que espero poder evitar.

Julián, que colocaba ya un torniquete en el brazo de su paciente, murmuro un amén. Luego retorció el nudo y lo aseguró; impidiendo así una hemorragia, podría cortar, rápida y despiadadamente, con un mínimo de dolor tan sólo. Claro que el paciente tendría que pasar por momentos de agonía cuando él le pusiera grapas y desatara los vasos sanguíneos del muñón, pero esto era inevitable sin disponer de cloroformo.

Una muchachita mulata subió la escalera con una palangana humeante, y Julián fue a lavarse las manos, prolongando el ritual tanto como pudo; con el tiempo la presión del torniquete adormecería los nervios de Broussard salvando quizás al paciente de una fatal crispación al cortar él con el cuchillo profundamente. Al propio tiempo observaba, ojo avizor, el reloj colocado sobre la mesilla de noche; pues si se privaba al muñón mucho tiempo de sangre no se cicatrizaría bien. Y la sorda hostilidad de Roy le decía que una vacilación podía ser fatal.

—Estamos dispuestos —le dijo el subordinado—. ¿Por qué no espera a lavarse después?

Julián miró a don Carlos, pero el gordo español no se movió. Como símbolo grasiento de la inercia parecía dormitar en su silla sin dirigir la vista siquiera a la cama en que yacía su huésped. En cuanto a Broussard, Julián no descubrió en el ninguna muestra exterior de tensión al inclinarse sobre el brazo herido.

—Opere de prisa, doctor —dijo—. Es todo lo que le pido.

—Se lo prometo, teniente.

Pero sus dedos revelaron una singular repugnancia al cerrarse sobre el escalpelo.

Julián no había llevado nunca a cabo una operación sin anestesia; incluso a bordo del clíper, el *whisky* bebido por el capitán Shea produjo un efecto adormecedor. Y, a excepción de un valor juvenil obstinado, aquí no había nada que oponer al cuchillo, nada para dominar los nervios, tensos ya por cincuenta horas de sufrimientos.

El subordinado miraba alerta desde el otro lado de la cama; y cuando Julián bajó al fin la hoja, las manos de Roy asieron por el brazo a su teniente. La acción hizo que la mente de Julián se concentrara de nuevo en la operación que iba a practicar.

Pegó el escalpelo a la piel del brazo y con él delineó el contorno de los colgajos que iban a utilizar: uno, largo, por detrás; otro, más corto, por delante. Entonces, le pareció oír con claridad tal que parecía hallarse con él en la habitación, la voz del viejo Frick, su maestro de disección.

—Tratándose de una amputación, caballeros, importa hacer siempre largo el colgajo posterior. El músculo debe cubrir el muñón del hueso. De otra manera sería inútil esta medida extrema.

La hoja del escalpelo mordió en la carne, exangüe ahora por la presión del torniquete; describió una línea curva, hizo reales los contornos de los colgajos que Julián acababa de dibujar con la imaginación. No se arriesgó a mirar a Broussard; el muchacho había proferido sólo una exclamación entrecortada al sentir el primer mordisco del cuchillo; ahora guardaba silencio, sujeto siempre por las manos de hierro del subordinado.

Julián apartó los tejidos superficiales, puso al descubierto la combada superficie roja de los músculos que había debajo; la siguiente cuchillada tenía que llegar, a través de los músculos, hasta el hueso; la daría desde un nivel algo más elevado, para asegurarse de que las capas de los tejidos se plegarían y cicatrizarían por igual en el extremo cortado del hueso.

El cuchillo volvió a hender la carne, con menos fuerza esta vez, ya que el músculo ofrecía menos resistencia que el duro tegumento exterior. Julián vio abrirse las bocas, cortadas, de varios grandes vasos; un hilo de sangre oscura se desparramaba ya por la portada superficie. Julián no se detuvo a ponerles grapas: lo haría más adelante, cuando la tortura hubiera concluido para él…, y para su paciente.

El escalpelo dejó escapar un sonido parecido a un susurro al tocar el hueso; y Julián modificó al momento la presión. Después hizo rápidamente una seña a Menéndez, que se levantó de la silla para ayudarle; Julián continuó operando sin esperar a que el pesado mastodonte llegara junto a la mesa, permitiendo que el acero cortase el último remanente de tejido muscular hasta que la hoja hubo trazado un círculo en torno al hueso, dejando la blanca superficie desnuda en las profundidades de la herida.

—Hilas, por favor.

A pesar de la almohadilla de grasa, las manos de don Carlos fueron lo suficientemente hábiles para pasarle a través de la mesa un pedazo de hilo moreno. Julián lo enrolló alrededor del hueso y, cogiendo los dos extremos, tiró hacia arriba

de músculos y piel, dejando al descubierto unas dos pulgadas de hueso. Otra vez tuvo que cortarlo más que los demás tejidos o de lo contrario hubiera sobresalido dejando un muñón desigual.

Don Carlos se apoderó de los extremos de la tira de hilo y los sostuvo ejerciendo una presión uniforme hacia arriba. Ya Julián había cogido de la caja la sierra; la colocó ahora junto al hueso, colorado con los grandes labios fruncidos de los encogidos músculos. Entonces sintió la misma repugnancia que entorpeciera sus dedos cuando tomó por vez primera el escalpelo. Sabía que la acción de aserrar sería la más terrible de todas para aquel joven estoico… cuando el acero cortase el periostio, y después cuando mordiera la sensible cavidad de la medula. Pero no podía vacilar ahora que estaba llegando al fin. Apretó los labios, aplicó a la tarea todas sus fuerzas y comenzó. La sierra mordió el hueso, sus aguaos dientes, colocados precisamente de manera que produjeran un mordisco profundo, originaban un duro ahogado rumor en la roja cavidad. La habitación pareció llenarse de la penetrante aspereza del polvo de los huesos.

—Dios es bueno —dijo Menéndez—. Nuestro hermoso Fierabrás se ha desmayado. Ahora le será más fácil operar.

Julián no contestó; movía la sierra con toda su mafia, en una concentración demasiado total para detenerse a pensar en detalles. El ahogado gemido de la herramienta cesó bruscamente con una nota peculiar; Julián se hizo a un lado dejando que el antebrazo y el codo estropeados cayeran al suelo. Don Carlos los miró un momento, luego los recogió y se los llevó fuera de la habitación.

Ya era hora de cuidar un poco de Broussard. Tenía la cabeza colgante; las mejillas, pálidas como la cera, relucían, pero no ofrecía síntomas de colapso, como comprobó Julián al examinar el pulso de la mano que le quedaba. Cambió una rápida mirada con Roy, se encogió de hombros como si quisiera alejar de sí aquella hostilidad poco comprometedora, y comenzó a poner grapas.

La primera recompensa recibida fue la del escaso tiempo en que se verificó la operación; pues, gracias a su velocidad, los extremos cortados de todos los grandes vasos seguían en el campo operatorio sin dar muestras de contracción. Puso a cada uno de ellos grapas por separado, sin querer tener en cuenta los peligros de una supinación ulterior.

—¿Querrá sostener las pinzas?

El ceño de Roy aumentó, pero obedeció con bastante prontitud, cogiendo el instrumento de manera correcta, de modo que el pulgar estuviera dispuesto a soltar el instrumento cuando el cirujano hubiera hecho la primera ligadura. Julián cortó el primer nudo tan cerca del vaso como pudo y contuvo el aliento al hacer la señal; Roy dejó a un lado los fórceps, en silencio, y se dispuso a volverlos a tomar sin que se lo mandasen.

Cuando estuvo ligada la última y mayor sangradura, Julián volvió a hacerle una seña a Roy, que aflojó el torniquete. Varios vasos, ocultos bajo la cortada superficie

del músculos, anunciaron su presencia con un furioso chorro de sangre; él les puso grapas también y las ligó con la ayuda del ordenanza, sintiendo que a cada nudo que hacía disminuía su tensión nerviosa. Cuando la hemorragia terminó definitivamente, colocó los colgajos, ligando con esmero los extremos seccionados y uniendo el tejido en un pliegue compacto. Era una continua doblez sin tensión; una vez más la voz del viejo Frick dejó oír su eco en la memoria: «En cirugía se debe siempre evitar la tensión. Allí donde exista tensión habrá una escara. Y donde hay una escara, se encuentra también la gangrena».

—Compresas, por favor.

Roy le puso en la mano un cuadrado dé hilo doblado; Julián lo extendió sobre el muñón.

Con no floja sorpresa vio que el ordenanza hacía un signo de aprobación.

—Eso es, doctor. Ya la he utilizado alguna vez. Impide la inflamación.

¿Sería su espaldarazo? Los ojos de Julián volvieron a encontrarse con los de Roy, para buscar un eco de su gruñona aprobación; pero la mirada del ordenanza seguía siendo fríamente apreciativa. Julián le volvió la espalda para vendar las compresas sujetándolas en su sitio; luego hurgó en la caja de los instrumentos hasta encontrar un frasquito de opio. Se alegraba de haber dejado allí dentro la droga. Amortiguaría el dolor de Broussard cuando recobrara la plena conciencia. Hubiera preferido darle tabletas de morfina concentrada, y aquella sorprendente novedad, la jeringa hipodérmica; pero, a falta de cosa mejor, el opio bastaría.

Broussard parpadeó, mientras el cirujano seguía midiendo la droga en un pocillo de piedra; un profundo suspiro se escapó de los labios del muchacho mientras trataba de levantarse de la cama antes que Roy le contuviera. Julián le vio bajar los ojos hasta posarlos en el punto donde había estado el brazo herido; asistió a la batalla de Broussard al darse cuenta de la pérdida sufrida y obtener la victoria. Su sonrisa era débil, pero definida cuando volvió a levantar la vista.

—Lamento tener que prescindir tan pronto de sus cuidados, doctor. Pero confieso que no contaba con la sierra.

—No hable. Beba esto.

Broussard apuró la tintura de opio sin protestar; la mano que le quedaba se acercó sobre la de Julián al llevarle éste el recipiente de piedra a los labios. Tenía los dedos helados, pero Julián comprendió que era por efecto de los nervios aflojados. Se mantuvo un rato junto a la cama y vio cómo la languidez se extendía por el cuerpo, en reposo, del muchacho. Un sueño largo sin pesadillas era todo lo que ahora necesitaba: el deseo de vivir —y de seguir matando— haría el resto.

Estuvo sentado a la cabecera de la cama largo rato, comprobando el pulso y la respiración regulares y regocijándose de que ambos fueran normales. Cuando su reloj le dijo que llevaba allí una hora posoperatoria, examinó la herida otra vez; ya no fluía la sangre de la amputación. Al ponerse en pie se dio cuenta de que también Roy había estado sentado, sin moverse, al otro lado del paciente. Sin embargo, la silenciosa

satisfacción del deber cumplido le había hecho olvidar sin esfuerzo al subordinado.

—Dejaré aquí el frasco del opio —dijo—. Y, si se agitara mucho, puede darle un poco más.

—Siéntese y esté tranquilo, doctor —le dijo Roy.

—Usted también necesita un largo y agradable reposo. No piense en ir a ninguna parte.

—¿Qué quiere decir eso?

—Lo que digo. Que no le permito que salga… todavía.

—La operación ha terminado; y a juzgar por lo que he visto, es usted bastante competente para encargarse de él. ¿Dónde está Menéndez?

—Ha ido a ver a unos amigos de usted. Y, hasta que vuelva con ellos a casa, está usted aquí conmigo. ¿Cómo voy a saber que no es usted un médico de la Unión? Los yanquis tienen también buenos asierrahuesos.

De momento Julián estaba demasiado sorprendido para encolerizarse.

—Soy Julián Chisholm. ¿No le dice nada este nombre?

—Desde luego… Sí, en efecto, es usted la persona que dice. Pero también podría ser un yanqui… que hubiera llegado esta mañana a casa de Menéndez pretendiendo hacerse pasar por quien no es. ¿Cómo voy a saber que no irá derecho de aquí al fuerte, y que no volverá con la guardia del preboste?

Cirujano y confeccionador de píldoras cruzaron una mirada por encima del lecho del paciente. La sospecha que expresaban los ojos de Roy le llegó más adentro a Julián que sus palabras; he aquí el odio que desde hace siglos experimenta el aventurero sin arraigo por el propietario; el doctor accidental remplazado por el médico profesional. Roy personificaba al Sur, pobre y blanco, que se empeñaba en defender sus derechos. Todos los Roy de la Confederación sabían que luchaban por algo superior y, sin embargo, luchaban como gatos salvajes. Era probable que Roy no se hubiera preguntado jamás el motivo. Quizá, como el teniente, ahora dormido, a quien servía, disfrutaba de la guerra por la guerra en sí. Y a decir verdad disfrutaba haciendo enfurecer a Julián.

—Tengo aquí mi pasaporte —dijo Chisholm—. ¿Quiere leerlo?

—No; gracias, doctor. No sé leer muy bien la letra de imprenta. Quizá sea como usted afirma. Lo sabremos a la noche, cuando vuelva Menéndez. Trate de salir por esa puerta antes de la hora y le clavaré en la espalda un cuchillo.

Julián se aproximó a la alta ventana y atisbó una rendija de la persiana. La callejuela que tenía debajo estaba desierta; pero mientras la examinaba salió un oficial de la Unión del cuadrado edificio de coquina que había en el recodo; se detuvo un momento a admirar el brillo que el sol arrancaba a sus botas nuevas y se alejó en dirección a la plaza. Tenía todo el aspecto de un hombre que acaba de cobrar su paga y se siente en paz con el mundo entero: y así y todo, un grito le hubiera hecho correr hacia la casa de Menéndez.

Julián titubeó; tenía ya el grito en los labios. Claro está que de gritar tendría que

sostener una batalla con Roy; mas la perspectiva tampoco le desagrada. Todo acabaría con la captura de Roy y Broussard, con el internamiento para él. Si le internaran podría proseguir el ejercicio de su profesión, probablemente en calidad de médico, con una contrata para el Norte, lejos del teatro activo de la guerra. Este era el destino que Juana había soñado para él. Y en cierto modo sería tan acertado como el curso que él tenía proyectado.

Se alejó de la ventana al disiparse el súbito cambio de humor. Era increíble que pudiera pensar, ni por un solo instante, en traicionar a Broussard,…, ni a sí mismo. Como Roy, estaba consagrado a una causa que ni siquiera acababa de comprender.

Había elegido un bando, aun cuando no discerniera bien el motivo de su elección.

—Ya que debo permanecer aquí un rato, ¿le importaría mucho que descansara un poco?

—Haga lo que guste. En la habitación de al lado hay una cama.

Roy se limaba las uñas con el cuchillo. Y al hablar señaló con la hoja una puerta abierta situada a la derecha.

Julián pasó a la habitación contigua sin pronunciar otra palabra. Era un cuartito mezquino, oscuro, frío, casi vacío, pues sólo tenía una cama de campaña y un reclinatorio en un rincón. Sólo cuando se hubo echado sobre la limpia colcha y se quitó las botas a sacudidas, se dio cuenta de lo fatigado que estaba.

—Llámeme si hubiera algún cambio —dijo, señalando en dirección a la puerta abierta.

No hubo respuesta…, a menos que llamara respuesta al perezoso ruido del cuchillo de Roy. En cinco minutos se quedó dormido mientras sonaba en sus oídos el acero, y Juana volvía a estar es sus brazos, flotando con él en algún lugar situado entre tierra y cielo.

9

Cuando abrió los ojos anochecía; las velas del reclinatorio estaban encendidas, y la muchachito mulata se hallaba junto a su cama con una bandeja humeante entre las dos manos.

—Arroz seco con camarones, señor. ¿No desea comer?

El reloj le dijo que habían transcurrido doce horas desde que tomara su parco desayuno en la isla. Al, tomar el plato de manos de la sirvienta vio que la habitación vecina estaba encendida: la sombra de Roy era una inmóvil amenaza proyectada sobre una de las paredes encaladas. Bueno. Él guisado arroz que tenía sobre las rodillas ahora era mucho más importante que la vigilancia del fanático perro guardián. Terminaba el segundo plato y se servía vino de una botella de largo cuello, cuando en el umbral apareció don Carlos Menéndez; su monstruoso cuerpo interceptaba la luz que brillaba a su espalda.

—Mil perdones, doctor,…, pero no tuve más remedio que hacer lo que hice. Mientras usted dormía he visto a su amigo, el señor Cameron. Y está convencido de que es usted uno de nosotros.

¿Conque Whit había traído a Juana sana y salva a través del Matanzas? Julián se levantó de la cama y se preguntó cómo había podido dormir mientras ocurría tal acontecimiento.

—¿Dónde están ahora? —interrogó.

—¿Su esposa y el señor Cameron? En mi casa, preparándose para el viaje; cuando quiera puede ir usted a reunirse con ellos.

Julián precedió a don Carlos al pasar a la otra habitación y se sentó junto al lecho de Broussard para examinar la herida. Roy seguía sentado, con las piernas abiertas, en su silla; si estaba arrepentido de su error de la mañana, no lo demostró.

Broussard dormía pacíficamente, y Julián no descubrió cambio alguno en el aspecto de la herida. Ningún cirujano podía desear un paciente más prometedor ni —agregó a la fuerza, mirando a Roy— un enfermero más abnegado.

—Yo cuidaré de que no le falte nada —prometió don Carlos—. Sus amigos facilitarán a ustedes el viaje. Vaya con Dios, doctor.

—No me diga que me despide así, tan sencillamente.

—Vale más que vaya ahora mientras queda algo.

—Sabrá encontrar mi casa, ¿verdad? —El español abrió las manos en grotesca bendición sobre Broussard—. Yo me quedo; es preferible. Todavía tenemos que hablar de muchas cosas cuando despierte.

Julián asintió con el gesto. «Ya pueden ir y venir las guerras —se dijo—, que siempre se seguirá haciendo contrabando. Cuando las guerras dominen en el interior, los contrabandistas tendrán que portarse mejor». Don Carlos Menéndez jugó fuerte aquel día confiando en su habilidad. Julián se alegraba de que el español hubiera ganado.

—¿Y si me detuvieran en la calle? —dijo.

—No le detendrán, doctor. Los yanquis siguen disfrutando de la paga. Pero es muy conveniente que se halle usted en casa cuando suene el toque de queda.

Julián se detuvo al llegar a la puerta para cambiar una última mirada centelleante con Roy. Por un momento pensó en tenderle la mano, pero resistió al impulso. El abismo que los separaba era demasiado anchó para franquearlo con un simple apretón de manos.

La calle Charlotte estaba sumida en sombras cuando Julián se dirigió del Sur hacia la plaza; a aquella luz, las casas vecinas con sus balcones y sus elevadas ventanas de cerrados postigos parecían pertenecer a un mundo más ordenado. La calle se parecía a cualquier calle de Sevilla; sólo le faltaba, para estar más en carácter, el hidalgo orgulloso y bien calzado, personaje ajeno a esta pequeña ciudad fronteriza que dormitaba al margen de una guerra. Julián erró a la ventura, como un habitante cualquiera de San Agustín, haciendo caso omiso del rasgueo de la imaginaria guitarra bajo una reja… Como recién casado —que ni siquiera tenía idea de lo que su mujer proyectaba en aquel momento—, debía apresurarse; como médico confederado que se hallaba en territorio enemigo, debía confundirse con las tinieblas.

Más adelante supo que Whit no había aguardado a que anocheciera para cruzar el Matanzas; si había de juzgar el hecho por su propia experiencia, el riesgo corrido por su amigo no había sido demasiado grande… a pesar de ser Juana lo bastante atrevida para quedarse en pantalones. No llegaron a San Agustín de día, por la razón de que don Carlos les había prometido el traslado a Picolata hacia el anochecer. Así, Juana no tuvo por qué darse prisa. ¿Se la podría censurar que hubiera elegido este modo particular de despedirse de Julián?

La plaza de San Agustín desaparecía bajo la oscuridad cuando dobló la esquina del mercado de esclavos y, atrevido, cortó camino pasando bajo un dosel de hojas de roble. Sus pasos sonaban a hueco sobre las losas de la acera, pero ya no resistió más el impulso que le movía a correr. Recordó que la calle de San Jorge se abría al extremo occidental de la plaza; que la casa de los Menéndez se alzaba en la esquina siguiente.

Al pasar por la puerta iluminada de una cervecería volvió a tomar el aire de quien vaga sin objeto. No tenía por qué darse prisa, ni manera alguna tampoco de continuar el idilio conyugal de la isla Fisher. Si la casa de don Carlos se hallaba vacía, como pensaba, no podía hacer cosa mejor que volver y ahogar su desesperación por anticipado. Sonrió al no hacer caso de tal impulso. Hasta cierto punto había logrado ahogar a Lucy Sprague en vino; pero la mujer con quien acababa de casarse constituía un problema muy distinto.

Pronto —en Santa María o más allá— volvería a tener como perspectiva aquellas tardes grises sin una esposa que le diera la bienvenida. Su esfuerzo por recobrar la felicidad perdida sería peor entonces que un recuerda Acaso fuera bueno ensayar el momento ahora, aunque sólo fuera para amortiguar el dolor que le produciría la

realidad. ¿Acaso…? Mas al llegar aquí, Julián volvió a ceder al deseo y echó a correr. La realidad le aguardaba en la próxima esquina.

—¡Juana!

El grito no fue sino un murmullo en la oscuridad, mas se atrevió a dejarlo escapar bajo el gran macizo de jazmín de la puerta de don Carlos. La casa parecía estar vacía. Julián no se entretuvo en llamar; adivinaba que los sirvientes estaban ocupados en ventilar un negocio más provechoso de momento. Aun antes de que su mano se cerrara sobre el pomo, sabía que la puerta se abriría al empujar. Entró en la casa y se detuvo bajo la sombra de las parras, cuya fragancia aspiró como en un sueño recordado, haciendo deliberadamente que su indecisión se prolongara antes de pasar a la galería cubierta.

Allí eran más profundas las tinieblas; por el momento no reconoció su portamantas, que estaba a la entrada del patio. Murmuraba una fuente, y Julián se acercó al punto de donde procedía el rumor como quien sufre una pesadilla de la que está a punto de despertar. «Han desempaquetado y se han ido —pensó—. Ahora deben de estar ya a mitad de la carretera de San Juan. Esta es la manera que tiene mi mujer de indicarme que puedo partir mañana,…, con los alijadores del contrabando».

—¡Juana!

Whit habló en la oscuridad:

—Arriba está la cámara nupcial. No tienes que hacer más que subir la escalera. El ojo encendido de su cigarro brillaba en la noche; una nube de humo ascendió al espacio entre los dos cuando acabó de pronunciar estas palabras.

—Llévate el portamantas. Parece que vamos a quedarnos aquí hasta mañana.

El jugador estaba sentado en un hondo sillón de mimbres junto a la fuente; al llevarse la copa a los labios, el cristal despidió débiles reflejos.

—No te quedes aquí. No creas que la cortesía te obligue a quedarte hablando conmigo.

Julián estaba ya en la escalera, recordando a tiempo que debía hallar a tientas el pronunciado recodo que daba a la galería superior de la casa. En ella ardía la luz de una «lámpara-huracán»; su resplandor le mostró más allá el camino de una puerta elevada, que abrió sin detenerse a llamar.

Allí estaba el traje de hombre que Juana había vestido en la isla hecho un montón en el suelo; y allí estaban sus cajas, alineadas en correcta hilera al pie del lecho de cuatro columnas; allí estaba la propia Juana, dormida en la cama; la luz de la lamparilla ponía una aureola luminosa en torno a sus cabellos.

Julián se detuvo en el umbral de la puerta y aguardó a que su corazón recuperase el ritmo normal La belleza de Juana le era más preciosa aún, porque volvía a encontrarla de manera tan impensada. Sin embargo, poco después se arrodillaba junto a ella y, al ocultar el rostro entre sus cabellos, el tumulto de su corazón era aún más persistente.

Juana se agitó en sueños, y antes de abrir los ojos del todo le acarició tina mejilla.

—Buenas tardes, querido. No aguardaste mucho a dejarme.

Julián apoyó su mejilla en la de ella, dejando correr todas las preguntas al reparar en su fragante calor.

—Te abandoné por una sola razón. Y ésta fue…

—… la guerra —dijo Juana con voz soñolienta—. La más antigua a que apela el hombre para dejar a una mujer.

—No; mi trabajo —murmuró Julián.

—Sí, Julián; ahora lo recuerdo.

Juana se recostó en las almohadas y se sonrojó. El rubor le sentaba muy bien.

—Por eso estoy aquí. Quiero decir en esta habitación. Fingía…

—¿Fingías?

Nunca la había oído Julián emplear esta palabra, y sin saber por qué, le conmovió más que una confesión.

—Que llevábamos ya varios años de casados…, y que éste era… nuestro bogar.

Juana estaba bien despierta, y bajaba los ojos con la misma modestia que una novia modelo.

—Yo esperaba en casa a que regresaras de asistir a un enfermo…, y me quedaba dormida. A propósito: lo he logrado, ¿no es cierto?

Julián no hizo caso de la pregunta y la asió por las dos manos.

—Entonces ¿querías que volviera?

—Porque lo quería te he esperado —repuso ella sencillamente.

Las sospechas de Julián eran justificadas después de todo. Juana había ideado dirigirse al Norte en la primera carreta que saliera de la población; Whit sobornó al subordinado de Broussard para que no le dejara salir de la casa de la calle Charlotte. Claro que, al cambiar ella de idea, poco importaba aquel descubrimiento.

—Tú y la guerra; yo y mis abogados. Anoche los olvidamos, ¿verdad?

—Por completo.

Aquélla era la Juana que él recordaba, la mujer capaz de ofrecerle su amor sin avergonzarse.

—Siempre guardaré en mi alma como un tesoro el recuerdo de la noche de nuestra boda, querida. Y, sin embargo, hace poco estaba dispuesto a encerrarlo bajo llave en la memoria.

—¿Creíste que había huido?

—Sí. Confiesa que casi lo hiciste.

—Lo intenté —confesó Juana—, mas no pude. Esta noche no.

—Ni nunca.

—Eso es: ni nunca. Lo digo con toda sinceridad, Julián; esta noche.

—¿A pesar de los abogados y de la guerra?

—A pesar de todo —repuso Juana, devolviéndole sus besos con pasión.

Al soltarla Julián, sus ojos brillaban a la pálida media luz de la bujía colocada sobre la mesita de noche. Mas, al inclinarse él para apagar la bujía, se lo impidió la

suave presión de los dedos de Juana.

—Todavía no, querido. Antes debo decirte algo.

—Ya me lo dirás mañana…, o pasado…

—Me será más difícil decirlo a medida que transcurra el tiempo…

—Bueno, pues no me lo digas. Importa poco.

—Nunca me gusta más.

—Si, es una palabra encantadora, siempre que no se tome demasiado en serio observó Juana.

—¿Se refiere a algo que hayas hecho…, o que piensas nacer?

—Mañana lo sabrás; será mejor —dijo Juana con firmeza—. Esta noche no sabrías guardar un secreto.

Y ella fue entonces quien se inclinó para apagar la bujía. Y, sin transición, la boca de Julián se encontró con su boca en la oscuridad.

CAPÍTULO IV
SANTA MARÍA

1

Las redes de camarones tendidas a secar en amplios marcos de madera estaban húmedas todavía por el rocío matinal; tendidas a un extremo del muelle, encuadraban la ciudad como un pabellón de encaje gris. Santa María, arropada en la niebla hasta sus tejados, consistía, al parecer, en una sola calle bastante amplia que comenzaba en la orilla misma del río e iba a perderse, unas manzanas más allá, entre bosques de pinos. Desde el punto que ocupaba, Julián, en pie, divisaba únicamente sus casas desparramadas en la oscuridad. Los niños negros que jugaban en un patio, bajo un moral chino, eran el único signo de vida; un perro aullaba desde un punto lejano, perdido entre las nubes que se cernían a ras de tierra como en respuesta al sonido de la sirena del buque de ruedas que se hallaba ya en el estuario del Cumberland. Florida quedaba al Sur, al otro lado del agua espejeante. Julián se preguntó si los yanquis de Fernandina les habrían oído pasar al amanecer.

—Bien; yo pienso seguir aquí sentado —declaró Whit— hasta estar del todo despierto. Alguien se encargará del equipaje. ¿Por qué no vais vosotros dos a explorar el terreno?

El jugador se había hecho un nido entre las cajas apiladas a un extremo del muelle; parecía hallarse allí tan a sus anchas como un ave nocturna al despuntar el día. Juana bajó paseando por la escalera para ver cómo el transportador desaparecía entre la bruma. Julián la llevaba rodeando su talle con el brazo.

Por espacio de un momento contemplaron en silencio cómo el viejo buque de ruedas se fundía con el algodón en rama de las nubes. Aquella salida armonizaba con su entrada en San Juan sin ser visto; con su paso por delante de Jacksonville sin izar siquiera una bandera y con el rumbo seguido con tan ostensible desvergüenza. La audacia del general John Jackson Dickinson, se dijo Julián, no se demostraba sólo en los bosques de Florida. Ningún otro hombre les hubiera mostrado tan pronto y de manera tan tangible su gratitud.

—¿Quieres que sigamos el consejo de Whit, querida?

—¿Por qué no? Tenemos que buscar una cochera de alquiler que dirige un tal doctor Medford. —Juana tomaba a Julián de la mano mientras bajaban juntos por el muelle y se situaban debajo de las redes—. No será difícil de encontrar.

Dos días antes no hubiera creído Julián que pudieran llegar a esta etapa final del viaje con tanta despreocupación. Después de todo, estaban en terreno de la Confederación; era el lugar donde proyectaban separarse desde que se vieron por primera vez. Y si Glasgow parecía hallarse separado de ellos por siglos de distancia, la amenaza de tal separación parecía ahora poco menos remota. Ni uno ni otra la habían recordado desde que salieron de San Agustín. Julián no quería pensar en ello ni siquiera ahora.

La calle que buscaban resultó ser, como vieron más adelante, poco más que un sendero abierto por las ruedas de las carretas; parecía por ello más afín a los bosques

que a las casas dormidas que la ornaban. Santa María era claramente una ciudad en decadencia, pero Julián se sintió singularmente a gusto en ella. De niño, mientras cazaba y paseaba a través de la comarca del cabo Fear, había pasado a caballo por calles mayores y tan desiertas, cada una con su almacén de techo de hojalata, su iglesia de chilla y su *saloon* al otro lado de la calle, sus patios cubiertos de hierba y abiertos al campo. El establecimiento del doctor Medford formaba parte del cuadro: la muestra de madera que ostentaba y en la que se leía: «Coches y accesorios», parecía estar a punto de caer al polvo del camino, de puro aletargada; el granero contiguo, inclinado en peligroso ángulo, haría seguramente lo mismo al primer Invierno riguroso.

No obstante, cosa singular, la casita, situada un poco más allá —en la puerta una placa ostentaba el nombre del doctor Medford—, era a la vez sólida y respetable. Las vidas de la espaldera del porche estaban bien azufradas; la hilera de *pointsettias* que orillaban el paseo, cortadas a la altura de medio cuerpo, elevaban orgullos as la cabeza ante la primera pálida luz del sol que rasgaba la niebla. Juana había dado ya un paso rápido Hacia la puerta principal; pero en seguida retrocedió y miró a Julián:

—Perdón, querido. Mi amo y señor es quien debe llamar —dijo.

Julián volvió de las nubes al oír la observación y adivinó, por la mirada que la acompañó, que Juana la había hecho deliberadamente. Mas se negó a renunciar a su animación o a sus esperanzas mientras alzaba la mano para levantar el aldabón.

Les abrió la puerta una mujer de cabellos grises y mirada dulce. La acción fue tan súbita que Julián adivinó que les había visto llegar desde la ventana de la cocina. Por lo menos era evidente que salía directamente de junto al fogón; a su espalda el aire estaba perfumado del olor característico del pan caliente recién sacado del horno.

—¿Está en casa el doctor?

—En este momento no está, doctor Chisholm. Yo soy la señora Medford. ¿Y ésta es su esposa?

—¿Cómo sabe mi nombre?

La señora Medford pareció ligeramente perpleja.

—Hace una semana recibí carta suya comunicándome que llegarían procedentes del Sur.

Juana dijo rápidamente:

—¿No recuerdas, querido? Dije que escribiría desde Glasgow.

Julián recobró el aplomo.

—Sí, claro. Celebro que la carta haya llegado antes que nosotros.

Por increíble que pudiera parecer, los esperaban en Santa María lo mismo que los esperaron en Nassau. Juana había trazado bien sus planes de viaje; ni siquiera la estancia en San Agustín los echaba a perder. El doctor Medford y el transporte eran sinónimos en la pequeña población; por ello no podía dudar de que el transporte de los forasteros se hubiera arreglado por anticipado. Julián hizo la pregunta maquinalmente, como si la formulase sólo para completar el cuadro que tenía en la

cabeza.

—¿Nos ha reservado su marido un carruaje?

La señora Medford pareció más perpleja todavía.

—En su carta decían ustedes que permanecerían aquí hasta…

—Hasta que llegara la escolta a buscarnos —terminó Juana—. Mi marido se ha desayunado ya, señora Medford, pero aún no está despierto del todo.

Julián volvió a recuperar insensiblemente su autoridad mientras la esposa de Medford se ocupaba en traerles sillas.

—Bien; aun así necesitaremos un coche y caballos. No olvides cómo te pusiste el vestido durante el viaje.

—De momento no tenemos más que el calesín del doctor —dijo la señora Medford—. Todos los demás están… ocupados. —Apenas había titubeado al pronunciar esta palabra; ahora les sonrió como si fueran amigos—. La gente llama a esto contrabando, pero Georgia tiene que vivir su tiempo de guerra. Todavía no comprendemos cómo los yanquis no han cruzado el estuario y tomado Santa María también. Es posible que juzguen que no vale la pena de capturarnos.

—Pero en la vecindad tiene que haber algún tronco de caballos…

—Nosotros tenemos dos en la cuadra todavía. Y si quiere recorrer la carretera, doctor. O si no cualquier granjero le dejará un carro…, siempre que pague en oro…

Julián dirigió una rápida ojeada a su mujer y respondió casi sin esperar a que hiciera un gesto de asentimiento:

—Pagaremos en oro… muy contentos.

—Entonces vaya a ver la cuadra —dijo alegremente la señora Medford—. Su esposa puede sentarse en la cocina y le haré la visita mientras acabo de cocer el pan.

Más Juana se había levantado ya de la silla al advertir que Julián se disponía a salir al patio.

—¿Puedo ver la cuadra también? —interrogó—. Sé montar a caballo.

—¡Ah!, ¿sabes montar, querida?

—Y salvar obstáculos. Estoy acostumbrada desde los diez años.

Estaban ahora en el porche y nadie podía oírlos. Julián se apartó para dejarle paso y ella le precedió por el camino de la cuadra.

—Quisiera que renunciaras a tu reserva —manifestó—. ¿Qué significa eso de una escolta?

—El sur de Georgia —exclamó Juana— es casi un desierto. ¿No crees que con una escolta podríamos considerarnos más seguros?

—Tú deseas que vengan aquí contigo, ¿no es eso?

Juana se detuvo a la puerta de la cuadra y miró, sin turbarse, cómo Julián examinaba don rechonchos caballitos que había junto a los pesebres.

—Si te empeñas… así debe ser.

—Yo no me empeño, querida —observó Julián, sin apartar los ojos de su ocupación—. Pero me gusta saber qué terreno piso… cuando puedo.

—Haces muy bien… si puedes. Y, como decías hace poco, podemos servirnos de un tronco.

Él tiró al suelo, cubierto de paja, la silla de montar que inspeccionaba y se volvió vivamente a mirarla.

—¿Nosotros, Juana? ¿Todavía empleas el plural?

—Sí, todavía —dijo ella—. Pero no me preguntes por cuánto tiempo. —Y cayó en sus brazos, interrumpiendo el interrogatorio con sus besos—. Me alegra Se que hayas pensado en un coche, Julián. Procurémonos, uno. Después mandaré a buscar a Whit y el equipaje.

—Saldremos juntos de aquí. Prométemelo.

—Si lo deseas… —dijo Juana; y volvió a besarle.

Fue un beso largo, fuerte, que hizo recordar a Julián todas las noches compartidas. Los dos oscilaron de un lado a otro en la polvorienta oscuridad de la cuadra antes de que él la soltara.

—Lo recordaré, señora Chisholm —dijo Julián; y volvió a cuidarse de la silla.

Era un verdadero alivio para él distraer el tumulto de un cerebro con aquellos pormenores. Observar que el material del doctor Medford estaba en excelente estado a pesar de la aparente desnudez de la cuadra. Darse cuenta de que allí había sitio por lo menos para una docena de carruajes…, de que, a pesar del aspecto ruinoso del granero, era en su interior tan abrigado y cómodo como un cálido nido. Juana no se movió mientras él trabajaba. Se arrodilló sobre el heno y parecía estar allí a sus anchas, resuelta a dejarle salir solo a caballo.

Sin embargo, se puso al punto en pie al instalarse él en la silla y tenderle los brazos. Era absurdamente fácil para Julián levantarla del suelo para darle el beso de despedida; sostenerla, como en una cuna, en sus brazos mientras se dirigía con ella hacia el cuadro de luz que encuadraba la puerta de la cuadra.

—¿Y si ahora te raptara?

—Sería lo más simple —murmuró ella.

—Vamos a suponer que nos olvidáramos de mi guerra y de tus abogados… y que volviéramos así, a caballo, a «Chisholm Hundred»…

—¿Querrías volver, para siempre?

—No; únicamente de visita.

—He ahí tu respuesta, Julián —dijo Juana, y se dejó resbalar de sus brazos al suelo.

Julián volvió la cabeza una vez más al espolear con el pie al caballito, que inició el trote y la vio, de pie, bajo la mirada de la señora Medford, haciendo pantalla con su mano para verle partir. Julián dio media vuelta sobre la silla y se encaró con el camino que tenía delante, preguntándose si la habría mirado por última vez. Pero su amor merecía un final mejor que un beso robado en la cuadra de un contrabandista.

2

Mucho más adelante, cuando logró por fin mantener sus pensamientos a distancia y ordenarlos tranquilamente, advirtió que había recorrido varias millas del Estado de Georgia sin ver nada en absoluto. Al luchar su espíritu por desechar una melancólica certidumbre, había hecho también caso omiso del paisaje.

Que Juana Anderson —la mujer con quien se había casado hacía dos meses en Glasgow de manera tan caballeresca— era viuda, que se dirigía a Atlanta para defender allí de manera legal sus intereses, era algo que creía implícitamente. Sostuvo así como un escudo esta creencia y pasó al siguiente corolario… Su intención al adoptar el apellido Chisholm era, según ella misma dijo, la de facilitar su entrada en la Confederación: el plan era ciertamente muy hábil Era evidente que Juana había preparado cuidadosamente su entrada en América haciéndose pasar por su esposa en Nassau y disponiéndose, sin embargo, a desembarcar más tarde en un rincón de Georgia, donde sus actividades pudieran pasar inadvertidas.

La escolta a que se había referido podía estar compuesta por sus abogados… o por un cuerpo de hombres armados y más tangibles. Claro que él no tenía derecho a hacer objeciones, ni siquiera a discutir sus planes. El futuro de Juana Anderson no era cosa suya. Tampoco tenía la culpa, ni la tenía él, de que aquel matrimonio de conveniencia se hubiera consumado, ni de que constituyera una venganza. Su noche de bodas en la isla Fisher y todas las noches que la sucedieron escapaban sencillamente a su pacto anterior. Esto era lo que se decía Julián mientras cabalgaba con la cabeza descubierta en aquella calurosa mañana de invierno y maldecía del esplendor del sol hasta agotar el vocabulario.

Lo maldecía aún, haciendo alarde de verbosidad, cuando el sol estaba en el cénit al detenerse Julián ante la puerta de una granja para dar de beber a su caballo. Allí, como suponía, no había ningún coche que alquilar o vender. El propio granjero, alto y delgado como un pino, de bigote feo como un pecado, fe lo dijo al darle una escasamente cordial bienvenida.

—Conque viene de San Agustín, ¿eh? ¿Por qué no se ha dado una carrerita hasta Savannah?

«Eso es, ¿por qué no?», se dijo Julián con amargura, Si representaba un papel tan sencillo, ¿por qué no presentarse ante el mundo como marido y mujer? ¿Por qué no podía aparecer en la *Gazette* un artículo en que se hablara de ellos dos?

A pesar de sus tristes pensamientos, Julián no se sentía muy desgraciado en aquel rincón de la tierra.

—¿Dista mucho de aquí la estación de término? —preguntó al granjero.

—No puedo responder a eso, forastero. Brunswick es la villa más próxima con pretensiones de ciudad… Y be oído decir que vamos a evacuarla porque se teme que no pueda resistir al empuje yanqui. Cuando se decidan a entrar —aquí el hombre escupió—, estoy seguro de una sola cosa; de que nos costará trabajo no morirnos de

hambre, con tres hijos en la guerra y un Gobierno que aconseja que se cultiven verduras y cereales en vez de algodón para el Ejército.

—¿De manera que no hay una estación de término por aquí cerca?

—Únicamente puedo decirle que se vaya al Norte y que espere allí. Sólo Dios sabe lo que encontrará por el camino.

—¿También hay guerrilleros por estas tierras?

—Diga usted bandoleros. —El hombre volvió a escupir—. Se denominan *yanks* a sí mismos, pero lo mismo roban a un amigo que a un enemigo. No se aleje mucho de la población, señor… no sea que le den el alto y le exijan rescate.

Después de pronunciar estas palabras de advertencia, el granjero siguió recomponiendo su arnés y por primera vez su rostro marchito se desarrugó en una sonrisa.

Julián obligó al caballo a dar media vuelta y regresó a casa del doctor a paso ligero. En Picolata, poco antes de subir al buque de ruedas, había visto a los hombres escogidos del general Dickinson que los acompañaron hasta el embarcadero. Y se dio cuenta de que todos, hasta el último, eran *cuellos rojos* al propio tiempo que soldados nominales del Ejército confederado, y que en sus ojos brillaba la expresión del más descarado latrocinio. Julián adivinó que únicamente los frenaba la fidelidad jurada al general, y que éste era un *condottiero* de categoría. Evidentemente no había quien pudiera remplazarle, quien pudiera hacer alarde de tan férrea autoridad en aquella parte de Georgia… ¿Y si Juana hubiese obedecido a un súbito impulso y durante su ausencia hubiera salido sola de paseo a caballo?

Santa María se mostraba tan vacía al mediodía como por la mañana cuando espoleó al infeliz caballejo por la única calle apenas trazada. La casa del doctor Medford no daba señales de vida a primera vista; luego Julián vio al doctor en persona desenganchando el caballo del calesín a la sombra del granero. Aun a distancia no podía confundírsele con otra persona…, ni engañarse tampoco respecto a su profesión. Grueso y bajito como un gnomo, era, con su arrugado traje de dril, un médico de pueblo desde la punta de las empolvadas botas hasta la constante sonrisa que asomaba por debajo de la descuidada barba.

—No es necesaria la presentación, doctor Chisholm —dijo ofreciendo a Julián una mano pequeña y regordeta—. Lamento no haber estado en casa para recibirle esta mañana. Su amigo el señor Cameron descabeza un sueñecillo antes de comer; ¿quiere usted beber una copita mientras esperamos que nos sirvan?

Los ojos de Julián escudriñaron la cuadra, que tenía detrás.

—¿Ha salido mi mujer a caballo? —interrogó a continuación.

—Sí; hará cosa de una hora, según creo. Va camino de la aldea de los cipreses. —Medford hizo un gesto vago en dirección al Este—. No se preocupe; volverá pronto.

—¿Le ha advertido que andan por ahí los guerrilleros?

—Ciertamente. Pero es señora muy valerosa. Me dijo que sabía cuidarse de sí misma. Y así debe de ser, en efecto.

—¿Sólo una carretera lleva a esa aldea?

—No tiene pérdida. Afloje las riendas de *Toby* y él le conducirá allá. —El doctor arrugó el ceño al levantar la cabeza para mirarle; era evidente que se deponía a darle instrucciones; mas sin duda lo pensó mejor y refrenó el impulso—. No corra; la encontrará seguramente por el camino.

Julián partió, sin querer oír más. La carretera no era difícil de hallar, y, como decía Medford, el caballo se dirigió hacia ella sin que se lo mandasen y marchó, perseverante, a través de los campos, en dirección a la melancólica barrera de cipreses que obstruía el horizonte hacia Oriente. Esta vez no podía denominarse trote el paso de andadura de *Toby*, pues, como el doctor, juzgaba inútil apresurarse por lo visto. ¿Se dirigiría Juana al Este por indicación del doctor? ¿Le enojaría ahora su presencia?

Julián desechó la idea y espoleó al caballejo. Y a medida que se hundía el terreno hacia la aldea, los pinos cedían paso a los robles de agua y a los cedros enanos; la maraña de vides silvestres que se mezclaba a la verde mezcla prestaba a aquel muro de follaje el aspecto de una jungla semitropical La tierra estaba allí más húmeda, y Julián pudo ver la huella de los cascos de un solo caballo. Por espacio de una milla hizo correr a *Toby* cuanto pudo, teniendo que bajar más de una vez la cabeza cuando una verde guirnalda de musgo le interceptaba el paso. En la aldea, el lecho de la carretera resbalaba bajo los cascos de *Toby*; a pesar de la seca estación invernal, había charcos de agua negra entre los esbeltos cipreses. Los mismos árboles parecían más fantasmagóricos que nunca en aquella semipenumbra verde.

Julián tiró de las riendas al caballejo y aguzó el oído, A su alrededor imperaba el más absoluto silencio. Juana estaba loca; nunca debió de llegar tan lejos. Pero ¿no sería más loca su tentativa de buscarla? La fértil naturaleza de Georgia parecía mirarle en silencio, tan poco conmovida y tan extraña como una fuente en una enciclopedia. Fustigó con el látigo un arbusto y abrió la boca para llamar a gritos a su mujer. En aquel mismo instante oyó el ruido de unos cascos en la parte de carretera que tenía delante. Vio la llama de sus cabellos —más vivida que nunca en aquel marjal— antes de distinguir a la propia Juana. Cabalgaba sobre el flaco caballo del doctor con la misma facilidad que si hubiera nacido sobre la silla; la sonrisa que le dedicó era clásica por su despreocupación. Luego llegó a su lado y le ofreció también sus labios.

—Ya temía yo que te sobresaltaras —dijo—. Créeme, puedo cuidar muy bien de mí misma. Julián vio que llevaba puestos los pantalones y que montaba a horcajadas; la pistola que llevaba al cinto armonizaba perfectamente con su atavío. Julián se inclinó sobre la silla y sacó el arma de su funda. Era un revólver de percusión y llevaba una marca de fábrica de Londres.

—¿Sabes también manejarlo?

—Bastante bien —repuso Juana con frío acento—. No es que lo necesite, Julián. Lo llevo para que lo vean, ahora que mando a mi propio destacamento.

Dio estas explicaciones con indiferencia, y sus ojos le incitaron a dirigirle más preguntas.

—¿Te refieres a esa misteriosa escolta…?

—Hazme callar si me engaño —Juana puso una mano aplacadora sobre su brazo —. ¿Verdad que has venido a rescatarme del poder de los guerrilleros? Estás furioso porque me atrevo a salir sola a caballa Pero ¿cómo crees tú que podríamos procurarnos una escolta si no fuera a buscarla?

—¿Quieres decir que fuiste deliberadamente al marjal para encontrarte con…? —aquí tragó saliva, y luego siguió diciendo con firmeza—: Empiezo a comprender por qué has querido desembarazarte de mí esta mañana.

—El doctor Medford lo arregló todo —dijo ella con calma—. Yo sólo tuve que dirigirme a su campamento y cerrar el trato con el jefe. No adoptes ese aire sorprendido, Julián…, Te aseguro que no he corrido el menor peligro.

—¿Y dónde está ahora el jefe? Me gustaría decirle yo mismo unas palabras.

—Ha ido a reunirse con sus compañeros. Nos encontraremos todos en casa de Medford dentro de una hora —Juana obligó al caballo a iniciar un trote continuado —. Asignó a dos de sus hombres la tarea de guardarme.

—¿De modo que ahora te vigilan?

—Mira a tu izquierda —dijo Juana.

Julián dio media vuelta sobre la silla al levantar ella la mano e indicarle el muro de verdor que tenía a la izquierda. Un caballo y su jinete se materializaron entre las hojas tan fortuitamente como toma forma un fantasma. El guerrillero los miró un instante sin pestañear, como una estatua esculpida en mármol amarillo; jinete y caballo parecían formar un solo cuerpo, aunque era evidente que el hermoso caballo gris era una nueva adquisición. Julián dedujo que lo mismo podía decirse de la silla de montar y del arma metida dentro de la bota del hombre.

Juana dejó caer el brazo y el jinete salió a la carretera y siguió detrás de ellos. Al señalar a la derecha, una aparición similar surgió de la aldea y galopó velozmente delante de ellos.

—Prescinde del drama, por favor —dijo Juana—, pero esta es la primera vez que asumo el mando, y la verdad es que me satisface.

Julián se rascó la frente.

—¿Has dicho mando? —interrogó.

—Como lo oyes.

Julián se quedó mirando la espalda de *homespun*, que corría por el verde túnel de la carretera.

—¿No será…? —se interrumpió y volvió a decir, rectificando—: Creo que esos bribones te respetarían más si…

—¿Si tú hubieras cerrado el trato con ellos, Julián?

—Sigo siendo tu marido —observó él—. Y si necesitas que te guarden, yo puedo contratar a quien sea.

Los ojos de Juana le miraron sin pestañear, pero ahora estaban velados.

—Ya veo que esto es demasiado para la comprensión de un hombre —dijo—. Créeme, no puede ser de otro modo.

—¿Pretendes utilizar a esos hombres más adelante?

—He temido, no sin razón, por lo que veo, que me dirigieras esa pregunta —confesó Juana, y pegó con el tacón en el flanco del caballo, que inició un súbito galope.

Al oír el ruido de sus cascos, el jinete que iba delante obligó a adoptar a su caballo un paso más vivo y precedió a Juana desde el marjal hasta los pinos a una velocidad propia para romperse el cuello. El viejo *Toby* resopló como para expresar su desdén y se contentó con aspirar el polvo que levantaba el caballo de Juana. La pequeña cabalgata se dirigió, como una saeta, a la ciudad, sin que Julián tratara de alcanzarla. La barrera que se alzaba ahora entre él y Juana era más amplia que la liviana nube de polvo y mucho más duradera.

3

Los cipreses estaban más lejos de Santa María de lo que creía Julián; las sombras de la tarde invadían ya la calle principal cuando volvió a ver la casa de Medford. Fuera estaban, trabados, una docena de caballos; unos doce jinetes iban y venían, esperando, evidentemente, su llegada. Aun a distancia, el corazón de Julián plegó las alas al divisar el abigarrado grupo. «No hay mujer bajo la capa del cielo —se dijo— que pueda dar órdenes a esos rufianes». Sin embargo, logró tirar con calma de las riendas del caballo y dejar que Juana llegara, al galope, junto a ellos. Al ver que los guerrilleros se cuadraban y saludaban, al verla, como un solo hombre, se le abrió la boca de estupefacción. Un tunante cuya tostada mejilla ostentaba una visible cicatriz, se destacó del grupo y fue a estrechar la mano de Juana, dedicándole a él un conciso saludo.

—Cuando quiera, *Madame*. Estamos dispuestos.

—Partiremos mañana por la mañana —repuso Juana—. Temprano.

Se hallaba ahora entre los hombres y estrechaba la mano de cada uno, con su capitán al lado. Julián se quedó donde estaba, resuelto a no saber más. El momento tenía un aire de ritual a pesar de su informalidad. «Ninguna reina —reflexionaba— hubiera pasado revista a sus tropas con autoridad mayor».

Procedente del Sur flotó, allá lejos, en el aire fresco del atardecer, el sonido de un cuerno de caza. Juana levantó la cabeza e interrumpió la ceremonia; el jefe dio una orden y saltó a la silla del caballo, tras de emprender súbita carrera; los demás guerrilleros montaron con la precisión de un escuadrón de caballería. Un débil rastro de polvo señalaba, poco después, su paso al subir y bajar en fila, acompasadamente, la pequeña tropa por la carretera de los cipreses.

El cuerno volvió a sonar, más cerca esta vez. Julián oyó el fragor de los cascos de los caballos a la orilla del río. Juana pasó una pierna sobre el lomo de su caballo y se dejó resbalar al suelo antes de que Julián pudiera ayudarla a desmontar.

—Es una patrulla —observó—. La verdad, no creí que nos advirtieran su llegada… Bien, ¿acabo de adoptar o no una actitud respetable?

Un saludo ceremonioso de Julián la detuvo a la puerta del jardín del doctor.

—Mis cumplidos, general —dijo—. La revista ha sido impresionante. Juana pareció tomar en serio la observación.

—Creo poder confiar en que nos acompañarán hasta la estación de término. —O más allá…

—Tal vez más allá.

Julián vio desaparecer su esbelta figura por la puerta de la cocina. No tenía por qué disimular; había cambiado. Su nueva autoridad armonizaba bien con las largas piernas calzadas de altas botas, con la orgullosa y erguida cabeza. Un aire de confianza *en si* misma, un aura de mando. No podía calificarse de otra manera la actitud de Juana en aquellos momentos.

Metió en la cuadra los caballos y les dio de comer el pienso. Los caminos de Georgia eran poco seguros aquel invierno de guerra: concedido; el regreso de Juana se había preparado con el cuidado de una campaña militar: de acuerdo. Mas en la reciente entrevista había algo más de lo que a primera vista parecía. Julián no quiso afrontar la suposición mientras salía a la tarde azul. Si era verdad que la pregunta se acababa de formar, como un hilo, en su mente, no podía darle una respuesta mientras careciera de pruebas.

Salió al exterior para ver entrar, galopando, a la patrulla en Santa María, tras un toque final del cuerno de caza. A la distancia en que se hallaba le pareció casi tan harapienta como el escuadrón de guerrilleros, aunque el uniforme producía un buen efecto en la oscuridad. El oficial que iba a la cabeza de la columna era asombrosamente joven, a pesar de la magnífica barba rubia que se esparcía, como una coraza, sobre la guerrera de un gris pálido. «Parece una medalla —se dijo Julián—; sólo le falta en la cinta del sombrero el airón de plumas de avestruz distintivo de la caballería». Sin embargo, los otros carecían de la arrogancia del joven oficial. Al detenerse la tropa ante el granero del doctor, Julián advirtió que pocos uniformes estaban completos. Más de un par de calzones de granjero remplazaban al pantalón de reglamento. Unos dedos sucios asomaban por las gastadas suelas de una docena de botas indescriptibles.

El oficial desmontó, confiando la brida de su caballo a un ordenanza.

—Teniente Paul Harris, señor. De la milicia del Estado de Georgia.

La mano que ofreció a Julián era firme y muy morena. «Ni el mismo Marte —pensó Julián— hubiera creado un mensajero más atrevido». Tomó la mano que le ofrecían y la estrechó cordialmente. Había cubierto un largo trayecto para hacer este gesto de alianza; ¿por qué le parecía más propio de una comedia que de un gran drama?

—Soy el doctor Chisholm, teniente.

—Me lo figuraba. Hace tiempo que los Medford le esperan.

¿De manera que Juana no hacía secreto de su llegada? Naturalmente. Era evidente que un Chisholm tenía que volver a la patria con cierta ceremonia, aunque fuera a un olvidado rincón de Georgia. Y, sin embargo, Juana había concertado con una tropa de guerrilleros que la acompañaran durante el viaje. ¿Qué diría a esto aquel *Beau Sabreur*? Julián sonrió para sus adentros: si los Medford eran capaces de guardar el secreto, también lo guardaría él. Al otro día, cuando la harapienta escolta de Juana partiera, aquel *Beau Sabreur* estaría roncando, probablemente, en su lecho.

Harris se quitó los guantes y los metió, doblados, en el estupendo cinto que servía de soporte a sus armas. Una palabra de mando dispersó a la tropa; el ordenanza condujo la montura del teniente a la cuadra.

—¿Verdad que pasó usted por la Universidad de Virginia, doctor?

—Sí, estuve poco tiempo.

—Aun así ha dejado allí fama. ¿Es posible haya olvidado que mi hermano fue

testigo de su duelo con el joven Raleigh? ¿Es verdad que usted le rompió deliberadamente la pistola en lugar de atravesarle de un balazo el corazón?

Julián sonrió; casi había olvidado aquella prueba de su hombría.

—Fue un disparo con suerte —repuso.

—Permítame que rectifique, señor. Nuestro Ejército ha ganado un cirujano, pero ha perdido un soldado.

El cumplido fue acompañado de un saludo a la antigua usanza; Julián se limitó a inclinarse, parpadeando.

—¿Reside usted en casa de los Medford, teniente?

—Así es. Aguarde a trabar conocimiento con los bizcochos de la madre Medford; jamás había probado cosa igual en el extranjero. —Harris demostró su juventud con una abierta sonrisa, todo lo abierta que se lo permitieron las patillas—. Confío en que su esposa no estará tan fatigada que no pueda acompañarnos a cenar…

—Tendrá sumo gusto.

Julián puso calor en la frase para corresponder mejor a la sonrisa del teniente. Era una ironía que aquel representante de la fuerza armada se alojara en casa del contrabandista más hábil de todo Santa María y, al propio tiempo, le pareció cosa natural dirigirse, con Harris, a su casa, como si hubieran sido amigos toda la vida.

El doctor salió a recibirles a los peldaños del porche. Con su traje de hilo limpio y planchado, se parecía más que nunca a un querube rollizo; incluso la descuidada barba gris y el cigarro que sostenía en la boca daban pie para reflexiones tardías.

—Ea, señores, adentro —dijo—; el señor Cameron escancia ya el vino. Además, pronto saldrán a tomar el aire huestes de mosquitos y todos sabemos que traen la malaria.

Harris soltó una estrepitosa carcajada al propinar un sopapo a uno de ellos, que zumbaba en torno a la maleza de sus patillas.

—Que lo sabe usted, querrá decir —manifestó—. Apuesto cualquier cosa a que pocas casas de Santa María se defienden así contra los mosquitos.

Julián miró las ventanas y por primera vez advirtió que se hallaban protegidas por una finísima red.

—¿Forma eso parte de un experimento, doctor?

—Llámele una precaución particular si gusta. Sé, hace tiempo, que la fiebre intermitente tiene alas. Mi mujer y yo sabemos mantener a distancia a los mosquitos y por ello desconocemos la fiebre. Claro que también tomamos, de vez en cuando, un trago de quinina y de *whisky*, para más seguridad. ¿Quieren tomarlo ustedes ahora?

La salita de los Medford era fresca y habitable al propio tiempo, cualidades éstas poco frecuentes en las habitaciones de una casa de pueblo. Whit estaba de pie delante del copera midiendo el bourbon[12] en cuatro copas. El jugador parecía hallarse a sus anchas, tan a gusto en Santa María como gato junto al hogar. Pero, apenas entró en la sala, Julián se dio cuenta de que estaba borracho.

Jamás había visto embriagarse a Whit. ¿Le servía la bebida de antídoto contra el

aburrimiento, o sería que al pasar Juana por delante de su puerta para ir a vestirse habría proyectado una nube sobre el futuro? Una vez más, tuvo Julián que afrontar los hechos y decirse que Whit conocía los planes de su mujer tan bien como ella misma, y se preguntó cómo podría asistir a su realización con tal serenidad.

Harris correspondió a la presentación con menos cordialidad de lo acostumbrado, según echó de ver Julián, aunque su actitud era correcta. En cambio Whit siguió mirando al teniente con un desdén glacial, mientras Medford repartía las copas. Fue un duelo de miradas, sin ritmo ni razón aparente, y Julián no se sorprendió de que el teniente secundara al jugador.

—Brindo por los recién casados —dijo—, aunque ya veo que la novia se hace esperar.

—Permítame que le ofrezca una sustituta —dijo Whit; y su dicción fue más firme que su paso al colocarse en el centro de la usada alfombra como orador en su tribuna —. Por la Unión confederada… porque dure y podamos hacerla durar.

—Servidor, caballero —replicó Harris—. Pero me es imposible brindar por una paráfrasis.

—¿Y por qué no… si sale del corazón?

«Le ha trastornado algo —se dijo Julián—; se mete deliberadamente con ese muchacho para aturdirle».

En voz alta dijo:

—El teniente Harris tiene razón, Whit. Puesto que vamos a beber por la Unión, pasemos por alto la sombra del general Jackson. La Unión no puede deshacerse. Ea, bebamos por nuestro ejército y por la causa que defiende.

Harris brindó con él; sus ojos brillantes revelaban cómo apreciaba la música marcial que produjo el choque de las copas.

—Os expresáis como un par de lechuzas sedientas de sangre —observó Whit, sin despegar los labios de su copa.

Luego, mientras bebía, les volvió intencionadamente la espalda; Julián confiaba en que no habría hablado muy alto, en que Harris no le habría oído. Mas el teniente recobró su buen humor. Puso la copa vacía sobre la mesa y se apoyó suavemente en la chimenea de Medford, actitud que armonizaba perfectamente con la marcial arrogancia de su persona. Evidentemente se daba cuenta de que era poco digno reñir con un paisano.

—Se expresa usted como un inglés del Sur, señor —murmuró—. ¿Supongo que no pretenderá discutir nuestra actitud? ¿Negar nuestro destino?

Whit describió media vuelta sobre la punta de las lustrosas botas; era evidente que pretendía irritar a Harris.

—¿El destino, teniente? La palabra es demasiado vaga para una parte de la nación que se atreve a desafiar a su Gobierno.

—Nuestro desafío consigue pleno éxito. Los yanquis tienen que conquistar todavía un campo mayor de acción.

—¿Qué me dice usted de Antietam?

—¿Y de Sharpsburgo, señor? Pues también allí obtuvimos la victoria.

—Sin contar a los muertos que se dejaron atrás —dijo Whit—. En Washington se consideró esa acción como una victoria para el Norte. Como el preludio de la proclamación de Lincoln respecto a la libertad de los negros. En el extranjero fue como el tañido de una campana que toca a muerto… si me permite expresarme así.

—¿Debo dar su valor total a la frase, señor Cameron? ¿No es usted de los nuestros?

—Yo soy ciudadano del mundo, señor. Sin embargo, tengo en regla mi pasaporte. —Permítame que lo compruebe por mi mismo.

—¿Por orden de quién?

—Este distrito se baila bajo la ley marcial, no sé si lo saben.

Whit miró a Medford y a Julián, les hizo un leve guiño y echó el pasaporte sobre la mesa. A su pesar, Julián avanzó un paso y se puso a leerlo por encima del hombro rígido de Harris. El lugar de nacimiento del jugador estaba inscrito como remota sede de un condado de las montañas de Tennessee; se atribuía a sí mismo el título de pedagogo, cosa que, en opinión de Julián, era una ficción muy apropiada. Él mismo había aprendido mucho al lado de Whit, aunque algunas de sus lecciones fueran muy amargas.

—Y bien, teniente: ¿pasó ya revista? El odio ponía en los ojos de Whit una luz helada; algo en la persona de Harris le había puesto furioso desde el momento en que vio aparecer al joven oficial. Adivinando esto en la mirada de su amigo, Julián recordó al subordinado de Broussard al San Agustín. La expresión venenosa del rostro de Roy se reflejaba ahora en cada línea del estudiado desprecio de Whit. ¿Sería otro modelo del blanco pobre montañés que mordía al aristócrata y se revelaba ante la justa ira de aquél?

El odio de Roy, pensó Julián, se originaba en un instinto ciego; el de Whit era más profundo y más complejo. Roy abofeteaba a sus superiores en obediencia a una desesperación atávica; Whit pegaba a causa de su firme conocimiento de que estos mismos gobernantes habían llevado a su país al borde de la ruina… y darían fin a su obra con la ciega obstinación que sólo conocen los que juegan fuerte.

—¿Responde usted de este hombre, doctor?

Julián oyó responder a su propia voz.

—Sí, claro está, teniente. El señor Cameron y sus credenciales están por encima de todo reproche. Sus opiniones políticas son cosa suya.

—Tenga su pasaporte, señor Cameron —dijo Harris con énfasis—. En cuanto a sus convicciones…, hay que confiar en que no lleguen a ser para usted un lujo demasiado caro.

Whit favoreció al teniente con un eructo ensordecedor y tomó de nuevo la botella.

—No me hable de lujos, señor. Incluso el dinero dice que saldré de este juego más rico que usted. —Con estas palabras se dirigió a la puerta de la sala y, al llegar a ella,

se detuvo para saludar a Medford—. Le presento mis excusas, doctor; crea que rara vez insulto a los invitados de un caballero en su propia casa… Y puesto que estamos en ello, Harris, le presento mis excusas a usted también. La verdad es que no me he dirigido a usted: ha sido al sistema que le produjo.

Nadie pronunció una palabra al cerrarse la puerta de golpe a espaldas del jugador. Julián se acercó a la ventana y vio a Whit sentado ya bajo un árbol del jardín. Un último rayo de sol se reflejaba en la botella que llevaba en la mano al levantarla en la creciente oscuridad.

—Crea, teniente, que nunca le oí expresarse así…

No hubo tiempo para más. Ya la voz de la señora Medford se había levantado como un puñal en su cerebro. Era un grito de socorro el que sonaba en el hueco de la escalera desde la puerta de la salita. Y aun antes de llegar a la escalera, en doce largas zancadas, adivinó Julián el significado del golpe apagado que sonaba encima de sus cabezas.

4

Juana, con el corsé medio abrochado, con la enagua formando un montón de ropa blanca sobre la alfombra, estaba tendida en el suelo, junto a la cama de retorcidas columnas, con la cabeza apoyada en el regazo de la señora Medford. Julián vio, de una sola ojeada, que sólo estaba desmayada y se arrodilló junto a ella para tomarle el pulso. Su ritmo era velocísimo; la frente ardía bajo su mano.

—Es la fiebre —dijo la señora Medford—. Lo vi en seguida cuando vine para ayudarla a vestirse. Pero se empeñó en que… Los párpados de Juana se agitaron.

— Estoy bien, Julián. Tengo que estar bien. Él murmuró un «sí» tranquilizador y la levantó ara hacerle adoptar una posición más cómoda sobre el lecho.

—¿Hace tiempo que te sientes mal?

—Me dolía la cabeza cuando monté a caballo. Pero creí que la causa era el sol.

Temo que sea algo más.

Retrocedió para dejar sitio al doctor Medford. La voz del viejo sonó como un ronroneo aplacador al inclinarse sobre la cama; luego sus labios formaron ja palabra «intermitente», mientras sus ojos buscaban los de Julián. Palabra que tapaba una multitud de pecados en las tierras bajas del Atlántico.

—Salgan ustedes, voy a desnudarla —dijo la esposa del doctor.

Julián luchó en la escalera por imitar la aparente calma de Medford y escuchar sus explicaciones sobre las fiebres constantes y las intermitentes.

—Ambas formas son muy comunes en estas latitudes. La venceremos sin gran trabajo.

—Confío en que no sea más que eso —murmuró Julián.

El cuadro del antro apestado de Steed, en Nassau, y el ruido con que cayera en el umbral del gabinete de Lucy el cuerpo de Víctor Sprague, invadió su mente con el aspecto sombrío de la predestinación. Alejó de sí ambos recuerdos, luchando por recobrar la calma profesional al llamarles la señora Medford para que volvieran a la alcoba.

Juana estaba ya acostada; tenía los ojos entornados. La llama de su cabello, diseminada sobre la blanca almohada, acentuaba, por contraste, su palidez. Respiraba aceleradamente, y su mirada, al abrir los ojos cuando ellos se aproximaron a la cama, era límpida y brillante.

—Tengo que seguir adelante —susurró—. Tengo que seguir…

—Seguirás adelante. Seguiremos adelante los dos.

—Sí, Julián; los dos. Los dos juntos…

Julián retrocedió para dejar que el doctor Medford llevase a cabo su reconocimiento. Este fue notablemente minucioso, cosa rara en un médico rural. Julián recobró la confianza al verle sacar un termómetro y registrar la temperatura, que era casi de cuarenta grados.

Apenas cerró el librito de notas, cuando Juana comenzó a temblar, asaltada por

súbito frío. Julián corrió a su lado, en respuesta a una seña del doctor, y la tomó en sus brazos, mientras el par de viejos la envolvían en una manta con toda precaución. El frío le llegaba a los huesos, y antes de que cesara, Juana tenía los labios azules. Medford esperaba, teniendo en la mano un vaso lleno de licor.

—Ya es hora de que se tome su *whisky* con quinina, señora Chisholm. Le dará fuerzas. Lo necesita.

Entre él y Julián levantaron la cabeza de Juana para que bebiera: ella hizo una mueca al probar la dosis, que era muy amarga, mas la apuró, obediente. Julián quiso volver a ponerle la cabeza sobre el nido de almohadas, mas Juana se asió a él como una niña; entonces volvió a tomarla en brazos y la sostuvo allí, como en una cuna, hasta que su cuerpo se abandonó poco a poco y se le cerraron los ojos.

Su respiración profunda indicó al poco rato que estaba dormida. Entonces la arropó bien y limpió con suavidad el sudor que mojaba su frente. Estaba ahora húmeda y fresca, y el antes acelerado pulso había recobrado su ritmo normal. Como por arte de magia, la fiebre había cesado al mismo tiempo que el frío; pero Julián sabía que no era aún el fin. Fuera cual fuere la enfermedad que padecía le había producido una fiebre de cuarenta… y una crisis tan violenta como pocas había presenciado. Era una infección y no podía tomarse a la ligera.

Miró alrededor, algo sorprendido al hallar la habitación vacía; era evidente que la pareja de edad había salido de la habitación de puntillas al ceder la crisis. Halló al doctor Medford solo en la sala, sumido en la lectura.

—La cena le espera en la cocina, muchacho.

—Gracias, pero estoy preocupado. No podría comer.

—¿Duerme ahora?

—Sí; temo que siga durmiendo entre los sucesivos ataques.

—Sin embargo, es un buen síntoma.

—¿Cree usted que es malaria lo que tiene?

—La fiebre es difícil de diagnosticar en un principio, Cualquiera de las diversas formas conocidas puede empezar con tal rigor. Sin embargo, la malaria es la que más se padece aquí en la costa. Podría muy bien serlo.

La actitud de Medford era tranquilizadora, pero Julián descubrió que no lograba tranquilizarse. Sentóse ante la mesa y hundió la cara entre las manos, titubeando antes de revelar sus temores. La fiebre amarilla se consideraba con horror en el Sur. No hacía mucho que había devastado la costa, diezmando literalmente grandes ciudades como Savannah, Charleston, Baltimore. Y si lo que tenía Juana era la fiebre amarilla, Medford se vería obligado a ponerles a los dos en cuarentena, tan rigurosamente que ni siquiera él podría disponer de las cosas que, de ordinario, significan la vida o la muerte en tales casos.

Al levantar la vista reparó que el viejo doctor le observaba con benévola expresión.

—Créame, hijo mío —murmuró— nada de cuanto hubiese hecho habría podido

evitarlo. Usted lo sabe muy bien.

Julián se acercó a la puerta y contempló la desierta calle. La luz de la luna suavizaba la mísera desnudez de Santa María. Le costaba trabajo creer que hubiera recorrido aquella misma calle a caballo, al lado de Juana, pocas horas antes que hubiera conocido el escuadrón de *cuellos rojos*, buenos jinetes, que aguardaban sus órdenes reunidos ante la puerta. Entonces ella estaba animada y se sentía muy segura de sí misma. Dependía por completo de él y de sus cuidados, si es que no estaba atacada por un enemigo contra el cual él no poseía ningún arma.

Se volvió, enfrentándose firmemente con el doctor Medford. Su responsabilidad profesional exigía que le dijese cuanto sabía.

Medford le escuchó silencioso, mientras él vertía en sus oídos la historia de la breve estancia en Nassau; los casos que examinara en Windward Point, la siniestra escena de la muerte de Víctor Sprague.

—Tenía usted razón —dijo Medford después—; Nassau padece una epidemia. Roguemos para que los *runners* no nos la traigan antes de que se concluya este negocio de la guerra.

—¿Y si nosotros la hubiéramos traído ya…?

Medford sonrió.

—Su franqueza le honra, doctor Chisholm. Pero permítame que me reserve mi opinión.

—Usted ha asistido a un sinnúmero de enfermos de ese mal, ¿verdad?

—La conozco desde tiempo inmemorial. Esta ciudad padece de fiebre amarilla como tal vez pocas ciudades del resto de América.

—Pues yo nunca lo oí decir,…

—Es ya una vieja historia, doctor Chisholm que comenzó cuando yo era niño. Entonces padecí un ligero ataque, pero me restablecí en seguida.

Julián exhaló un suspiro de alivio.

—Conque, ¿está inmunizado?

—También he conocido otras epidemias y he sobrevivido a ellas. La primera fue de tal magnitud que jamás la olvidaré. Comenzó a principios de siglo, traída por una corbeta que procedía de Baltimore. Aquí no lo sabíamos, pero el *coup de barre* realizaba ya incursiones en nuestras ciudades de la costa, como los asirios en la antigüedad. En la corbeta murieron dos hombres… y no fueron enterrados. Los demás estaban postrados. Les recogimos y asistimos hasta que fueron a reunirse con sus camaradas. Semanas después se inició el desastre. La muerte surgió por todas partes… y carecíamos de medios para luchar con ella. Al final estábamos agotados y ya no podíamos cuidar a los enfermos. Cuando pasó, casi todos los habitantes de Santa María estaban enterrados en el cementerio, detrás de los bosques. Todavía hoy pueden leerse sus lápidas y comprobar cuántos murieron en un solo día. Otros, pocos, siguieron viviendo, pero la ciudad estaba muerta; ya no ha vuelto a recobrar la antigua vida.

—¿Qué fue lo que hizo cesar la epidemia?

—¿Quién lo sabe? Pudieron ser las heladas, que aquel año fueron muy frecuentes; lo recuerdo porque iba a cazar conejos para hacer caldo para mis hermanos.

Todos ellos fueron a reunirse con los habitantes de la población.

—Desde entonces debe usted de odiar a la fiebre amarilla…

—Yo no odio a las enfermedades, doctor Chisholm. Únicamente quisiera arrancarles su secreto… para combatirlas. Quizá, como la malaria, llegue la fiebre amarilla sobre unas alas; tal vez aquel año matara la helada a los mosquitos, y por ello nos salvamos los pocos que quedamos vivos. Otros han hecho la misma deducción y se les ha tachado de locos; ¿quién soy yo para alzar la voz?

El viejo doctor se expresaba en voz baja; luego se inclinó hacia delante para sacudir su pipa. Por vez primera reparó Julián en el noble plano de la cabeza calva. A aquella luz se parecía más a Sócrates que a un querube.

—Sólo aspiro a saber —murmuró—, y no llegaré a saber nunca. La Ciencia avanza paso a paso. Por fortuna he aprendido a ser paciente.

—Suponiendo que hayamos traído de nuevo la fiebre a Santa María… Medford puso una mano sobre el hombro de Julián.

—No se preocupe por tener que dejar aquí a su mujer. La asistiremos lo mejor que podamos. Yo cuidaré de que no se extienda el rumor.

—Entonces, ¿cree que tiene la fiebre?

—No; no se puede decir nada, sencillamente. La Ciencia nos abandona; el veredicto está en manos de Dios. Únicamente podemos cuidarla…, darle medicinas…, y orar. Julián se puso lentamente en pie.

—Gracias, doctor. Celebro ver a mi esposa en tan buenas manos.

—Permita que también me cuide un poco de usted. ¿De verdad no quiere tomar un plato de sopa?

Me temo que no. Voy a respirar un poco de aire fuera, el aire fresco de la noche era reconfortante Julián se dejó bañar un rato por la luz sobrenatural de la luna antes de dirigirse al granero. No era el momento más oportuno para dirigirse a la carretera de los cipreses. Y, sin embargo, tenía que avisar a la escolta de Juana de que había habido un cambio de plan. Además, como Harris y su escuadrón acampaban en las afueras, podía temerse un encuentro armado entre ambas fuerzas.

Al llegar a la puerta del granero, un fuerte olor a *whisky* llegó hasta su nariz, e instintivamente dio un paso atrás. Whit Cameron se levantó del pesebre en que estaba recostado y le ofreció la botella con un ademán de cortesía solemne.

—La amistad tiene sus límites —observó—, pero la compartiré gustoso contigo.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

—Desde que Juana sufrió el ataque. Desde que nuestro teniente, el de la medalla de oro, salió de estampida para reunirse con sus soldados… después de negarse a compartir el pan con un paisano. —Whit abarcó con el gesto la calle inundada de luz lunar—. Había que verle alejarse a caballo con la cabeza erguida y las patillas al

viento. Esta noche vivaquea con sus hombres. ¡Ojalá no despierte con calambres!

El tortuoso perfil de Whit se inclinó, agresivo, hacia delante, y Julián tuvo que sujetarle para que no cayera al suelo.

—¿No vas a preguntarme por qué me cubro de ignominia…, yo, que nunca cavilo?

—Más adelante, tal vez; ahora tengo que hacer un encargo.

—Si pretendes llegarte a caballo hasta el marjal, olvídalo. Hace una hora que estuve allí. Nuestros amigos están advertidos. Esperarán.

—¿Cuánto tiempo?

—El que sea preciso. Los guerrilleros no suelen ser tan pacientes, lo confieso, pero éstos son más leales que otros. —Whit miró a Julián con cara de lechuza—. Supongo que Juana te lo habrá dicho ya, ¿no?

«Juana me ha dicho muchas cosas —pensó Julián—. Y lo que no me ha dicho lo adivino, a pesar de que no me atrevo a llenar los claros con palabras. Es singular que me importen tan poco mis recelos, ahora que se halla postrada en la habitación de Medford; ahora que su porvenir y el mío penden de un hilo».

El jugador salió a la luz de la luna tambaleándose y se apoyó en el tronco de un pino; asiéndose al nuevo punto de apoyo tiró la botella lejos de sí.

—Ya no quiero más medicina —dijo—. Me resigno Julián. Pronto estaré totalmente sereno.

—Pues no lo parece.

—Estoy suficientemente sereno para lamentar lo hecho, por ti, y por Juana también. Recuerda que fui yo quien te arrastró a esto.

«Lo sabe todo —pensó Julián—. Acaba de descubrir que posee una conciencia…, y la emoción que le ha producido el descubrimiento le ha inducido a beber».

En voz alta dijo:

—¿Qué tiene de particular que hayamos procurado a Juana una escolta?

—¿Es que no tienes idea de lo mucho que van a tener que esperar esos guerrilleros? ¿De por qué se prestan a recibir órdenes de una mujer?

—¿Son formales esas preguntas?

—Formales e inútiles —dijo Whit—. Como eres un romántico, tienes que haber adivinado hace tiempo las respuestas… y te niegas a afrontarlas. Como yo soy materialista, veo lo que os va a suceder a los dos. Y como mi corazón es tierno, ya lo ves: bebo.

—No te preocupes de esa ternura de tu corazón. Ten sentido común.

—Es inútil, amigo mío. La gente como yo no explica cómo es Juana Anderson a… gente como tú. Tienes que aprender a conocerla por ti mismo.

Whit se tambaleaba a la luz de la luna mientras sopesaba la declaración.

—Algún día verás la verdad tan clara como el Evangelio. Cuando ya seas viejo… verás que no basta con haberle dado un nombre. Ni con amarla. Ni con decirle que estarás a su lado pase lo que pase. Tienes también que llegar a su altura.

—Ya dijiste eso mismo en otra ocasión.

—No se pierde nada por repetirlo. Quizá sea conveniente que te hayamos permitido llegar hasta aquí… sin entregarte a los yanquis. Quizá tenga que transcurrir un año de guerra para que comprendas lo joven que eres en realidad. Y qué ajeno has estado a todas las cosas en este asunto.

—¿Como Juana, por ejemplo?.

—Como Juana. Supongamos que te digo que ella es lo mejor con que podrías haberte tropezado. ¿La apoyarías? ¿O serás un Chisholm hasta el fin?

La pregunta encerraba un ruego más que un desafío. Julián lo tomó en este sentido, dándose cuenta al propio tiempo de que Whit no estaba tan borracho como parecía.

—No creo que tenga motivos para quejarse de mí,…

—Es mucha verdad, amigo. Tú la cuidarás mientras tenga fiebre… y el dolor te destrozará el corazón aun cuando veas que se necesita más que una simple enfermedad para matar a una persona como juana. Luego te harás a un lado como un caballero y la dejarás seguir un camino. —Whit alzó, colérico, la voz—. ¡Caballero andante! ¿Crees que a una mujer le gusta que la traten así?

—Estoy seguro de que no desea otra cosa.

—Querrás decir que eso es lo que ella dice. A su modo es tan obstinada como tú…, y lleva tantos ideales como tú en su equipaje.

Whit dio media vuelta al decir esto de manera tan brusca, que a poco mide con su cuerpo el patio de Medford.

—Anda, ve a cuidarte de sus asuntos, doctorcillo. Asiste a tu mujer… y da gracias a Dios de que todavía lo sea. Tendrás mucho que andar antes de encontrar otra parecida.

—¿Me aconsejas que me quede a su lado cuando be prometido…?

—Vuelve a la casa, Galahad. Nunca trataré de explicaros el uno al otro.

Pero el jugador detuvo a Julián con la voz desde ja sombra del pino. Era una voz sepulcral en que a la impaciencia uníase la ironía.

—Me río yo de la gente que tiene que llevar a cabo una misión. De la gente que no permite que los demás lleguen a su nivel y que se pasen la vida poniendo diques a los otros. Aunque esas gentes sean amigas mías, están por encima de mi comprensión.

—Acepto el cumplido —dijo Julián.

—No puedes hacer cosa mejor. Porque eres mi amigo, quieras o no. Me gustarías más si fueras un poco menos noble…

El jugador volvió a pasar de la oscuridad a la luz, siempre tambaleándose, y Julián le vio abrir una nueva botella de *whisky* con los dientes. Bebió un largo trago antes de señalar con el dedo tembloroso la casa, como si quisiera reprender a Juana con el mismo gesto.

—¿Por qué no podéis ser felices de la manera más sencilla? *No respondas a esto,*

Galahad. ¡Te llama tu dama!

Julián entró en la casa corriendo. Al llegar a mitad de la escalera, el silencio le dijo que Whit le acababa de despedir con una mentira. Penetró de puntillas en la habitación de Juana. Medford le sonrió desde un sillón animándole.

—Descansa tranquilamente. ¿Por qué no se echa usted también un rato? —dijo.

—Ese sillón me parece muy cómodo. Puedo pasar en él la noche.

—Como guste, doctor.

A un tiempo se inclinaron sobre la mujer dormí, da en el lecho. Juana seguía en la misma postura en que la habían dejado, pero ya no tenía las mejillas tan pálidas. Un profano hubiera asegurado que gozaba de perfecta salud, pero Julián sabía que la fiebre acechaba todavía, que se escondía en la corriente de su sangre, pronta a saltar de un momento a otro. Siguió al viejo doctor a la escalera y le detuvo, poniéndole una mano sobre el brazo.

—Le dará otro ataque antes de la mañana.

—Temo que así sea, en efecto. Sobre la mesa de noche hay quinina para cuando la necesite.

—Poniéndonos en lo mejor, ¿cuándo cree usted que podrá salir de aquí, una vez vencido a la fiebre?

—Parece indicada una semana de convalecencia como mínimo.

Una semana era mucho tiempo para esperar; Julián se preguntó si la escolta de Juana sería tan paciente. Quizá desapareciera entre los pinos de manera tan impensada como había aparecido; quizá tuviera él que acompañarla hasta la estación del ferrocarril… y en todo lo que viniera después. Sabiendo por adelantado que albergaba vanas esperanzas, volvió a detener a Medford en el vestíbulo, para dirigirle otra pregunta.

—¿Qué sabe usted de esa escolta,…? Me refiero a la contratada por Juana.

—Sólo sé que procede de Atlanta, y que tiene orden de esperar indefinidamente.

La candidez de la respuesta desconcertó de momento a Julián.

—¿Por qué no me habló de eso esta mañana, doctor?

—La señora Chisholm dijo que los hombres la esperarían —replicó Medford, conciliador—. No quería preocuparle a usted…

—¿Y si Harris llegara a saber que disponemos de una guardia armada?

—Su mando cesa en la frontera de este Estado. Se supone que las autoridades sabrán mantener el orden aquí; todo el mundo que se dirija más lejos debe hacer sus preparativos si quiere viajar con seguridad.

—¿Y cómo sabremos que esos hombres no nos rebanarán el cuello por el camino?

El vestíbulo estaba a oscuras, pero, aun así, Julián sorprendió el guiño de Medford.

—Confíe usted en el buen sentido de su mujer, muchacho —replicó.

Y echó a correr escalera abajo, con el paso sigiloso de un gato propio de sus años,

antes de que Julián pudiera dirigirle más preguntas.

5

Al entrar de nuevo en la habitación, Julián tiró del sillón acercándolo al lecho de columnas. Hecho esto se arrellanó en él, dispuesto a velar. Lamentaba ya el impulso que le moviera a interrogar a Medford pues, como decía Whit, es inútil hacer preguntas cuando se conoce la respuesta.

Pero nada de aquello tenía importancia, se dijo mientras contemplaba a su mujer, con el corazón oprimido por el pánico, como ante una amenaza visible por la mañana, Juana, con su escolta harapienta había intentado alejarse de su existencia para siempre; aquella noche podía perderla también, teniendo que entregarla a un enemigo más terrible. Pues si lo que Juana tenía era la fiebre amarilla, nada significarían para él sus años de práctica en los mejores hospitales del extranjero; algo más tenía que intervenir para salvar a Juana.

Hacía largo tiempo que Julián no pensaba, de manera particular, en Dios. No era irreverente por naturaleza; era sencillamente, que su mente, sumida en el estudio material del proceso de la vida, dio al olvido la esencia inmaterial que es el alma del hombre. En Viena se le daba sólo importancia al cuerpo; nadie le había recordado hasta entonces que en materia de enfermedad existe frecuentemente otro médico que es quien dirige el curso del mal.

Julián buscó a tientas un camino hacia los imponderables de la fe. Apoyando una mejilla en la de su mujer, obligó otra vez a sus labios a pronunciar palabras de invocación poco familiares.

—«¡Dios mío, déjala vivir! Permite que viva para mí. Y aunque no sea para mí, déjala vivir, Señor».

Al ponerse en pie se sintió más aliviado por la primera plegaria que rezaba después de tantos años. Whit Cameron hubiera mirado con el ceño fruncido al hombre que solicitaba un favor de Dios; el jugador hubiera dicho que Juana era demasiado fuerte para morir… Sin embargo, a él le consolaba confesar su impotencia. Por locos que fueran sus proyectos, era su mujer; era la razón de ser de su vida. El matrimonio efectuado duraría, para él, tanto como su aliento. Juana podía morir en seguida o dejarle al otro día por la mañana. Mas el lazo que les unía era eterno.

Esta convicción le movió a cerrar los ojos, y durmió toda la noche de un tirón. Como temía, el segundo ataque de fiebre de Juana sobrevino poco antes de amanecer.

Retorcía las sábanas y murmuraba, delirando, cuando él saltó de su asiento. Le pasó una esponja por la ardorosa frente y volvió a tomarle el pulso, que latía aceleradamente. Bajo los dedos de Julián, la piel de sus brazos estaba seca y muy caliente; al darle un vaso de agua lo apuró con avidez. Sus ojos le miraban, brillantes de fiebre, y, por vez primera, se dio cuenta de que no le reconocía.

—Whit —murmuró.

—Silencio, Juana.

—Le amo, Whit Amo a Julián. No se ría,…, le quiero.

—Ya lo sé —dijo Julián, comprendiendo, con claridad repentina, por qué Juana pensaba ahora en el jugador.

—Me odiará cuando lo descubra. Creo que no debo hacer eso con él…

Se le apagó la voz y los sollozos sacudieron su cuerpo. Luego descansó en brazos de Julián y pareció como si quisiera dormir, aunque prosiguió la incoherente charla.

—Vamos a Atlanta. Tierra… de promisión… —el murmullo cesó, y luego dijo, con voz perfectamente clara—: La unión… ¡hay que conservarla!

A su pesar, Julián la asió por los hombros y la sacudió suavemente mientras decía:

—Juana…, ¿no me reconoces?

Recordaba el brindis de Whit. El delirio de Juana parecía ser un eco grotesco de aquél, pero, mientras la estrechaba en sus brazos para conseguir que se tranquilizara, Julián sabía que no lo era.

La voz de Juana siguió sonando un momento todavía, subiendo y bajando mientras él la tenía en brazos. Mas ninguna de sus palabras tenía significado ya, y Julián lanzó un suspiro de alivio al sentir que se humedecía la piel bajo sus manos y comprendió que pasaba la crisis.

—¿Va todo bien, doctor?

Julián levantó la vista, deslumbrado, y vio al doctor Medford junto al lecho. El viejo se había puesto los pantalones sobre el camisón de dormir. Julián se preguntó si habría oído parte o todo el delirio de Juana.

—Otro acceso de fiebre, pero ya se disipe.

—Lo celebro. ¿Le administramos más quinina?

Juana se despabiló un poco al levantarle la cabeza y apuró la amarga dosis sin protestas. Casi inmediatamente después quedó sumida en profundo sueño; al tomarle el pulso, Medford hizo un gesto de satisfacción.

—Creo que merece un poco de descanso, doctor Chisholm —dijo—. Desde luego, es pronto para afirmarlo, pero, de todos los síntomas de la enfermedad, se desprende que se trata de unas tercianas.

—¿De una fiebre intermitente, quiere decir?

—Endémica en estas regiones. Debilita, mas no es peligrosa. Su mujer es una muchacha sana y fuerte, doctor. Dentro de una semana estará totalmente curada.

—¿Gracias a Dios, no se trata de fiebre amarilla?

—Gracias a Dios, muchacho.

El doctor salió de puntillas del dormitorio y Julián sintió que sobre su espíritu descendía una gran paz. La suerte estaba echada; sin embargo, no sentía el menor deseo de dormir. Ahora que sabía lo que debería hacer cuando Juana se restableciera, descubrió que podía interrumpir el curso de sus pensamientos a voluntad.

Estuvo largo tiempo asomado a la ventana, viendo cómo aumentaba la pálida luz del día en las calles, llenas de surcos, de Santa María. El teniente Harris pasó a

caballo con su tropa en dirección al río y saludó a la casa sin darse cuenta de que era observado desde la habitación oscura. Poco después, salió Whit, todavía tambaleándose un poco, y entró en casa por la puerta de la cocina como gato doméstico que le teme a la luz.

El tiempo pareció estacionarse en aquella población de Georgia al ser disipada por el sol la niebla que se levantaba del río. Juana suspiró, en sueños, desde su lecho. Aquel suspiro recordó a Julián que el mundo marchaba todavía. Ahora que llegaba, por fin, a este momento, vio que era inevitable. La realidad no le pareció más fácil de afrontar cuando tomó asiento en el lecho desordenado al lado de su mujer y le tomó una mano.

6

El diagnóstico del doctor Medford fue acertado, día por día. Gracias a las generosas dosis de la quinina y a los cuidados solícitos de Julián, Juana se restableció rápidamente: ocho días después de caer enferma pudo salir de la habitación y sentarse en el porche en una *chaise longue* de mimbres; al recorrer el jardín sin apoyo al día siguiente por la tarde, comprendió Julián que su curación era completa.

Fue un alivio, para él, dejarla dormir, casi todo el día, mientras atravesaba los bosques o pescaba en el embarcadero para los botes que había al pie de la calle. Fatigado de tanto sol, dormía luego bastan, te bien, tras una hora de jugar a los naipes con el doctor, aun cuando su cama fue un mal catre colocado junto al lecho de columnas de Juana. Si en ocasiones se le hacían largas las noches… si le despertaba la sosegada respiración de su mujer y se colocaba a su cabecera como doliente fantasma, se deslizaba al exterior y paseaba otra vez hasta el río, permaneciendo a su orilla hasta el alba.

Diez días después de caer enferma Juana regresó una tarde Julián de pescar y colocó la pesca en una repisa de la cocina, encima del arrimadero.

Al lavarse, en seguida, bajo la bomba de la cisterna, se rebeló contra una especie de extraña dejadez, casi animal, que le nublaba su espíritu. Las motas de sol danzaban aún ante sus ojos, a causa de las largas horas pasadas junto al agua y, al subir la escalera para dirigirse a su habitación, sintió en la cabeza un dolor sordo.

Juana estaba sentada ante el espejo de la antigua consola, peinándose. Llevaba un peinador flojo anudado a la cintura. Absorta por el ritual del peinado sólo se volvió a mirarle cuándo la imagen de Julián se unió a la suya en el espejo.

—Tienes buen aspecto —dijo Julián.

—Estoy bien, querido. Algo débil, nada más. Has sido un médico maravilloso.

—Sin clientela, ahora que estás curada.

—Dentro de quince días tendrás más de la que quieras.

Julián reparó en que mantenía el tono impersonal de su voz con cierto esfuerzo. Recordando las revelaciones hechas durante su delirio y la agridulce felicidad que le produjeron, logró equiparar su acento al de ella.

—¿Iras entonces a ver a tus abogados?

—Así lo espero, Julián —murmuro Juana; y oculté el rostro bajo la cobriza mata de pelo.

—Entonces, ¿será realmente una despedida?

—Podemos ir juntos a caballo basta la estación.

—Creo que será preferible que vayas sola.

Juana echó la cabeza hacia atrás. El corazón de Julián dio un gran vuelco al ver sus ojos llenos de lágrimas. Juana le miró fijamente un momento. Le temblaban los labios, como si estuviera ejercitando toda su fuerza de voluntad para retener las palabras que iban a salir de ellos. Luego se ciñó el peinador y salió de la habitación.

Julián oyó ruido de agua en la parte baja del zaguán y adivinó que la señora Medford tenía un baño preparado para Juana en el cuartito contiguo a la cocina. Su dolor de cabeza había aumentado mientras conversaba; ahora le palpitaba detrás de los ojos, persistente como una mosca, una advertencia de que no se trataba de una mera insolación. A tientas, se aproximó al lecho y ya se disponía a tenderse en el cuado reparó que estaba ocupado por la ropa de Juana: la prenda de muselina que, por lo visto, pensaba ponerse después de tomar el baño, y a su lado la bata.

Julián echó esta última a un lado. Por entre sus pliegues asomó un objeto aplastado que cayó al suelo. Sin darse apenas cuentas de lo que hacía, Julián se inclinó para recogerlo, medio mareado.

La cabeza le daba vueltas, mas miró fijamente el objeto que tenía en la mano: era un tarjetero de piel que llevaba las iniciales: «J. A.», Juana Anderson. ¿Se llamaría así, después de todo?

De repente comenzó a maldecirse en voz baja… y comprendió el motivo aun antes de levantar la tapa que cerraba el tarjetero y su contenido. Su mano derecha se apoderó maquinalmente de un papel doblado, que examinó sin ver. Allí había algo escrito, con pluma, en una letra grande y clara, de amanuense. El sello, colocado en un ángulo, le era vagamente familiar, como también el nombre y rúbrica que figuraba al pie del documento.

La habitación dio, inesperadamente, una solemne voltereta, y Julián fijó la vista en la pared para traerla a perspectiva, Al volver a mirar el tarjetero vio que sus manos hablan vuelto a colocar en su sitio el papel y cerrado la tapa sin que diera la orden su cerebro. Tomó asiento y contempló, abstraído, cómo aquellas mismas manos metían el objeto oblongo en la bata de Juana, tal y conforme estaba cuando lo halló.

Una vez tendido en la cama luchó contra la enfermedad que se apoderaba de él rápidamente. Le ardía la cabeza, los miembros le dolían, mas no brotaba de su cuerpo ni una gota de sudor. Juana volvió a entrar en la habitación y él luchó por abrir los ojos mientras su esposa se sentaba delante del espejo y comenzaba a hacer con su largo cabello la trenza con que luego se envolvía la cabeza en forma de diadema. Durante la operación no le miró ni una sola vez. Incluso en aquel momento de fiebre, Julián vio que seguía firme en su actitud.

Cuando habló, por fin, su voz parecía sonar a una inmensa distancia, mas lo que dijo llegó instantáneamente al corazón de Julián.

—Confiaba en que podríamos seguir unidos siquiera algún tiempo. ¿Por qué has variado de idea?

—¿Me crees capaz de soportar esto siempre? Ella apartó la vista del espejo.

—¿Soportar qué, Julián?

—Esto de que seas tú quien lleve las riendas —gritó él. La cabeza le seguía dando vueltas; no obstante, se expresó con toda claridad—. El conocimiento de que diriges nuestro… amor a tu gusto desde un principio. El temor a despertar mañana o pasado para descubrir que te has marchado. No olvides que no quiero que sigas mandado. Y

no creas que estoy dispuesto a obedecer cada vez que se te antoje.

Juana se había puesto en pie y se envolvía estrechamente en el peinador. Al incorporarse sobre un codo, Julián vio que ella no tenía ninguna otra prenda. Con no floja sorpresa de su parte observó que la voz de Juana ofrecía un marcado contraste con su altanera actitud.

—No estoy dispuesta a dejarte todavía, Julián —repuso con un hilo de voz—. En cuanto a eso de mandar… Bien. Hay veces en que no existen órdenes de ninguna especie. ¿Recuerdas las que nos rigen?

—Demasiado bien, por desgracia.

—¿Y lamentas que existan todavía?

Julián dejó que su silencio contestara por él y experimentó una sensación, avasalladora, de triunfo, al ver ascender el rubor por el cuello y las mejillas de Juana. Se volvió de espaldas a él, profiriendo un leve gemido, y aflojó los lazos del peinador, dejándolo caer, en rápido ademán, a sus pies.

Hecho esto, se volvió a él antes de que pudiera levantarse para estrecharla en sus brazos. Pero no pudo llegar hasta ella a pesar de la invitación que tenía en su mirada. Se quedó extático, un instante, oscilando al compás de los giros vertiginosos que describían las paredes y el techo. Más adelante recordó que la voz de Juana le llamó por su nombre a través del súbito vacío que se hizo a su alrededor, antes de caer, con estrépito, al suelo.

7

Por un espacio de tiempo muy largo —mucho más largo de lo que era capaz de recordar— día y noche se fundieron en una sola y misma cosa, fueron iluminados por los persistentes cohetes rojos que estallaban, sin ruido, detrás de sus ojos. Aquellas jornadas de sufrimiento fueron tan interminables que, en ocasiones, no se sentía con fuerzas para soportarlas. Entonces parecía que la cabeza le iba a estallar, que cada uno de los huesos de su cuerpo se salía de su sitio, en el espantoso temblor del acceso. Con intermitencias, oía la voz de Juana o la del doctor, que le instaban a beber increíblemente amargos brebajes. A veces gemía, pidiendo de beber, y se sentía muy fatigado para hacer oír su voz por encima del martilleo de su pulso.

Luego, de la misma manera brusca con que la habitación había desaparecido durante el ataque de fiebre, techo y paredes recobraban su estabilidad. Julián se daba cuenta de que estaba en la cama, sin otro prenda encima que la camisa y empapado de sudor; sabía que era de noche más allá del círculo luminoso de la lámpara y que aquella oscuridad era real y verdadera.

Durante largo tiempo se contentó con mirar al techo y gozar del descubrimiento de que estaba vivo y consciente a la vez; mas, al tratar de ordenar sus pensamientos, éstos se negaron a colocarse en el orden que les era familiar. Lo último que recordaba era cómo la ropa de Juana se había deslizado hasta el suelo y la cálida luz de sus ojos al volverse para abrazarle.

Al dar media vuelta en la cama vio que ella estaba acostada en el jergón colocado al otro lado de la alcoba…, el mismo jergón que él ocupaba cuando la asistió durante su enfermedad. Era evidente que no dormía: dormitaba tan sólo, porque al ruido que hizo al variar de postura, no obstante ser apenas perceptible, se despertó al instante. Mientras él la miraba, se sentó, soñolienta, en el jergón y se dirigió hacia él a tientas. Julián vio cómo se animaba su rostro al hallarle con los ojos abiertos y limpios de fiebre.

—Julián…, ¿me reconoces?

Él hizo un gesto, lento, de afirmación. Incluso aquel ligero esfuerzo le fatigaba. La voz acariciadora de Juana le llenó de una alegría mayor de cuantas había conocido.

—¿He estado enfermo… mucho tiempo? —interrogó. Sólo espaciándolas podía pronunciar las palabras—. ¿Has estado siempre…, a mi lado?

—Llevas una semana de enfermedad. Yo duermo aquí todas las noches.

Julián trató de sonreír y descubrió que era capaz de ello, a pesar de todo.

—¿Y tú, cómo estás?

—Bien del todo.

Juana echó agua en un vaso y se lo acercó a los labios; el contacto de su mano en la mejilla mientras sostenía el vaso, originó en el alma de Julián un éxtasis silencioso. Y prolongó el acto de beber todo lo que pudo, para que aquella mano no se apartara

de su rostro.

—¿Te gustaría tomar un poco de caldo?

—No… no te vayas, por favor. Aún me siento fatigado…

Juana mulló con mano hábil las almohadas y retrocedió un paso.

—Ahora, a dormir. Y yo también. Es casi medianoche.

—Pero, ese catre…, —dijo Julián procurando sonreír de nuevo—. Todavía recuerdo lo duro que es…

—Poco importa, ahora que estás fuera de peligro.

—Oye: ¿por qué no te echas aquí, a mi lado?

Ella le dirigió una mirada luminosa.

—¿Y te dormirás, Julián?

—No hagas… preguntas tontas… querida —murmuró él.

Pero ya Juana se había tendido cuan larga era sobre la arrugada colcha; pasó suavemente una mano por debajo del cuerpo de él y le obligó a volverse de manera que la cabeza de Julián descansara sobre uno de sus hombros. El enfermo oía el continuo latido de su corazón a través de la seda de su camisa de noche. El sueno comenzó a pesar sobre sus párpados como el más eficaz medicamento; él luchó con todas sus fuerzas contra la somnolencia que le acometía y se asió a Juana desesperadamente.

El sol penetraba por la ventana, cuando despertó, al fin, y comprendió que volvía a estar bien. Aun antes de lograr abrir los ojos, se dio cuenta del silencio que imperaba en la habitación y adivinó que estaba solo. Ya no se hallaban en su rincón las caías de Juana, y el ropero estaba vado; la capa que llevaba la noche de su casamiento había desaparecido del armario abierto. Julián extendió la mano para tocar la almohada donde ella tuvo echada la cabeza y sonrió, todavía bajo la primera impresión de su ausencia, pues la almohada estaba húmeda de lágrimas.

La señora Medford le atendió durante unos días; explicó a Julián que el doctor estaba ausente; le habían llamado para asistir a un enfermo que vivía lejos de allí. Julián no logró saber si el viejo se había marchado en compañía de Juana y de Whit, si había recorrido o no con ellos la primera etapa de su viaje; además, no acababa de resolverse a interrogar a aquella mujer de cabellos blancos que le ayudaba a pasar del lecho al sillón y del sillón al jardín, donde dio los primeros pasos vacilantes a la luz de un sol primaveral.

Juana le había abandonado… Esto era lo esencial. Lo había adivinado desde el momento en que se restableció. La realidad dejó agotada su mente, muerta su fuerza de voluntad. Comprendía que era capaz de permanecer allí sentado indefinidamente con una manta sobre las rodillas, a la sombra de las parras de la galería, contemplando el paso del tiempo con ojos que nada pedían.

Cuando el viejo doctor regresó al fin, Julián podía llegar ya andar hasta la puerta y volver; su mente comenzaba a agitarse débilmente, al recuperar la salud, mas aún no conseguía elaborar ningún plan constructivo. En Richmond había un tal Clayton

Randolph que cuidarla de su porvenir con mucho gusto. El general Randolph estaría encantado de enviarle a recibir el primer bautismo de fuego: tener un tío en el Estado Mayor era un triunfo en la mano en tiempo de guerra.

Quedó agradecido para siempre al doctor Medford por el saludo, indiferente, que le dirigió al apearse de su calesín; por la presión amable de la mano que puso sobre uno de sus hombros al dirigirse desde la galería a la puerta de la cocina; por la manera cortés con que le echó el periódico sobre las rodillas.

—Creo que está ya bastante bien para poder leer, hijo mío. ¿Quiere que nos arriesguemos?

Julián contempló un momento los llamativos titulares del periódico que tenía abierto sobre las rodillas. Era el *News and Courier*, de Charleston. Databa de diez días antes y estaba manoseado por muchas manos. Sin embargo, era un eslabón que le unía al mundo exterior. Julián se esforzó por leerla.

Sus ojos se posaron primero en un artículo que demostraba, sin ningún género de duda, cómo los prisioneros de un regimiento de la Carolina del Sur había sido utilizados como blancos vivientes en la pocilga de una prisión yanqui. Además, junto al articulo aparecía una lista de salidas de vapores; por lo visto, los *runners* estaban incluidos todavía en la lista al entrar en la bahía Charleston…, Julián recortas noches estrelladas a bordo del *Shewanee*. Si Amadeo seguía favorecido por la suerte —si se había empeñado en seguir a bordo— ellos hubieran llegado también a Charleston. O a Savannah, o a Filmington. Hubiera podido llevar a su mujer a «Chisholm Hundred»… si es que su mansión seguía en pie en la segunda primavera de guerra. Una vez más se obligó a volver al sucio texto del diario. Un epígrafe triunfal atrajo su mirada:

«LOS CAÑONEROS FRACASAN EN EL INTENTO DE LLEGAR A VICKSBURGO».

«Así lo ha dicho Stanton. Está enojado con Grant».

¡Stanton! Stanton, secretario de Guerra del Gabinete Lincoln. Julián sintió estallar en su cerebro una oscura luz roja, y, por un momento, temió que le volviera la fiebre.

El papel se le escurrió de la mano al agitarse su memoria y descubrir el salto con terrible finalidad. Aquella tarde, cuando estaba en el dormitorio, cuando Juana salió para bañarse en la habitación vecina… cuando sus dedos manosearon un tarjetero y un papel que se deslizó fuera de él. Sí. Sus ojos febriles leyeron entonces un nombre y, de una manera otra, lo registraron en el pensamiento. El papel que iba dentro del tarjetero de Juana estaba firmado por el secretario de Guerra de la Unión. El impreso que ostentaba en el ángulo era el gran sello de América.

La mujer con quien se había casado —la única mujer a la que se sentía capaz de amar— ¡era agente del Gobierno de los Estados Unidos del Norte!

Ahora que el hecho quedaba demostrado, sin que fuera posible ponerlo en duda, se dio cuenta de que lo había adivinado desde un principio. Y también sabía desde entonces que jamas haría traición a Juana ni descansaría hasta volver a encontrarla.

La silenciosa certidumbre de que así tenía que ser le hizo permanecer largo tiempo sentado, mientras su corazón palpitaba animado por nuevos propósitos, la cálida luz que caía por entre las hojas sobre sus rodillas era ahora un desafío. Demasiado tiempo había permanecido al margen de la guerra; por fin tenía motivos para hundirse en su turbulento caos.

CAPÍTULO V
VICKSBURGO

1

Hacía fresco en la cueva… y había más silencio, si se exceptuaban los gemidos, gorgoteantes, apagados, de los heridos en el pulmón. Julián se detuvo un momento a la entrada, mientras las enfermeras levantaban a su último paciente de la tosca mesa de operaciones instalada bajo el toldo, en el exterior.

El muchacho cuya arteria femoral acababa de sondar y ligar, viviría, estaba seguro de ello. Como también viviría el flaco oficial de navío que le llevaron por la mañana con un pie completamente destrozado. Los heridos en el pulmón morirían, probablemente, al día siguiente, yendo a reunirse con los seis cuerpos, rígidos, que yacían en el boquete abierto bajo la trinchera, en espera del futuro entierro. Seis muertos, seis operaciones sucesivas, dos moribundos, cinco seres dormidos por efecto de la morfina, tras las emociones de su primera operación. Era un promedio respetable para cualquier cirujano que operase sólo a unos cientos de yardas de la línea de fuego.

Julián se enjugó el sudor de la frente y salió para bañarse en los rayos de un sol de ocaso. Bajo el toldo hacía casi tanto calor como allí, pero el cirujano sabía por experiencia que era más seguro operar al aire libre. Desde donde estaba —el agujero de la cueva se abría a la mitad del escarpado— divisaba todo Vicksburgo, mera masa de cascotes, abandonado desde largo tiempo atrás por la población. Al Oeste, se extendía el Misisipi, liso como una alfombra a la luz decreciente del crepúsculo. De un momento a otro soplaría la brisa por encima de la ciudad y de los esqueletos que la defendían. Julián la aguardaba desde hacia una hora, desde que su último caso desesperado gimió anestesiado aún, al tocar él con el escalpelo una pelvis destrozada por un fragmento de granada que no quería dejarse desalojar.

Seis muertos, dos moribundos, cinco casos dudosos…, En Richmond había estudiado un mes de cirugía general; en aquel predestinado bastión llevaba ya cinco semanas. Sin embargo, todavía no había aprendido a considerar sus casos como parte integrante de las estadísticas. Todavía unos ojos le miraban implorando piedad desde la neblina roja; un muchacho de Tejas, nacido para ir sentado orgullosamente sobre una silla de montar, le maldecía en sueños después de haber bajado la vista para contemplar el lugar donde tuvo las piernas… Luego venía el artillero barbudo, oficial también de la Armada, que se estrelló contra los *ironclads*[13] de Prater, que le besó la mano al salir de su sueño letárgico y saber que viviría. Mas, cosa rara, Julián no pensaba nunca en los casos malos.

Y, al propio tiempo, estaba seguro de que los resultados que obtenía eran tales. Prueba triste de ello era la cantidad de trabajo acumulado en el pequeño hospital. Claro que muchos heridos se morían; era inevitable. Las heridas abdominales solían ser fatales y, en orden de gravedad, eran seguidas por las del pecho. En cuanto a la fracturas compuestas formaban legión; desgarraban el alma. Julián hubiera querido

practicar en cada una un entablillado, mas no le quedaba tiempo. Al operar, bajo un apremio constante, al curar a un número crecidísimo de heridos, en un solo día, aprendió la primera dura lección de la guerra.

No, Vicksburgo en estado de sitio no era lugar a propósito para hacer una minuciosa operación quirúrgica, la compleja operación capaz de obligarle a esperar otro caso.

Al salir la enfermera jefe, musculosa y casi tan peluda como un gorila, para fregar la mesa, volvió la espalda al toldo de lona. Los soldados trabajaban; el suelo se estremecía bajo sus piernas; una especie de trueno ahogado llegaba a sus oídos. Nadie hablaba allí. Se sabía que los zapadores de Grant se dedicaban a hacer estallar minas desde hacía una semana, el paciente oso yanqui estrechaba el cerco de la ciudad.

Pero Vicksburgo seguía luchando…, aunque las trincheras abiertas bajo los pies de los combatientes, aunque el nuevo y ceñido círculo de fortificaciones tuviera que excavarse a veces con la bayoneta o con maderos aguzados en lugar de zapapicos. Julián se preguntó por centésima vez porque Vicksburgo persistía en dejarse morir de hambre en vez de rendirse. Su mismo uniforme, que tan bien le sentaba al adquirirlo en Atlanta seis semanas antes, le caía por todos lados, formando pliegues cuando se dignaba llevarlo. Como muchos otros cirujanos que actuaban a la sombra de los cañones, a él le parecía más sencillo trabajar desnudo hasta la cintura; mas desde el día de su llegada, había hecho muchas pausas en su trabajo, sencillamente, porque carecía de lo más esencial.

Carecía de lo más esencial,… Cuando se escribiera la historia de la Confederación sería una hermosa frase para su epitafio. Sí, la escasez se dejaba sentir: escasez de alimentos, escasez de municiones, escasez de vendajes. Nada podía hacerse para aliviar la humana miseria de las heridas ulceradas.

—El herido siguiente está listo, doctor.

Julián volvió a acercarse a la mesa de operaciones, celebrando la ocasión que se le ofrecía de desechar tan fúnebres pensamientos. Maquinalmente, midió el cloroformo; disminuía, pero todavía quedaba en cantidad suficiente para varios días… y, siempre que no siguiera aumentando la lista de bajas. Tomó en la mano el escalpelo. Era siempre el escalpelo el que tomaba. Suprimir, no salvar, era la máxima del cirujano en tiempo de guerra.

—Señor, el herido está listo —repitió el anestesiados.

Julián examinó la herida. No parecía ser grave a primera vista. Se trataba de una laceración larga, dentada, de la nalga, que abría la piel y rasgaba los músculos. Esta clase de heridas son siempre enojosas, sin embargo, para el cirujano. Julián las había curado a docenas la semana anterior. La práctica le hacía ya conocer la marca de fábrica del proyectil que las abriera. La que tenía delante había sido causada por una bala cónica de mosquete. De haber penetrado en la carne unas pulgadas más, hubiera astillado la columna vertebral, lacerando el gran canal nervioso. Julián había operado muchos casos por el estilo. Eran peores que la muerte, porque el cuerpo se

insensibilizaba de medio cuerpo para abajo y aun tendido en la camilla se ensuciaba con los propios excrementos.

Por fortuna, el caso presente había escapado a tal destino. Julián cortó los tejidos. Buscaba el fragmento de tela del uniforme, el pedazo de proyectil que, con harta frecuencia, se incrustaba en el fondo de aquellas heridas, dispuesto a convertirse en centro de inflamación, de erisipelas o de muerte. Por fin halló la bala, a la que se hallaba adherido el inevitable pedacito de tejido lleno de sangre, y en seguida abrió la herida un poco más para asegurarse de que no había en ella ninguna bolsa. Luego, una rápida aplicación de las pinzas para cerrar un vaso que sangraba a borbotones, una compresa para detener la hemorragia, un vendaje para sujetarla…» pues hacía largo tiempo que se le había acabado la nueva provisión de tafetán.

El paciente fue a reunirse con los que ocupaban la trinchera y otro ocupó su lugar. Julián volvió a coger el escalpelo. Debía de ser tarde ya; se daba cuenta de la hora, de los minutos que pasaban por el propio estado de fatiga, por el sordo dolor de cabeza ocasionado por el calor, el olor del cloroformo, el hedor de los cuerpos sin lavar. Antes de que se iniciara la calma que precedía al anochecer, tuvo que operar todavía tres casos más. Por fin, pudo alejarse de la mesa, lavarse las manos en la jofaina manchada de sangre, secárselas en el usado saco de harina que tenía al lado, pendiente de un clavo.

—Bueno, me toca el turno de bajar por la línea —manifestó.

Mientras avanzaba, bañado por el aire fresco del atardecer, lo aspiró profundamente sin parar mientes en el olor nauseabundo que salía de la hoya donde yacían los muertos en espera de la hora del entierro. Julián eligió un camino y bajó lentamente por él a la parte acribillada del escarpado hasta el sendero arenoso que orillaba la margen del río. El atajo escogido era peligroso, pues se hallaba al alcance directo del fuego de los cañoneros yanquis, que en ocasiones pasaban como fantasmas por allí delante a la media luz del crepúsculo, pero, aun así, lo prefirió a una ruda ascensión.

El corto paseo le condujo a la trinchera de comunicación abierta en la misma línea del frente. Los cirujanos que trabajaban en este sector operaban por turno, al objeto de poder prestar su asistencia a cualquier caso que exigiese en el acto su atención, fuella noche Julián descubrió que el área estaba silenciosa; como asimismo lo estaban las trincheras enemigas situadas frente a la posición, al borde de la hondonada opuesta.

Hasta el martilleo de pesadilla de los zapadores y había cesado bajo sus plantas. «Tal vez se trate de una nueva tregua», pensó. Tantas se hablan ofrecido y rechazado antes… Con los ojos buscó la bandera blanca en la fría extensión de la pendiente, mas no vio que se agitara en aquel limbo amenazador.

Cuando hubo dado la vuelta, se detuvo un instante en el puesto de observación de la línea de fuego, para tomar una taza de café o del líquido anónimo que pasaba por tal en Vicksburgo, junto al oficial de guardia. Acababa de llevarse la taza de estaño a

los labios cuando se produjo la explosión: un estallido capaz de conmover hasta los huesos, que pareció hacer pedazos incluso la misma tierra que tenían debajo. Julián fue lanzado contra el muro del terraplén y al levantarse en la oscuridad sobre pies y manos sintió como corría sobre su pecho el agua de achicoria caliente. La explosión fue para la trinchera algo tan tangible, tan real, como un mazazo. Produjo su efecto sobre los hombres que se hallaban más cerca y que murieron, sin heridas aparentes, por la fuerza de la explosión.

Al verse de pie Julián corrió al punto con sus compañeros al foco de la explosión, casi antes de que el enorme hongo de humo y de polvo pudiera ascender a la altura. Pronto se vio lo que acababa de suceder: al estallar prematuramente una mina entre las dos líneas enemigas, había abierto una profunda brecha en medio de las dos pendientes de la hondonada. La explosión arrastró consigo un cañón. Los artilleros que lo manejaban debían de haber quedado destrozados junto a la cámara.

Mas, inesperadamente, alguien profirió un grito en el fondo de la sima, y todas las miradas se dirigieron a un tiempo hacia el mismo lado, se posaron sobre una forma oscura, convulsa, que se sacudía de encima el polvo y la tierra. Como un gusano herido, pugnó por incorporarse y cayó lanzando espantoso alarido. Cuando el gusano volvió a moverse entre di deslizamiento de tierras, allá abajo, Julián vio que era un hombre. Es decir, la faz y el rostro de un hombre que agitaba débilmente los brazos y cuyos pulmones volvían a dejar escapar un grito de socorro… La figura cubierta de barro luchó una vez más con todas sus fuerzas para incorporarse…, y esta vez comprendió Julián por qué eran inútiles aquellos esfuerzos. La cureña rota del cañón se hallaba atravesada sobre una de sus piernas y la enterraba en tierra hasta la rodilla.

Ninguno de los que ocupaban la trinchera junto a él se movió. Nadie podía hacerlo mientras el fuego yanqui enfilara las paredes del nuevo cráter. Lo peor era que los ingenieros confederados tampoco podían apuntalar las paredes de la trinchera al objeto de evitar que la línea entera se viniese abajo. Ya la sima estaba semillena del agua que vertían varios manantiales subterráneos que regaban la colina y que de un momento a otro lamería el pie que el hombre tenía libre y apoyado sobre la tierra amontonada.

Julián se levantó, obedeciendo a un impulso inconsciente y entró en el terraplén del cañón más próximo. En un rincón de la trinchera había un rollo de cuerda; se la echó al hombro, sin hacer caso de los disparos de los artilleros y corrió hacia el borde del cráter, agitando su blanco pañuelo, que le sirviera durante todo el día para enjugarse el abundante sudor de la frente.

«Si no les parece blanco a los yanquis —pensó—, acabarán conmigo aun antes de comenzar». Mas siguió bajando pegado al parapeto y agitando frenéticamente la prenda.

—Voy a buscar a ese hombre —gritó—. ¿Querrá ayudarme alguien?

Un murmullo corrió a lo largo de la hilera de mirones, situados detrás del parapeto; doce manos se extendieron dispuestas a coger la cuerda y, al propio tiempo,

disminuyó la intensidad del tiroteo. Aun llevando arrollada la cuerda al hombro izquierdo, Julián descubrió que podía descender sin gran trabajo por la pared del cráter con tal de no preocuparse de las balas que, al rebotar, llenaban de tierra su cara y sus manos. Mientras descendía, su mano libre sujetaba el pequeño estuche de instrumentos que todos los cirujanos llevaban a la línea de fuego. No encerraba más que un escalpelo y unas pinzas para arterias, mas con estos dos instrumentos había salvado ya más de una vida.

La tierra se iba tornando más blanda a medida que descendía; ahora no andaba, se arrastraba apocándose con todo su peso sobre la cuerda, tirante, adrando donde ponía los pies para evitar que la tierra se corriera debajo de ellos. Los disparos sendas disminuyendo. Reparó en que casi todo el fuego se concentraba en el borde del cráter; era evidente que el enemigo esperaba un movimiento general en las trincheras de la Confederación y que le consideraba a él más como señuelo que como amenaza.

Su pie tocó al fin una lisa prominencia de roca. Al intentar apoyarse en ella, sintió que cedía bajo su pie y rápido como una centella se apartó de la pared Sel hoyo y por un momento se balanceó en el aire como una marioneta pendiente de la mano de un ilusionista. La presión que sobre su hombro ejercía la cuerda amenazaba con arrancárselo del cuerpo y hubo de gritar a los hombres colocados arriba, en torno al hoyo, que volvieran a acercarle a la pared de tierra. El silbido de las balas iba en *crescendo*; una cara orlada de barba negra asomó al parapeto. Julián oyó proferir una orden a voz en cuello y se sintió descender velozmente; en el fondo del cráter la inundación, negra como la noche, avanzaba con igual celeridad a su encuentro.

Antes de que sus pies tropezaran con el suelo, se postró de hinojos. Reinaba un silencio singular. Las ondas sonoras no penetraban en seguida en aquel agujero y sólo el furioso escupir de las balas por encima de su cabeza le recordó que a la distancia de unas yardas tan sólo seguía la guerra entablada. Aflojó la cuerda y respiró a sus anchas; al ver que sus nervios recobraran el sosiego volvió a ceñir el nudo corredizo e inició el avance hacia la masa de escombros que retenía preso al artillero.

El hombre le miraba como si no diera crédito a sus ojos. En algunos sitios el agua le llegaba a Julián casi hasta la cintura; en otros, sus pies se hundían en un lodazal que parecía no tener fondo, y hubo de agarrarse con fuerza a la cuerda para liberarse del fango. Le pareció que transcurrían varias horas antes de poder asirse a la armazón del cañón y arrodillarse ante la víctima prisionera. Liberarle era cuestión de segundos.

—Gracias a Dios, lo ha conseguido, doctor.

El artillero tenía ya los labios azulados, pero conservaba despejada la inteligencia. Su mano se cerró sobre el brazo de Julián, como si temiera que el cirujano se desvaneciera entre el humo que los envolvía.

Julián se inclinó sobre la pierna del artillero. Estaba inmóvil, presa como una cuña, entre la cureña del cañón y el crestón rocoso del fondo del pozo. La sangre manaba de la herida, ascendía por encima de la suave curva del cañón y manchaba de

rojo el agua, castaño claro, del embalse que se formaba debajo. Julián vio como el agua ascendía mientras él se apoyaba con todo su peso en la cureña. Vano esfuerzo. Casi una tonelada de peso muerto aplastaba la pierna sobre la roca. Y aun cuando consiguiera liberarla, Julián sabía que la sangrienta pulpa que quedara de ella no serviría al artillero para nada.

El hombre vestido de gris gimió bajo sus manos, Julián levantó la cabeza y le miró a los ojos; el terror dilataba sus pupilas. Era evidente que se daba cuenta de la gravedad extrema del trance en que se hallaba.

—¡Córtemela, doctor! —exclamó—. ¿A qué aguarda? Julián se había despojado ya del cinto de cuero. Le serviría de torniquete; no tenía tiempo de poner pinzas a los vasos, unos cuantos tajos del escalpelo liberaron del pantalón la rodilla del artillero; Julián enrolló la parte sucia del barro que quedaba a la altura del muslo y pasó alrededor de éste su cinturón. Luego lo apretó con fuerza.

El cuero mordió en la carne y él sintió el estremecimiento de la víctima.

—Tiene que estar muy apretado —observó, con toda la calma que pudo adoptar.

El agua comenzaba a lamerle la cintura. Deslizó la hebilla en el último agujero, apoyando un pie en la pierna del herido y tirando con toda su fuerza para reforzar su posición. En la resbaladiza pared del cráter no había sitio para los instrumentos; tomó, pues, el mango del escalpelo con los dientes y se guardó el estuche en el bolsillo. Hecho esto, tomó el instrumento y señaló con él el punto donde pensaba hacer la primera incisión. La acción le recordó la casa de San Agustín y la singular desgana que paralizaba allí su mano. Ahora no había tiempo de ceder a ella.

—Córtemela, doctor —la voz del hombre parecía salir de una tumba—. Me ahogaré si no lo hace.

Esta frase aflojó sus nervios; cortó, pues, la piel de la pierna por debajo de la rótula, seguido y con firmeza. «Doy gracias a Dios por la anatomía», pensó. La desarticulación de la pierna era una simple operación. La había practicado docenas de veces en los hospitales de Viena. El escalpelo tocó hueso y Julián oyó un ruido blando. La cabeza del paciente volvía a yacer sobre el fango; se había desmayado. Julián se preguntó si el agua podría llegar o no a taparle la cabeza. Pero, aunque visiblemente alta, todavía no le llegaba a la nariz. Tenía tiempo de concluir la operación empezada.

El acero penetró seguro en la articulación de la rodilla, primero hacia abajo, luego alrededor, cortando ras ligamentos que unen el complejo de huesos. Bajo la presión continua que Julián ejercía, acabaron por desunirse; ya él cartílago que cubre los extremos óseos brillaba en el interior de la herida, increíblemente blanco en contraste con el gigante pastel de barro que le servía de base de operaciones. El agua le lamía las manos cuando reflexionó lo que podría hacer después. Como la articulación sólo estaba cercenada en parte, no había manera de trabajar debajo de la rodilla. Tenía que cortar con el escalpelo los extremos del hueso en un espacio poco mayor que el grueso de la misma hoja.

Julián contuvo el aliento y el instrumento volvió a penetrar hacia abajo, haciendo un corte limpio y lo más profundo que pudo. Las arterias se dividieron bajo el acero; el duro cartílago de un ligamento saltó, de pronto, como la rota cuerda de un violín. Por fin, el instrumento mordió la piel y…, se acabó. Julián contempló atónito, como cualquier interno, la pierna amputada. El miembro quedó donde estaba; el muñón, libre.

Sólo se produjo una ligera hemorragia; Julián probó el torniquete para asegurarse de que la hebilla no cedía y vio que se mantenía firme a pesar de lo que se la castigaba.

Alguien le dirigió, a gritos, una pregunta, al dar media vuelta y mostrarse en la parte iluminada del pozo; a la pregunta se mezcló luego un «¡Viva!», delirante en respuesta a su gesto de afirmación; mas no tenía tiempo para escuchar aplausos. El agua le llegaba al hombro cuando levantó en sus brazos el cuerpo del artillero, le pasó la cuerda por debajo, como en un cabestrillo improvisado e indicó a los de arriba que le izasen. Aplastándose contra la pared del cráter, empujó hacia la luz el cuerpo del soldado y le vio deslizarse grotescamente por el barro, antes de salir, oscilando, del embalse de agua y subir, trazando espirales, a lo alto.

Él le acompañó un instante para facilitarle algo la ascensión, luego se hizo atrás y aguardó a que le tocara el turno. Por primera vez se dio cuenta del silencio que reinaba. El fuego había cesado mientras él trabajaba, y en el borde de la trinchera enemiga ondeaba una bandera en la punta de una bayoneta.

Una tregua. Los yanquis habían respondido, por fin, a la señal, aunque la respuesta fuese algo tardía. Julián rezó otra plegaria en acción de gracias, pues temía, sobre todo, el regreso bajo una lluvia de balas.

El cuerpo del herido ascendió rápidamente, sin esfuerzo, cuando una nube de figuras vestidas de gris se echaron sobre el parapeto y le tendieron sus manos. En un santiamén, desapareció por la porta de un cañón y la cuerda volvió a descender, culebreando. Por encima de la boca del cráter los hombres rugieron a una, primero cuando Julián se puso el cabestrillo improvisado y luego cuando llegó al nivel de su trinchera. Con no floja sorpresa vio que los yanquis también te vitoreabas. Se sentó a horcajadas sobre el parapeto y miró atontado el angosto vacío que separaba las dos trincheras. Le desorientaba encararse con el sólido muro de uniformes azules, con todos aquellos hombres, puestos de pie, detrás del muro de barro que les llegaba al pecho y que, corrientemente, estaba tan desierto como la superficie de la Luna.

De todas maneras, se sintió mejor cuando vio desaparecer la bandera blanca en el momento preciso en que se dejaba caer tras el parapeto de los suyos.

Las balas volvieron a silbar, como avispas furiosas, antes de que pudiera pasar a la trinchera de comunicación. Los vítores seguían resonando en sus oídos, mas la tregua había concluido.

2

Siguió a la camilla de la víctima hasta el hospital de sangre, un granero que formaba ángulo rocoso con el río y que se liberaba de muchas de las calamidades que padecía la ciudad de Vicksburgo. A la hora en que Julián, tras concienzuda cepilladura, se quitaba el barro adherido a la ropa, su paciente se hallaba sobre la mesa de operaciones, y el anestesista le esperaba. Al revisar con minucioso cuidado el trabajo hecho, se enorgullecía de los riesgos superados. El estado del herido era excelente. Sólo urgía volver a cortar en la pierna, echar mano de tejidos que estuvieran mejor regados de sangre y, por tanto, que se cicatrizaran más rápidamente.

Se apartó de la mesa y vio cómo se llevaban al amputado para tenderle en un camastro de la sala, abarrotada ya, experimentando la curiosa sensación de que el episodio se hallaba muy lejos de él en el tiempo. Sólo se daba cuenta, al presente, de un profundo cansancio de los huesos, de la necesidad imperiosa de dormir a pierna suelta. Gracias a Dios, se dijo, ya no tendré que volver a operar hasta el amanecer. Se puso el holgado uniforme y bajó por un callejón oscuro hasta su alojamiento. Mediante mutuo acuerdo, la lucha nocturna era algo que pertenecía al pasado durante este sitio. Los dos contrincantes habían aprendido a su costa que luchar de noche producía, con excesiva frecuencia, cambios muy marcados en las tropas. El cirujano podía contar, pues, con un momento de respiro desde la puesta del sol.

Su lecho era un catre de tijera provisional colocado en una de las cuevas; su ordenanza rellenó el colchón —un saco— de hojas y lo rodeó de otra pared de arpillera para aislarlo del resto. Julián cedió a la fatiga y se echó, con los brazos cruzados detrás de la cabeza. Dedicaba esta hora de la jornada a pensar en Juana; se había acostumbrado a la disciplina tras un mes de permanencia en la línea de fuego. Mas, por primera vez en aquellas cuatro semanas, al evocar su imagen no lo consiguió; sólo se dio cuenta del furioso zumbido de sus oídos al cerrar los ojos y pretender evocarla… Se dio cuenta de que se había dormido, porque mientras se dejaba invadir por el sueño volvió con la imaginación al negro cráter abierto por la mina. El zumbido de los oídos era consecuencia de la mortífera lluvia de plomo que había caído a su alrededor.

Se incorporó en la cama y un sudor frío le bañó la frente. Una vez bien despierto afrontó, temblando, la triste verdad: había sentido un miedo horroroso. Mientras trabajaba hundido en el agua y en el barro hasta la cintura, mientras manejó con destreza el escalpelo, no se dio cuenta de ello… Mientras una nueva explosión conmovía las paredes de la cueva, él recuerdo trastornaba también su mente. El cono invertido del pozo, claro como el cristal ahora, derramaba su contenido en el vacío. Julián se palpó el légamo de la mejilla y se estremeció al recordar el gemido de las balas.

Para reprimir el temblor tuvo que asirse a las tablas de la cama… ¿Sería cobarde, cedería al miedo cuando ya había pasado él peligro? Su breve experiencia de la

guerra contestó por él. Conocía a muchos soldados que admitían que los peores momentos pasados en el frente eran aquellos que les traían a la memoria la huida, o cada vez que un sueño así se posesionaba de su cerebro por la noche… Julián se tranquilizó al recordar estos temores y cesó su palpitación. Poco después dormía profundamente.

En el acto vio a Juana junto a él en la apaciguadora oscuridad. Mientras dormía volvió a sentir bajo la mejilla la satinada curva de su seno y desde lo más profundo de su gozo contó los latidos de aquel corazón. Este gozo aumentó al variar de aspecto su sueño sin esfuerzo, como por obra de una linterna mágica. Ahora los dos nadaban en unas aguas verdes, cabalgaban de nuevo sobre el lomo de las olas, se hundían hasta la cintura en la blanca sábana de espuma dejada por la onda, volvían de la mano a la playa. Semejante a una esbelta Venus que se alzara del océano de Florida, su mujer le ofrecía los dulces labios, impregnados de sal, en un beso largo, interminable; luego se liberaba de sus brazos para correr hacia la playa. Avanzaba ligera, riendo… Sólo en una ocasión se detuvo para mirarle mientras el sol arrancaba áureos destellos a su cabello. Su blanco cuerpo desnudo se proyectó un momento sobre el fondo iluminado por los nacientes rayos solares antes de volver a echar a correr para fundirse, como sólo sucede en sueños, con la interminable curva blanca de las dunas.

Julián la siguió profiriendo un grito ahogado. Sus pies se deslizaron un momento por la arena. Luego las dunas se esfumaron y su sueño varió otra vez de forma… Sin embargo, continuó corriendo y entró, desolado, en el estudio fotográfico de Richmond, donde había hablado con el general Randolph hacía tres meses escasos. Su tío Clayton solía figurar raras veces en sus sueños, y por ello el efecto que éste en particular le produjo fue más cómico que de pesadilla. Esta vez el general estaba sentado en actitud rígida y orgullosa; una tea encendida ante la faz de la Historia. En su sueño advirtió Julián la propia actitud de admiración al detenerse por un segundo en el rellano de la escalera.

Sus ojos captaron hasta los menores detalles de la escena: el fotógrafo con la cabeza metida debajo de la caperuza de tela negra, el soporte de hierro que mantenía erguido el cuello del tío Clayton durante los tres minutos de exposición… Vestido con el hermoso uniforme gris, cuyas estrellas, reveladoras de su graduación, despedían un brillo apagado en el cuello y bocamangas de su chaqueta, el tío Randolph contemplaba a la posteridad con ojos chispeantes. Las manos, cruzadas en actitud negligente sobre el pomo de la nueva espada, ostentaban las manchas producidas por el hígado que tan bien armonizaban con el rojo apoplético de sus mejillas; mas éstos no eran detalles interesantes que legar a las generaciones futuras. Como tampoco lo era, seamos sinceros, la curva del estómago, que el tío se aflojó en cuanto el fotógrafo salió de detrás de su máquina y le saludó con todo respeto.

—Perdona que te haya dado cita aquí, Julián. Mas el hombre ocupado dispone de poquísimo tiempo,…

—Deseaba únicamente darte las gracias por tu ayuda, tío.

—¡Bah!, no vale la pena. Hoy necesitamos a todos los jóvenes como tú. Por ello celebro que hayas vuelto por fin a nuestro lado, Julián. Supongo que habrás recibido ya tu nombramiento. ¿Por qué no vistes de uniforme?

—Me lo han prometido, pero aún no me lo han entregado. Confío en que con tu influencia podras…

—¡Pídelo en seguida! Y mañana te lo pondrás si lo deseas. ¿A qué actividad piensas dedicarte?

—He oído decir algo sobre cierto plan… Se trata de la organización de pequeños hospitales en el frente. Si lograse colocarme para dirigir cualquiera de ellos…

—Excelente idea, Julián.

—Una sola palabra tuya al secretario de la Guerra…

—Hoy mismo hablaré con él —prometió Clayton.

Después abandonó el dormido cerebro de Julián.

Debió de cumplir su palabra, suponía Julián. Pero £o consiguió saberlo mientras, casi por espacio de dos meses, se enfriaba los pies en Blackmond mientras operaba en los hospitales de la población trabajando turnos de diez horas durante la sofocante primavera; mientras los heridos regresaban a centenares de Chancellorsville; mientras todos los almacenes de tabaco que se escalonaban a orillas del James se convertían en salas de hospital improvisadas para gemir bajo el peso de humanos sufrimientos.

Mas no siguió su sueño tan precisa cronología. Atlanta ocupó la placa siguiente de la linterna mágica en el vago teatro de su mente. Un dosel de hojas, un rincón lleno de sol, un rostro sonriente bajo la capota de un sombrero… Julián siguió a aquel sombrero durante un buen rato, seguro de divisar, al cabo de él, la cara de Juana; pero sólo el cabello llameante se la recordó cuando la joven puso una mano sobre su brazo.

—¿Deseas amigos, soldado?

El corazón de Julián latió aceleradamente, lleno de rabia, y retrocedió unos pasos. El nuevo uniforme le ahogaba todavía, cuando la muchacha desapareció entre la muchedumbre… Luego se halló sentado en la antesala del despacho del comandante del Cuerpo, experimentando antipatía hacia su primo y aquella actitud de despreocupación que asumía. Sí, aborrecía al capitán Jorge Randolph, que sabía dormir tan tranquilo en la silla de rígido respaldo y aparecer tan inmaculado como un oficial de Caballería en una revista de uniformes.

Si fue pequeño milagro que las órdenes recibidas obligaran a Julián a atravesar Atlanta, en su camino hacia el Misisipi, no dejaba de ser otro al hallarse ahora delante de Jorge. El hijo era una copia exacta del padre, con una sola diferencia: la de que Jorge había derribado de sus monturas a ochenta yanquis desde que comenzara la guerra. Realizó incursiones por detrás de las líneas de la Unión, desde Ohio a Pensilvania, y nadie se atrevía a discutir su valor.

Julián vio claramente entonces cómo su primo admiraba su propia cara delgada, hermosa en el espejo de sus relucientes botas. Aunque su graduación venía a ser

igual, Jorge podía permitirse el lujo de mirarle con el desdén del veterano que ha olido la pólvora y que disfruta con ello.

—No te pises los pies, Julián. Y no pretendas estar ahí tan rígido como si te cuadraras. Nadie pone en duda que llevas un uniforme. Tendrás mejor aspecto cuando esa ropa forme una sola cosa con tu pellejo.

—Lo estaré más aún cuando haya perdido las arrugas.

—El grado te permite tener asistente.

—Pero yo no lo quiero.

Julián se oyó pronunciar estas palabras en voz alta, y se incorporó en el catre de tijera. Su mano palpaba ya la mesilla de noche en busca de la caja de cigarros; uno de los pequeños lujos que se permitía era el de fumar cuando no podía dormir.

Jorge Randolph había tenido razón al recomendarle que tuviera un asistente; muchos oficiales se llevaban a más de un esclavo a la guerra, aun con la perspectiva de tener que luchar prácticamente. Aquella mañana en Atlanta, él olvidó decir a Jorge que se negaba a someterse a los usos que su jerarquía —y el nombre de Chisholm— exigían. Todavía estaba demasiado fresca en su memoria la cara de MacAlistair.

El capataz de su padre fue a verle a Richmond mientras operaba, mucho antes que el Departamento de la Guerra le diera el nombramiento de cirujano del Ejército. Aún veía la mirada apagada, incrédula, de los honrados ojos del escocés y le oía escupir ruidosamente.

—Con veinte esclavos hay suficiente, señor. El hombre que posee este número está exento de servicio si quiere.

—¿Nada más que por ser propietario de ellos gracias al testamento de un padre?

—Perdón, doctor, pero ¿no le debe usted nada a sus cuatrocientos negros?

—Confío en ti —repuso pausadamente Julián—. Estoy seguro de que los cuidas bien. Como los cuidaste siempre, MacAlistair. Mucho mejor que lo haría yo…, si me aplicase a ello.

—¿Qué será de ellos, señor, cuando concluya la guerra?

Capataz y propietario Cambiaron ana larga mirada.

—¿Qué opinas tú de las probabilidades que se le ofrecen al Sur?

—Soy extranjero, no puedo decirlo.

—Dilo de todos modos.

—Yo creo que el Sur lucha para un futuro —dijo el capataz—, y los que luchan para el porvenir están predestinados. —Así diciendo extendió las nudosas grandes manos sobre el sombrero del plantador—. El país, la juventud de este siglo defienden un sueño, un feudalismo. Ignoro por qué luchan por él… Tampoco me importa. Estoy aquí para ahorrarle a usted dinero… si puedo.

—¿Quiere eso decir que debo vender esos esclavos?

—Antes de que comenzara este delirio —dijo el capataz— le hubieran rendido un millón en mercado libre. Todavía puedo desprenderme de ellos por una cantidad proporcionada.

—Dime una cosa: ¿siguen alimentándose bien?

—Bastante bien, señor. Como ya sabe, hemos interrumpido la recolección primaveral del algodón. De ahora en adelante produciremos enteramente para el comisario, a las órdenes del Ejército. —Una sonrisa humorista desplegó los labios del escocés—. Nos pagarán bien…, en billetes de la Confederación. Casi o suficiente para poder anotar en los libros los beneficios…

—En ese caso vale más que todo siga igual. El cargo te roba todo el tiempo. Si quieres, ordenaré que te paguen en oro.

—Ya he arreglado eso, doctor. —Los claros ojos del escocés le hicieron un guiño —. El dinero irá a parar directamente a mis agentes de Glasgow.

Julián expresó con el gesto su aprobación; sabía ya todo lo que deseaba. Podía contar con MacAlistair. Él prodigaría a los cuatrocientos negros los mismos cuidados que prodiga a sus hijos un buen padre; y en aquellos tiempos no cabía pedir más.

—¿No se acercará usted al río? ¿No vendrá a hacernos una visita, doctor?

—Temo no tener tiempo.

Julián hubiera podido ir a «Chisholm Hundred» de haberlo deseado; mas creyó preferible permanecer en Richmond operando hasta caer rendido, mientras aguardaba a que el Departamento le concediera el cargo solicitado. En la región del cabo Fear le aguardaban demasiadas sombras para reprocharle su conducta.

3

Semanas después, sentado ante su primo, en el despacho que el general tenía en Atlanta, recordó las observaciones de su capataz con un torcido deje de ironía. Característico de MacAlistair fue mencionar el hecho de que un gran propietario de esclavos estaba exento de prestar servicio en la presente guerra… y el corolario de que todavía le aguardaba una fortuna si actuaba de prisa. ¿Cómo podía explicarle al astuto escocés que ya no consideraba cosa de su propiedad a los esclavos? ¿Cómo decirle a Randolph que si quería desempeñar un servicio activo en Vicksburgo era exclusivamente para poder pasar por Atlanta?

Sabía, naturalmente, que su intento estaba destinado al fracaso, pero no podía descansar hasta que lo hubiera hecho todo por encontrar a Juana.

Atlanta, una ciudad joven provista de vía férrea, nacida como un hongo rápidamente, ascendida a una mayor categoría por las demandas de la guerra, le miró burlona al apearse del tren; era una población llena de almacenes atiborrados, de alféizares de barro, de ventanas negras por el hollín de las nuevas fábricas; en sus aceras de madera hormigueaban escribientes y heridos, mujerzuelas y veteranos, flacos empleados gubernamentales, y señoras más flacas todavía, chicos de caras tiznadas, y andrajosos uniformes… Julián subió la calle Peachtree escudriñando millares de rostros al paso; penetró en los atestados bares y mandó que le sirvieran un *bourbon* que nunca apuraba, mientras esperaba tropezar con Whit. Aun entonces admitía que debía confiar en la suerte,…, y refrenar la lengua. Porque un cirujano del Ejército de la Confederación no podía confesar que era marido de una agente de la Unión ni que su mejor amigo era cómplice de ella sin ningún género de dudas. Y todavía menos podía arriesgarse a preguntar en Atlanta por la señora Kirby Anderson, que a aquellas horas debía de disponerse a entablar el famoso pleito.

Detuvo en la calle a un soldado y le preguntó el paradero del cuartel general de su jefe. Como esperaba, Jorge Randolph le aguardaba en él. Jorge se restablecía en Atlanta de una ligera herida recibida durante la campaña de Tennessee. Por carta había prometido ya hacer lo que pudiera para dar prisa al asunto de Julián.

Jorge le sonrió desde las profundidades de su sillón. Era la sonrisa del cachorro de lobo que ha aprendido a disfrutar de la vida, en guerra o en paz, desde hace mucho tiempo.

—Conque te empeñas en convertirte en héroe.

—Pido que me manden a un hospital —le explicó Julián pacientemente—. Y si fuera a un hospital de Vicksburgo, tanto mejor, Tu padre cree que mi educación en el extranjero puede…

—Tu educación en el extranjero —repitió Jorge— ha debido enseñarte a tener sentido común. ¿Por qué no ganas tus laureles aserrando huesos aquí en Atlanta, o en el mismo Richmond?

Julián vaciló ante la tentación. Si se estableciera en el hospital militar de Atlanta,

podía contar con una prolongada estancia en la población: los trenes llevaban a ella una serie ininterrumpida de heridos procedentes del Tennessee o del Misisipi durante aquellos días. Rebosando de una población flotante, él tendría accidentalmente noticias de Juana, Julián sonrió a la romántica esperanza. Se daba cuenta de que ya la había abandonado.

—Temo que preferiré Vicksburgo, Jorge —manifestó.

Jorge dirigió una mirada a la puerta del viejo despacho particular. Al otro lado una voz autoritaria sonaba, atronadora, dictando algo.

—Tu nombramiento se halla sobre la mesa de esa sabandija —dijo—. Lo he visto esta mañana. Frank Pickney es su ayudante, y Frank me debe trescientos dólares que le gané jugando al póquer. Si te empeñas, podrás marchar esta misma noche.

Julián asintió con gesto grave. En el fondo había supuesto que dispondría de un período largo de descanso; ahora que casi tenía ya el nombramiento en la mano, se alegraba de que su estancia en Atlanta fuera tan breve. Le desgarro el corazón recorrer por la mañana las calles de la dudad, pisar el fango acumulado en las aceras como una sombra improvisada mirando las caras que asomaban bajo cada sombrero femenino cual un Casanova sin sentido del humor. Estar enamorado de Juana era una cosa; darse cuenta de que su presencia podía desagradarla, era otra. Sí, agradecía por anticipado a la suerte, y a su fogoso primo, la rápida solución del problema. Jorge observó con aspereza:

—Nunca acabo de comprenderte, Julián. En la Universidad pretendías ser uno de los nuestros; aunque, no creo que lo seas en realidad. Ahora tomas parte a» esta guerra y te veo dispuesto a dejarte volar la cabeza. Concedo que llegaste tarde; mas ¿por qué has de tomarlo tan en serio?

—Tú eres el héroe oficial de la familia, Jorge, No confundas mi papel con el tuyo.

—¿Un héroe yo? ¡Vete al infierno! —exclamó—, lucho porque me gusta. Y lo mismo hacen muchos que no quiero nombrar. Matar yanquis es más divertido que matar ardillas, aunque sean un blanco más fácil.

Jorge sonrió, pero sus ojos estaban más helados que la piedra. Julián miró a su primo con un nuevo interés; Jorge se tornaba claro como el cristal, como tábano envuelto en cera a la luz de aquella confesión.

Julián comprendió por qué aquel joven brillante podía permanecer largas horas en un puesto de caza fangoso al objeto de poder disparar otro tiro a una bandada de anadones al vuelo; por qué podía montar, por espacio de varias horas, a caballo bajo la lluvia para librar una batalla más con cualquier patrulla fugitiva de chaquetas azules; y por qué él mismo, Julián, hubo de propinarle una paliza soberana, cuando ambos eran niños, porque Jorge pegaba cruelmente a su servidor negro.

—Es muy posible que tenga que operarte el cerebro, Jorge —dijo pausadamente —. Si consiguiera desalojar el odio que se alberga en él, sería muy posible también que consiguiera poner fin a la guerra.

—No me eches la culpa de ella —replicó Jorge—, no son los soldados

profesionales quienes las inician…, ni tampoco los aficionados adelantados como yo. Asómate a esa ventana y verás los verdaderos culpables de ella. Si pudieran salirse con la suya, no concluiría nunca.

Julián hizo un sombrío gesto de asentimiento. En Atlanta, como en Nassau, como en todas partes, los aprovechados de la retaguardia sumaban un número mayor que los militares.

—Están bastante gordos ahora —observó—. Mas ¿lo seguirán estando?

—Los yanquis venden sus acciones. ¿No crees, como yo, que todo el dinero que poseemos viene del Norte?

Volvió a iniciar un paseo, rápido, nervioso, por la antesala y escupió por la ventana a la acera que había debajo.

—Antes de lo de Sumter —dijo—, cada firma importante del Sur sostenía relaciones bancarias con Boston o con Nueva York. Y la mayoría invierte aún su capital allí por mediación de los Estados fronterizos…

—¿Quieres decir que igualan sus puestas?

—Sí, desde un principio. Sólo la antigua aristocracia cree en esta guerra, y es la que perecerá cuando se acabe. Incluyo en esta categoría a los idealistas como tú, que ni siquiera entonces venderán a sus esclavos para resarcirse de las pérdidas.

«¿Así, mi conversación con MacAlistair no es un secreto?, pensó Julián». Y se preguntó si Jorge le despreciaría por haber adoptado tal resolución. Pero la mirada de su primo seguía helada por el efecto de la amarga experiencia mientras continuaba paseando por la antesala.

—Entramos cortésmente en esta contienda. Caballeros contra tenderos. Mira bien la cruzada; escucha las trompetas de nuestra causa; no puedes dejar de oír la nota discordante de ese grito a favor de la libertad. Porque ¿desde cuándo existe en el Sur una independencia personal…, si exceptuamos a unos cuantos millares de *dandies* que ocupan las cimas de la posición? Respóndeme a esto, Julián; dime por qué los blancos pobres siguen luchando… Cuando me hayas contestado, vuélveme a explicar por qué nuestros más elegantes y conspicuos partidarios de la resistencia se marchan a Europa, siendo así que sólo tenemos victorias que enumerar…

Se detuvo y volvió a escupir por la ventana, como si desafiara a la ciudad que no protestaba de aquel sacrilegio. Nada se oía en la antecámara; la puerta del despacho vibraba al impulso de la voz atronadora que sonaba al otro lado. Un teniente general demostraba, lejos del campo de batalla, la fortaleza de su laringe; un capitán de Caballería que había recorrido todos los frentes, a partir del First Manassas, exponía a gritos su amargo punto de vista… Ambas actitudes eran tan arcaicas como la guerra misma. Julián había hablado, desde su regreso a América, con muchos combatientes; pocos veteranos tenían verdadera fe en la victoria, ahora que la última esperanza de una intervención acababa de disiparse Los que llevaban luchando más tiempo eran los más pesimistas. Parecía increíble. Chancellorsville proclamaba a voces su triunfo en la primera fila; el general Lee preparaba al Ejército de la Virginia septentrional

para una invasión que debía aplastar para siempre a los Ejércitos de la Unión.

—¿Por qué sigues luchando entonces, Jorge?

—Ya te lo he dicho. Por darme el gusto de matar yanquis.

Jorge favoreció a su primo con otra de sus heladas sonrisas.

—Te concedo que me amedrenta un poco, en ocasiones…, verles correr como liebres desde la mira del rifle. Porque haces fuego sobre ellos… y salen dos más no sé de dónde. Aunque llevan nombres irían, deses o alemanes… ¿Sabías que los yanquis alistan a los inmigrantes por regimientos? ¿Que sus reclutas han cargado sobre nosotros en línea de batalla aullando en idiomas que ningún hombre blanco es capaz de entender?

Jorge volvió a dejarse caer en el sillón y cruzó una pierna sobre otra como expresando franca desesperación.

—No es posible seguir matando siempre a esas ovejas, Julián. Pasado algún tiempo descubriremos que estamos a la defensiva. Se agolparán a nuestros flancos y pedirán a gritos más municiones. Nosotros padeceremos de insolaciones y diarreas, porque el Comisario nos limita la ración y sólo podemos comer maíz tierno. En tanto, las ovejas pasarán de nuestro flanco a nuestras ciudades; pisarán el frente. Los mercachifles y aprovechados de la resistencia a todo trance harán las paces con ellos a nuestra espalda; los yanquis dirigirán sus fábricas, y nosotros nos moriremos de hambre por no haber aprendido a ganarnos la vida. Te digo que mientras dure…, que no durará mucho, tendrá gracia la cosa.

Interrumpió la disertación, hecha en voz baja, y se puso de pie cuadrándose, al abrirse, por fin, la puerta del despacho. Un momento después entraba Julián en él tras de un rígido oficial para saludar otra vez al optimismo en persona.

Aquella misma noche tomó el tren, llevando su nombramiento en el bolsillo. El viaje a Vicksburgo fue largo y polvoriento, aburridísimo. Sólo le animó un poco el recelo que experimentaba de sentir miedo cuando oliera la pólvora. Mas, en realidad, la última etapa del viaje constituyó una aventura singular, aunque sin ninguno de los esperados fuegos artificiales.

Ninguno de sus incidentes había igualado el melodrama del mismo tren: el trecho de cada coche ornado de una gris alfombra de tiradores; la locomotora parecida a un repollo que resoplaba con aire de desafío silbando estrepitosamente en cada revuelta de la vía. Su paso despertó eco en los marjales llanos, grises, de la derecha; pero aquella tarde no se divisó al enemigo. Grant, como Julián supo más adelante, tuvo cosas más importantes que hacer al otro lado del Misisipi. Incrustado, aunque no todo lo incómodo que cabía esperar, en un rincón del furgón de caiga, el cirujano jugó unos momentos al *cribbage* con un soñoliento comandante.

Sólo cuando la cabeza de su compañero osciló, a efecto del sueño, descubrió Julián con asombro que estaba dispuesto a dormir también, sin tenderse siquiera en el suelo del coche, que saltaba furiosamente.

Al detenerse el tren en Vicksburgo, por la tarde, no oyó el estruendo de la

artillería. Llegada la noche, al apagar la vela y echarse de lado para dormir en la cueva, comprendió que para despertarse iba a necesitarse un estrépito mayor que el que producían las minas al estallar en el frente. Si después de su llegada sufrió o no el bautismo de fuego, estaba tan rendido que ya no lo recordaba. El único momento memorable de terror pasó pronto, lo borró la procesión de heridos que desfiló bajo su instrumental de cirugía.

4

La mano del ordenanza le sacudió con insistencia por un hombro, le llamó a la realidad de otro amanecer. Julián se sacudió el sueño y colocó luego los pies en el sucio suelo de la cueva. Únicamente recordaba que, después de despertarse a medianoche, había dormido de un tirón, sin sueños. Al acercarse a tientas al rincón en que estaba colocado el tosco lavamanos, experimentó un momento de pánico. ¿Qué le iba a quedar si dejara de ver a Juana en ellos?

—¿No has podido esperar el toque de diana? —dijo al ordenanza.

—Perdón, señor; obedezco órdenes del coronel.

—¿Del coronel Withers?

La noticia despabiló por completo a Julián. Withers era su superior inmediato; tenía a su cargo las trincheras y el hospital de sangre. Era hombre diligente que gozaba de excelente reputación y que apenas había hablado dos veces con su cirujano.

Un amanecer perfecto se iniciaba sobre los riscos al salir Julián al aire libre; un amanecer sosegado, silencioso, todavía no manchado por el sucio pulgar de la guerra. Julián tomó por el camino que ascendía serpenteando la pendiente del monte hasta la granja de la cima, deteniéndose para mirar con expresión incrédula un rosal florido que subía por el marco de una puerta destrozada. En aquel punto era el rosal la única nota de color; y hasta la misma granja, protegida por la cumbre, había sido milagrosamente preservada de la artillería de Grant.

Encontró a su coronel desayunándose en la gafo, ría cubierta. Mientras tomaba café, examinaba el río con el anteojo. Con el gesto indicó una silla a Julián y siguió contemplando la inmensidad chispeante del Misisipi, de un tono amarillo gris. Una hilera de barcas yanquis, seguidas de un *ironclad*, se deslizaba corriente abajo, en mitad del canal, sin hacer gran caso de las baterías de la costa. Los yanquis sabían muy bien que Vicksburgo necesitaba de todas sus municiones para la defensa de tierra.

—Siéntese, Chisholm —le dijo el coronel—. Supongo que no se habrá desayunado aún.

Julián vio que sobre la tabla y el caballete que servían de mesa a la oficialidad se habían colocado dos platos y dos tazas.

—Es deprimente, ¿verdad?, tener que desperdiciar esos blancos, no tener sino malas palabras que gastar en ellos.

Withers dio media vuelta, se aproximó a la mesa y se dedicó a saborear el café de Vicksburgo. Julián le imitó, desayunándose sin más cumplido; el aburrido protocolo de cortesías quedaba para cuando se estaba en casa. Mientras comía, observaba a su superior. Sabía que Withers había estudiado en West Point la carrera militar y que regresó al Sur para ayudarle en la lucha por la independencia. A nada se parecía tanto, a la cruda luz matinal, como a un halcón…, un ave de rapiña, de pico afilado, ojos

vivos y un vago aire de tristeza… Julián se preguntó si seguiría luchando por puro patriotismo o por la gloria, como Jorge Randolph. O, sencillamente, porque tenía afición a la guerra.

El coronel dejó el tenedor, al fin, y dijo sin advertencia previa:

—Para empezar voy a dirigirle un elogio, Chisholm. Su trabajo ha impresionado bien a todos desde que ingresó en filas. El director médico me asegura que posee un excelente juicio profesional. Mejor que B de todos los médicos o cirujanos del Cuerpo.

—Gradas, señor.

Julián le miraba atentamente, mas la cara de Withers estaba totalmente vacía de expresión.

—Doctor Chisholm, es usted un objeto de valor. Y yo pretendo conservarle, si puedo. Un sinnúmero de vidas depende hoy…, mañana tal vez, de su pericia. Es posible que la mía también. Porque un coronel no confía en vivir cuando se halla en la línea de fuego.

—Confío en que se equivoque, señor. Withers hizo caso omiso del cumplido.

—No adopto precauciones sin motivo, pero nadie sabe lo que puede suceder. Ese cañonero que va por el río podría mandarnos al reino de los cielos si quisiera emplear una andanada en el esfuerzo.

Dicho esto pareció reflexionar. Sabía que el coronel padecía la peor enfermedad de guerra: el conocimiento de que estaba derrotado y de que no podía luchar para evitar la derrota.

—Cuando este negocio se acabe —y le digo en confianza que es cuestión de tinos días—, pretendo conservarle a mi lado. Pero no quisiera tener bajo mis órdenes un cirujano que se expone innecesariamente. Julián empezó a ver claro.

—Si es que se refiere a mi operación en el pozo…

—Precisamente, doctor Chisholm. Piense que si le hubieran matado de un tiro durante el descenso, yo hubiera perdido las vidas de docenas de hombres.

—Comprendo adónde va a parar, señor, más…

—Su misión es servir a la Humanidad, naturalmente. Pero siempre queda en pie la cuestión de si puede hacerse mayor bien aquí que allá. Conoce usted, sin duda, el principio militar: sacrificar a uno con tal de salvar a muchos.

—Mi asistencia quirúrgica de hoy obedece a una modificación en esa línea de conducta…

—Entonces tendrá que modificar también la de su vida. Sin excepción. Mi oficio es ganar batallas o, si fracaso en ello, sostenerme firme en mi puesto; el de usted es cooperar conmigo y curar a mis heridos. Al exponer innecesariamente su vida, es culpable de una actitud de indisciplina que no toleraré. Ayer salvó usted la vida de un yanqui nada más. Pudo hacerle al Sur un daño incalculable.

—¿De un yanqui?

—¿No se dio cuenta de que salvaba a un enemigo?

—Temo que no, señor. Estábamos los dos tan cubiertos de barro… Withers le miró con expresión de curiosidad.

—Vamos a suponer que lo hubiera sabido usted: ¿habría bajado igualmente al fondo del pozo? Julián se puso maquinalmente en pie.

—Temo que eso forme parte de mí… misión, como usted la llama. No me gusta la palabra, pero debo emplearla… Bueno, ¿desea usted que presente la dimisión?

—Deseo que se conserve vivo si es posible. —El coronel le tendió la mano, esbozando una sonrisa—. Esta guerra da demasiados héroes, a mi modo de ver. Dios sabe que los médicos no gozan de la reputación que merecen; mas, para mí, en particular, usted es un héroe cada vez que toma el escalpelo.

—Acepto la repulsa, coronel. Para otra veas procuraré no separarme de mi unidad.

—Si, procúrelo. Llámeme egoísta si quiere, pero admita que tengo sentido común. Es posible que tenga mejor suerte la próxima vez que entablemos batalla; me gusta saber que tengo al lado un buen cirujano.

Julián volvió a bajar por el camino de troncos. La guerra estaba llena de sorpresas. Primero arriesgaba la vida por un enemigo ignorando que lo era; luego operaba bajó el fuego del contrario sin saber de qué sentía miedo; ahora acababa de ser objeto de una reprimenda que sonaba a elogio.

Un cañonazo sordo rasgó el aire fresco de la mañana. Era el primero de la jornada. Julián vio salir la perezosa columna de humo del emplazamiento de los cañones, al iniciarse la descarga, y apretó el paso. A juzgar por el tiempo que tardó en producirse la andanada, las camillas comenzarían a llegar a la trinchera casi antes de que él se dispusiera a actuar.

Mientras corría hacia la cueva del hospital, comenzó a despojarse de la guerrera y después de la camisa. El sol caía de plano sobre su espalda; abrasaría más aún cuando se inclinara sobre la mesa de operaciones a la hora pesada del mediodía. Aun así se congratulaba de que el cañonazo le obligara a volver junto a ella, porque aquellas tablas manchadas de sangre y la lona que las resguardaba habían llegado a convertirse en su pequeño mundo.

5

Durante toda la semana siguiente, el día y la noche se fundieron en una misma cosa. Se luchaba hasta poco después de anochecido; la necesidad apremiante de curar era tanta, que en muchas ocasiones Julián tuvo que trabajar a la luz de la lámpara, hasta la llegada del alba gris, hasta que el último caso le dejaba acostarse, mareado, en el catre, por espacio de unas horas de descanso, interrumpidas con frecuencia. Pues, a pesar del profundo cansancio del cañoneo, el estallido de las minas cuando los zapadores de la Unión ahondaban con los picos en las defensas de la ciudad atacada, no le dejaban conciliar el sueño.

Sabía que el hospital estaba realmente casi en la misma línea de combate, pues los lamentos de los heridos abandonados entre las dos trincheras hacían pavorosas las noches. Pero, recordando la promesa hacha al coronel Withers, él permanecía junto a la masa de operaciones. Podía enorgullecerse de la soltura de sus manos, que no perdían ni un ápice de la habitual destreza, aun cuando el cansancio agotador amenazara con derribarle en mitad de una operación. Las notas de su Diario de campaña eran pruebas desgarradoras de ello. Un esfuerzo tal significaba, inevitablemente, más trabajo; Julián adivinaba que los camilleros llevaban a su hospital más casos de los que correspondían, casos que hubieran debido llevar a otra parte; mas no osaba despedirles con su carga.

En el mes de julio (año de 1863) supo que estaban acorralados. El rumor se propagaba rápidamente por la ciudad y cada uno de estos rumores era el eco de su predestinación. Se impusieron ciertas condiciones y fueron rechazadas. Grant repitió su famosa frase y exigió la rendición incondicional; se entrevistó con el comandante en jefe de los confederados entre ambas líneas, e intercambiaron una palabra de honor.

Withers informó de ello a Julián cuando le llamó para sostener con él una nueva conferencia. Una vez más se sentaron uno frente a otro en la galería de la granja, en aquella espléndida mañana. El coronel alargó al cirujano una taza de café a la que había agregado unas gotas de *whisky*. Julián apuró la vivificante poción sin decir palabra. Estaba tan cansado, que incluso le costaba trabajo dar las gracias.

—Grant pone condiciones —manifestó el coronel—; el general Pemberton las ha aceptado. Richmond nos ordenó resistir hasta el fin, pero incluso Richmond se sentía ahora satisfecho.

El marcado acento de Tejas descubría al coronel, y Julián adivinó cuál era el concepto que le merecía la «inteligencia de Virginia» que concentró sus fuerzas en el Este para obtener una victoria espectacular y permitió que la Confederación se dividiera en el Oeste.

—En Vicksburgo no queda ni un solo tejado; ni en sus bodegas una sola rata con vida.

—¿Se harán prisioneros?

—No. El general Grant tiene nuestra palabra. Nos permitirá abandonar Vicksburgo sin ser molestados.

Julián hizo un gesto de resignación. De momento no sabía si entristecerse o alegrarse. Hubiera dado por buena cualquier estancia en un campo de prisioneros yanquis: tan derrengado se sentía. Withers ya no volvería a guerrear; el doctor Chisholm sería trasladado a otro sangriento campo de batalla resonante de gemidos sin esperanza, volvería a percibir el olor dulzón mortal de la gangrena, veía los cuerpos con ciertos de piojos, y las heridas blancas, el cuadro se ofrecía a su mente confuso, semejante a desvaído daguerrotipo que pierde el contorno con los años. Le era ya imposible recordar cómo vivió o respiró antes de la guerra.

—Saldremos de aquí el día cuatro —le comunicó Withers—. Usted irá con su columna, naturalmente.

—¿En ferrocarril, señor?

El coronel le dirigió una sonrisa sutil.

—En carro, si lo consigue —replicó—. Los yanquis dispondrán de la vía férrea de ahora en adelante. Se ha acordado que entraremos en contacto con el general Johnson en un punto cualquiera del Este.

La sonrisa de Withers desapareció de su arrugado semblante; sus tristes ojos de halcón contemplaron con melancólica expresión a Julián.

—El general es de primera doctor —dijo—. Si no hubiese empeñado mi palabra, me sentiría orgulloso de colocarme a sus órdenes.

Una vez en la cueva del hospital, Julián «escuchó el silencio» por vez primera. Había pedido en sus oraciones que llegara aquel momento; y ya que había llegado no experimentaba la menor emoción. Sólo sentía la necesidad imperiosa de dormir,…, y tuvo que apelar a toda su fuerza de voluntad para dominarla, mientras dirigía el embalaje de su exiguo equipo quirúrgico. Le restaban varios frascos de cloroformo, el estuche particular del instrumental, un poco de morfina y otro poco de quinina; un día más de lucha hubiera dejado limpia la caja de los medicamentos. Sus pacientes estarían mejor asistidos cuando los cirujanos yanquis entraran en la ciudad.

El primero apareció mientras él trabajaba todavía. Era un joven pulcro de uniforme inverosímilmente limpio, un muchacho gallardo que olía a jabón, a aceite macasar y a buenos cigarros. Su competencia era evidente, lo mismo que sus esfuerzos por disimular el desdén que le inspiraban el hospital y sus ocupantes. Julián sonrió al reparar en la sacudida nerviosa de sus manos cuando tocaron las tapas de su libro Diario manchadas de sangre.

—¿Quiere que empecemos ahora la ronda, doctor Randall —interrogó—, o prefiere verme dormir de pie?

Al bajar por los pasillos del atestado hospital de sangre, Julián se despabiló algo, discutiendo detalladamente cada caso. Randall se interesó en especial por dos ideas desarrolladas por Julián durante el sitio: la armazón de tablas y poleas para mantener la poción de las piernas rotas, y el procedimiento empleado para cicatrizar las heridas

del pecho con una mezcla adherente que permitía realizar el drenaje a través de un tubo que se abría siempre bajo agua. El primero salvó piernas a docenas y dio a sus dueños la esperanza de volver a andar; el segundo había devuelto ya a más de un herido a la línea de combate…, milagro sin precedentes.

Al volver a la cueva, Julián acabó de guardar sus efectos en un saco. Al ver que el joven Randall se arrodillaba en el suelo para ayudarle, comprendió que acababa de recibir el espaldarazo.

—Esto es sorprendente de veras, doctor Chisholm —manifestó. Tenía un modo de hablar claro y preciso, como si estuviera leyendo un invisible libro. Julián había observado idéntico fenómeno en los hospitales del extranjero.

—He observado el trabajo de sus cirujanos a mi paso por las ciudades que vamos tomando, y…, ¿puedo expresarme con franqueza?

—Diga lo que quiera. Tan cansado estoy que ni siquiera tengo fuerza para protestar.

—Pues su trabajo es casi siempre inferior al de los nuestros. No me juzgue descortés si hago la declaración de manera algo brusca tal vez.

—Estamos de acuerdo. Aquí no hay en realidad buen material operatorio y, además, los buenos médicos escasean en el Sur.

—Pero usted constituye una excepción. Nunca he visto tan excelente trabajo; ni siquiera en nuestros hospitales generales.

Julián le dio las gracias con una inclinación. Era satisfactorio saber que sus normas profesionales no decaían ni aun en medio del horror que le rodeaba. En ocasiones, al trabajar en medio de la suciedad y de la sangre, con un herido apenas cloroformizado para ahorrar el precioso fluido, creyó inútiles todos sus esfuerzos. Por ello le parecía muy dulce la alabanza del enemigo y algo duro tener que considerar como tal a aquel joven de mejillas sonrosadas tan bien alimentado.

—¿Dónde ha estudiado, doctor Chisholm?

—En el extranjero. Me gradué en Viena.

—Estreche la mano de un discípulo de Virchow, doctor. ¿Cuál es su favorito?

—Lister, quizás… o Semmelweis.

Al recordar los arduos años de aprendizaje, Julián sintió disiparse su fatiga. Pero ésta descendió de nuevo sobre él como una manta al subir por fin al carro hospital y rodar en él por las desiertas calles de Vicksburgo, tras la columna del coronel Withers. Le dolían tanto los huesos que temió volver a ser presa de un acceso de fiebre. En el *Ulster* llevaba la misma pinta de *whisky*; mezcló a ella una dosis abundante de quinina, y apuró la mezcla sin paladearla. Mucho antes de poder echarse en el suelo del carro, se quedó dormido.

6

Nunca supo cómo ni cuándo se llevaron a cabo las formalidades de la partida. Tampoco oyó los vítores con que al pasar traqueteando el carro por entre la masa de los batallones de la Unión dedicaron los yanquis al cirujano que en el cráter salvara la vida de un camarada. Durmió, por efecto del agotamiento, toda la noche y gran parte del día siguiente. Cuando despertó, el carro saltaba por los caminos de troncos abiertos al este de Vicksburgo, recorriendo alegremente un camino de portazgo ligeramente afectado por la contienda.

Las avanzadas del general Johnson se disponían a recibirlos. Julián supo más adelante que la mayor parte de los soldados de la columna precedían a los carros-hospital para incorporarse al lobo feroz, cuyo genio consistía, sobre todo, en la eficacia homicida de la retirada.

Al despertar de su sueño a media tarde, oyó las descargas de los rifles en los hollados bosques que tenía delante. Producían un sonido crepitante, como si escupieran, que terminó de la misma manera súbita que había comenzado^ Poco después, al detenerse para abrevar el tronco de caballos en un arroyo, se les acercó un oficial de Caballería para que le vendaran una leve herida. Julián le reconoció al punto; era uno de los ayudantes de Withers; por él se enteró de que los disparos cruzados habían salido en su mayoría de las carabinas de la caballería yanqui, que retrocedía ya con pérdida considerable de hombres y municiones. Por lo visto, algunas unidades del mando habían olvidado la palabra empeñada.

—¿Qué hace coronel?

—Cabalgar a lo largo de las líneas para hacer que cese el fuego. —El ayudante aceptó el trago que Julián le ofrecía—. Si quiere que sea sincero, doctor, no está muy enojado. Lo aparenta.

Julián se encaramó al pescante para sentarse junto al conductor, oprimido el ánimo por un vago presentimiento, mientras el carro seguía rodando. Un sol rojo se ponía tras los delgados pinos que se alineaban a lo largo del camino, cuando un segundo ayudante bajó con estruendo por la línea de carros, llevando un caballo de la brida. A la luz débil del atardecer vio Julián que tenía el rostro cubierto de sudor.

—Le transmito los saludos del coronel, doctor. ¿Querrá venir conmigo en seguida?

Ya las manos de Julián palpaban maquinalmente a su alrededor y asían la caja de los instrumentos. Se dejó caer del pescante al camino, y volvió la espalda al ayudante para meter en ella todas las vendas que encontró y las botellas de cloroformo restantes.

—¿Cuántos heridos hay esta vez?

—Únicamente el coronel. —El ayudante le dio la mano para ayudarle a subir al caballo de repuesto. Lié ha herido una bala perdida, cuando todos creíamos terminada la función.

—¿Está malherido?

—El cirujano de servicio ha abandonado toda esperanza de salvarle. —El ayudante miró sonriente, con aspecto fatigado, a Julián, al iniciar juntos el camino—. El coronel Withers le hizo salir de la habitación y llama a su cirujano.

Precedió a Julián a la velocidad pavorosa del oficial de Caballería, Julián le siguió como pudo. Era singular; pero hacía tiempo que esperaba esta llamada. De momento sólo logró preguntarse, atontado, lo que sucedería si se durmiera sobre la silla, que saltaba locamente.

Durante el camino debieron de pasar por entre las líneas avanzadas de Johnson; pero sólo recordaba haber oído un grito surgido de una espesura y ver un brazo que les hacía señas de que podían seguir adelante. La luz había desaparecido ya. Era noche cerrada cuando el ayudante torció a la izquierda y desmontó en el porche de la casa situada a un lado del camino.

—Le trajimos aquí, doctor. Vaya en línea recta; yo le llevaré sus cosas.

Julián se detuvo un instante parpadeando bajo la luz de una lámpara. A la puerta de una habitación interior se había congregado un grupo de oficiales del Estado Mayor. Allí debía de estar el coronel herido. Pero en el momento de tomar aquella dirección le interceptaron el paso, y se halló delante de una airada bola de manteca vestida de un gris inmaculado.

—Soy el doctor Chisholm.

La bola trató de cuadrarse en actitud arrogante, Julián sacó una confusa impresión de las pobladas cejas, las mejillas de color de vino clarete, los dos ojillos animados por la cólera.

—Cirujano mayor Smart, señor.

Conque, ¿era aquél el doctor a quien el coronel acababa de despedir? Julián luchó consigo mismo para mostrarse amable en medio del cansancio que aún experimentaba, y le tendió la mano. No había tiempo para saludar de acuerdo con el protocolo, aunque, a juzgar por su categoría, Smart era probablemente médico director del distrito.

—Me siento muy honrado, doctor Smart.

—Mayor Smart, si no tiene inconveniente. ¿No está de acuerdo conmigo en que la ruptura del bazo es desesperada?

El hombre elevaba la voz hasta convertirla en el indignado cloqueo de una gallina. Todas las miradas se volvieron en dirección a Julián.

—¿Me permite hacer un examen al herido, doctor?

—Es innecesario. Mi diagnóstico está ya registrado.

—Estoy aquí por orden del coronel —dijo Julián, que comenzaba a encolerizarse a su vez—. Y el coronel vive todavía, según creo.

—Con el bazo abierto. Y esa clase de heridas son siempre fatales, me lo dicta la experiencia.

—¿Cuántos casos así ha presenciado, mayor?

El matiz clarete de las mejillas de Smart tomó un color apoplético de púrpura, pero no contestó al pasar Julián por su lado rozándole. Ya el ayudante del coronel se destacaba del grupo de oficiales y se adelantaba con la mano tendida.

—Gracias por su diligencia, doctor. —Favoreció a Smart con una mirada breve y agregó, sin esforzarse en bajar la voz—: Parece ser que esta vez nos han enviado una por equivocación. Sucedió detrás de las líneas.-Y guió a Julián a la otra habitación, sin preocuparse del furioso ademán de Smart.

El coronel estaba echado sobre un montón de cáscaras que hacían las veces de lecho, en un rincón del pequeño aposento; el trío de lámparas de aceite colocadas a los extremos del improvisado lecho, parecía confirmar el diagnóstico de Smart. Al tomar el pulso, apenas perceptible, y reparar en la palidez extrema del herido, Julián se dijo que también él hubiera considerado irremediable el caso, por adelantado. Por ello le extrañó más que Withers abriera los ojos y le hablara con su acento normal.

—¡Buenas noches, doctor Chisholm! ¿Cómo está el veterinario?

—Señor, acabo de llegar. ¿Me permite que vea la herida?

—Es toda suya, mas…, no tolere que ese asno W ayude. Tiene gracia la broma…, acabo de empeñar mi palabra y me dan el billete de vuelta…

Ya Julián levantaba la colcha por el lado izquierdo y quitaba el vendaje provisional.

—Es conveniente que no hable mucho —observo.

Confiaba en que habría sabido expresarse con calma y suspiró aliviado al cerrar los ojos el coronel. Sólo una bala de punta blanda había podido rasgar de aquel modo la parte abdominal. La penetración era completa…, tan completa que en el fondo de la herida quedaba expuesto un objeto color de púrpura, una pulpa protuberante. Julián le dio un nombre antes de palpar el órgano con los dedos, para asegurarse de su condición.

El doctor Smart no se equivocaba al afirmar que el bazo estaba herido de manera irreparable. Al contemplar el líquido oscuro que inundaba la rota superficie, Julián comprendió que tenía que adoptar la resolución más difícil de toda su carrera.

Las heridas del bazo suelen ser siempre fatales, en efecto; ni en Viena había visto que se salvara ningún paciente. Sin embargo había leído que en ocasiones podían salvarse. En la Krankenhaus se registraban algunos casos; también oyó discursear a Rokitansky sobre el mismo tema cuando les enseñó la anatomía del órgano.

Ahora examinaba atentamente la herida. La rotura del bazo solía ir acompañada, según los libros de medicina, de abundante hemorragia; pero en el caso presente era muy superficial. Palpó los músculos del abdomen y no encontró en ellos la rigidez que se asocia a una hemorragia interna; luego levantó el mismo bazo, con la mayor suavidad posible, para examinar mejor la herida. La laceración abarcaba un radio de seis pulgadas y vio los músculos que había debajo al descubierto.

De súbito adivinó la razón de la carencia de hemorragia y la excitación del descubrimiento originó una aceleración de su pulso, que comenzó a saltar.

La provisión de sangre del bazo, cuya autopsia hiciera cientos de veces, está junto al tallo o pedículo del órgano. Ahora bien; caído hacia delante sobre la herida, como se hallaba al presente, quedó firmemente sujeto por la contracción de los músculos abdominales y esta posición extraordinaria fue la que salvó de momento la vida del coronel.

—¿Podrá operar?

Julián levantó los ojos con leve sobresalto al oír esta pregunta formulada por los pálidos labios del paciente.

—Operaremos en el acto, señor.

—Ved la diferencia que existe entre un cirujano y un veterinario —observó Withers—. Ya sabía que podía contar con usted.

Julián sonrió con amargura al recordar que iba a tener que discutir el caso con Smart. Porque, después de todo, el otro era el director médico del distrito, y su superior. Puso usa mano conciliadora sobre el hombro del coronel.

—Empezaremos en cuanto llegue el carro, señor. Entretanto, procure guardar silencio.

—Lo haré si me dan un poco de *whisky* —manifestó Withers; y Julián notó por primera vez que se le velaba la voz.

—Voy a pedir un ponche caliente —dijo, mirando al ayudante—. Hágalo todo lo caliente que pueda ser —agregó en un murmullo.

Vaha la pena, ya que estaba seguro de que ninguno de los demás órganos estaba complicado.

El doctor Smart seguía su paseo por la otra habitación. A pesar de la fría intención que le animaba, Julián tuvo tiempo para preguntarse si el mayor no se apearía de su actitud.

—Y como ha perdido su tiempo y el mío, doctor…

Julián dijo, en voz suficientemente alta para que le oyeran desde la otra habitación:

—Tenía usted razón. Existe una herida del bazo; el órgano está caído sobre la pared abdominal.

—¿Conviene, pues, en que es un caso desesperado?

—Difícil; no desesperado. Si no se produce una sepsia, una esplenectomía le salvará.

Había pronunciado la palabra obedeciendo a un impulso, aunque sabía que sonaría de manera extraña a los oídos del doctor Smart.

—¿Debo entender por eso que pretende usted extirpar el órgano?

—Precisamente. Operaré en cuanto lleguen mis ayudantes.

—El coronel se morirá sobre la mesa de operaciones. En este momento sufre una hemorragia interna.

—No estoy de acuerdo. No se ha generalizado la rigidez abdominal.

—Entonces, ¿de dónde procede esa sangre?

«Ahora ladra —se dijo Julián—. Cuando se infla, parece un pavo; cuando habla, un perro faldero que trata de sostenerse en dos patas, como en el circo». En voz alta repuso, con mucha paciencia:

—Es evidente que los músculos de la herida comprimen el pedículo. La hemorragia fatal no se ha producido todavía.

Smart dijo con aire de triunfo:

—Se producirá si se atreve a ensanchar la herida. —Quizá. Pero es posible que no.

—Y yo insisto en que sí. No tiene derecho a arriesgarle.

—¿Por qué?

—Porque el coronel Withers es uno de los héroes de Vicksburgo. Se le ha citado repetidas veces en la orden del día. Si muriera bajo su escalpelo, nuestro departamento entero gozará de mala fama.

—¿Cree usted que puede vivir en uno u otro caso?

—Ya he calificado su herida de mortal.

Una luz blanca, cegadora, cruzó por el cerebro de Julián y dejó que su voz vibraba a impulsos de la ira.

—Entonces, ¿qué diferencia existe entre operar y no operar?

—El Departamento de Medicina…

—¡Maldiga el Departamento, doctor Smart…, si es médico de veras!

Aguardó la respuesta, pero no llegó. La débil vocecilla del hombre estaba impregnada de veneno cuando volvió a dejarse escuchar.

—Daré parte de esto, naturalmente…

—Haga lo que guste. De todos modos, voy a operar.

—Soy su superior. Le digo que no opere. Es una orden.

—Me niego a obedecerla.

—¡Mayor Smart! —Era la voz del ayudante de Withers, una voz glacial y desdeñosa.

El teniente coronel se interpuso entre los dos cirujanos.

—¿Quiere que le llame veterinario en su propia cara, o prefiere salir inmediatamente de la habitación?

Mientras observaba cómo el pomposo médico se volvía para hacer frente a un nuevo enemigo, creyó Julián que se le iban a salir los ojos. El cuello del hombre se hinchaba bajo la apretada tira del uniforme; la cólera, que amenazaba con hacer estallar sus venas, semejantes a cuerdas tirantes, lo ponía rojo. Intentó hablar y no acertó a pronunciar una sola palabra.

—Su silencio es la mejor respuesta —dijo el ayudante—, si dentro de diez segundos no ha salido de aquí, haré que le arresten. El doctor Chisholm va a operar obedeciendo órdenes del coronel. Nadie se movió al salir Smart de la habitación con sus humos de dignidad intactos. La tensión general se aflojó al sonar los cascos de su caballo al otro lado de la ventana.

—Bueno, el infierno le envía al puesto más próximo para fastidiarnos a todos —observó fríamente el ayudante—. Confieso, sin embargo, que no puedo soportar a los partidarios de la resistencia que llevan uniforme.

Julián se apoyó en la chimenea y buscó a tientas un cigarro. El ayudante le ofreció su caja y encendió un «lucifer».

—Lo malo es, doctor, que va a ser usted quien pague los vidrios rotos.

—Vale la pena de arriesgarse.

—¿Qué probabilidades de curación tiene el viejo?

—Pocas. Pero si no le operamos, morirá con toda seguridad.

Los dos levantaron a un tiempo los ojos al oír fuera un chirrido. Julián corrió a la puerta y saludó a gritos al carro y a sus ocupantes. Había que despejar los puentes para la acción, ahora que sus enfermeras se apeaban en el patio y metían el equipaje en la cocina. De fracasar, Julián únicamente podría echarle la culpa a su propia obstinación.

7

Mientras abría sobre la recia mesa de pino la caja del instrumental, vio que la cocina era una excelente sala de operaciones. Los ordenanzas del coronel sostendrían las lámparas; la luz constituiría sólo un reguero, pero estaba acostumbrado a operar con poca luz. Por vez primera vio luego que los instrumentos estaban sucios, manchados por la descarga de las heridas, llenos de sangre seca. Meneó la cabeza, con silenciosa reprobación, al recordar cómo los dejara caer en la caja, todavía en Vicksburgo, sin darles siquiera un lavado preliminar…, cosa nunca hecha hasta entonces.

Se preguntó si el profundo cansancio le hacía olvidar esa rutina con la que tan familiarizado estaba, si le había trastornado el juicio. Proseguir la tarea comenzada sin pararse a limpiar las herramientas constituía una tentación: él había visto operar durante todo un día a otros cirujanos sin detenerse una sola vez a enjugar el instrumental. Mas salió de su inercia mediante un esfuerzo de voluntad y llamó al más joven de los enfermeros que tenía a sus órdenes, un muchacho pálido, de mano ágil, que era farmacéutico antes de la guerra y que ya estaba acostumbrado a los hábitos, poco comunes, del cirujano.

—Dick, hierva un poco de agua. Hay que limpiar estos instrumentos.

Cuando el agua comenzó a hervir, los ordenanzas de Withers le tenían colocado ya sobre la mesa de operaciones. Julián observó a los dos ayudantes disponerse, con rostro impasible, para la operación. Introdujo en el agua hirviendo cada instrumento colocado sobre la mesa auxiliar, empapó en ella y retorció después los vendajes de que pensaba servirse, y a continuación lavó también las hebras que debía utilizar como ligaduras. El ritual le inspiró una sensación de seguridad que justificaba el esfuerzo hecho; allí, en la cocina de una casa perdida en los bosques, podía ser tan pulcro como el propio Lister. Hubiera querido disponer también de creosota, mas no la tenía. Únicamente podía contar con las compresas mojadas en agua que tan útiles le habían sido en Vicksburgo.

El pulso del coronel se debilitaba; la demora no contribuía al buen éxito de la operación, pero no podía lamentarlo.

—Buena suerte, Chisholm —le dijo el paciente; y cerró los ojos al aplicarle a la nariz el algodón empapado en cloroformo. Sobre ella fueron cayendo rítmicamente las gotas del frasco del anestesiados Julián se apartó de la mesa. Inmóvil asistió a la involuntaria lucha del paciente con la anestesia. Ésta cesó poco a poco, a medida que las profundas aspiraciones se convertían en una respiración silenciosa y continua.

Con el instrumento pegado ya al labio de la herida, Julián se detuvo a reflexionar. El ensanchamiento de la abertura aflojaría la presión a que estaba sometido el pedículo del bazo. ¿Por qué no impedir por anticipado la esperada hemorragia, aplicándole a este mismo pedículo un torniquete? Extendió una mano. Pedía una ligadura. Su ayudante, acostumbrado a obedecer al punto, sin comentarios, le puso en ella una hebra de *catgut* y se acercó a la mesa, en espera de nuevas órdenes.

—Levante el órgano mientras yo le aplico el nudo corredizo.

El hombre obedeció. La mera presión de sus dedos sobre el bazo hizo que exudara sangre como una esponja. Julián dejó el lazo y comenzó a apretar con él el pedículo que había dejado, hundiendo al propio tiempo los dedos en la herida. Cuando comprendió que ya no se podía apretar más, dejó sueltos los cacos del *catgut* y tomó por segunda vez el escalpelo. Ahora estaba seguro de que ya no se produciría la hemorragia…, siempre, naturalmente, que no hubiera ningún otro vaso roto en lo más recóndito de la herida. Pero ésta era una posibilidad inevitable.

El escalpelo ensanchó la herida mediante cortes largos y hábiles. A una seña de Julián, el ayudante insertó un separador (muy semejante a un rastrillo) para ensanchar el campo operatorio. Julián veía ya el nudo de *catgut* que acababa de hacer; el corazón se le oprimió al ver también la sangre oscura que ascendía por debajo.

—Dick, afloje la presión.

Al ver que los músculos volvían a su sitio, comprendió que su primera suposición era la acertada, pues la hemorragia cesó en seguida. Entonces hizo un segundo nudo. Sus dedos volaban.

—¿Podría separar y levantar el bazo al mismo tiempo?

—Creo que sí, señor.

Dick mudó las manos de posición, abriendo los dedos para sostener el separador y seguir verificando la tracción sobre el órgano herido. Al volver a extenderse las puntas de acero del rastrillo se formó sangre a su alrededor. Los dedos de Julián se hundían ya en la herida, profundizaban más que cuando hizo el primer nudo para lograr que el lazo llegara a la misma base del pedículo. Una sangre caliente le bañaba los dedos y se dio cuenta de que aquello no podía durar, pues cada gota de sangre que perdiera el paciente en esta coyuntura podía ocasionar un desastre.

Pasó por un mal momento cuando el segundo lazo echado resbaló por encima del nudo que acababa de hacer para asegurar el primero. Guiándose totalmente por el tacto, situó la hebra más allá del punto peligroso, dejando que sus dedos acariciaran el tejido suave, desmenuzable, del pedículo, haciendo que el improvisado torniquete mordiera a una buena pulgada más abajo del lazo original.

El flujo de sangre continuaba produciéndose. ¿Se hallaría la desgarradura tan honda que fuera imposible llegar hasta ella? Sintió la necesidad urgente de apresurarse y, sin embargo, sabía que sus movimientos debían ser deliberados para no rasgar el tejido delicado del pedículo ni las paredes de los *grandes* canales sanguíneos que palpitaban debajo. Otra media pulgada. Julián probó otra vez. Esta vez los resultados obtenidos fueron definitivos. Con la esponja enjugó la sangre sintiendo que el sudor le corría por la frente y sonrió, agradecido, a la mano anónima que surgió de la penumbra para enjugarse.

Colocó más honda todavía la ligadura y cortó. El flujo cesaba, pero aún no habla pasado el peligro. Sus dedos rodeaban la herida todavía; era muy posible que su presión contuviera la esperada hemorragia. Lentamente dejó de la mano el pedículo y

aguardó; la herida siguió seca, salvo la agüilla roja de su fondo. Julián no podía detenerse más. Extirparía el bazo y más adelante investigaría la amenaza. Tendió la mano en busca de las tijeras y cortó con ellas el órgano, por detrás. Hecho esto se quedó con el bazo en la mano. Era una masa roja azulada que parecía al tacto un puñado de frambuesas despachurradas. Lo dejó en la jofaina preparada al efecto y al instante se olvidó de él. Sondaba el siniestro flujo de sangre, que continuaba rezumando de la base de la herida. Ahora pudo arriesgarse a ahondar la retracción en busca de una lesión interna. En la cavidad abdominal, sin embargo, no había reflujo de sangre, ni el característico olor de los ácidos intestinales que indicara lesión del intestino.

A un gesto suyo, aproximaron a la herida la mayor de las lámparas que rodeaban la mesa. Limpió con la esponja y observó el campo. Sí, la lesión existía después de todo; se hallaba en el asa del intestino, aunque éste no estaba roto del todo. De allí nacía la hemorragia y no quedaba otro remedio que la sutura.

Julián tomó una de las agujas curvas, producto de un siglo de entretenimiento familiar para el alemán que las inventó. Esta clase de heridas seguían siendo sentencia de muerte en la mayoría de los casos, pero él se negaba a renunciar a toda esperanza. Acababa de extirpar el bazo y de contener la hemorragia mediante medios heroicos, ya que no del todo ortodoxos. Pues bien: continuaría improvisando para conjurar la amenaza. Sería una locura cerrar en el acto la herida, porque el tejido lesionado podía reventar y derramar su contenido en el abdomen, accidente que ocasionaría la muerte del herido. Es verdad que la lesión era más bien potencial que actual, mas aun así no podía dejarse todo a la casualidad.

Un punto de sutura aplicado al desgarrón de la pared intestinal elevó el trozo lesionado hasta el área de la herida; un nudo corredizo lo aseguró fuertemente. Julián dio los puntos sobre los mismos músculos y los ató con mano firme. La sección lesionada, perfectamente visible ahora, quedaría segura hasta que se verificara el proceso de cicatrización. Y al llegara a perforarse, descargaría al exterior, lejos de la área abdominal.

—Basta de anestesia. ¿Cómo está el pulso?

—Débil, señor.

—¿Más que al empezar la operación?

—Mucho más, señor.

Julián se encaró con la hilera de rostros que se hallaba fuera del círculo iluminado por la luz amarillenta de las lámparas.

—Necesitaré mantas calientes…

—Ya están a punto, doctor. Era la voz del ayudante de Withers. Julián le volvió la espalda, ya tranquilo. Recordaba que aquellos hombres acababan de enfrentarse también con la muerte durante el holocausto de Vicksburgo. Y, lo mismo que él, aprendían a luchar con las armas que tenían a mano.

Dio rápidamente unos cuantos puntos más tirando de los músculos para reunirlos

en la herida, pero dejándole a ésta una salida. Luego, colocó en su sitio, mediante la venda de hilo, una compresa húmeda y se apartó de la mesa. Manos solícitas habían traído ya de la alcoba el colchón de hojas, extendiendo sobre él las mantas calientes. Julián presenció cómo trasladaban al coronel de la mesa a la cama y en seguida vio que estaba en manos ideales. Ahora lo más importante era, en efecto, la vigilante asistencia de las enfermeras; podía, realmente, confiar en aquellas veteranas del Misisipi.

Solo y de pie, junto a la puerta, después de frotarse rigurosamente las manos y de lavar los instrumentos, buscó, por fin, a tientas un cigarro y descubrió que el ayudante había transferido su propia petaca al bolsillo del cirujano mientras éste operaba junto a la mesa. Se volvió y murmuró unas palabras de gratitud, pero el ayudante estaba muy ocupado y no le oyó. De momento, lo más simple era, pues, volver junto a la caja del instrumental y cerrarla con todo el cuidado que el agotamiento le permitiera.

Si el coronel Withers vivía, volvería a necesitarla. Si moría, el mayor Smart procuraría que no volviera a utilizarse dentro del Servicio Médico Confederado.

Julián llevó este pensamiento al seno de la noche, junto a la fragancia del superior tabaco habano del ayudante. De súbito se dio cuenta de que no le tenía miedo a Smart. Pasara lo que pasara, él se quedaría al margen de la campaña; ahora que, por efecto de la palabra empeñada, se disolvía el regimiento, regresaría a Atlanta y se sometería al proceso.

Juana le esperaba en Atlanta y esta vez no le evitaría. Levanto los ojos a las estrellas del cielo estival y se rió en voz alta de tan romántica convicción. Y, sin embargo, su creencia no necesitaba de ninguna demostración. Juana —insistía su cerebro fatigado— estaba en Atlanta y él aprovecharía el instante de respiro que la guerra le concedía para ir a buscarla, Mientras pensaba en lo que le diría, paseaba sin cesar por la era de la granja; únicamente las estrellas fueron testigos del momento en que se detuvo, al fin, dormido de pie antes de dejarse caer a ciegas sobre un montón de paja colocado junto al granero.

CAPÍTULO VI
ATLANTA

1

La cómoda faja del cirujano-coronel Townsend y su manera indolente de estar sentado en el sillón tranquilizaron a Julián desde el principio. Después de todo, Townsend sólo era director médico del área de Atlanta. La presencia del tío Clayton en el sitio de honor (aquella especie de silla curul giratoria, situada detrás de la mesa del director) le recordó que la reprimenda no sería únicamente verbal.

Mientras Townsend seguía hablando con voz gruesa, trató con todas sus fuerzas de concentrar la atención, pues estaba contando otra vez la hilera de periódicos sin cortar que ocupaba la mesita supletoria y la colocación de libros encuadernados en piel de becerro encerrada en la librería bajo llave. El despacho del director era triste y sucio por la abundancia de moscas; había barro en la alfombra y las ventanas, llenas de mugre, parecían incapaces de dejar entrar por ellas libremente la luz de aquel hermoso día de verano que brillaba en el exterior… A su modo, ésta era la demostración más evidente de que el Departamento médico militar era aún una unidad menor. No penetraba allí ningún rayo de gloria y existían poquísimas posibilidades de lucro beneficioso. Al reparar en que el tío Clayton juntaba las manos para no mancharse con el polvo acumulado sobre la mesa, Julián se dio cuenta de que seguía posando para una cámara invisible. La verdad era que dedicaba menos atención a Townsend que al propio Julián.

—Considere usted mismo el hecho, capitán Chisholm —decía el director médico —. ¿Y si el coronel Withers hubiera muerto?

—Lo mismo habría ocurrido sin mi operación.

—No es eso lo que quiero decir. Usted practicó una sutura abdominal y una extirpación del bazo. Son dos atrevidas innovaciones. ¿Necesito recordarle que en nuestra profesión las heridas del vientre son sinónimos de muerte?

—Sin embargo, el coronel Withers se restableció…

—¿Pretende alabarse del milagro?

—No, señor. Mi esplenectomía le proporcionó ocasión de luchar; de allí en adelante todo dependió de la asistencia que le prestaron. Como ya sabe, mis auxiliares se encargaron de esa misión y la llevaron a cabo brillantemente.

Townsend pareció apenado.

—Mi informe presenta otras notas negras —añadió— en contra suya, capitán. Cuando se trasladó a Meriden con su paciente le hizo ingresar en el hospital de esa localidad con el consentimiento y permiso del doctor…, —Tanner, señor. Un excelente cirujano.

—Usted le convenció de que debía fregar el establecimiento desde el ático a los porches con una solución de cloruro de cal. Y cuando él comisario se negó a proporcionarles más, los acompañantes del coronel Withers…, ¿cómo lo diría yo,…?, sobreponiéndose a toda objeción, se apoderaron por la fuerza de media docena de barriles.

—A nuestra llegada supimos que el hospital estaba plagado de gangrena. El doctor Tanner —que acababa de encargarse de su dirección— estaba desesperado. Yo había visto emplear, con óptimo resultado, el cloruro de cal en la clínica que Semmelweis tiene en Budapest.

El director médico le interrumpió para observar:

—Crea, capitán Chisholm, que sabremos ganar esta guerra sin la cooperación de Hungría…

Y la conversación se sostuvo así por espacio de ana media hora.

Julián se retrepó en la silla y cerró los párpados; la quincena pasada en Meriden había constituido para él una cura de reposo. El recuerdo que de Tanner conservaba era la única nota brillante…, y una viva demostración de que *había buenos médicos* en filas. Tanner apoyó, desde un principio, a los recién llegados. Julián sonrió al rememorar cómo los ayudantes de Withers trajeron el cloruro de cal del almacén de efectos militares, cómo entraron pistola en mano en él, lanzando aullidos de rebeldía, como sólo saben hacerlo los naturales de Tejas… Por ello, al interrumpirse Townsend otra vez, para recobrar aliento, con un profundo suspiro dijo, bajo la influencia de sus recuerdos:

—El resultado obtenido justifica los medios, Sepa, señor, que después del fregado ya no volvió a presentarse ningún otro caso de gangrena. Y, tras su primer informe, el propio cirujano jefe alabó al doctor Tanner. En cuanto al coronel se halla boy en San Antonio… y goza de buena salud.

—Si, mi querido capitán, puede usted considerarse muy afortunado, De haber ido las cosas de otro modo, tendría que presentarse ante un Consejo de Guerra.

El director hablaba ahora para el general Clayton Randolph. «Todavía podemos disciplinar a los nuestros —querían decir sus palabras—. Sin el concurso de Richmond. Aun cuando nuestro cuartel general se baile en Atlanta. Aun cuando este gatillo de mirada dura sea su sobrino».

—Como ya sabe, poseo suficiente autoridad para arrestarle, capitán —agregó en voz alta. Se expresaba con petulancia y Julián comprendió que la conversación había terminado. Sabía su resultado mientras trabajaba en Meriden junto con sus subalternos para liberar al hospital de Tanner de la amenaza de la gangrena. ¿Cuál hubiera sido su linea de conducta de no tener un tío general, si el propio Tanner no hubiera confesado que le ligaban lazos de parentesco al confederado secretario de la Guerra?

—¿No le interesan nuestros descubrimientos en Meriden?

—Me interesa mucho más que se haya excedido usted en sus atribuciones.

«He aquí —pensó Julián— el dilema que se le presenta al médico en una guerra. Cada una de sus iniciativas, cada una de sus improvisaciones para salvar una vida cuando esta vida pende de un hilo, tiene que sufrir la presión obstaculizadora de las inteligencias mezquinas. Gracias a la liberal cooperación de Tanner —y a su recuerdo de una establecida profilaxis— pudo contenerse la “gangrena de hospital” apenas

iniciada. Mas, por lo visto, el hecho carecía de importancia. Lo realmente importante era haber dejado al margen la disciplina».

—Temo, señor, no poder presentar mis excusas por haber salvado unas cuantas vidas —manifestó.

Townsend hizo caso omiso de la observación y se puso de pie.

—Considérese confinado dentro de esta área hasta nueva orden, capitán —dijo—. Cuando su oficial superior regrese de Macón se adoptará una decisión… respecto de sus futuros servicios.

Julián sonrió levemente.

—¿Debo considerarme licenciado, señor?

—No. Vaya a ver mañana, a las ocho, al mayor Bruff. Él le agregará a la inspección de ferrocarriles.

Julián saludó cortésmente y Townsend le devolvió el saludo; luego el coronel saludó a su general, que aceptó el cumplido sin levantarse del sillón. La salida de Townsend fue ceremoniosa, aunque algo la echó a perder el crujido de las planchas de madera del suelo bajo su peso.

El general Clayton dijo, con acento suave, desde su cómoda posición detrás de la mesa:

—Te ahorraré una segunda reprimenda, Julián. Pues, como dices muy bien, has salvado vidas para la Causa…

La Causa, se dijo Julián, era una abstracción que raras veces se mencionaba ahora; sólo cuando se estaba a una distancia regular del frente.

—Temo, tío, que volvería a salvarlas…, si se presentara la ocasión.

—También yo lo creo.

Clayton Randolph se levantó con aire majestuoso; los nudillos de sus manos descansaban, ligeramente sobre la mesa. Esta vez pareció dirigirse a un atento Senado, no a un sobrino mal dispuesto, que seguía cuadrado ante él.

—Pero debo agregar que no siempre podré protegerte de las iras de tus superiores.

—¿Se coloca usted en su mismo punto de vista, señor?

—Townsend es un imbécil, muchacho; y también ese fanfarrón de Smart. Pero los dos tienen amigos en las altas esferas…

—Usted también, tío Clayton.

Julián examinó con atención al general para ver si su desfachatez le había herido. Mas Clayton infló el pecho y siguió dirigiéndose a una concurrencia imaginaria.

—Tenemos que bogar a una si queremos que la Causa que los dos defendemos quede triunfante. Toda disensión particular debe cesar, desaparecer, en ese esfuerzo.

—¿Podría ser así, señor…, ahora que hemos perdido Gettysburg?

Clayton interrumpió su perorata y abrió, estupefacto, la barbuda boca, como perro que acaba de helarse en el momento de ir a ladrarle a la luna. Su voz sonó de súbito cascada cuando volvió a tomar la palabra, aunque todavía quedaba en ella una

sombra de la anterior afectación.

—Yo me siento incapaz de dudar, Julián. ¿Cómo te atreves a insinuar que no podemos levantarnos tras de una derrota?

—Pregúnteselo a su hijo, general —repuso Julián—. Él estaba allí con Stuart. Él le dirá la verdad…, si se siente con fuerzas para escucharla.

Clayton se aproximó a la puerta.

—Buenos días, capitán —dijo desde allí con acento glacial.

—Gracias por su intercesión, señor.

—Las rehúso. En lo sucesivo tendrás que enmendar tus errores por ti mismo.

La puerta se cerró de golpe. Julián se quedó solo en el despacho sucio de moscas. Miró fijamente un instante la alfombra manchada de barro y luchó por contener el loco deseo que le asaltaba de reír a carcajadas. Sintiendo luego que se ahogaba en aquel olvidado rincón del mundo salió al aire libre detrás de él.

«Dirigirle pullas a un brigadier —se dijo— es un lujo demasiado caro, sobre todo cuando da la casualidad de que este brigadier es un pariente». Mas nunca se había sentido tan libre, tan feliz como ahora que acababa de quemar el último puente que le unía al pasado.

2

Nubes de polvo y de hollín invadían el bar del «Hotel Atlanta» cuando Julián entró para recoger la mochila que allí había dejado; gracias a su proximidad a la vía férrea, el establecimiento podía alardear de suciedad cuando soplaba el viento de aquel lado. Mas al apurar el segundo *bourbon* dio al olvido el hollín y su propio futuro nebuloso. Si Townsend se proponía castigarle, estaría unos días en Atlanta. No necesitaba más para convencerse de que Juana Anderson se hallaba, para bien, al margen de su vida.

Juana Anderson… Ahora se llamaba así cada vez que pensaba en ella. Era estúpido empeñarse en considerarla como Juana Chisholm, su esposa legítima. La certidumbre de que se hallaba en la ciudad era sólo un débil recuerdo al presente. Mas aun cuando la intuición fuera correcta, constituía un pobre consuelo mientras continuaba solo y contemplaba la frenética actividad que le rodeaba.

¿Qué le diría si volviera a verla? Pues tenían que volver a verse aun cuando sólo fuera para que se disipara la tormenta de su corazón. Si realmente la había perdido, era bueno saberlo; si todavía quedaba una esperanza de poderla conservar, tendría que aprender a ser paciente.

Una roja nube de polvo señaló el paso por la calle de una compañía de Infantería que iba camino de la estación y de los campos de batalla de Tennessee. Aquellos valientes muchachos barbudos —muchos dé los cuales vestían el andrajoso uniforme de la Unión, más de cuya mitad iban descalzos— ponían adecuada posdata a su riña con el tío Clayton. Julián había visto caer en Vicksburgo a centenares de tropas como aquélla; desde largo tiempo atrás venía dándose cuenta de que su valor no podía equipararse al valor del Norte, joven gigante que comenzaba a penetrarse de su poder. La cuenta que tenía que ajustar con Juana podría aguardar si la guerra duraba sólo unas semanas más. Quizá su sola vista disipara la actual infelicidad.

¿Dónde estaría? En un punto cualquiera del Sur, tal vez, ocupándose en los asuntos de la Unión; esto era casi seguro. Los guerrilleros de Caballería que se Ies incorporaron en Santa María formaban parte de sus planes, y también Whit Cameron estaba de acuerdo con ella desde la salida de Glasgow. Se comprendía, pues, que desde su punto de vista existieran motivos más que suficientes para aquella separación…, Julián seguía aferrado a las opiniones de la familia, preso en su jaula como una ardilla. La serviría mejor procurando que esta separación fuera permanente, hostigando a Cletus Townsend hasta que, exasperado, le enviara al Tennessee. Mas si él no hubiese confiado en una reunión, por breve que fuera, no hubiera sido un ser humano.

Recordó su primer intento de buscarla en Atlanta, la convicción de que Juana estaba entonces en la ciudad y que le mandaría llamar. Quizás hubiera una carta ahora en el buzón; él había firmado en el registro del hotel, por la mañana, y luego había leído en los periódicos una mención a su llegada: «El capitán cirujano Chisholm de “Chisholm Hundred” y Wilmington desea establecer contacto con Juana, su mujer…,

que es casualmente una traidora». Su cerebro se negó a dar forma o significado a la palabra. Sólo sabía que tenía que volver a verla inmediatamente.

El vestíbulo del hotel estaba lleno, lo mismo que el bar, de hombres vestidos de uniforme. Julián se abrió paso a codazos para la mesa; tenía la voz ronca cuando pidió la llave de su habitación y la correspondencia. Había tres cartas en la repisa: dos eran familia y le invitaban a comer; la tercera, de un comité de festejos, le invitaba a un baile.

—¿Está seguro de que no hay ninguna más?

—Segurísimo, capitán. Voy a llamar para que le acompañen arriba.

—Yo mismo buscaré la habitación —dijo Julián. A tiempo recordó que había prometido al mismo empleado una recompensa generosa cuando le inscribiera, pues conseguir habitaciones era cosa dificilísima en Atlanta desde varios meses atrás. El hombre meneó la cabeza al sacar él la cartera.

—No; gracias, señor. Ya me han gratificado.

—¿Quién?

—Su amigo, el señor Whit Cameron. Está arriba desde este mediodía, señor.

Julián subió la escalera en seis largas zancadas, sin excusarse con el coronel de cabello blanco a quien estuvo a punto de derribar en el descansillo.

La puerta de su habitación estaba entornada; Julián vio el portamantas de Whit antes de divisar a su propietario llevando al hombro la mochila con su acostumbrada elegancia. Sus zapatos londinenses estaban entre las dos columnas de metal de la cama, junto a las polvorientas botas de ordenanza de Julián. El propio Whit, inmaculado con su traje de hilo blanco y la prodigiosa corbata de seda, estaba echado sobre una de las camas, con el periódico en la mano. Como siempre, parecía hallarse a sus anchas…, extraordinariamente satisfecho. Al entrar Julián como una tromba en la habitación, levantó la mirada sonriendo, pero sin demostrar ninguna sorpresa particular.

—Las habitaciones escasean en Atlanta, capitán. Supongo que no le molestará tener que compartir ésta con un paisano.

El jugador tenía los mismos dedos de acero que de costumbre al estrechar la mano de Julián; este apretón expresó lo que no expresaban sus palabras. Era como si acabaran de separarse, se dijo, y Julián tomó asiento en la otra cama, mirando a su amigo con silenciosa indiferencia. La cólera que Julián se disponía a sentir se disipaba ya. Pues Whit seguía siendo su amigo, a pesar de lo rara que resultaba su amistad.

—¿Querrás decirme cómo ha sucedido esto, o debo empezar a preguntarte?

—¿No me he explicado ya?

—Tienes buen aspecto, como si todo te saliera bien. Claro que siempre fue así.

—Esta vez mi suerte ha aumentado —dijo Whit, sacando de la cartera una tarjeta —. Mira, soy contratista gubernamental, proveo de víveres al Ejército puedo alojarme en buenos hoteles.

—¿Desde cuándo has dejado tu profesión de pedagogo?

—No creas, todavía enseño el póquer a los aficionados. Pero es ahora una tarea ocasional. —Whit se enderezó, bostezando, y se puso los puños de la camisa—. Te dije una vez que había una fortuna en este extremo de la mesa. Ahora lo estoy demostrando.

—¿Quiénes son tus empresarios? —Whit meneó la cabeza.

—Amigo mío, me niego a contestar a esa pregunta Sólo puedo asegurarte que no tienen motivo para quejarse. Sé ganarme una comisión lo mismo vendiendo zapatos en Richmond que sirviendo a una fábrica de algodón de Cincinnati.

Julián hizo seña de que estaba seguro de ello. Había oído decir que algunos especuladores de algodón seguían comerciando con el Norte, corrían historias increíbles de las balas que subían, río arriba, en barcazas yanquis, de oficiales de alta graduación que seguían labrando su fortuna gracias a este juego peligroso. La declaración de Whit sirvió para dar realidad a aquellos rumores. Hacía más lógico el comercio con el enemigo.

—¿Cómo sabías que yo estaba aquí?

—Porque también yo tengo ahora amigos en las altas esferas.

—¿Y por qué no viniste a verme la primera vez que pasé por Atlanta? El jugador sonrió.

—Ya oí hablar de tu carrera loca hacia el heroísmo; ¿puedo añadir que está perfectamente de acuerdo contigo? Por desgracia, estaba en Filadelfia entonces en viaje de negocios.

—¿Cómo te las arreglas para hacer esos viajes?

—Se trata de un asunto secreto, doctor Chisholm. Claro que si piensas variar de profesión puedo admitirte en calidad de socio. Podría utilizar en tiempo oportuno esa honrosa facha…

Julián dio un puñetazo en los pies de metal de la cama.

—Dime: ¿qué has hecho de Juana?

—Invierte la pregunta amigo. Di más bien qué es lo que Juana ha hecho de mí.

—¿Quieres decir que es su dinero el que…?

—Saca las conclusiones que gustes. Lo repito, mis labios están sellados.

—Me abandonasteis en Santa María *sin* una palabra de explicación, ¿no es hora ya de que me oigas?

—De haber seguido mi plan, lo hubiéramos hecho mucho antes —replicó Whit—. Fue Juana quien se empeñó en quedarse a tu lado hasta que estuvieras fuera de peligro.

Julián sintió repentino calor en el corazón. Era algo nuevo, aun ahora, saber que Juana había pensado en él basta el último instante.

—Estaba concertado que os separaríais al llegar a Santa María. ¿De qué te quejas?

—No me quejo, únicamente deseo saber sí está bien Y si es feliz.

—La salud de Juana es tan excelente como la de otra viuda rica cualquiera. No puedo decirte sí es o no es feliz. Yo lo sería… si fuera mujer y me honraras con tu amor.

—Puedes prescindir de esa clase de humor.

—¿De veras, Julián? Cuando te casaste se esperaba que dejarías al amor fuera del contrato. Yo estaría más tranquilo si lo hubieras dejado…, porque soy tu amigo y amigo de Juana. —Whit envió hasta el techo volutas de fragante humo azulado; sus ojos las siguieron, pensativos—. En mi calidad de ciudadano del mundo no puedo censurar a ninguno de los dos. Yo mismo me hubiera casado con ella, aquella noche en Glasgow, si me lo hubiese pedido.

—La conocías antes, ¿verdad?

—Sí, lo suficiente para saber que es una entre mil.

—¿Sois los dos oriundos de las montañas del Tennessee?

—Lo confieso porque sé que no traiciono con ello su confianza.

—¿Sois los dos agentes de la Unión?

Whit examinó su cigarro.

—¿Tengo yo aspecto del hombre que arriesga el cuello por una abstracción como los Estados Unidos? —interrogó con ironía.

—Sé la verdad respecto de Juana —dijo Julián con firmeza—. ¿Por qué no completas el cuadro?

—Tú no sabes nada de la vida de Juana, amigo mío. Sólo que es viuda, y que vino a Atlanta para defender sus bienes. Lucha que ganó con todos los honores hará cosa de dos semanas en el Tribunal Supremo de Georgia.

—Sé que todavía es mi mujer.

—Trata de demostrarlo en Atlanta. Es Juana, no tú, quien posee vuestro certificado de matrimonio. Si abres la boca, hará que se rían de ti.

—No me comprendes, Whit. Estoy enamorado de ella. No descansaré hasta no ver con mis propios ojos que se ha establecido aquí. Si corriera algún peligro…

—¿Por qué, en nombre de Dios, tiene que estar expuesta al menor riesgo, a no ser que nos invadan los yanquis…, o que seas tú mismo fuente de preocupación para ella? Ha obtenido lo que venía a buscar: la fortuna de Kirby Anderson. Una fortuna maravillosa para estos tiempos.

Julián escuchaba y no escuchaba ahora a Whit La actitud típica del jugador —mezcla de cinismo, franqueza y osadía— le paralizaba.

Sus sospechas eran más vivas que nunca, pero ¿seguían acaso una dirección equivocada? Porque ¿y si la intención de Juana fuera realmente la de recuperar una fortuna inmueble para convertirla en oro? Otras familias del Sur obedecían a los dictados de la prudencia, como lo atestiguan los profusos balances bancarios del Norte… Juana no tenía ningún motivo para ser fiel a la causa que se ventilaba entre la Unión y la Confederación. ¿Podía censurarse porque se sirviera de Whit para asegurar su porvenir?

De súbito recordó el documento que cayera del tarjetero en su habitación de Santa María y sonrió al comprender que podía deshacer las defensas del jugador siempre que lo juzgara oportuno.

—Eres un agente excelente y un gran embustero…, si me permites emplear la palabra. —Acepto ambos cumplidos.

—Sólo que me tiene perplejo una cosa; si Juana está decidida a continuar siendo la señora Kirby Anderson, si debo seguir callando que soy su marido, ¿por qué vienes a verme?

—Por indicación de Juana.

A Julián le dio un vuelco el corazón.

—¿Desea verme?

—Ver es la palabra apropiada, en efecto —repuso Whit—. No creas, sus deseos no llegan más allá. Hace tiempo que los dos nos damos cuenta de que una entrevista entre vosotros dos es inevitable. Sobre todo después de saber que te destinan a esta zona.

«Volvemos a hallarnos en Glasgow —se dijo Julián—. Ella desea verme, sí, pero poniendo condiciones. Todavía pretende darme órdenes, continuar el juego de acuerdo con sus normas hasta llegar al fin».

En voz alta dijo únicamente:

—¿Debo prometer que me portaré bien por adelantado?

—No es preciso —repuso Whit—. La conducta de Chisholm será siempre Irreprochable,…, aun dejando la situación en que se halle no tenga precedentes.

—¿Qué quiere Juana de mí?

—¿Para qué lo preguntas? Ya debes saber como hay que conducirse cuando se ve a una señora por ver primera; ¿no es así?

—¡Ah! ¿De modo que me vas a presentar a la señora Kirby Anderson?

—Esta misma tarde, si te parece. En la sesión musical de los Warren a beneficio de los hospitales. La señora Anderson toma parte en ella. Las viudas pueden dejarse ver en sociedad siempre que sea en favor de la Causa, ya lo sabes.

El cuadro era completo. En Santa María se habían dicho adiós sin palabras; aquella tarde, la señora Anderson le despediría definitivamente. Le diría que su mutuo amor era un episodio, ya olvidado, de los instantes pasados en las dunas de Florida, un romanticismo que nada tenía que ver con la realidad presente Insistiría en que, de empeñarse él en hacer valer sus derechos de esposo, pondría obstáculos a su porvenir. Y si él se inclinara ante lo inevitable, le daría su mano a besar como recompensa.

Sí, el cuadro no podía ser más claro y Julián se hubiera sentido feliz dé haber podido hacerlo pedazos.

—¿Me presentarás a esa señora, Whit?

—Nada me causará mayor placer.

—Entonces, ¿a qué aguardamos?

3

«La flor del Sur… La frase es correcta», se dijo Julián. Se notaba su presencia en el salón de techo elevado decorado de blanco al que Juana deleitaba a sus oyentes con su valiente interpretación de la *Fantasía-Impromptu*.

Era, sí, una flor que comenzaba a marchitarse antes de tiempo. Pero no cabía negar su belleza resplandeciente ni su exquisita fragancia. Julián la descubría en los rostros absortos de las mujeres (muchas, como Juana, iban de negro, pero también había una valiente exhibición de vistosas crinolinas); en él andar, orgulloso y felino, de los esclavos encargados de conducir a su sitio a los concurrentes; en los perfiles atezados de los tres jóvenes oficiales huéspedes de honor, aguiluchos de ojo avizor los tres, que fingían no fijarse en las piernas que les faltaban.

Aquella rebelión en el último periodo de florecimiento no tenía nombre; era frágil como el ramo de magnolias colocado sobre la chimenea, sordo como el sonido de la trampa; era triste y orgullosa, al mismo tiempo. La acosaban los fantasmas y, sin embargo vibraba como un desafío… Era la flor del Sur que mantenía alta la cabeza, que aun en el fondo se negaba a admitir que se le acababa la vida. Los últimos agridulces acordes de Chopin se apagaron. Juana dejó caer las manos sobre el regazo y saludó agradecida a los aplausos. Julián se quedó sin aliento al advertir que sus ojos le buscaban. Media hora antes cuando se dirigía con Whit a la sesión, estaba seguro de que acabaría por descubrirse. Era increíble que Juana y él se hallaran frente a frente sin alterarse. Que los ojos de ella se desviaran como si él fuera un extraño…

Y entonces ella dijo en voz baja:

—Para final voy a cantar *Lorena*.

Al atacar el primer acorde sonaron aplausos estrepitosos, mas en el momento de empezar la balada se hizo un profundo silencio. ¿Sería Julián el único de los presentes capaz de adivinar que se burlaba de ellos con su melodía dulzona?

Juana había cantado la misma balada en el salón de Lucy, en Nassau, para un auditorio muy distinto. Entonces, como ahora, cantaba en realidad para él solo. Al cruzarse su mirada con la de ella por encima del piano, había comprendido entonces que la amaba. Pero, en aquel momento, Juana fijaba los ojos en et teclado. Sólo la burla era la misma.

Yes, those word were thine, Lorena;
They burn within my memory yet;
They touch some tender chords, Lorena,
Witch trill and tremble witch regret[14].

Julián trató de aborrecerla mientras cantaba, pero aquello era superior a sus fuerzas. Como el quejumbroso joven de la canción, le había entregado su corazón

para siempre Era cierto que se sentía tan líricamente resignado como él a la separación; estaba decidido a hablar claro cuando se quedaran a solas. Pero, aun así, se consideraba miembro integrante de la reunión, y Juana nunca podría llegar a serlo; a pesar de la dulzura empalagosa de *Lorena*, despertaba un eco da respuesta en su ser.

—¿Me permite que le presente al capitán Chisholm? —la voz de Townsend adoptó un acento patriarcal—. Es uno de los héroes de Vicksburgo, señora Anderson.

—Le felicito, capitán.

—Y yo la felicito a usted, señora Anderson.

Se acabó; nada tan sencillo. Mas Julián sintió que la sangre le zumbaba en los oídos al verla atravesar el salón del brazo de Townsend. Su luto de viuda le sentaba admirablemente. El tafetán de su vestido, tan abundante en la falda acampanada, debió de ser adquirido de contrabando, dadas las circunstancias. Armonizaba a la perfección con los hombros, blancos como la leche, con el peinado llameante color de cobre. Julián cerró los ojos. Había tenido aquella tez bajo sus labios; el reluciente cabello había caído en forma de cascada alrededor de ambos cuando sus cuerpos se unieron y cuando se sumergieron en las aguas del mar de Florida.

Por lo visto, Juana conocía a todos los concurrentes. Julián la vio detenerse a cambiar un saludo, una palabra, con una viuda, con un oficial de rojos galones del Estado Mayor, con los barbudos oficiales de Caballería apoyados en muletas, con un *dandy* ataviado con gabardina color de pulga —muy parecido a Whit— que debía ser también contrabandista por cuenta del Gobierno. Varios de los concurrentes más ceremoniosos eran amistades de la familia de Julián, y pensó en dejar tarjeta en sus casas si se quedaba en Atlanta; de momento se contentaba con pasar inadvertido. Le bastaba saber que Juana tomaba a la sociedad de Atlanta por asalto. Una viuda rica con su voz y sus modales no podía hacer menos.

Sólo que por momentos le parecía más duro recordar que había sido su esposa. Aunque su carne vibraba todavía al recuerdo de los éxtasis compartidos, parecía tan alejada de su órbita como una estrella, y tan adorable como una de ellas también.

La concurrencia se disolvió, y Julián creyó haberla perdido. Estaba a punto de echar a correr como un loco en su busca, cuando Whit Cameron le puso una mano en el hombro.

—La señora Anderson se marcha, capitán; voy a tener el honor de acompañarla. ¿Quiere venir con nosotros?

—¿Dónde vive esa señora?

Whit pareció sorprenderse ligeramente.

—¿Dónde quiere que viva? En «High Cedars», la propiedad de su difunto esposo.

Hasta el vestíbulo penetraban los últimos rayo del sol poniente. Juana estaba de pie en el centro del grupo compuesto por los oficiales, dando vueltas entre sus dedos a la sombrilla de encaje negro y charlando animadamente. El grupo se dividid a disgusto para dejarle paso, en el crítico instante en que un esclavo se acercaba con el sombrero de Julián en la mano. Al tomar su ancho fieltro, el cirujano sintió fijos en él

los ojos de Juana. Hubiera deseado que el sombrero estuviera menos cubierto de polvo. Lo adquirió al llegar a Vicksburgo, y las iniciales C. S. A ornadas del ramo de laurel, que llevaba prendidas en el ala vuelta hacia arriba, estaban ya verdes de moho.

—Es el sombrero de un soldado, capitán —dijo Juana; y tocó el fieltro gris con la punta de la sombrilla.

—Oiga más bien el sombrero de uniforme de un médico, señora Anderson.

—Y al propio tiempo el de un oficial de la Confederación —replicó ella con una sonrisa deslumbradora, aproximándose a la puerta. Su séquito de oficiales la rodeó al momento y Julián dejó que el nutrido grupo saliera al aire libre delante de él.

Allí descubrió que el carruaje de Whit esperaba a la sombra del verde arco formado por el follaje de una encina. Al ver que su amigo ocupaba el asiento del cochero cobró ánimos, pero los volvió a perder cuando los oficiales reaparecieron a caballo la mayoría, con gran estrépito de espuelas y de cumplidos.

Juana dijo con acento firme:

—Caballeros, pueden ustedes escoltarme hasta la misma puerta de casa, pero, no más allá. No, capitán Hutchens; reservo este asiento para un héroe de Vicksburgo.

El atrevido capitán —sólo vestía el uniforme de los «Home Guard»— se apartó con sonrisa forzada para dejar paso franco a Julián. Whit tiró de las riendas y el faetón salió sin esfuerzo al polvo rojo de la calle.

La escolta se cerró con la precisión de un regimiento de Caballería, e instantáneamente echó a perder el magnífico efecto con la discusión entablada entre varios jinetes que querían colocarse junto al coche. Julián vio en seguida que no iba a ser posible conversar con Juana durante el trayecto. Sólo cabía decir unas cuantas frases corteses, triviales. Esto parecía formar parte de la entrevista: obedecer a los planes de Juana.

—¿Vive muy lejos, señora Anderson?

—A una milla de distancia de Peachtree Creek, capitán Chisholm. Confío en que no encontrará el paseo demasiado aburrido.

—Hace tiempo que deseo dar un paseo así —murmuró Julián—. Puedo, pues, aguardar un poco más.

Dicho esto se arrellanó en un ángulo del coche, aceptando imperturbable la recompensa de una hechicera sonrisa y manteniendo intacto el buen humor al dirigir Juana la misma sonrisa al oficial que trotaba junto al faetón, no sin peligro para las manos de su caballo. Todo cuanto acababa de decir era verdadero como el Evangelio. Y con Juana a su lado, en aquella hermosa tarde de verano, podía permitirse el lujo de esperar un poco más el veredicto de ella sobre su porvenir.

4

«High Cedars» era una mansión cuadrada de ladrillo rojo, enclavada en una cuesta de suave pendiente. La completaban ocho columnas corintias muy *notu veau riche*, y una noble calzada de cedros formando arco llevaba hasta su puerta. Julián había visto ya muchas casas así en el rico distrito de Georgia. La mayoría databan escasamente de una generación; los magnates del algodón que las habían construido se trasladaban en ocasiones al Oeste desde las plantaciones antes de que la hiedra tan cuidadosamente plantada pudiera dar a sus muros la pátina de los siglos… «High Cedars» no pertenecía del todo a esta clase de *parvenús*; Julián vio en seguida que era una finca, no una plantación; unos cuantos acres ondulados de bosque encuadrados por vallas de piedra encalada. Era evidente que el antiguo propietario habría amasado su fortuna fuera de la región, y evidente también que pretendía aislarse de las tierras de la granja roja de arcilla que le rodeaban.

El mayor Kirby Anderson, del Ejército de los Estados confederados… Una vez más trató Julián de representarse al difunto marido de Juana y se perdió en una niebla feudal sin límites ni significado. La cuadrada silueta de la casa que destacaba sobre el cielo pálido del anochecer hubiera prestado cuerpo al hombre; Julián veía ahora solamente en él al vástago de una familia acaudalada que se extinguió demasiado pronto, que perdió a Juana inmediatamente después de su matrimonio, y que reparó el error cometido cabalgando en precipitada fuga hasta encontrarle la muerte.

Las altas ventanas debieron iluminarse alguna vez, no muchos años antes; aquella tarde, sólo una lámpara ardía en el pórtico, como correspondía al retiro de una viuda Julián sonrió. Era de admirar lo bien que Juana desempeñaba su papel.

A la entrada del paseo, Whit tiró de las riendas y volvió la cabeza en espera de órdenes. Ya Juana despedía con un ademán a los caballeros acompañantes.

—Señores, recuerden su promesa.

Julián sintió fijas en él las miradas de los doce fierabrases; era natural que les sorprendiera el favor concedido a un simple paisano, a un raído capitán médico.

—¿La veremos en Atlanta mañana, señora Anderson?

—Mañana debo prestar asistencia en el hospital —dijo severamente Juana—. ¿Tendré que recordarle, capitán Hutchens, que sólo asisto a una reunión para hacer obras de caridad?

Y dicho esto, el faetón arrancó veloz calzada abajo, dejando al corcel del capitán con las manos levantadas.

Juana se recostó en su asiento y cerró la sombrilla.

—Gracias por su discreción, capitán Chisholm —dijo—. ¿Ha sido demasiado grande la tensión de sus nervios?

—¿Acaso se me nota, señora Anderson?

—Nada de eso. Quizá yo esperara demasiado.

—¿Hace mucho que vive aquí?

—Desde mi llegada del extranjero. Ya habrá oído decir que volví para hacerme cargo de las propiedades de mi marido.

—Supongo que le habrá legado algo más que esta casa…

—Cuatro plantaciones al Sur del Estado —explicó Juana—; y varios solares en Atlanta, almacenes llenos de algodón, parte del terreno de una vía férrea. Es todo lo que vendió mi marido antes de mi regreso. Es decir, con la única excepción de esta finca y de la última cosecha de algodón. Actualmente está ya recogida, embalada y almacenada. No necesito decirle a un compatriota, a un natural del Sur, que todo esto es negociable en oro…, siempre que se le pueda dar salida.

—Su marido fue más listo que todos nosotros —observó Julián.

Whit, irritado, dijo desde el pescante:

—¿No podéis llamaros por vuestros nombres? Los árboles no pueden escucharos.

—Y bien, Julián…

—Todavía estoy aguardando, Juana.

—Espera un poco más —murmuró ella; y le tendió ja mano. Al cerrarse sobre su cabeza el túnel verde oscuro del follaje, Julián cubrió aquella mano de rápidos besos.

«High Cedars» no era menos magnífico visto de cerca que de lejos. Su misma magnificencia debía de ser tal vez la que le daba aquel aspecto de glacial abandono aun a la cálida luz de la tarde estival. Pero alguien debía cuidarse de la casa, pues Julián vio ascender una columna de humo de su chimenea y oyó piafar a los caballos en la cuadra, situada en una ala del edificio. Sin embargo, casa y jardines estaban tan desiertos como la luna. Nadie acudió para tomar al caballo de la brida ni para desenganchar el faetón cuando Whit se detuvo en la manzana destinada a los carruajes; ni tampoco asomó ningún mayordomo negro a la blanca puerta de entrada, aunque estaba entreabierta entre las dos columnas del pórtico.

—Kirby vendió los esclavos al incorporarse a su regimiento —explicó Juana—; pero tenemos guardas que cuidan de la finca. Lamento no poder recibirle con más ceremonia, capitán, mas… estamos en tiempo de guerra.

Y al adelantarse Julián a ella para darle la mano, descendió ligera del coche.

El vestíbulo de entrada, neoclásico hasta el último pilar, hasta la frondosa yedra que ornaba el hueco de la escalera, los acogió con su casta dignidad intacta. Como la morada silenciosa que lo cobijaba, el vestíbulo parecía tan ausente y alejado de cuanto lo rodeaba como el diorama en un museo. Sólo el susurro de las faldas de Juana le prestó vida al dirigirse a la arcada de acceso al *living-room*. Al engolfarse en su inmensidad se convirtió en una silueta más oscura que la sombra proyectada por los muebles en la gran campana de caperuza del *chandélier*.

Luego, al encender ella una lámpara y aplicar una pajuela a los candelabros colocados sobre la chimenea, pudo ver Julián que se habitaba sólo un rincón del melancólico y amplio *living*. En él divisó una mesa, una papelera llena de papeles, y una novela francesa abierta sobre un sofá.

—¿No entras, Julián?

Él siguió representando su papel, luchando todavía con la convicción de que unos ojos que no eran los de ella le observaban. Al oír rodar un vehículo por la calzada se volvió para mirar por la puerta entornada… a tiempo de ver desaparecer por el verde túnel de cedros a Whit y el faetón.

—En la cuadra hay un caballo ensillado para ti —dijo Juana—. A la vuelta puedes dejarlo en la cuadra del hotel.

—¡Ah! Conque, ¿voy a volver?

Julián se aproximó a ella al fin.

—Soy viuda. ¿Quieres acaso comprometerme?

—Un caballo de la cuadra del hotel —murmuró él—. ¿De quién partió la idea? ¿De ti o de Whit?

—De los dos. Los dos pensamos en todo.

—En todo menos en mí, por lo visto.

Los ojos de Juana sostuvieron sin pestañear su mirada. Al bajarlos se acercó rápidamente a una puerta de cristales que se abría sobre un jardincillo situado más allá del *living*. Juana la abrió, al batirse en retirada, como si el aire de la habitación fuera asfixian, te y no pudiera tolerarlo.

—Tenía que verte —dijo Julián—. Deseaba estar seguro de…

—Sabías muy bien que estaba en Atlanta. Que era una locura correr detrás de mí.

Como él no le contestara, Juana avanzó un paso y salió al jardín para respirar el aire fresco de la tarde. Él la dejó, una vez más, hasta que su atavío de viuda se confundió con las tinieblas y sólo la blancura de manos y garganta le recordaron su presencia viva aguardando a que él dejara oír su voz. Las hojas de una magnolia formaban sobre su cabeza un dosel que ocultaba las estrellas. El aire estaba impregnado de su perfume. A Julián le resultaba antipática la magnolia, esa ramera de las flores; odiaba su fragancia penetrante y la sombra húmeda que el árbol proyectaba. Aquella noche formaba parte del oscuro jardín, era el símbolo del viejo Sur decadente. Juana dijo debajo del dosel de hojas:

—Tendrás que creer que es una locura. No puede ser de otro modo. Te he traído aquí para que lo veas con tus propios ojos.

Hablaba con voz perfectamente natural. Él salió de su ensueño; aferrado todavía a él, se negó a dar crédito a sus oídos. Lo que decía Juana era sólo parte de la pesadilla que acompaña a cada sueño. No tenía que hacer más que tenderle los brazos y ella le proporcionaría la dicha que ambos crearon.

Pero no se movió al entrar Juana de nuevo en la habitación. Y al dirigirle la palabra, su voz era tan fría como la de ella.

—Puesto que los dos estamos ahora aquí, solos,… ¿Quieres contarme por qué me dejaste durante mi enfermedad?

—Whit te ha explicado ya los hechos.

—Es igual. Repítelos tú.

Juana penetró en el círculo iluminado por la lámpara, cerró el libro que estaba

sobre el sofá y se sentó, extendiendo en torno, con el mayor cuidado, la negra falda de su vestido.

—La mañana en que salimos de Santa María —su voz temblaba, pero la afirmó —, la mañana en que supe que estabas fuera de peligro me di cuenta de que habla esperado demasiado tiempo. Dos días después llegamos a una estación. Era un apeadero situado en medio de los bosques. Pero Whit dio dinero a una empleada y nos dejó subir a un furgón.

—¿Y la escolta?

Juana respondió a la pregunta sin vacilar, de manera tan natural y corriente que Julián adivinó que la tenía preparada de antemano.

—La despedí. Cree lo que gustes, Julián, pero yo no tenía más que una sola idea aquella mañana: llegar a Atlanta cuanto antes para ver a mis abogados.

Julián le volvió la espalda y levantó la vista hasta el espejo colocado sobre la alta chimenea. Reflejaba la habitación con su muda elegancia; no tenía más que volverse un poco para que la imagen de Juana se reflejara en él también.

En aquel momento le parecía «High Cedars» un contrincante más adecuado que la mujer sentada en el sofá. Ni siquiera «Chisholm Hundred» se había encarado nunca con él con una inmovilidad tan completa.

—Ya te habrá contado Whit —siguió diciendo Juana— cómo se resolvió el pleito. El tribunal lo suspendió al aparecer yo ante él personalmente. La hermana mayor de mi marido murió en la pasada primavera; fue siempre el dragón de la familia. Los otros se prestaron a zanjar la cuestión con dinero…, y prometieron no volver a querellarse.

—¿De modo que ahora la fortuna es tuya?

—Toda mía; puedo hacer de ella lo que quiera. Es particular lo que experimento ahora, Julián. Es como si me naciesen alas, o un sexto sentido…

También Lucy Sprague había hablado así en Nassau. Julián no podía suponer que Juana se condujera del mismo modo. Era extraño que le recordara a la otra en aquellos momentos; más extraño todavía que su gesto de emancipación le ayudara a comprender mejor a Lucy. Acaso todas las mujeres reaccionen de igual manera al romper sus grilletes.

—¿Es Whit tu agente?

—Sí, puedes denominarle así. Aunque hace más en obsequio mío que un agente cualquiera.

—Lo creo. ¿Es verdad que depositas tu capital ea los Bancos de la Unión?

—Es verdad. No resulta difícil, porque en gran parte consiste en oro…, o en algodón. Juana le miró sin pestañear.

—¿Me lo censuras, Julián?

«Jamás —pensó él—; tú no lias nacido a la sombra de este jardín como yo. No tienes que permanecer en su recinto basta que se abra una brecha en el ultimo muro y el sol brille otra vez sobre nuestra tierra. Debes huir antes de que todo esto te

ahogue». En voz alta se limitó a decir:

—No tengo derecho a contestar a esa pregunta.

—Claro que podría ceder hasta el último penique en favor de nuestra Causa —insistió Juana con una leve sonrisa—. Otras familias de Atlanta han fundido su plata y han cedido a sociedades benéficas todo el importe. Pero la acaudalada señora Anderson envía su oro a Boston y almacena su algodón al objeto de venderlo al mejor postor yanqui. ¿Por qué no me desprecias, Julián? Eso te ayudaría a olvidarme.

—Es verdad que estoy aquí —replicó él—, pero eso no quiere decir que tenga que ver *con* la guerra.

—A esta luz eres un héroe. No te extrañe que aún no te haya preguntado cómo te fue. Lo sé ya, gracias a Whit.

«¿Sabes también por qué pedí ingresar en el servido activo? —gritó una voz en el fondo del alma de Julián—. ¿Serías capaz de comprender el dolor que me ocasionó tener que dejar de buscarte…, persuadirme de que debía dejarte en paz?». En voz alta dijo únicamente:

—Tu interés me honra mucho, señora Anderson.

—He leído la mención honorífica de que fuiste objeto en Vicksburgo —siguió diciendo ella—. Sé que arriesgaste tu carrera por salvar al coronel Withers. Sé asimismo que mañana te enviarán al Tennessee… por hablar hoy sin que te correspondiera hacerlo. Él dejó, al fin, que su amargura se transparentara.

—¿Debo agradecerte por casualidad ese traslado?

—No, créeme. Pero celebro que vuelvas a luchar. Creo que estarás más seguro en la línea de batalla.

¿Estaría a punto de confesar la verdad? ¿Le diría que su escolta estaba ahora en «High Cedars»…, que la misión que debía desempeñar empezaba ahora? No. Julián vio nublarse su mirada al tratar de proseguir hablando y se dio cuenta de que había dicho ya todo lo que se atrevía a revelar.

—Tú estás enamorado de mí, Julián. Si me equivoco, dímelo.

—Te querré siempre. Por eso estoy aquí.

—Y por eso también debes partir.

—¿Era esto cuanto tenías que decirme, Juana?

—Te pido que me creas. No debes volver a verme, Julián. Es peligroso para mi… más que para ti todavía.

—A Juzgar por lo visto durante la sesión musical, estás firmemente establecida en Atlanta.

—Doy con mano generosa a todas las sociedades benéficas, canto en todas las reuniones, trabajo en los hospitales. —Juana volvió a dedicarte una suave sonrisa—. Soy una de las más ricas viudas de guerra de Georgia. Y, ya sabes, Atlanta no es Charleston ni Wilmington.

—Bien, ¿y por qué no has de seguir haciendo la misma vida? ¿Por qué no puede venir a verte un honrado cirujano militar?

—Te he dicho ya que eso es muy arriesgado. ¿Por qué no crees en mi palabra?

—¿Supones que escandalizarías a la sociedad cuando sepa que colocas tu oro en lugar seguro? ¡Bah! Casi todos nuestros compatriotas hacen más o menos abiertamente lo mismo, y muchos los imitarían si sus agentes fueran más dignos de confianza.

—Se trata de algo más que eso.

—No pretenderás hacerme creer que te asustan las complicaciones…, aun cuando llegara a saberse que estamos casados. Los Anderson han firmado la renuncia de sus rebeldes; ya no hay nada que temer.

Ella le miró de frente; su expresión era dura.

—En Glasgow hicimos un trato, ¿lo recuerdas? —dijo—; y en Santa María lo renovamos. ¿Quieres que te diga los términos en que estaba concebido?

—No es preciso. Admito que estoy faltando a mi palabra. Pero importa mucho que sepas que no tienes nada que temer de mí…, aun cuando seas agente secreto de la Unión.

A esta declaración de Julián sucedió un profundo silencio, que él no interrumpió porque bajo la arcada que daba al vestíbulo acababa de surgir una sombra. Era un hombre y adoptaba un aire autoritario reforzado por la carabina que apoyaba en el hueco del brazo. Aun cuando no hubiera cruzado una cicatriz su mejilla morena, Julián hubiera reconocido en él al jefe de los guerrilleros. Antes de que avanzara un paso más para entrar en la habitación, Julián dijo rápidamente:

—Celebro que se deje ver al fin. ¿Cuánto tiempo lleva aguardando?

El hombre replicó con acento apagado, sin rencor:

—Desde un principio, *doc*[15]. Pero Julián tenía los ojos fijos en Juana. No se había movido; si las palabras o la actitud de Julián la sorprendían, no lo demostraba.

—¿Negarás que era el jefe de tu escolta en Santa María?

—¿Por qué había de negarlo?

La voz de Juana formaba parte de su actitud.

—Recuerda que acabas de decir que despediste a los guerrilleros al llegar a la estación del ferrocarril Y es verdad. Amos llegó poco después al Estado y quiso trabajar. Le he nombrado guardián de la finca. —Juana sonrió—. Como puedes observar, Julián, toma su oficio en serio.

—¿Y sus subordinados? ¿Están aquí también?

—Algunos están acuartelados en las caballerizas. Estamos muy alejados de la población; aquí no puede vivir sola una mujer.

—Eso depende de lo que la mujer se proponga. Amos dio otro paso hacia delante, pero Julián volvió a detenerlo con la voz.

—Adivino que estos hombres son leales a la Unión…, y a ti. A juzgar por el acento de éste, es oriundo dé la misma parte de Tennessee que produjo a Whit…, y a ti. Digamos que es un blanco pobre que ve la guerra como debe verse. Digamos que ha renunciado a sus hombres, que los mantiene con los fondos que tú les

proporcionas, y que aguardaba tu llegada a Santa María.

Cuando Amós volvió a hablar se expresaba con indiferencia.

—¿Desea ser viuda dos veces, señorita Juana? Yo haré que lo sea. Es facilísimo.

—Déjale hablar. Se lo ha ganado —repuso Juana.

—Gracias, querida —murmuró Julián—. Bien; Amós es un subordinado. Y esto le da un juego peligroso. Si yo me hallo relacionado en algún modo con ese juego, me fusilarían contigo. ¿Crees que eso me detendrá, que impedirá que venga a verte?

—Si no lo impide, lo impediré yo —repuso Amós.

—Se equivoca usted. O no conozco a mi mujer, o ella es quien manda aquí. Y debe darse cuenta de lo que ocurriría si me encontraran muerto a la puerta de su casa. —Aquí se volvió una vez más a Juana—. Sólo una cosa es capaz de alejarme; tu palabra de que no puedo servirte de ayuda.

—Pero ¿cómo va a ayudarla con esa chaqueta sobre los hombros? —dijo Amós.

Juana no pestañeó siquiera.

—Que esto te sirva de respuesta, Julián —dijo.

—Pero ¿y después?

—¿Después?

—El doctor alude al final de esta guerra cruel, *Madame*.

La voz del guerrillero dejó escapar un trémolo agudo.

Juana contestó con aspereza:

—Después significa esta noche para siempre.

Julián no quiso oír más. Salió al vestíbulo y de allí al exterior, sin volver una sola vez la cabeza. Junto al poste aguardaba sujeto un caballo. Julián montó sobre la silla, ladeando al propio tiempo la cabeza para escuchar. Esperaba que le llamaran desde la casa que acababa de dejar, pero «High Cedars» era a la luz de las estrellas un rectángulo silencioso de piedra; en su pórtico ardía serena la lámpara en medio de tinieblas. Kirby Anderson, recordó Julián oportunamente, tenía derecho, todos los derechos, a mantener su dolor de viuda… y sus planes inalterables.

No le sorprendió nada oír, mientras bajaba por el túnel de follaje de la calzada, unos cascos resonando a su espalda. Y no se molesto siquiera en tirar de las riendas a su caballo para asegurarse de que Amós pensaba seguirle hasta Atlanta. Una viuda que vivía sola en aquellos tiempos tenía que adoptar precauciones que nunca estaban de más. Amós cuidaría de que él llegase al hotel… sin dar rodeos.

5

El cirujano Julián R. Chisholm, agregado sin nombramiento a este cuartel, marchará sin demora a Chattanooga (Tennessee), donde deberá presentarse al médico director.
Por orden del general en jefe,
C. M. Walters, ayudante.

La mano de Julián se cerró sobre la orden, arrugándola, mientras subía la escalera del hotel. Por lo visto, Cletus Townsend sabía actuar pronto y bien en cuanto se quitaba de su camino un brigadier: renunciaba a imponerle el castigo de inspeccionar el estado sanitario de los trenes de Atlanta y enviaba derechito al frente a su errante subordinado. De momento, la noticia borró de la memoria de Julián el amargo recuerdo de Juana, hasta recordar de pronto que su mujer le había predicho lo que iba a ocurrir.

El mismo Townsend debió de explicar a Juana lo que pensaba hacer, durante la sesión musical de la tarde anterior. Bien podía confiarse un secreto tan pequeño como aquél a una dama colocada en lugar tan elevado de la buena sociedad como Kirby Anderson.

El gerente comunicó a Julián que el señor Cameron había salido para Macón en el último tren. Al detenerse ante la puerta de la habitación, Julián recordó que había olvidado pedir la llave. Las puertas de los hoteles solían cerrarse con llave en tiempo de guerra, y Julián se preguntó por qué no se la habría dado el gerente aun cuando él no se la hubiera pedido. Su asombro aumentó al notar que el pomo giraba bajo su mano y le dejó boquiabierto la fragancia de tabaco que llenaba la habitación, profundamente iluminada.

El hombre que ocupaba el sillón era un extraño, mas parecía sentirse allí a sus anchas. A primera vista se le hubiera tomado por la caricatura del pequeño plantador, desde los pantalones de mahón hasta el cigarro habano, ladeado entre los labios.

Julián cerró la boca y dejó escapar un suspiro de resignación al darse cuenta de quién era el visitante y de las intenciones que le animaban, aun antes de que le mostrara el objeto que guardaba en la mano.

—Soy Tracy Crandall, capitán. Contraespionaje. No pretendo molestarle, pero me pareció preferible aguardarle a usted aquí.

Julián mantuvo intacta su sonrisa. Era tranquilizador que Crandall se diera a conocer abiertamente.

—Supongo que me permitirá hacer la maleta mientras confieso mis crímenes. Tengo que tomar el tren.

—Sí; haga d equipaje. Ya sé que lleva en el bolsillo una orden de traslado.

Julián amplió la sonrisa en una mueca y echó los pocos objetos que poseía en la

maleta de viaje.

—Ya veo que no pretende detenerme ahora mismo.

—Créame, este interrogatorio es puramente formulista y rutinario. —Los modales del hombre eran tan vulgares como su traje, pero no dejaban de mostrarse conciliadores—. ¿Le sorprenderá saber que se le somete a vigilancia desde hace algún tiempo?

—Me sorprende y me lisonjea. ¿Por qué?

—Porque nuestro deber es investigar la conducta de todo el que entra en el país.

—Es muy razonable. ¿Cree acaso que soy un espía porgue me alisté tarde?

—Sus amistades sabrían desengañarnos, señor, si albergáramos esa convicción.

Julián le devolvió el saludo; le sorprendía comprobar que incluso aquel cero a la izquierda que tenía delante —porque no le cabía duda de que lo era— supiera hablar de manera tan literaria como Clayton Randolph.

—Claro que nos deja perplejos su actitud respecto de los esclavos.

Temo no comprender».

—Usted posee cuatrocientos negros en «Chisholm Hundred». La mayoría de los hombres de su posición procurarían asegurarse esa propiedad en lugar de dejarla en manos de un capataz:

—Se olvida de que soy cirujano, no plantador. Como acabo de observar, entré tarde en la guerra, y deseo recuperar el tiempo perdido.

—Lo recuperará en Tennessee —dijo Crandall solemnemente—. Bien, ¿vamos al grano?

—Vamos.

—Estoy aquí para investigar las credenciales de la señora Kirby Anderson…, la señora a quien ha ido a ver esta tarde.

¡Ya llegaba lo temido! Julián dirigió la vista a la puerta cerrada que daba al corredor, a la ventana enrejada que se abría sobre la galería superior del hotel. Si Crandall hablaba en serio, no había tiempo de avisar a Juana; el hombre había elegido la hora y el sitio minuciosamente, sagazmente. Así, pues, procuró fijar la atención y miró al otro inexpresivamente.

—Ahora sí que estoy verdaderamente confuso —dijo.

—Según tengo entendido, conoció usted el invierno pasado a la señora Anderson en Glasgow.

—Es verdad.

Lo temido llegaba, y a toda velocidad. Tendría que reservar para más tarde sus negativas.

—Los casaron a ustedes a bordo, en él momento mismo de zarpar rumbo a Nassau.

—¿Le parece acaso dudosa la legalidad de ese matrimonio?

—Nada de eso. Deseo saber por qué usted y su esposa se separaron al llegar a la Confederación. Y por qué ella no lleva el apellido de usted.

—La respuesta que voy a darle es absolutamente confidencial. ¿Me promete no divulgarla?

—Se lo prometo. Nuestra información no es pública.

—Bien; pues, en efecto, conocí a la señora Anderson en Glasgow. Nos casamos después de unas relaciones cortas, pero intensas por mi parte.

—Se comprende. Su esposa es una mujer adorable.

—Entonces sé encontraba en una situación difícil también. Deseaba llegar a Atlanta cuanto antes para hacerse cargo de los bienes de su primer marido.

—Tenemos registrado ese dato.

—Acordamos separarnos, porque era lo más sencillo mientras no se arreglase legalmente, y a su entera satisfacción, el asunto de la herencia. —Julián aguzó el oído; su timbre de voz sonaba de una manera natural, sincera—. Y como yo me dediqué al servicio activo no pudimos volver a reunimos después. Esta noche se nos ofrecía la ocasión, pero, ya ve usted —añadió, mostrando la orden—, ha sido demasiado breve.

—Mis simpatías, capitán.

—Por ello pensamos seguir separados mientras dure la guerra. Usted debe saber que la contribución de mi esposa a ella ha sido magnífica.

—Sí, lo sé.

—Por desgracia tiene que continuar llamándose señora Anderson. Decidimos que, para conservar sus propiedades, seguiría desempeñando el papel de viuda mientras permaneciese en Atlanta.

Julián calló, confiado en que su sonrisa no parecería sugerida por una segunda intención. El silencio se hizo denso en la habitación mientras le examinaban los ojos amables de Crandall. Al mirarlos, se dijo Julián que al día siguiente quizá ya no recordaría si eran grises o castaños…

—Permítame decirle que aprecio su sinceridad…, y que le creo. Paro admita que *tenemos* derecho a sentirnos perplejos y curiosos, sobre todo en estos tiempos.

—Lo admito, señor Crandall. ¿Por qué la fácil victoria no le dejaría satisfecho? ¿Por qué aquellos ojos suaves parecían querer penetrar hasta el fondo de su corazón?

—El tren sale dentro de media hora —dijo el contraespía— y en él le espera un blando lecho en que reposar. No quiero privarle de él por más tiempo, capitán… Es posible que pase larga temporada sin que tengamos la satisfacción de volver a vernos.

La sonrisa de Julián comenzaba a ser forzada; él mismo se dio cuenta de ello, y asimismo comprendió que podía introducir una inflexión ansiosa en su voz al decir:

—¿Y pretende que descanse después de esto?

—¿Por qué no? Usted es soldado, ¿verdad?

—Supongo que me asiste el derecho de preguntarle por qué sospecha de mi esposa.

—La palabra *sospecha* es demasiado fuerte. Nosotros no podemos desperdiciar ocasiones. Hay demasiados agentes secretos en ambos campos. Sí, demasiados, para

que podamos estar tranquilos. Nuestras investigaciones se ven obstaculizadas por tantos intereses opuestos, por tantas lealtades…

—Si pretende dar a entender que yo…

Julián adoptó un aire ofendido.

—Usted lleva un antiguo apellido del Sur, capitán…, excelente para respaldar a un agente secreto. No digo que su mujer lo sea; pero hay que asegurarse de lo contrario.

—¿Y se ha convencido ya?

—Convencidísimo —dijo Tracy Crandall.

Su apretón de manos fue firme y suave a la vez; Julián se dio cuenta de que dejaba la impresión de sus dedos en la palma del otro.

—Perdone que le deje con la misma brusquedad con que llegué. Estoy muy ocupado.

Julián seguía mirando aún la puerta que Crandall acababa de cerrar a su espalda cuando sintió pasos en la galería exterior. Se volvió a tiempo de ver deslizarse a Amós por la entornada reja con la celeridad de la serpiente que cae sobre su presa. El guerrillero no era menos arrogante a la luz de la lámpara; en la mejilla cruzada por la cicatriz latía una energía nerviosa muy característica. Amós se sentó sobre la cama y puso la carabina atravesada sobre sus rodillas.

—No se moleste en mirar, doctor. Ese hombre sigue su camino.

—¿Cómo sabe…?

—Tengo buen oído —dijo Amós—. No se preocupe. Tracy Crandall le considera honrado y sincero y así constará en el registro. Como decía, pasará largo tiempo antes de que se le ofrezca a usted ocasión de conducirse de otro modo. Sobre todo teniendo en cuenta di lugar adonde va.

—¿Qué derecho tiene usted a espiarme? —protestó Julián, recobrando al cabo el habla—. ¿No sabe que puedo llamar al capitán de guardia?

—Sí, *doc.*…, pero no le llamará. La verdad es que *celebra* verme aquí…, porque podré explicar a la señora Juana todo lo ocurrido.

—¿Qué le dirá usted?

—Pues que tenía razón… y el equivocado respecto a usted era yo. —Amós acompañó la confesión con una sonrisa inesperada que surcó su rostro, moreno claro, de una miríada de arrugas—. Ya comprenderá que tenía que asegurarme de usted y de Crandall.

—¿Sabía que ese hombre me esperaba aquí?

—Hace largo tiempo que llegó a Atlanta. Es un perro de mucho olfato, *doc*…, pero nosotros también lo tenemos. No permita que le preocupe.

«Bueno. Se me vigila por un lado y por otro», se dijo Julián. En fin, mientras consiguiera mantenerse lejos de Juana ella seguiría viviendo. Y, por lo menos, ya no le cabía dudar de la perspicacia de su lugarteniente ni de su lealtad.

—¿Qué haría usted si yo tratara de volver a ver a mi mujer? —preguntó.

—Tengo confianza en usted; sé que no lo intentará —repuso el guerrillero.

—¿Y si le hubiera dicho a Crandall toda la verdad?

—Estaría ahora en el otro mundo…, con él. —Amós dio un golpecito sobre su carabina—. Esta arma tiene dos cañones; y mientras usted hablaba se hallaba a una distancia de seis pies de su espalda.

—Celebro que nos comprendamos al fin —manifestó Julián, reprimiendo el loco deseo de prorrumpir en una carcajada. Mirándolo bien no le inspiraba el menor deseo de reír la perspectiva del porvenir que le aguardaba, teniendo que pender del proscrito guerrillero. Y no constituía un solaz para él pensar que no le quedaba más remedio. Como tampoco le parecía verosímil que Juana pudiera manejarse, y manejar a los hombres que la servían, mucho mejor si él se marchaba.

—Usted vale mucho, doctor. Pero mucho. Perdone la confianza. Sepa que toda mi vida luché en contra de los potentados, pero que desde lo de Bull Run, lucho de otro modo.

Se acercó a la galería y puso un pie, con cautela, sobre la baranda.

—Le diré a ella que es usted uno de los nuestros —declaró—, aunque todavía no lo sabe. Aunque continúe luchando por el ideal hasta que cese el ruido de los fusiles.

Y sin más, se marchó, tan sigilosamente, que Julián no se hubiera atrevido a afirmar que no acababa de imaginar las últimas palabras pronunciadas por el guerrillero. Al sonar en la estación el silbido de la locomotora, seguía mirando embobado al rectángulo de oscuridad por el que Amós había desaparecido. Maquinalmente se echó luego la mochila a la espalda, bajó la escalera y se dirigió al tren militar que había de recibir la carga humana que esperaba.

6

Julián cruzó por delante de la definida hilera de camas, al llamarle con una seña el ordenanza desde la puerta de la sala de operaciones. El hospital de sangre era tosco, pero limpio, tan sólido como acabado. Aun después de seis semanas de servicio en él, Julián no acababa de maravillarse.

Era verdad que trabajaba mucho mejor con el capturado equipo yanqui; cierto también que fue afortunado cuando se le asignó el área de Tanner. Tanner era ahora el encargado de su base y seguía en buenas relaciones con el secretario de la Guerra. Pero, lo más importante era que los ayudantes de Tanner seguían en el ejército de Tennessee desde que juntos combatieron a la gangrena en Meriden… Es curioso, reflexionaba Julián, que la carrera de un hombre pueda adoptar un giro determinado mediante la abstracción de unas cuantas pipas de cal; que una sociedad constituida *impromtu* en Meriden se hubiese convertido en aquella compacta y eficaz unidad con la bendición del médico director.

Cletus Townsend hizo cuanto estuvo en su mano para convertir el traslado del cirujano en sinónimo del purgatorio. Pero Julián descubría, una vez más, que todo hombre era aceptado por sus méritos y nada más en cuanto llegaba al área de la lucha.

La sala de operaciones era un anejo, bien construido, del hospital, que se abría hacia los cuatro lados recibiendo la cálida luz de un sol otoñal que se derramaba por la cuesta abajo. Los cañones de la Unión hablan astillado muchos árboles… al día siguiente de una batalla que irrumpió a través del área durante el verano. El frente seguía libre, Julián lo sabía, aunque no era muy habitual desde que en Chattanooga recibiera orden de ir allí. Tennessee debía presenciar otra seria batalla antes de que volara la nieve en los pasos montañosos del Noroeste. Entretanto, su deber le ordenaba enviar sus casos al hospital-base por la línea de Georgia.

Dirigió una breve mirada al paciente, que aguardaba colocado sobre la mesa, y luego se acercó a la palangana para lavarse las manos. Sus dos ayudantes se ocupaban en alinear los instrumentos; gracias a Tanner, Julián seguía teniendo a su lado como anestesista al ex farmacéutico Dick. Mientras se frotaba las manos iba aprobando, con el gesto, los instrumentos elegidos. Dick había cesado de gruñir, mucho antes, cada vez que le ordenaba hervir, entre operación y operación, el instrumental, pieza por pieza aun cuando ello ocasionara un leve retraso a la colocación de los pacientes sobre la mesa.

El caso presente era una reciente lesión en la cabeza. La ambulancia acababa de traerlo. Julián frunció el ceño al reparar en la extrema juventud del herido. El bozo de la adolescencia sombreaba aún la barbilla que levantó en el hueco de sus manos para exponer a la luz el área lesionada. A juzgar por el caso que tenía delante, la sangre de la Confederación corría a mares. Completaban su historia los hechos realizados por el joven durante la batalla. Aunque figuraba en la lista como de dieciséis años de edad, Julián calculó que tendría lo menos dos por debajo de cifra tan optimista. La culata de

un mosquete yanqui —impulsada por un brazo bien alimentado— puso fin a su carrera militar a los pocos días de la llegada al frente.

—Nos cruzamos con él, *doc* —explico el jefe de la ambulancia cuando los enfermeros de Julián introdujeron al herido en la sala— y se lo traemos como un favor para usted.

La sucia cara del hombre se despejó, mostrando cierto placer frente al dudoso humor de Julián; asomaba también a sus ojos el respeto y la perplejidad ante la conducta de aquel cirujano loco que insistía en luchar contra la muerte, en vez de acurrucarse, como otros, a la sombra y echarse a dormir.

El pulso del muchacho era lleno, la respiración lenta. Dick le cortó el pelo alrededor de la herida, dejando intacto el coágulo en forma de huevo. Los dedos de Julián pasaron por encima de él, suavemente, palparon la tabla ósea del cráneo que había debajo. Allí, en la sien izquierda, había cedido la sección del cráneo, se hundía una media pulgada, tal vez, y oprimía el cerebro. El área incluía el lóbulo parietal, centro del movimiento. No tenía nada de extraño que el paciente estuviera tan callado.

Julián puso a prueba el tono muscular de los miembros del joven para rectificar, si era preciso, el diagnóstico. Como temía, el lado izquierdo estaba normal; la parálisis era total en los miembros opuestos, que son los que reciben órdenes de esta área del cerebro. Nuevamente volvió a aprobar con el gesto al observar el orden de alineación que seguían los instrumentos colocados sobre el doblado saco de harina que tenía al lado. Dick había aprendido mucho durante las seis semanas de constante trabajo, duro, sí, pero compensador: sólo un ayudante competente podía haber saber sacado las trefinas para trepanar y el elevador de Hey sin que se los pidieran.

—Sujétenle bien. Voy a afeitarle la cabeza.

La herida surgió rápidamente bajo la navaja: era mi feo corte en el cuero cabelludo, de unas dos pulgadas de longitud. Cuando quedó definido el campo operatorio, Julián hizo desaparecer el coágulo con una compresa de hilo y estudió detalladamente el área de depresión. Dick hizo una seña a la segunda enfermera y se separó de la mesa para romper el cuello de una botella de éter.

—No creo que necesite mucho, doctor.

—Aplíqueselo y no se aparte de la mesa, por si se moviera.

Todavía ponían en práctica las costumbres adquiridas en Vicksburgo, pues aunque ahora el equipo quirúrgico yanqui fuera abundante, sabían que les sería preciso más adelante.

Mientras el muchacho respiraba hondamente bajo la anestesia, Julián ensancho la herida del cuero cabelludo para exponer la superficie normal del cráneo que había debajo; Dick se hallaba junto a él, dispuesto a contener la hemorragia con las pinzas correspondientes. La esponja reveló, por completo, la lesión, gracias a este ensanchamiento. Julián vio que lo mejor sería trepanar en el borde de la herida. Procediendo de esta suerte, podría colocar en el sitio adecuado el plano elevador de

metal, afirmándolo sobre unos cimientos sanos antes de aplicar la elevación. La presión desaparecería al momento si tenía éxito, pero la tarea sujetaría sus nervios a una tensión espantosa. Pues siempre se corría el riesgo de que el peso ejercido por el cirujano con su cuerpo sobre el acero —o el del mismo trépano— ahondara la lesión. La falta de cuidado en estos casos originaba, finalmente, una convulsión general. Julián había visto morir, en las clínicas, a muchos pacientes con espantosas sacudidas de todo el cuerpo, sujetos por las manos de las enfermeras, mientras el cirujano intentaba, en vano, reparar su error.

Y, sin embargo, no había más remedio que operar. Pues cuando la depresión del hueso fuera lo bastante intensa para ocasionar la parálisis del medio cuerpo, quedaría descartado el restablecimiento del paciente.

Parecía estar en debida forma cuando Julián cogió la trefina, apoyó en el cráneo del joven su extremo, duro y cortante, y le imprimió un movimiento vigoroso de rotación al objeto de dar el primer mordisco al hueso. El avance fue, como siempre, dolorosamente lento; Julián conté deliberadamente las vueltas, naciendo fuerza con la mano sobre el círculo dentado para que mordiera el hueso más profundamente todavía y comprobando, mediante el tacto, la profundidad alcanzada. Obedecía casi a un instinto en aquel momento; una media vuelta de más produciría la muerte del Jovenzuelo, pues el acero penetraría en el tejido cerebral en lugar de tropezar con la resistencia del hueso.

Dick se manifestó, al aflojar él la presión, dispuesto a imprimir el impulso final:

—El brazo izquierdo del paciente acaba de levantarse, doctor.

—¡Que alguien lo sujete!

Su orden hizo surgir un par de manos colosales de la sombra. «Son las de Fred Joñas», se dijo Julián. Joñas era el coloso que constituyera en Vicksburgo su máximo esfuerzo. Joñas había sujetado a más de un herido a la mesa cuando operaba sin éter en los casos de urgencia; sería muy posible que necesitara apelar a su extraordinario vigor antes de que la operación terminara.

No tenía tiempo para detenerse a investigar la causa de aquel salto amenazador. Si era el preludio de una convulsión, como temía, mandaría que se diera al anestesiado más éter y aguardaría el resultado. Otra vez se apoyó, con fuerza, en la trefina. Una vuelta entera…, otra… sin que se debilitara la resistencia ofrecida por el hueso. El muchacho que a los catorce huye de casa para alistarse debe ser obstinado: aun así, no tenía derecho a poseer una cabeza tan dura. Joñas observó.

—Salta como un mono lleno de pulgas, doctor.

—Colocadle a horcajadas y sujetadle fuerte. ¡Dick, más éter!

El estremecimiento llegaba adonde Julián operaba, con la cabeza del paciente sujeta por apretada llave. A pesar de todas las precauciones, se daba cuenta de que la presión ejercida por el trépano hundía más en d cerebro ya la deprimida área de huesos, originando en él una irritación que ocasionaba el conato de convulsiones. Mas, sucediera lo que sucediese, él te nía que proseguir la línea de conducta

operatoria hasta terminar con el levantamiento final del hueso.

Cada vuelta del círculo dentado, como una sierra, aumentaba los saltos espasmódicos del cuerpo colocado bajo uno de los codos del cirujano, firmemente asentado; sólo el peso muerto de Fred Joñas —peso que hacía crujir incluso los pies macizos de la mesa— le permitía continuar operando. Otra media vuelta, y esta vez sus dedos expertos palparon la resistencia que se les ofrecía y notaron una debilitación de la casi insoportable barrera. Un cuarto de vuelta. La sensación se precisaba. Dio media vuelta mis y el instrumento se meció, suavemente, en el agujero del hueso antes de levantarlo.

Al dar en la mesa con el mango de acero, le cayó en la mano como un botón redondo, de hueso. En el bien dibujado disco estaban representadas todas las capas del hueso. Al mirar el cráneo perforado del paciente vio brillar en las profundidades, como un buen augurio, la membrana de la duramadre. Ahora se podía localizar fácilmente el borde del fragmento deprimido en el mismo punto en que amenazaba a la estructura del cerebro; allí la duramadre estaba descolorida y oscura por la hemorragia.

El elevador de Hey apareció de improviso en su mano. Aunque había efectuado ya la trepanación, todavía tenía delante la parte más peligrosa de la tarea. Por espacio de varios segundos tenía que hacer palanca con el instrumento bajo la depresión, aumentando mucho la presión que casi había originado las convulsiones del paciente.

Actuó sin detenerse a reflexionar, confiado en que sus manos recordarían lo que debía hacer. La hoja plana de metal chirrió un momento, luego profundizó como buscando un punto de apoyo. Cuando sólo le faltaba una media pulgada bajo el borde de la depresión, vio Julián que el muchacho colocado sobre la mesa era presa de una convulsión. No podía dársele otro nombre a aquel ritmo terrible de contorsiones constantes que acababa por unos retorcimientos de pesadilla que no parecía guardar relación con el físico humano. El paciente desperdiciaba energías, sus músculos le azotaban, furiosos, debido a la irritación del cerebro.

No había tiempo que perder en tratar de efectuar una penetración más profunda con el separador. Julián se apoyó con fuerza en el mango del instrumento, pero sin que se operase ningún cambio; entonces aumentó la presión hasta que todo su peso pareció concentrarse en la obstinada curva de acero. Después sintió aflojarse levemente el fragmento del hueso en las profundidades de la herida. Luchó para aumentar el levantamiento gradual, sabiendo que debía seguir operando a toda costa.

En un principio, la media pulgada pareció ser de diamante, como el tiempo mismo, pero en seguida comprendió que la cosa mejoraba sin cesar. Un esfuerzo más hizo brotar el sudor de su espalda, pero el hueso quedó en su sitio, sus bordes encajaron con el resto del cráneo, alrededor de la abertura realizada por la trepanación. Cuando sus dedos palparon la lútea de la fractura le costó localizarla, tan total, mente habla levantado la depresión.

—Ya deja de moverse, *doc* —dijo Fred; y se levantó de la mesa sin aguardar

órdenes.

—Basta de éter, Dick.

Julián volvió a examinar la abertura hecha por la trepanación. Trasudaba un poco, pero sin amenaza de hemorragia. Tomó una compresa empapada en creosota y la colocó cuidadosamente encima de la abertura. Era otro procedimiento yanqui que imitaban, pues los enemigos dejaron una cantidad considerable de este liquido al huir. Dejándola abierta para que desaguara, con una compresa húmeda encuna, la superficie lesionada se cicatrizaría con el tiempo. Más adelante aquel héroe de catorce años volverla al hogar con una placa de plata, en el lugar donde se acababa de hacerle la perforación.

Éste era el caso final de Julián siempre que no se presentara de improviso otra ambulancia o tren de heridos; desde hacía varios días se maravillaba de la quietud imperante. Se olvidó de maravillarse cuando sus ayudantes llevaron el paciente a la cama, y él pudo pararse un momento ante la pared abierta de su teatro de operaciones. La puesta del sol centelleaba en la faz de la primera gran montaña del Norte. Los yanquis estaban allí arriba, en cualquier parte, luchando con Bragg; esto era lo que Julián sabía por haberlo escuchado de labios de Tanner en el tiempo que llevaba allí De momento, la guerra parecía hallarse alejada de aquel pequeño mundo.

El momento era, pues, perfecto; pero Julián estaba seguro de que no se repetiría. Había que pensar, ante todo, en el hospital de sangre, desde el cobertizo de admisión donde se despiojaban —lujo de los lujos— los uniformes, donde se lavaban los cuerpos sudorosos antes de ser trasladados a la mesa de operaciones, hasta la aireada sala que servía de quirófano—. Manos competentes completaban bajo sus órdenes los que allí faltaban, mas Julián sabía que no duraría aquello mucho tiempo.

En aquellos *momentos* tenía frente a sí el camino ondulante de la colina que ocupaban y vio con asombro que lo obstruía una compacta masa de infantería. La serpiente humana se dirigía pacientemente hada las azuladas y nebulosas montañas del Norte. Allí se libraría una batalla cuando llegase el momento; hasta un profano podía adivinarlo después de echar una ojeada somera al mapa. Desde las tintas cruzadas ante Chattanooga, Bragg se había adelantado en sus conjeturas a Roccrai en la elección de terreno de prueba. ¿Qué derecho tenía un simple capitán médico, sofocado por el triunfo de una operación, a cancelar la futura batalla por adelantado?

Encogiéndose de hombros, Julián interrumpió el silencioso debate. El muchacho a quien acababa de salvar constituía una respuesta,…, agradable en este caso. Una vez lo pusiera en conocimiento del capitán de guardia, estaba seguro de que le devolvería a su granja con una reprimenda que guardaría en la memoria como un tesoro toda su vida. Claro que si la guerra se prolongaba podía volver a incorporarse a filas después de haber cumplido la edad. Mas el doctor Chisholm, simple aficionado en cuestión de batallas, pero estratega a pesar suyo, se negaba a creer que la guerra durase más allá de otra primavera.

Esta era también una manera ansiosa de pensar, y afrontó el hecho cándidamente.

Sí la guerra terminara de improviso sobreviviría a ella, como aquel muchacho a quien enviaba a un lugar donde estaría fuera de peligro. En el caso de Juana, el peligro era constante: no era siquiera un héroe de primera línea como el primo Jorge —que había pasado por la carretera, detrás del estandarte de la caballería— para jactarse de su incesante contacto con la muerte.

Al subir la imagen de ella a su cerebro, Julián comenzó a jurar en voz baja. Si una ambulancia se detuviera ante la puerta del hospital le proporcionaría un momento de respiro: mas estaba solo; a su espalda el edificio sonaba como un reloj, y se daba cuenta del tiempo y de la soledad, siempre tan temida.

Hacía seis semanas que la había aplastado con mano de hierro, creyendo que iba a la guerra. La organización de esta unidad modelo le distrajo por algún tiempo… Ahora sabía que su verdadero trabajo había terminado. Juana le había susurrado al oído mientras él se inclinaba sobre los partes que estaba escribiendo; y de noche le hablaría de la misma manera cuando se tendiera en la cama y se preguntaba si ella estaría viva o muerta.

Pero lo más difícil de sobrellevar eran los sueños cuando, al fin, se quedaba dormido. Tracy Crandall le miraba, naturalmente, con expresión de burla ea casi todos ellos; se asomaba por una ventana del High Cedars, como confiado vampiro, al frente de todo un ejército de subalternos para sorprender a los habitantes de la finca de noche, o paseaba por la celda de una prisión, látigo en mano, mientras Juana, de pie ante él, se negaba a confesar.

Pero en ocasiones, Juana cabalgaba sola en sus sueños… como amazona montada a caballo como un hombre, llevando detrás de sí a toda una horda andrajosa de prisioneros, exponiéndose para liberarlos a una granizada de balas. Otras veces se sentaba al piano, vestida con un deslumbrante atavío de fiesta, cantando el *Dixie* con una multitud de acompañante…, siempre en pugna con aquellas herejías del Norte, tales como el famoso *John Brown Body*, y que le despertaba rápidamente.

En cierta ocasión se arrodilló junto a su cama, mientras una suave lluvia de otoño rumoreaba entre los árboles desgajados. Pero tales sueños eran raros: el éxtasis tiene que renovarse —así lo aprendía ahora, a su pesar— para llegar a tener un significado, incluso en sueños. El recuerdo de su noche de bodas entre las dunas de Florida empezaba a palidecer. Y en el silencio de la medianoche no podía creer que la bien equilibrada y bien protegida viuda de High Cedars le hubiera pertenecido íntimamente alguna vez ni fugazmente.

Una corneta sonó en la penumbra, y una columna de Caballería pasó con ruido atronador ante la chapoteante infantería con valerosa exhibición de chaquetas remendadas y recién afeitadas las barbas. El jefe saludó al pasar por delante de la tosca puerta del hospital, y Julián le correspondió. Apenas había tenido tiempo de posarse di polvo producido por el marcial meteoro cuando un ordenanza, seguido de un oficial, apareció junto a la esquina del patio destinado a las ambulancias. Julián abrió los ojos desmesuradamente al reconocer al segundo jinete; hacía días que

aguardaba a Tanner con impaciencia, pero la llegada de su superior constituía una agradable sorpresa, desde luego más imprevista.

—¿Viene a pasar revista, señor? Tanner entregó la brida de su corcel al ordenanza | le indicó que aguardara.

—Esta vez no, doctor Chisholm. Vengo para hacerme cargo de todo esto.

—Yo creí que pensaba usted encargarse de la rase.

—Ésta es ahora la base. A usted le trasladan. ¿No ha oído decir que Bragg les está ajustando las cuentas a tos yanquis en Chickamauga?

Julián procuró no dejar traslucir en la voz su excitación.

—Estoy muy ocupado y nada sé de esos rumores —dijo.

—Bien, mañana a estas horas conocerá todo su alcance —replicó Tanner—. ¿Puede montar ahora mismo?

—Si usted lo manda…

—En ese caso, tome mi caballo; todavía puede recorrer diez millas sin cansarse. En Five Oaks lo sustituirá por otro; allí hay un puesto de mando.

Tanner subió la escalera del hospital sacudiéndose el polvo de los guantes.

—Ya sé que no hay que preguntar si tiene los papeles… o las ambulancias en orden. Ellas le seguirán inmediatamente.

Julián sonrió levemente, y preguntó, mirando la espalda de su jefe:

—¿Me está permitido preguntar a dónde se me destina?

—En Five Oaks recibirá órdenes superiores —repuso Tanner—; en particular puedo decirle que le destinan a la línea de combate. No se puede gozar fama de héroe.

Así, «aquello» se producía otra vez. Por ello había cruzado un océano, abandonado un amor. Deseaba luchar para salvar vidas al son del estampido de los cañones.

En Vicksburgo la guerra era entonces como animal herido que muerde las ligaduras que le aprisionan aún; la futura lucha sería en campo abierto, sería una guerra romántica en que los hombres arremeterían a millares contra un enemigo visible y se desplegarían un momento ante la boca del cañón para volver a replegarse y cargar de nuevo. Éste era —y hasta el último hombre de la columna en marcha lo sabía— el último esfuerzo para alcanzar la victoria que hacía la moribunda Confederación…; y él, Julián Chisholm, formaba parte de ella, iba a la lucha sin otras armas que su inteligencia y su escalpelo.

—Me da una excelente noticia, señor —dijo; y extendió el brazo. Tanner le estrechó la mano con calor desde el último peldaño de la escalera, junto a la puerta de la sala de admisiones.

—Julián, procure volver sano y salvo. Si vive, me hará famoso.

Julián le sonrió desde la silla, húmeda de sudor. Luego aflojó las riendas y salió al trote para reunirse con el ordenanza, cuyo caballo levantaba ya una nube de polvo. No se detuvo para dirigir una última ojeada al hospital. Éste pertenecía ahora a

Tanner, y le servía de consuelo saber que Tanner lo cuidaría bien.

7

Veinticuatro horas después, se decía, mientras afilaba el último escalpelo a la luz tenue de un farol de la ambulancia y escuchaba la cacofonía de ronquidos producida por los sapos en los bosques que le rodeaban, que el romántico cuadro de un cirujano en el campo de batalla, que su imaginación forjara tiempo atrás, necesitaba ahora una revisión.

Es verdad que habían estado bajo el fuego dos veces: una, mientras los carros de la ambulancia bajaban de costado, como ebrios, por un camino de troncos en dirección al lomo de la disputada eminencia; otra, cuando ascendieron penosamente por el barranco, para llegar al abrigo de la hondonada en que ahora se hallaba el hospital de sangre. Pero en ambas ocasiones estuvo ocupado con exceso para temer al fragor seco de los *snipers*, cuyo nido se hallaba en lo alto de una loma cubierta de bosque. Más adelante supo que la batalla principal no se había librado, aun cuando su unidad avanzaba entre las Eneas, pues Bragg y Rosecrans, como guerreros experimentados conocedores de la fuerza del contrario, se limitaban a entablar escaramuzas mientras aguardaban la llegada de refuerzos. Por todo ello, los casos cada vez más numerosos surgidos en esta hondonada de la montaña, le obligaron a trabajar a la máxima velocidad toda la mañana. Y, como siempre, los últimos y minuciosos preparativos para el día siguiente le mantenían desvelado, hasta que la cabeza le daba vueltas y se hundía en la oscuridad del agotamiento.

La ambulancia había llegado con un batallón de Infantería que acampaba en los espesos bosques vecinos. El batallón estaba integrado, hasta el último tambre, por veteranos, que expresaron su deseo de ayudar a levantar su tienda al cirujano; cómodamente envueltos ahora en sus mantas para mejor resguardarse del relente, se disponían a roncar hasta la mañana siguiente, por poca suerte que tuvieran. Aquellos hombres habían aprendido a descansar, física y moralmente, en sus ratos… o días de ocio, y Julián to aprendió también, junto con la amarga experiencia de que un cirujano jamás disfruta de un descanso en vísperas de batalla.

A unos cien pasos del lugar en que estaba sentado, muraba un arroyo de la montaña; cuando siguieran avanzando, el agua del arroyo se olvidaría de haber corrido roja con la sangre de los vendajes que los ayudantes de Julián retorcieron antes de ponerlos a secar en sus orillas, bajo el ardiente sol del mediodía. El cirujano trabajaba entonces a toda velocidad, rojo también hasta los codos, chorreándole el sudor por la espalda tostada. Sobre la mesa tenía a un herido en el pecho, cuyo lamento característico le traicionó mucho antes de que Julián acertara a despojarle del uniforme empapado de sangre; utilizó en él la esponja y las compresas, luego un gran tampón para el drenaje. No había tiempo para más… A continuación curó una garganta lacerada por una bala que se corrió al tejido que separa el esófago del conducto del aire; puntos de sutura, esperanza de que la destrozada juventud del muchacho lograra sobreponerse a la pulmonía, inevitable en esta clase de heridas…

Le sucedió una arteria borboteante que arrojó su dique en el momento en que el torniquete se salió de su sitio a consecuencia de un golpe con la mesa; Julián la ligó, y una vez confió en que la pérdida de sangre no se reproduciría… Luego, para variar, le tocó curar una fractura simple; le puso una tablilla provisional y oró para que sostuviera los huesos fracturados en su lugar mientras durase el infernal y largo viaje hasta el hospital-base.

La procesión desfilaba oscilante por su mente todos los días. Era la marcha de dos ramas que iban a detenerse ante su mesa de operaciones; una de ellas iba a parar al coche hospital, de donde salían gemidos sin cesar; la otra era colocada detrás de la tienda, en perfecta hilera, para aguardar allí la hora del entierro. Pronto la siniestra cabalgata comenzaba a borrarse, y el sueño hacía dar a Julián cabezada tras cabezada. No era la primera vez que sus ayudantes le encontraban así dormido. En diversas ocasiones despertó también en Vicksburgo hecho un fardo con la paja que le servía de cama, y sin recordar cómo había llegado hasta allí.

Se estremeció, despertándose sobresaltado al tocarle una mano en el hombro por segunda vez. Al levantar la vista tropezó con unos ojos en los que se pintaba la misma obsesión. Reparó maquinalmente en que pertenecían a un teniente de caballería que, por lo visto, acababa de entrar a pie y tambaleándose en la hondonada. El hombre oscilaba por efecto del cansancio y de la pérdida de sangre. Julián le dio una manta, luego se acercó al fuego y echó algo de sopa en una taza qué tomó de la cantina.

El teniente bebió con expresión de agradecimiento. Julián observó que se le serenaba el semblante. Tenía cara de medalla…, sellada por la secreta necesidad de actuar que sólo conoce un soldado en el campo de batalla. El muchacho separó las manos de Julián, que se preparaban a quitarle la venda cubierta dé polvo que le tapaba la sien.

—No se trata de mí, doctor, sino del capitán. Acaba de recibir el pasaporte en la barranca vecina. Estos parajes no se han hecho para la caballería. Lo dije al principio de esta acción… y lo repito también ahora.

El teniente alejó de sí aquellos pensamientos y se puso en pie, vacilando.

—Ésta es la única unidad que he podido hallar. El capitán me dijo que era un hospital de sangre… al mando del doctor Julián Chisholm.

— Soy yo. ¿Quién es su capitán?

—Un primo de usted: Jorge Randolph. Le necesita mucho, señor.

¡Así, la carrera de Jorge había concluido en aquel bosque sin nombre, junto a un arroyo que al otro día caería en el olvido! Las manos de Julián metían ya instrumentos y vendas en una bolsa colocada debajo de un asiento de la ambulancia.

—¿Está muy mal herido?

—Bastante mal, doctor… de lo contrario no le mandaría llamar. La granada mató a su caballo y se le llevó a él parte de una pierna.

Julián exhaló un gemido: las fracturas compuestas constituían un problema

desgarrador. Aquel día había curado una docena, obligándose a amputar sencillamente por no haber tiempo de hacer otra cosa.

Un subordinado soñoliento se agitó en el fondo de la ambulancia, donde se entablillaba a los heridos, al pasar por delante los dos jinetes. Julián se detuvo para murmurar a su oído el punto de su destino, antes de hundirse en la oscuridad, tras del hermano de armas de Jorge. Se aguardaban órdenes antes del amanecer; Julián dejaría que las ambulancias avanzaran sin él; la suerte haría que las volviera a encontrar.

—¿Está tejos?

—Sólo a un cuarto de milla, señor. Los yanquis están mucho más cerca de lo que se supone.

Era un extraño paseo, mas el teniente de caballería elegía el camino con la agilidad de un gato. Luciérnagas gigantes llenaban de estrellas las tinieblas a uno y otro lado del sendero. Los camilleros se alumbraba con antorchas para poder seguir el rastro de los heridos. Julián vio, no sin sorpresa, que más de un soldado de su batallón de Infantería se unía a la caza; era porque, casi desde el principio de la guerra, el yanqui muerto se consideraba como legítima mina de oro, desde el milagro de las botas nuevas hasta el milagro mayor de la repleta mochila. Julián miró distraídamente a aquellos fantasmas y se preguntó si todavía los ojos de Jorge adoptarían la acostumbrada expresión burlona…

—Sólo falta un paso, doctor —dijo su guía—. ¡Cuidado con esas zarzas…!; el camino está a la derecha.

No cabía confundir el lugar en que había estallado la granada. Jorge estaba casi en el sitio donde cayó, aunque sus hombres le habían llevado a unos metros de distancia de la pulpa sanguinolenta que mostraban donde tropezó y cayó el caballo, arrojando a su jinete al suelo. Una pequeña hoguera ahumadora, demasiado pequeña para iluminar apenas las caras de los presentes con su impotente luz, danzaba débilmente al borde del claro artificial. Más allá era impenetrable el muro de tinieblas. Julián no necesitó preguntar si estaba en la misma línea de combate.

—¿Cuándo sucedió esto?

—Hará cosa de unas horas. —La voz del teniente vibraba de amargura—. Habíamos estado explorando posiciones todo el día, cuando los yanquis comenzaron a moverse. Nuestras líneas se abrieron para dejarnos paso pocos momentos antes de producirse la explosión…

—¿Ha sangrado mucho el herido?

—Abundantemente en un principio. Luego la herida se ha cerrado por sí sola.

Julián frunció el ceño. Las heridas que sangran en abundancia revelan la lesión de las pequeñas arterias; una gran arteria retorcida o seccionada en dos cesa de sangrar a veces con increíble rapidez.

Se inclinó sobre Jorge y le dirigió unas palabras de saludo. Mientras hablaba se dio cuenta de que su primo había perdido el humor, aunque sus ojos se iluminaron al reconocer el rostro de Julián a la tenue luz de la fogata.

—¡Hola, primo! Celebro… estar vivo todavía…

—No hables. Traigo algo que te aliviará el dolor.

De la oscuridad surgieron un par de manos para ofrecer un vaso a Julián. Disolvió éste en el agua una tableta de morfina, la inyectó en la jeringa y clavó la aguja. Los nervios de Jorge comenzaban ya a aflojarse bajo su mano cuando levantó las mantas que lo cubrían y contó los latidos de su corazón.

—Suena lo mismo que el reloj del general —observó una voz en las tinieblas.

—Sí, hace falta mucho para matar a un oficial de Caballería.

Julián hizo un gesto de asentimiento. Los hombres como Jorge Randolph tienen duro el pellejo, es verdad, mas aun así su primo se hallaba a las puertas de la muerte. Dobló las mantas fingiendo no darse cuenta del mal olor que las impregnaba; la herida estaba sucia por la descarga de las entrañas del caballo en el momento de revolcarse corcel y jinete en su caída. Julián arrancó a su primo el uniforme y dejó al descubierto la herida, desde el muslo a la rodilla. En otros muchos casos parecidos había tenido también que luchar con el tiempo; por ello sabía que no podía pararse a examinar la ciénaga de sangre y de carne destrozada que había debajo.

Aún ahora divisaba la arteria desgarrada descansando en el fondo de la herida…, si es que podía darse este nombre a la carne macerada. Jorge Randolph había escapado a una muerte segura e instantánea sólo porque el gran tronco arterial habíase partido en dos por efecto del primer impacto de la granada; y al contraer las paredes arteriales, en el momento mismo de iniciarse el sufrimiento, la naturaleza les proporcionó un torniquete natural. Julián recorrió con la vista el hueso. Estaba desprovisto de carne en la extensión de una pulgada aproximadamente; al débil resplandor de la hoguera la astilla relucía de modo impresionante con una blancura nítida, fantasmal, preludio del de la sepultura.

Por encima de la herida quedaba un trozo de muslo intacto. Lo que había debajo tenía que cortarse en seguida.

—¿Se le podrá trasladar, doctor? Julián negó con la cabeza.

—Tengo que operar aquí mismo. Aticen el fuego. Un profundo silencio sucedió a aquella orden.

—Los yanquis están en el cerro vecino, doctor —dijo luego una voz—; les vamos a servir de blanco…

—Icen la bandera de tregua; díganles que un cirujano tiene que operar. —Malos tiempos éstos para treguas…

—Entonces extiendan los capotes y pónganse uno al lado de otro para tapar la luz. No podría trabajar sin ella.

Se celebró una consulta a media voz; Julián se arrodilló junto al herido sin aguardar el resultado de la deliberación. La cabeza volvió a caer hacia atrás por efecto del bálsamo tranquilizador de la morfina un leve ronquido salía de labios de Jorge. Julián levantó la vista sin sorprenderse al hallar junto a él a Dick; sabía que le seguiría, aun cuando no se lo hubiera mandado, que se colocaría a su lado aun en

medio de la oscuridad.

—Necesitará también cloroformo, doctor.

Julián le hizo seña de que sí y se quitó la guerrera. A su espalda sonaba el crepitar de un fuego nuevo; e instantáneamente se iluminó la negra cueva de ramaje, enfocando las caras, sucias de pólvora, de una docena de hombres. Estos hombres formaban un semicírculo con los brazos enlazados, sus usados capotes pendían como sábanas de sus hombros, mientras daban la espalda al enemigo invisible. Julián esperaba que la pantalla fuera impenetrable; salvo una descarga ocasional de mosquetería, ya lejana, que se oyó hacia la derecha, el muro de tinieblas seguía absolutamente silencioso.

Tranquilizado, volvió a concentrar su atención en el trabajo, arrugando la nariz cuando llegó a ella el olor acre, familiar, del anestésico. Confiaba en el tacto de Dick, que daría a Randolph la cantidad necesaria para mantenerle bajo sus efectos.

—El herido está preparado, señor. Le he puesto un torniquete junto a la articulación.

Julián aprobó con el gesto; su ayudante estaba muy acostumbrado a aquellas urgencias operatorias para perder el tiempo en detalles. La tela del calzoncillo fue arrancada de la cadera de Jorge y envuelto en una manta el torso que había encima; ¿cuántos casos semejantes no habrían despachado él y su ayudante sobre la improvisada mesa de operaciones? El hecho de que la presente tuviera que llevarse a cabo en el suelo de un bosque, a la distancia de un tiro de mosquete del enemigo, era sólo un detalle de menor importancia.

—No hay demasiado espacio, doctor.

—Nos lo proporcionaremos.

Hacía ya tiempo que Julián había dejado de cortar primorosos colgajos de piel y de músculos cuando amputaba en el campo de batalla. Esta práctica, defendida en muchos libros de texto, constituía siempre el certificado de defunción del soldado, en el caso de que el polvo o la suciedad hubiera penetrado en el interior de la herida, Julián se limitó, pues, a quitar la parte dañada lo más rápidamente que le fue posible y dejó la herida abierta para el drenaje.

Alguien en el semicírculo dejó escapar un gemido al raspar en hueso el escalpelo. Julián se preguntó abstraído si el lamento habría llegado hasta las líneas yanquis; pero, mientras proseguía la operación, el silencio continuó absoluto. ¡Ah!, allí estaba la gran arteria femoral, palpitante todavía bajo los dedos. Las pinzas sonaron al oprimir la pared arterial; Julián colocó cuidadosamente el torniquete antes de cortar el vaso, situado más allá, colocó en su sitio la ligadura. Ahora, dos nudos más; movía maquinalmente las manos, espaciando el *catgut* y tirando para apretar con fuerza los nudos. Como siempre, se detuvo un instante para ver si la arteria cortada quedaba bien, pero ya no lanzaba di fatal chorro de sangre. Sólo una monótona, incesante exudación, que cesaría por sí sola en cuanto se aflojara el torniquete; Las fibras nerviosas que había en el fondo del boquete saltaban bajo sus dedos; Julián sabía que

era la única reacción de los músculos y las cortó sin compasión. Más adelante, si Jorge vivía, hubieran producido en él una perturbación, fingiendo que la pierna a que servían seguía en su sitio. Julián se preguntó cómo reaccionaría su primo ante aquellos ilusorios mensajes cuando volviera a abrir los ojos.

Dick le puso la sierra en la mano; la mirada que cambió con él reveló a Julián que no desperdiciaba el tiempo. Aplicó el acero sobre el hueso y comenzó a aserrar. El ruido, apagado, tétrico, de la operación, parecía llenar el claro; Julián se preparó a escuchar el ruido del disparo de una carabina en medio de la oscuridad, el de la cerrada lluvia de plomo sobre la pared humana que se levantaba sobre su cabeza. La pierna saltaba bajo su mano, pero no se atrevió a decir a Dick que siguiera aplicando el cloroformo, pues, si bien Jorge era su primo, otros pacientes podían necesitarlo.

Dejó, pues, que su mano libre sujetara el hueso astillado a la distancia de un pie, largo, del campo operatorio. Una vez más reparó en su blancura sobrenatural y acrecentó la velocidad de la sierra.

Por fin el hueso cedió; lo que aún quedaba de la parte inferior de la pierna desapareció en las tinieblas. El semicírculo de oficiales lanzó al unísono un profundo suspiro; uno de ellos se separó de sus camaradas y se internó, tambaleándose, en el bosque, donde vomitó con un suspiro que tenía mucho de sollozo. Julián arrojó lejos de sí la recién cortada pierna y examinó el muñón. La exudación había cesado casi por completo, y los músculos de la cortada superficie estaban rojos; parecían sanos. «Son tan rojos como un trozo de buey cortado al sesgo», se dijo Julián.

—Le matará el saber que no montará más a caballo.

Julián asintió con un gesto al escuchar esta observación hecha con voz tenue como un murmullo; ella resumía mejor a Jorge Randolph que cualquier alabanza formal.

—Bien; ya pueden apagar el fuego, necesitaremos una camilla.

—Ya está preparada, doctor. Si usted no hubiera venido hasta aquí, estábamos dispuestos a llevarle al herido.

Julián hizo una seña a Dick, y doctor y ayudante se hicieron a un lado. La tarea de llevar a Jorge hasta la ambulancia del hospital podía ser desempeñada por los subalternos, que se hubieran quejado si otras manos les hubieran remplazado en aquel menester.

Sonó en la noche un disparo de rifle, y luego otro. En el intervalo la tropa de caballería se desvaneció como si jamás hubiera existido; ni siquiera desde donde estaba Julián se distinguía el brillo de sus carnes o el de sus ojos. Sin embargo, sabía que cada uno de aquellos hombres acababa de elegir un árbol, de adherirse a su tronco, que una docena de pistolas pendían amartilladas de sus pistoleras para el caso de que los yanquis siguieran con un avance el nervioso tiroteo. Una bala pasó silbando a unas pulgadas de su cabeza. Era evidente que el enemigo había reparado en la hoguera, a pesar de todas las precauciones tomadas, y que trataba de descubrir su posición exacta antes de arriesgar un movimiento.

Transcurrieron lentos irnos minutos más, y ya no sonaron más tiros en la oscuridad. Cuando el teniente de Jorge volvió a salir al claro, Julián vio que llevaba las alforjas de su capitán. Durante el mismo movimiento general aparecieron dos sargentos trayendo entre los dos una camilla improvisada.

—Jorge puede utilizar estas alforjas como almohada —dijo el teniente, expresándose con la misma naturalidad que si se hallara en el cuartel—. Las pistolas están dentro, doctor. Pase lo que pase, ¿verdad que procurará que lleguen a sus manos? Jorge las tiene en gran aprecio.

Los dos hombres cambiaron una mirada bajo la luz de las estrellas antes de dirigirse, uno al lado del otro, a la carretera. Julián hizo un gesto de afirmación y se echó las alforjas al hombro: había comprendido perfectamente lo que el teniente quería decir.

8

Cuando llegaron a la carretera a la luz gris del amanecer, los carros de la ambulancia subían ya por ella; al Norte y al Oeste retemblaban las montañas bajo los truenos de los hombres. Julián recibió el saludo de la tropa de Jorge, que se adelantó al galope para recibir órdenes, y dio gracias a Dios de que ordenara hacer alto en este lado de los zarzales.

Después de acomodarse en un rincón de la ambulancia, ya no tuvo tiempo para volver a pensar en Jorge, pues en aquel día deslumbrante, y en una buena parte de la noche que le siguió, heridos y moribundos afluyeron como corriente inacabable el rudimentario hospital de campaña. Hacia el alba volvieron a esparcirse rumores de una retirada general del enemigo, aunque era notorio que el frente que tenían delante seguía obstinadamente aferrado a su ladera. Al dárseles finalmente orden de continuar avanzando, los cañones seguían retumbando con sordo acento en los desfiladeros que les rodeaban, pero el delirante aullido de los rebeldes comenzaba a ahogarlos a medida que se continuaba el avance en aquel segundo amanecer.

La batalla estaba definitivamente ganada, y Julián lo sabía. Lo que nunca se terminaba, era la otra batalla con la muerte entablada con él.

No tuvo tiempo de visitar a Jorge hasta que se estableció su puesto en el avance siguiente, cuando algunos de los heridos más graves, que esperaban todavía la evacuación en la retaguardia, fueron atendidos y colocados con la mayor comodidad posible. Cuando pudo volver, por fin, a la ambulancia en que estaba su primo, no podía creer que un hombre pudiera estar tan hastiado como él lo estaba y, a pesar de ello, mantenerse en pie.

La ardiente y sombría mirada de Jorge se encontró con la suya en las profundidades de lona del carro. El capitán Randolph estaba echado sobre un montón de paja y tenía la parte amputada sobre una manta. El corazón de Julián le dio un vuelco a la primera mirada; sus temores se confirmaron: Jorge resultaba ser un mal enfermo.

—¿Por qué hiciste esto, Julián?

—Jorge, lo lamento de veras, pero tuve que decidir entre la pierna o tú.

—¿Por qué lo hiciste?

La voz de su primo acabó en un sollozo ahogado. Aquel gemido tenía un timbre aterrador: era el eco de la desesperación más profunda. Julián se arrodilló en el fondo del carro, sin responder, y quitó la venda de la herida. El muflón no ofrecía la más mínima señal de inflamación, aunque la pierna sufría espasmódicas sacudidas de cuando en cuando, como si los músculos continuaran la inexorable contracción». Jorge volvió a gruñir, pero en esta ocasión no fue de dolor. A Julián le recordó la amenaza de un animal acorralado que sabe que es inútil luchar, y, sin embargo, desafía con todas sus fuerzas al enemigo.

—Saldrás de esto, Jorge. Cuando concluya la guerra mandaremos a buscar una de

esas piernas inglesas de último modelo. Y volverás a andar. Yo me cuidaré de ello.

—Pero ya no mataré más yanquis. Lo sabes muy bien.

—¿Todavía no tienes bastante?

—En Atlanta te dije que era una costumbre contraída. Y así es, ¿dónde están mis alforjas?

—En el carro de suministros. Yo me encargo de que nadie las toque.

—Dámelas, Julián.

—No te hacen falta.

—¿Cómo lo sabes? Heme aquí sentado, un medio hombre,…, sin descubrir la manera de pasar el tiempo. Vamos a una acción, ¿no es eso? Pues bien: si un yanqui cualquiera se pusiera a tiro…

Aquí se interrumpió apretando los dientes. El muñón volvía a temblar bajo la manta que lo cubría.

—Supongamos que las emplearas en ti, Jorge…

—Supongámoslo. ¿Quién con más derecho?

Se dejó caer sobre la paja. Tenía los labios azulados, el sudor brotaba de su frente. Julián llenó un vaso de *whisky* y se lo ofreció sin pronunciar una sola palabra; la decisión que su primo dejaba entrever no podía tener respuesta verbal. Al mirarle atentamente advirtió que se ahogaba, en su esfuerzo por apurar el ardiente licor.

—¿Te cuesta tragar?

—Muchísimo.

—Hazlo poco a poco, Jorge. No te excites. Trata de reposar; voy a examinarte.

Al dar unos golpecitos sobre el diafragma del paciente se alegró de tener la cabeza baja; sabía por adelantado lo que hubiera leído en la mirada de su primo, de atreverse a descargarle el golpe de su nuevo descubrimiento. Bajo sus dedos exploradores, los músculos abdominales estaban tan rígidos como una tabla. Este síntoma, así como la boca torcida y la disfagia, sólo podían significar el ataque de una enfermedad: del tétanos…,inevitable corolario de la caída de Jorge bajo su caballo.

—Échalo fuera —dijo Jorge—. Sé desde este mediodía lo que tengo.

Y al hablar así, su cuerpo dio un salto gigantesco. Julián le obligó a echarse otra vez sobre la paja antes de que cayera por encima de la madera colocada en la parte posterior del carro. Aun así, el cuello siguió levemente arqueado por el efecto de la convulsión de los músculos. Julián se daba cuenta de que cada sucesivo espasmo aumentaría en violencia. Antes de mucho el cuerpo de Jorge se encorvaría como un arco… y volvería a curvarse hasta que los rígidos músculos abandonaran la lucha.

—Bien; ¿quieres darme ahora esas alforjas?

Dick llamó a gritos al cirujano. Aun cuando su entendimiento le sujetaba al carro como si hubiera echado raíces allí, sus pies respondieron maquinalmente al llamamiento. Se contentó, sin embargo, con efectuar una muda presión sobre el hombro de Jorge al cesar el ataque al fin y volver el herido a extender sus cansados miembros sobre la paja.

Lo menos media docena de heridos le aguardaban, bañados por la luz matinal. Detrás de ellos divisó una hilera de camillas que parecía extenderse hasta el infinito, aunque sabía que terminaba en un punto cualquiera perdido en la niebla. Hizo una seña al anestesista y se acercó a la mesa para iniciar la operación de su primer caso.

A mayor número, mayores cuidados. Jorge era su primo y Jorge moriría sufriendo solo en su rincón del hospital improvisado con las ambulancias. Nadie aliviaría su dolor en aquellos momentos tan tristes, Ni siquiera él tenía tiempo para preguntarse si debía o no entregarle las pistolas, encerradas en el coche de suministros.

Cuando, al cabo de una hora, oyó el ruido sordo del disparo, apenas levantó la vista del brazo fracturado que estaba entablillando. Los ojos de Dick respondieron a su mirada sin pestañear.

¿Había algún arma en esas alforjas, señor?

—Dos pistolas de desafío. Debí advertírselo.

—Me pidió las alforjas al pasar yo por el carro, y se las di. Naturalmente, yo no sabía… —dijo Dick. Mentía, era evidente.

—Claro, ¿cómo iba a saberlo? —mintió también Julián.

Trabajaron en silencio hasta que el herido fue a reunirse con los otros que podían andar.

—Voy a ver si apuntó bien —dijo entonces Dick, enjugándose las manos—. Los oficiales de Caballería suelen ser buenos tiradores, pero…

Julián demostró su conformidad con el gesto y se inclinó para examinar a un nuevo herido. Comenzaba a sentir cansancio a fuerza de preguntarse por qué aquel disparo no le había producido emoción sino solo una sensación de alivio. De lo que se alegraba era de que hubiera sido Dick, y no él, quien hubiera faltado al juramento de Hipócrates.

Fred Joñas se acercó corriendo.

—Hay un caso de hemorragia, doctor. No podemos traerle a la mesa.

Al bajar por la hilera pasaron por delante de Dick. El ex farmacéutico hizo únicamente un movimiento de cabeza. Los dos habían adivinado por adelantado que Jorge no erraría el tiro. Pues, como él mismo confesara un día, un mundo sin yanquis a quienes matar, no podía ser de su gusto.

Acaso, se dijo Julián, fuera preferible que se llevara con él a la eternidad su legado de odio. Ya que, aun cuando el muñón se hubiera cicatrizado, aun cuando hubiera vuelto a su casa convertido en un héroe, la guerra le había destrozado.

9

El tren de ambulancia del hospital bajó culebreando por la carretera bajo la lluvia. A ambos lados soplaba sobre los bosques el aliento férreo de Marte; a su espalda seguían tronando los cañones en los pasos de la montaña; delante, en la niebla baja de la tarde, chirriaba tan sólo el eje de un carro, y sonaban los gemidos de un hombre cuyos dolores eran intolerables.

Julián andaba chapoteando junto al carro de suministros, en viaje de vuelta hacia la base. Avanzaba a ciegas como un sonámbulo, tan cansado que ni siquiera levantaba la cabeza para dar el siguiente paso sobre la resbaladiza pendiente. Su pensamiento se concentraba en Jorge; después de todo iba a ser enterrado como un héroe. No podía hacerse menos por el hijo de un brigadier. Su coche iba atestado de heridos; pero aun así valía la pena de transportar el cadáver de Jorge Randolph. Sí, aunque el cirujano de servicio que te acompañaba estuviera cansado hasta dolerle los huesos, aun cuando tuviera que chapotear bajo la lluvia.

Alguien profirió un grito a un lado del camino, y Julián se volvió para escuchar el balbuceo que pedía morfina. En este caso el muchacho herido estaba abierto de pies y manos en la cuneta, con los diez dedos sucios extendidos sobre el hinchado abdomen. Julián no tuvo que examinarle para adivinar su historia; aquella cosa gris azulada que oscilaba entre sus manos como un péndulo sobre el manchado uniforme, sólo podía ser un trozo de intestino. Acaso hubiera rodado, en su agonía, desde un carro al camino; quizá se hubiera arrastrado hasta allí desde la espesura del bosque, y luego se hubiera desmayado. No había tiempo para preguntarlo, ni tampoco para explicarle que el último resto de morfina ce había empleado en otros casos de la misma urgencia.

A pesar de ello, Julián se arrodilló en el lodo y sacudió un hombro, flaco como la hoja de un cuchillo por efecto del hambre. Por inútil que fuera, aquello serviría para recordar al muchacho que no se le olvidaba del todo. Sonreía aun cuando la muerte le proporcionó el anestésico tan anhelado.

Julián abrió la boca, quiso proferir un juramento y no le salió. Al apretar la mandíbula con fuerza para contener el impulso nervioso que le movía a gritar, sintió el sabor insípido, frío, de la lluvia en la lengua. Después siguió chapoteando sin levantar una sola vez la cabeza, sin darse cuenta de que sus pies no pisaban ya las losas planas del camino, sino un sendero aplastado de troncos. Transcurrió largo tiempo antes de que llegara la calma a su cerebro…, y muchísimo más antes de que levantara los ojos para encontrarse solo, al declinar la tarde, en la pendiente de una loma cubierta de pinos.

Por lo visto al levantarse de la cuneta equivocó el camino de regreso; sus pies, que hollaban los bordes de la carretera, le metieron por un camino lateral y le alejaron de la móvil columna de carros. Se dio cuenta de ello de manera confusa, al advertir que los bosques circundantes estaban señalados por los cañonazos, la maleza baja

pisoteada por la oleada de la guerra que impulsaba a los hombres a reñir dondequiera que se hallaran.

Al sonar los primeros disparos seguía contemplando estúpidamente aquella desolación. Eran estallidos breves, secos, procedentes, al parecer, de un solo riñe y zumbaban a su alrededor como enjambre de avispas. «Es un rifle de repetición —pensó—; los yanquis los emplean ahora». Ningún arma que se cargase por la boca hubiera vomitado, en efecto, el plomo tan de prisa.

Hubo una pausa. Julián se tambaleó como si estuviese ebrio mientras escudriñaba el entretejido arabesco de ramas que tenía enfrente, para distinguir a la persona que hacía fuego. «Probablemente hay un *sniper* aislado en el bosque —se dijo—. Temerá entregarse, y por eso se ha quedado todo el día en su nido. Al caer la tarde siente la comezón de darle al gatillo, olvidando que se concluyó la lucha…». Un segundo disparo cortó el hilo de sus pensamientos; tambaleándose, más que corriendo, se dirigió a la carretera, deseoso de llegar cuanto antes al refugio que le ofrecía la maleza que se extendía más allá.

Algo le paralizó la pierna por debajo de la rodilla. Se desplomó como entumecido, dándose un golpe en el hombro contra un árbol, resbalando todavía un paso antes de caer en mitad del barro. Sabía que daría de cabeza contra la roca antes de que ésta volara a su encuentro. Por espacio de un segundo se balanceó en el espacio, confiando en que el disparo iba a borrar de su vista los bosques melancólicos, tristones, y hasta la idea del peligro de muerte que tenía a la espalda.

Su desmayo duró unos segundos solamente. Luego, en el instante que sucedió al desvanecimiento, guardó silencio, atento a registrar las sensaciones que llegaban hasta su cerebro. Roca y cabeza habían entablado un único y breve contacto, por lo visto; por lo menos la cabeza se le despejaba rápidamente. Aparte del cansancio que sentía en los huesos, el resto del cuerpo continuaba intacto… Es decir; así lo creyó hasta palparse la pierna derecha, por debajo de la rodilla, y notar que había dejado de sentir nada en ella. «Lo mismo deben experimentar los heridos», se dijo. Aquél era el lazo doloroso en que tantos caían. Pero ¿existiría una herida? Julián probó a mover la pierna, esforzándose por dominar el pánico que comenzaba a apoderarse de él. De momento no sucedió nada de particular; luego, al tropezar en su camino el mensaje enviado por el cerebro a la pierna, con el impacto de la bala, se le contrajeron los músculos del miembro. A la contracción sucedió, instantáneamente, un sufrimiento angustioso, lacerante, una agonía que hizo brotar el sudor de su frente y temblar todo su cuerpo.

Apretando los dientes se levantó, poco a poco, del suelo cubierto de barro, hasta asumir una postura más cómoda, y apoyó la espalda en el tronco de un árbol. Había caído casi a la sombra de su ramaje de hoja perenne; más allá, en la dirección indicada por la punta de su bota, se extendía el camino, amplio como el propio Universo. En un punto de aquel laberinto de ramas, hacia el Norte, un rifle defendía el paso, un hombre esperaba a que su blanco animado volviera a colocarse

tambaleándose en el campo de la mira. Julián se esforzó por hacerse con ánimo sereno a tal idea, mientras contemplaba el camino lleno de charcos y esperaba que se le aliviara el dolor de la herida. Al disiparse la primera onda dolo, rosa apoyó la pierna herida sobre la sana y tiró hacia sí de la destrozada tela del pantalón. En ella aparecía un agujero, limpio y perfecto, a la distancia de seis pulgadas de la rodilla. Al examinar la tela por el otro lado vio que también estaba agujereada. ¿Conque la bala había salido, después de todo? ¿Sería un buen presagio?

Pausadamente fue levantando cada vez más la tela hasta distinguir la oscura perforación del cuero de la bota. Parecía ser más pequeña de lo que había temido, aunque de ella manaba incesante un hilo rojo que parecía palpitar un poco mientras corría pantorrilla abajo, empapando de humedad el calcetín y la punta de la bota.

El espectáculo le dio pánico, y su cerebro comenzó a latir mientras se esforzaba por dominarlo. La pulsación de la sangre era continua; sin embargo, Julián no quiso creer que la bala hubiera tropezado ningún hueso o arteria. Para convencerse, levantó el talón del pie herido y lo apoyó con firmeza en el suelo. El movimiento le produjo un dolor vivo e instantáneo, mas la pierna no flaqueó; de haber estado interesado el hueso, la pierna hubiera cedido.

El orificio de salida era algo mayor que el orificio de entrada. Sí, estaba de suerte, volvió a decirse, pues las armas de repetición yanquis eran más pequeñas y ligeras que las armas que se cargaban por la boca. Una *minié*, que durante su trayectoria giraba y se retorcía sobre sí misma, disparada a aquella corta distancia le hubiera destrozado la pierna.

Del orificio de salida surgía sangre también, y la perforación comenzaba a animarse en toda su extensión, como si alguien hubiese introducido en ella una lanceta al rojo, dejándola allí para que hirviera a fuego lento. A pesar de todo, Julián comenzaba a serenarse, y su cerebro le dictó por adelantado lo que debía hacer mientras sus manos sacaban una compresa del botiquín de urgencia que llevaba en el bolsillo de la guerrera. Una tira de muselina completó el vendaje; Julián se la colocó uniendo y anudando los extremos con la habilidad propia de una tan prolongada práctica.

En el bolsillo del pantalón llevaba también un frasco de *whisky*, del que echó un buen trago sin detenerse a contar los sorbos. Necesitaba valor y cabeza despejada, ambas cosas urgentemente. Los bosques que se extendían a su espalda eran un lodazal; para llegar hasta el camino real podía disponer únicamente del sendero abierto a la mira del soldado enemigo. Ante sí tenía una hora larga de día para llegar hasta su oído del barrizal. Pues estaba seguro de que el yanqui sabía dónde estaba él; y era mera cuestión de tiempo el que bajara para rematarle.

Clavó las uñas en la corteza del árbol y sintió deslizarse el sudor por su espalda al levantarse apoyándose sólo en el pie sano, pues no se atrevió a cargar por igual sobre ambos pies el peso de su cuerpo. A saltos como los pájaros comenzó a avanzar paralelamente a la carretera, desandando el camino andado, dirigiéndose al macizo de

árboles de donde salieran los disparos. Poco después se bailaba en el punto en que estaba parado al sonar en sus oídos el silbido de la primera bala. No había señales de vida en los bosques que tenía delante; con la sola excepción del ruido de la lluvia, imperaba allí un profundo silencio; hubiera podido creerse en un planeta desconocido, en una esfera sin objeto ni fin… Al crujir una rama bajo sus pies se detuvo en seco; los árboles, muy espaciados, le ofrecían muy pobre asilo si los ojos del yanqui observaban su avance. De un modo u otro debía advertirle que era médico y estaba desarmado.

Al doblar un recodo del camino divisó el cañón de un rifle entre el ramaje. Apuntaba, inflexible, el camino que él hubiera seguido de continuar la retirada en dirección a la carretera… Constituía una amenaza, pero una amenaza singular, ahora que Julián estaba situado a un lado del arma. Por largo tiempo permaneció parado, helándose, mientras se preguntaba cómo sería posible que una mano humana pudiera contenerse sin oscilar el arma, y preguntándose también, por qué el yanqui no se habría vuelto al darse cuenta de su avance, lento como el del cangrejo, a través de los bosques.

El azulado acero del arma brillaba bajo la lluvia; mientras Julián le contemplaba, unas gotas de agua cayeron sobre la mira y resbalaron cañón abajo. Julián se arriesgó a proferir un grito de advertencia y en seguida se pegó al tronco de un árbol en espera de la respuesta. Como ésta no llegara, ni el cañón del rifle se moviera, se atrevió a acercarse más, a saltitos, antes de lanzar un segundo grito. Los bosques le devolvieron el eco. Esta vez divisó al mismo yanqui…, sombra azul perdida entre la sombra verde oscuro de las hojas que seguía empuñando su rifle.

Julián salió a campo abierto antes de experimentar debilidad; dio doce pasos inseguros sobre ambas piernas y cayó contra el copudo árbol en que se cobijaba el enemigo. La fuerza del golpe hizo saltar a tierra el rifle, que se hundió profundamente en el barro, y quedó allí, temblando como saeta mal dirigida. El propio yanqui vaciló en su nido verde; luego cayó tras de su arma semejante a un inerte espantapájaros. Dando media vuelta en el aire sobre sí mismo fue a caer a los pies de Julián, y allí quedó, abierto de pies y manos, en el grotesco reposo de la muerte, con el uniforme azul ennegrecido a causa de la lluvia. Un fragmento de acero relucía por debajo de su paletilla izquierda.

10

Julián miró el fragmento fijamente, Todo había ocurrido tan de prisa, tan rápidamente como su loca carrera a campo abierto. Sólo cuando se arrodilló para aplicar el oído al corazón del enemigo alboreó en su cerebro la comprensión. Cogido en aquel bosque como en una trampa por el súbito giro que tomara la guerra, el hombre debió de ser herido…, unas horas antes, a juzgar por el lago de sangre seca que se extendía bajo el desgarrón hecho en el uniforme, por la explosión de una granada. Demasiado débil para gritar pidiendo socorro, siguió en su escondrijo con el arma amartillada y la mejilla apoyada en el cañón del rifle. Ciego de odio y de terror, mas no hasta el extremo de que le fallase la puntería, disparó sobre la primera silueta gris que cruzó el campo de su mira. Este esfuerzo, último sin duda que hizo, le abrió un nuevo torrente de sangre en los ya anegados pulmones y es muy posible que falleciera en el momento mismo de apretar el gatillo. De todas maneras había dejado de existir cuando Julián se aproximó a su nido.

Al darse cuenta de lo ocurrido, Julián se estremeció, apartándose de la masa azul que tenía delante. El yanqui muerto constituía una amenaza mayor que cuando vivía, sin que Julián se explicara bien porque. Como buen rebelde, se paró a registrarle los bolsillos; la mochila del yanqui estaba repleta de provisiones; aquellos hombres solían llevar ración extra siempre que se les destinaba a tan prolongadas vigilancias. Pero ya no volvió a tocar su cadáver; su tarea había terminado.

Sólo le quedaban unos cincuenta pasos que recorrer para llegar a la carretera cuando le fue imposible avanzar más sin un punto de apoyo sólido para la pierna. La herida volvía a sangrar bajo la compresa y los músculos estaban rígidos al tacto. Cualquier otro trastorno hubiera podido originar vina verdadera hemorragia. Sin embargo, Julián sabía que debía seguir andando hasta llegar al camino y verse dentro de uno de los carros del hospital. Muchos heridos habían pasado por su hospital de sangre tras prolongada exposición bajo el agua del cielo, y muchos fueron atacados por la fiebre neumónica antes de poder encontrar en la base una cama; dada la estación, la enfermedad constituía un azote casi tan grande como la disentería, que en toda estación impera en los campos de batalla.

Tenía la cabeza pesada y detrás de los ojos un dolor sordo y persistente. Era muy posible que el frío, unido a la convulsión de la herida desatara en su corriente sanguínea un nuevo ataque de paludismo. Ya al salir de Vicksburgo faltó poco para que no sucumbiera a él; ahora no se libraría con tanta facilidad. Se dejó caer a un lado del camino, al asaltarle una nueva oleada de dolor y de náuseas, sintiendo que aquel derrumbamiento físico llegaba acompañado de una depresión del espíritu. El yanqui muerto estaba todavía demasiado cerca para que él se tranquilizara. Y, a su pesar, Julián miró fijamente aquellos ojos helados que la muerte abría de par en par.

Se esforzó, sin embargo, por ser práctico. Era esencial que se confeccionara una muleta fuere como fuere. Siempre a saltitos pasó por entre los árboles que bordeaban

la cuneta y eligió uno cuyas ramas crecían a poca distancia del suelo. Le llevó largo tiempo hender la madera verde con su cuchillo, mas, por fin, consiguió cortar a la altura indispensable. Finalmente rasgó hasta el muslo su pantalón y con sus tiras rellenó la horquilla de la improvisada muleta, oscilando amenazadoramente al apoyarse en el tronco de un árbol, al objeto de colocar bajo su brazo di nuevo punto de apoyo. La reciente actividad le devolvió buena parte de su firmeza, mas al dirigirse a la carretera sintió una nueva oleada de náuseas.

Los músculos de la pantorrilla colocaban automáticamente la pierna en flexión, de modo que su avance fue lento, pero continuo. Así, y todo, le pareció que había transcurrido mucho tiempo cuando llegó a la vista de la cuneta que bordeaba la carretera y vio cómo el largo camino que acababa de seguir formaba una horquilla con la carretera real. Los dos caminos estaban desiertos bajo la luz del crepúsculo, con la sola excepción de los muertos que aparecían, lo mismo que antes, es decir, abiertos de pies y manos sobre la hierba o el fango, tal como los camilleros los habían echado allí para aligerar su carga. Aquellos muertos eran los únicos seres humanos que aparecían en el panorama, cruel, despiadado en el que sonó el ruido apagado de unos aletazos al elevarse lánguidamente un buharro de la mesa de su festín e ir a posarse, después de trazar una espiral, en el árbol en que se instaló con insolente tranquilidad.

Hombre y ave se miraron un instante en un largo intervalo de silencio, antes de que el hombre se arrastrase con esfuerzo hasta los surcos abiertos por la ambulancia. «Ese buharro —se dijo Julián— constituye el colofón de la escena». No cabía dudar de las odiosas intenciones que le movían a levantar perezosamente el vuelo. Julián anduvo despacio, sin hacer caso del paralelo establecido por el ave. Había visto muchos de aquellos vampiros alados volar sobre los campos de batalla de Vicksburgo riñendo como arpías por encima de los muertos; gracias a Dios no eran tan numerosos en estos desfiladeros de la montaña.

Al volver a él la calma descubrió que estaba singularmente sereno. A veces parecía flotar suavemente por encima de la carretera; parecía hallarse suspendido en medio de una calma muy suya, y aun cuando volvía a sentir bajo las suelas de los zapatos las duras piedras y la dolorosa puñalada que le cruzaba como fuego vivo del tobillo a la pantorrilla, su yo parecía ajeno al sufrimiento de aquel viaje.

Pensando en las probabilidades de sobrevivir si la noche se le echaba encima hallándose todavía solo en medio del frío y de la lluvia, logró sacudirse el asedo con la misma facilidad con que hacía caso omiso del ave de rapiña que le seguía. Al preguntarse cuánto tiempo seguiría aún andando sin caer desvanecido, al engolfarle la siguiente oleada dolorosa de fiebre, Segándole hasta los huesos, quiso elegir un punto en que descansar sobre la hierba mojada: se detuvo a examinarlo con envidia un momento y siguió adelante vacilando, pero con una energía que no dependía de su voluntad.

Mas el vacío, la soledad que le rodeaban se burlaban del soñoliento placer que le

inspiraba el sentirse vivo; los muertos amontonados a intervalos en el camino como tranquilos durmientes, helados en el momento en que iban a levantarse, constituían un acicate constante; sí, tenía que seguir andando o disponerse a reunirse a ellos.

Al oír delante de él ruido de cascos de un caballo lanzó un grito de alegría. Se apoyó sobre la pierna sana y se detuvo un momento en medio de la carretera, agitando, frenético, la muleta, al objeto de retardar la marcha de la carrera del jinete. Luego pasaron junto a él, veloces como el Destino, caballo y jinete, teniendo él que apartarse a tiempo de evitar que pasaran por encima. Se tambaleó y a poco cae al suelo mientras el correo se perdía como un cohete al volver una curva; Julián se dio cuenta con pesar de que para aquel mensajero de Marte, él era un obstáculo en el camino.

Sin embargo, al continuar la marcha recordó que a menudo él había hecho caso omiso de los heridos que se tenían en pie cuando sus propias ambulancias iban atestadas hasta los topes de cuantos heridos graves eran capaces de transportar. Aquellas ambulancias distaban ahora muchas millas. La batalla a que servían había concluido. ¿Estaría él predestinado a andar entre aquellos dos mundos hasta caer?

No, se dijo con firme expresión; viviría para contar la batalla… le buscarían sin duda y acabarían por hallarle. Tenía que vivir para encontrar a Juana, aunque sólo fuera para decirle que los dos se habían comprendido mal desde un principio.

Era verdad que la había encontrado hacía un siglo, y que cada palabra cambiada entre los dos había ahondado el abismo que los separaba.

¿Sabría alguna vez si vivía o había muerto, si la casa llamada «High Cedars» seguía siendo su santuario? Pronunció su nombre en voz alta en medio de la lluvia, y siguió avanzando a tropezones. Al ver el resplandor de la hoguera encendida entre los árboles se aproximó a ella como sólo puede hacerlo el hombre que anda en medio de las sombras de la noche Días después recordó que el vástago se había astillado bajo su peso mientras se hallaba todavía a cien yardas de distancia. Pero esta vez unas voces respondieron a su ronco grito de socorro. Y en sus oídos resonaba la carrera de unos pies cuando le engulló la súbita oscuridad.

11

La paja sobre la que reposaba su cabeza le hacía cosquillas en la nariz, pero no podía estornudar. Miró perezosamente el techo traqueteante del furgón y concentró todas sus energías en la tarea de dar conexión a los acontecimientos que le habían llevado a él.

En un principio descubrió muchos huecos entre los eslabones de la cadena. Y se contentó con descansar sobre la paja limpia y contemplar la ancha espalda cubierta de tela gris, del soldado sentado sobre un cubo invertido en el extremo más lejano del furgón. El hombre era uno de los cuatro componentes del grupo absorto en la partida de póquer; no había nadie más en el vagón, lo que a Julián le dejó algo perplejo. El tren se dirigía a Atlanta: estaba seguro de ello, pues recordaba que había pasado por Marietta hacía una hora larga. Muchos de los trenes que se dirigían al Sur desde Tennessee iban atestados de heridos en aquella época: éste llevaba solamente heno y unas cuantas terneras en el vagón de carga…, que incluso se dejaron, *en route*, en un depósito oficial.

Aquello era obra de Tanner, naturalmente; de aquel mismo Tanner pariente del secretario de la Guerra. Él mismo le había acompañado a la estación después de sondar y vendar su herida en el hospital de sangre; las propias manos de Tanner le sirvieron la última toma de *whisky* y de quinina y pusieron el tubo de tabletas de morfina en manos del enfermero de guardia. Julián se sentía muy débil entonces para protestar contra un tratamiento tan particular. Dominado por la fiebre que se cernió compasiva y gris sobre él en los últimos días de la enfermedad, sólo pudo mirar cómo su amigo arreglaba la cuestión de su traslado…

Pero tenía que volver con la imaginación, al momento en que la patrulla de Caballería le halló tendido en el fango del camino, demasiado exhausto para gritar por segunda vez, a pesar de que la hoguera del campamento distaba escasamente cien yardas. Recordó haber revivido, como por obra de magia, ante aquel calor de humanidad. Cómo experimentó una alegría pura y sincera al hallarse en un mundo en que los hombres reían, suspiraban, juraban, en un idioma que él se sentía capaz de entender… Incluso rememoraba los pedazos de carne chamuscada que habían puesto en una parrilla, sobre las ascuas,…, y como el fuego silbaba y se reanimaba cada vez que caía la grasa goteante. Los soldados le ofrecieron uno de aquellos filetes sobre un trozo de piedra y lo devoró con apetito animal, riéndose cada vez que sus salvadores mencionaban las pérdidas sufridas por la Caballería yanqui.

Más tarde montó a la grupa del caballo de un oficial con la pierna herida envuelta en tela de saco, después volvió a visitarle la fiebre; y en más de una ocasión cayó a tierra durante el largo viaje hasta el hospital de sangre. La pesadilla le hacia sufrir aun en aquel momento de sosiego; volvió a ver a los heridos que yacían, en hilera bajo la lluvia, sin más protección que un pedazo de lona; a los cirujanos trabajando con celeridad de matarifes en los mal iluminados cuartuchos; las ambulancias en el

momento de salir del patio, a la mancha roja que señalaba su paso… Un médico preocupado, cuya propia barba estaba llena de sangre, dirigió una ojeada a su herida antes de hacerles seña de que entraran.

Él gran vacío se produjo en aquel momento; cuando se levantó la niebla, Julián estaba acostado en una cama del hospital que él mismo había instalado en la cuesta. Las manos de Tanner penetraron en la niebla y volvieron a salir de ella, luego se posaron en su rodilla, y sus expertos dedos echaron a un lado hasta la última venda.

—Bueno; el caso me parece muy claro, capitán —dijo luego—, supongo que no le herirían dos veces.

Ahora tomaba el pulso a Julián con los ojos bajos.

—No hable. Me gusta representarme lo ocurrido sin su ayuda. De una parte padece usted de un exceso de trabajo; de otra, una conmoción; de otra, la fiebre. Y esta fiebre no pasará hasta que haya dormido mucho. Ésta es mi prescripción, doctor Chisholm. ¿Le parece bien?

Su cabeza se despejó entonces lo suficiente para seguir con la vista los delgados dedos de Tanner, mientras el otro cirujano palpaba la piel alrededor de la herida. ¡Sí; el caso era simple y claro!: las heridas de bala sin complicaciones curan bien con un tratamiento lo más simple posible, siempre que no se hayan introducido cuerpos extraños en la carne.

—Ahora, ánimo —dijo Tanner—; le va a doler un poco.

Pero Julián se desvaneció, sin avergonzarse lo ml$ mínimo, bajo la sonda. Más tarde, cuando su mente recobró la lucidez por espacio de un breve momento, recordó las palabras del cirujano:

—Si puede prescindir de los hospitales, andará dentro de unos quince días, este está tan limpio como el sol gracias a usted. Pero no puede decirse lo mismo del que rigen mis estimados colegas de Paltonisc creo que vayan mejor los de Atlanta. Debe convalecer en una casa particular.

Sí, en «High Cedars», al lado de Juana. Julián recordaba la ternura que ella pusiera en asistirle durante la fiebre que le acometió en Santa María, todas las mansiones de Atlanta abrían sus puertas a los heridos cuando estaba en su apogeo el fragor de la batalla; y como héroe auténtico, él tenía derecho a elegir la casa… y la enfermera. Pero apretó los labios y calló a tiempo.

—No tengo amigos en Atlanta —dijo. Tanner pareció perplejo.

—No sea modesto; un Chisholm tiene amigos en todas partes. O parientes.

—En mi calidad de cirujano, pediré una cama en el hospital.

—No diga tonterías…, precisamente porque es cirujano —replicó Tanner—, vale demasiado para arriesgarse a contraer la gangrena de hospital sólo porque un enfermero sucio le toque sin deber hacerlo. Si le concede reposo, esa herida se cicatrizará por sí sola. Y Dios sabe muy bien que se lo ha ganado.

Julián accedió al fin a convalecer en casa de un tío de Tanner. En el bolsillo llevaba una carta dirigida a la mansión del digno caballero, sita en la Whitehall

Street, de Atlanta… Cuando Tanner le dejó en el tren estaba demasiado exhausto para discutir.

—¿Y qué me dice de la fiebre?

—Que se la quite de encima sudando, entre la paja —dijo alegremente el cirujano —. En su mismo coche van cuatro licenciados. Ellos le obligarán a no salir de las mantas.

Los dientes castañetearon de frío al comienzo del viaje. Durante toda la noche sudó unas veces, otras tembló de frío por efecto de la fiebre que agitaba su sangre. Mientras contemplaba los llanos del Estado de Tennessee, sus ríos hinchados por las lluvias otoñales, vio desaparecer y fundirse aquel triste país, castaño, en las montañas de la Georgia del Norte, y se preguntó si el cambiante paisaje formaría parte de su delirio. Por la mañana advirtió por vez primera los campos de algodón y los orgullosos cedros que defendían de los vientos del Norte a una gran casa solariega. En los pórticos de todas las casas vio lechos de campaña y distinguió siluetas vestidas de gris, armadas de muletas, bajo los árboles. Durante todo el resto del día los fue viendo, a medida que el tren penetraba más y más en Georgia, la gente del Sur abandonaría sus hogares a los heridos ahora que la gran victoria de Chickamauga formaba parte de la Historia. ¿Por qué habría vacilado en dar el nombre de juana cuando Tanner le interrogó? ¿Quién iba a sorprenderse de que se valiera de aquel medio para obligarla a prestarle atención?

A tiempo recordó a Tracy Crandall. El licenciado, al oír gritar su nombre, tiró la mano en el descarte y se volvió al pálido oficial que se agitaba en su lecho de paja.

—Ya es hora de la toma de quinina, señor.

—¿No podría administrármela yo mismo?

—No, y lo siento, señor. Son órdenes del doctor Tanner.

Julián se tragó el *whisky* y la quinina sin protestar. El doctor Tanner era un mago competente. De haberse encontrado más fuerte, hubiera protestado contra aquella asistencia especial…, mientras los trenes de heridos aguardaban en los apartaderos atestados hasta el mismo ténder. De momento sólo pudo levantar la cabeza de la paja y llevarse la amarga pócima a los labios.

Soñó que se hallaba en Santa María y despertó en lo más profundo de su sueño para desvanecerse en los brazos del enfermero. El tren acababa de detenerse a la sombra sofocante de una estación; el sol, ardiente a través de la vaporosa niebla, prestaba a la comarca que se extendía más allá de la jadeante locomotora todo el aspecto de un espejismo.

—No me diga que esto es Atlanta…

—No, señor. Es un apeadero para la caballería. Atlanta está a ocho millas al Sur de aquí. —El enfermo miró con expresión de duda a su enfermero—. El doctor Tanner dijo que podría seguir el camino en calesa, si se encontraba bien. Y aquí había pensado yo dejarle a usted si…

Julián hizo una señal afirmativa. Estaba seguro de poder sostenerse de pie tras del

prolongado sueño… y lo demostró con el brazo del enfermero pasado por los hombros. Después de todo, el hombre era un licenciado, y él podía sacudirse la miseria de encima en el asiento de una calesa, siempre que le abrigasen de manera conveniente contra el frío del atardecer.

—Haré ese trayecto. Búsqueme un cochero.

El licenciado saltó con presteza al andén.

—Estoy en mi casa, señor. El capataz de mi padre le llevará a usted.

El capataz, según descubrió más adelante Julián, era un veterano manco que llevaba con orgullo el usado uniforme; la calesa resultó ser un vehículo de cuatro ruedas, sin muelles, almohadillado de paja y mantas dobladas.

—Lamento de no disponer de una calesa, capitán.

—Esto está mejor.

—Entonces le dejo en manos de Jordán, Esta noche dormirá usted en Atlanta, o tendrá él que habérselas conmigo.

«Dormiré mucho antes», pensó Julián. Palpó el tapón del frasco que tenía en una mano y descubrió que podía sacar de él una tableta de morfina con un mínimo de esfuerzo. Era algo que tendría que pararse a considerar si el camino que tenía delante respondía a su aspecto. Ofreció al licenciado su mano libre al ser acomodado entre las mantas del coche.

—Que disfrute bien de su licencia.

—Lo mismo digo, señor.

El primer salto del eje desprovisto de muelles fue lo que Julián suponía y más aún. Al ver mezclarse a los bosques de pinos el cobertizo del apeadero apretó los dientes y conservó en reserva la morfina. Después de recorrer la primera milla pediría al cochero que hiciese un alto en el camino para buscar una jeringuilla en el estuche de los instrumentos. Le parecía que el estuche se hallaba muy lejos de su alcance, aun cuando había visto cómo el licenciado lo colocaba bajo el asiento delantero del vehículo. Seguramente habría un poco de agua en la cantimplora que alegremente se balanceaba pendiente del inclinado hombro gris que se erguía delante de él… Pero valía la pena de asegurarse.

—¡Jordán!

El capataz se volvió. Julián se dio cuenta, como en sueños, de que acababa de interrumpir su larga perorata sobre los errores cometidos en Seven Pines por el Alto Mando.

—¿Desea algo, señor?

Julián sintió castañetear sus dientes al tratar de formular una respuesta y comprendió que no había podido evitar el frío intenso que comenzaba a invadirle hasta la punta de los dedos. La patilluda cara del capataz, los árboles de la carretera, comenzaban a girar en lentos círculos sobre el fondo azul del cielo.

—¿Es tan mala esta carretera durante todo el trayecto?

Julián se maravilló de que su voz pudiera parecer tan firme en un momento en

que su malestar llegaba a lo irresistible.

—Nos detendremos al llegar al camino de portazgo Paechtree Creek —dijo Jordán—. El camino es bueno hasta allí.

«Paechtree Creek» y «High Cedars». ¿De manera que le llevaban a casa de Juana después de todo? Pero él debía protestar, protegerla antes de que fuera demasiado tarde. Si sacara la carta que llevaba en el bolsillo… y explicara que debía pasar de aquel punto peligroso, proseguir el camino hasta llegar a Atlanta… Se esforzó por obedecer a la idea, más su mente se negó a responder a la acuciante necesidad, y se dio vaga cuenta de que el capataz había parado el coche y se encaramaba al asiento posterior para echarle encuna una manta.

—Bien, doctor; le llevo a usted allá.

—Pero ¿no comprende usted que…?

—Claro que lo comprendo. Todos conocemos aquí el lugar. Tiene usted suerte; nos encontramos muy cerca de él.

Julián reflexionó. El licenciado de Tanner era poco más que un chiquillo lleno de ansiedad, y, naturalmente, por ello no había sabido aguardar un poco más su licencia. Debía obedecer al pie de la letra unas órdenes que se habían dado sin entrar en detalles. Al confiar a su capataz al capitán cirujano Chisholm renunciaba también a asumir la responsabilidad de llevar al capitán hasta el punto de su destino. El herido parecía estar bien cuando le subieron al coche y le acomodaron entre la paja; podía, pues, confiarse en que daría órdenes concretas a Jordán. Y, por lo visto, se las había dado… en un momento de delirio.

Julián trató una vez más de expresarse de manera coherente y su mente se sumió más profundamente aún en la vorágine de oscuridad vertiginosa.

—«High Cedars» no es…, es decir, yo…

—Estará allí dentro de una hora, doctor —replicó Jordán; y le dobló bajo la barba el sobrante de la manta. Fue lo último que Julián recordó antes de hundirse en la oscuridad.

Mucho más adelante —aunque el tiempo había dejado de tener significado para él — abrió los ojos y vio que se hallaba en un túnel verde oscuro que no parecía tener fin. Aspiró con deleite la fragancia de los cedros y volvió a hundirse en la inconsciencia. Por encima de ella oyó delirar a su propia voz. «High Cedars», confió a Jordán, era como un santuario en aquel mundo entregado a la guerra; «High Cedars» era la morada predilecta de su corazón…

12

Al despertar de nuevo —o creer que despertaba— se dio cuenta de que continuaba soñando. Estaba en la cama; se hallaba en un lecho amplio, inmenso, cubierto por sábanas de hilo. Por encima de su cabeza sobresalía el campo ricamente bordado, sedeño, de un dosel; los postes de la cama eran cuadrados, de caoba, macizos como plintos en la penumbra de la habitación. Allá lejos divisó unas ventanas ornadas de cortinas blancas; las cortinas se agitaban, movidas al parecer, aunque no estaba muy seguro de ello, por una perezosa brisa. Dedicó una cansada sonrisa a aquel rompecabezas; los sueños son así, no tienen ni ilación. Él seguía, naturalmente, en el coche, saltando sobre una carretera desigual y tratando con dedos nerviosos de destapar el frasco de la morfina… Sólo hacía un momento que había discutido con Jordán, el cochero, insistiendo en que MacClellan hubiera podido tomar a Richmond en el 62 por poco valor que hubiese demostrado, interrumpiendo un discurso para insistir, con no menos vehemencia, en que el punto de su destino era la casa de Tanner, en la Whitehall Street de Atlanta.

La cabeza le seguía doliendo a cada salto que daba el coche sin muelles. Agradeció a Jordán que detuviera el vehículo, que le alzara la cabeza y le hiciera tomar un trago. Mas el brazo que pasaba en torno a sus hombros era suave y blanco; el cabello que le rozaba la mejilla era como oro vivo; la voz era de Juana, y sólo de Juana.

—Bebe esto, Julián.

El liquido era amargo, y a pesar de ello, agradable como una mezcla de *whisky* y de quinina. Julián bebió, obediente, sin salir del todo de su ensueño. Era puro éxtasis imaginarse en aquel lecho confortable, dejar que sus pensamientos flotaran a causa de la proximidad del fantasma de Juana. ¿Cuánto tiempo seguiría creyendo que estaba verdaderamente junto a ella…, la que posaba una mano sobre su frente ardorosa al volverse él a echar sobre las almohadas?

Volvió un poco la cabeza, en medio de su sueño, procurando, aun entonces, no romper el encanto. Pero cuando volvió a abrir los ojos, ella seguía allí. Y, cosa rara, iba vestida como para un baile. Aunque todavía iba de medio luto, en su vestido centelleaban las tovas. ¿O sería el fulgor de sus blancos hombros lo que le deslumbraba? No distinguía bien su rostro, pero sus labios le sonreían, Así le habían sonreído, recordó, cuando se encontraron con los suyos, por última vez, en Santa María.

En medio de su sueño, la mano de ella volvió a acariciarle la mejilla. Tenía los dedos fríos y esto aplacó su ardor.

—Ahora duérmete, Julián.

—¿Y volverás?

—Claro está.

¿Había dicho más? No lo sabría nunca porque desde el enorme lecho comenzaba

ya a hundirse en el familiar abismo que rechazaba todo sonido.

Cuando volvió a soñar la vio de manera distinta. El traje de baile había desaparecido remplazado por otro de una blancura deslumbrante. Sin esfuerzo distinguía las líneas del cuerpo que había dejado al flotar Juana entre el lecho y la luz de la luna que penetraba por las abiertas ventanas. Hubiera querido poder extender el brazo y asir los pliegues de su traje, pero no pudo mover las manos. Yacían inertes, sobre el embozo de la sábana; las miró con fijeza y profirió un juramento en voz baja. El hombre tiene derecho a maldecir de sus manos si le abandonan cuando más las necesita.

Entonces Juana se acercó a la cama sin que él la hubiera llamado. Fuera un sueño o una realidad, él comprendió que seguiría viviendo ahora que Juana había vuelto a su lado por su propia voluntad.

—Julián, bebe esto.

Otra vez le ofrecía una pócima amarga, y él la aceptó sumiso, como antes. Al ponerle la mano en la frente, ésta dejó de arder. ¿Se desvanecería si le pidiera que mantuviera allí la mano para siempre?

—No permitas que cese, Juana. —Los ojos de ella se animaron al fin, y Julián vio que brillaban llenos de lágrimas—. Me refiero al sueño. No permitas que se acabe.

—Calla, Julián.

—Pero te vas,…

—A la habitación de al lado. Buenas noches.

—Buenas noches, querida.

Ella retiró la mano, al fin, y Julián la oyó murmurar algo; luego la vio salir, flotando siempre, de la habitación. Un objeto suave y blanco se desprendió de su cuerpo y cayó al suelo. Vio que era un pañuelo y trató de llamarla. Luego sonrió. Creía en su promesa. Al otro lado de la habitación veía el rectángulo oscuro por el que acababa de desaparecer y adivinó que una puerta entornada mediaba entre su habitación y la de él.

Largo tiempo se mantuvo silencioso, contemplando la mancha blanca del pañuelo que seguía bañado por la luz de la luna. Luego, tranquilizado por la vecindad de su esposa en el sueño, lo alejó de sí y se durmió profundamente…

Se despertó por la mañana, fría y hermosa, con la cabeza despejada. Al punto se dio cuenta de que le había dejado la fiebre; de que, si bien débil todavía, estaba curado. Se llevó tina mano a la pierna derecha; sólo la sombra de una punzada le recordó la herida. Como no sabía qué hacer, permaneció largo tiempo despierto en el lecho, reflexionando con atención en tanto milagro. Al bajar la vista pudo contemplar otro reciente: le habían bañado, vestido y afeitado. Jamás había formado parte de su guardarropa la camisa de muselina que llevaba puesta.

Aquel detalle casero le dio qué pensar durante un buen rato. Al atreverse a incorporarse sobre un codo y dirigir una ojeada alrededor, vio que el dormitorio en que estaba era blanco, frío, casi desprovisto de muebles; a excepción de un mueble de

caoba, de su portamantas y del estuche de los instrumentos de cirugía, no había en aquella pieza más que el enorme lecho de columnas y la mesa de noche, sobre la que ardía una vela aún a la luz clara del día.

¿Cómo se las habría arreglado para llegar hasta allí? Julián aguardó pacientemente a que su memoria recobrase la acostumbrada lucidez. La verdad era que existía una laguna tremenda entre el momento en que le levantaron del furgón para trasladarle al coche… y el momento de sosiego presente.

Julián pasó revista a sus sueños. Juana figuraba en muchos de ellos, pero esta vez se había detenido en la misma habitación… ya vestida para ir al baile; otra, con una especie de bata, como si hubiese entrado allí en el momento de ir a acostarse, para ver cómo se encontraba el enfermo. La recordaba bien, como una blanca sombra. Cerró los ojos y se mantuvo así un instante disfrutando del cuadro que Juana ofrecía a la luz de la luna, recordando cómo pasó de la luz lunar a la oscuridad, cómo se le cayó él pañuelo sobre la alfombra.

Allí estaba el sitio por donde se había desvanecido su fantasma. Allí, sobre la alfombra, estaba todavía el trozo de tela de Cambray, tan real como la luz del sol que le iluminaba. Y allí —en cuanto la sorpresa del descubrimiento cesó— estaba Juana en persona, de pie junto a la puerta de su habitación. Julito reparó en que llevaba todavía la misma bata blanca, y que el cabello cala en desorden sobre sus hombros.

—Aún desde aquí —dijo— veo que te encuentras mejor.

Su voz le volvió a la realidad. Era una voz armoniosa, pero fría y precisa. A pesar de su atavío, a pesar del encanto de sus recuerdos de la pasada noche, Julián reconoció su tono. Él era un huésped en aquella casa, y no el marido de la dueña.

—Mucho mejor —repuso— gracias a ti, por lo visto. Corrígeme si yerro.

Ella se sentó a los pies del lecho y apoyó la espalda en una de las macizas columnas, Julián la vio tirar del encaje de sus mangas hasta que sólo la punta de sus dedos quedó fuera de ellas. Era un ademán natural, sin coquetería; no se encerraba ninguna invitación en la proximidad de Juana.

—Naturalmente. Necesitabas cuidados; esa puerta es la de mi habitación.

—Creí soñar hasta ver el pañuelo.

Juana se inclinó para recoger el trozo de Cambray.

—¿Ha sido una gran conmoción el despertar?

—Trataré de sobrellevarla —murmuró Julián—. Claro que todavía estoy débil; excúsame si no comprendo bien.

Ella levantó los ojos hasta él.

—¿No piensas preguntarme cómo has llegado hasta aquí?

—Comienzo a recordar, Juana —y le ofreció la tentativa de una sonrisa—. Acaso te presente mis excusas cuando me encuentre más fuerte.

—Cuando te trajeron, delirabas.

—Justamente. Y en tu calidad de buena patriota del Sur, tuviste que aceptarme.

—Te trajo a hombros un veterano manco. Dijo que tú le habías ordenado que te

dejara aquí.

—Pude haber dicho eso en mi delirio, naturalmente.

Juana se levantó de la cama al oírle y fue a mirar por la ventana aquella espléndida mañana de otoño. Cuando habló su voz parecía llegar de muy lejos.

—Yo creía que nos habíamos dicho adiós, Julián…, de una vez para siempre.

—También lo creí yo, Juana.

—Entonces, ¿por qué…?

—*Le coeur a ses raiscms que la raison ne connait point*[16].

—¿Es esta ocasión oportuna para citar a Pascal?

—A mi modo de ver resume mi caso perfectamente. Hicimos un pacto…, con la cabeza, que mi corazón olvidó en cuanto te necesité de veras.

—Celebro que estés mejor —dijo ella al fin—. Celebro haber podido ayudarte, Claro está que deberás, irte sin chistar en cuanto puedas levantarte de la cama.

—Claro está —murmuró Julián.

Ella se volvió a él al oír aquello, y Julián sintió la ternura de sus ojos aun antes de que se le acercara y le tomase una mano.

—Habla, Julián. Lamento… —Juana se detuvo para escoger sin duda las palabras que iba a pronunciar haber tenido que llegar primero a un acuerdo contigo. Ahora quiero saberlo todo.

—La verdad es que no hay mucho que contar.

—Quiero oírlo todo. Desde el momento en que saliste de Atlanta.

—¿Incluyendo la visita del señor Tracy Crandall? Juana no dio importancia a la pregunta.

—De Crandall ya me habló Amós. En realidad, no hay por qué preocuparse.

—No estés demasiado segura. Puede llegar a ser demasiado importante para tu tranquilidad.

—No importa. Háblame de ti. ¿Cómo te hirieron? ¿Por qué estás aquí?

Él se lo contó todo entonces, prolongando la historia cuanto pudo. Cuando terminó al fin, ella dejó que sus manos descansaran un momento todavía sobre las de él; luego se levantó y se acercó a la mesa de noche para apagar la lámpara, ya inútil. Luego habló una vez más, vuelta de espaldas a la cama.

—Celebro que persista tu buena suerte, Julián.

—¿Te alegras de verme aquí?

—Después contestaremos a eso.

Julián se dio cuenta de que ella conservaba la voz firme, haciendo un gran esfuerzo, a pesar de que parecía estar tranquila, cuando se volvió a él vaso en mano. Él se dejó caer inerte sobre las almohadas; la conversación le había fatigado más de lo que quería admitir, pero el esfuerzo que Juana hacía por fingir frialdad constituía una buena recompensa.

—Ya es hora —dijo— de que tomes la medicina.

—¿Bromeas por casualidad? Ella le dio el *whisky* y la quinina con mano firme.

—¿Acaso es broma esto?

Julián trató de levantar la cabeza de la almohada; otra vez ella varió de actitud al rodearle los hombros con el brazo y levantar el vaso hasta sus labios. Julián bebió, obediente, sonriendo por encima del borde del vaso al comparar lo amargo de la medicina que ella le ofrecía con el perfume de su proximidad. Sentía bajo la mejilla la solidez de su seno. El corazón de Juana latía aceleradamente. Julián se atrevió a adivinar el motivo mientras dejaba caer con asentimiento la cabeza sobre las almohadas.

—Creo que debemos dejar bien sentados ciertos hechos, Julián.

—Ve hasta donde quieras, Juana —murmuró él—. Le contestaré sinceramente.

Ella pasó por alto la observación.

—¿Saben tus superiores que estás aquí?

—Únicamente lo sabe el hombre que me trajo —la sonrisa de Julián era suplicante, pero ella no cedió—. Por lo visto me empeñé en ello durante el delirio. Mas no puedo demostrarlo.

—¿Dónde pensabas convalecer en un principio?

—En una casa de Atlanta. En el bolsillo de la guerrera encontrarás la carta de presentación.

Juana reflexionó.

—Estás muy débil todavía para ser trasladado; y, además, no lo creo ahora conveniente. Me arriesgaré a enviar una nota a Atlanta… diciendo que tu fiebre hizo crisis durante el camino y que para no poner en riesgo tu vida no tuviste más remedio que detenerte aquí.

—¿Por qué lo crees arriesgado?

Juana titubeó; luego siguió diciendo, muy resuelta:

—Tú has averiguado muchas cosas respecto a mí, Julián, como también las ha averiguado alguien más en Atlanta. Ese Tracy Crandall… Pero hasta hoy ni uno ni otro habéis podido confirmar vuestras sospechas.

—¿Crees que he venido para espiarte, Juana?

—Recuerda que he aceptado tu explicación —repuso ella con calma—. Queda en pie el hecho de que Crandall sospechará si sabe que estás aquí. Y es posible, incluso, que venga a investigar.

—¿Te molestará eso?

—No mucho —repuso Juana con calma—. Después de todo no eres tú el único militar a quien he cuidado hasta su restablecimiento en «High Cedars». —Y al decir esto sus ojos le miraron con expresión de desafío, pero Julián no pensó en discutirlo —. Casualmente eres tú el último a quien hemos asistido.

—Juana, eres una buena enfermera. Trataré de no hacerte quedar mal.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? ¿Estarás aquí hasta que estés bien del todo, y después saldrás del país sin llamar la atención?

—¿Adónde quieres que vaya?

—Creo recordar que posees una casa en Cabo Fear.

—Sí; un hogar poblado de fantasmas, como una vez me dijiste. ¿Quieres que vuelva junto a ellos? Juana se contempló las manos.

—Es que no puedes permanecer indefinidamente en «High Cedars».

—Tú no quieres dejar que comparta tu existencia —observó Julián—. Ya procuro conformarme con ello. Pero sigo enamorado de ti. Y esto quiere decir que el estar cerca de ti supone mucho, aun cuando,…

Ella acabó en voz baja la frase comenzada por Julián:

—¿Aun cuando no sea más que como en este momento?

—¿Por qué no me permites que pase a tu lado el tiempo de licencia que me resta si prometo no preguntar?

Juana exhaló un profundo suspiro. Julián la vio adoptar una decisión.

—Muy bien, Julián. Puedes quedarte… bajo dos condiciones: primero: no saldrás de aquí hasta que yo lo juzgue conveniente; segundo: después te marcharás… sin visitar Atlanta. No quiero dar a Crandall ocasión para un nuevo interrogatorio.

—Eso está muy puesto en razón.

—Dime que te marcharás cuando yo te lo mande. —La voz de Juana era cortante.

—Te lo prometo.

Ella se levantó entonces y se dirigió a la puerta; recordando luego sin duda su brusquedad volvió junto al lecho.

—Verás cosas que no comprenderás, Julián; cosas que ya no podré ocultarte. Quiero que me prometas que las olvidarás en cuanto salgas de esta casa. Él le tomó una mano y la besó.

—Buena suerte, Juana —dijo—. Ojalá formara yo parte de ella.

Juana dejó un momento su mano entre las de él antes de retirarla suavemente.

—Pronto llegará el doctor —le advirtió—. Cree que mañana o pasado podrás ya levantarse.

Julián se esforzó por adoptar una compostura igual a la de su mujer.

—¿De manera que tenéis un médico en la casa?

—Sí; ésta será tu primera sorpresa. Lo necesitamos en ocasiones, sobre todo después de una batalla.

Aún permaneció allí inmóvil un instante, como si quisiera explicarle la observación; sus ojos sostenían sin pestañear la mirada de él. Al dar media vuelta para irse, le pareció a Julián que un lazo casi visible acababa de saltar entre ambos.

Se recostó en las almohadas y gozó en silencio de la victoria alcanzada. Cuando la sombra se proyectó sobre el lecho supo, sin molestarse en abrir los fatigados párpados, que el doctor habla llegado. Después le miró fijamente con la boca abierta.

No era posible que fuese Luis Rothschild… y, sin embargo, lo era. Era un Luis algo más viejo del que él recordaba, pulcramente afeitado ahora, en lugar de lucir su barba de estudiante. Pero todavía podía denominársele el joven doctor Rothschild, de Viena. El mismo Rothschild que había compartido con él un cadáver colocado sobre

la mesa de mármol de la Krankenhaus, y una mesa en el café del Prater, El brillante doctor Rothschild que trabajaba con ahínco en sus horas libres para abrirse camino hasta la Escuela de Medicina, y que se graduó con la más elevada calificación.

Después de ofrecerle Luis la mano, se dio cuenta de que llevaba un roto uniforme azul y la insignia federal en el cuello de la guerrera. La vista de este uniforme le ayudó a disimular su sorpresa.

—No te asombres tanto, Julián —le dijo el vienés—. América es el país de los milagros; por ello volvemos a vernos ahora.

—Pero ¿cómo diantres,…?

—Primero deja que te examine y luego hablaremos —dijo Luis—. Ésta era la costumbre establecida por Virchow; ¿lo recuerdas? —Y así diciendo echó hacia abajo la colcha y sábanas y puso al descubierto la pierna de Julián—. Primero la herida, luego la temperatura.

Julián observó cómo los largos y diestros dedos de su amigo desenrollaban la venda y palpaban los tejidos, la cicatriz incipiente a ambos lados de los músculos sometidos a la punción. Mientras miraba, reposaba rápidamente sus recuerdos de Luis Rothschild. Habían dejado de estar en contacto desde que Julián saliera de Viena, pero recordó que Luis soñaba con emigrar a América…

—Puedes levantarte mañana… con ayuda de un bastón —dijo Luis, al cabo—. Si no fuera tan conservador en el fondo, te mandaría que dieras un paseo por el jardín antes de la siesta. —Colocó un termómetro entre los labios de Julián y le tomó el pulso con dos dedos—. Como tú mismo eres médico, y de los buenos, si mal no recuerdo, sabes todo esto tan bien como yo. Y ahora, ¿qué deseas saber de mí?

Al mascullar Julián unas palabras sin soltar el termómetro de la boca, alzó una mano refrenadora.

—Yo mismo responderé a mis propias preguntas, ¿por qué estoy aquí? Pues porque hace ya dos años que soy ciudadano de la libre América y tengo una clientela en Nueva York. Ya sabes que Viena no acoge muy bien a los hombres de mi raza… En mi calidad de americano ofrecí, pues, mis servicios a la Unión al estallar la guerra y serví como cirujano en dos frentes: con MacClellan en la Península; con Rosecrans en el Oeste; con Grant ante Vicksburgo. Sí; yo estaba en las trincheras, a unas cien yardas de distancia de ti y de tus soldados. Y te vi el día en que bajaste al cráter para salvar la vida del infeliz artillero…

Arrebató el termómetro de labios de Julián y lo miró abstraído. Por encima del cilindro de cristal, Julián sintió la sonda de los ojos de Luis Rothschild, «Ha hablado sin descubrir a Juana», pensó; y dijo rápidamente para romper el silencio:

—Juana me ha confiado que en ocasiones necesita de los servicios de un médico. Claro que no pude soñar que…

—He ocupado puestos más singulares todavía —dijo Luis—, y también he pasado por infiernos más tenebrosos que los de tu Confederación, Julián. —¿Estuviste en Andersonville?

—Tu penetración es muy aguda, amigo mío. Estuve cuatro meses detrás de esa estacada hasta que… —El vienés hizo aquí otra pausa elocuente—. Perdona, Julián, pero ignoro todavía lo que puedo revelarte. Como ves, aún llevo los restos de mi uniforme; me da cierta importancia ser prisionero de guerra evadido. Tal vez sea prudente que no me preguntes por qué estoy aquí… o cómo he llegado.

—¿Tengo yo aspecto de ser un enemigo, Luis?

—No, claro está. Los dos somos cirujanos; nuestro trabajo es nuestra vida. ¿Cómo íbamos a ser enemigos?

—Entonces habla sin reparos.

—Es que a veces resulta preferible no hacerlo, aun tratándose de un amigo.

—Bueno, pues hablaré yo. Esta casa es la estación de un tren subterráneo; lo sé hace ya mucho tiempo. Juana y su tropa de guerrilleros ayudan a escapar a los prisioneros de Georgia a través de las montañas. Y como tú eres médico, te conservan aquí. Más de un prisionero evadido necesita asistencia…, sobre todo cuando sale de Andersonville. Hizo una pausa y sonrió a Luis al sacar éste el escalplo de la manga de su uniforme y colocar suavemente la hoja de acero junto al cuello de Julia, rozando con el borde afilado la arteria carótida.

—Gracias por hacerme ver que tengo razón —dijo sin perder de vista el cuchillo.

—¿Cómo te ha sacado Juana? ¿Mediante soborno? ¿O cuidó otra persona de ese detalle?

—Lo ignoro —contestó Luis.

—En realidad importa poco. Bueno, no me cortes el cuello, porque no pienso decir una palabra a nadie. Sabe que la dama que te ha rescatado es casualmente mi mujer.

—Lo sabía también —repuso Luis—, me lo contó ella la noche de mi llegada. —Guardó el escalpelo y sonrió a Julián—. Pero me preguntaba si lo recordarías.

Julián sintió que una gran lasitud le invadía dulcemente. Constituía un alivio muy singular saberlo todo, poder afrontar los riesgos que Juana estaba corriendo. Y se regocijaba de que hombres del mérito de Luis estuvieran junto a ella.

—¿Dónde está Juana ahora?

Luis se apoyó en la columna y le puso un cigarro encendido entre los dientes.

—Pues ahora da órdenes a Amós…, y confiesa que es tonta por tenerte aquí. Y Amós está de acuerdo, sinceramente de acuerdo.

—Habla por ti, Luis. El cirujano vienés le miró pensativo.

—Tú siempre fuiste un caballero andante, Julián. Y los caballeros andantes saben interceptar el paso en los momentos de crisis. Es mi opinión que High Cedars pasará por una de ellas.

—¿Quieres decir que descubrirán a Juana?

—Es una opinión, amigo mío, no una convicción. Claro que en Atlanta hay…, ¿cómo lo diría yo…?, contraespías a docenas. Por fortuna la mayoría son simples aficionados. Y hasta ahora no creo que ninguno sospeche directamente; Juana ha sido

sumamente discreta.

—¿Cuánto tiempo hace que tú…?

—Estoy aquí desde el mes de julio. El puesto estaba ya establecido. Como adivinaste, he asistido y ayudado a recuperar la salud a muchas almas aquí; otros hombres se sintieron bastante fuertes para salir en seguida. En total hemos dado la libertad a más de mil hombres sin tropiezo. Pero semejante buena suerte no puede durar.

Así, Juana había decidido contárselo todo, al fin y al cabo; y confió a Luis la tarea. La elaborada explicación de este último era típica de su carácter También lo era la mirada de pesadumbre que ahora le dirigía el médico vienés.

—¿Qué debo hacer, Luis?

—¿Hacer? Poca cosa puede hacer un marido cuando su mujer arriesga la vida por una abstracción.

—¿Qué?

—La abstracción, mi querido amigo, es la democracia. Una gran palabra, aun en estos tiempos, —los labios de Luis Rothschild eran gruesos y rojos, pero se adelgazaron en amarga sonrisa—. En realidad, como el cristianismo, del que a veces te muestras orgulloso, la democracia es algo que nunca se ha probado en este rincón de América.

Julián abrió la boca para protestar, y luego hizo un gesto sombrío de asentimiento. Quizá Luis trazara en sus breves palabras la razón de toda aquella guerra.

—¿Le censuras que arriesgue la vida?

—No, Julián. ¿Se lo censuras tú?

—Si pudiese, la sacaría de esto. Lo sabes muy bien.

—Pero no puedes. Ella sabe por qué lucha, amigo mío. Y esto la hace ser más fuerte que tú… de momento. Es un descubrimiento muy poco agradable para un hombre. Luis fijó la vista en su cigarro.

—Como tampoco es muy agradable el permanecer inactivo a sabiendas de que la propia esposa puede morir mañana…, y no poder levantar un dedo para salvarla… Temo que acabaré por estar de acuerdo con Amós, Has sido muy tonto viniendo aquí; y Juana tan tonta como tú al recibirte.

—Más aun así, aquí estoy.

Luis Rothschild volvió a sonreír, y esta vez sus labios se mantuvieron serios y rojos.

—Creo que voy a dejarte descansar un rato, y entretanto, veré de acostumbrarme a tu presencia. Cuando despiertes come lo que quieras. Y no vuelvas a llamarme. En las caballerizas tengo un hombre con una pierna rota; debo poner el hueso en su sitio, y luego habré de asistir a los tres casos de neumonía…

Julián contempló cómo los largos dedos de Luis le introducían la aguja hipodérmica en el brazo, y cenó los ojos. El otro cirujano le dio masaje en él con el dedo pulgar para que la morfina penetrase en la corriente sanguínea. La acción

armonizaba con el momento sin que Julián acertase a definir por qué. Le convenía dormir un poco, dejar que el cuadro compuesto por Juana y por el futuro de Juana ahondara en su espíritu y que éste se los asimilara.

Poco antes de entregarse al descanso tropical originado por la droga, se dio cuenta de que éste era el único medio con que Luis Rothschild contaba para tenerle alejado de allí por el momento. En silencio, pero firmemente, se le dejaba al margen de los acontecimientos; High Cedars podía continuar su obra sin él.

13

La melancólica convicción se desvaneció de su espíritu al despertar. Era ya tarde y todo estaba en perfecta calma. Un negro alto, de uniforme, le pasaba una esponja suavemente por todo el cuerpo. Julián permaneció callado e inmóvil, observando la agilidad de las manos del hombre. Le hacía bien comprobar que se le asistía; era agradable saber que podía permanecer echado semidormido, que podía extender el brazo y rechazar sus pensamientos.

El negro parecía pertenecer a una clase inferior y, sin embargo, no era un sirviente. Julián había oído decir que los yanquis utilizaban tropas negras; comprendía que debía inspirarle desprecio su proximidad, y sonrió mientras aguardaba a que aquel odio imaginario se disipara. O aquel hombre era un fugado de la cárcel, o era un ciudadano libre del Norte. En uno y otro caso tenía derecho a vestir el uniforme de sus libertadores.

¿Qué habría opinado Clayton Randolph de aquella herejía? La idea hizo sonreír a Julián.

El negro sorprendió el gesto y respondió a él con otra sonrisa.

—¿Se encuentra mejor?

Julián se le quedó mirando a su pesar. La voz del negro carecía del acento característico y la modulaba tan bien como él la suya.

—¿Quién es usted? —interrogó.

No pretendía que la pregunta fuera tan breve y seca, Pero sí había supuesto que la manera de hablar de aquel hombre debía de ser como la apagada y susurrante del Sur; que tuviera, agregó vivamente, aquel timbre constante, servil y quejumbroso a un tiempo,…

—El doctor Noah Heath, su servidor, caballero.

En la cortés presentación no había la menor ironía. Aquel hombre no parecía haber nacido para servir a nadie. Julián consideró atentamente di hecho mientras procuraba conservar la compostura.

—¿Doctor dice usted?

EL negro sonrió.

—Es muy natural que le sorprenda, doctor Chisholm. Mi titulo es de la Universidad de Londres; mi clientela, de Nueva York. ¡Soy ayudante del doctor Rothschild!

—¡No me diga que los capturaron a un tiempo!

—El doctor Rothschild trabajaba en un puesto de las avanzadas cuando fue hecho prisionero; yo me hallaba en la base. —El doctor Heath tenía una sonrisa suave y desgarradora—. Y aquí soy útil también.

Julián parpadeó. El ferrocarril subterráneo tenía dos vías, naturalmente. Era imposible que hombres como Heath supieran al entrar a su servicio que Louis Rothschild había estado preso en Andersonville, y que solicitara trabajo en aquella

área. Julián trató de representarse la abnegación que hacía atravesar a un negro tantas millas de terreno hostil.

—¿Y dice usted que… trabajan juntos en Nueva York?

La pregunta era difícil…, y más difícil todavía imaginar aquellas manos oscuras junto a las de Luis Rothschild, compartiendo el mismo caso.

—¿Por qué no, doctor? Los dos salimos de Liverpool en el mismo barco el año anterior a lo de Sumter, —la sonrisa del negro seguía siendo suave; sus ojos parecían contemplar sin rencor el duro pasado—. Ninguno de los dos se hizo muchas ilusiones aquel año; todos los amigos nos escribían lo que podíamos esperar de América. Un negro y un judío…

—¿Y, sin embargo, prosperaron ustedes?

—Sí, uniendo nuestros esfuerzos. Luis abrió a su nombre una sala de consulta; como digo, yo era su ayudante… secreto. La guerra y la pericia le llevaron una clientela inmensa casi en seguida. —Heath levantó con orgullo la barba—. Yo tenía mi parte en el negocio, naturalmente. Y empecé a tener clientes también, aun antes de que nos alistáramos.

—Así, ¿fueron juntos a la guerra…?

—¿Qué menos se podía hacer? Claro que sólo pude ingresar en el Ejército de la Unión como suboficial, pero… —las manos negras hicieron un ademán elocuente, y, por primera vez, reparó Julián en el vigor de los largos dedos— de haber sido preciso, hubiera ingresado como ordenanza de Luis. Cuando le hicieron prisionero le seguí, en espera del día en que podamos volver a trabajar juntos.

Julián afirmó con la cabeza. De momento no se atrevió a hablar. La esclavitud, se dijo con firmeza, era un borrón mortal del Sur, un anacronismo feudal. Y sin embargo, el anacronismo persistía aun en los corazones sudistas más liberales. El mismo no podía imaginarse a aquel negro como a un colega… ¿Sería posible que fueran iguales algún día a los hombres blancos? ¿Que pudieran ejercer y discutir juntos los problemas de la profesión… como amigos? Luis Rothschild, el judío emigrado, lo estaba demostrando. ¿Podría él, Julián Chisholm, de «Chisholm Hundred», dar por buena esta demostración? ¿Sabría regocijarse de que un viento nuevo de libertad soplara, por débil que fuese, en el corazón del mundo enemigo?

—Doctor Heath, es usted un hombre valiente —confesó.

—Soy leal a mis amigos —dijo el negro—. No me juzgue un héroe. —Una vez más dedicó a Julián aquella sonrisa suya indefinible, concluyendo—: Cada vez que me asomo a esa ventana, experimento el mismo temor a ser herido.

Se volvió al oír ruido de pasos en el vestíbulo. Los dos hombres guardaron silencio al aparecer en la puerta un muchacho rubio, alto, con el uniforme azul, que traía una bandeja con alimento. Era el chico de una granja, a juzgar por su modo de andar y su sonrisa.

El muchacho dijo:

—Le esperan en las caballerizas, doctor.

Julián se levantó a medias en la cama creyendo que el soldado se dirigía a él; aún no podía creer que un hombre blanco se dirigiera a un negro con tan marcado respeto. Seguía mirando con los ojos muy abiertos cuando el doctor Heath salió de la habitación, tras de dirigirle una breve inclinación de cabeza. El muchacho se dio cuenta de su actitud; puso la comida sobre sus rodillas y siguió al doctor negro, sin pronunciar una sola palabra.

En la bandeja había un vaso de leche y un plato de sopa que exhalaba rico aroma. Julián comió y bebió maquinalmente, sintiendo renacer el vigor en todo su cuerpo…, y aguardando esperanzado una expansión paralela de la inteligencia. Pero su mente era obstinada. Se negaba a tomar ejemplo de la evolución social que acababa de presenciar.

Se preguntó si la visita del doctor Heath habría sido idea de Juana. Al abrirse él paso, por decirlo así, en Hight Cedars, ella le había prometido una serie de revelaciones. La presencia de Luis constituía un buen principio; Heath, un contrapunto sorprendente. ¿Qué otras sorpresas le reservarla él porvenir? Ni siquiera su cuerpo de guerrilleros le había sorprendido tanto como aquellos dos cirujanos. Y, sin embargo, le inspiraba una confianza singular el hecho de que ayudaran a Juana en aquella azarosa empresa.

Sus músculos sentían una vez más una languidez tan persistente que estaba seguro de que la comida contenía algún sedante. Debía de ser obra de Luis Rothschild; su amigo se había dado cuenta al punto de que un reposo absoluto era la única prescripción que él necesitaba de momento. También era evidente que Luis estaba decidido a mantenerle al margen de los acontecimientos hasta que su adaptación a aquel nuevo mundo fuera completa… Por ello descabezó otro sueño, con la convicción de que el doctor Noah Heath, de pie junto a su cama, le miraba sonriendo con una comprensión que él se sentía incapaz de imitar.

Se incorporó vigorosamente sobre el nido de almo, hadas, dándose cuenta de que había dormido mucho y de que su cansancio había desaparecido totalmente. La habitación estaba a oscuras, a excepción del tenue rayo de luna que entraba por la ventana. De momento se contentó con dirigir una mirada asustada alrededor, para asegurarse de que estaba solo. Luego, sin saber apenas lo que hacia, sacó con cautela un pie, luego otro, de la cama. Recordó a tiempo que el colchón quedaba a unos buenos cinco pies de la alfombra y bajó hasta este nivel agarrado a una de las columnas.

Las piernas no parecían guardar la menor relación con el resto de su cuerpo y la herida le dio un toque de atención; no obstante, avanzó resuelto tres pasos en la oscuridad antes de detenerse a escuchar. El sonido se repetía al otro lado de la ventana; ya lo había oído al final del prolongado sueño. Era el ruido inconfundible de los cascos de un caballo, el *sonido* metálico del bocado y el de las riendas.

La ventana parecía hallarse muy lejos, pero Julián se iba sintiendo más fuerte a cada paso que daba. Al mirar por la ventana descubrió, no sin sorpresa, que caía

sobre el jardín cerrado que se hallaba detrás del *living-room*. Las hojas del magnolio le impedían divisarlo en toda su extensión; veía tan sólo entre ellas una pequeña parte de él… aunque fue suficiente para que adivinara que formaba un largo rectángulo entre las dos alas de la casa, y que un elevado seto de adelfas y un emparrado lo cerraban por uno de sus extremos. Veía claramente el emparrado junto a la sombra del magnolio; debajo del elevado arco verde, formado por las vides, estaba el paseo que llevaba al campo de deportes, situado detrás del edificio. Interrumpió su examen el galope del caballo en la oscuridad. La voz de un hombre habló con voz suave al animal, luego caballo y jinete surgieron junto al paseo, pasaron por debajo de la parra y entraron al paso en el reducido jardín.

Al mismo tiempo, Julián oyó abrirse debajo de él las puertas del *living-room*. Un rectángulo de luz cayó sobre el jardín, poniendo de manifiesto las patas y el cuarto trasero de una docena de caballos; la inquietante masa que estaba debajo del magnolio era en realidad un grupo de hombres montados.

La luz animó el cuadro, y lo que vio Julián le demostró hasta qué punto jugaba Juana con la muerte, pues una mitad de los guardias que había en el jardín llevaban el uniforme yanqui. Los otros eran los mismos guerrilleros que tan vívidamente recordaba desde Santa María; el hombre que acababa de pasar por debajo del emparrado era Amós, su guía y su jefe. La claridad de la lámpara reveló la visera de una gorra, el plano tostado de una mejilla, la insignia de una charretera, oxidada tal vez por la larga permanencia en una prisión…, que volvía a relucir en aquel santuario…

—Coronel, por favor —dijo Amós—, y usted también, Saunders.

Un oficial a caballo y el muchacho rubio que había subido la bandeja por la tarde se destacaron del grupo y se dirigieron al emparrado. Un tercer jinete, que parecía estar más inseguro a caballo que sus acompañantes, los siguió. Amós levantó vivamente el brazo.

—Usted no, señor. Está convaleciente todavía.

—El doctor Rothschild asegura que me sentiré mejor cuando corra por la carretera.

Estas palabras no fueron más que un sordo murmullo. Julián no podía ver la cara del hombre por debajo del sombrero blando que llevaba, pero adivinó su demacración y sus ojeras.

Amós miró en dirección a las abiertas puertas de cristal y el invisible *living-room*.

—¿Es cierto, doctor?

La voz de Luis Rothschild se elevó en el aire y recalcó con indiferencia:

—Está mejor que nunca, Amós… hasta que se encuentre en la línea de batalla. Adelante.

Ya no habló más. Los tres yanquis pasaron por debajo del emparrado pegados a los talones de Amós. Un segundo guerrillero se colocó en su sitio, a retaguardia, y la pequeña fila de jinetes se desvaneció sin ruido en las tinieblas. Julián se pegó a la

pared para ver cómo se alineaba la segunda fila de hombres a caballo. Se hundirían en la oscuridad, lo mismo que sus predecesores; seguirían los caminos apartados, buscarían todo punto que pudiera cobijarlos, correrían como locos en cuanto pudieran. Avanzando en pequeños grupos con un gula experimentado recorrerían sesenta millas, desde que se ocultase la luna hasta el amanecer. La luz del día los hallaría en su escondite; allí encerrarían y darían pienso a los caballos, y sus cansados cuerpos se entregarían a un profundo sueño.

Julián oyó un ligero ruido a su espalda y se volvió pesadamente. No había nadie en la habitación, pero el sonido se repitió: era un roce metálico contra cristal. Julián reparó ahora en que el rumor salía de la habitación vecina; vio por vez primera que en el alféizar de la ventana se dibujaba una ancha línea luminosa, y adivinó que Juana estaba allí. El ruido que acababa de oír era el de la cadena de metal de la lámpara.

Sin transición se halló junto a la rendija abierta de la puerta; sus desnudos pies no hicieron ruido al empujarla para abrirla un poco más. Si aquello era espiar, no se dio cuenta de su deslealtad; olvidó todos sus escrúpulos ante el espectáculo que se ofreció a sus ojos.

Juana estaba sentada en un banquillo delante del espejo de caballete y se subía el pelo para meterlo dentro del pañuelo que había llevado a bordo. El rústico tocado Ofrecía un contraste notable con su vaporoso *deshabillé*, y el sombrero blando que colocó encima lo hacía más gracioso todavía. Julián contuvo el aliento al verla inclinarse sobre el espejo para asegurarse de que no podía escaparse de él ningún mechón revelador. Sus dedos desataron presurosos los lazos del *deshabillé*. Al levantarse del banquillo, la prenda resbaló cintura abajo. Se salió de ella y permaneció un momento delante del espejo de caballete, desnuda, a la luz de la lámpara; sus senos pequeños y orgullosos se levantaron al retocar sus manos el fantástico tocado una vez más. Julián se asió al umbral de la puerta con los dedos de los pies; un segundo más, y una fuerza que no conseguiría dominar la haría caer como una catapulta en la habitación de Juana. Pero mientras titubeaba, ella se liberó de la masa de sedas que tema a sus pies y desapareció al otro lado de la puerta abierta de un armario.

Julián oyó el galope de un caballo en el Jardín y comprendió que acababa de salir de él otro grupo. Alguien podía entrar en la habitación en aquel momento; la misma Juana podía volver y descubrirle, pero no se resolvía a volver a la cama.

Sus ojos habían descubierto ya la pistola sobre el tocador. La recordó también, así como la indiferencia con que ella se la había colocado al cinto en Santa María. El cuadro quedaba completo cuando salió al fin del escondite de la puerta del armario, y, aun así, él la miró inexpresivamente: le costaba trabajo creer que fuera realmente Juana.

Por lo visto había comenzado a transformarse por la cabeza. Ahora llevaba el guardapolvo de hilo que le llegaba casi a los tobillos; debajo distinguió Julián una camisa de hombre, los pantalones que adquiriera en Londres, un par de botas

polvorientas que le llegaban a la rodilla. Aún a la luz del día hubiera pasado por un muchachito esbelto… gracias al amplio abrigo de hilo que disimulaba su figura y al sombrero de alas anchas que le dejaba la cara en sombra.

El atavío hubiera parecido estrambótico en otra mujer; en Juana parecía tan natural como el paso que dio para acercarse al tocador, como la pistola que se metió en el bolsillo, como el grueso fajo de billetes de Banco que llevaba en el otro. Hubiera podido pasar, se dijo Julián, por un plantador que se dirigía a la ciudad para abastecerse; o por el hijo de un plantador que deseaba hacer una escapatoria…

Tiró de la puerta y la cerró antes de que Juana se volviera después de una inspección final delante del espejo. Cuando la puerta se abrió y ella entró de puntillas en la habitación, Julián ya estaba en la cama respirando con fuerza para fingir que dormía a pierna suelta. Mientras la observaba por entre los semientornados párpados, adivinó que ella venía a su habitación todas las noches, a la misma hora, para asegurarse de que descansaba tranquilamente. La noche anterior entró vestida para ir a un baile de caridad que se daba en Atlanta; al presente era una intrépida amazona que lo arriesgaba todo para cabalgar, una vez más, en compañía de sus guerrilleros.

Apretó los puños bajo la colcha y todo su cuerpo se crispó al inclinarse su mujer sobre él. Su proximidad era algo intolerable, no la podía soportar… pues cada vez le era más apremiante retenerla junto a él, obligarla, fuera como fuese, a abandonar aquel peligroso juego que únicamente podía tener un fin.

«Luis Rothschild tiene razón —pensó—; éste es un triste papel para cualquier mando». Pero también Luis convenía en que era inútil pretender disuadirla, Juana llegaría hasta el fin por más protestas que él hiciera, Al volver a sentir sus manos frías en la frente, se dio cuenta de que la había engañado después de todo. Ella le creía dormido, creía poder marcharse sin ser observada. Incluso se inclinó más para depositar en sus labios un beso leve antes de salir con ligereza de la habitación.

Mas antes de que se extinguiera el ruido de sus pasos en la escalera, Julián había saltado de la cama. Al volver a asomarse a la ventana vio al propio Luis saltar debajo del dosel del magnolio para tener su caballo de la brida; su corcel era gris castaño oscuro y tenía aire de buen corredor. Luis guió al caballo hacia la arcada del emparrado y el resto de la cabalgata le siguió. Al contar las cabezas, vio Julián que el grupo que se disponía a partir era el mayor de todos; por lo visto, Juana se aprestaba a correr los mayores riesgos.

Era desgarrador para Julián tener que permanecer estático junto a la ventana y verla marchar entre sus hombres. Los nudillos se le pusieron blancos al contemplarla subir a la silla y ponerse a la cabeza de la cabalgadura, dirigiéndose al emparrado; pero el grito que se disponía a lanzar se apagó, sin vibrar, en su garganta.

Luis volvió a la casa al desaparecer entre las vides el último jinete; se apagaron las luces del *living-room* y el jardín quedó vacío de vida y de sonido. Julián estuvo largo tiempo apoyado en el alféizar de la ventana. En medio de la cálida noche, las blancas flores acampanadas del magnolio parecían ojos soñolientos. Cuando volvió,

al fin, a meterse en la cama terna la piel fría por efecto de un malestar mucho más profundo que el de la fiebre.

14

El doctor Noah Heath sacó la botella del aparador y la puso, con una leve inclinación de cabeza, delante de Juana. Hecho esto volvió a ocupar su sitio en la mesa, entre Amós y el doctor Luis Rothschild. Julián Chisholm, que estaba sentado a la derecha de la dueña de la casa, concentró su atención en el diálogo y trató de no mirar fijamente al negro. Su mente no había dejado de hacerle notar durante la cena que compartía su pan con un hombre de color. Y el hecho de que fueran a brindar, y Juana no diera muestras de querer levantarse de la mesa, no era menos inquietante.

Era el segundo día que bajaba al comedor. Hasta el último vestigio de fiebre había desaparecido ya hacia largo tiempo, mas había preferido permanecer recluido en su habitación. Las voces de Luis y de Heath bajo su ventana, mientras transcurrían los días del veranillo de san Martín, denotaban que «High Cedars» seguía vacío y que en la casa ya no quedaban más que los enfermos encerrados en la sala a ellos destinada. Julián no se había atrevido a pedir noticias de juana aunque era evidente que continuaba ausenté. Cada vez que daba un paseo por la habitación poniendo el pie con precaución sobre el entarimado para probar la resistencia de la pierna herida, resistía a la tentación de abrir la puerta que le separaba de la habitación de Juana. Jamás se había sentido tan solo… ni tan abandonado en su soledad.

Luis se mostraba muy afable con él y la grave cortesía de Heath seguía inalterable, cuando uno u otro le subían la bandeja a las horas de comer; mas Julián se daba cuenta de que entre los tres hombres se elevaba una barrera invisible, como si sus amigos temieran sus preguntas y estuvieran decididos a no contestarlas.

Cuando la opresión de las cuatro paredes del dormitorio se le hizo intolerable, descendió, por fin, a la planta baja. Ellos le recibieron con la cortesía profesional intacta, admititiéndole, como la cosa más natural, en la sala destinada a los enfermos, empeñados en que pasara la tarde a la sombra del emparrado. Mas volvió a darse cuenta de que preferían tenerle aparte bajo el soleado cobijo de las hojas de parra y de que la salida de los enfermos funcionaba mejor sin su visita de inspección.

La misma sensación se había posesionado de su espíritu la noche anterior, al despertar de un agitado sueño y oír a Juana en el jardín, bajo la ventana. Al verla tambalearse de cansancio, antes de entrar en la casa, ciñéndola Luis por el talle, al oírla subir después la escalera, hubiera querido poder llamar a la puerta de su cuarto. Mas, en vez de esto, escuchó en la oscuridad como un paria que no tiene derecho a consolar. Como sólo les separaba el lienzo de la puerta, oyó el susurro de sus faldas, la oyó desnudarse, oyó, en fin, el hondo suspiro que ella exhaló al meterse en la cama para entregarse al descanso, y él estuvo dando vueltas por su habitación, más de una hora, hasta que los dolores de la pierna le obligaron a acostarse a su vez.

Mientras estaba sentado a la mesa del comedor de «High Cedars», paseaba, con la imaginación, por aquella misma alfombra. Su deber le imponía el cumplí, miento de la promesa de salir, aquel mismo día, de la casa, pero se preguntaba si aquello sería o

no superior a sus fuerzas. Asimismo se preguntaba si habría algo más de lo que saltaba a la vista tras la aparente animación de Juana. Era, en suma, intolerable, tener que formar parte del grupo, como un intruso, mientras escuchaba silencioso la conversación en una lengua que él simulaba comprender.

Los ojos de Whit Cameron buscaron los suyos, desde el otro lado de la mesa, y Julián vio que, como de costumbre, el jugador leía perfectamente su pensamiento. Whit había llegado a Atlanta al anochecer; su coche esperaba aún frente a las caballerizas. Julián recordó la cordialidad con que los comensales le habían acogido… y la noticia que él les dio (era ahora algo más que un rumor) de que el general Sherman daría comienzo a la invasión de Georgia antes de la primavera. Whit dijo:

—Ahora que tengo delante el jerez voy a pronunciar un brindis. Brindo por el ama de la casa, naturalmente. La única dama a quien conozco capaz de presidir esta reunido con sumo tacto, belleza y gracia.

Y así diciendo se puso en pie. Su severo traje negro de etiqueta le hacía parecer más esbelto, y si bien oscilaba un poco por efecto del vino ingerido, tenía perfecto dominio de su lengua y de su pensamiento. Al expresarse así, recorrió con la vista la mesa, y Julián se dio cuenta de que sus ojos seguían idéntica dirección. Era cierto: un quinteto singular era el que rodeaba a Juana en aquel momento. Amós, hosco y vigoroso, con su traje de *homespun*; los dos cirujanos yanquis con los azules uniformes remendados; él mismo, con su uniforme gris, algo menos usado… La elegancia de Whit contrastaba vivamente con aquellos dos ejemplares de la bien reñida contienda. Como también la alegre desenvoltura con que levantó la copa a la luz de las bujías.

—Caballeros, ¡por la señora Kirby Anderson! Las damas se alzaron al unísono; incluso Amós resplandeció al ponerse de pie de un salto y unir los tacones. Sólo Julián titubeaba.

—El apellido de la señora es Chisholm —dijo—, pero me adhiero al sentimiento que mueve a todos ustedes.

Al beber saludó profundamente a Juana; luego estrelló la copa contra la pared. Amós profirió un alarido y le imitó. Juana aceptó el honor que se le hacía con los bajos; ninguna bella del Sur hubiera estado más atractiva que ella. Vestía de blanco y oro; su vestido, de gran escote, constituía un grito lejano del luto de viuda.

Salió rápidamente de su abstracción y les dedicó una sonrisa imparcial.

—Confieso que la situación es algo violenta —murmuró—, pero, de todos modos, ¡gracias a todos!

—¿Se refiere a mí esa observación? —Estas palabras se le escaparon a Julián involuntariamente; apenas las recordaba ya.

—¿Es necesario que lo preguntes? —dijo Whit.

Julián esperó a que hablara Juana, pero ella dejó que las palabras del jugador se apagaran en medio de un gran silencio, sin hacer ningún comentario.

—Lamento ser aquí una nota… discordante —dijo en vista de ello—. Por desgracia, no puedo borrar mis antecedentes.

—Ni nosotros tampoco, Julián —observó Luis.

Noah Heath interrumpió el nuevo silencio sin mostrar el menor azoramiento.

—Todavía hay familias en Viena que no partirían el pan con Luis. Yo le agradezco, doctor Chisholm… que lo haya compartido conmigo.

—Le aseguro, doctor Heath… —Julián se sonrojó fatalmente—. Si esto ha de formar parte de mi educación… también yo le quedo reconocido. Mas no puedo dejar de preguntarme: ¿qué diría nuestro amigo Crandall si entrara ahora en este comedor?

La risa de bajo de Amós desvaneció la tensión general.

—No se preocupe, doctor. Que venga; yo sabré cómo recibirle.

—Sin embargo, insisto en mi idea; vale la pena —replicó Julián. «Soy aquí un intruso, pero me distinguiré», se dijo—. ¿Qué pensaría de nosotros el sudista que nos viera comer a los seis en paz?

—Comprendo adónde quiere ir a parar, doctor, —repuso Heath—. Soy el hueso que se disputa en esta guerra… y aquí me tiene, aceptado por todos ustedes como un igual. Junto a mí se halla el hombre que huye del *ghetto*, de un mundo más antiguo para seguir su destino en éste; a mi derecha se yergue un monte blanco que sabe, aún ahora, que el porvenir de su pueblo y el de mi pueblo son uno y lo mismo.

Las manos negras se extendieron en ademán elocuente sobre la mesa. Heath miró un instante a los comensales antes de continuar diciendo:

—Frente a mí está Whit Cameron…, jugador, y cínico a su manera. Sin embargo en más de una ocasión lo ha arriesgado todo para llevar ordenes y dinero a través de las lineas.

Sus ojos se posaron en Julián con suavidad.

—En cuanto a usted, doctor… no puedo resumirle en una sola frase. De momento se ocupa activamente en acallar sus prejuicios; el papel que desempeña su esposa en nuestro grupo le tiene muy preocupado. De esta señora —aquí se levantó con aire solemne y ofreció a Juana su homenaje con viva sonrisa— sólo, diré que nadie alabará bastante su devoción por el mundo nuevo que ha de surgir de tan amargas cenizas, —sonrió a todos y volvió a sentarse en la silla—. Sí, doctor Chisholm, convengo con usted en que muchos habitantes del Sur se quedarían perplejos si pudieran vernos esta noche.

—Gracias por excluirme —dijo Julián.

—No le excluyo del todo. Admita que aún está algo escandalizado de ver que sé hablar en su idioma.

Julián hizo una seña afirmativa y su tensión se disolvió mucho en la risa general. Whit la interrumpió dando una palmada sobre la mesa.

—Esta es una reunión seria, incluso para ti, Julián —observó—. Voto porque le comuniquemos la noticia.

Recorrió la mesa con la vista y recogió signos afirmativos. Sólo Juana seguía

abstraída. Al volver a mirarla, Julián reparó en que estaba pálida y que su actitud contrastaba vivamente con la de poco antes. Su voto ya estaba dado. Era irrevocable.

—Punto primero —dijo Whit—. Hemos acabado nuestra misión aquí. Amós se llevará a medianoche a los últimos ocupantes de la sala destinada a los enfermos. El resto partirá al amanecer.

— ¿Se le permite a un extraño preguntar por qué?

—Ciertamente, Julián. Los yanquis confían en tomar Atlanta este verano, ¿te sorprende? Julián meneó la cabeza. La captura de las vías férreas implicaba —y él lo sabía como todo oficial con federado— el final de la guerra. Había visto rodar hacía atrás en Chickamauga al *juggernaut* yanqui y temía que fuera sólo un momento de tregua.

—Los confederados están preparados para una invasión —siguió diciendo Whit con calma—. Y cuando se verifique, operarán detrás de las líneas veinte Tracy Crandall por lo menos. Por consiguiente, Juana compañía se *tienen* que marchar; lo que no puedo decirle es adónde. Sabe únicamente que esta despedida debe ser la definitiva.

—Cuenta con mi promesa —dijo Julián; y añadió, con los ojos fijos en Juana—: Esta vez comprendo por qué deberé mantenerla.

Whit hizo un gesto de asentimiento.

__Si me atreviera a volver en tu compañía a Atlanta… —dijo—. Pero estoy seguro de que Tracy Cranme espera; poco antes de salir de allá quedé en ir con él a beber una copa de coñac en el bar del hotel.

—¿Se sabe en la ciudad que estoy convaleciendo aquí?

—Justamente, Crandall da por bueno el hecho; incluso te envía recuerdos, —Whit hizo girar, pensativo, la copa de coñac—. Por ello no es prudente que volvamos juntos allá. Y menos que nunca esta noche, en que Juana va a abandonar «High Cedars», No quisiera que recibiese la visita de Crandall, el cual querrá averiguar si existe alguna relación entre tu marcha y los planes que pueda tener tu mujer para lo futuro.

Al mirar alrededor, Julián se dio cuenta una vez más de que tenía delante un frente unido. La expresión de todos los rostros era bastante amistosa, pero también resuelto. «Ahora formo parte de sus planes —pensó—; es decir, por el momento presente. Debo aceptar lo que decidan».

—Bueno; yo puedo ir a cualquier parte —dijo por vía de tentativa—, después de todo estoy con licencia.

Juana habló, con los ojos fijos en el mantel:

—Si pudiéramos salir de aquí esta misma noche, y confío en poder salir, vendrás con nosotros.

—¿Puedo preguntar hasta dónde?

—Hasta donde gustes —dijo Luis Rothschild—. A través de nuestras líneas, si deseas variar de campo.

Julián dejó que su mirada errara lentamente en torno al círculo formado por los circunstantes; los cinco pares de ojos con que tropezaron los suyos seguían mirándole amistosamente y sin pestañear.

—¿Me cree cualquiera de ustedes capaz de cambiar de campo?

Whit dijo con voz suave:

—Esperaremos que lo hagas, Julián.

Y Luis Rothschild agregó:

—Tú estás de parte de la Humanidad. ¿Qué importa el campo cuando se trata de salvar vidas?

Julián respondió:

—Es que sigo siendo sudista.

—También yo —replicó Juana—. Pero prefiero llamarme americana.

Una vez más hubo Julián de confesar que los motivos del Sur para declararte en rebelión, y la implacable devastación que debía ser su resultado… quedaban retratados en aquella frase. El Norte, y todos los hombres del Sur, bastante avisados para reunirse bajo su bandera, luchaban por un ideal. También luchaban por un ideal tos ardientes hombres grises… Pero el ideal del Norte se fundaba en el sentido común, en los latidos de los corazones del mañana: el ideal yanqui podría florecer con el tiempo. El ideal de la Confederación, en cambio, se había hecho afín al primer soplo del poder; sólo su romántico fantasma quedaba para conducir a sus devotos a la muerte.

Y, sin embargo, oyó cómo su propia voz respondía a Juana con firmeza:

—Soy todavía oficial de la Confederación. Y si Dios me ayuda lo seguiré siendo hasta el fin.

—¿Nos hará enemigos esa resolución, Julián?

—Sólo si tú te empeñas…

Juana seguía sonriendo, pero contrajo las pupilas.

—Insisto en que debes acompañarnos cuando nos vayamos al Norte.

—¿En calidad de prisionero tuyo?

—No; volverías con Luis —dijo Juana—. Nosotros tenemos que incorporarnos a la caballería yanqui junto al Chattahoochee… —Amós se agitó en la silla, pero ella le redujo a silencio con una mirada—. Formaremos un grupo considerable, Julián; ya sabes que los yanquis han llegado otras veces muy cerca de Atlanta. Amós cree que te estoy revelando un secreto. Todo importa poco con tal que puedas volver a Tennessee. A decir verdad, yo estaría más tranquila sí te supiera preso en un calabozo de la Unión.

—Muchas gracias —murmuró Julián. Los ojos de ella le reprocharon el mal pensamiento antes de volver a tomar la palabra.

—Pero no podría entregarte a ellos. Mí tarea en esta lucha es libertar prisioneros, no hacerlos. De todos modos, es una tentación.

Se paró a reflexionar un momento, y Julián descubrió el fuego de su mirada. Con

la imaginación volvía a verse a su lado, aquella noche en Florida, entre las dunas, y recordó que ella le había amenazado con entregarle a los yanquis de San Agustín. Y sonrió también al rememorar cómo se había concluido la tentación.

—Dame órdenes antes de marchar —dijo— y me esforzaré por obedecerlas.

—Son muy simples, Julián, Saldremos de aquí de día; iremos a caballo. Cuando hayamos recorrido cinco millas en dirección Norte, torceremos al oeste por el río; luego tú continuarás solo por el camino de portazgo…

—¿Y luego?

Juana replicó con acento inexpresivo; Julián comprendió que se esforzaba por mantenerse así.

—¿Luego? Te acordarás de que eres militar y confederado, de que eres un caballero y harás lo que quieras. Sólo te pido que te alejes de Atlanta y evites un encuentro con Crandall hasta que nosotros nos hayamos puesto en contacto con las tropas.

—Eso no es contestar a mi pregunta —observó Julián con voz velada.

Se miraban uno a otro por encima de la mesa; sus acompañantes permanecían al margen, un margen nebuloso, de la conversación.

—Luego, Julián, reanudarás tu tarea y yo reanudaré la mía.

Juana fijó los ojos en un punto lejano que sólo ella parecía divisar claramente.

—Creo que ahora te darás perfecta cuenta de su importancia; creo que me concederás el derecho de continuar…, y de salvarme si puedo. Es muy posible que mi tarea no cese cuando acabe la guerra, te lo advierto. La democracia está muy distante todavía de América. Y posiblemente habrá que rescatar a otra especie de prisioneros en el Norte y en el Sur… ¿Me prestarás ayuda entonces si estás vivo?

Su enjoyada mano despidió vivo centelleo al tendérsela a Julián por encima de la mesa. Al tomarla él y contestarle, su voz tenía un acento burlón.

—¿Cuando se haya acabado esta guerra cruel? Hace tiempo te dirigí la misma pregunta… y me dijiste que para siempre era una frase demasiado breve.

—Aquella noche estaba cansada —repuso Juana—. Ahora que Whit nos ha traído esa noticia de Tennessee, me atrevo a confiar un poco más.

Whit interrumpió el profundo silencio que imperaba en torno de la mesa, y Julián recordó con remordimiento su presencia.

—Juana guarda medio millón en oro en sitio donde no puede tocarse —dijo—. Proyecta invertirlo en el cultivo de la tierra comunal…

—En favor de los negros y de los blancos pobres —dijo Amós—. Todos seremos iguales, Es la sola esperanza del Sur, doctor. Si ello no nos sostuviera, todos volveríamos al punto donde estábamos. Y Noah Heath dijo con su voz suave:

—Yo trabajaré para la comunidad, doctor Chisholm. Y también Amós. Y muchos chicos de los que salvamos de Andersonville. Quizá nuestra granja sea un solo oasis en medio del desierto; pero aún así constituirá un buen comienzo. Y todas las cosas lo tienen. Demasiado pronto volverá el enemigo.

Así, aquél era el destino de la fortuna de Kirby Anderson; el sudor de los negros que habían trabajado en las tierras de Georgia convertido en oro adquiriría acres para una nueva libertad de los blancos, lo mismo que de los negros. Julián abrió los ojos desmesuradamente para contemplar mejor aquella perspectiva, luchando por abarcarla.

—Usted acaba de decir que el enemigo volverá. ¿Quién es el enemigo? ¿Sería yo por casualidad, doctor Heath?

—¿Usted? ¡Jamás! —repuso el negro—. Pero sí la clase de que usted procede. Hasta que esa clase se convierta en un mal recuerdo para el Sur, siempre tendremos entre nosotros el enemigo.

—No todos los plantadores son malos…

—No, por cierto. Entre ellos se cuentan los hombres más finos que el Sur ha conocido. Pero no pueden ejercer su influencia política seguida por el resto, usted lo sabe muy bien, doctor. Ellos no son los que han llevado sus Estados a la guerra; se han limitado a seguirlos. Cuando el poder se halla en manos de unos cuantos, se impone la inteligencia egoísta de la minoría… Por ello repito que debe derribarse la economía de la plantación tal como todos la recordamos, si este país quiere sobrevivir. Y los hombres que la implantaron, buenos y malos, deberán levantarse del polvo y las cenizas de su propio orgullo.

La voz del negro estaba llena de compasión; antes de proseguir dirigió una amplia ojeada en torno a la mesa, en demanda de apoyo a sus palabras.

—Se nos ha concedido la libertad… en teoría esta libertad nos perjudicará más acaso, y por espacio de mucho tiempo, que la antigua esclavitud. Los hombres que nos poseyeron emplearán todas las artimañas conocidas para retenernos en su poder; tal y como estamos, les somos demasiado útiles… El Norte no nos ayudará tampoco cuando termine la lucha; la Unión estará demasiado ocupada entonces en encauzar sus propios destinos en su calidad de la nación más rica que el mundo ha conocido. No, doctor Chisholm; debemos buscar la salvación en nuestra propia tierra.

Julián le interrumpió con una sonrisa.

—Celebro que no considere a los yanquis caballeros andantes o cruzados románticos.

—Tendrías que ver cómo andan actualmente ea el Norte para creer eso —observó Whit—. Nueva York, por ejemplo. Yo estuve allí hará escasamente diez días. Calles enteras están todavía negras por las hogueras que dejaron tras de sí este verano los desórdenes de los destacamentos. Eran suplentes que exigían su peso en oro, y lo obtenían. A primera vista se diría que toda la población esquiva la guerra y hace dinero… estafando al Gobierno. O convirtiendo las acciones de ferrocarriles en una fortuna… Como, por ejemplo, nuestra antigua amiga Lucy Sprague.

Al decir esto dirigió una mirada de inteligencia a Julián y sonrió al observar que volvía la cabeza.

—Si te contara lo que han hecho sus fábricas gracias a sus contratos con el

Ejército, no me creerías. Por cierto que comí con ella en su mansión de la Quinta Avenida… para discutir un trámite del contrabando del algodón, y me encargó que te saludara en su nombre.

—No menciones a Lucy Sprague —saltó Julián—. Habla de nosotros.

—Pero es que Lucy Sprague tiene importancia —manifestó Whit—. Lucy es un horrible ejemplo. Ella y unos cuantos millonarios yanquis de nuevo cuño proyectan llegar a obtener el poder para siempre. Y utilizar sus millones de manera que les den a ganar más millones, y menos democracia. —Y aquí saludó a Juana—. Nosotros —dijo— actuamos a la inversa. ¿Estás tú con nosotros?

—Por completo. No necesitas preguntarlo.

—¿Nos venderás «Chisholm Hundred» cuando llegue la paz… para que empecemos allí nuestros experimentos?

Julián sintió el silencio que imperaba súbitamente en torno de la mesa; sintió fijos en él una vez más los ojos de Juana y los vio llenos de esperanza mientras aguardaba su respuesta. Cosa rara, la pregunta no le había cogido de sorpresa. Descubría que, en el fondo, hacía tiempo que había respondido a ella. Y si vacilaba en traducirla en palabras, era sólo porque deseaba que parecieran sinceras.

—«Chisholm Hundred» es vuestro. No tenéis más que pedirlo —dijo al fin—, estoy seguro de que su porvenir no puede hallarse en mejores manos. Pero aún visto el uniforme… y la guerra dura todavía.

—Gracias, Julián —dijo Whit—. Gusta saber que el molde se romperá al fin.

Juana no habló, pero el cálido apretón que la mano de su mujer dio a la suya fue suficiente para Julián.

—Bien; más tarde hablaremos de esto —dijo Whit.

—Sí, más adelante… si todavía estoy vivo para poder hablar. —Julián dedicó a todos su más atractiva sonrisa y se dio cuenta de que era sincera—. Ahora, naturalmente, no puedo entregar mis propiedades al enemigo.

¿El enemigo…? La palabra no tenía ningún significado en aquella habitación. «Todos somos amigos», pensó; y le sorprendió que le hubiera costado tanto tiempo hacer el asombroso descubrimiento. Quizás aquella guerra se libraba con un deliberado propósito, después de todo. Si seis personas oriundas de distintos Estados de América podían trazar, sentados en torno a una mesa, el mapa de un porvenir común, aún podía esperarse algo de la nación americana. En una democracia… y en más democracia todavía.

Luego, Luis Rothschild se levantó de su sitio. La luz de la lámpara transformaba su guerrera en un escudo azul. La guerra reaparecía en el comedor, y Julián volvió a la realidad al estrechar la mano que le ofrecía el cirujano.

—Volveremos a vernos, amigo… en tiempos mejores.

El doctor Heath le dio la mano sin pronunciar una palabra. Sólo después de verle seguir a Luis recordó Julián que jamás antes había preguntado si su carne se estremecería ante aquel contacto… y se regocijó de que aquel apretón de manos le

hubiera causado la misma impresión que otro cualquiera.

Whit le dio una palmada en el hombro al pasar y se inclinó para encender el cigarro en uno de los macizos candelabros de plata.

—Sí, volveremos a encontrarnos, Julián. No señales la fecha. En Nueva York se asegura que la guerra concluirá en el mes de abril. Es raro, ¿verdad?, que los yanquis comprendan tan mal aún al Sur.

Julián creyó por un momento que Amós seguiría al jugador hasta el vestíbulo, con su expresión de lechuza. Mas en vez de esto, el guerrillero se detuvo al llegar a su lado y le aplastó los dedos contra la callosa palma de su mano.

—Celebro que esté con nosotros en espíritu, *doc*. Adiviné que así sería aquella noche en el hotel. Ahora estoy *seguro* de ello.

El comedor quedó silencioso al cerrar Amós la doble puerta detrás de sí. Julián seguía sentado, sin moverse, aguardando a que Juana hablara, y al propio tiempo deseando que aquel silencio durase indefinidamente. Era el silencio de la aceptación, de la confianza… el sello de un futuro que él sólo podía esperar al presente. Se daba cuenta de que los demás comensales se hablan retirado, dando pruebas de tacto para proporcionarle tal momento. ¿Lo aprovecharía Juana para conceder una base a sus esperanzas… o le desengañaría de nuevo?

—Es agradable hacer planes —dijo al fin—. Constituyen un solaz cuando se vive, como yo, en medio de un torbellino.

—¿Es dura tu vida hasta ese extremo, querida? Ella sonrió vagamente, y Julián comprendió que sus pensamientos la retenían muy lejos de allí. «Se alegra de que yo le haya salido al paso —pensó—. Es demasiado realista para rebosar de alegría sólo por tener de mí una promesa con la que ha podido contar desde un principio».

—Dime lo que piensas, Juana. Puede servirnos de mucho.

—Pienso dónde me hallaré mañana —repuso ella sencillamente—. O, mejor dicho, me gustaría saber dónde estaré.

El pleno significado de aquellas palabras se hundió en el silencio que reinaba entre los dos. Julián sintió que la mano de su mujer se agitaba en la suya, pero aún se aferró un instante a ella antes de retirarla.

—Me marcharé si tú lo quieres —le dijo—. Partiré esta misma noche. Obtendré un cargo en Tejas y te llevaré conmigo. Ni siquiera Crandall podrá seguirnos hasta allí. Juntos esperaremos a que concluya la guerra…

La voz de Julián se apagó al observar la mirada tranquila de Juana.

—¿Sabes cuántos hombres mueren todos los días en vuestros calabozos? Julián hizo seña de que sí lo sabía.

—Y también en los vuestros, Juana.

—Y en los nuestros —convino ella—. Yo no puedo impedir eso, naturalmente. Pero tampoco tengo derecho de abandonar mi puesto aquí ahora que la guerra llega a su momento culminante.

—¿Todavía no has hecho bastante?

—¿Crees haberlo hecho tú, Julián?

—Mi trabajo es diferente; yo no arriesgo la vida.

—La arriesgaste, sin embargo, en Vicksburgo —repuso Juana—. Y en Chickamauga. Y la arriesgarás otra vez.

—Tú también, creo yo —dijo él con expresión de cansancio—. Pero no nos torturemos uno a otro parándonos a… a comentarlo.

—Es difícil pensar en otra cosa esta tarde —observó su mujer; y al decir estas palabras se puso en pie.

Él siguió sentado, inmóvil, olvidando por una vez su dignidad herida al dar ella la vuelta entera a la mesa para colocarse detrás de su silla. Hecho esto, le toco en el hombro con la mano. No era una caricia. Era más bien el toque de un cantarada que sellaba un trato… de una vez para todas.

—Gracias nuevamente, Julián.

—¿De qué? —interrogó él, con los ojos fijos en el espado.

—Por comprendemos tan bien y con tanta rapidez. Juana salió del comedor antes de que él pudiera volverse, dejando entornada la doble puerta. Julián se quedó solo, con los ojos clavados en las casi consumidas bujías, oyendo el susurro de las faldas de Juana en la escalera; el sonido de una puerta arriba en el vestíbulo del primer piso.

Su mano tomó la botella. Pero se dio cuenta de que no pensaba paladear el primer trago del coñac ni tal vez el segundo. Tenía la cabeza ocupada por las palabras que no había pronunciado, y pensaba con lasitud en la súbita retirada de Juana, tratando de comprender el motivo. «¿Esperará que la siga —pensó—, o me habrá dejado de manera tan brusca para no tener que decirme un adiós más ardiente?».

Aquella pregunta sin respuesta le hacía fruncir el ceño todavía cuando oyó a Amós montar a caballo m el jardín. Por la arcada situada frente a la cocina vio a Noah Heath llevando bajo cada brazo un saco usado. Luis Rothschild le siguió poco después envuelto en un poncho que le llegaba a las orejas, con el sombrero de plantador colocado sobre los bucles como corona en una mascarada… Julián hubiera querido salir al campo de deportes para despedirse de ellos a voces… o aunque sólo fuera para salir de su estado de inercia Pero continuó sentado y ni siquiera se movió cuando los tres pálidos prisioneros de la limón salieron a caballo al cono iluminado por la luz de la lámpara. Eran dos muchachos semejantes a espantapájaros, que habían madurado demasiado pronto, y un veterano con la barba gris y una manga yacía.

Alguien dio en voz baja una orden en la oscuridad y la tropa salió junta del jardín. Al desaparecer aumentó el silencio que reinaba en la casa; pero Julián adivinó que todavía quedaban caballos en las caballerizas y jinetes arriba en el desván, a los que se concedían unas horas de sueño antes de darles la orden de marcha.

Juana se había mostrado razonable al retirarse tan temprano; como siempre, había concebido sus planes con mayor celeridad que el… Un trago más y estaría ebrio para preocuparse de averiguar si iba a dormir arriba o sí se quedaría allí, con la cabeza

entre los brazos.

Al ponerse en pie vacilando tiró la silla al suelo, mas salió al apagado vestíbulo sin detenerse a levantarla. Al chocar de cabeza con la base maciza del primer barrote de la escalera le miró con enojo como si fuera un enemigo. Mis arriba divisaba la sombra ea espiral de la escalera y el descansillo del piso en que se hallaban las alcobas. La puerta de Juana era la primera a la izquierda, lo recordó confusamente; la suya, la primera a la derecha.

No recordaba haber subido la escalera, aunque sabía que se había dirigido a la derecha instintivamente. Añora estaba de pie, en mitad de su habitación, y para no caer se apoyaba en la sólida pared. Al escuchar los latidos ensordecedores de su corazón, se preguntó por qué la habitación contigua estaría tan silenciosa.

Acaso Juana se hubiera puesto el traje de montar y se hubiera reunido con Amós en el camino, mientras su marido legítimo contemplaba melancólicamente la botella de coñac en la planta baja de la casa. Ño; más probable era que se hubiese encerrado bajo llave en su alcoba, y que estuviera ya sumida en profundo sueño. Al acercarse, sin hacer ruido, a la puerta de escape, su paso se hizo más firme, A pesar de que el silencio de la habitación cerrada hería más su orgullo que la imaginaria huida de Juana.

Lastimado, pues, su amor propio, y aborreciéndose por tener que confesar que aquella herida era tan real como la que le produjera la bala del yanqui en Chickamauga, levantó el puño para golpear con él la puerta cerrada, para reclamar lo que era suyo. Un sentimiento de precaución detuvo su mano a tiempo, y en vez de llamar como había pensado, puso la mano en el pomo; el corazón se le subió a la garganta al notar que la puerta se abría sin ruido de par en par, como si estuviera sólo entornada.

La lamparilla ardía débilmente junto al lecho de Juana. Julián creyó de momento que la habitación estaba vacía. Luego divisó la silueta de su mujer sobre el fondo rectangular de las cortinas que adornaban la ventana. Se hallaba de pie, con los ojos fijos en el cielo estrellado; aun antes de entrar se dio cuenta de que tenía el cuerpo rígido a causa de la espera. El vestido blanco de noche formaba una masa junto al lecho; era evidente que Juana pensaba dejarlo allí cuando se marchara. La *negligé* que llevaba brillaba como ala de mariposa en la penumbra, y su cabello seguía siendo de oro fundido aun en las tinieblas.

Julián se dio cuenta maquinalmente de todos estos detalles al cruzar la habitación para acercarse a ella; y cuando Juana se volvió, su corazón no dejó de percibir ni uno solo de sus latidos.

—¿Creías que después de lo ocurrido esta noche iba a seguir cerrándote la puerta?

Julián intentó hablar mientras sus brazos se cerraban en torno a su cuerpo, pero ya la boca de Juana buscaba la suya y se unía a ella como si no tuviera nunca que dejarla.

—Tómame, Julián. He aguardado tanto…

15

Aun antes de abrir los ojos se dio cuenta de que había algo que no marchaba. Inmediatamente después vio que se hallaba en el lecho de Juana, no en el propio; recordaba que ella se había quedado dormida junto a él con la cabeza apoyada en su hombro no hacía mucho rato. Mas la profunda paz de su sueño se interrumpió al abandonarle ella; notó cómo saltaba al suelo, mientras su mente luchaba todavía por despertar… Ahora que sabía que se había ido, comprendió igualmente que la casa despertaba, aun cuando no pareciera interrumpido el silencio de la medianoche.

Por el momento se quedó muy quieto en el lecho de su esposa conteniendo el aliento, como si esto aguzara su oído. Aunque su mente estaba alerta, su cuerpo, sumido en dulce languidez, en el éxtasis de su unión con Juana, estaba cargado de sueño; no se movió, pues, cuando oyó pasar a Juana a su habitación y la vio regresar apresuradamente llevando de bajo del brazo la caja de los instrumentos y el portamantas en la mano que le quedaba libre. Sólo al colocar ella estos objetos a los pies de la cama pudo verla con claridad.

Llevaba el traje de montar o parte de él; los pantalones ceñidos al talle por ancho cinturón de cuero, las botas altas sujetas por debajo de la rodilla. De cintura para arriba seguía desnuda todavía. El cabello le caía revuelto sobre los hombros. Medio dormido aún la vio arrancar de una silla la camisa de franela roja y dirigirse a la ventana con ella. Allí permaneció quieta un momento, echó la camisa sobre el alféizar y levantó las manos para introducir el pelo dentro de aquel pañuelo tan familiar para Julián. Un moribundo rayo de luz lunar bañaba su cuerpo, poniendo de relieve los senos, firmes y redondos; los pezones, rosados aún a aquella pálida luz, se mantenían valientemente erectos por el frío matinal.

Julián se levantó dando un grito ahogado, al tiempo que ella salía corriendo de la habitación, metiéndose la camisa, y pasaba, como si se zambullera, por la puerta del vestíbulo con la ligereza de un felino. La casa seguía sumida en silencio debajo de él cuando posó los pies sobré el entarimado. Buscó a tientas su ropa y se vistió en un santiamén. Gracias a la prolongada permanencia en el campo de batalla, el usado uniforme le era tan familiar como la palma de la mano. Al abrochar el último botón de la guerrera oyó ruido de cascos en el jardín y se asomó a la ventana.

La habitación de Juana caía sobre los espectrales pilares blancos del porche, dominaba la calzada y el túnel de cedros que formaba una curva más allá del emparrado. Julián sacó el cuerpo fuera de la ventana cuanto pudo. Una docena de caballos tascaban el freno a la sombra de la casa. Mientras los estaba observando, el jinete invisible dio la voz de alarma. De la calzada se levantó un remolino de polvo negro, y un jinete vestido de manera rudimentaria saltó de la silla al porche de un solo vigoroso impulso. Antes de que Julián pudiera distinguirle, la cara había desaparecido en el interior de la casa; oyó el crujido de sus botas sobre el entarimado del vestíbulo, y después un murmullo vivo de voces.

Al volverse, Juana le habló desde la oscuridad. Viendo que la puerta de la habitación estaba abierta de par en par, adivinó que su mujer estaba de pie en la sima de tinieblas del otro lado.

—Baja, Julián. En seguida.

La llama de una sola bujía iluminaba la escalera cuando él la siguió; Juana estaba ya vestida, llevaba un par de pistolas al cinto y el guardapolvo de hilo al brazo. Abajo contó Julián hasta once cabezas a la luz de la vela. Los guerrilleros se agrupaban, sin contar al recién llegado, en mal dispuesto semicírculo. El que hacía la docena había vuelto a la calzada para dar una friega a su caballo.

Juana dijo:

—Escucha con atención… y haz lo que se te mande. Tenemos que partir un poco antes de lo acordado. Y también que avanzar algo más de prisa.

En aquel momento estaba de pie entre los hombres; Julián seguía esperando en el último peldaño de la escalera y miraba inexpresivamente las caras impasibles que tenía delante.

—Pero, Juana… yo pienso ir con vosotros.

—Ahora no —respondió ella vivamente—. No ofrece ninguna seguridad.

Una voz dijo en la oscuridad:

—Átele usted, señorita. Y háblele mientras actuamos.

Así diciendo se adelantó unos pasos; era un mocetón ancho de hombros, con patillas que le llegaban a los ojos; de su cinto pendía, suelta, una cuerda llena de nudos, Julián observó que el grupo se cerraba al propio tiempo. Todos los ojos se posaron en el hombre de la cuerda. El de las patillas les dedicó una rápida sonrisa y tomó un cabo de la cuerda con sus rechonchas manos.

—Atadle —ordenó Juana; y se hizo a un lado para dejar sitio—. Lo siento, Julián, pero no hay más remedio.

Julián no se movió cuando el lazo improvisado cayó sobre sus hombros. Un movimiento reflejo, maquinal, le hizo retroceder cuando la cuerda le hizo caer de la escalera al suelo, pero una docena de manos le asieron manteniéndole inmóvil en el mismo punto en que estaba vuelto de espaldas al poste con que se terminaba la baranda. El cañón de una carabina brilló con apagado fulgor…, y se bajó con la misma rapidez al someterse él. Ya la cuerda le había dado una vuelta doble en torno a la cintura y bajaba en espiral para sujetarle las piernas. Julián irguió la cabeza y miró largamente a Juana, que no se había quedado atrás y contemplaba la obra de sus guerrilleros.

—Dime qué significa esto. Te escucho —dijo Julián.

—No hago más que asegurarme de que no nos seguirás —repuso ella.

—¿Podrías explicarme por qué?

—Uno de nuestros hombres acaba de llegar de Atlanta. Dice que la caballería confederada se dirige hacia aquí; Crandall les acompaña. Suman una fuerza respetable, capaz de entablar batalla con el grupo de soldados de la Unión que nos

espera junto al Chattahoochee.

Así diciendo, Juana se acercó para probar la solidez de la cuerda que le sujetaba por ambos brazos a la balaustrada.

—Por lo visto, Crandall confía en sorprendernos antes de que partamos; quiere cogernos en una trampa. Y si no lo consigue, nos seguirá hasta el vado. Como ves —agregó, señalando con la cabeza al jinete solitario que en la calzada seguía prestando sus cuidados al caballo—, ese explorador na venino para advertirnos de lo que ocurre. Tenemos que partir en seguida si queremos impedir que nos intercepten el paso.

Bien; continúo escuchando. Pero ¿porqué no…?

Juana le interrumpió, hiriendo el suelo con el pie.

—Julián, por última vez: ¡yo soy la que voy a correr el riesgo, no tú!

El hombre de las patillas se apartó del poste, hecho ya el último nudo. Julián observó las ligaduras que le ataban a él en la postura de quien va a echar a volar, y manifestó su aprobación.

—Bien, puedes estar segura de que no me moveré —dijo.

Juana le volvió la espalda y dio bruscamente una orden. Los hombres se dirigieron en tropel al porche; cada uno de ellos llevaba una bandolera extra. Los caballos se agitaron y relincharon al cargarse la última alforja.

Cuando Juana se volvió a él nuevamente, el vestíbulo estaba vacío y la mitad de su tropa se hallaba ya a caballo.

—Pronto estarán aquí —dijo—. Comprende que te estoy protegiendo, querido. Hago lo que puedo.

Julián se enderezó otra vez y se preguntó si estaría grotesco como a él le parecía.

—Creo que hablaste de ciertas instrucciones, ¿no? —Son muy sencillas. Diles la verdad… hasta cierto punto. Di que dormíamos a pierna suelta cuando oíste que llegaba un caballo por la calzada. Di que esos hombres cayeron sobre nosotros y que se empeñaron en que yo les acompañara. Diles que te ataron aquí al tratar tú de conservarme a tu lado. Crandall te creerá; no puede hacer otra cosa.

—Pero ¿y la sala de los enfermos… y las caballerizas?

—Como estás convaleciente de la fiebre, les dirás que hoy era el primer día que bajabas a la planta baja. ¿Cómo puedes saber que esto es un nido de guerrilleros de la Unión si yo no te lo he dicho?

Una voz ronca lanzó un grito de aviso desde la calzada; al volverse Juana vio que hasta el último hombre estaba ya sobre la silla. El de las patillas sostenía al caballo por la brida; la silla vacía que esperaba a Juana era una invitación que no podía pasarse por alto.

Rodeó con los brazos a Julián y le dio un apretado beso; Julián se dio cuenta que, a pesar de todo su fuego, era el ósculo de la renunciación. Fue un beso que no podía devolver como era correcto porque tenía los brazos atados a la espalda.

—Si hubiese habido otro medio —le dijo Juana—, lo hubiese empleado. ¿Verdad que me crees?

Y con estas palabras corrió a la débil luz de la luna. Él no la vio cuando montaba, porque ya los demás caballos se habían agrupado en torno al de ella; el hombre de las patillas pasó por delante del porche obstruyéndole la v Poco después la tropa se había alineado y desaparecía sigilosa en medio de la noche. Como ni siquiera el sonido de los cascos reveló su retirada, Julián adivinó que la tropa se dirigía al campo de deportes en su camino hacia la carretera, colocando entre ella y Atlanta la mampara de los cedros.

Lo que ocurría no era una novedad para Juana. Ya había precedido a sus guerrilleros por más de un camino, y a medianoche en otras ocasiones, mientras el enemigo iba pisándoles los talones. Dios la había protegido entonces, y Dios seguiría protegiéndola. Julián no dudaba de que conseguiría escapar, de que lograría cruzar el vado del Chattahoochee y ponerse en contacto con los incursionistas yanquis; como todos sus planes, éste estaba demasiado bien concebido para fracasar. Aun así, ella era, y no él, quien se arriesgaba ahora, A él sólo era dado contemplar las nudosas cuerdas con que le habían ligado por orden de su mujer y desearle suerte… aun después de desvanecerse la agitación producida por su marcha al rodearle como una mortaja el profundo silencio que imperaba en la casa.

¿Qué sucedería si Tracy Crandall no se detuviera al llegar bajo el emparrado, si pasara de largo por «High Cedars»? Julián puso a prueba los nudos de hierro que *Patillas* había hecho con tan evidente destreza y se dio cuenta de que sólo un cuchillo podría cortarlos. Y era posible que transcurrieran días, semanas tal vez, sin que «High Cedars» volviera a recibir nuevas visitas. Abrió la boca para gritar, mas ahogó el alarido en su garganta a tiempo. Sus oídos acababan de captar un sonido familiar: el galope arrebatado de unos caballos en la calzada.

La tropa de caballería pasó bajo el túnel de cedros como una exhalación y se detuvo sobre la hierba del campo de deportes, con las carabinas en la mano. Desde su puesto vio Julián a la luz de la luna un banderín al apearse su portador sobre la hierba. Entonces se preguntó si le verían también, y si harían un buen blanco en el caso de que no reparasen en su uniforme a tiempo.

Mientras procuraba empequeñecerse a la luz de la bujía, sonaron unos disparos de rifle por encima de su cabeza. Fueron dos tiros que se oyeran a un tiempo como si fueran uno solo. Julián oyó gemir al portador del banderín una vez antes de caer encogido sobre la hierba; otro jinete dio, como loco, media vuelta en la silla y cayó también al suelo. Los demás jinetes se habían puesto ya a cubierto con la soltura del buen veterano. Su descarga de respuesta pareció envolver el porche en llamas. Luego silbaron en el vestíbulo hasta una docena de balas. Una de ellas tropezó con el candelabro, y los cristales rotos salpicaron los cabellos de Julián.

Por encima de su cabeza volvieron repetirse los disparos. Se encogió y trató de hacerse a un lado cuando un guerrillero que bajaba la escalera con la celeridad de una liebre gigante pasó junto al poste y desapareció bajo la arcada de acceso al salón. Sin dejar de correr asió la bujía, y Julián le agradeció que le dejara súbitamente a oscuras.

Arriba se oía el disparo de un solo rifle. Julián dedujo de ello que Juana había dejado allí solamente dos hombres que, haciendo fuego desde distintas ventanas y actuando a toda prisa, lograrían engañar al enemigo por algún tiempo, siempre que los guerrilleros no se arriesgaran al ataque.

Entretanto, las descargas desde el campo eran incesantes, si bien las balas se iban espaciando. Ya no volvieron a silbar por la abierta puerta de entrada, pues los guerrilleros recorrían, al parecer, el ala opuesta de la casa. Julián aguzó el oído para escuchar mejor el fuego abierto por los confederados, mas no parecía aumentar. Los disparos hechos en respuesta desde la casa no ocasionaron más bajas, o, por lo menos, él no se dio cuenta. Si los soldados seguían con la cabeza pegada a la hierba, la situación sería mucho más favorable para él.

Sacudió la cabeza para liberarse de los mayores fragmentos de cristal y dio un nuevo tirón a las ligaduras. Un nuevo sonido llegó de improviso a sus oídos; no tenía, por cierto, nada de tranquilizador. Era una especie de chasquido fantástico que empezaba, al parecer, hacia las caballerizas, encontraba eco en el ala oeste de la finca y subía sin cesar a un punto invisible de reunión. Julián adivinó lo que era, sin atreverse a reflexionar en sus resultados. Los dos guerrilleros la adivinaban también, pues el ritmo de sus disparos fue en crescendo, hasta adquirir un sonido desesperado como si utilizaran toda una serie de armas diversas, sin pararse para volver a cargar…

Una antorcha girando como una bengala entró de pronto por la abierta ventana del salón. Antes de que diera fin a su vuelo olió Julián, por vez primera, el humo procedente de las cuadras.

—¡Sal, yanqui, antes de que te ahumemos!

—¡Ven a buscarme, Johnny!

Para ser dos tiradores solitarios, los guerrilleros seguían manteniendo un vivo intercambio de plomo, yendo y viniendo todavía de ventana a ventana, para producir la ilusión de que una compañía entera estaba dispuesta a defender «High Cedars». Por fin, un atrevido voluntario se alzó detrás de un seto de boj y emprendió carrera en dirección al porche. Se oyó el estampido de otro rifle y la bala mató al hombre cuando iba a poner el pie en el punto destinado a estacionamiento de carruajes. El hombre, presa de un mudo desaliento, levantó los ojos hasta la casa. Luego cayó de bruces, con el rostro enterrado en la arena de la calzada.

—¡Salid, yanquis, y cesará el fuego!

En el intervalo de silencio que sucedió a la oferta, oyó Julián cómo las llamas a su espalda iban en un crescendo de pesadilla. En el salón ardían ya las cortinas, por la caída de la antorcha; el fuego se corría alegremente por el alféizar de la ventana; hizo: una pausa y luego saltó a las ramas de yedra que adornaban la chimenea. Estirando el cuello pudo ver Julián el retrato que había encima, ya coronado por una danzarina franja roja antes de que el lienzo se encogiera y enrollara a causa del calor, silbando al arder por efecto de la propia combustión.

Una bocanada de humo entró por la doble puerta del comedor. Julián tosió, luchó

por recobrar la respiración. El humo se espesaba y se dio cuenta de que sus pulmones en tensión pedían auxilio, aunque su voz no pareciera ya formar parte de su persona. Desde fuera le contestaron los alaridos burlones de tos soldados de caballería; un disparo rasgó las tinieblas y oyó silbar una bala y chocar contra la baranda que tenía al lado, por encima de su cabeza. En un santiamén las llamas llegarían al vestíbulo, lo mismo que habían llegado a la parte posterior de la casa. Cuando las lenguas rojas comenzaran a lamer el maderamen del hueco de la escalera, nada detendría; el vestíbulo central serviría de chimenea el tiro atrayendo el fuego hacia lo alto. Ya el guerrillero que se hallaba en el ala superior estaría probablemente preso. El que había disparado desde el salón guardaba silencio hacía rato, y Julián supuso que le habrían matado de un tiro por fin.

—Habla, yanqui ¿Te rindes?

Julián volvió a dejar oír su voz, y esta vez la acompañó de una plegaria. Pedía que sus palabras llegasen hasta el campo de deportes.

—¡Soltadme, estúpidos! ¿No veis quién soy?

El vestíbulo estaba ya negro de humo y la súplica de Julián quedó ahogada por un nuevo ataque de tos. Como se hallaba ligado, no tenía medio de defender boca y nariz de aquel humo asfixiante, ni tampoco podía echarse al suelo, donde el aire era respirable todavía. Sólo hacía unos minutos desde que la caballería rodeara la casa y no podía creer que un edificio de aquellas dimensiones ardiera, desde el sótano al desván, tan rápidamente. Pero no cabía duda; todo ardía a su alrededor, envolviéndole al propio tiempo en una capa de tizne.

—Yanqui, por última vez: ¿sales o no?

Como por arte de magia el humo se disipó algo en aquel momento. Julián divisó una sombra gris que se deslizaba por entre los dos pilares del porche; vio asomar la boca de un revólver y descender poco a poco. Julián se quedó mirando aquella boca que distaba de él sólo unas yardas. Gritó todavía una vez al darle vueltas la cabeza. Pero se dio cuenta de que una mano enguantada hacía bajar el revólver de un golpe antes de que la bala le alcanzara. Estaba seguro de que la voz de Tracy Crandall daba órdenes. Y en aquel momento le rodeó la oscuridad.

16

El agua fría chorreaba por sus mejillas. Julián se enderezó sobre la hierba. El esfuerzo volvió a hacerle girar la cabeza; luego se paró, y al levantar la mirada, sus ojos se encontraron con los de Crandall.

El espía estaba bañado en una aterradora luz roja; aun antes de incorporarse sobre el codo vio Julián que «High Cedars» era una pura llama que surgía por todas sus puertas y ventanas. El estuche del instrumental estaba colocado sobre la hierba, junto a él, lo mismo que su portamantas. Le habían llevado a una distancia respetable de la casa; mas aun así, el calor del edificio incendiado llegaba hasta él en oleadas que acentuaban la deliciosa frescura del puro aire de la noche.

Pudo incorporarse con ayuda de un brazo que alguien le pasaba por los hombros, y se miró las manos. La piel estaba moteada todavía por efecto del calor y tenía chamuscados los puños de la camisa; pero había escapado a una quemadura de primer grado, aun cuando el margen hubiera sido muy estrecho. El espía retiró su brazo, y Julián descubrió que podía sentarse sin gran esfuerzo. El mareo pasaba rápidamente ahora que podía llenar se los pulmones de oxígeno.

Crandall llevaba un flamante uniforme de la Guardia. Julián reparó por vez primera en el silencio que reinaba en el campo y vio que estaban los dos solos…, a excepción de uno o dos cuerpos sin vida.

—No disponemos de mucho tiempo, doctor Chisholm —dijo Crandall.

—¿Tendría inconveniente en explicarme cómo es que sigo viviendo? Crandall sonrió dándose aire con el sombrero.

—Dele las gracias al sargento Yates. Él fue quien te desató del poste… tras decidir que no haría niego sobre usted. Procuraré que le den un ascenso por su conducta.

—¿Qué ha sido de los hombres que me ligaron al poste?

—Sólo restan dos —dijo el espía—. Uno de ellos está ahí… bajo ese zumaque, con la chaqueta echada sobre la cara; el mayor Trout se ha llevado al otro en calidad de guía.

Así, Juana había dejado una retaguardia, como él supuso, Julián sonrió para sus adentros al pensar en el guía que iba a hacer el guerrillero vivo.

—Nosotros les seguiremos —dijo Crandall— cuando usted haya recobrado alientos, naturalmente.

Le indicó con un ademán un grupo de caballos trabados bajo los árboles de la calzada.

—Puede escoger entre todas esas sillas vacías. Julián se levantó, sin tambalearse mucho, y apoyó Ja espalda en el tronco de un árbol.

—¿Se han escapado los demás? —interrogó.

—Sí; pero no Segarán muy lejos —repuso alegremente el espía—. Dígame: ¿pudo contar a esos hombres… cuando le sorprendieron?

Julián parpadeó, confiado en que Crandall creyera que su pestañeo se debía al humo que todavía quemaba sos párpados. A tiempo comprendió que el guerrillero vivo habría sido lo bastante ingenioso para repetir la historia urdida por Juana. El ataque a mano armada de unos bandidos, a medianoche, invadiendo el dormitorio de un matrimonio y llevándose consigo a la esposa, era suficiente excusa para su aparente aturdimiento… Siguió mirando fijamente a Crandall y se encogió de hombros.

—Una docena, tal ver. Sí, creo que había doce hombres en el vestíbulo cuando me despertaron, claro que podía haber muchos más en el exterior. En la calzada oí agitarse a los caballos.

Crandall hizo un paciente gesto de asentimiento.

—No se precipite en sus apreciaciones, capitán Chisholm. Está trastornado todavía; no se le censuro.

Se apoyó a cu vez en el tronco de un árbol, se metió una mano en el bolsillo y la sacó empuñando un frasco. Julián bebió, agradecido, el coñac que le ofrecía. Su paladar le dijo que era uno de los mejores coñacs franceses. Probablemente Crandall traficaría con él convirtiéndole en segura fuente de ingresos.

—Todavía estoy tratando de ceñir mi pensamiento a… lo que sucedió. Juana… mi mujer…

—Su mujer, capitán, es una importantísima agente de la Unión. Por desgracia, podemos demostrarlo así demasiado tarde. ¿Le sorprende a usted la noticia?

—Me niego a creerla.

«La declaración es sincera», agregó Julián *in mente* aun teniendo delante la prueba, no podía representarse a Juana corriendo a caballo para salvar su vida por los campos de Georgia. Al derrumbarse en la hoguera que tenía a la espalda uno de los piares de «High Cedars», levantó los ojos. Por encima de la insegura techumbre se extendía el cielo color de tinta. Julián oró en silencio. Pedía que fuera más tarde de lo que parecía, aun cuando los segundos debieron de pasar con prisa loca mientras aguardaba la muerte en el incendiado *hall* de la casa. Crandall dijo:

—Repito que hace tiempo que se sospecha de su mujer. Creo habérselo dicho ya durante mi visita al «Hotel Atlanta».

—Entonces ya me negué a creerlo. Tiene todavía que convencerme.

—Usted la vio partir en compañía de esos hombres, ¿no?

—La obligaron a ello.

—Estoy enterado de que varios guerrilleros se hacían pasar por guardianes de «High Cedars». ¿No había en el grupo nadie capaz de producirle mayor sorpresa?

«Ahora llega la bomba —pensó Julián—. Una palabra fuera de lugar y me juzgará cómplice de Juana». Suspiró ruidosamente y repuso con voz firme:

—Ocurrió todo tan de prisa Yo no estaba bien despierto cuando se la llevaron de nuestra alcoba. Claro que hice todo lo que pude por seguirla, mas había tantos guerrilleros… —Aquí hizo una pausa, como si reuniera sus pensamiento, confiando

en que estuviera bien colocada—. No, señor Crandall. Estaba demasiado oscuro para poder recordar sus caras.

—¿Se la llevaron a la fuerza?

—Temo no poder contestar a eso tampoco. Yo luchaba contra tres en el *hall*. Poco después estaba ligado de pies y manos, tal como me halló usted… y ella había desaparecido.

—No pongo en duda su veracidad, capitán —dijo el espía. Su voz tenía un timbre sincero. Julián descubrió que este timbre despertaba en él esperanzas—, es más: no deseo interrogarle, créalo. Es una mera cuestión de rutina, considerando sus antecedentes.

—No se excuse, caballero. Comprendo su posición, Crandall saludó, Detrás de él danzaban como locas las llamas.

—Pero su esposa es culpable, no me cabe duda. Y aunque le considero inocente, debo pedirle su palabra.

—¿Dijo usted «palabra», señor Crandall?

—Justamente, doctor. Su palabra de honor de que permanecerá en esta zona hasta que capturemos a su mujer… palabra de que me prestará toda la ayuda que pueda. Claro está que no se le pedirá que declare cuando se la someta a juicio. —El espía volvió a saludar—. Ahora disponemos de pruebas suficientes para iniciar la causa.

—Pero yo creía que había escapado. Estas palabras salieron, a su pesar, de labios de Julián, que se ruborizó bajo la mirada que le dirigió Crandall.

—También yo, en un principio —repuso el espía—. Como sabe, su mujer cubrió cuidadosamente las huellas de su paso. Por desgracia para ella, nos dimos cuenta en seguida de cuál era el punto adonde se dirigía, y, aunque nos lleva buena delantera, no creo que pueda pasar mucho más allá de Chattahoochee.

—¿Puede el marido de la dama preguntar por qué?

Crandall pasó su brazo por el de Julián y juntos se aproximaron al punto donde se hallaban los caballos.

—Como sabe muy bien, Sheridan se ha arriesgado a más de una incursión de caballería en esta zona. Y acaban de avisarnos de una penetración por la orilla septentrional del río… a menos de diez millas de aquí. Los yanquis llegaron a la puesta de sol y acamparon en los bosques, precisamente sobre la ribera derecha. Nuestros exploradores nos informan de que, a partir de este momento, no se han movido. No es preciso añadir que los de la Unión no proceden de esa manera sin motivo.

—¿Quiere decir que aguardan a los guerrilleros?

—Y a su esposa de usted, doctor. Acaba de producirse una retirada general, en el país, de los agentes de la Unión. Por ello hemos caído sobre «High Cedars» esta noche… y por ello asimismo adoptamos nuestras precauciones, por si se diera el caso de que no llegáramos a tiempo.

El espía unió las palmas de las manos. Julián puso sobre ellas la botas y Crandall

le ayudó a montar; luego se apoyó un momento sobre la silla; su figura rechoncha, maciza, destacaba del fondo de la mansión incendiada.

—Por suerte para nosotros, sólo hay un camino que lleve al vado del Chattahoochee, y los guerrilleros tienen forzosamente que seguirlo. Por consiguiente, el mayor Trout ha dividido sus fuerzas. La vanguardia se dirige, a caballo, a la orilla sur del río, para preparar allí una emboscada.

Julián retorció entre sus dedos las riendas. Los ojos de Crandall no se apartaban de él; ahora le miraba… con calma y sin compasión. El derrumbamiento de «High Cedars» le sofocó la cara con su resplandor de pirotecnia. Julián se preguntaba si Crandall le había colocado deliberadamente a la grupa del caballo para estudiar mejor el efecto de sus palabras.

—¿No acudirán en su socorro los yanquis?

—No lo creo, doctor. Cuando carguemos sobre los guerrilleros oirán algunos tiros sueltos en la oscuridad, nada más. Recuerde que nuestros hombres saben lo que tienen que hacer.

—Pero, vamos a suponer que los dos bandos cruzan el vado a un tiempo…

—Podría suceder, en efecto, mas ya lo tenemos previsto. Es más: celebraríamos que tal cosa sucediera. —Crandall desvió la mirada si estaba decepcionado, no dio muestras de ello al subir a la otra silla vacía—, ¿quiere que observemos juntos el resultado? Julián conservo rostro y voz impasibles.

—Si le parece.

—Claro que si desea volver a Atlanta puede hacerlo, siempre que me dé su palabra de que no se moverá de allí.

—No. Es posible que necesite usted un médico.

—Es verdad. Me olvidaba de su instrumental. Julián se mantuvo inmóvil como un poste sobre los estribos mientras Crandall regresaba con el estuche de cirugía. Todavía quedaba sitio para él en la mochila, junto a la carabina de ordenanza. Crandall la cerró con la hebilla, poniendo en la operación minucioso cuidado. Julián observó maquinalmente estos detalles. Dudaba de poseer fuerzas suficientes para llegar hasta la orilla del río, ahora que sabía lo que iba a encontrar allí. Sin embargo, tendría que apelar a toda su energía y hacerlo, pues aun en aquellos momentos podía necesitar Juana el estuche de los instrumentos.

—Sígame, doctor —dijo Crandall—, y procure no dejar los estribos; no disponemos de demasiado tiempo.

Dichas estas palabras, el espía bajó, con estrépito, por el túnel de cedros en dirección al camino. «Está convencido de que le seguiré —pensó Julián—. La verdad es que no podría quedarme atrás después de lo sucedido esta noche». Y descendió también, al galope, por la calzada.

17

Mucho después recordó todos los detalles de esta carrera: el campo raso, las interminables tierras cultivadas de algodón; los caminos de portazgo, que se sucedían irnos a otros hasta el mismo horizonte, como línea trazada por una regla; el lecho arcilloso del camino, rojo y brillante aun a la misma luz de las estrellas; el vado que conducía al Chattahoochee, removido por cientos de cascos, relucientes bajo la lluvia que acompañaba a la niebla matinal; el eco de su paso por el sendero que iba a parar a una sabana de una milla de extensión y que estaba húmedo, como una esponja, en aquella nebulosa noche de otoño… Crandall lo recorrió todo sin aminorar el paso, siempre al galope, y él siguió, tenaz, las huellas que dejaba, bendiciendo al propio tiempo la educación deportiva de su adolescencia, que hacía para él natural aquel galope, más propio para estrellarse que para otra cosa; como agradecía a la ocasión que le obligase a concentrar la mente por entero en el escurrido camino, en el próximo charco, en el arco goteante de ramas, sin tener tiempo para preguntarse lo que vendría después.

«Aquello —se dijo sin aliento— era muy parecido a la caza del zorro». Él y Crandall eran los dos cazadores rezagados que trataban de alcanzar a la traílla, preguntándose si todavía llegarían a tiempo de ver morir al animal. Saltó un foso aferrándose a la silla y los estribos, pero estuvo en un tris que no cayera dentro, mientras la lluvia le azotaba las mejillas, y su caballo resbaló en el fango. Era evidente que la ocasión no era oportuna para hacer comparaciones. Y, sin embargo, cuando, una vez ascendida la cuesta siguiente, vio brillar el río por entre los árboles, casi lamentó que se concluyera el galope y tener que renunciar a las comparaciones para lidiar con la realidad.

Crandall tiró de las riendas de su caballo y contestó a la voz que en la oscuridad le daba el alto. Una mano mojada se apoderó de las bridas de ambos caballos y los llevó monte abajo, abandonando la empinada carretera. La lluvia semejaba una cortina blanca entre los pinos; Julián vislumbró un grupo de hombres a caballo aguardando bajo el cobijo dudoso de los árboles, así como un ojo oscilante que resultó ser la ventana de una cabaña. Nada en aquel grupo de hombres sugería la idea de una emboscada; el rayo de luz que salía de la puerta de la casa le pareció amistoso a Julián al abrirse de par en par para recibirlos.

—El mayor Trout; el capitán cirujano Chisholm. El mayor estaba sentado ante una tosca mesa y tenía un mapa abierto sobre las rodillas; el puñado de capitanes que se hallaba, de pie, detrás de él, favoreció a los recién llegados con una mirada de resentimiento. Los tres parecían verdaderas pirámides mojadas, a la luz de la lámpara, gracias a los ponchos de goma que vestían. El goteante sombrero de campaña que ostentaba el ceñudo mayor era sólo un remedo… Pero el apretón de manos que dio a Julián era muy agradable, a pesar de la mirada centelleante con que lo acompañó. La actitud de Trout era totalmente Cándida al señalar con el dedo un punto del mapa.

—Antes de que me lo pregunten, caballeros, quiero decirles que se nos escaparon.

Julián tragó el nudo que se le hacía en la garganta y las rodillas se le doblaron de puro alivio. Dio un paso atrás y se colocó fuera de la luz de la lámpara, confiado en que Crandall no habría reparado en la transformación operada en su fisonomía.

—Sí, tan limpiamente como un grupo de conejos —dijo Trout—. No me pregunte cómo sabían que los estábamos esperando. Lo sabían. Acaso el hecho sea una bendición, aunque a primera vista no lo parezca, Crandall. Lo sabremos dentro de una hora. Viendo que el espía arrugaba la frente, Julián adivinó lo que el mayor quería decir. Se atrevió a mirar por encima de su hombro y vio que el índice del oficial les señalaba un punto situado al extremo de la orilla opuesta del Chattahoochee.

—Aquí es donde los federales plantaron anoche el campo —dijo Trout—. Es más: aún están en él. Di, gamos que esperan a que pase la lluvia, si les pare, ce. O que esperan a que el último guerrillero haya atravesado sus líneas —el impaciente dedo índice hizo un gesto preciso—. Pickets se halla a una buena milla al norte de la corriente. Mis exploradores habían perforado toda la línea antes de que yo llegara aquí.

—¿Qué es lo que nos sugiere? —saltó Crandall.

—Para ser oficial de servicio secreto, Crandall, es tan tardo de comprensión como un novato. En el vado tengo apostados mil hombres. Y cada hijo de su madre está tascando el freno desde hace dos horas Aguardan la orden de cruzarlo, de volver a formarse en campo abierto y de atacar. Crandall dijo, pausadamente:

—A usted le ordenaron en Atlanta que rodeara a una agente de la Unión y al grupo que la acompaña. Yo sé que no es suya la culpa, pero ha fracasado usted en el empeño. Por lo visto, los yanquis partirán al despuntar el día. Usted puede hacer lo mismo, con honor.

—Grady llegó arrastrándose, junto a sus hogueras, antes de medianoche —repuso Trout—, y contó hasta setecientas cabezas de caballo, incluyendo a los mulos de carga.

—¿Cómo sabe usted que no están acampados en escalón?

—Grady salió con vida de la guerra con los seminolas —repuso Trout—. Confío en su juicio… y en su aritmética.

—Y yo digo que debe usted volver a Atlanta, si está seguro de que la señora Anderson ha cruzado el río.

Trout sonrió, apartando la vista del mapa el tiempo suficiente para enjuagarse la humedad de la barba.

—No he dicho eso precisamente. No hice más que confesar que me dio el esquinazo. Supongo que debe de estar escandida *río* arriba, en el punto en que se espesa el bosque… esperando a que haya luz suficiente para remontar la corriente.

—Entonces su deber es hacerla salir de su escondite.

—¿Ha cazado opossums alguna vez en esta estación, Tracy? ¿O guerrilleros? —El índice del mayor acarició el mapa una vez más; luego su dueño guardó el

pergamino en la caja—. Es mucho más fácil atrapar a setecientos yanquis de una vez. Y, sobre todo, más divertido, porque los yanquis lucharán, en fin, únase a la partida, si gusta. Yo he concluido de dar caza a los espías. Crandall se encogió de hombros.

—Acepto la invitación… y sus riesgos. Sigo diciendo que el enemigo excede en número a sus hombres, pero suya es la responsabilidad.

—¿Qué dice el doctor?

Julián se inclinó agradecido.

—Que me consideraré muy honrado, mayor.

—Ordenaré que le ayuden dos oficiales. Puede usted aposentarse en la parte alta de la ribera. Y si me dejan elegir el campo, nos reuniremos en la pendiente de más allá —el mayor se expresaba con vaguedad, pero sus pensamientos no eran imprecisos; al ordenar sus piezas en el tablero de muerte que había elegido, los ojos se le salían de las órbitas—. Los rodearemos por dos lados y se disparará a quemarropa. Nuestra carga será como la que soñábamos en V. M. I, Quizá sigo soñando todavía…

—Soy cirujano de un hospital de sangre, mayor —dijo Julián—. ¿No podríamos determinar el campo antes de que yo instale mi hospital? Trout le dirigió una mirada penetrante. —Conozco sus hazañas, doctor Chisholm. ¿Cuál es su idea?

—La de que nunca estaré bastante cerca de mis heridos. ¡Sobre todo durante la acción de la caballería!. Si envía dos columnas al campamento yanqui, ¿por qué no podría yo acompañar a caballo a una de ellas?

—Bueno, doctor. Usted estará a mi lado cuando crucemos a la otra orilla del río. En el otro lado le señalaré su posición. Crandall dio un resoplido.

—No me diga, mayor, que piensa atravesarlo en medio de la oscuridad…

—Falta poco menos de una hora para el amanecer y no disponemos de un buen punto de refugio. Pienso librar la batalla en el momento de salir el sol. —¿Y si los yanquis levantaran antes el campo?

—Mis exploradores siguen fuera —dijo el mayor—. Ésa es una probabilidad con la que hay que contar.

Así diciendo, entregó un despacho a un ayudante y salió a la lluvia.

Crandall volvió a dar un resoplido y le siguió. Julián iba pisándole los talones al espía. Se congratulaba de que la fiebre de la guerra le devolviera el sentido de la proporción. Trout. reflexionaba, le había aceptado como bueno sin dirigirle ninguna pregunta. Así se portaban los hombres, unos con otros cuando habían olido la pólvora y vivían bajo la amenaza.

A medida que avanzaba, con sus acompañantes, bajo la lluvia y volvía a mecerse en la silla de su caballo, Julián pensaba que nunca había tenido tan cerca una batalla como la que se avecinaba. En Vicksburgo, la lucha —como tal— se había convertido en odioso sitio mucho antes de su llegada; en Chickamauga, la acción principal quedó ahogada en las laderas del monte Lookout, a varías millas de distancia.

Allí podría tomarle el pulso a la guerra en cada garganta, juzgar de ello por el

aspecto de los rostros juveniles que pasarían, en unidades, por delante del alto mando, dedicando a Trout un saludo algo borroso, a causa de la oscuridad y del cielo encapotado. El hecho de que Trout planeara coger por sorpresa a los yanquis, durante el sueño, era como una posdata incidental para el atrevimiento de Julián.

El avance a través del vado se había iniciado mucho antes de su llegada; sólo el Cuartel General esperaba para desalojar el camino a que los oficiales de Estado Mayor detuvieran los caballos y les dejaran libre el paso. A la luz gris del alba componían un espectáculo valiente; incluso la lluvia plateada que disimulaba más de un remiendo discordante, mas de un pedazo de saco que sustituía al cuero de un estribo. Un banderín se levantó en el aire y alguien murmuró una orden; el último grupo de caballos y jinetes desapareció, en columna de a dos, por la pendiente que conducía al agua.

—¿Y bien, caballeros…? —dijo Trout.

Nadie dijo una palabra cuando siguió a los suyos. Los dos capitanes de Estado Mayor marchaban detrás; Julián y Crandall ocuparon su puesto en la fila mientras el pequeño grupo de ayudantes tiraba de las riendas y les dejaba tomar la delantera. La columna avanzaba, silenciosa como la mañana, delante de ellos, a paso de caracol, mientras los jefes saltaban el último alud escarpado que iba de tierra firme al río.

Estaba más oscuro allí, entre los espesos cedros de agua que se alineaban a la orilla del Chattahoochee. Julián no hubiera podido precisar el momento en que su cabalgadura se deslizó en la fangosa corriente, llegó hasta su centro, hundida hasta los mismos estribos, y se colocó en fila detrás del caballo que iba delante. El agua se llenó de confederados de caballería cuando la última compañía se desplegó cautelosamente, en abanico, para aprovechar la anchura del vado; media docena de hombres nadaban a ambos lados de la columna, junto a los caballos, para hacer sitio al cuerpo principal y que éste pudiera completar la maniobra. Julián avanzaba, sin trabajo, entre la masa gris de que formaba parte. A pesar de la proximidad de los demás jinetes, sentíase completamente libre allí en la libre corriente; por encima de su cabeza comenzaba a aclararse la bóveda del cielo. Aun cuando todavía parpadeaban en ella algunas estrellas, la claridad aumentaba sin cesar tras del cúmulo de nubarrones que invadían el Este. Alguien susurró una orden al llegar al centro del río, y la columna hizo alto para dejar que el primer batallón saltara a la lejana orilla; todo el mundo tiró, sin hacer ruido, de las bridas; el agua del río rodeaba, con su lento y absorbente ritmo, las patas de quinientos caballos. Después volvió a producirse el susurro y la línea entera siguió adelante, serpenteando lenta, pero seguramente. Ya los riscos de la ribera derecha adquirían forma bajo la promesa del alba.

El río se ensanchaba ahora; al ver que los soldados que iban delante levantaban, unánimes, los brazos al objeto de colocar pólvora y armas por encima del agua, Julián se acordó de abrir la mochila y salvar ambas cosas: instrumentos y carabinas. Por espacio de un momento aterrador, notó que el caballo separaba los cascos sobre el lecho fangoso y se dio cuenta de que cubría a nado los últimos cincuenta pies que le

restaban por recorrer, hundido en el agua hasta el pecho. Instantáneamente se le ocurrió separar los pies de los estribos y nadar también, pero renunció a la idea cuando vio que los soldados daban rienda suelta a las cabalgaduras y continuaban erguidos en la silla. Por fin se elevaron las crines mojadas, las cinchas emergieron de debajo de la línea del agua, las manos delanteras de los caballos se pusieron más rígidas y luego se doblaron. Julián salía fuera del Chattahoochee con los oficiales de Estado Mayor, ponía a prueba el barro de la ribera opuesta y descubría que la pendiente podía franquearse, a pesar de todo. Con los últimos componentes que la columna penetró en el sendero que conducía a terreno más elevado.

En seguida descubrió que el camino real no era allí más que un paso abierto en los riscos; la masa formada por la caballería parecía avanzar apenas y los cascos de los caballos de la vanguardia se hundieron más todavía en el rojo quimbombó que constituía el segundo objetivo de la maniobra. Los cedros formaban un denso muro verde a ambos lados del camino, no menos defensivo ahora que había luz suficiente para divisar las formas aisladas de los árboles.

Julián se dijo que era aquél un sitio ideal para una emboscada y volvió a preguntarse por que los yanquis no habrían dejado en el vado un piquete de vigilancia. Aunque estuvieran acampados, como parecía a una milla de distancia, parecía raro que no hubieran adoptado esta precaución. Sobre todo ahora cuando iban a celebrar una entrevista con sus agentes de Atlanta.

Renunció a despejar la incógnita cuando el último soldado salió a los bosques situados al norte del escarpado. Aun a aquella media luz, vio que estaban allí libres de maleza y que ofrecían un refugio perfecto. La compañía se había desplegado ya en una tentadora línea de batalla, con la práctica del veterano que sabe lo que hace aun sin que se le hayan dado órdenes, en toda la extensión que abarcaba la vista de Julián estaba lleno el bosque de estatuas grises, que aguardaban, pacientes, una sola palabra para entrar inmediatamente en acción. Eran hombres pon ojos de halcón bajo el ala mojada de los sombreros, silenciosos como piedras, que aguzaban el oído para sorprender el más ligero ruido que se produjera ante ellos.

—El capitán Crowther pide órdenes, señor.

—Que el flanco derecho se disponga a entrar en acción.

—Todo está dispuesto, mayor. Trout distaba tan sólo unas yardas de Julián; el cirujano se volvió y su mirada se cruzó con la triunfante del mayor.

—Avanzamos por pelotones para formar nuestro flanco derecho, doctor. En él está su puesto. Si es tan bueno que desee seguir a sus hombres…

—¿Y yo, mayor?

El oficial comandante y el capitán cirujano se volvieron a un tiempo. Los dos habían olvidado a Tracy Crandall. Aunque mojado hasta los muslos por el agua fangosa del río, el espía adoptaba aún el aire de quien espera a que le pasen revista.

—Quédese con mis corredores, Tracy. Es menos peligroso.

—Como oficial de la *Home Guard* —dijo Crandall—, me siento herido por esa

observación. ¿Le importarla mucho que me incorporara al flanco derecho con el doctor Chisholm?

—Haga lo que guste —dijo afablemente Tracy— pero quítese de en medio cuando se dé la carga. O no conozco bien a mis oficiales, o dentro de diez minutos estaremos formados en línea de batalla. No quisiera tenerle que enviar a Atlanta con las rodillas rotas.

Alguien se echó a reír en la húmeda penumbra; Crandall acogió la advertencia con perfecto buen humor y siguió a Julián y a sus dos ayudantes, a caballo. El grupo marchó silencioso durante largo rato; de momento, el silencio pareció ser la orden del día, aunque era duro pensar en la presencia de setecientos enemigos dormidos en mitad de aquellos bosques que parecían devolverles la mirada sin ruido. Setecientos yanquis envueltos en sus mantas, con los caballos en el cercado y su línea avanzada sabe Dios a cuántas yardas de distancia… Una vez más se preguntó Julián si el cuadro no sería demasiado optimista. Uno de sus ayudantes se volvió en la silla y recordó que su misión ahora era especial; la estrategia de la batalla era de la incumbencia de otros.

—Dentro de un minuto juntaremos nuestro material al suyo, doctor. ¿Quiere que le lleve el estuche de los instrumentos?

Julián meneó la cabeza y volvió a dejar la caja junto a su bota. La carabina de ordenanza seguía colocada, de través, sobre la mochila y así la dejó también. Era evidente que el cirujano de un hospital de sangre tenía que avanzar desarmado por el campo de batalla; sin embargo, le gustaba sentir en sus manos el contacto de la mojada culata de la escopeta mientras bajaba, a caballo, por la interminable fila de uniformes grises.

El ayudante dijo, con sencillez:

—Nos sentimos orgullosos de tenerle a nuestro lado, doctor. He debido decírselo antes, pero es que acabo de saber su nombre.

—¿Suele usted atacar con frecuencia sin un cirujano?

—No estaría aquí, señor, de haber conocido la presencia de los federales; cuando dejé Atlanta me figuré que veníamos para apresar a irnos espías. Por ello he dejado que el cirujano se divirtiera solo en casa de la señora Leonora —el ayudante aquí sonrió—. Claro que yo también soy cirujano, a mi manera. Desde Ohio acá no he hecho otra cosa que ligar arterias.

Julián hizo un gesto de asentimiento, sonriéndole al propio tiempo ea su Interior. Las línea de los confederados estaban llenas de jóvenes como aquél, que después de hacer su aprendizaje en casa de un médico cualquiera… salían de la guerra convertidos en maduros cirujanos. El hecho le hizo recordar la amputación realizada tras las cerradas persianas de una casa de San Agustín, y al joven que entonces le sirviera de ayudante. El jinete que ahora iba delante de él tenía el mismo cuerpo de miembros sueltos, la misma mirada vacía, y, si se exceptúa el mal genio, éste y el ayudante de Broussard hubieran podido pasar por hermanos gemelos.

El grupo penetró en un soto de cedros; frente a ellos los bosques se aclaraban bruscamente, para terminar en un campo raso, envuelto en niebla todavía. Los dos ayudantes tiraron a sus caballos de la rienda y explicaron lo que allí les llevaba al joven teniente del traje de *homespun*, que, por lo visto, tenía el mando de este escalón de la avanzada. Cuando acabaron de hablar en voz baja, los ayudantes retrocedieron y abrieron sus mochilas. La caballería corría y vivía gracias a su inteligencia, como Julián sabía muy bien; esta filosofía se extendía al cuerpo médico, inexistente muchas veces. Pero las vendas que cabían dentro de las mochilas eran suficientes para la unidad de un hospital de sangre.

—¿Se intenta realizar un movimiento envolvente total?

—Ese rumor corre, señor. Los yanquis tratarán, como es natural, de abrirse paso, mas…

—En ese caso creo que debemos echar a andar detrás de la última fila de soldados. Elegiremos nuestro campo cuando se haga de día.

Mientras combinaban un plan, el cielo había comenzado a despejarse. La lluvia cesó por completo; un viento fuerte y vivo se llevó consigo las nubes al romper el día. La última estrella desapareció, mientras Julián la contemplaba, aunque todavía no era día claro. En lo profundo del bosque se movió y emprendió el vuelo un ave, abriendo su garganta para cantar, al tiempo que se remontaba para salir al encuentro de la mañana.

Desde donde estaba, Julián contó cien cabezas. Un explorador pasó por delante de las línea para ir a decir algo al oído del teniente; Julián le vio darse una palmada en el muslo, satisfecho; luego, volverse para propalar la noticia. El ayudante se acercó a él para comunicarle lo que acababa de saber.

—Siguen durmiendo, doctor. Todos ellos. ¿Querrá creerlo?

El teniente se alzó sobre los estribos y levantó el sable. Julián sintió los descompasados latidos de su corazón; no se dio orden de carga, sin embargo. En vez de ello, la línea entera de batalla pareció juntarse, sin dejar de avanzar cautelosamente, Julián comprendió que se trataba de un movimiento general que abarcaba desde el extremo del flanco derecho —con el que cabalgaba— hasta el último pelotón de la extrema izquierda. Era una maniobra silenciosa que hacía avanzar a la fuerza confederada tanto como Trout creía necesario.

Era ya día claro, aunque el sol seguía escondido detrás de un denso macizo de pinos, al Este, A unas cien yardas de distancia, allí donde terminaban los bosques, se abría la campiña de Georgia en una larga extensión de praderas salpicada graciosamente de ganado que pastaba, y tan lisa como un parque inglés. Los árboles crecían, diseminados, en toda su longitud y en su centro había un oscuro grupo de pinos, pero era mi campo perfecto para una batalla. Aun un paisano de uniforme, como el capitán Chisholm, era capaz de darse cuenta de ello al instante.

—¿Ve ese islote de pinos, doctor? —dijo el ayudante—. Ése es su campamento. Grady acaba de volver allí, con el vientre contra el suelo, para contar narices… y

carne de caballo.

Julián miró con atención el oscuro oasis de aquel mar de verdor; era difícil calcular su extensión sin gemelos, pero veíase en él amplio espacio para el despliegue de todos los lados antes de que volvieran a espesarse los bosques, a unas dos buenas millas al Norte. Los yanquis, reflexionaba, habían elegido bien aquel punto, y a tal distancia parecía increíble que pudieran hallarse allí escondidos setecientos soldados de la caballería enemiga con sus cabalgaduras.

—Trout tenía razón —dijo, sin dirigirse a nadie en particular—. Es un campo de batalla ideal.

Crandall dijo:

—Es demasiado bueno para creerlo. ¿Se le ha ocurrido pensar que pueden estar sentados deliberadamente en ese refugio… en espera de que lleguemos nosotros?

Julián bajó de las nubes y miró al espía con ligero sobresalto. Crandall estaba casi tendido en la silla y tenía los ojos fijos en el campo; como de costumbre, les recordaba su presencia con una idea que parecía eco de los presentimiento de Julián. Entregó éste al ordenanza la brida de su caballo y dijo:

—Quédese aquí. Voy a acercarme a ese prado, para echarle un vistazo.

Nadie profirió una palabra cuando saltó a tierra y avanzó con osadía hasta la misma linde de la mampara de los árboles. Sólo entonces se dio cuenta de que todavía tenía la carabina en la mano; se la echó al hombro para arrodillarse a la sombra de un pino y protegerse la vista del súbito resplandor.

El sol ascendía por encima de los árboles que se elevaban al Este, transformando la pradera en resplandeciente alfombra verde; en algunos puntos el terreno parecía algo esponjoso gracias a la lluvia, pero el sol secaría pronto aquella humedad. Quinientas yardas… A galope tendido llegarían junto a la isla de pinos y la rodearían por los flancos; y si era verdad que los yanquis dormían, aún podrían acorralar a sus prisioneros desde una distancia directa.

Se preguntaba si Juana habría llegado durante la noche al campamento yanqui, y, reflexionando todavía, se volvió al oír un súbito ruido de cascos de caballo ante él, a la derecha. Ya la tropa de los guerrilleros salía de los bosques situados al otro extremo de la pradera y se hundían en el espacio despejado, a galope tendido. Los reconoció instantáneamente, aun antes de reconocer el caballo de Juana; describían una cuña delgada y ella iba en su vértice, espoleando al caballo gris con espuelas y látigo.

Iba casi tendida sobre el cuello del corcel, y Julián adivinó que le murmuraba al oído mientras corrían para ponerse a salvo. Ya distaban trescientas yardas de las líneas confederadas. Cada uno de los guerrilleros llevaba puesto un uniforme azul. La misma Juana se había despojado del guardapolvo de hilo y llevaba una guerrera de oficial, con charreteras. La estrategia era evidente. Al llegar a la vista del campamento yanqui, con el primer albor del alba, la tropa hacía inconfundible su identidad.

Aun a tanta distancia, Julián vio que los uniformes azules chorreaban agua; la guerrera nueva de Juana estaba empapada a pesar de ser una hermosa prenda. Trout había tenido razón; los guerrilleros, advertidos por algún sexto sentido de que no debían cruzar el Chattahoochee por el vado, se habían metido en la espesura de los cedros y habían esperado, ocultos, a que pasara la noche. Cuando hubo luz suficiente para poder medir las distancias, cruzaron a caballo la corriente del río, atravesaron los bosques que circundaban la pradera y se dirigieron, a rienda suelta, al *rendez-vous*. Como se habían rezagado, no podían detenerse a usar precauciones; ninguno de ellos había pensado que los confederados se arriesgarán a iniciar un movimiento general a través de la corriente.

Su imaginación pintó el cuadro con la celeridad del relámpago, mientras la tropa se iba acercando a su espalda oyó el ruido apagado de la madera sobre la carne y comprendió que unos doce soldados de caballería acababan de levantar las carabinas a la altura de la mejilla para disparar una bala sobre aquella volandera cuña de caballos. Nadie baria fuego sin que lo ordenasen, pero el comandante llegaría de un momento a otro, añora que era evidente que los yanquis se habían despertado en su campamento de la pradera. Nadie tendría piedad de Juana; a tanta distancia era imposible saber que era una mujer la que guiaba y precedía a la banda de guerrilleros.

Todavía tenía Julián la carabina echada al hombro; sintió que algo saltaba en su cerebro y disparó dos tiros al aire; amartillando el repetidor al hacer fuego por segunda vez y haciendo retroceder a su caballo sin darse clara cuenta de que se hubiera movido.

Un profundo silencio se cernió sobre su escondite; Vio ascender al cielo la columnita de humo, oyó el eco de los disparos volver a él desde los bosques y abrió la boca para gritar una advertencia, en vista de que la cuña volante seguía avanzando sobre ellos, por un momento aterrador pensó que habían comprendido mal su advertencia, que Juana habría tomado los dos disparos por una señal amistosa de sus propias líneas. Luego, la cuña varió de dirección antes de que el nutrido grupo de jinetes pudiera ser considerado como blanco tentador. Describiendo una amplia curva al llegar al centro de la pradera, se encaminaron a la isla de pinos, desde otro ángulo. El peligro se hallaba ahora detrás de ellos, por lo visto, pues se dirigían al campamento yanqui describiendo amplio arco, fuera del alcance de los rifles confederados.

—¿Quién ha disparado esos tiros? Julián reconoció, sin volverse, la voz del teniente y sintió que la mirada de Crandall le traspasaba los omóplatos mientras aguardaba a que le descargaran el golpe. Rígido como se hallaba sobre la silla, vio cómo su propia mano metía la culpable carabina, de un empujón, dentro de la bota, como si tratara de ocultar su traición con aquel ademán. No es que experimentara el deseo consciente de negar di hecho; el movimiento era puramente maquinal. Como también lo fue el nudo que su mano hizo a la brida cuando un grito prolongado corrió a lo largo de las líneas, apenas un segundo después de sonar la voz del teniente… Fue

una voz de mando que adquirió una alegre modulación particular en el fresco aire matinal. En respuesta a ella, cien cabezas se irguieron a un tiempo, cien cuerpos esbeltos se alzaron sobre los estribos. El grito rebelde hizo astillas el silencio del bosque con una fuerza capaz de pelar la corteza de los árboles.

—¡Ca-a-a-a-rguen!

En aquel momento de locura, alguien pulsó desesperadamente las cuerdas de un banjo. Julián no había cabalgado nunca al compás de la música, pero ahora lo izo, alargando el cuello, como los soldados, al gritarles, en rabioso desafío, a los invasores dé Georgia, levantando el puño en dirección al cielo resplandeciente del amanecer, aun sin blandir un arma.

El caballo, que apretaba con ambas rodillas, respondió también a la orden sacudiendo las crines, mientras, con ruido estrepitoso, corría unido a la vanguardia de la tropa. Demasiado tarde se dio cuenta Julián de lo que era una carga de caballería, de que ni siquiera dando rienda suelta al animal podría impedir que se le viniera encima aquella viva catapulta de energía y valor. Por ello permitió que el caballo adelantara una cabeza y se dejó arrastrar por la primera oleada de asaltantes.

Ya no podía reunirse a sus subalternos ni ver cómo había reaccionado Crandall ante su conducta.

El largo arco gris de la caballería inundaba la verde pradera, pisoteaba el fresco trébol a su paso. El banjo seguía tocando. Las voces de los muchachos entonaron, junto a Julián, un estribillo… y se dio cuenta de que también él cantaba con todo el vigor de sus pulmones:

Look away!, look away!, look awaaaay!
Dixie Land[17].

¡Era grotesco! Tratado estuvo de reírse de su propia locura; más en lugar de hacerlo, se le ensanchaba el corazón como el ave que emprende el vuelo, uniéndose al ritmo embriagador de la carga. A derecha e izquierda, los banderines señalaban el camino, semejantes a las lanzas de los antiguos cruzados; los colores del regimiento flotaban al viento como tensas alas brillantes. Allá, lejos de la hilera de caballería en movimiento, iba colocada muy alta, en el estandarte, la bandera de la secesión; a tal distancia no era posible distinguir sus bordes harapientos, sino únicamente las cruzadas barras rojas sobre campo gris cada vez que, en la furia de la carrera, era potada por el viento.

In Dixie Land I shall take my stand, To lib and die in Dixie…[18].

Sólo entonces se acordó de buscar con la vista a Juana. Todavía pudo ver

desaparecer al último guerrillero a través de un muro de jinetes que acababan de surgir en la pradera como mágicos hongos. Era una barrera azul, interminable, que parecía engrosar de manera incesante y monstruosa cada vez que se derramaban fuera de los pinos nuevos soldados de caballería.

Ya no había tiempo para preguntarse de dónde surgiría la fuerza enemiga. Si estaría literalmente prensada en la isla de árboles, o si habría ido avanzando escalonada desde las selvas vecinas. Mas, aun a tanta distancia, era evidente que el mayor Trout, del Ejército confederado, se había pasado de listo,…, que había mordido el anzuelo, hábilmente preparado, y que este anzuelo tenía dientes. También era evidente que la fuerza del mayor Trout estaba dispuesta a correr hacia aquella trampa en desorden con férreo vuelo, sin detenerse a pensar si tenía o no probabilidades de triunfar.

Razón tenía Crandall en desconfiar de la estratagema yanqui, se dijo Julián; y se volvió, asombrado, al gritarle el espía al oído. Crandall se había unido a la carga. Ahora corría, cuello con cuello, al lado de Julián, enhiesto en su silla, cortando el aire y gritaba denuestos al muro azul, que avanzaba con toda la energía del soldado más atrevido y más joven de sus filas.

La luz del sol arrancó cegadores destellos a una veintena de hojas al desnudarse las puntas de los sables y colocarse al nivel del yanqui elegido. El gesto fue imitado con interés por el enemigo. Los veteranos de ambos ejércitos, con el sable entre los dientes, comenzaban a disparar desde la silla; las pequeñas espirales de humo se rizaron por encima de la extensión, cada vez menor, de la verde pradera… Ya el primer caballo herido había retrocedido y relinchado en sus filas.

«Juana debe de estar ahora a salvo detrás de la barrera azul —pensó Julián—. Suceda lo que quiera, permanecerá un rato al margen de esto». El caballo de antes volvió a gemir, y Julián reparó sin sorpresa que la cabalgadura de Crandall era la que habla recibido el primer balazo. El animal se dobló de manos, bajó la cabeza y cayó de costado, mientras su jinete rodaba en tierra, y se detenía a un pie escaso de los cascos voladores que tenía más cerca. Crandall quedó inmóvil, abierto de pies y manos, sobre el esponjoso terreno; la caballería pasó sin detenerse por encima de él, y Julián siguió a sus guías. No le quedaba tiempo para preguntar si el espía se habría roto el cuello; no tenía tiempo sino para obedecer a la primaria necesidad de sobrevivir.

Las dos caballerías se encontraron y confundieron; el grito rebelde se mezcló al aullido de la Unión en una cacofonía en que entraban el choque de los flancos de los caballos, el estampido de carabinas y revólveres, el sonido de las culatas al chocar con hueso. Julián se vio incorporado a aquel caos, esquivó el ataque de un sable que iba a herirle y del que escapó por una pulgada, sintió como una bala le rasgaba el pantalón, sin detenerse a mirar si le había rasgado la carne.

De momento se sobrepuso a la amenaza de una herida; se dijo que viviría…, a pesar de ver caer al muchacho que iba a su lado, con una mancha de sangre en la

mejilla, aun cuando otro sable atravesó al soldado que se encontraba un poco más allá con la misma facilidad con que se corta un trozo de carne en la carnicería… Asistió al encuentro de dos jinetes, les vio atravesarse mutuamente con la punta de los sables, vio la mirada que cambiaron, desanimados, y cómo se escurrieron de las sillas. Un caballo destripado penetró tambaleándose en las líneas yanquis y su jinete levantó sobre los estribos una figura vestida de azul, describiendo al propio tiempo una curva en el aire con su acero. Luego, como por milagro, se halló en sitio despejado, corriendo a galope tendido, gritando, todavía, un grito de desafío falto ya de significado.

Todo sucedió con demasiada rapidez para pararse a pensar en ello. Ahora que el fragor del combate quedaba a su espalda ni siquiera logró aflojar el paso para examinar los alrededores. Volvía a estar mera de la pradera, a la sombra de los árboles. «Por lo visto —se dijo—, los yanquis no han querido tomarme por blanco al descubrir mi caballo un claro entre la masa azul». En fin, seguiría adelante, rompiendo ramas, en obediencia al mismo instinto que le salvó del ataque del sable.

Era posible que los yanquis observaran que iba desarmado, y que por esa razón le pasaran por alto. Quizás, aun en medio del furor de la lucha, vieran míe era cirujano y confiaran en que sabría encontrar su camino. Pero tenía que retroceder en cuanto lograra detener a su cabalgadura. Su deber era buscar | sus ayudantes y montar sin dilación el hospital de sangre, ahora que un millar de hombre se estaba haciendo pedazos en el comienzo de la batalla. ¿Habría llegado demasiado lejos después de todo? ¿Serían aquel espacio despejado, aquellos carros, aquellas mulas trabadas, aquellas insolentes fogatas humeantes un campamento yanqui?

Delante de sí veía, en efecto, un carro lleno de provisiones, en tanta abundancia como no las había visto en largos meses; a un hombre que provisto de un delantal cortaba carne sobre una tabla con la misma habilidad indiferente que la que sus activos compatriotas mostraban en el campo de batalla… Julián tuvo tiempo suficiente para asegurarse de esto. Después, un peso muerto cayó sobre sus hombros, detuvo el peso del caballo, le derribó de la silla al suelo. Al sentir que los brazos se le adherían al estómago obedeciendo a una vigorosa presión, luchó instintivamente, y se dio cuenta de que unos asaltantes, invisibles todavía, le acababan de apresar con un lazo en el momento en que pasaba junto al carro. Al sentir su nariz enterrada en el polvo usó de las piernas como de un arma y trató obstinadamente de liberarse del peso de los hombros. Pero el hombre que tenía sobre él era obstinado también. Sólo al sentir el contacto glacial del acero junto al nacimiento del pelo permitió que sus esfuerzos cedieran a una rabia impotente y aguardó a que la punta del arma penetrara más hondo en su carne.

—Levántese, doctor —dijo una voz agradable—. Lo lamento, pero no nos gustan las visitas.

Julián se quitó de un soplo el polvo acumulado en boca y nariz, y su asaltante abandonó sus hombros. Los dos se pusieron a un tiempo en pie; el yanqui ofrecía un

aspecto amenazador con el cuchillo, abierto todavía, Julián vio que llevaba un sucio uniforme del Cuerpo de Comisarios de la Unión…, y que la punta de acero que acababa de apoyarse en su cuero cabelludo estaba manchada de grasa de cerdo.

—Por fortuna para usted he visto su distintivo a tiempo —dijo el yanqui—. ¿Sería indiscreto preguntarle qué hace aquí?

A pesar de su acento, aquella voz no carecía de educación. «Debe de ser un maestro de escuela convertido en cocinero», pensó abstraídamente Julián. En otras circunstancias, su mente hubiera caído en seguida en la cuenta de que le hacía prisionero un catapucheros, después de haber dado su primera carga y de salir sin un rasguño de ella, Pero la cabeza le daba vueltas a causa del humo de la batalla y no estaba para ironías.

—Usted tenía que estar muerto a estas horas —siguió el yanqui—. Todos ustedes. Así lo planeó el coronel MacCloud…, y el coronel es un buen estratega. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Lo ignoro.

La voz de Julián era ronco graznido. Al hablar sintió un dolor agudo en el muslo y vio que la sangre manaba de un desgarrón, negro de pólvora, de su uniforme. De súbito se le despertaron los cinco sentidos. Aspiró el excelente aroma del jamón, percibió el olor agrio que exhalaba el hombre que tenía delante. Vio las agujas de los pinos por encima de los carros de toldo de lona y al gigante colocado junto a la tabla de cortar, que apoyado en aquel momento en la cuchilla le miraba con expresión curiosa. Re. paró en los arabescos que el humo de las cocinas dibujaba sobre el fondo del cielo matinal, y se dijo que era preferible al que Marte ponía sobre la pradera que acababa de dejar. Su lengua saboreó aquel jamón frito; recordando que no se había desayunado dio, impulsivo, un paso en dirección a la fogata más próxima, pero la punta manchada de grasa del cuchillo le obligó a retroceder. El yanqui volvió a interrogar:

—¿Y cómo es que un médico cabalga a la vanguardia del Ejército? ¿No debe ir a la zaga?

—Los maestros de escuela —dijo Julián— sólo deben pensar en la gramática.

Se apoyó en la rueda de un carro y examinó el hilo de sangre que le manaba del muslo. El dolor era vivo, pero no intolerable; la herida era superficial y confiaba en que pronto cesaría la hemorragia. Peor era que le estuvieran esperando en la pradera. Tenía que ir en busca de sus ayudantes, montar el hospital…

—Debo volver —murmuró—. Lléveme ante el oficial que manda aquí.

El yanqui repuso:

—Yo soy el jefe de esta unidad, doctor. Querrá decir que desea ver al coronel.

—¿Qué otra cosa puedo querer decir?

—Bien, tómelo con calma. Esto dista una buena milla del campo de batalla y es ya demasiado tarde para que puedan hacer allí algo. Siéntese y aguarde a que el viejo concluya su desayuno.

—Soy oficial médico, ¿comprende?

—Claro que si. Yo también deseaba ser médico, y acabé enseñando. Si quiere seguir mi consejo, repose ahora.

—¡Lléveme ante el coronel!

—Aunque quisiera no podría, doctor.

El hombre volvió a meterse en su carro y comenzó a cortar jamón. Julián frunció el ceño al notar que la imagen se convertía en confuso borrón. Quizás hubiera perdido más cantidad de sangre de lo que en principio había supuesto, o acaso fuera la consecuencia de la hecatombe que dejara a la espalda. Se puso más furioso todavía al reparar en que se disponía a seguir el consejo del maestro al ver que se dejaba caer lentamente a tierra y que apoyaba la espalda en la rueda del carro… «Sólo que esta vez no me desmayaré —se dijo con aire sombrío—. No estoy herido, sino cansado».

En tanto, la voz del yanqui seguía diciendo, monótona, alegremente, desde el carro:

—No le sorprenda ver viajar así a la caballería federal. Ayer nos apoderamos de estos carros…; los tomamos de uno de sus depósitos de provisiones. Claro que los alimentos son nuestros, pero era más cómodo arrastrarlos por los caminos de esos bosques. Esto daba origen a que mis mulos descansaran y a mí un sitio en que dormir… A nuestros muchachos no les gusta pelear con el estómago vacío y por eso procuro que coman bien por la mañana; el resto irá metido en sus alforjas dentro de una hora…

Julián comprendió que se había desmayado, a pesar de todo, La voz del hombre se confundía con el vaho que se elevaba del carro y con la alfombra de hierba que lo rodeaba. Pero seguía sonando al volver Julián en sí.

—… deseaba ver una batalla…, lo deseaba desde hace tres años. Pero me dejaron con los mulos. También deseaba capturar a un confederado y por ello salté sobre usted cuando apareció por aquí, como si le trajera un ciclón. Claro que tuve suerte, porque usted no podía luchar…

La voz cesó. Julián advirtió que la pausa era deliberada. Comprendió la causa al aparecer en el claro dos jinetes vestidos con el uniforme azul. Eran dos jóvenes oficiales de Estado Mayor, insolentes con su aire flamante. Los dos tiraron bruscamente de las riendas al reparar en la cabalgadura de Julián.

Siguió con los ojos el movimiento de los dos jóvenes y vio que el caballo no se había movido desde que el maestro le arrancó de los estribos. Alerta firme sobre sus cascos, el animal le hacía frente al enemigo con una calma feroz que casi parecía humana. Julián recordó con inquietud que estaba acostumbrado a cargar. No era la clase de caballo que hubiera elegido un médico para seguir a los combatientes.

—Tómelo con calma —murmuró el maestro desde su carro—, el joven de la derecha es el ayudante de MacCloud. Óigale quién es y seguirá viviendo.

Los oficiales se acercaron al corcel por ambos lados, y Julián vio que cada uno de ellos apoyaba en el costado del animal un revólver de largo cañón como si supusieran

que iba a luchar. El ayudante se inclinó y levantó la carabina del arzón.

—Ahí está el jinete, Ted.

Las bocas de los revólveres se volvieron unánimes hacia Julián. Él siguió sentado, mientras los jóvenes desmontaban y se acercaban a él con cierta indiferencia que no disimulaba su atención.

—¿Estás dispuesto a rendirte, Johnny?

Julián se puso en pie con precaución, y a pesar de la amenaza de los revólveres, mantuvo metidas las manos en el cinto.

—Soy médico, señores.

—Dice que es médico, Ted. ¿Reconoces la insignia?

—Sí, capitán; es médico —dijo el maestro—. Y no se le olvide que lo capturé yo.

—A los médicos no se los captura —observó Julián.

Sus palabras cayeron en el vacío. Miró estupefacto a los dos oficiales, preguntándose si le habrían oído. Ellos le devolvieron la mirada con expresión incrédula, casi ridícula. Julián se echó a reír al ver que cada uno de ellos describía una vuelta en torno a la rueda del carro y desaparecían en la espesa niebla azulada que de improviso invadía el claro por todas partes…

—No me he desvanecido —dijo con firmeza; y sintió en la palma de la mano el roce de uno de los radios de la rueda del carro, de contextura arenosa, al querer salvarse de la caída.

—Sólo estoy… algo cansado. He montado demasiado… rato después de la fiebre.

Alguien le sujetaba por el codo. Voluntariamente anduvo a través de la niebla azul mirando afanoso la docena de rostros curtidos que asomaban por debajo de la torcida visera de las gorras de campaña. La mayoría de aquellas caras parecían contemplarle desde ana gran altura. Comprendió la causa al comenzar a aclarar la niebla vio que todo el mundo a caballo. Pero antes de despejar del todo se dio cuenta de que los jinetes avanzaban a paso lento por el claro, deteniéndose únicamente para poner su desayuno sobre la silla.

—¿Iba armado cuando le encontraron?

—No, coronel. Pero ese obturador es suyo. Y ha disparado la carabina. Repare en la recámara.

Era intolerable oír aquellas voces rígidas con tanta claridad y no poder separar a sus dueños de la masa que le rodeaba. Aquellas voces parecían estar pendientes sobre su cabeza como una amenaza, aunque su tono fuera casi natural.

—¿El coronel MacCloud de la caballería de Sheridan? —interrogó.

—El mismo, señor. Soy su servidor.

Julián saludó al fantasma que lentamente surgió en el radio de su visión. Era un hombre rechoncho, que llevaba la larga guerrera de oficial desabrochada Y por ella asomaba el pecho, velludo como el de un gorila. Las patillas pobladas que adornaban su rostro no bastaban a distinguir los brillantes ojos azules que le miraban con impersonal naturalidad. Una de las manos enguantadas del coronel sostenía un

pedazo de pan que chorreaba grasa; la otra se movía sobre el arzón con la taza de café.

El coronel devoró el pan y el jamón antes de volver a hablar.

—¿Es ésa su carabina, doctor?

—No, coronel.

—¿Quiere darme su nombre y el de su regimiento?

Julián se los dio, procurando adoptar un tono glacial. Adivinaba que la pausa era tomada por los yanquis como una indecisión.

—Monté un caballo del regimiento de caballería para mantenerme al mismo paso del ataque —agregó—. Mas, como ve, el animal tiene ideas propias.

La enguantada mano del coronel MacCloud desapareció bajo la abierta guerrera, y rascó metódicamente la piel.

—Ataque no es la palabra apropiada, doctor. Creo que suicidio es mejor, —hablaba en voz baja, sin chispa de humorismo—. En cuanto a usted mismo, se me figura que tiene también ideas propias como el caballo…

—Temo no haber comprendido, señor.

—¿Disparó usted la carabina o no?

Julián titubeó, aunque recordaba que la vacilación le era fatal.

—Disparé dos tiros. Como señal…

—Pues temo que esto le convierta en nuestro prisionero.

—Pero yo soy médico oficial del Ejército confederado…

—No cuando va usted a la cabeza de una carga de caballería sobre un caballo de primera, con una carabina sobre el arzón.

—Es que tengo que organizar un hospital de sangre. Me necesitarán…

—No se le necesitará en este campo de batalla, ¿no acabo de decirle que suicidio es la palabra qué mejor le cuadra a esa acción?

Y su voz adoptó un acento distintivo al de su calma profesional.

—La caballería no suele hacer prisioneros con frecuencia, doctor Chisholm. Debe sentirse muy honrado.

—¡Repito que me necesitan allí!

—Ayúdele a subir al caballo, Ted.

—Pero, coronel…

—Ayúdele a subir.

La pistola del ayudante se apoyó suavemente en la espalda de Julián.

Él se acercó, sin volver la cabeza, al caballo y montó, fingiendo no advertir el auxilio que le ofrecía el ayudante. Un soldado se colocó a su lado y otro en el opuesto, sin aguardar a recibir la orden. Julián descubrió que atravesaba el claro, que era un soldado más en la interminable columna de a tres. MacCloud había vuelto a enterrar la cabeza en el mapa que llevaba extendido sobre la silla.

Ahora que todo había concluido, ahora que definitivamente era prisionero de guerra, se le despejó instantáneamente la cabeza. Su mente estaba llena de silenciosos

argumentos; de repente se volvió, dispuesto a gritarle algo al coronel y recordó oportunamente que los prisioneros que proferían insultos a gritos perdían miserablemente el tiempo. Además, la esquina de un carro ocultaba ya a MacCloud a su vista.

La caballería azul estaba allí, apiñada, cargando las mochilas que los comisarios les entregaban. Cuando el vio allí a Juana instalada en el alto pescante de una carreta, devorando el desayuno con el mismo placer que cualquier, otro soldado, ella formaba ya parte del cuadro. Al aceptarla como tal, Julián sabía que él era sólo un prisionero… de los que aceptan su suerte en silencio.

Aun a la luz cruda de la mañana, Juana hubiera podido pasar por un muchacho esbelto. Julián sostuvo la mirada de sus ojos al pasar la columna por delante del carro de las provisiones… tropezó con su mirada y la sostuvo por espacio de un intolerante momento. Luego, haciendo un gran esfuerzo, se irguió en la silla y la favoreció con un saludo rápido, irónico mientras la columna marchaba. Los labios de Juana se movieron, y Julián estuvo seguro de que había pronunciado su nombre.

Una orden circuló por toda la línea y la columna yanqui inició un medio galope más rápido. Era demasiado tarde para mirar atrás, aunque se hubiera atrevido. Por ello no sabría jamás si Juana reía o lloraba al verle alejarse así del escenario de la guerra.

CAPÍTULO VII
NUEVA YORK

1

Los hielos acumulados sobre el río centelleaban bajo el sol como cristales torturados; el hombre de las mejillas hundidas que se hallaba junto a la ventana enrejada miraba sin pestañear al exterior, aunque se estremecía bajo las ráfagas de viento que llegaban del Oeste. Formaba parte de la rutina establecida permanecer así de pie, por espacio de un momento todas las mañanas después de despertar. La rutina es la que hace soportables muchas prisiones; Julián lo había descubierto hacía tiempo. Y se preguntaba si tardaría mucho en poder identificar los escarpados riscos azules que se levantaban al otro lado del agua. Nada le parecía tan importante en aquellos momentos como saber si eran o no las empalizadas del Hudson, y si la prisión se hallaba realmente o no en los alrededores de Nueva York. La geografía adquiere también suma importancia cuando el horizonte queda limitado por una estrecha ventana…

La geografía y el apellido, el número del regimiento, la última fecha en que se tachó la hoja del calendario pendiente de la pared… El capitán cirujano Chisholm, del batallón de voluntarios número 145, de Georgia, fue lentamente a inspeccionar la fecha que iba a tachar aquella noche, 20 de enero de 1865… Era increíble, pero no le era dado elegir, tenía que creer que era exacta.

Aquel calendario le había seguido a todas partes. Principió a arrancar las hojas en la prisión de Kentucky, cuando se dio cuenta por vez primera de que su suerte no iba a ser tan mala gracias a una providencia que no deseaba nombrar. Le siguió a Pittsburgo, y de allí al mugriento cobertizo de la estación de Sandusky… el día en que le obligaron a marchar sobre el hielo acumulado durante otro invierno hasta una fortaleza situada en una isla: la isla Johnson del lago Erie. Cuatrocientos días permaneció en aquellos tristes cuarteles antes de que le trasladaran.

Tres prisiones… Un solo calendario servía para recordar a las tres. Tres ventanas desde las que puede un hombre asomarse para contemplar el mundo; la tupida hierba cubierta de rocío; el lago yanqui, interminable como un mar; el helado río con sus escarpas y sus melancólicos árboles de invierno. ¿Cuántas mañanas permanecería allí contemplando los cambios de estación?

Devers y él habían llegado la noche anterior con la guardia del preboste; el alcaide de la prisión les había asignado celda, sin más comentarios, y ellos conocían de sobra los procedimientos de los directores de prisiones para permitir dirigirse la menor pregunta. Julián siguió mirando al río, observó cómo la tierra descendía en pronunciado declive hasta encontrarse con el agua; vio la escarcha que salpicaba todavía la hierba castaña del invierno, las actividades de un grupo de chiquillos entregados a un juego misterioso de su invención entre los terrenos helados de la orilla. Finalmente se volvió a los camastros de madera, reparó en que Devers dormía aún, y se acerco a la ahumada chimenea para atizar el fuego.

En el cubo había leña suficiente para todo el día. Esto significaba que tendría que

echar mano de sus escasos fondos para adquirir más si se quedaran allí un par de días aún. Había gastado hasta el último trozo de carbón en la isla Johnson. Luego abanicó la lumbre moribunda alimentándola con las hojas de periódico que por consideración les habían proporcionado los guardias. Recordaba que los diarios de Sandusky se mostraban demasiado recalcitrantes para su precio. Una vez cayó entre sus manos el viejo Heraldo de Nueva York. Sus epígrafes eran trompetas que proclamaban la noticia de la campaña de Wilderness, la todavía más sensacional de que Sherman se encontraba a la sazón en el corazón de Georgia, de que tenía metida en el bolsillo a Atlanta… Entonces leyó tales nuevas con los ojos secos. Después de todo aquellas cosas formaban parte del mundo exterior, y él venía tratando desde algún tiempo atrás, con toda su alma, de olvidar aquel mundo.

Luis Rothschild echó a perder su récord en más de una ocasión y ahora sentía el presentimiento inquietante de que estaba a punto de penetrar en su órbita otra vez. Pero logró mantener estos pensamientos lejos de sí mientras, arrodillado junto al hogar, encendía un fuego tan espléndido como le era posible.

Devers bostezaba en su camastro cuando se volvió para coger otro sueño. Su compañero de celda había sido tratante en granos en el Kentucky, partiendo al Sur durante la primera secesión en calidad de capitán de Artillería. Hizo la guerra conservando su buen humor intacto hasta su captura en el monte Lookout. Al presente, y a pesar de que la ropa colgaba en pliegues en torno a su cuerpo, daba muestras evidentes de vitalidad y energía. En suma: Devers era, único entre mil, el compañero ideal.

—¿Todavía no has emprendido la caza, Chisholm?

—No. Gracias por recordármelo.

—Mejor será empezar. El calor pone en movimiento a estos diablejos, ya sabes.

El fuego ardía alegremente ahora, prestando una falsa jovialidad a la pardusca habitación. Devers se sentó cruzando las piernas delante de su compañero; después de quitarse la camisa hubiera podido pasar ante la danza del fuego por un Buda flaco y huesudo. Julián le imitó. El calor que despedían las llamas calentaba sus cuerpos desnudos… ponía destellos luminosos en los surcos de las costillas, donde los huesos sobresalían del torso como las ondulaciones de una tabla de lavar.

Devers se rascó concienzudamente mientras sostenía la camisa, extendida delante del fuego.

—Mi vieja la lavará cuando nos trasladen —observó—. Entretanto, como no posea una mano de metal, mis costillas desempeñarán ese trabajo. —De improviso sus manos pellizcaron una costura de la camisa y mostró a la luz de las llamas algo diminuto y vivo que se retorcía entre ellos—. Son activísimos… considerando que estamos en invierno, ¿verdad?

Julián se apoderó también de un piojo… y durante un rato los dos trabajaron en industrioso silencio, iniciando así la primera tarea doméstica de la mañana. Aunque ocupaban las habitaciones destinadas a los oficiales, casi desde un principio, sabían

que aquél era el único medio de disminuir la población que infestaba su ropa. Ningún otro procedimiento era factible, pues no teniendo, como no tenían, posibilidades de bañarse, mucho menos podían lavar el desteñido uniforme.

—¿Te he hablado alguna vez del manantial de agua caliente de mi granja, allá en casa?

—Con bastante frecuencia —dijo Julián sonriendo. A veces creía conocer a «Lafayette Devers» mejor de lo que se conocía a sí mismo. La rutina de una prisión, reflexionaba, es poderoso acicate para la autobiografía. Sin embargo, hablaba poquísimo de sí mismo, Incluso había cesado de interesarse por el porvenir. Acaso se hubiera extinguido en él la capacidad para ello; quizá la perdiera para siempre al verse delante de una mujer sentada en el pescante de una carreta, bajo el arco formado por los pinos de Georgia y preguntarse después por qué le habría dejado marchar, siendo así que una sola palabra suya hubiera podido salvarle,…

Devers perseguía a un invasor extraordinariamente ágil por una costura y fue a capturarle en el interior de una manga.

—Lo primero que haré cuando vuelva a casa será… meterme con ropa y todo en aquel manantial. Así se cocerán estos condenados bichos grises.

—¿Y tú no?

—Correré ese riesgo con tal de volverme a ver con buenos colores, Dime, Chisholm, ¿qué debe sentirse cuando se está limpio?

—Si quieres que sea sincero te diré que casi lo he olvidado.

—No pretenderás hacerme creer que no estabas despiojado la última vez que diste tu palabra. Un buen médico como tú no opera si no esta previamente lavado y cepillado.

Julián le dejó hablar, guardando tranquilo silencio. No podía censurar que el de Kentucky reflexionara acerca de su extraña ausencia de la isla Johnson. Sin embargo, ¿cómo podía explicarle que Luis Rothschild le esperaba en el desembarcadero de Sandusky con un uniforme limpio y la guardia del preboste? ¿Que Luis le había llevado al Sur en un tren especial para que le ayudase a salvar la vida de un general que actualmente ayudaba a Sherman a penetrar en el corazón de Georgia?

Entonces le pareció lo más natural acompañar a Luis. Salvar la vida de aquel jefe del Ejército del Norte sin mostrar más vacilación que la que mostró al borde del cráter en Vicksburgo. Pero no podría pedir jamás a Devers que aceptara comprensivamente esta explicación.

—También estuviste dos veces en el lago de Erie —siguió diciendo Devers—, y una vez en la estacada de madera de Kentucky. Dime, doctor; ¿no cobraste nada por tu trabajo, o te alimentaron durante el trato?

A esta pregunta la boca de Julián se hizo agua antes de recordar el cuadro que ofrecía Luis cuando le cortó el bistec en el comedor del hotel de Pittsburgo. El ponche caliente que compartieron, a la malaria siguiente, mientras él esperaba su tren. El rico pastel de carne que había devorado, con la finura de un lobo, en el tren del

ganado que le devolvió a Gandusky… Luis se empeñó en que aquello no era una recompensa. Y el alimento le recordó de manera tangible el mundo en que se negaba a entrar. Un mundo que todavía podría ser suyo dando un mero salto hacia la puerta y pidiendo audiencia al alcaide.

—Pregúntame por qué estoy aquí —decía Devers— y te lo diré… aun cuando no me lo hagas. Mis documentos están actualmente en un viejo despacho; los veo tan claramente como si estuviera sentado ante la mesa. Kentucky sigue siendo neutral: ¿por qué no he de salvar a algún yanqui pobre de una muerte lenta y volver luego a mi casa? Hombres de más valor que yo han hecho una paz por separado.

Julián sonrió débilmente. «También yo —pensó— podría hacer una paz por separado. Podría dar mi palabra y quitarme el uniforme para siempre».

En voz alta dijo solamente:

—Esto ya no puede durar. Esperemos aquí el fin de la guerra.

—Sí, podemos hacerlo y probablemente lo haremos —repuso Devers—. Es decir, tú no, porque ese doctor yanqui amigo tuyo te esperará en el despacho del alcaide.

¿Así, pues, Devers había oído hablar de Luis Rothschild? Por lo visto, los presos no pueden tener secretos unos para otros. Julián sonrió esta vez.

—¿Eres clarividente? No me digas…

—Incluso el dinero dice que no nos han trasladado aquí por broma. Apuesto cualquier cosa a que saldrás de aquí antes que yo,…

Los dos guardaron silencio al sonar pasos sobre la piedra húmeda del corredor, al otro lado de la puerta. A su pesar, Julián sintió que un ligero escalofrío corría por su cuero cabelludo al meter alguien la llave en la cerradura y ver que el propio alcaide estaba de pie en el corredor, detrás del carcelero.

—Haga el favor de venir conmigo, doctor Chisholm…

—*Clarividente* es la palabra —dijo Devers—. Y lo soy… aunque ignoro lo que quiere decir. No me diga que mis documentos han llegado, coronel,…; me divierte tener el ánimo en suspenso.

El alcaide pasó por alto la interrupción; Julián comprendió que estaba vacunado contra la vena humorística de los sudistas.

—Tiene usted una visita, doctor Chisholm.

—¿El doctor Rothschild?

—¿Quién quiere que sea? —observó Devers, Sus carcajadas les siguieron hasta el vestíbulo. Era aquélla una risa de las que nunca pierden sonoridad, por gruesas que sean las paredes que las ahoguen.

2

—Un año es mucho tiempo; cualquiera estaría de mal humor —dijo Luis Rothschild.

—Un año y cuatro meses; sé exacto, Luis.

—Entretanto, tu mundo se ha derrumbado. La guerra se acaba… aunque no quieran reconocerlo Davis ni su Gabinete.

—La guerra concluirá cuando caiga Richmond —observó Julián—. En tanto, mi mujer arriesga todos los días su vida en un punto de esa zona.

Silenció la protesta de Luis alzando una palma conciliadora, y siguió diciendo:

—¡No lo niegues! Supongo que sigue ayudando a escapar a los yanquis de la prisión «Libby» a City Point. Si me canjearan, creo que sabría encontrarla sin gran esfuerzo. Mas, precisamente por ello, es por lo que tú, amigo mío, te opones a que me canjeen… ¿No hemos hablado de esto ya en otras ocasiones?

Julián se acurrucó en un ángulo del vagón, contento de ver ceñudo a Luis. Su cuerpo hormigueaba todavía tras el baño caliente que Luis le había hecho tomar en el hotel instalado casi a la misma puerta de la prisión, y dejó que sus dedos acariciaran la suave curva de la mandíbula para volver a gozar de su lisa perfección. No eran menos de agradecer las tortas de sartén y el flamante uniforme que Luis le proporcionara antes de emprender el viaje. Julián apoyó la cabeza sobre el rojo respaldo de peluche del asiento y cerró los ojos al recordar las tres tasas de auténtico café, bien azucaradas, y la verdadera mantequilla ingerida después. En aquel momento, y con un solo y ligero retoque, Luis hubiera podido pasar el genio de la lámpara de Aladino. Mas era un milagro que no tendría repetición.

—¿De dónde sacas estos uniformes nuevos, Luis? Es decir, si la pregunta no es indiscreta… ¿Los confeccionáis para los espías federales principalmente? El vienés guardó silencio y se alisó las mangas azules del capote.

—¿Es que no piensas preguntarme adónde vamos? —interrogó a su vez.

—Ya se que se trata de un trabajo difícil. Tus operaciones siempre lo son. Agradezco que me permitas echar una mano, pero mi curiosidad no es muy viva. Además, soy prisionero y gozo de una libertad temporal. Y los prisioneros aprendemos a tener la boca cerrada.

—¿No quieres mirar siquiera por la ventana… y preguntar dónde estamos?

—No. He descubierto que cuando un hombre se halla detrás de un cristal, todo le parece lo mismo.

Pero, al mismo tiempo que se expresaba así Julián dirigió la vista al sucio paño de las ventanillas. El ferrocarril seguía una línea paralela al río y a los extraños y enhiestos riscos de su orilla occidental. A ambos lados de la vía férrea pasaban, veloces, granjas con vallado de piedra que se extendían hasta las colinas enanas que cerraban el horizonte. Se divisaban cuadrados edificios de piedra, y grandes y rojos graneros; el panorama ofrecía el aspecto de la época, un aire inconfundible de prosperidad. Y, a pesar de su capa de nieve, Julián adivinó que aquellos campos

serían ricos y estarían verdes para la primavera… Los yanquis poseían excelentes granjas de labor; no cabía duda de que amaban sus limpios y bien ordenados acres de tierra. Pero él no había mentido a Luis: todo el país parecía uniforme desde detrás de las ventanillas del tren.

Se arrellanó en su asiento y contempló el interior del coche. Allí se repetía todo sin vacilación; los perfiles soñolientos de los dos guardias que le vigilaban desde su sitio al extremo del vagón; las miradas curiosas de los viajeros que comenzaban a asombrarse algo menos del espectáculo que ofrecían un oficial rebelde y otro de la Unión sentados uno al lado de otro y conversando afablemente… La locomotora silbó, y él volvió otra vez a mirar por la ventanilla, mientras las vías seguían una curva poniendo de relieve, al Sur, una brillante extensión interminable como un mar polar bajo la clara luz del invierno.

Luis dijo:

—Dentro de otra hora llegaremos a la ciudad de Nueva York. Puedo decírtelo sin faltar a mi juramento. —Y dedicó a Julián una triste, retorcida sonrisa—. ¿No te entusiasma la perspectiva?

—¿Por qué operaré allí esta vez?

—De momento otras cosas tienen más importancia que la identidad de tu paciente.

—¿Por ejemplo…?

—Tú, por ejemplo —explicó pacientemente Luis—. ¿Has variado de manera de pensar respecto a mi ofrecimiento de…, libertad?

—Lo sabes muy bien sin tener que preguntarlo, ¿qué padece nuestro caso?

—Se le ha diagnosticado como una tiflitis. Y si estás de acuerdo querría que apoyaras una prognosis.

—Dame detalles.

—Se te darán cuando te halles a la cabecera del enfermo. A mí me llamaron ayer, de modo que iré con precaución.

—Entonces has hecho mal en venir a buscarme, Luis. Ten en cuenta que puedo estar dispuesto a jugar.

Luis Rothschild favoreció a Julián con una lenta, prolongada mirada. En aquella mirada se encerraba la prudencia de varios siglos… y la paciencia de un pueblo que ha sacado su energía de caminos de piedra…

«Es singular que no me comprenda mejor», pensó Julián.

—En mi opinión —dijo Luis por fin—, y es una opinión que goza de autoridad, eres el mejor cirujano que he conocido.

—Gracias por el espaldarazo. Trataré de mostrarme esta tarde digno de él.

—En el curso de estos seis últimos meses sólo has hecho tres operaciones. —¿Cómo te las arreglas para impedir que se te entorpezcan las manos?

—Pues hago ganchillo.

—¿Ganchillo?

—Sí; conserva la agilidad de los músculos de los dedos. Te concedo que no es una ocupación muy viril; de todos modos ninguno de mis compañeros de celda me la ha censurado. Comprenden que no puedo hacer otra cosa.

—Siempre te queda la salida que te indiqué en un principio.

—Repito que no puedo hacer otra cosa, Luis. El vienes exhaló un suspiro.

—Cuando te capturaron se te acusó de haber utilizado una carabina durante la acción. El hecho te condenaba a prisión, pero hubieras podido quedar libre bajo palabra o mediante un canje. Te ofrecí la primera ocasión en el Kentucky, en cuanto me enteré de que te habían hecho prisionero.

—Me parece que también hemos hablado ya de eso.

—Vale la pena de repetirlo ahora que nos dirigimos a Nueva York. Si te quitases esa guerrera gris, mañana mismo podría cederte mi clientela. O, si lo prefieres, podrías ingresar como cirujano en nuestros hospitales militares, labrarte allí una reputación para los tiempos de paz…

—Sigo siendo un oficial confederado y aspiro todavía a efectuar un servicio activo. También te he dicho esto ya. Hace mucho tiempo, en tierras del Sur. Para ser exacto, en una casa de Georgia donde ingresaste como fugitivo de la prisión de Andersonville.

Luis sonrió sin desconcertarse.

—Inclino la cabeza, Julián, y seguiré confiado en que algún día cambiarás de idea.

—Entonces pensabas incorporarte a tu regimiento Y no hice nada para detenerte. ¿Por qué no puedes devolverme el cumplido?

—De momento soy cirujano militar en comisión —dijo el vienés—. No tengo nada que ver con esos canjes.

—Pero si quisieras, podrías decir una palabra en mi favor en el Departamento de la Guerra. La próxima vez que te dirijas a Washington…

—Mucho me temo que tu mujer me haga permanecer allí, Julián.

—Ni siquiera Juana puede tenerme encerrado en un calabozo para siempre.

—¿La censurarías mucho si lo intentara?

Julián cedió melancólicamente.

—Ella cree que seguiré ocasionándole molestias si vuelvo al Sur. Lo comprendo perfectamente.

—Quizá tenga razón.

—En «High Cedars» hicimos un trato. Quedamos en decirnos adiós y en no volver a vernos hasta que concluyera la guerra. Aquella mañana, en el Chattahoochee, pudo libertarme con una sola palabra. En vez de hacerlo dejó que me llevaran prisionero. De manera que queda anidado el trato. —Julián se expresaba haciendo pausas cortas, anhelantes—. Por ello, en cuanto se me ofrezca ocasión, la buscaré. Procedéis los dos cuerdamente manteniéndome encerrado.

—Pero suponiendo que pudieras volver, Julián, suponiendo que la hallaras, ¿qué

harías?

—No lo sé. Pero no viviré hasta que no pueda hacerlo.

Julián volvió a mirar por la ventana observando el panorama del río. El cielo estaba ahora sucio por encima de sus cabezas; una docena de barcazas bajaban lentamente por un canal, en mitad de la corriente, aplastando el hielo con sus poco graciosas proas. Ya se presentía la presencia de la metrópolis, situada bastante más allá, aun cuando los campos seguían extendiéndose bajo el pálido cielo invernal. Y Julián volvió a darse cuenta de la indiferencia de aquella tierra áspera y llena de propósitos. Allí parecían no haber existido nunca ni la guerra ni su amenaza. Nueva York seguiría labrando su propia prosperidad como si nunca hubiera existido el Sur.

Dijo solamente:

—¿Cuándo regresaré?

Luis dio un puñetazo sobre el asiento con tal fuerza que una nube de polvo hizo toser a los dos.

—He tratado lo mejor que he podido de facilitarte las cosas… Claro que si te niegas a alojarte en un sitio especial… y distribuyes los alimentos que te envié…

—Tú en mi lugar harías lo mismo.

El vienés se encogió de hombros.

—Por lo menos te he ahorrado lo peor de la vida de una prisión. Las condiciones de la isla Johnson eran bastante buenas. Supongamos que dejara que te mandaran a la isla Elmira. Allí el promedio de fallecimientos es de uno o cuatro por ciento.

—Peor era en Andersonville y no obstante saliste de allí con vida.

Esta vez le tocó a Luis mirar por la ventana.

—Nos estamos zahiriendo uno a otro, Julián. Y, sin embargo, somos amigos. Yo confío en que algún día será completa otra vez nuestra amistad.

—¿Insistes en que la guerra concluirá este año?

—En junio a más tardar.

—Lo mismo decía yo hace un año. Apreciaba mal a mis compatriotas.

—Yo soy tu compatriota ahora, Julián. Y lo mismo lo son todos los pasajeros del tren. La guerra entre los Estados habrá valido la pena si nos enseña esto.

—Jeff Davis piensa de manera distinta —dijo Julián—. Y todavía lleva su uniforme.

—Volvamos al punto de partida.

—Y también a la operación que voy a practicar por ti y por la que he salido de la prisión. ¿Verdad que ya es hora de que la discutamos?

—Sí, por cierto —replicó Luis—. Empezaré por nombrar a tu paciente. Es un antiguo amigo y se llama Whit Cameron.

Y así diciendo, Rothschild contempló un momento en silencio a Julián, como si gozara viendo la mirada del otro.

—Como ya sabes, Cameron negocia con los dos campos. Cayó enfermo hace tres días en Nueva York. Mientras se hospedaba en casa de otra antigua amiga, la señora

Sprague.

¡Whit Cameron! ¡Whit postrado por la tiflitis en casa de Lucy Sprague! Julián trató de traer a tu foco el asombroso cuadro y fracasó por completo. El tiempo había ido borrando de su pensamiento el recuerdo de Lucy hasta que sólo quedo de él una sombra. La rememoró mediante un esfuerzo. Era una sombra burlona en el jardín de su padre. Fuego en sus venas cuando le devolvió sus besos en el santuario del invernadero. Pagana desnuda en la escalera de su casa de Nassau… Otro hombre había tenido en sus brazos a aquel fantasma; otro corazón que no era el suyo había anhelado poseerla. Hoy podía afrontar sin temor la perspectiva de volver a verla.

—El señor Cameron pidió que se te llamase desde el primer momento —dijo Luis —. Por fortuna yo estaba entonces en Nueva York. Y la cosa fue fácil de arreglar.

Luis hizo caso omiso de la pregunta.

—La señora Sprague se cuida de ese detalle, no yo ¿lo has olvidado por completo?

—Sé que es rica y que cada día lo es más.

—Desde que falleció su marido ha labrado una tercera fortuna gracias a los contratos que le proporciona el Gobierno. Ni el propio Sprague hubiera manejado sus fábricas de manera tan inteligente.

—Lo creo.

—Da un peso honrado, cosa que no hacen los contratistas en esta loca guerra del dinero. El Gobierno la necesita actualmente, y ella también necesita al Gobierno. No quiero decir que figure en el Gabinete, pero sí que puede satisfacer sus deseos como si figurara en él. O el deseo de un huésped que se pone enfermo en su morada.

—¿Quién le asiste ahora?

—Noah, naturalmente. Si crees indicada la operación, podremos operar en seguida —agregó Luis, sonriendo casi—. Cameron la pedía cuando le dejé. Está muy enfermo, mas la enfermedad no le enmudece el espíritu. Se empeña en que tú llevaste a cabo una operación similar en Nassau. Y dice que serviría de conejo de Indias para ayudarme a demostrar su teoría…

Julián sintió agitarse en su mente un recuerdo…, un cuadro mucho más real que la forzada imagen de Lucy. Nassau otra vez. La estupidez del doctor Steed en el pestífero hospital de Windward Point. Su autopsia de un cadáver y el intestino ciego que su cuchillo había explorado con tanto afán… Luego cayó de las nubes y oyó lo que Rothschild estaba diciendo.

—La memoria de Whit falla un poco. Yo hice, es verdad, una operación en Nassau, pero fue después de muerto el paciente…

—¿De tiflitis?

—Ése fue el diagnóstico.

—El caso del señor Cameron es típico también. —El tono de Luis era preciso y cortante ahora—. Durante la semana pasada sufrió dolores erráticos que se le han generalizado en todo el abdomen. Ahora se han localizado en el costado derecho.

—¿Pudiera existir una peritonitis general?

—No creo que la inflamación sea general. No existe rigidez sino en el costado derecho.

Julián se enderezó en su asiento. El recuerdo que Whit conservaba de la autopsia de Nassau era correcto por lo visto.

—¿Vomita?

—Periódicamente, sí. A intervalos de dos horas, cuando le dejé esta mañana.

—¿Crees que la causa puede ser un tumor alrededor del ciego? Los ojos de Luis se dilataron.

—Sí, ciertamente. ¿Cómo lo has adivinado?

—¿Dirías que se halla en la región del apéndice vermiforme?

—Justamente. Presiento, y confieso que es sólo un presentimiento, que un absceso local bloquea en ese punto la vía digestiva.

—Absceso que ocasiona la inflamación del apéndice —dijo Julián. A su pesar había elevado la voz en su excitación—. La extirpación de ese órgano vestigial puede extirpar la causa y salvar una vida.

Salvar una vida… Se había dedicado a ello una vez; sería conveniente que volviera a hacerlo. Sobre todo ahora que la vida de Whit Cameron pendía de un hilo. Whit, reflexionó, no ha nacido para morir en una cama. Lo curioso era que fuese el puente que le llevara junto a Lucy otra vez. Lo que sí le parecía natural era que Whit insistiera en oponer su pericia y habilidad a la enfermedad que le tenía postrado.

—Whit es jugador —dijo—. Pues bien: sigamos el juego. Es lo más indicado.

—Suponiendo que no consiguieras llegar hasta ese órgano, ¿qué harías?

—El procedimiento sería el mismo. En todo caso, nuestra única esperanza estriba en abrir el absceso y vaciarlo. Si se halla localizado, Whit tendrá una probabilidad a su favor.

—Una probabilidad muy dudosa…

—Es la especialidad de Whit. A propósito, ¿encontraremos a Lucy en su casa a nuestra llegada?

—La llamaron de Pittsburgo. Probablemente mañana estará a nuestro lado.

—¿Estás seguro de que es como si formara parte del Gabinete cuando se trata de telegrafiar a Wasbing?.

Luis dirigió a Julián una mirada penetrante.

—¿Qué quieres decir?

—Nada de momento. Pienso únicamente si me atreveré a pedir algo por mi trabajo,-puedes hacerlo, desde luego —dijo Luis sonriendo-Y probablemente lo harás.

—Sé franco. ¿Me hubieras llamado para hacer esta operación si Lucy no hubiera insistido?

—Claro que no. Y sé cuál será tu recompensa. «Sin embargo, aún no lo sabes todo —pensó Julián—. Sospechas muy poco lo que fue Lucy para mí en otro tiempo.

Quizás ella titubee cuando yo le explique por qué debo ser canjeado. Por otra parte, no juzgo necesario entrar en detalles… La mujer capaz de poder dar órdenes a Washington, apenas discutiría los deseos que siente un oficial confederado de incorporarse a su regimiento».

—¿Por qué no me has dicho antes todo eso? La triste sonrisa de Luis se convirtió en una mueca.

—Porque aún tenía esperanzas, Julián. Oraba todavía por que te quedases en el Norte, que es tu patria. Y estoy seguro de que tu mujer pide lo mismo allí donde se halle. —Mi mujer sabe dónde nací…, y tú también.

—No discutamos más esa cuestión. Ahora es lo mismo que si te hallaras en Richmond.

¡Richmond! La palabra había sido su talismán por espacio de muchos más meses de lo que hubiera querido recordar. Richmond…, aquella grave reina del Sur, aquella segunda Roma, aun ahora triunfante sobre sus siete colinas. El núcleo de la moribunda Confederación, el símbolo de todas las causas perdidas, seguía siendo el punto de su destino y su esperanza. Si Juana vivía, la encontraría allí, lo sabía. Y si pudiera verla una vez más le dirigiría una pregunta de cuya respuesta dependía su vida. Ahora no hubiera sabido expresarla con palabras, pero sabía que cobraría instantáneamente forma al encontrarla.

Con un atrevimiento muy en armonía con su carácter, Whit Cameron ponía su vida en manos de Julián Chisholm. Y Julián Chisholm se dijo, al posar la vista una vez más en el ahumado panorama yanqui que volaba ante la ventanilla del tren, que iba a atreverse también con Lucy Sprague. ¡Si Lucy quisiese, podía poner al día siguiente en sus manos los documentos necesarios para un canje! ÉL jugaría limpiamente haciendo la elección inevitable.

—Tendrás lo que deseas, Julián —observó Luis—. ¿Por qué no te alegras?

—También la felicidad requiere práctica —repuso Julián—, como la requiere la intriga. Además, ante todo tenemos que pensar en Whit.

Pero no consiguió disimular del todo el nuevo sentimiento de esperanza que brillaba en sus ojos al comenzar a planear la operación con el concurso de Luis, ni de dejar de pasar enteramente por alto los desacompasados y demasiado familiares latidos de su corazón.

3

Una vez fuera de la desvaída, desparramada estación del término, que se alzaba junto al Hudson, los dos cirujanos recibieron el saludo de la guardia del preboste antes de subir al carruaje que los aguardaba, El viento llegaba del río cargado de nieve; también estaban llenos de nieve las crines de los caballos, los hombros del cochero, los tejados de los *slums* enclavados más allá. «Nueva York, reflexionó Julián ofrece una pobre acogida al visitante». Al doblar el carruaje por la calle Treinta, y colocarse en mitad de la corriente incesante del tráfico, Julián sintió que su carne se estremecía; aquella extraña mezcla de miseria y de indiferencia asestó un golpe salvaje a sus nervios, aplacados por la prisión.

—¿Está esto siempre tan sucio?

—No siempre —repuso Luis—. En ocasiones todavía Jo está más. Y más agitado. Los levantamientos han dejado huella. —Señaló una calleja ahumada que parecía exudar visibles miasmas a pesar de la capa de nieve que la cubría, y agregó—: Todos los días se comete un asesinato en esa esquina de la Hell’s Kitchen. Yo he compuesto más de una cabeza rota en esa manzana de casas. Cierra la ventanilla, Julián; muchas veces me pregunto si no sería mejor dejarlas rotas. Y el único remedio que se me ocurre para re mar el daño es quemar esos nidos de ratas y volver a empezar.

—¿No protestarían los padres de la ciudad?

—Naturalmente —repuso Luis con acento sombrío—. No sé quién ha dicho que en Manhattan solamente hay casas de vecindad en una extensión de siete millas, atestadas de manera increíble todas ellas y muy beneficiosa. Quizá sea bueno que hayas nacido el Sur, Gracias a esa circunstancia pasará mucho tiempo antes de que tengas que afrontar ese problema.

El cirujano vienés guardó silencio, de pronto, contemplando con melancólica expresión las enguantadas manos que tenía cruzadas sobre la rodilla. Julián se arrebujó más en su abrigo y trató de no tiritar al azotar el crudo viento del Oeste las ventanillas del carruaje. Apartó los ojos de la calle algún tiempo; luego, al detenerse el coche de improviso con una fuerte sacudida en un cruce, los levantó irritado por la detención.

Un regimiento de infantería salía, desparramándose, de un cuartel destartalado que tenían enfrente; sus elevados muros pizarrosos ponían de relieve la doble hilera de uniformes azules, prestando a cada soldado un parecido más notable con un muñeco que con un hombre, y haciendo parecer más ridícula que heroica su marcha por la nevada calle. Sólo cuando la columna emprendió un paso más vivo y torció hacia el oeste, adoptando una especie de trote vacilante, reparó Julián en los rostros de los hombres. En un principio creyó que los oscurecía el frío; luego vio que se trataba, en realidad, de tropas negras. Marchaban a la guerra con la misma calma inalterable que aparecía en las fisonomías de los braceros de su padre cuando salían de las cabañas en dirección a los campos de algodón.

—Son hombres libres —dijo Luis—. Mañana se convertirán en ciudadanos, según se dice. No te sorprendas tanto, Julián; Davis hará lo mismo antes de que puedas volver a ofrecerle tus servicios. —Salió de su ensimismamiento y se echó a reír—. El mundo avanza a pesar nuestro, amigo mío.

—Yo me pregunto si avanzamos en realidad.

—Y yo también algunas veces. No cabe duda de que se anuncian grandes cambios…, pero se producen demasiado de prisa para mí. La transformación lenta es la única capaz de curar nuestros males.

Luis calló otra vez. El carruaje era sacudido por un viento penetrante y avanzaba a través de una cortina de nieve cada vez más espesa.

—¿Vive Lucy muy lejos de aquí?

—La casa de los Sprague está en la Quinta Avenida —dijo Luis con un toque de aspereza en la voz—. No desesperes, Julián. La hallarás muy en armonía con… lo que esperabas.

—En realidad no espero nada…, de manera que no estoy decepcionado.

—¿Qué es lo que sientes…, si sientes algo?

—Un sentimiento de desconcierto, un temor que no acierto a definir. Ésta es una parte de América, después de todo. Pero es enorme… y demasiado confía, da. Una metrópoli debe enorgullecerse por una razón que pueda expresarse con palabras. Y tu Nueva York es temeraria, Luis. Temeraria y cruel.

—Es… como la misma juventud.

—¿Crees que madurará?

—Es lo que yo me pregunto también —dijo Luis.

Los cascos de los caballos hirieron el empedrado al subir una cuesta limpia de nieve, gracias a las ráfagas de viento. Ahora le tocó a Julián guardar silencio mientras seguía mirando por la ventanilla las interminables hileras de apiñados edificios. Fábricas y almacenes, *saloons* e iglesias, casas de huéspedes baratas y viviendas construidas de prisa parecían codearse, empujarse para tener sitio, formando manzanas de casas diseminadas al azar como por la mano de un niño. El coche desembocó en una plaza cuadrada; Julián vislumbró las elevadas espiras de una iglesia llenas de nieve, y comprendió que la ciudad podía tener atisbos de belleza, después de todo. Cruzaron una calle estrecha, antipática, por el sello comercial que ofrecía, llena de *cabs* y de carros…, y se dio cuenta de que Nueva York era una ciudad desconcertante y tan vacía de sentido como una olla de grillos.

—Broadway —dijo Luis—. Y no me digas que no hace honor a su nombre. Dentro de unos minutos llegaremos frente a la casa de la señora Sprague.

Julián se sintió más animado cuando salieron a la Quinta Avenida. Por lo menos conocía la calle, y por una sola vez la romántica idea que se había formado de ella coincidía con la realidad. Silueteados por la nieve, aun los feos monumentos de granito al azar armonizaban con la extensa avenida, a pesar de apoyarse en los *sltims*, y ostentar más de una fachada de mármol castaño, la avenida poseía una dignidad que

no trascendía a afectación burguesa y era de una amplia, casi clásica belleza digna de la ciudad más grande de América.

La mansión Sprague formaba parte de aquella dignidad; Víctor Sprague pudo ser un tunante, pero tenía buen gusto en arquitectura. Al apearse bajo la puerta cochera, Julián hizo un gesto de aprobación. La montura era digna de la mujer que administraba la fortuna de Sprague.

Un mayordomo inglés los recibió con una dignidad que armonizaba con aquel *foyer* de elevados frisos de roble.

—Su ayudante está ahora junto al enfermo, doctor —unos ojos pálidos, bien educados, miraron sin sorpresa a Julián—. ¿Este caballero se albergara también aquí?

—Naturalmente —repuso Luis.

—Bien. Ya está preparada la habitación contigua a la del señor Cameron.

El mayordomo cambió, muy circunspecto, unas palabras con un lacayo surgido Dios sabe de dónde, y Julián siguió a su portamantas por una escalera cubierta de mullida alfombra. Toda la casa parecía gozar de un calor agradable, aun cuando no logró identificar su origen; pero adivinó que Lucy debía de poseer un horno de aire caliente y sonrió al pensar lo bien que ello armonizaba con la comodidad de su dormitorio… Una habitación tapizada discretamente de color ciruela, matiz que se repetía en el entarimado y en la colcha de seda, orlada de encajes, de la cama. Incluso las toallas del cuarto de baño, enlosado de blanco, eran de un soberbio y cálido color de púrpura… Julián se detuvo en el umbral y contempló, abriendo mucho los ojos, aquel juego de cañerías que parecían pertenecer a otro mundo. Al contacto de su mano surgió el agua caliente; él se desnudó hasta la cintura antes de empezar a frotarse.

Se secaba las manos cuando Luis Rothschild abrió la puerta de escape, Julián divisó al otro lado una habitación amplia, seria, y una figura apoyada sobre almohadas en un lecho demasiado grande.

—El paciente espera. Cuando quiera, doctor.

Los dos cirujanos pasaron a la habitación del enfermo. Julián aceptó la mano que le tendía Noah Heath y su sonrisa de bienvenida.

—Es una suerte que haya podido venir, doctor Chisholm. Si lo desea, podemos operar en seguida. Tengo dispuesta una mesa en la habitación donde pasa las mañanas la señora Sprague; la luz es allí perfecta.

Heath meneó la cabeza al dirigir Julián una mirada en dirección a la figura que ocupaba el lecho de cuatro columnas.

—Podemos hablar con entera libertad; hace tiempo que delira y le he administrado morfina.

Julián subió a la tarima de la cama y miró a Whit. El jugador tenía puesta una fina camisa de hilo y parecía haber caído en un profundo sueño, enteramente natural. Sólo le traicionaban el color intenso de las mejillas y la respiración fatigosa.

—La fiebre ha subido a más de treinta y nueve grados —dijo el doctor negro—.

El pulso a ciento diez pulsaciones. Vomita sin cesar, con intervalos de una hora.

Como ve, doctor Rothschild, el cuadro no ha variado. Julián levantó la sábana.

—¿Qué opina de la enfermedad, doctor?

—La obstrucción del colon parece inconfundible. Creo firmemente que sólo una operación puede mejorar el cuadro.

Mientras daba golpecitos ligeros sobre el área abdominal, Julián había hecho ya un signo de asentí, miento. Bajo sus dedos, los músculos distendidos en obediencia a una presión interna, ofrecían la resistencia de un tambor. La masa se delineaba claramente en el costado derecho; sintió agitarse a Whit y gemir en su estupor mientras él definía la obstrucción con los dedos.

—¿Te parece más amplia ahora, Luis?

—Definitivamente.

Podía ser un tumor o un absceso. En ambos casos se indicaba claramente la intervención quirúrgica. Si la supuración se había declarado ya en el peritoneo, sólo la apertura del desagüe podía salvar la vida de Whit. Si era un tumor el que interrumpía realmente el proceso digestivo, tenía también que extirparse el tumor.

Julián había visto a Semejéis, en Viena, realizar tales operaciones. Los cirujanos conservadores podían retroceder todavía ante una operación del abdomen; los más adelantados podían insistir en el desagüe, aunque se atrevieran a practicar la incisión. Pero Julián adoptó una resolución y delineó el campo operatorio una vez más.

—Creo, en efecto, que debemos operar sin pérdida de tiempo. ¿Quieren hacer el favor de trasladar al paciente de habitación?

Sintió la mirada de Luis y comprendió que aprobaba, aun antes de que Heath hubiera llamado al mayordomo. A pesar de la gravedad de su decisión, no pudo menos de sonreír al ver como cuatro fornidos lacayos convergían junto a la cama para levantar a Whit en la cuna de sus brazos. Fue un momento muy en armonía con la magnificencia de cuanto les rodeaba, con el cálido soplo que se burlaba de la nieve apilada en la calle. El alfombrado hall ahogó el ruido de unos pasos cuando siguió al grupo hasta la habitación de la mañana. Whit, se dijo, hubiera disfrutado enormemente con todo esto.

Heath corrió las cortinas para que no se oyeran los rugidos de la tormenta. Julián vio, de una ojeada, que el equipo era tan completo como el que pudiera ofrecer cualquier hospital. Las cuatro lámparas de gas, colocadas sobre la mesa de operaciones, bañaban la superficie que tenían debajo con una luz clara y amarillenta. Luis Rothschild se quitó la guerrera azul, del uniforme, y comenzó a elegir los instrumentos.

—Noah administrará el anestésico —dijo—. No lo haría nadie mejor. Yo te ayudaré si te es agradable.

«Es más que agradable», dijo la sonrisa sin palabras de Julián. Pues si bien la operación que iba a practicar debía hacerse en un campo inexplorado por el escalpelo, sabía que la pareja de colaboradores que tenía a su espalda era perfecta. Por espacio

de un segundo titubeó, en el extremo opuesto de la mesa, al ver como los largos y oscuros dedos del médico negro quitaban el tapón a un frasco de éter. Ahora le parecía extraño que sus propias manos se hubieran puesto rígidas en cierta ocasión en que aquellas mismas manos oscuras se le habían tendido en amistoso gesto. Y hoy se alegraba al aceptar su ayuda, de macera tan natural.

—¿Empezamos, caballeros? Pues si se está formando un absceso, el tiempo apremia.

Noah Heath introdujo un trozo de gasa en un cucurucho de papel y comenzó a derramar encima el contenido del frasco; la habitación se llenó al punto del olor agridulce, particular, del éter. Los cuatro lacayos, que estaban junto a la puerta con las bocas abiertas de curiosidad, escaparon tan de prisa como se lo permitieron sus ocho vigorosas piernas irlandesas; el mayordomo dedicó un correcto saludo a cada uno de los dos cirujanos y retrocedió todo lo de prisa que su dignidad le permitía.

Los dos cirujanos cambiaron entre sí una sonrisa, que se convirtió en franca mueca cuando Luis descubrió el área operatoria. La piel del diafragma de Whit estaba profundamente tatuada… Era una gruta marina en que una voluptuosa sirena recostada retozaba con Davy Jones[19] en persona. Las dos figuras se estremecían, extasiadas, cada vez que bajo los efectos del anestésico el jugador respiraba profundamente… En la curva formada por los huesos de la pelvis, el artista había hecho, evidentemente, una reciente adición: las banderas de combate de la Unión y de la Confederación se desafiaban, una a otra, a través del estrecho valle del ombligo. Julián reparó en que estrellas y barras flotaban en el área mismo del recto; la cuchilla que tenía en la mano, trazó la proyectada incisión y dividió en dos mitades exactas la bandera de la rebelión.

—Parece un presagio —observó Luis, tomando unas compresas y preparándose a enjugar con la improvisada esponja la sangre.

El escalpelo se movió mientras hablaba, trazando un corte limpio a través del abdomen, bastante a un lado y en diagonal hacia abajo, pues lo que se pretendía descubrir se hallaba localizado junto al intestino ciego, Julián se sintió seguro de ello desde la primera incisión. Mirando como Luis reprimía la hemorragia capilar, como se detenía a ligar dos venas mayores, siguió abriéndose camino hasta la aponeurosis, blanca funda resplandeciente que cubre los músculos de la pared abdominal. El instrumento hirió esta membrana, recorriendo toda la longitud de la incisión, Luis asió los bordes y los separó. Debajo de ella, la rica sustancia roja de los músculos apareció en la herida. La fuerza de la hinchazón era allí aparente… una tensión que nacía del trastorno que Julián iba a descubrir dentro de unos minutos.

La hoja de acero mordió el tejido muscular; ahora se produjo una viva hemorragia y otra vez fue atajada mediante las ligaduras. Cuando hubo hecho el último nudo, Luis colocó las hojas del separador en la incisión y ensanchó el campo operatorio mediante continua presión. El peritoneo, esa capa delgada y frágil que encierra la cavidad abdominal, brilló en lo profundo de la herida. Julián dejó escapar un suspiro

de alivio cuando los chorros de la luz de gas que tenía sobre la cabeza cayeron sobre él. Claro que una peritonitis general podía estar al acecho debajo de la tensa membrana; claro que podía localizarse un absceso que le impidiera adelantar. Mas, desde este ángulo, no había señal ninguna de infección allí debajo: sólo una incipiente inflamación que ponía tenso el peritoneo hasta el punto de querer estallar.

—Sea lo que sea, es local.

Mantuvo su voz serena mediante un esfuerzo de voluntad, y, al propio tiempo, introdujo el escalpelo en el interior de la herida y dio un corte a la membrana. Entonces oyó silbar a Luis entre dientes y sintió el vuelo del propio corazón al aparecer bajo el cuchillo la rosca roja del intestino delgado. Pero ninguna precipitación de líquido indicó el absceso, ni tampoco ningún olor revelador de podredumbre. Es cierto que Ja pared intestinal aparecía tirante por efecto de la interrumpida digestión, pero no había el menor indicio de perforación. Lo que ocasionaba la enfermedad —y Julián se atrevía a creer que estaba en lo cierto— seguía estando al alcance de la mano, aun cuando todavía no se hubiera llegado a ello. Dejando que sus dedos pensaran por él, descubrió que una parte de su cerebro pasaba revista a la anatomía. Evidentemente, aquella área constituía una selva virgen para el cirujano; un falso corte podía acarrear el desastre, por fortuna, recordó que los vasos sanguíneos que riegan la pierna estaban a una distancia segura. Directamente bajo su mano palpó el gran callejón sin salida del intestino grueso, del ciego. Era casi seguro que la inflamación se originaba en él; su foco debía de ser el apéndice vermiforme. De acuerdo con su nombre, este órgano dependiente podía ser tan difícil de encontrar como una aguja en un pajar. Sin embargo, la exploración que verificaban sus dedos le convenció de que la infección —si es que había alcanzado este estado— se localizaba en torno al extremo del ciego. Mas, hasta que no estuviera seguro de ello, no había que arriesgarse a una posible hemorragia que podía inundar la cavidad, en una disección a ciegas.

Y, sin embargo, ¿cómo unos dedos, por acostumbrados que estuvieran, podían reconocer la forma de un órgano inflamado que los ojos no estaban acostumbrados a estudiar como era debido? En la autopsia verificada en Nassau el apéndice era incognoscible, estaba roto en mil pedazos. En la mesa de disección de Viena había seccionado óiganos como aquél a docenas, en saludable estado… y, por lo tanto, tampoco en esto podía guiarle la experiencia. Por otra parte, no podía seguir palpando indefinidamente: Whit Cameron era fuerte, pero el trastorno que padecía era mortal.

Sus dedos se detuvieron y luego volvieron atrás para investigar el cambio operado en la contextura de la pared que estaba explorando. Lo que tocaba no era mera asa intestinal, aunque su tamaño fuera comparable al tejido que había encima y debajo. Comprobó, cuidadosamente, sus dimensiones, dejando que sus dedos volvieran a retroceder para efectuar una segunda comprobación. No cabía duda: era una extensión o adherencia del ciego, no una continuación… una adherencia o extensión abultada, semejante a una salchicha de unas seis pulgadas de longitud y que se

hallaba adherida a la pared intestinal, junto a la que se retorcía como una raíz gruesa y asfixiante.

Suave y firmemente, actuando con el cuidado más minucioso, comenzó el cirujano a romper la adherencia partiendo de la punta y bajando lentamente hasta la todavía más inflamada base. Luego separó una por una las vueltas del intestino. Entonces ovó a Luis lanzar una exclamación desde el otro lado de la mesa al salir, por fin, al campo operatorio el órgano recién liberado. Desde este ángulo se parecía más que nunca a una salchicha, a una salchicha turgente, mal rellena, con la piel iridiscente por la podredumbre que palpitaba debajo, como un pulso invisible.

—El apéndice vermiforme —dijo tranquilamente—, hinchado hasta el punto de una inminente ruptura. Ya ven, caballeros, como hicimos bien operando en el acto.

El silencio que reinaba en la habitación era absoluto, interrumpido únicamente por el ronquido de la ruidosa respiración de Whit, a quien Noah seguía administrando éter. Las manos de Luis seguían firmes cuando dieron toda la amplitud al retractor. El campo operatorio era un pequeño cuadrado, compacto, ahora… gracias a la persuasión de las planas hojas de acero. El vienés dijo, con voz ronca, al tomar Julián un nuevo escalpelo e inclinarse sobre su trabajo:

—Conque se trataba del apéndice, ¿eh?

—No cabe duda de ello ahora.

—Tú eres el primer cirujano que extirpa ese órgano como cura de la tiflitis. Estás haciendo historia médica.

—No lo he extirpado aún.

Con la mano que tenía libre, Julián eligió una de las fuertes ligaduras que estaban sobre la mesa y con la hoja de acero dibujó el mesenterio, en forma de abanico que une el apéndice a la pared del ciego. Ya había hecho la autopsia del órgano en más de un cadáver; pero la presente estructura, como el mismo apéndice, estaba tan inflamada que se la reconocía solamente por su posición relativa. Un movimiento en falso destruiría todas las posibilidades de curación del enfermo; el mesenterio posee una red de vasos que podían originar, al punto, una hemorragia si se colocaba mal la ligadura. Una vez más debía actuar por instinto; él nunca había visto hacer la operación, ni había oído jamás que un cirujano fuera lo suficientemente atrevido para intentar una apendicectomía.

—Apendicectomía, Esa es la palabra, ¿verdad Luis?

—Es idea tuya —repuso el vienés—. Tienes derecho a llamar así a esta operación.

—Ante todo tenemos que ligar el mesenterio y luego cortaremos. Será factible que podamos evitar una hemorragia.

Con unas pinzas más finas, manejadas cautelosamente, separó, poco a poco, el inflamado abanico del mesenterio. Ahora se delineaba con claridad la pared del ciego. Julián distinguió el punto en que se unía el apéndice que sacara a luz con tanto cuidado. Julián tiró de los extremos y rezó una corta plegaria antes de completar el

nudo, que apoyó en la pared intestinal Como había supuesto, el hilo de pelo de caballo coito, en varios puntos, el tejido inflamado… mas estando de suerte. Los vasos que tenía debajo eran de fibra resistente, y aunque el tejido latía débalo del nudo, éste se mantuvo firme y no se produjo la menor señal de hemorragia. Entonces hizo un segundo nudo y luego un tercero. El escalpelo le seguía, veloz, cortando junto al mismo apéndice, liberándote totalmente del mesenterio, que era su proveedor de sangre.

Luis Rothchíld exhaló un segundo suspiro de alivio, ahora veamos tu apendicectomía…, ¿no es así como le llamas?

—Con tu permiso.

Julián puso a prueba la ligadura siguiente con el mayor cuidado. Era el momento peor de la operación; aun cuando seguía explorando se dio cuenta de ello al momento. El pelo de caballo sonó, como tirante cuerda de violín, entre sus dedos: luego lo pasó por la hinchada superficie del órgano hasta rodearlo por la misma base. Sus dedos palparon, maquinalmente, la superficie, ancha, semejante a una bolsa, del mismo ciego. Como habían supuesto, apenas había huella de inflamación; el trastorno se circunscribía al apéndice.

Se esforzó por lograr que sus dedos se movieran con soltura y que no se apresurasen mientras hacían y apretaban el nudo de pelo de caballo. Luego, cortó a través de los tejidos, perdiéndose en la distendida masa, pero se mantuvo firme.

A continuación, hizo los nudos suplementarios, al mismo compás, y después tomó un escalpelo limpio. Un rápido golpe, y la operación estuvo terminada. El limpio mordisco del acero fue tan puro como la poesía… La distendida curva de la salchicha de seis pulgadas se le quedó en la mano.

Al colocarla sobre la mesa la observó con curiosidad, dándose cuenta al mismo tiempo de que los otros dos cirujanos se inclinaban también para mirarla. La tiró en la jofaina, dividiéndola mientras estaba todavía en el aire, en dos partes iguales, y sonriendo, a su pesar, al ver que el verdoso apéndice estallaba a la presión ejercida sobre él e inundando la jofaina de un chorro de brillante pus amarillo.

—¿Qué hora es, doctor Heath?

—La operación ha durado treinta y dos minutos —respondió el negro con voz temblorosa—. El pulso sigue a ciento diez, la respiración es regular.

—Bien; en otra ocasión actuaremos más de prisa —dijo Julián—. Nos ayudará el saber dónde están las cosas… y por qué.

Los tres volvieron a trabajar a una, como un tronco de tres…, tronco que no dejó de ser metódico, a pesar de la atmósfera triunfal que se cernía sobre la mesa. La misma voz de Luis era casi normal cuando interrogó, tras aflojar la presión de los retractores:

—¿Daremos los puntos de sutura?

Julián afirmó con el gesto.

—Ahora ya podemos cerrar.

—Eso es. —Luis miraba la herida, como si no se atreviera a dar crédito a sus ojos —. El foco de infección ha desaparecido. Sólo has dejado tejido sano.

Los dos médicos observaron con una especie de fascinado silencio cómo cosía Julián la herida. Semmelweis había cerrado también más de una incisión abdominal en circunstancias parecidas. El propio Julián había asistido, en Budapest, a una operación del gran cirujano húngaro, viéndole extirpar un tumor grande como dos puños… y cerrar la herida en el espacio de una hora. Como Luis había dicho, la sede de infección de Whit nadaba en la jofaina colocada sobre la mesa; nada más que acero desinfectado había tocado el punto de amputación. Era innecesario, pues dejar la incisión abierta; excluyendo un accidente, el restablecimiento de Whit era seguro.

—Deje de dar anestésico, doctor Heath.

Julián trabajó rápidamente en cuanto Luis levantó las hojas del retractor; lo que siguió era pura rutina… y una dicha. Pero sólo se permitió sonreír al apartarse, al fin, de la mesa de operaciones. La línea roja de la incisión se unía limpiamente mediante puntos de costura que hubiera sido la vergüenza de más de una ama de casa. Y otra vez se fijó en la limpieza con que el escalpelo había dividido la bandera de la Confederación que seguía ondeando débilmente entre el hueso de la cadera y el ombligo.

Pasado un mes la raya blanca de la cicatriz dividiría aquella bandera en dos, absorbiendo una de las barras rojas… Sus ojos tropezaron con los del doctor negro y vio que éste sonreía también.

—Le ha salvado la vida, doctor Chisholm, pero ha echado a perder el tatuaje.

Julián se acercó a la ventana, esforzándose por disimular su alegría. La nieve seguía cayendo, muy espesa, sobre la Quinta Avenida; los pocos peatones que logró distinguir se inclinaban ante ella y al ímpetu del viento. De pronto, sintió el deseo apremiante de sentir el viento en la cara y adaptar su estado de ánimo al de la borrasca.

—¿Y si saliera a dar un paseo, Luis? ¿Se nos caería encima el cielo?

—No, si vuelves pronto. —Luis Rothschild, que trabajaba activamente por Health, pareció darse cuenta del impulso de Julián—, ahora te hallas bajo mi jurisdicción.

—Deseo respirar un poco de aire puro —la palabra era poco adecuada, pero resumía sus sentimientos.

—En el *hall* encontrarás mi abrigo —dijo Luis en voz baja—. Será mejor que lo lleves. En Nueva York nadie se sorprende fácilmente, pero podía sobresaltar a la gente encontrarse con un oficial confederado en mitad de una tormenta de nieve.

En el *hall*, vacío y silencioso, Julián juntó los tacones, saludó y dio media vuelta con aire solemne. Riéndose luego de la propia exuberancia, bajó de puntillas la escalera. El capote azul de Luis estaba colgado en un cuarto ropero, junto al *foyer*; Julián descubrió, al ponérselo, que ocultaba perfectamente su uniforme.

Al salir del ropero, apareció el mayordomo inglés junto a la puerta de entrada,

silencioso como de costumbre, conservando la compostura inalterable ante el espectáculo de un oficial rebelde vestido con el capote yanqui.

—¿Se marcha, señor?

—Sólo voy a dar un corto paseo. El inglés dirigió una mirada al espacio, borroso por efecto de la nieve, sin perder su empaque.

—Confío, señor, en que estará de vuelta a la hora de cenar. La señora Sprague le esperará.

—¿No está en Pittsburg?

—Sí, pero volverá pronto. Acabo de recibir un telegrama suyo. ¿Desea que llame un coche?

—No, gracias —dijo Julián—. Mi paseo es anónimo.

«Y algo temerario también», se dijo, al sentir el primer zarpazo del viento. Sin embargo, se dejó azotar con gusto por el viento y la nieve al recorrer la primera manzana, dejando que ellos se llevaran consigo hasta la última partícula de angustia. ¡Qué bello era verse libre otra vez…! ¡Y pensar que no tenía que hacer sino levantar un dedo para prolongar la libertad!

Mas había permitido que su mente diera un salto con excesiva rapidez, pues podía ocurrir muy bien que Lucy se negara a ayudarle cuando supiera por qué sentía tanto afán por ser canjeado. Juana… podía actuar lejos de Richmond, era lo más probable. Podía incluso estar muerta… A pesar de que la había maldecido, a medianoche, en más de una prisión, el espectro volvía a colocarse, implacable, delante de él, mientras dejaba errar sus pensamientos por él aire glacial de la borrasca.

No había sabido una palabra de ella, durante muchos meses. Aquella mañana lo pensaba en el tren; Luis se lo hubiera comunicado, de haber recibido noticias recientes de Juana. Su actuación no era menos expuesta ahora que el círculo de hierro se estrechaba en torno a la Confederación; Julián no podía negar que la situación aumentaba los riesgos que ella corría. Pero, de una manera u otra, tenía que sacarla de aquel riesgo sin sentido antes de que llegara el fin. De un modo u otro tenía que decirle, de una vez para todas, que la deuda estaba saldada.

—Te amo, Juana. No puedo dejarte morir.

Había pronunciado estas palabras en voz alta, en los mismos dientes de la borrasca, y dio rápidamente media vuelta antes de perder en la oscuridad el sentido de la orientación; por lo visto el exceso de independencia se le subía a la cabeza. Al volver hacia el Sur, de espaldas al viento, vio levantarse la casa castaño-gris de Lucy, cuyas ventanas iluminadas, parecían dirigirle una mirada amistosa. Nunca hubiera dicho que aquella parte del mundo de Lucy pudiera parecer tan amable… y tan acogedora. Ni que él correría, presuroso, hacia la puerta cochera para pedirle un favor. El mayordomo había dicho que estaría de vuelta aquella misma tarde, y él se portaba como un loco, paseando entre la nieve cuando Lucy tenía en la mano su porvenir.

Un látigo restalló, de improviso, en la calle; Julián retrocedió con el tiempo justo

para dejar pasar el coche, que fue a detenerse delante de la puerta cochera. Supo que era el de ella antes de distinguir su perfil junto a los nevados cristales de la ventanilla. Hubiera podido verla frente a sí con sólo haber corrido hasta la puerta que abría el cochero en aquel momento, mas, en vez de hacerlo, permaneció inmóvil; titubeando, sobre el pavimento de la Quinta Avenida, dejando que la nieve levantara entre ambos su baluarte.

Lucy iba envuelta hasta los ojos en un abrigo de ardilla gris y lucía el correspondiente manguito. Se apresuró a pasar del coche a la puerta; sin embargo, se detuvo un momento a la entrada, para dar una orden al cochero, y Julián le vio perfectamente la cara. «No ha cambiado nada —pensó rápidamente—. Su rubia belleza sigue intacta, lo mismo que su aire de confianza. También continúa tan atractiva,…». Ella no podía verle, y Julián agradeció a la suerte que así fuera. Mas su fragancia de pálida sirena quedó como suspensa en el aire después de cerrarse la pesada puerta tras ella.

Los recuerdos se precipitaron sobre él en aquel vacío, le golpearon con la suave furia de sus alas. ¡Qué reacios se habían mostrado unas horas antes! Ahora sentía ya los besos de ella en sus labios, con toda su incitante invitación. Recordaba la risa temblorosa que Lucy le dedicara cuando se le ofreció en el invernadero antes de su primera rendición. El orgullo con que se alzaban sus senos semejantes a dos victorias aladas, bajo la tela sedosa de su *negligé*, al dar el último paso para amoldar su cuerpo al de él.

Aquel cuerpo había sido hecho para vibrar bajo el influjo delirante de la pasión; desde la boca algo gruesa a las amplias caderas, en la reencarnación de Lilith; de una suprema, indiferente Lilith, que podía pasar por encima del marido difunto para ir en busca de otros amores que, si lo deseaba, podía renovar un antiguo amor.

El ávido cuerpo de Julián tembló, mas no de frío: sin embargo, siguió allí parado, hundido en nieve hasta los tobillos: los copos empolvaban el azul de su traje de máscara… y aquel mismo cuerpo hambriento comenzó a desearla. Era el deseo del hombre por la mujer, tan poco complejo como el hambre. Con la rapidez del relámpago comprendió que sería facilísimo poseerla, en aquella mansión cuyos muros desafiaban, fortuitamente, al mundo. Su hambre, se decía, era legítima, después de los catorce meses transcurridos en la prisión. Si la satisficiera aquella noche, ¿sería infiel a Juana?

El viento volvió su mente a la normalidad. Hundió las manos en el abrigo de Luis Rothschild y dio un par de vueltas a la manzana antes de recobrar la calma. Aquélla, volvió a decirse, era la morada de la señora Sprague, una dama cuyo nombre ejercía su magia en Washington. Él se dirigiría a ella y le rogaría que gestionara con cierta prisa la cuestión del canje. El hecho de que él y la señora Sprague hubieran sido amigos íntimos en otra ocasión era cosa aparte, aun cuando los poetas afirmen que un hombre debe enamorarse de una mujer y volver a hacerlo antes de llegar a ser un amigo verdadero… El corolario de que él marchase con trabajo sobre la nieve y

recordara todos los detalles de aquella pasión con rápidos latidos era sólo, natural… y no tenía excesiva importancia cuando comparaba su necesidad con su cauto orgullo.

Al doblar por segunda vez la esquina de la avenida vio brillar toda una hilera de ventanas en él piso de la casa. Lucy se hallaba en sus habitaciones. Bajo su mano se abrió con sigilo la puerta del *hall* y entró en él sin llamar. El aire caliente había quedado levemente perfumado por la presencia de Lucy, pero Julián pasó por alto esta fantasía y subió la escalera para entrar en su habitación. Sintiéndose rodeado de comodidades, no se detuvo a reflexionar si no estaría cambiando una prisión yanqui por otra prisión.

4

Noah Heath estaba sentado junto al lecho de Whit, con un libro abierto sobre las rodillas: el propio Whit, sometido aún a los efectos del éter, descansaba tranquilamente, con la cabeza apoyada en las almohadas. Luis no dio señales de vida al detenerse Julián a mirar por la puerta semientornada, y no quiso alterar la armonía del cuadro. Tiempo tendría de conversar con Heat, junto a la cama del enfermo, cuando hubiera hablado con Lucy.

Al entrar en su habitación cerró sin ruido la puerta de escape y reanudó su paseo. «La gruesa alfombra de Lucy —se dijo— amortiguará tan bien mis pasos como el pavimento nevado del exterior…». Al sonar el golpecito en la puerta, estaba preparado. Mantenía delante de sí, como un escudo, las palabras que tenía pensadas; abrió la puerta de par en par y…, tropezó con la mirada impasible de los ojos del mayordomo.

—Me pareció oírle volver, señor. La señora Sprague le saluda… y confía en que estará ya desocupado. Puede ir a verla ahora mismo.

—Estoy a la disposición de la señora Sprague.

Mientras bajaba tras el mayordomo, por el *hall*, se preguntó hasta qué punto era sincera su declaración.

—El gabinete de la señora se halla a un mismo nivel. Ella le espera.

El mayordomo abrió la doble puerta de caoba y saludó a Julián; luego se hizo a un lado, con toda la dignidad de un cancerbero, a la misma entrada del santuario. Ya la voz de Lucy salía a recibirle.

Como Julián suponía, su departamento estaba en un ángulo espacioso del segundo piso de la mansión. Lucy lo había amueblado de acuerdo con sus gustos, desde los claros lienzos de las paredes hasta el secreter de palo rosa ante el cual estaba sentada. La habitación era en parte estudio y en parte tocador; uno de sus testeros era todo de espejos y parecía una prolongación de los colores a la aguada, estilo francés, de las paredes del otro lado, de la hermosa vitrina de *bibelots*, de la chimenea de mármol blanco, verdadera joya en que ardía alegremente un vivo fuego. Encima de la chimenea (Julián reparó en el detalle, sorprendido de momento), un retrato de Víctor Sprague miraba fríamente la habitación Cosa singular, la inmaculada figura vestida con traje de frac parecía allí a sus anchas, haciendo juego con el traje negro de alepín que ella lucía de manera regia y la bien recordada *riviére* de diamantes que centelleaban sobre su pecho pensó Julián que Sprague se hubiera alegrado de hallar sentada a su mujer ante la mesa, dictando una carta al joven del traje de mezclilla, que, evidentemente, era su secretario particular. Una carta dirigida, como a un igual, a un tal Vanderbilt, con quien concertaba la venta de unas acciones del ferrocarril del Oeste de Chicago. Sprague, que siempre fue el primero en aplaudir la verdadera falta de piedad, hubiera tenido que admitir que su imperio había hallado un digno sucesor, después de todo…

La voz de Lucy seguía sonando en tono igual y monótono de confianza. No alzó en seguida los ojos de la carta, de letra pequeña y apretada que tenía en la mano. Sólo al levantar la cabeza, por fin, se dio cuenta Julián de que llevaba gafas con montura de concha. Los cristales eran el toque final de un cuadro que hubiera podido parecer extravagante… y no lo era. Lucy Sprague había nacido para sostener con ambas manos el poder, para recoger la cosecha como mejor le pareciera. Por ello parecía natural que escribiera a su vez a Vanderbilt… y que hablara con soltura de fletes, tasas y estadísticas. Levantó la vista y habló, dirigiéndose a Julián:

—Entre, Julián, por favor. Ésta es mi última carta.

El ratón del traje de mezclilla cerró el libro de notas, al expresarse ella de este modo, y saludó como una sombra bien educada. El mayordomo había cruzado ya la habitación para dejar copas y una botella encima del secreter. Julián entró sin hacerse de rogar y se inclinó sobre la mano de Lucy.

—Ha pasado mucho tiempo, señora Sprague…

—Demasiado tiempo, querido —dijo Lucy, con menos indiferencia y con un guiño que él recordaba muy bien—. ¿Quiere tomar una copa de coñac… como concesión al mal tiempo?

—Con sumo gusto, Lucy —replicó Julián, en el mismo tono agradable.

Como hablaba en presencia del mayordomo, pudo pararse a pensar qué vendría después mientras aceptaba la esbelta copa.

—Por su victoria sobre la muerte, doctor Chisholm.

—Y por la suya sobre Vanderbilt —repuso él sentándose en la silla que el secretario acababa de dejar y procurando soportar lo mejor posible la mirada con que ella le examinaba de pies a cabeza. Todavía llevaba las gafas, y él la conocía demasiado bien para no sospechar que se las había dejado puestas intencionadamente.

—Mi victoria no es total aún —dijo, echándose los papeles a un lado—. Lo será… si la conozco bien. El mayordomo salió, cerrando las dobles puertas detrás de si Lucy ofreció a Julián otra vez su mano.

—Acepto el cumplido, Julián. ¿Puedo añadir que celebro verte… muy sinceramente? ¿Puedo decir lo que pienso?

—¿Has dicho alguna vez algo que no pensaras? Lucy Sprague se echó a reír suavemente. Y Julián descubrió que podía mostrarse, a la vez, burlona y provocativa.

—La franqueza es la única virtud que mis enemigos me reconocen. ¿Eres tú enemigo… o amigo mío?

Julián se levantó, vaso en mano, y se miró en el inmenso espejo de la pared, vagamente satisfecho de que el nuevo uniforme le sentara tan bien.

—¿No contesta este traje, por mí, a esa pregunta?

—No seas bobo —dijo Lucy—. Yo sabía que lo llevarías, cinco años antes de que existiera. Claro que perteneces a la especie de quienes lo vestirán hasta el fin —tomó un sorbo de coñac y tiró el resto—. Tengo amigos en ambos campos, Julián… como debes saber ahora. Y confiaba incluirte en la lista.

—¿Aun después de lo que vi en Nassau? —preguntó él, con osadía.

—He ahogado en mí su recuerdo. Y lo mismo puedes ahogarlo tú… si te lo propones.

—Entonces dijiste que volveríamos a vernos, si mal no recuerdo.

—¿Y creíste que sería así?

Él se encogió de hombros, en silencioso asentimiento.

—Sigo tratando de comprenderte, Lucy. Ella se quitó las gafas de un pequeño tirón y se sirvió otra copa de coñac; Julián adivinó que se había reservado deliberadamente.

—¿Te escandaliza mucho ver,… lo que tres años han hecho conmigo?

«Sí, tres años muy atareados y muchos más millones de los que pudieras soñar», pensó Julián. Aun ahora le costaba darse cuenta de que el dinero de Lucy fuera más que un juguete para ella, que pudiera mostrarse tan eficiente en el manejo de aquellos millones como el propio Víctor Sprague. Sin embargo, la suave habitación, con sus tonos femeninos, era un despacho; hombres más experimentados que él lo habían descubierto demasiado tarde.

En voz alta dijo únicamente:

—Constituye siempre una sorpresa descubrir que la vida de otro haya sido, exactamente, lo que uno se figuraba que sería. ¿Cuánto hace que pensabas dar órdenes y establecerte en una mansión como ésta? ¿Desde que te casaste con mi hermano Mark… o antes, tal vez?

Lucy escuchó las preguntas sin perder su buen humor.

—Soy yo quien, a mi vez, estoy sorprendida, Julián. No creía que me comprendieras tan bien.

Él sonrió.

—Claro que si prefieres no responder…

—Voy a hacerlo en seguida —dijo Lucy—. Desde que tuve edad suficiente para pensar… y te sorprendería saber la temprana edad a que puede empezar a tener sentido una mujer… deseaba ser dueño de mis actos…

—Dueña —corrigió, gravemente, Julián.

—Dejemos a un lado la Gramática; ya sabes lo que quiero decir.

Julián descubrió que los dos estaban risueños. ¿Sería posible que un hombre pudiera ser amigo de Lucy, a pesar de todo? Involuntariamente dirigió la vista al retrato del difunto y poco llorado marido de Lucy. La mirada de aquel hombre pertenecía ya al pasado, a muchas centurias más… Y Julián se dijo que Lucy no había sido responsable de la muerte de Sprague en Nassau, y aceptó el propio sofisma.

—¿No se sentiré un poco solo ahí arriba? —observó en voz alta.

—La verdad es que estoy tan ocupada que no lo he reparado.

—Ocupada y contenta de estarlo, ¿no?

—Sí, ocupada y contenta —repuso ella, como un eco—. Debí nacer hombre, Julián… lo pienso muchas veces. Y, a la par, también me gusta ser mujer.

—Te creo —repuso él, gravemente.

—Una mujer puede ser de utilidad en ocasiones. —Así diciendo, Lucy cogió un papel sellado y se lo ofreció—. Esto llegó de Washington hoy, a petición mía. Estoy segura de que lo utilizarás.

Julián se quedó mirando el documento sin comprender. Era un impreso procedente del Departamento de la Guerra de la Unión y llenado cuidadosamente con tinta. Por él se ponía en conocimiento del mariscal preboste de Nueva York que debía disponer el traslado del capitán cirujano Chisholm, del Ejército de los Estados confederados, a City Point (Virginia) donde se dispondría lo necesario para efectuar el canje. Él había visto documentos similares en manos de más afortunados hermanos de armas cada vez que se presentaban ante el preboste de la isla Johnson. Por ello hacía meses que llevaba grabada en el pensamiento cada una de las palabras de aquella orden de traslado. Y ahora que su nombre estaba allí escrito, no podía creerlo.

—¿No quieres darme las gracias, Julián?

—¿Por qué has hecho esto por mí? —interrogó él con voz velada. Había planeado luchar para conseguir su ayuda, sirviéndose de todas las argucias de su repertorio. Ahora que se le ofrecía sin pedirlo, no pudo dominar ni su voz ni su asombro.

—¿No era esto lo que deseabas?

—¿Cómo lo has sabido?

—Olvidas que Whit Cameron es también amigo mío. Hace tres días, cuando me contó que estabas preso, me dijo asimismo que podía ayudarte a… —aquí bajó la vista románticamente y volvió a servirse del contenido de la botella— digamos, si gustas, a incorporarte a tu regimiento. —¿Y consentiste en ello, así, tan sencillamente?

—¿Por qué no? Mereces una recompensa por esa operación, Julián. El doctor Rothschild no cesa de prodigarte alabanzas.

Julián examinó a Lucy con atención, mientras apuraba la nueva bebida. Era increíble que el camino de Richmond pudiera abrirse con tanta facilidad ante él; más increíble aún que Lucy no tuviera la menor idea de los verdaderos motivos que le impulsaban a querer ir a aquella ciudad. Exhaló hondo suspiro y se atrevió.

—¿Sabes que mi mujer es agente de la Unión?

—Encontré a tu mujer en Washington, hace seis meses —dijo Lucy con calma—, en un besamanos dado en honor del señor Stanton, nuestro secretario de la guerra. ¿Puedo decirte, una vez más, que apruebo tu elección?

—¿Puedes decirme si Juana se halla actualmente en Richmond?

Ella bajó los ojos por vez primera; Julián vio cómo sus manos guardaban los documentos en el secreter.

—Después de todo, Julián, el Gobierno tiene algunos secretos para mí —dijo luego.

—Entonces debo decirte que su deseo es que… permanezcamos separados basta el fin de la guerra.

—¿Estás tú conforme con ello?

Julián aguardó a que Lucy volviera a alzar los ojos, y entonces respondió con firmeza:

—La quiero demasiado para perderla. Y si consigo dar con ella, la sacaré de esta guerra de una vez para siempre.

—¿Y si no consiguieras encontrarla, Julián? ¿Y si tu búsqueda la expusiera a nuevos peligros?

—Ya he pensado en ello también, Pero es un riesgo que tendré qué correr.

—¿Y si hubiese muerto?

Julián dirigió una mirada inexpresiva a los documentos de canje. Así, Lucy sabía más de lo que decía; y también lo sabían Whit y Luis Rothschild. De súbito se le aclaró el pensamiento, Juana había muerto…, o ellos la creían muerta. Por eso ya no habla motivo para que le tuvieran preso en el Norte. Lucy podía darle la libertad… y un billete para Virginia, Luis podía hacerse a un lado y dejarle partir, comprendiendo ya que no aprobando. Pero, si Juana quedase fuera de escena el capitán cirujano Chisholm serviría a sus dioses hasta el fin.

—No puedo creer que haya muerto —dijo por fin—. Dame una prueba, si quieres; pero aun así no lo admitiré.

—¿Aun cuando te diga que no ha llegado hasta nosotros, desde el último otoño, ni una sola palabra suya?

Julián se puso en pie lentamente, con la orden de traslado entre los dedos.

—Me conoces a fondo, Lucy. No la abandonaré.

Ella se puso en pie también; por vez primera Julián reparó en las ojeras de fatiga que tenía bajo los ojos, vio que sus manos temblaban un poco al ordenar una vez más los papeles.

—¿Cómo lo descubriste, Julián? Me refiero a tu amor.

—Nosotros también estuvimos enamorados en otro tiempo, ¿no lo recuerdas?

—Aquello no era amor. Ya sé que así lo creías entonces. Pero eras muy joven, querido.

—¿Y tú, Lucy?

Ella sonrió y, a pesar de la amarga desesperación que sentía, Julián sonrió débilmente también.

—Yo nunca fui tan joven, Julián. Pero aquello me pareció agradable mientras duró.

—Agradable no es la palabra que yo hubiera escogido.

—Tú fuiste siempre muy galante —murmuró Lucy—. No eches a perder ese recuerdo.

—Por nada del mundo —dijo Julián, y volvió a besarle la mano. Los dedos de ella estaban ardientes al retener la mano de Julián en la suya un instante.

—Vuelve aquí si cambias de idea.

—No cambiaré.

—No te muestres tan seguro. Tus peores temores pueden quedar justificados cuando llegues a Richmond.

—¡Te digo que no ha muerto!

—Nada aisla tanto como esa suerte de obstinación —observó Lucy—, ni siquiera esa montaña —añadió, señalando al lugar que ocupaba el retrato—. Yo… compartiré ese aislamiento contigo si quieres, Julián, No hay para qué decirlo.

Así, él había supuesto bien, después de todo. Podía tener a Lucy Sprague cuando quisiera y según sus condiciones. Naturalmente, la posesión incluiría asimismo los millones de Sprague y una posición segura en este mundo yanqui. Podría unirse a Luis, levantar el hospital soñado… El nebuloso cuadro se desvaneció. Lucy dio un paso hacia él y volvió a verla como una mujer merecedora del deseo de un hombre, cuya dulzura podría abrir un mundo ante él Se daba cuenta de que nunca había deseado más a una mujer que en aquellos momentos… cuando una voz fría le aseguró, allá en el fondo de su ser, que había perdido a Juana para siempre.

—¿Ese ofrecimiento sería desde ahora? —Tenía la voz ronca y la afirmó mediante un esfuerzo.

—Desde ahora. ¿Necesitas preguntarlo?

—Pues debo rehusarlo, agradecido —dijo él, siempre con acento firme—. Ya ves, antes tiene que concluir la guerra… y debo encontrar a mi mujer.

—Que tengas buena suerte en la búsqueda, Julián.

—¿Lo dices de veras?

—No, querido mío —murmuró ella—. Te quiero demasiado para ser sincera.

Él giró sobre sus talones y salió de la habitación; un segundo más y hubiera caído en sus brazos.

En la escalera se detuvo para dejar que se atenuaran los latidos de su corazón y miró una vez más el documento del canje. Era real, tan real como la libertad, palabra abstracta a la que se había aferrado por espacio de tantísimo tiempo.

CAPÍTULO VIII
RICHMOND

1

La primavera se anunciaba, verde y lozana, bajo las ventanas del general Clayton Randolph, y el general se rejuvenecía visiblemente en aquella situación. El hecho de que una ciudad se muriera de hambre más allá era una pesadilla que no podía llegar hasta allí; el hecho de que el sobrino del general se empeñara en ocupar el sillón colocado delante de la mesa (como otra sombra indeseable) tenía mucha más importancia.

«Trata con todas sus fuerzas de mostrarse magnánimo —pensaba Julián— y todavía más de convencerse de que hace todo lo que puede por mí. Si un individuo de su familia insiste, como un bobo de escasas luces, en servir hasta el fin de la guerra, la entrevista tiene que acabar de la manera menos penosa posible, después de todo».

—Bien, Julián, ¿te satisface el regreso?

—Me parece un mal sueño, tío. Por desgracia sé que no despertaré del todo hasta ver a Grant en la Shockoe Hill.

—Ese carnicero tardará en tomar Richmond, amiguito. La defenderemos hasta el último hombre. Lo único que lamento es que mi deber me llame a otra parte.

—¿Tienes que ir forzosamente a Nassau?

—Órdenes son órdenes, muchacho. Ahora que se me ha trasladado a la Artillería, me doy cuenta de lo que importa mantener nuestras puertas abiertas al mar…

«Se expresa como un anticuado artículo de fondo —pensó Julián—. Como uno de esos epígrafes alarmistas que amarillean en los archivos del *Examiner*. Y, sin embargo, el *Examiner* continúa imprimiendo las mismas atrocidades, cuando todo Richmond sabe que Grant saldrá de Petersburgo cualquier día de éstos rumbo al Norte. Que Sherman ha cruzado otro río desbordado de las Carolinas y se dispone a ceñir el último anillo de hierro en torno a esta sitiada capital. Incluso el mismo *Examiner* se ve obligado a admitir el peligro».

Julián había leído estas noticias aquella misma mañana, en el hospital. Como de costumbre, el director la había colocado entre los anuncios; en el epígrafe de la primera plana describía la heroica repulsa de Lee ante una nueva incursión de la Caballería que amenazaba el James superior.

—Yo creía que nuestros caminos marítimos estaban cerrados ahora que se pone cerco a Wilmington.

—¿Olvidas que el capitán Semmes se halla actualmente en Virginia?

Julián hizo un guiño, a pesar de sus buenas resoluciones. El capitán del *Alabama*, aquel legendario pirata, había vuelto de los siete mares para tomar el mando de un escuadrón confederado en el James inferior. Era la última batalla que libraba para impedir que los cañones federales siguieran internándose en el río… Sin embargo, el general Clayton pronunciaba con el máximo respeto el nombre de Semmes, como el hombre arruinado hace sonar sobre el mostrador una moneda de oro para convencer al implacable acreedor de que todavía posee cientos de monedas así en su bolsa.

—¿Crees de veras que el capitán Semmes empujará a los yanquis hasta el mar?

—Confío en ello, y también confía nuestro Departamento de Marina. Por desgracia, mi cometido urge demasiado. Y me veré obligado a deslizarme en cualquier estuario como un ladrón nocturno.

—¿Puedo preguntar cuál es la misión que se te confía?

—Antes de cerrarse el puerto de Wilmington salió de él un gran cargamento de oro con destino a Inglaterra. Debo asegurarme de que se gasta bien en Londres.

—¿Y si terminara la guerra antes de tu llegada a ella?

—Confío en el general Lee, caballerito, y no creo que tal cosa suceda.

Julián mostró una sonrisa vaga y aguardó a que el tío Clayton llegara al punto requerido. En su calidad de cirujano en activo lamentaba el tiempo que estaba perdiendo; sin embargo, el tío Clayton le divertía y asustaba a la vez. Como es propio de estos tipos clásicos, su oratoria era a prueba de auditorio, sus ridiculeces movían a risa en ocasiones… hasta que su interlocutor se paraba a reflexionar en la persistencia de las personas molestas.

—Sin embargo, es evidente —decía el tío Clayton— que el general Lee no podrá conservar siempre la línea actual. Y, en confianza, Julián (fíjate bien en la pregunta y mídela cuidadosamente), ¿qué harías si cayera Richmond?

—Pues, supongo que empeñar mi palabra y volver a «Chisholm Hundred», si es que sigue en pie la casa.

—Pueden poner sitio a la ciudad. Tú has vivido el sitio de Vicksburgo, Es posible que aquí no te acompañe la misma suerte.

—Sí, es posible; pero pueden necesitarme.

—Ese sentimiento te honra, muchacho —el tío Clayton hizo una pausa dramática —; mas, mirándolo bien, puedes también hacer falta en otra parte. Yo mismo pienso utilizar los servicios de un médico en la revisión de mis inventarios en Nassau.

—Perdón, tío, pero ¿me sugieres que lo dejemos todo y que corramos juntos sólo porque los yanquis nos asedian?

Era satisfactorio ver cómo el general se sonrojaba, poco a poco, al emplear otros labios la misma retórica.

—¡Joven! ¿Se atreve usted a insinuar que soy un cobarde…?

«¡Al diablo con las insinuaciones! —pensó Julián—. Me refiero a un hecho descarnado…, a lo que tú y otros ratas, repletos, hacéis; a vuestra huida a Europa en el primer buque de carga. Lo que me tiene perplejo es que hayas permanecido aquí tanto tiempo…».

En voz alta dijo, eligiendo las palabras:

—No necesito, no, pruebas de tu valor. Sólo me parece improbable que puedas regresar, en lo futuro, a América, porque pondrán precio a tu cabeza. Ningún otro hombre sería tan temerario.

Clayton Randolph volvió a sentarse a la mesa y su rubor fue desapareciendo.

—Bien, ya se sabe que arriesga la cabeza todo aquel que posee un grado superior

al de coronel.

—En ese caso, quédate en Londres. Yo seguiré aquí. Tengo que labrarme una posición para cuando termine la contienda.

—Y que buscar a una mujer, si mal no recuerdo.

—Si vive todavía…

La calma de su sobrino pareció decepcionar al tío Clayton.

—Sé todo lo que ocurrió durante ese desgraciado episodio de Atlanta, naturalmente —dijo—. Aunque estoy seguro de que obraste de buena fe, para ayudar a una dama a salir de apuros. Ésa fue siempre la conducta observada por tu familia.

—Un caballero no puede hacer menos, tío. —Julián trató de no sonreír al imitar el trémolo de la voz de Clayton Randolph.

—¿Sigues confiado en unirte a ella cuando termine la guerra?

—Es mi única esperanza, de momento.

—En el Sur no existe un apellido más ilustre que el tuyo, muchacho. Y a fe que se lo has dado a una espía. Pero todavía tienes tiempo de arrepentirte de tu error.

—¡Juana no es una espía! —Julián se dio cuenta de que profería a gritos estas palabras—. Arriesgó la vida por ayudar a recorrer su camino a hombres medio muertos de hambre…, para colocarlos donde pudieran volver a comer.

—A los prisioneros del Sur se les sirve la misma ración que a nuestras tropas.

—Tú formabas parte de la comisión que visitó Andersonville, tío. Sabes muy bien cuál era el promedio de fallecimientos allí registrados. Así como el de la prisión Libby…, que puedes oler incluso desde esa misma ventana.

Clayton Randolph declinó la invitación con un gesto conciliador.

—Sea como gustes, Julián. Aun así, tu mujer era enemiga de nuestra causa. Y creo sinceramente que ha muerto.

—Pues yo creo que vive.

Para sí se disculpó con Juana en voz baja. Le pidió perdón por ponerse a hablar de ella con aquel viejo, con aquella cabeza llena de viento. Por referirse a ella en tiempo pasado…, como si compartiera las convicciones de su tío.

—Muy bien, muchacho. La pregunta se impone: ¿cuánto tiempo hace que careces de noticias de tu mujer?

—No he sabido nada de ella desde que me hicieron prisionero.

—¿Ni tampoco posees pruebas de su existencia? «Sólo la loca esperanza de que no puede morir», se dijo Julián. En voz alta repuso:

—Libby fue minada hará cosa de una semana. Veinte hombres recobraron la libertad. Esos hombres cruzaron el James a nado y se unieron en Belle Isle a otros jarochos. Pues bien: te aseguro y espero que ese alguien fuera mi mujer. Te lo confío porqué se que eres fiel al sentimiento familiar.

Era una locura hablar así, Julián lo comprendía perfectamente, pero todo le daba igual. En cambio, consideraba como un gran lujo poder dar rienda suelta a sus ilusiones.

—Julián, ya soy viejo —dijo Clayton Randolph—, y si los tiempos lo permitieran, podría añadir que he perdido los ánimos. Mi hijo era todo lo que tenía; cuando supe que había muerto, la vida perdió todo su atractivo para mí, Pero esperaba poder considerarme orgulloso de ti.

—No te avergonzarás de mí jamás. Te doy mi palabra de honor.

El general suspiró profundamente.

—¿Es cierto que Jorge murió del tétanos en un carro del hospital?

—Sí, demasiado cierto, por desgracia.

—Jorge hubiera querido morir durante una carga. Lo dijo cientos de veces. Deseaba seguir matando yanquis mientras le quedara aliento.

«Ahora hablas para los libros de texto —pensó Julián—. La posteridad bostezará demasiado pronto. ¿Para qué fingir que le escucho?». Pero el respeto vibraba en su voz al contestar:

—Jorge era un gran oficial Después de todo, dio su vida por la Confederación.

—Como daría yo la mía si tuviese fuerza. —Clayton Randolph pensó una peroración, abandonó la idea y se levantó apresuradamente de la mesa—. Bien, ¿no piensas cambiar de idea? ¿Me acompañarás a Nassau?

—Temo que no. Te deseo buen viaje.

El sombrero de fieltro gris del general era nuevo; se lo puso, con gesto arrogante, sobre los rizados cabellos grises y saludó a Julián, Se veía que estaba tranquilo, ahora que había cumplido, aparentemente, con su deber.

—Puesto que te empeñas, Julián…, ¿me permites que deje en tus manos estos papeles? —Sus enguantadas manos tomaron un montón de papeles manuscritos de encima de la mesa y un rimero de relucientes fotografías—. Son mis memorias… y la fotografía de mis diversos cargos. Por desgracia, no puedo arriesgarme a llevar al extranjero tan valiosos recuerdos. Podrían caer en manos del enemigo.

Una vez más Julián reprimió una sonrisa, mediante un esfuerzo tremendo.

—¿Me conviertes en tu ejecutor testamentario, tío?

—Vamos, no lo digas de modo tan solemne. Por otra parte, no cabe duda de que esos papeles tendrán un valor cuando llegue la paz. Confío en que buscarás quien los publique.

El general se despojó del guante y ofreció su mano a Julián. Las manchas del hígado eran más abundantes sobre las bien alimentadas muñecas; su apretón fue firme, a pesar de su gordura. Julián se lo devolvió cordialmente. Ahora que el tío Randolph salía de su existencia, le veía con claridad. Era un viejo figurón cuya vida se estaba terminando. Un papagayo inofensivo, cuyas plumas cobrarían más lustre durante la *season* londinense…

—Voy a llegar tarde a la cita con Davis. Deséame buena suerte, Julián… y te devolveré el cumplido.

—¿Aun tratándose de la búsqueda de Juana?

Clayton Randolph se detuvo en el umbral para dirigir a su sobrino una sonrisa de

lástima.

—Con el tiempo, joven, se curará usted de esa obsesión.

Al quedarse solo en el despacho, Julián se sentó en la silla-trono vacante sin el menor reparo y hojeó las páginas del manuscrito. No intentaba leer; su sentido del humor estaba tan tirante que amenazaba con estallar.

En lugar de leer, miró largo rato la primera foto, grafía que tenía en la mano. Era la misma, lo recordó al momento, para la que el general posó con tanto orgullo cuando se vieron por vez primera en la misma ciudad, hacía dos años. Los ojillos vivos de halcón seguían dirigiendo una mirada centelleante a la posteridad bajo las cejas gris acero; las estrellas de brigadier despedían un apagado brillo en el cuello de la guerrera, recamado de oro. El fotógrafo había puesto admirablemente de relieve la pata de gallo; pero las manchas del hígado no aparecían en las dos manos que empuñaban con fuerza la espada del héroe.

De allí a medio siglo —o antes, acaso, con un poco de suerte— una generación de estudiantes admiraría el retrato y se preguntaría a qué enemigos habría mirado aquel hombre tan orgullosamente. Era evidente que la dignidad nacía de su interior como llama sagrada ante el altar. El fotógrafo había pasado sencillamente por alto el latón y trazado sus contornos. Si aquel retrato ocupaba un lugar entre las tapas de un libro de Historia, el general Clayton Randolph —defensor de Richmond… a distancia— dejaría bien sentada su fama y se vería desembarazado de rivales.

De improviso las manos de Julián obedecieron a un impulso que no pudo reprimir. Todavía siguió sentado un instante en la silla-trono de su tío, contemplando la efigie del general, mezclada ahora a los objetos de la papelera que había junto a la mesa. Sus manos rompieron maquinal mente otras fotografías, rasgaron el manuscrito y lo arrojaron detrás de ellas. Recordando a tiempo que el papel se recogía, desde hacia algunos años, en Richmond, aplicó un fósforo a la destrucción que acababa de efectuar.

El papel ardió rápidamente en la habitación barrida por el viento; el humo se dirigió, en remolinos, al alféizar de la ventana y se perdió en el despejado día de primavera.

—Ahora perteneces a otras edades —dijo el capitán cirujano Chisholm, sin dirigirse a nadie en particular.

Y salió del despacho sin sentir remordimiento. Una vez en la calle descubrió que respiraba más a gusto. Sin saber bien por qué, nunca respiraba normalmente en presencia de su tío; era como si el aire estuviera impregnado del olor de la muerte.

2

Las oficinas de donde acababa de salir estaban en la pendiente de la «Shockoe Hill». Obedeciendo a un nuevo y más moderado impulso, Julián tomó por una avenida de tilos recién plantados y salió a una plaza, delante del Capitolio. La ciudad y el James se hallaban a sus pies, manchados por el humo de los bosques de hierro que se alineaban a lo largo de sus orillas. A su espalda se alzaba el edificio de Gobernación de Virginia, apoyando la clásica silueta en el fondo sin mancha de un cielo primaveral. La bandera de la Secesión ondeaba, majestuosa, a impulso de la brisa. En un frontón vecino ondeaba sobre el azul, con igual valentía, la bandera del Estado. Al reparar en aquel duelo galante, Julián recordó que la oligarquía responsable de la guerra no era una Unión sino una Confederación soberana. Virginia había aceptado al Presidente y al Gabinete de la Confederación; el viejo Dominio no podía hacer otra cosa. Pero, asimismo, Richmond había desairado a la mujer del Presidente, y aquellas dos banderas confirmaban el fatal dualismo.

«Richmond —reflexionaba Julián— no es el microcosmos del Sur; sin embargo, los errores y el heroísmo de los confederados invaden hoy su concurrido corazón». Todavía se celebraban bailes a beneficio de la «Home Quard» en más de una mansión; aún se descorchaban botellas de champaña tras las puertas del «Spotswood Hotel», él mismo había rehusado más de una invitación a satisfacer su apetito en medio de la ciudad hambrienta. Claro que aquellos ricos fanáticos del sudismo no vacilaban en marchar al extranjero con sus lujosos atavíos; Julián hubiera podido contarlos por docenas en la concurrida plaza, o en el mismo Capitolio que Invadían. Richmond no llegaría a saber que se acercaba el fin hasta que la «Shockoe Hill» se convirtiera toda en *homespun* y miseria silenciosa…

Se apartó, sin saludar, para dejar paso a un individuo fornido, rechoncho, de barba negra y descuidada, que contrastaba con su atavío de etiqueta y su aspecto oriental. Era Judah Benjamín, el inescrutable judío, el secretario de Estado de la Confederación. Se afirmaba que aquel hombre tenía ya el porvenir asegurado mediante un pacto secreto con Washington. Julián observó, sin sorpresa, cómo el digno secretario subía la escalera del edificio de Gobernación y desaparecía en la fría oscuridad de la rotonda. Los grandes personajes de la política y los héroes puros, a lo Simón, abundaban aquellos días en las calles de Richmond. Había visto también al señor Davis, en más de una ocasión, paseando ceñudo por ellas, mientras sus bucles de actor trágico descansaban sobre su cuello. Parecía haber sido también ayer cuando su corazón palpitó al cuadrarse para saludar militarmente al general Lee, en el vestíbulo del «Hotel Spotswood».

Entonces se preguntó dónde habría establecido el general su campamento… y si serían favorables las noticias que le había comunicado al Presidente por telégrafo. La fina sonrisa de Benjamín no significaba muy poca cosa, pues el secretario del señor Davis sonreía siempre, como el eco interior de una broma suya particular.

Y, sin embargo, la primavera se subía aquel día a la cabeza como un vino nuevo, en las calles de Richmond, después del invierno más crudo que la ciudad hubiera conocido. Aún se hablaba en voz baja de milagros cercanos, de una fusión de las fuerzas de Johnson con las de Lee para sorprender a Grant por el flanco y abrirse paso hacia Washington… Sí, a decir verdad, la ciudad estaba tan serena como el tiempo, a la luz del espléndido sol primaveral.

Julián volvió a mirar en dirección a la ribera y vio atracar un buque de ruedas. También él había llegado en un vapor como aquél, seis semanas antes, procedente del desembarcadero de Aiken, punto elegido para el canje. Aquella mañana la orilla del río estaba cubierta de hielo sucio; él se hallaba sobre el cubículo atestado de enfermos y heridos…, todavía complacido un poco infantilmente de que el Departamento de la Guerra hubiera consentido en permutar por él a un brigadier yanqui. Parecía increíble ahora que los yanquis hormiguearan sólo a unas millas de distancia, en la parte baja del río, que aguardaran sólo una señal para arrojarse sobre el arco de defensas de la ciudad… El sol arrancaba chispas de oro al cañón del mosquete de un centinela de Belle Isle. La isla parecía blanca por las tiendas de los prisioneros; aun desde tanta distancia se divisaba a un grupo yanqui, desnudos hasta la cintura, que lavaban sus camisas sobre las piedras de la ribera, pegándolas con la pala, a la luz del sol.

Se decía que una docena de prisioneros se arrojaban al James todas las noches, que se filtraban en la ciudad y se incorporaban a sus líneas. ¿*Sería* cierto? ¿Andana en ello la mano de Juana? ¿Favorecería ella aquellas ansias de libertad?

Julián ahogó esta esperanza antes de que cobrara forma definitiva y le devolviera la imagen querida. Mientras bajaba por la pronunciada cuesta a la orilla del río, se decía que había abandonado su trabajo por demasiado tiempo.

Como muchas casas de convalecencia de Richmond, su hospital se asentaba sobre un antiguo almacén de tabaco de la ribera, casi a la sombra del puente tendido sobre la corriente que finalizaba en el suburbio de Manchester, al sur de la ciudad. Gracias a su calidad de veterano ex prisionero, pudo arrancarle a un reacio comisario algunos kilos de cloruro de cal. Y, en cuanto hubo mandado fregar con él su almacén de arriba abajo, permitió que su estado mayor sentara allí la planta e iniciara la rutinaria tarea de atender al río interminable de enfermos de fiebre y disentería que, por barca y tren, llegaban ante su puerta. Mientras duró la amenaza de Petersburgo, consideró larga y monótona la lista diaria. Las filas de cuerpos enflaquecidos suscitaban poco interés en el cirujano; como tampoco podía disipar la muda desesperación que se cernía sobre las salas a cuyos ocupantes veía morir, dándose cuenta de lo poco que podía hacer para aliviar su agonía.

Por entonces se decía en la ciudad que ciertos de almacenes de la orilla opuesta del James estaban repletos de víveres, acaparados y guardados allí por los especuladores, que esperaban una victoria de última hora; se decía que estos víveres se pudrían en donde estaban almacenados. También estaban abarrotados de vituallas los almacenes propiedad del Gobierno…, o así se afirmaba; lo que pasaba era,

sencillamente que no había material rodado para llevar el tan necesario alimento a los ejércitos en campaña…, Julián sabía únicamente que la ración que se daba en el hospital apenas era suficiente para sostener una vida normal. Los soldados, febriles en sus camastros, se perecían por sopas y jaleas nutritivas, y tenían que contentarse con régimen de jamón y bazofia de maíz, que era todo cuanto podía ofrecerles. Él mismo había cedido a otro su ración aquel mediodía y había comido ñames con sus ayudantes.

Su despacho estaba en la casucha de techo colgadizo, que había servido de almacén. Al entrar en ella se dejó caer, rendido, sobre la silla de lona y miró el memorándum que tenía sobre la mesa. El doctor Tanner volvería por la tarde; Julián sonrió un poco al posarse sus ojos en aquel nombre. Parecía lo más natural que Tanner saliera sin un solo rasguño de toda la campaña y que él operara en el hospital de Richmond actualmente.

El caso de fractura había fallecido durante la mañana, como él suponía; puso en juego toda su habilidad y destreza para unir la fractura del codo, sabiendo por anticipado que el artillero no se restablecería. Había visto demasiados casos parecidos desde la batalla de Vicksburgo, en que cuerpos jóvenes y vigorosos poco antes, pero debilitados luego por la disentería y por la dieta forzada, dejaban sencillamente de responder al tratamiento.

Firmó el certificado de defunción y lo agregó al primero que tenía junto a su brazo. Ahora que la mesa quedaba en orden, reparó en su carta que alguien había metido en el ángulo del secante de la carpeta. Se quedó sin aliento al distinguir el sello del censor en el sobre y al reconocer el carácter de letra de MacAlistair.

Naturalmente, era ridículo dejarse trastornar por la carta de su capataz, sostenerla con mano temblorosa y confesarse que no se atrevía a abrirla. Sin embargo, la esperaba… desde mucho antes de que la última misiva portadora de malas noticias llegara de Cabo Fear.

El administrador de «Chisholm Hundred» iba derecho al grano, con su sinceridad y rectitud escocesas:

… después de la forzosa detención en Wilmington, le escribo porque estoy decidido a «no tener» en cuenta sus sentimientos. Por ello quiero que sepa que desde un principio la plantación es un caso más de guerra…, que ha sido saqueada que la han despojado de sus riquezas… que los esclavos huyeron en todas direcciones…, que sus casas y almacenes se han derrumbado, que los muros de la finca se agrietan…

La pluma de MacAlistair había tropezado en la última palabra antes de seguir resueltamente adelante. En él mes de enero los yanquis atravesaron el río, luchando con la caballería confederada, que pudieron arrastrar consigo a campo abierto, y aposentándose en el país mientras su fuerza principal seguía el lento avance hasta el mismo Wilmington. El capataz pintaba el cuadro exacto de aquel inexorable avance militar; y aun cuando la columna azul no repitiera los excesos de los soldados de

Sherman, en su marcha por la sabana en dirección al Norte, la ocupación fue bastante desastrosa.

«Chisholm Hundred» hubiera podido escapar todavía a lo peor si un tal coronel Fraser, que mandaba una unidad de Caballería de la Home Guard, no hubiera considerado el desembarco de una importancia excepcional. Los confederados, decía MacAlistair, corrieron a lo largo del río animados por la esperanza de cortar el paso a la columna yanqui que avanzaba por la carretera con insolente deliberación; los confederados colocaron, pues, una batería de obuses en la colina donde la antigua señora Mark Chisholm había hecho levantar un invernadero. El doctor Chisholm recordaba, sin duda, que la cima de aquella colina dominaba el amplio recodo del valle que tenía a sus pies y que desde aquella altura unos cuantos obuses podían ocasionar un daño incalculable…

El doctor Chisholm lo recordaba perfectamente. Volvía a verlo todo con claridad deslumbrante, mientras sentado ante la mesa de pino en el despacho encalado leía la carta de apretada letra que tenía en la mano. Recordaba cómo se metían las gaviotas debajo de los robles; la curva que describía el sendero poco antes de desembocar en la rosaleda de su madre, donde reinaba una frescura deliciosa incluso en el mes de agosto; la taza azul gris del valle, cubierta por un vaho caliginoso a lo largo de toda la ribera; la grave belleza de la misma casa, la serena permanencia de sus líneas, la calma patricia con que miraba a la extensión de tierra que tenía delante. Sí; todo ello permanecía inviolado en su pensamiento. Y estaba convencido de que allí seguiría siempre.

… No trataré de pintar a usted lo que sucede cuando se encuentran dos fuerzas hostiles. Los dos entablaron un fuego vivo que duró más de una hora, Parecía surgir de todos los ángulos de la posesión; más adelante supe que los obuses de la colina dispararon sin cesar hasta que las fuerzas de la Unión los rodearon, cortando el paso a los artilleros. Yo iba entretanto metido en la bodega, tratando de ocultar la vajilla y los documentos de la plantación. Black Lolly, nuestro capataz desde el año 48, como recordará me ayudaba en la tarea, los otros habían puesto pies en polvorosa mucho antes. Lamento tener que añadir que al pobre le pagaron muy mal su lealtad, pues recibió un balazo mortal cuando se disparaba desde ta casa y tuvimos que echar a correr para salvar nuestras vidas.

Black Lolly, Julián recordaba cómo había tomado el negro el vaso de *whisky* de ritual de manos de Harrison Chisholm; recordaba cómo levantó con orgullo los hombros al aceptar las obligaciones de jefe, ¿habrían transcurrido realmente casi dieciséis años desde que contemplara aquella ceremonia a la sombra del porche de casa de su padre? Trató de representarse la muerte de Lolly y no halló en su pensamiento la imagen. Black Lolly era sólo un hombre —un conjunto de músculos —, una voz sonora que llamaba a su tarea los esclavos y ningún rostro acompañaba a estos detalles.

Respecto al fuego que destruyó «Chisholm Hundred», MacAlistair se negaba a

expresar su opinión; un extranjero que cobraba su sueldo en oro no podía permitirse el lujo de opinar. Unos dijeron que una bomba de obús había caído estallando junto a la abierta puerta de la bodega; otros insistían en que los yanquis habían arrojado teas incendiarias al tejado para ahumar a los soldados escondidos detrás dé la chimenea. Sea como fuere, la casa había ardido por los cuatro costado cuando MacAlistair salió corriendo al exterior con las manos en la cabeza.

Era certísimo que Black había muerto de un disparo. Todavía se luchaba en los bosques de boj cuando cruzó el campo de deportes. Había visto cómo los yanquis destrozaban el tragaluz abierto sobre la puerta principal para iluminar el hueco de la escalera; y oyó el ruido de los sables chocando en el salón antes de que el humo le oscureciera la vista. La casa había ardido por espacio de media hora, según su reloj, antes de que el techo se derrumbara sobre el último artillero…

Julián descubrió que sus ojos se negaban a seguir leyendo. Aun preparado como estaba, la conmoción fue mayor de lo que había supuesto. Sabía que de un momento a otro la imagen llameante podía hacerse demasiado real: que el minucioso relato de los hechos que hacía MacAlistair le dejaba aturdido. Pues aun cuando nunca hubiera formado parte de aquella mansión, «Chisholm Hundred» seguía siendo para él sinónimo de hogar, el único que había conocido. Y no acertaba a representárselo ahora como un esqueleto sobre el fondo del espacio.

El almacén situado junto al embarcadero, seguía diciendo MacAlistair, estaba lleno hasta el techo del algodón empaquetado tres años atrás. Él había pedido aquel algodón al jefe de la Unión, y vio, mientras se lo estaba pidiendo, cómo el almacén se cubría de llamas. Los soldados de la Secesión estaban allí escondidos, dispuestos a iniciar un ataque final, dijeron los yanquis… Por suerte su jefe, según dedujo Julián, era bueno, ya que puso veto a la proposición hecha por un ayudante de que se fusilara a MacAlistair en la redada general. El capataz pasó toda la noche en una cabaña de los esclavos, único edificio de la hacienda que conservaba sus cuatro paredes. Por la mañana se le envió río abajo con los heridos, llegando a Wilmington un día después de la capitulación de la ciudad bajo los cañones del fuerte Fisher.

Julián leyó la fecha de la carta y vio que databa de varias semanas. MacAlistair explicaba esto también lógicamente. En principio estuvo demasiado trastornado para hacer un relato legible; además los yanquis le retuvieron preso algún tiempo, hasta asegurarse de que había sido espectador a la fuerza de la batalla entablada en la posesión de los Chisholm. De momento gozaba de libertad en una ciudad que estaba todavía bajo la ley marcial; se había comprado una cama en un hotel, bastante habitable a pesar de carecer de techo. Durante todo el mes transcurrido se había ocupado activamente en buscar los documentos del seguro de que gozaba «Chisholm Hundred»,…

Julián soltó una carcajada a su pesar ante aquel celo recomendable. MacAlistair había demostrado siempre un profundo respeto por los documentos. Mas forzosamente tenía que saber que el seguro que Harrison Chisholm había hecho sobre

su propiedad carecía ahora de valor…, que no existe ningún seguro para caso de guerra. Sus ojos volvieron a posarse maquinalmente en la misiva:

… Debo añadir que tengo poquísimas esperanzas de recuperar nada por vía legal. Pero me ayuda a pasar el tiempo mientras aguardo noticias de Richmond, Quizás haya caído mientras escribo estas líneas; quizá volvamos a vernos antes de que esta carta llegue a sus manos. Me ha costado mucho escribirla; y casi confío en que no llegará a poner tos ojos en ella.

Pero no todo se ha perdido, doctor Chisholm; créame cuando le aseguro que todavía podríamos edificar sobre las cenizas. Ya comprendo que esta idea constituye ahora un triste consuelo; mas espero poder continuar sirviéndole siempre que pueda…

Continuaba la carta en el mismo tono compasivo y leal; lo que no se decía era cómo la carta había logrado atravesar las líneas de la Unión. La discreción había impedido que MacAlistair nombrase a su mensajero; Julián no dudaba de que le había pagado el favor de su propia bolsa escocesa, y que se lo había pagado bien.

Se daba cuenta de que debía profunda gratitud al administrador de su padre, pero su alma parecía estar desprovista de todo sentimiento al arrugar la carta con una mano y dirigirse a la ventana. La empedrada calle permanecía solitaria, si se exceptuaba la presencia en ella de un soldado harapiento que dormitaba a la sombra del almacén de enfrente. Julián le contempló un momento, preguntándose si estaría con licencia o si aguardaría a que el tren le devolviera a las trincheras de Petersburgo, que distaba unas sesenta millas de la ciudad por el lado sur. Petersburgo… Julián había pasado por la demolida ciudad en más de una ocasión, en su camino hacia Wilmington y «Chisholm Hundred». Tal vez pudiera tomar aún el tren en compañía de aquel maltrecho despojo de la guerra. Si pidiera ser enviado al campo de batalla, todavía tendría tiempo de morir antes de terminar la contienda.

Jamás había pensado en la muerte bajo un aspecto tan agradable. Mientras miraba al soldado exhausto, como si aquel hombre fuera receptáculo de la misma esencia sombría, vio claramente los pasos que iba a dar. Era absurdo querer convertirse en animado blanco en vísperas de una batalla. El hombre tiene perfecto derecho a elegir la salida de un mundo que se derrumba… La misma Juana había dicho que él no podría sentirse feliz entre las cenizas de un mundo que había conocido.

Esto, se dijo con firmeza, era más que compasión de si mismo. La historia de su ruina no era nueva en devastado país, se había repetido cientos y cientos de veces; otros mil aristócratas estaban dispuestos a morir, como él, sobre las ruinas de su pagado… o dispuestos a levantarse para labrarse un nuevo porvenir. Como siempre, sólo los fuertes sobrevivían para erigir un Sur nuevo, enriquecido por las viejas tradiciones y libre al mismo tiempo de los viejos tabús… Pero los fuertes tenían motivos para seguir viviendo. Y ahora que Juana había muerto, él existía como sobre un tiempo prestado. Vivía sin gusto de vivir y —lo veía perfectamente— sin albergar esperanza alguna.

No; ya no se engañaría más sobre este asunto de ahora en adelante; en el fondo renunciaba a la esperanza de volverla a ver; había renunciado ya desde mucho antes. Su regreso a la Confederación, sus actividades en el hospital de Richmond constituían la última posición de resistencia de una naturaleza obstinada que no quería confesar su derrota, aun cuando la derrota se le colocara delante, y le administrara un golpe de muerte. Juana había muerto y la vida sin Juana no tendría sentido. Cualquier certero tirador yanqui podría acabar con el silogismo bonitamente.

Se volvió, profiriendo un grito ahogado, cuando llamaron a la puerta del despacho… y trató de serenarse al cruzar el umbral Dick, su ayudante. Dick se había unido a él gracias a la mano que le tendió Tanner. El pálido ex farmacéutico había trabajado mucho durante las últimas semanas para hacer a Richmond soportable. Mientras aguardaba a que Dick hablara, Julián se preguntaba si Dick lloraría su pérdida…

—El caso de intususcepción espera, señor.

—¿Intususcepción? —Julián le miró perplejo, como si la palabra fuera para él.

—Usted dijo que operaría a las tres, doctor Chisholm. El doctor Tanner espera para ayudarle.

¡Ah, sí; el cabo Petty! Julián lo recordó instantáneamente. El muchacho era oriundo de la misma parte de Carolina en que él naciera, e hijo de una marisma perteneciente a un tributario de Cabo Fear. El cabo Petty era un joven simpatiquísimo… como tantos otros, demasiado joven para ceder. Aun entonces, cuando un examen preliminar de la intususcepción —la inserción del intestino delgado en el intestino grueso— le había convencido de que aquello había ocurrido a consecuencia de la disentería que le llevó al hospital… En Viena se había dejado sentado que la enfermedad podía aliviarse; él celebró consulta con Tanner por la mañana y los dos habían convenido en correr el riesgo.

Su mente comenzó a funcionar de nuevo, y Julián permaneció inmóvil un momento, regocijándose de su ritmo perfecta Tendría que abrir el abdomen y aplicar el retractor; se necesitaba espacio para una técnica que dependía de la destreza manual. En Viena había visto cómo el cirujano profesor manipulaba en el intestino delgado con tal destreza que el área afectada se había desenganchado en cuestión de unos minutos como si fuera el cañón de una chimenea.

—Adminístrale el éter, Dick. En seguida voy.

Después de cerrarse la puerta permaneció todavía un rato en el desordenado despacho esperando que su corazón se tranquilizara. «Suceda lo que suceda —se decía—, lo peor ha pasado ya. Es posible que Juana haya muerto; pero aunque así fuera tengo que seguir adelante…». Rectificó gravemente su pensamiento: ya tenía un camino abierto delante de sí. Su mujer podía estar perdida para siempre y su mundo arder hasta los cimientos. Mas él, con su escalpelo en la mano, tendría siempre un motivo para existir.

3

Una hora después, solo en aquel mismo despacho, sabiendo ya que cierto cabo Petty tenía más probabilidades que nunca de vivir, se dijo que bien podía permitirse el lujo de hacer algo simbólico. Primero salió a luz el cigarro, el fabuloso cigarro que le había regalado Tanner a la salida de la sala de operaciones. Hacía algunas semanas que no fumaba un cigarro habano; el propio Tanner confesó que aquel rollo *legítimo de* La Habana le había costado doscientos dólares de la Confederación cuando lo adquirió subrepticiamente… Julián cortón con cuidado uno de sus extremos antes de encender el *lucifer*. Sólo cuando estuvo encendido aplicó la misma llama a la carta de MacAlistair, que seguía arrugada, hecha una pelota, sobre el alféizar de la ventana.

Vio arder aquella carta con profunda satisfacción. El Comité de Salvamento no aprobaría, naturalmente, su acción. Ni muchísimo menos hubiera aprobado la destrucción total llevada a cabo en el departamento de Clayton Randolph. Pero lo que quemaba en realidad era el último eslabón al pasado, y sabía que su acción tenía un valor.

Fuera, la calle empedrada seguía dormitando bajo los últimos rayos del sol poniente. En el momento de limpiar de un soplo las cenizas que manchaban el alféizar de la ventana fue cuando se le ocurrió a Julián mirar a la puerta del almacén que tenía enfrente. El soldado harapiento —su sinónimo de muerte hacía escasamente una hora— había desapareado. Pero aún tuvo tiempo de ver retroceder y perderse de vista en la sombra a Tracy Crandall.

Sólo pudo dirigirle una ojeada, pero no le cabía duda de que era Crandall, o que Crandall estaba vigilando la entrada del hospital. Y con la rapidez del rayo adivinó que el inocente soldado, en apariencia, había estado allí por su cuenta y razón. Los soldados dormidos a la puerta de una casa ofrecían un espectáculo corriente en el atestado Richmond. Mas si él conocía bien a Crandall, el espía contaba con ello para colocar allí a un sustituto…

Julián se sentó maquinalmente en la silla de lona sin apartar la vista del alféizar, lleno de sol, de la ventana. La calle vacía, que tan triste y melancólica parecía poco antes, cobraba ahora súbito interés. Pues si Crandall creía que valía la pena vigilar, y de vigilarle personalmente, esto sólo podía significar una cosa: que Juana vivía, a pesar de sus dudas, y que seguía siendo una amenaza para la Confederación. Sobre todo, lo más importante, era que el capitán cirujano Chisholm le llevaría seguramente hasta el punto en que ella se ocultaba.

Estaba reflexionando todavía en el milagro, cuando oyó crujir unas botas sobre el empedrado y vio cruzar a Whit Cameron por delante del marco de la ventana. El jugador, con un impecable traje de paño fino y el sombrero de castor, tenía también a su modo algo de milagroso. El sombrero ladeado no había perdido nada de la antigua gracia; las curvas impresas al junquillo que llevaba entre los largos y pálidos dedos obedecían a un ritmo que sólo Whit podía dar a un bastón de paseo… El oscuro

umbral del almacén estaba vacío, como de costumbre, cuando Whit se detuvo para encender un fósforo en la suela de la bota. Julián se preguntó si Crandall se habría quedado también sin respiración, movido a ello por una tensión idéntica. En cuanto a él, no se hubiera asombrado más si el propio Grant hubiera pasado por delante de la línea de su visión.

Fuera, en el vestíbulo, oyó la estruendosa voz de Whit, que saludaba; luego, el ruido producido por los tacones de su ayudante que se cuadraba, y no pudo menos de sonreír ante la instintiva reacción del hombre; realmente, con aquella caña y aquel paso, el jugador hubiera podido pasar por un general disfrazado.

—Diga al capitán Chisholm que ha llegado Cameron. Me está esperando.

«Dios sabe que es mucha verdad —pensó Julián—. Ahora que estas aquí, ya no estoy sorprendido. Pues desde el momento en que te quité el apéndice en Nueva York te he estado esperando, porque te necesito».

—Bien está, Dick —dijo en voz alta—, el señor Cameron es un antiguo amigo.

—Para poner las cosas en su punto —dijo Whit.

Y permaneció en el hueco de la puerta un instante hasta que, recordando sus buenos modales, Julián le tendió la mano.

Cuando logró recuperar la voz, estaba llena de aquella misma cortesía maquinal.

—¿Has tenido buen viaje? —interrogó.

—Me ha costado caro, pero lo he realizado sin incidentes —dijo Whit—. Celebro estar de vuelta… y hallar Richmond como de costumbre.

Los dos se volvieron a un tiempo al volver a unir Dick los tacones para hacerles un correcto saludo.

—Bueno; creo, Julián, que deberías mostrarte un poco más sorprendido.

—He dejado de estarlo hace tiempo. Sobre todo por ti.

Era agradable poder volver a reír. E indicar a su amigo con un gesto la silla, acomodarse detrás de la mesa y sentir que se disipaba la atención de antes. Esto formaba parte también de la manera de ser de Cameron. A pesar de lo que suponía su visita, a pesar de que un espía de la Confederación vigilara la ventana de su despacho, hacía semanas que Julián no se sentía tan a gusto.

Whit dejó el sombrero y el bastón sobre la mesa y colocó la reluciente bota sobre el alféizar de la ventana.

—Tienes aspecto fatigado, amigo mío.

—Tú también lo tendrías si hubieses estado operando toda la noche.

«Esto basta por ahora», pensó. Por nada del mundo hubiera podido hablarle de la ruina de «Chisholm Hundred».

—¿No ha llegado todavía la hora de que dejes que otro haga tus operaciones?

—No te preocupes por mí, Whit. Tú nunca has tenido tan buen aspecto, en cambio.

—Gracias a ti. ¿Qué fue lo que me sacaste de dentro en Nueva York?

—La prolongación vermiforme…, llamada también apéndice. ¿Lo echas de

menos?

—De una manera muy agradable. Bien, ¿es que no piensas preguntarme cómo he llegado hasta aquí?

—Aguardo a que tú me lo digas a tu manera. El jugador sonrió.

—Ya veo que eres el mismo Julián de siempre —observó—. Siempre paciente con mi talento natural para la dramatización.

—Siempre el mismo viejo Whit, querrás decir.

—Sea como quiera, continúo siendo un honrado contratista gubernamental de la Confederación. ¿Quieres echar una ojeada a mis papeles?

—Supongo que no me irás a decir que te han encargado de comprar zapatos para el ejército de Lee… en Nueva York.

—Pues tanto si lo crees como si no, es lo que he estado haciendo, y no creo que la expedición llegue a tiempo.

—Entonces, ¿has venido al Sur para presentar tus excusas?

—He venido a Richmond para ver cómo te va, Julián. Me cuesta quinientos dólares yanquis abrirme paso a través de tus líneas, —Whit contempló atentamente la punta de su bota—. Podías decir que estás contento de verme.

Julián tragó saliva. El jugador había hecho la ligeramente fabulosa declaración con su aire usual; no cabía duda de su sinceridad. «Vuelve para observarme —pensó Julián—; pero esto no es todo. Esta visita a Richmond en la undécima hora se relaciona con Juana, lo mismo que la presencia de Tracy Crandall a la sombra de ese almacén de enfrente».

—¿Quieres que dé saltos para demostrarte lo contento que estoy?

—Me basta con una simple declaración.

—Pues voy a hacer algo más. Voy a advertirte de que nos están espiando.

—Ya lo sé… Nos espía Tracy Crandall. Él y yo hemos chocado más de una vez en Atlanta. No vuelvas a pensar en él, Julián. Sabe, naturalmente, qué lado cuenta con mi simpatías, pero no puede probarlo.

—De todos modos seguiré bajando la voz. En este momento nos observa desde el otro lado de la calle.

Whit dirigió una mirada de indiferencia al bulto prominente del almacén de tabaco.

—Hemos llegado a la ciudad en el mismo tren. Es natural que adivinara que me dirigiría aquí.

—Puede detenerte si gusta ahora mismo…

—Es mucha verdad. Pero no se atreverá. Deja a Crandall de mi cuenta, Julián, Sé cómo debo manejarle.

Julián permitió que su vista errara hasta la ventana con toda la indiferencia que pudo simular. Los dos amigos estaban expuestos a todas las miradas mientras hablaban, pues no convenía hacer saber a Crandall que sospechaban su presencia allí.

—Le creí muerto en una carga de caballería —dijo Julián—. Por lo visto tiene el

cuello más duro de lo que suponía.

Whit volvió a encogerse de hombros.

—Némesis es dura de matar a veces. Pero recuerda que esta Némesis en particular no puede herirnos si no le damos ocasión.

—¡Va detrás de Juana, no de nosotros!

—Justamente. ¿Tienes intención de reunirlos?

Julián se apoyo con fuerza en la mesa. Se preguntaba si Whit tendría deliberadamente planeado aquel encuentro junto a la ventana; pues le era imposible demostrar la menor emoción a sabiendas de que Crandall tenía los ojos fijos en él.

—¿Dónde está ella?

—Anteayer me preguntaba lo mismo en Washington mucha gente.

—¿Dónde está, maldito seas?

—Baja la voz, amigo; si quieres maldecirme, hazlo sonriendo.

—Tú sabes que vive, Whit. Tú sabes dónde hay que buscarla.

—En Washington figura en la lista oficial de bajas.

—Pero Washington sabe que no es cierto. Y Crandall lo sabe también.

—Y asimismo lo sé yo. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Estoy demostrando un hecho. Estás aquí con mensajes para Juana y no necesitas negarlo. Dime a lo menos que es cierto. No te pido más.

Whit cogió el flexible junquillo y, con la punta, dio varios golpecitos en la suela de su bota.

—Voy a decirte sólo esto; si vive, traigo un mensaje de mucho interés para ella.

—¿Puedes repetirlo?

—En voz baja. Mañana es día 2 de abril de 1865.

—Así es. Nuestro calendario es el mismo que el vuestro.

—Aquí diferimos, Julián. Tu calendario dice que mañana será un domingo pacífico; el mío dice que Richmond será evacuado al anochecer.

Julián se quedó boquiabierto, mirando por un momento al jugador.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Los amigos que tengo en ambos campos —repitió Whit con calma—. Hecho primera: el número de enemigos del general Lee supera actualmente al de sus soldados. Hecho número dos: en este momento está decisivamente derrotado, si la palabra desventaja significa algo en tu diccionario que me parece anticuado.

—No lo ha sido en el pasado.

—Pero lo será esta misma noche —dijo Whit con la misma calma—. Mis informes dicen que Lee se saldrá del arco de defensa establecido y dispondrá una línea hacia el Sur. Lo que únicamente puede significar que el presidente David tendrá que cambiar la sede del Gobierno. El domingo es mal día para un traslado, pero servirá… Y una vez caído Richmond, la guerra tocará a su fin en una semana. Aposté mil dólares en Washington a que Lee se rendiría antes del 10 de abril. Ahora apuesto otros mil.

—¿Y es ése el mensaje que le traes a Juana?

—No confundas los tiempos. Es el mensaje que le traería si estuviera viva.

Julián sintió latirle la sangre en las sienes.

—Está en Richmond y tú sabes dónde se encuentra.

—¿En qué otro sitio podría estar si todavía ayuda a escapar a los prisioneros?

—Sea como quiera, Whit, tú le traes esas noticias. Vienes a decirle que interrumpa su tarea…; que Grant liberará a Virginia; que llevará a cabo su liberación de ahora en adelante. Que la guerra concluye hoy para ella.

Whit dirigió una triste sonrisa a la punta de su bota.

—Sería providencial…, quiero decir si yo la encontrara y pudiera decirle eso.

—Díselo por cualquier medio. Yo te doy mi palabra de que permaneceré al margen de su vida…

Julián se tragó el resto de la frase, pues Tanner acababa de entrar en el despacho sin llamar y se detuvo en el umbral al tropezar con la mirada de Whit.

—Perdón. No sabía que estuvieras ocupado.

Whit se había puesto ya en pie y le dirigía un saludo ceremonioso.

—Entre, señor, de todas maneras. Los asuntos de un hombre civil pueden esperar. Nos encontraremos en el bar del Spotswood, Julián… ¿A las seis?

—No te muevas, Whit —Julián se encaró con Tanner asumiendo la expresión «de póquer», esto es, la más inexpresiva que pudo hallar—. El señor Cameron es un antiguo amigo. Puede hablar sin ambages…

—¿Sabes ya que tendremos que evacuar el hospital esta noche?

Julián hizo caso omiso de Whit, mediante un poderoso esfuerzo, y simuló sorprenderse mucho.

—¿Cuándo le han dado la noticia?

—Acabo de bajar la cuesta. Por correo. —Tanner puso sobre la mesa un papel impreso—. Esto lo trajo el mismo mensajero. No me censure por mi perplejidad.

Julián examinó el papel. Era una licencia de dos semanas hecha a su nombre y sellada con la fecha del día siguiente.

—Firmada por el mismo capitán general —dijo Tanner—. Firmada por mi estimado tío el secretario de la Guerra. ¿Cómo explica usted esto?

Julián se atrevió a mirar a Whit. pero el jugador se había retirado delicadamente a la ventana y contemplaba los guijarros de la calle tostados por el sol.

—Créame cuando afirmo que estoy tan perplejo como usted. Tanner alzó las manos al cielo.

—Desde luego cuenta usted con toda mi simpatía.

El hombre que acaba de saber que sus propiedades son sólo una ruina merece que se le conceda un poco de reposo. Pero ¿por qué tiene que llegar esa licencia ahora…, junto a la orden de evacuación?

—Si le parece, pediré que la revoquen.

—¡No se lo consiento! La salida de la ciudad no se realizará hasta mañana por la

mañana; puede, pues, ayudarme en el peor momento.

Julián se sentía perfectamente tranquilo. Si pudiera apartar la vista del precioso documento que se hallaba sobre la mesa… y hacer caso omiso de la expresiva actitud de Whit, que seguía vuelto de espaldas…, lograría separarse amistosamente de Tanner.

—¿Qué le parece esa orden de evacuación? ¿Es una mala noticia?

—Le diré, me parece que es una medida de precaución. Nosotros tenemos que llevar a nuestros pacientes por tren a Danville. Es un viaje corto. Claro que tendremos que esperar a que se haga de noche para empezar el traslado; no conviene alarmar al elemento civil —Tanner miró a Whit y lanzó una carcajada—. Perdón, señor Cameron. Confío en que no repetirá la noticia en Richmond. Whit saludó sin apartarse de la ventana. —Mis labios están sellados, señor. Julián dijo rápidamente:

—Voy en busca de Dick y veré cómo estamos de material quirúrgico.

—Ya le he dado órdenes. —La voz de Tanner no revelaba tanta excitación, aunque todavía estaba perplejo—. Es una suerte que casi todos nuestros casos sean heridos capaces de andar. Debemos salir de aquí a medianoche, mas para ello es menester que me den bastantes camilleros.

—Si me necesita, yo también le acompañaré.

—Usted no hará nada de eso —dijo resueltamente Tanner—. Usted tiene bien merecida su licencia. —Miró a Whit, titubeó y luego se decidió a hablar con franqueza—. Quizá se acabe entretanto la guerra. Por usted confío en que así sea. Así podrá volver a empezar en Cabo Fear…

Y así diciendo salió rápidamente del despacho, como si temiera decir algo más.

Whit seguía junto a la ventana; al hablar, su voz parecía venir de muy lejos.

—Es singular, ¿verdad?, ver lo rápidamente que el Departamento de la Guerra puede moverse cuando tiene que hacerlo sobre las patas traseras.

Julián arrebató el papel de encima de la mesa y lo examinó cuidadosamente.

—Parece auténtico…

—Y lo es.

—Sin embargo, es evidente que has sido tú quien lo ha dispuesto todo.

—Naturalmente. ¿Debo añadir que me ha costado un precioso penique?

—¿Por qué?

—¿Por qué? No es el primer permiso que compro para un amigo.

—Quieres verme lejos de Richmond, ¿verdad?

—Justamente, Julián.

—¿Por qué no me dejas seguir hacia Danville a la unidad del hospital?

Whit sonrió.

—Confieso que me sorprendí algo al llegar esa orden. Por desgracia ni siquiera un hombre de mi posición puede preverlo todo.

—Ahora que soy libre, ¿qué puede impedir que te siga?

—Únicamente tu palabra, amigo mío. No olvides de que acabas de prometer que

te quedarás al margen…, y que me dejarás que saque a Juana de Richmond a mi manera.

—Conque, ¿confiesas, por fin, de que se halla aquí?

—Eso es lo que supongo.

—¿No la has visto aún?

Whit se encogió de hombros.

—¿Te olvidas de nuestro amigo, el que se halla al otro lado de la calle?

—Pero ¿tú sabes dónde se hospeda?

—Naturalmente, Y te diré más. Aunque Crandall no me hubiera seguido los pasos, hubiera venido aquí primero. Tú eres mayor problema que Juana, Los héroes auténticos siempre lo son, sobre todo en el punto a que ha llegado esta guerra.

—No te cuides de mí, Whit. Dime dónde está escondida.

El jugador extendió ambas manos expresivamente.

—Ya temía yo esto.

—Tengo que saber que está a salvo. Suponiendo que Crandall te detuviera… yo siempre podría llegar a ella…

Whit dio una palmada sobre la mesa.

—Tú, amigo mío, vas a salir esta noche de la ciudad, como has prometido.

—¿Dejando aquí a Juana?

—Con un poco de suerte saldrá de Richmond antes que tú.

—Dime al menos adónde vas a llevarla.

—Nunca jamás —dijo Whit—. Todavía puedo perder la apuesta que hice sobre el general Lee.

Julián capituló al oír esto, aunque no de buena gana.

—Debería darte las gracias por esa licencia, pero no lo haré. Dame órdenes y trataré de obedecer.

El jugador se sentó en un ángulo de la mesa e hizo dar vueltas al junquillo en sus manos.

—Sal de Richmond. Sí los trenes circulan en Carolina, trata de llegar hasta Wilmington. El país está despejado. Tú no eres combatiente. Es posible que logres llegar a «Chisholm Hundred» sin que te detengan…

—Tanner te acaba de contar lo que allí ha sucedido. —Pero el terreno sigue siendo tuyo. Tienes el deber de mirar por él y de decidir su porvenir.

Los ojos de ambos hombres se encontraron, y cada uno de los dos sostuvo la mirada del otro. Julián retrocedió con el candelabro del salón. Aquella noche había ofrecido «Chisholm Hundred» a Juana para me hiciera de la propiedad lo que gustara. Recordando aquella oferta comprendió que era una respuesta todas las preguntas que ahora se dirigía. Juana se abriría paso hasta Wilmington y la propiedad junto al río. Juana le esperaría allí El hecho de que no pudiera acompañaría él en su viaje no tenía gran importancia. Confiaría en que Whit le sirviera de guía.

—Veo que después de todo tendré que darte las gracias —dijo.

El jugador acogió con su buen humor intacto la tácita apología.

—Entonces, ¡a «Chisholm Hundred»…!, si es que puedes llegar hasta allí. Es tan buen sitio como otro cualquiera para una cita de amor.

Se puso en pie, se echó el junquillo del brazo y torció sobre una ceja el alto sombrero de castor.

—¿Vas a verla ahora?

—Con tu permiso.

—¿Y Crandall?

—He prometido eliminar a Crandall —dijo Whit—. Quédate ahí y me verás actuar.

—Va a costarte trabajo quitarle de en medio.

—Observa un poco —dijo Whit—, ¿estás seguro de que sigue todavía al otro lado de esa puerta? ¿No le será posible escurrir el bulto?

Julián hizo seña de que no. Comenzaba a darse cuenta de lo que proyectaba Whit, y también de que él no podría impedirlo.

—Ven cuando se te llame y de prisa —le advirtió el jugador.

Salió rápidamente, dando con el junquillo contra la jamba de la puerta. Julián continuaba sentado, inmóvil, junto a la puerta, oyendo el taconeo de su amigo sobre el empedrado, viendo cómo volvía a aparecer al cruzar la calle en ángulo. Al llegar a la sombra del almacén se detuvo para elegir un cigarrillo de su pitillera… y dio con indiferencia un paso hacia el interior al objeto de encender el cigarrillo… El junquillo descendió rápidamente por el aire, azotándolo; Julián oyó el alarido de dolor lanzado por Crandall; le vio caer como una catapulta a plena luz, la mano de Whit asiéndole por el cuello. El junquillo volvió a alzarse y a caer, describiendo un arco implacable; al soltarlo Whit, había sangre en el rostro del espía.

—¿Cómo se atreve a tomarse tal libertad? —gritó el hombre.

—Eso le pregunto yo —repuso Whit—. ¿Cómo se atreve a seguirme desde la estación…, a espiar la visita que hago a un antiguo amigo? ¿Cómo osa ofenderse por recibir el castigo que merece?

Aun antes de sonar las airadas voces, la calle se llenó, como por arte de magia, de uniformes. Un arrogante capitán de Infantería que había estado visitando las salas del hospital, se colocó, muy tieso, al lado de Crandall. Luego, Tanner, con su aire competente corrió a colocarse entre los dos antagonistas. Un cuarteto de mozos con muletas salieron renqueando por la puerta del hospital para cuidar de que dos caballeros zanjaran sus diferencias de manera honrosa.

—¿Qué sucede aquí?

Julián vio cómo Crandall doblaba el puño y en seguida lo dejaba caer, inerte, a su costado; aun desde el sitio donde estaba vela latir las venas de la base de la mandíbula del espía. Pero Crandall era un caballero de uniforme… y, como tal, sólo contaba con un medio de vengar el golpe.

—Como parte perjudicada, señor Cameron…

La voz de Whit le interrumpió, para decir con estudiado desprecia.

—El doctor Chisholm me representará, estoy seguro…

Ya Julián había saltado desde la ventana a la calle sin aguardar a ser llamado. El honor había puesto en todos los rostros su aspecto glacial de rigor al dirigirse él hacia el grupo. Crandall retrocedió un paso; sus ojos buscaron al arrogante y joven capitán que, lo mismo que Julián, se había adelantado sin que le llamaran.

—Capitán Crittenden, señor. Su servidor.

Duelo a pistola a treinta pasos. Lugar, la pradera seca, debajo del acantilado que se hallaba del lado ocupado por Manchester, sobre el James. Aun cuando el encuentro se retrasaba hasta las seis, a esa hora habría aún luz suficiente. El capitán había asistido a demasiados duelos para titubear cuando se trataba de detalles… o reglas de conducta.

—Servidor, capitán Crittenden.

Nadie se movió en el grupo mientras los dos testigos del duelo subían juntos por la calle; nadie sonrió, excepto Whit, al arrojar al arroyo el junquillo roto.

—Ha cumplido con su obligación —debió decirse en silencio.

Julián murmuró para su interior un fervoroso ¡amén! Whit se había arriesgado así en otras ocasiones y había ganado. Crandall era la parte ofendida, y Crandall sería el desafiador: si la muerte de Crandall aparecía en el juego, no podría pedir otro aplazamiento, Sería curioso que aquel junquillo derribara la última bandera que se alzaba entre Juana y su seguridad.

4

Crittenden cerró el tintero de bolsillo con una sacudida.

Creo que esta declaración está en regla, capitán Chisholm. ¿Quiere repasarla?

—Me basta con que la repase usted, señor.

El arrogante padrino de Crandall frunció las cejas mientras examinaba la hoja de papel que tenía sobre las rodillas.

—¿Coronel Writford Cameron de la *Home Guard* de Raleigh, bien escrito?

Julián conservó un rostro impasible. La noticia de que Whit fuera coronel era una novedad, pero no le cabía duda de que los papeles de su amigo así lo demostraban.

—Coronel Cameron —murmuró, tocando la cartera que guardaba en el bolsillo y que el jugador le había entregado durante el trayecto al campo del honor—, con permiso temporal de mando.

Miró atentamente a Crittenden, contento de satisfacer con tan poco trabajo su dignidad. Pues como Crandall iba de uniforme, lo más sencillo era que un oficial hiciera fuego sobre otro.

—¿Les colocaremos ahora?

—Creo que todavía durará la luz.

Julián se acercó a la orilla del río para dirigir al cielo otra mirada innecesaria. Abril seguía bañando el James en una luz de plata. El prado seco en que habían escogido el terreno para el desafío parecía también de plata reluciente. Hasta el abrupto escarpado que se alzaba por encima de sus cabezas quedaba suavizado por el crepúsculo que se avecinaba. Richmond se asentaba con orgullo sobre sus colinas al otro lado de la corriente, pasando por alto la actividad de hormigas de sus visitantes No se oía más ruido que el murmullo del río, y el apagado de los cascos de un caballo cada vez que el animal buscaba la hierba que podía alcanzar sin moverse de entre las varas del carruaje. Tanner se había empeñado en llevar aquel coche para el caso de que uno de los duelistas resultara herido; la caja de instrumentos de Julián se hallaba abierta en el asiento en que Dick estaba sentado, empuñando un escalpelo. Aunque muy separado de la línea de fuego, podía acercarse al campo en un santiamén si era preciso.

Los dos protagonistas de la escena estaban de pie con los brazos cruzados en el campo del honor. Crandall tenía la mirada fija en el suelo y el rostro impasible; Whit, cuya actitud había sido impecable ahora que estaba la suerte echada, se mantenía ligeramente apartado de los demás, sumido aparentemente en sus pensamientos.

Julián había observado en él aquella misma expresión siempre que el jugador, sentado tras la mesa de póquer y en posesión de un *ftush*, esperaba a que se iniciase la puesta». «Ésta es su hora —pensó Julián—; pase lo que quiera, se jugará el todo por el todo, lo hará gustoso». Obligó a su pensamiento a volver a la realidad al pasar Tanner junto al coche dando un rodeo y llevando un estuche de raso bajo el brazo.

—Concluyamos de una vez, Chisholm, que tenemos mucho que hacer en

Richmond.

La caima de Tanner era tan sincera como la de los demás. El duelo era un episodio corriente de su existencia, sobre todo en aquellos años de guerra. Pocas personas se hubieran parado a preguntarse si era justo o no. Whit había acusado a Crandall de espiarle sin justificación; Crandall se había empeñado en solventar la acusación sobre aquel campo del honor. Nadie había preguntado si Whit era merecedor o no de que se le espiara; incluso, el propio Crandall se había dejado atrapar en la férrea red de un código. La cortesía con que Tanner abrió la caja de raso era el sello indispensable al ritual.

Los dos testigos se retiraron para examinar las pistolas; Tanner, en su calidad de cirujano de más edad de los dos que se hallaban en el prado, había guardado ya el acta del desafío dentro de la cartera. Se le añadiría una posdata al concluir el duelo.

Crittenden sopló por el cañón del arma y ofreció a Julián la pistola para que diera su aprobación.

—Vea, capitán; tiene el ánima lisa, el gatillo suave, un cañón de nueve pulgadas… Es una arma bella… y muy peligrosa. ¿Se colocará su hombre a treinta pies?

—Si, a treinta.

—Como ve, he contado los pasos. ¿Quiere usted comprobar mis medidas?

—No; está bien, capitán —dijo Julián—, creo que podemos colocarlos ahora en posición. ¿Quiere usted tirar?

Crittenden sacó una moneda del bolsillo; Julián reparó, sin sonreír, que era federal, y se preguntó si sería un trofeo de guerra…, o una previsión para el porvenir.

—¡Cara!

—Y cara es, capitán Chisholm. Puede usted elegir la posición; yo daré la voz.

Whit se adelantó a una señal, y juntos midieron el campo hasta el punto que Crittenden había marcado con el sable. El pie del jugador pisó la marca con la indiferencia del maestro de baile que dirige un cotillón. Julián bajó la voz hasta convertirla en un murmullo vivo y salvaje.

—Por última vez dime dónde puedo bailarla.

—Por última vez digo que eso es cosa de mi incumbencia.

Julián intentó otro ataque aún, sabiendo por anticipado que dejarla tan fresco a Whit.

—Tú no eres inmortal, ¿sabes? ¿Qué sucedería si Crandall te mata?

—Apuesto a que no —repuso Whit—. Suponiendo que te diera ahora la dirección de juana en Richmond…, y perdiera, tendrás que matar a nuestro amigo antes de acercarte a ella. No permitiré que lleves esa muerte sobre tu conciencia. —¡Ya encontraría modo de despistarle!

—Es testarudo como una mula. Déjalo de su cuenta, por favor. —El jugador colocó sobre la palma de su mano el extremo de la pistola; la boca apuntó al bolsillo del pecho de la guerrera de Julián—. ¿Tienes ahí mi cartera? ¿Y el cinto con el

dinero?

—Lo tiene Dick en él carruaje.

—Bueno, las dos cosas serán para ti si caigo, muchacho. Vuelve a tu puesto. El otro testigo se impacienta. Julián se jugó la última carta.

—Dime donde puedo encontrar a mi mujer, o haré que se suspenda el duelo.

—¿Cómo te sería posible ahora?

—Diciéndoles quién eres en realidad. Whit se colocó de perfil y bajó el cañón del arma.

—Nadie sabe quién soy en realidad, Julián. Ni hacia qué lado se inclina mi corazón. Ni siquiera yo mismo.

Whit consideró la declaración un momento mientras se mecía sobre los pies como hombre de hierro alerta que podía hacer frente a la eternidad con su energía intacta.

—Sin embargo, ya veo que en tu desesperación vas a echarlo todo a perder. ¿Me prometes no luchar contra Crandall?

—Te lo prometo.

—Bien, pues dentro de mi cartera encontrarás la dirección de Juana —dijo Whit —. Está escrita con tinta roja sobre una orden que traigo para ella. Lee el número de la calle al dorso; es la sola precaución que tomé cuando la anoté en Washington.

Una vez más la pistola apuntó ligeramente al corazón de Julián. Ponte en lugar donde yo pueda verte. Y como tu mano toque ese bolsillo, te mataré en lugar de matar a Crandall.

Julián hizo una seña afirmativa y se colocó fuera de la línea de fuego. Crittenden repetía sus instrucciones con voz de barítono. Esto también formaba parte del ritual; una canción que muchos caballeros del Sur, y muchos bribones también, recordaban desde su primera juventud. Julián miró a Crandall. El espía se había colocado ya de perfil y pisaba la marca con la misma calma que Whit. Respiraba sin esfuerzo, con la pistola lasa en una mano. Julián se dio cuenta de que contendría la respiración al oír la última voz de mando, en el caso de que Whit apuntara bajo. Su cuerpo vestido de gris ofrecía mucho mejor blanco sobre el fondo verde del prado. Por contraste, el traje negro de Whit le hacía parecer tan delgado como la hoja de un cuchillo mientras aguardaba la orden. Aun a aquella distancia parecía seguir envuelto en un sueño tranquilo; pero Julián sabía que sus ojos no se separarían ya un segundo de Crandall. Probablemente habrían abierto ya un agujero en la guerrera del espía allí donde el último botón se abría incauto mostrando un triángulo de la pechera de la camisa.

—Prepárense, caballeros, que voy a dar la voz de mando.

Los duelistas se pusieron rígidos, como si unos soportes invisibles les hicieran enderezar los hombros. Los dos bajaron a un tiempo las armas en espera de la orden para inmediatamente levantarse y entrar en acción, a pesar de que ahora los cañones se dirigían rígidamente hacia abajo, pareciendo querer lamer el suelo.

—¿Preparados?

La pausa que sucedió a esta palabra pareció prolongada por varías horas; a pesar

de que Julián la contaba por los latidos de la yugular de Crandall, se daba cuenta de que las pausas eran innecesarias, tan innecesarias como los gestos similares de afirmación con que se respondió a la pregunta desde los dos extremos del campo.

—¡Fuego!

El doble ladrido de las pistolas pareció saltar del acantilado que tenían encima; los dos penachos de humo abanicaron el aire de la tarde, la brisa se los llevó instantáneamente. Al mirar antes a Crandall que a su apadrinado, como el honor lo exigía, Julián vio que el jugador había elegido otro blanco del que él supuso. La gran vena de la base de la mandíbula del espía había hecho erupción, como pequeño volcán rojo, manchando la pechera que tenía debajo…, aun cuando el sonido del disparo había ahogado el choque blando de la bala que destrozó la espina dorsal y penetró verticalmente en el cerebro. Crandall quedó muerto de pie; Julián había visto con demasiada frecuencia la misma clase de heridas para dudar de su veredicto. Que el capitán Crittenden corriera a campo traviesa, si gustaba: un cirujano militar sabía que el hombre se derrumbaría como un palo roto antes de que el testigo llegara a su lado.

Luego oyó tirar a Dick de las riendas del coche, el rechinar de las ruedas sobre la hierba…, y se volvió | a mirar a Whit por vez primera. Aun antes de arrodillarse junto a él comprendió que no era necesario que el ayudante le llevara el estuche de instrumentos. Elegante aun en el momento de morir, el jugador había quedado tendido abierto de pies y manos, sobre el campo; la mancha roja que se ensanchaba sobre la levita abotonada de su traje negro era la única nota de mal gusto.

—Ha recibido el tiro en el corazón —dijo Dick—. La muerte ha sido instantánea. No todos son tan afortunados, ¿verdad, doctor?

Pero ya la mano de Julián se había dirigido con la rapidez de una flecha al bolsillo de la guerrera. Después se odiaría por aquel movimiento, aunque fue puramente instintivo. Después de todo no respiraría tranquilo hasta que no se asegurase de que había una dirección, efectivamente, en la cartera de Whit El número de una calle de Richmond garabateado al dorso de la orden con tinta roja.

Miró a su amigo para pedirle un perdón silencioso. Los abiertos ojos de Whit Cameron tenían una mirada grotesca. Los labios del jugador se curvaban todavía ligeramente, como si sonriera a una jugarreta o un chiste de su invención.

5

Los ojos de Tanner estaban fijos en él mientras vaciaban el contenido de la cartera de Whit sobre la mesa; pero las manos de Julián eran bastante firmes.

El cirujano de más edad no vio la orden de Juana; Julián había aprovechado un momento libre al regreso del hospital para metérsela en la camisa, lugar en que el papel se descubría ligeramente con un ligero ruido. No había tenido tiempo de buscar más; Julián confiaba en la suerte mientras exponía a la luz de la lámpara del despacho los objetos de su amigo.

Como había supuesto, el contenido de la cartera era enteramente normal. Al fajo de billetes de Banco confederados, cuidadosamente plegados, se añadía hasta una docena de monedas de oro. El librito de direcciones sólo tenía escritos los nombres y el número de oficina de los altos comisarios de Richmond. Una muchacha extraña, pero muy bonita, se rió descaradamente de ellos desde su marco de cuero…, Julián leyó, la dedicatoria al pie de la fotografía:

«Toute a toi, Odette.»

—¿Será su mujer acaso? —dijo Tanner.

—Creo que no. El señor Cameron no era casado. El cirujano frunció el ceño.

—Era muy conocido aquí, en Richmond…, y muy simpático a todos, según me ha dicho ese joven, Crittenden… ¿Firmó usted el acta del desafío?

—Va ya camino del cuartel general.

—Entonces podemos dar por terminado el lance. ¡Pobre muchacho! Debió pensarlo dos veces antes de desafiar a Tracy Crandall. Era algo *parvenú*, pero ha dado muestra de su valor docenas de veces. Nunca dejó de matar a su contrincante.

Estuvo en un tris que Julián dejara escapar una sonrisa al escuchar las palabras de Tanner.

—Tampoco Whit —observó. Tanner le puso una mano en el hombro.

—¿Puedo decirle que lo lamento? Nuestros amigos no pueden ganar siempre aun cuando les asista la razón.

—¿Cree usted que el lance estuvo justificado?

—Totalmente. Como decía, Crandall era un incurable entremetido…, y fastidioso además. Parece mentira que fuera tan buen tirador a veinte pasos.

Así, ¿éste era el veredicto que daba Tanner del caso? Si también era el de todo Richmond, reflexionó Julián, podía cobrar ánimos. Más no osaba preguntarse lo que haría después.

Por fortuna el transporte de sus enfermos al tren hospital le tuvo muy ocupado para pensar en nada. Tanner o alguno de los ayudantes se hallaban constantemente a su lado desde que regresó del campo con la fúnebre carga… Tuvo que sacudir su

inercia, pero ya podía descansar después de tanta actividad. Tanner había colocado sobre la mesa una pierna calzada con alta bota, y Julián trató de disimular el sentimiento de su mirada. El cirujano se había mostrado muy comprensivo hasta entonces, mas por lo visto no pensaba dejarle solo.

—Creo que debo ocuparme en lo del funeral.

—Dick se encargará de eso —dijo Tanner—. El entierro será mañana a primera hora de la tarde, en el cementerio de Hollywood. —Así diciendo *formó* un ordenado rimero con las monedas de oro halladas dentro de la cartera—. Aquí hay lo suficiente para proporcionar al señor Cameron la tumba propia de un soldado y una lápida decorosa.

Julián ahogó una protesta. Después de todo hubiera divertido a Whit saber que iba a descansar entre honores militares… y con los laureles de coronel; sería el suyo, sin duda, un epitafio como ni aun su reconocido talento para la improvisación hubiera podido concebirlo mejor. Una vez más Julián se preguntó por qué la muerte de Whit se negaba a penetrar en su cerebro. Todo aquello parecía una broma grotesca de la que ambos se reirían al día siguiente.

La voz de Tanner le volvió a la realidad.

—Es duro despedirse en tiempos como estos presentes. Vamos a estrecharnos la mano y confiar en vernos muy pronto.

—Es lo mejor, ¿verdad, señor?

—¿Quiere que le dejemos en Main Street?

—No; gracias. Cerraré el despacho y daré un paseo; quisiera acostumbrarme gradualmente a esa licencia.

—Vuelvo a lamentar que no haya llegado en tiempos mejores.

Julián no podía creer que Tanner se hubiera marchado, aun después de oír saltar sobre las piedras de la calle el último carro ambulancia. Se mantuvo de pie junto a la ventana y todavía tuvo tiempo de verle doblar la próxima esquina camino de los patios. El gran granero encalado que había encerrado a sus salas sonaba a hueco en la oscuridad. Por fin estaba solo en aquella soledad; solo con la dirección de Juana que le quemaba dentro de la camisa… Libre de ir adonde le pareciera, libre de comunicarle a ella la buena nueva de que su misión había terminado. Y, a pesar de ello, temía echar a andar.

Se sacudió de encima la demasiado tangible pesadilla y volvió a sentarse delante de la mesa. Haciendo girar la silla hasta quedar sentado de espaldas a la ventana, palpó cautelosamente en el interior de la camisa y sacó de ella el cuadrado trozo de papel que Whit guardara tan bien. Ya era hora de que lo leyera, mas su ansiedad tornaba borrosa la letra impresa.

Como el permiso que descubriera tiempo atrás en Santa María, era un papel impreso sellado con el gran sello de la Unión y firmado por el secretario de la Guerra de Lincoln. Era una orden en que se instruía a una tal Harriet May de que debía poner fin a sus servicios locales al recibir el documento, considerándose en servicio pasivo

de allí en adelante. El documento no incluía la dirección de Harriet; por lo visto se daba por sentado que la orden seria entregada a mano. El número de una calle de Richmond había sido anotado al margen por Whit: la tinta roja contrastaba con el limpio carácter de escritura, en forma de patas de araña de las líneas sobre el papel rayado.

Harriet May, Stanhope Street, 427, Richmond (Virginia). Julián conocía bien aquella calle: era una vía estrecha de segunda categoría que bajaba serpenteando desde la Main Street al río. Había pasado por allí muchas veces, porque así atajaba el camino del hotel al hospital; recordaba incluso que el número 427 distaba menos de media milla de la puerta del hospital, aunque no pudiera describir la casa.

Harriet May… Julián se preguntó por qué Juana habría elegido aquel nombre oscuro al dejar de ser la señora Kirby Anderson de Atlanta. ¿Por qué se habría atrevido a fijar su residencia en el corazón mismo de la capital? No podía dudar ahora de que fuese Juana quien contribuyó a la afortunada conclusión del último *break* de Libby…, de que la calle Stanhope, número 427, era el cuartel general de un nuevo ferrocarril subterráneo, como le llamaba él. Quizá se diera cuenta de que había pasado la ocasión de tramar planes y de que ahora sólo contaba la velocidad y la osadía.

Si así era —y ¿cómo podía creer otra cosa conociendo como conocía a Juana?—, era más que cobardía permanecer allí por temor a que le siguieran si se detenía ante la casa de ella.

En la cueva del almacén sonaron irnos pasos. Julián metió la orden de la Unión otra vez en la pechera de su camisa y corrió a la puerta. Era Dick, su ayudante…, dormido de pie de puro cansancio.

—Pensé que se había marchado ya, doctor. Y venía para apagar la luz.

—Salgo ahora mismo, Dick.

—¿Desea que vaya por la mañana a buscarle al hotel?

Julián se tambaleó un poco al levantarse de la silla; mientras su mente daba vueltas en torno de aquel vértice de indecisión había olvidado que su ordenanza estaría rendido después de un día como aquél.

—No es preciso, Dick. Parece que se ha olvidado que estoy con licencia… desde hoy.

Comprobó la declaración con su reloj y con el calendario: 2 de abril de 1865. Whit había dicho que tal día pasaría a la Historia por ser su fecha la de la caída de Richmond.

—¿Se ha olvidado también del entierro, capitán?

La voz de Dick encerraba un ligero reproche.

—Mi amigo Cameron era un hombre algo raro —dijo Julián—, quería morir con las bofas puestas; y pidió que se le enterrara sin acompañamiento.

—¿Quiere eso decir que los dos podemos dormir hasta muy tarde?

—Hasta tan tarde como guste.

Por un instante jugó con la tentación de repetir la advertencia de Whit a su ayudante, aunque estaba seguro de que Dick no la creería. El aire estaba lleno de rumores de capitulación desde el último invierno, y por ello uno más no disiparía la calma soporífera que se cernía sobre Virginia aquella noche.

—¿Ha pensado usted lo que haría, Dick, si Richmond cayera súbitamente?

Había esperado que la pregunta sobresaltara al ex farmacéutico, pero el muchacho sonrió e hizo un siseo de afirmación todo lo vivamente que su sopor se permitía.

—Me iría en seguida a mi casa, doctor. Haría una paz por separado. ¿Y usted?

—¡Ojalá lo supiera! —contestó Julián—, en este momento me gustaría poder dormir una semana. Creo que voy a empezar ahora; no se acerque mañana al hotel, porque le dispararé un tiro en cuanto le vea.

El ayudante apagó la lámpara al cerrar Julián con llave la puerta principal del hospital. Juntos salieron por la puerta principal; parecía extraño que la mesa del ayudante estuviese vacía, que la bujía y su lámpara huracán hubiesen desaparecido lo mismo que el libro de registros. Sólo quedaba, flotando en el aire, el olor penetrante a tabaco. Julián se representaba ahora al ayudante, alojado todavía en su rincón, trabajando aún en la serie interminable de papeles que tenía sobre la mesa mientras el tren hospital corría al Sur, hacia Danville.

—Yo dormiré en la ribera —dijo Dick—. Buenas noches, doctor.

Julián se quedó inmóvil bajo la luz de la luna, viendo como el muchacho desaparecía en las tinieblas que se cernían sobre el James; luego, obedeciendo a un súbito impulso, se acercó al almacén de enfrente y encendió un fósforo en la misma boca de entrada. • De la oscuridad saltó hacia fuera un vacío negro y cerrado: ni siquiera el fantasma de Tracy estaba allí para molestarle. Sin embargo, estaba seguro de que su partida no había pasado inadvertida. Maldiciendo la estúpida obstinación, se dirigió al centro de la ciudad, eligiendo, por instinto, el camino más largo para llegar a la Main Street sin atajar y pasar por delante del número 427 de la calle Stanhope.

Después del primer cruce se detuvo un momento para no tropezar con el soldado que dormía echado sobre la acera con la cabeza apoyada sobre la mochila. Aquel puñado de harapos estaba inerte, aunque el ronquido que erizaba las pobladas patillas era real y verdadero. A pesar de la luz de la luna que le bañaba la cara, no pudo verla con claridad al pasar por encima de las extendidas piernas y continuar su camino. Su memoria evocó el recuerdo al doblar la esquina oscura y divisar las luces de la Main Street. Pero entonces era demasiado tarde para detenerse a comprobar lo acertado del cuadro que saltaba ante sus ojos como tangible aparición. Aquella misma tarde se había dicho que era cosa corriente encontrar soldados dormidos en la ciudad, a todas horas; y ni siquiera trató de recordar el bulto vestido de gris que dormitaba ante la puerta del almacén. Tan cansado estaba, que ni siquiera se le ocurrió pensar que el enviado de Crandall y aquel bulto gris fueran uno y el mismo.

Mas ahora, al detenerse en el cruce siguiente y oír ruido de pasos a su espalda,

estaba seguro de ello. Puso a prueba su convicción deteniéndose en la esquina de la Main Street para encender un cigarrillo, vuelto de espaldas al camino que acababa de seguir, y oyó vacilar también aquellos pies furtivos. Al dar media vuelta y seguir andando por la acera, se arriesgó a echar una ojeada hacia atrás. La calle parecía vacía a la luz de la luna, pero Julián estaba cierto de que el hombre de los harapos grises se había confundido con las sombras al volverse él.

Acaso se tratara de algún ladrón, después de todo… o de un desertor que le buscara para pedirle ayuda, al objeto de reincorporarse a su batallón. En aquella época la gente se dirigía a los médicos para hacerles extrañas súplicas. Bien, esperaría en el lado iluminado de la Main Street, dando al hombre ocasión de aproximarse; también podía imitar a Whit y agarrarle por el cuello. Mas si el hombre era, en realidad, un subordinado de Crandall —y sólo su alma desesperada y rendida se negaba a creerlo ahora—, adivinaba que ya no volvería a verle aquella noche. Solamente lograría hacerle salir a campo abierto si le llevara hasta la puerta de Juana.

Así, pues, siguió su camino, acariciando en su interior aquella idea; el rumor suave de pasos imitó el compás de los suyos. Titubear le hubiera sido fatal; tampoco podía errar sin objeto por las desiertas calles de la población. Todavía había luces encendidas en la Main Street; del bar más próximo salían voces aguardentosas. Entró en él por la puerta giratoria y bebió tres *bourbons* sin paladearlos siquiera, procurando colocarse de frente a la ventana de cristales, para que le vieran desde la calle, mientras bebía… Pero ningún bulto gris se movió entre las sombras del exterior, ni la presencia de un joven y cansado cirujano en el bar se señaló en el calendario del servicio confederado de contraespionaje.

El cuarto *bourbon* le dio un golpecito de aviso entre ambos ojos, diciéndole que todavía podía ver bien como lo demostró al mirar con indiferencia a la calle. Sí: allí estaba el soldado. De todas maneras debían sacudirse de encima a aquel engendro. No permitiría que su cerebro se empeñara en negar su existencia, ahora que gracias al alcohol comenzaba a perder la pasada tensión. Acaso lograra sobreponerse al peligro, aunque no consiguiera dejarlo atrás. Así, pues, saltó nuevamente, con osadía, a la acera, dispuesto a poner a prueba aquella esperanza.

Ésta vez el soldado descabezaba un sueño —o fingía descabezarlo— bajo la marquesina de una ferretería situada frente al bar. Un rayo de luz delineaba su figura claramente. Julián vio que había elegido con cuidado aquel punto ventajoso desde el cual dominaba las dos puertas del bar, y que al propio tiempo permitía al observador permanecer invisible para los que se hallaban en el interior. Sólo su rápida salida le había revelado el escondite del soldado: el hombre desapareció en cuanto Julián echó a andar por la Main Street y la parte de acera situada bajo de la marquesina quedó falta de vida cuando él subió a ella.

No era un consuelo muy grande saber que el peligro que le amenazaba era de carne y hueso y no un fantasma de su propia invención. Más aun así, cobró, ánimo al subir por la calle… a un paso tan vivo como se lo podía permitir en una noche de

abril un oficial del Sur, sin que se le acusara de fuga. Sus tacones arrancaban un ruido valiente a la acera…, sonido bastante fuerte para ahogar el rumor apagado de los pasos de su perseguidor, oculto entre las sombras que proyectaban sobre el arroyo las fachadas de los almacenes.

Al llegar al segundo cruce se detuvo, contento de tener un motivo para detenerse. La calma nocturna era interrumpida por un ruido inusitado en Richmond; por el *Yankee Doodle*, que algunos entonaban a pleno pulmón, despertando la feliz cadencia ecos en las dos aceras de la calle. Julián se dio cuenta de que el cantante bajaba por la calle en un cochecillo destartalado, tirado por un caballo decrépito, muy a tono con el vehículo; a medida que se iba acercando era evidente que estaba tan borracho como feliz se sentía en aquel momento. Era un teniente de Infantería, que llevaba con un orgullo muy justificado la insignia del Cuerpo Ewell y que prodigaba sus bendiciones al mundo. Incluso la canción entonada armonizaba con el cuadro, ahora que Julián oía sus palabras:

But Doodle knows as well as I
That when his zeal has fred them
He do see a millions darkies die
Before he do help to feed themí[20].

—¿Tengo o no razón, capitán?

Las ruedas del cochecillo chirriaron al aplicar el muchacho el freno; el caballo comenzó a retroceder, siguiendo sus mismas huellas, pero luego lo pensó mejor y renunció al esfuerzo.

Julián puso un pie en el estribo y sujetó al teniente, impidiendo que cayera a la calle.

—¿En dónde se halla Spotswood?

—Yo vivo allí, ¿quiere que vayamos juntos?

—Es lo más seg… uro, capitán.

Julián saltó al interior del coche antes de que el borracho terminara de hablar y reunió las riendas en una sola mano, El caballo arrancó al sentir el restallido del látigo sobre sus lomos; luego inició un trote violento que amenazaba separar las ruedas de sus ejes. El teniente lanzó un grito de alegría y confió la responsabilidad a Julián.

—Cuide de ese rocín. He prometido entregarle sin detrimento.

—Así se hará —prometió Julián—. ¿Verdad que quiere otra copita?

—¿Cómo lo ha adivinado?

El teniente se recostó sobre el gastado tapizado del asiento y, elevando la voz, rompió a cantar de nuevo. Julián descubrió que podía unirse a él sin ningún esfuerzo. En espíritu seguía andando por la acera, una manzana atrás, y luchando con el deseo

de echar a correr.

Mientras el coche seguía su camino, volvió la cabeza y vio a su perseguidor —una silueta triste a la luz de la luna— de pie en la calle desierta, con los brazos en jarras. «Tracy Crandall hubiera previsto esto, pensó, y hubiera tenido un caballo dispuesto. Debo, pues, seguir rodando antes de que a ese fantasma gris se le ocurra la misma idea».

Al llegar ante el «Spotswood» llamó al portero de noche y oró para que el bar hubiera vuelto a desafiar la Ley y estuviera abierto, para bien de los hombres que, como al muchacho que acompañe iba, tenían los sábados licencia. La curtida cara del portero se iluminó con una sonrisa al sentir que depositaban en la palma de su mano una moneda.

—Déle otra copita si se empeña y luego llévele a la cama. Yo me cuidaré del coche.

El teniente protestó un poco cuando el portero del hotel le asió por un brazo.

—¿Por qué no se une a mí, capitán? Mi ordenanza está por ahí. Él llevará el rocín a la cama.

—No, gracias. Todavía tengo que Hacer una comisión particular.

El instinto le dictaba velocidad de movimientos y siguió actuando antes de que la suerte le abandonara.

Las ruedas del coche protestaron cuando obligó a describir un amplio semicírculo al caballo, de manera que la cabeza apuntara hacia Main Street. Primero daría un paseo; no había que dar ocasión al portero de indicar después la dirección que él había tomado… Más en cuanto hubo dejado atrás la puerta del hotel, no resistió a la tentación de obligar al animal a un segundo trote. Hacía tanto tiempo que esperaba aquel instante… Hubiera dejado de ser humano si no se hubiese lanzado de cabeza al encuentro, con la intención de investigar dónde estaba su dicha.

Las calles elegidas le parecieron interminables, recorriéndolas a toda velocidad, corriendo el riesgo de chocar contra un muro o un obstáculo cualquiera. ¡Ah!, por fin, allí estaba la calle Stanhope El caballo la subió al galope de sus patas de esparaván. Julián descubrió muy pronto que debía aflojar el paso o dejar al caballo parado junto a la acera; había olvidado que por una cuesta un hombre a pie puede avanzar más fácilmente que en coche.

Por dos veces tiró de las riendas para consultar la numeración de las casas a la luz débil y vacilante de los faroles de las esquinas. La calle parecía estar empedrada de ladrillos y los vecinos roncar tras de las puertas cerradas con llave… Julián se acordó del pórtico de «High Cedars» y de lo orgullosamente que se alzaba bajo esta misma luna. Más no siempre el operador de un ferrocarril subterráneo puede trabajar en una suntuosa casa de campo.

Habla dado ana vuelta para entrar en la calle Stanhope casi por ha parte extrema: el número 427 estaba más cerca del río de lo que él recordaba y las casas parecían estar sobre terreno más pendiente, a cada chirrido de los mal engrasados ejes del

coche. Julián se preguntó si aquellos chirridos despertarían a Juana de su sueño…, si un sexto sentido le revelaría que él se aproximaba.

El poste para dejar los carruajes, en la esquina siguiente, llevaba un número grabado en la cara anterior; y aun antes de descifrarlo a la mortecina luz del farol, Julián vio que aquél era el tramo a que correspondía el número de la casa de su mujer. La calle estaba bañada, entre las luces de los faroles, por la claridad azulada de la luna que penetraba hasta ella por entre las hojas de unos cuantos tilos enanos. Era una calle vacía, *yerma*, sin vida, como aquel pálido y sereno resplandor que descendía del espacio… Sólo el número 425 daba señales de vida. Julián oyó las notas de un piano y vio luz encendida a través de las cerradas persianas. Una media docena de caballos estaban estacionados en la cuesta; casi todos ellos dormitaban pacientemente, mientras esperaban a que salieran sus jinetes.

Julián no podía creer que Juana viviera junto a un burdel, por discreto que fuera su exterior; pero la casa cerrada o la profesión que albergaba, incidental, mente, eran inconfundibles. Julián detuvo el caballo y saltó del coche delante del número 427, mientras el corazón se le subía a la garganta. La música subió a través del césped exuberante; oyó destaparse una botella tras de las persianas cerradas de la casa vecina y el eco de estrepitosas carcajadas de hombre…, pero era demasiado tarde para pararse en detalles o curiosear con la mirada. Sobre todo, cuando el número 427 —una casa misántropa, con su medio acre de hierbajos en el jardín, sin cerca— parecía estar desalquilado y contentarse con su desolación.

Quizá la oscuridad le hubiera engañado. Julián se detuvo sobre el sendero cubierto de hierba para asegurarse de que el brillo de una ventana del piso primero era sólo debido al reflejo de la luna en el cristal, y no el parpadeo de una bujía en el interior. Luego se halló en el porche sin recordar cómo había subido, a toda velocidad, los peldaños de la escalera. El polvo le ahogó al pisar con estrépito las podridas planchas de madera; la puerta que se abría bajo su mano era tan sólida como la pared, la cerradura estaba clavada desde fuera; también estaban clavadas todas las ventanas de las galerías y cerrados sus postigos Del mismo modo se hallaban, como descubrió más adelante, las puertas de la bodega al empujarlas, con el tacón de la bota; y la puerta de la cocina, cuando se abrió paso por entre la crecida cizaña, para apoyarse con todo su peso contra ella.

Entonces se arriesgó a encender un *lucifer* para leer la dirección impresa sobre la puerta: sí, era el número 427 de la Stanhope Street. Cabía dudar de que Whit lo hubiera copiado bien en Washington, Sin embargo, la casa estaba desalquilada desde varios meses atrás, y cerrada herméticamente, sin duda para evitar escalamientos poco deseables. Julián se representaba claramente la escena: veía a la familia que ocupaba la casa en posesión del dinero necesario para trasladarse a la montaña al enterarse de la llegada de Grant, y pensando inteligentemente en dejarla ordenada, a prueba de robos, por si se podía realizar un regreso eventual… Las bodegas del número 427 de la calle de Stanhope no habían albergado jamás a hombres que

ostentaran huellas del sudor de la prisión,… En aquellas cuadras cerradas no había sonado jamás el ruido de los cascos del caballo de un guerrillero. Podía estar seguro de ello, sin forzar ninguna cerradura.

Whit y el Departamento de la Guerra de Washington se habían equivocado. Si Juana había pensado en utilizar aquella casa, algo se lo impidió mucho antes de que pudiera cruzar su umbral.

El piano comenzó a tocar de nuevo a su espalda, en la cálida semioscuridad de la casa contigua, e incluso los caballos atados en el exterior se agitaron, inquietos, cuando una voz de bajo profundo hizo retumbar las persianas. Julián pudo detener a tiempo al caballo de su coche cuando se disponía, de *motu proprio*, a descender la cuesta. Le tiró del bocado mientras se detenía lo suficiente para coger una piedra y arrojarla contra las persianas de las mujerzuelas, y, hecho esto, volvió a subir al coche. El ritmo loco de la canción no se moderó mientras él se alejaba, aunque un grito de cólera le siguió cuesta abajo, por la Stanhope Street…

Al detenerse otra vez ante la puerta del hotel, dejó las riendas al mayordomo y le despabiló del todo, haciendo sonar una moneda sobre el pavimento.

—Meta en la cuadra ese saco de huesos. Esta noche me ha traído mala suerte.

En el momento de ir a entrar en el bar se detuvo para sacudirse de encima el aburrimiento. Como había supuesto, la ornamentada sala de elevado tedio estaba abierta todavía y atestada de gente bulliciosa.

Su teniente estaba sentado ante una mesa, y más borracho que antes, si cabe…, pero Julián se abrió paso, a codazos, hasta el bar, antes de que el joven pudiera saludarle a gritos.

—¡«*Bourbon*»! Tráigame una botella.

Hacía varios años que no buscaba el olvido en el vina Desde la época en que Lucy Sprague era como una sensación de hambre que le roía el corazón. Pero la decepción que comenzaba a invadir su espíritu era demasiado intensa para poder sobrellevarla. Más adelante trataría de adaptarse a la pérdida. Más adelante trataría de convencerse de que había sido algo loco aquella noche. Sólo un romántico rematado, trastornado por la pérdida de un amigo, podía confiar en encontrar a su mujer tan sencilla, tan fácilmente, Sólo un terco enamorado podía seguir creyendo que Juana vivía aún. Una prueba de lo contrario había dado una muda negativa a su optimismo, entre las hierbas de la Stanhope Street.

Julián trató de hacer frente valientemente a esta prueba, de aceptarla, al fin. Mas aquella tarde era más sencillo servirse otra copa… y brindar, con aire solemne, con el oficial que tenía al lado. La cara del hombre había comenzado ya a fundirse en su mente con otras de la atestada habitación en que entrechocaban las copas. El *whisky* cayó al suelo del bar cuando se le sirvió otra vez, pero el nuevo vaso llegó hasta sus labios sin derramarse. Entonces oyó que una voz proponía un nuevo brindis y se dio vaga cuenta de que era la suya:

—¡Por la guerra, señor!

—¡Por nuestra causa!

—No, mayor. Por la guerra sólo…, estado normal del hombre.

Julián supuso que se haría un silencio solemne en el bar al escuchar aquella blasfemia, pero el bullicio prosiguió como si nada hubiera pasado. El bar del «Hotel Spotswood» había presenciado varios años de guerra y albergado a los vociferantes oficiales; el bar podía permitirse el lujo de sonreír en respuesta a la sonrisa del ebrio y joven doctor. Quizá fuera una tácita admisión de que su cliente tenía razón. Atestado hasta las mismas puertas de oficiales, que hacían ruido con sus espuelas de plata, que aparecían resplandecientes con sus cuellos bordados en oro, el bar era una viva demostración de que la guerra podía durar eternamente.

Julián volvió a beber por sus convicciones…, y luego a la memoria de Whit Cameron, que, por una sola vez, había jugado erróneamente. Luego trató de beber también a la memoria de tina mujer a la que no volvería a ver y empujó la copa a un lado para mecer a la botella en sus brazos. Ya en otra ocasión se había sentido muy solo en medio de un grupo más numeroso; pero la soledad que ahora sentía era cosa nueva. Pues ni siquiera en tiempo de guerra pierde un hombre, en un solo día, a la mujer amada y al amigo más querido.

Al subir, tambaleándose, a su habitación reparó, sin sorpresa, que su fantasma gris le esperaba al extremo del zaguán y de nuevo fingía dormir en la curva formada por el hueco de la escalera. Casi cedió un momento a la tentación de despertarle de aquel fingido sueño. Luego recordó que faltaba escasamente una hora para el amanecer y que incluso un fantasma tiene derecho a un poco de reposo. Incluso un fantasma —la reflexión le hizo reír en voz alta— se enojaría al saber que estaba perdiendo el tiempo.

6

Las campanas de una iglesia le sacaron de su estupor, penetrándole en oleadas sonoras. Julián se estremeció y trató de volverse a dormir, aunque se daba vaga cuenta de que el sol lucía ya ante sus ventanas, de que la brisa agitaba las pesadas cortinas de reposo, como si se movieran a la cadencia misma de las campanas… Después imperó el silencio, aunque las cortinas azotaban su cama todavía, sacándole de su estupor. Seguidamente —sin ningún sentido de transición—, oyó disparos en la calle. A los gritos de los jinetes se mezclaba el ruido de las ruedas de un coche que corría velozmente. Luego, el trueno sordo de una explosión que parecía llegar de muy lejos.

Despierto ya del todo —y dándose cuenta de que había estado semidespierto desde hacía una media hora— se sentó en la cama y buscó a tientas su reloj, sobre la mesilla de noche. La mesa estaba vacía y también la revuelta habitación. Incluso había perdido las zapatillas, como advirtió al poner los pies descalzos en el suelo y sentir Saquearle las piernas desnudas bajo el azote de la brisa que penetraba por la ventana abierta.

Recordaba perfectamente haber abierto aquellas ventanas, de par en par, la noche anterior, antes de tirar el uniforme al suelo y caer como un fardo sobre la cama. Pero el uniforme no estaba allí; hasta la alfombra había desaparecido. Y lo mismo las demás prendas de vestir del armario abierta Así como el estuche del instrumental, su portamantas, y el capote militar, que usaba desde su estancia en Vicksburgo…, Se acerco, vacilando, al tocador pasando por encuna de los cajones, cuyo contenido se hallaba tirado en el suelo. Sus cepillos de plata se habían esfumado, lo mismo que el juego de tocador. Alguien había roto intencionadamente el espejo, colocado encima, y una mano vandálica había escrito en la luna, con hollín de la lámpara, una frase obscena, que no, por su brevedad, era menos humillante.

Julián se miró al espejo, viendo su imagen rota, mientras su cuerpo desnudo temblaba al soplo helado que penetraba por la ventana. No, no estaba desnudo del todo; un cinturón de cuero le cruzaba el pecho.

Entre el cuero y la piel asomaban la culatas de dos pistolas de desafío y con ellas un trozo doblado de papel… Al volver su mente a la cordura vio que se trataba del cinturón en que Whit Cameron guardaba el dinero y que él llevara puesto desde el momento del duelo.

Recordaba haber metido en él las dos pistolas antes de quitarse la camisa la noche anterior. El pedazo de papel estaba allí obedeciendo, por lo visto, a otra inspiración…, a una de esas solemnes precauciones que los borrachos y los niños adoptan, aun después de resultar innecesarias. Sin embargo, estaba contento de que los ladrones no se hubieran llevado las últimas ordenes transmitidas a Juana desde Washington. Le gustaba guardar aquel cuadradito de papel en su mano, contemplar el pulcramente escrito *nom de guerre* al sentarse en la cama de nuevo y batallar para

reunir sus pensamientos dispersos.

Desde el lugar en que estaba sentado veía el patio vacío y sumido en un silencio de mal agüero, dado lo avanzado de la hora. El frío le hizo estremecerse otra vez, y cerró la puerta con un pie; luego extendió el brazo y tomó una manta. Los vándalos le habían dejado sólo aquélla, después de todo, aunque despojaron la cama de almohadas y cubrecama, mientras él dormía el sueño del justo… o del beodo. Por lo visto, habían envuelto su cuerpo en la manta mientras roncaba para deshacerse de la última pinta de «bourbon»; como sobre la mesita de noche encontraron la cartera y el reloj, no habían corrido el riesgo de despertarle.

No estaba mal aquella muestra de robo bien realizado… Sus triunfos de momento consistían en una piel intacta, dos mil dólares en oro, un par de pistolas descargadas y una orden oficial del enemigo que en aquellos momentos se abría paso, tal vez, a través del la Main Street. Julián se acercó a la ventana y vio que su temor era prematuro, aunque todos los coches y carricoches de Richmond se hacinaban hacia la carretera. A juzgar por lo oblicuo de los rayos del sol, estaba ya bien avanzada la tarde; y si leía bien la asustada expresión de aquellas fisonomías, no eran las primeras de la abigarrada cabalgata que descendía, dando vueltas, colina abajo, hacia los puentes tendidos sobre el no.

Julián se quedó inmóvil detrás de la cortina, fascinado por el espectáculo que se ofrecía ante su vista. Mas allí no estaban todos los habitantes de la capital confederada, a pesar del crecido número de vehículos que pasaban por delante del hotel. Eran los ricos, como siempre, los que huían con las joyas cosidas a los cuerpos de los vestidos de sus mujeres; los pobres se quedaban atrás dispuestos a poner a prueba la clemencia de los yanquis.

Julián contó por docenas los sombreros nuevos de castor, los capotes rizados con elegancia…, las personas distinguidas que se pavoneaban bajo capuchas inmensas, así como las sombrillas de faetones y *surreys*. Era la aristocracia (¡qué vergüenza!). También se veían uniformes en la huida, aunque la mayoría eran de miembros de la *Home Guará*: empleados del Gobierno que, desde el último invierno, se habían visto obligados a servir de guarnición en las trincheras, hombres de barba gris que ostentaban sus medallas mexicanas, aun en aquellos vergonzosos momentos… Todos los ojos tenían la misma expresión, la misma mirada introspectiva. Aterrorizados por los epígrafes de sus propios periódicos, escandalizados por la inevitable y forzosa elección que tanto tiempo habían propuesto, huían ahora para salvar la vida… lo mismo el sudista fanático que su mujer, el potentado gubernamental que el guardia indeciso.

Julián no experimentaba, sin embargo, el deseo de unirse a la desbandada hacia los puentes y el santuario de la orilla sur del James. Había en aquella precipitación algo de grotesco y repulsivo a un tiempo. Un calesín frágil, que en la interminable procesión corría a brincos como un loco, se rompió una rueda al chocar contra un carro. Julián observó como el *dandy* que empuñaba las riendas saltaba del calestín

para salvar la vida, mientras el carro seguía rodando; le vio cortar el arnés y galopar, acera abajo, a la grupa de su caballo, como acróbata de circo que se halla fuera de su elemento. Nadie se rió del espectáculo; nadie alzó los ojos siquiera de la propia obsesión. Julián se apartó del alféizar de la ventana: ya había visto bastante de aquel miserable éxodo.

Su propio destino requería ahora toda su atención; una segunda mirada al espejo le recordó que no podía salir de la habitación tal como estaba. Sólo la manta podía servirle a modo de toga. Abrió la puerta con el pie y salió al vestíbulo.

A la primera ojeada vio que estaba tan vacío como el dormitorio que acababa de dejar. También allí habían arrancado la alfombra, y docenas de botas manchadas de barro habían pisado el suelo de madera. Al otro lado se veían puertas abiertas de par en par. Julián reparó en que todos los dormitorios habían sido saqueados tan a conciencia como el suyo. Aquella desolación despajó su cabeza más eficazmente que la completa retirada de Richmond que acababa de presenciar. Si la ciudad había comenzado a evacuarse hacía horas, el «Hotel Spotswood» había imitado a tiempo su ejemplo: el hecho de que los vándalos se hubieran atrevido a tanto era buena prueba de ello.

Al oír un rumor semejante a la carrera de unos ratones en la habitación que tenía a su izquierda, se asomó a ella, pistola en mano, en el momento en que un grupo de negras criadas entraba en el *hall* con los brazos llenos, chillaban a la vista del arma y desaparecían por el hueco de la escalera. Todavía chillaban al desaparecer; Julián bajó la pistola y sonrió de su propia actitud melodramática. «Las muy brujas —se dijo— han esperado demasiado tiempo para robar a sus superiores». El hecho de que las alfombras del mejor hotel de Richmond pudieran adornar aquella noche los suelos ordinarios de las casas más humildes de la ciudad encerraba, al fin, cierto sentido de justicia.

Al extremo del *hall* una puerta se abrió para cerrarse inmediatamente. Julián puso la mano maquinalmente en el pomo, y por más curado de espanto que estuviera, se quedó con la boca abierta al tropezar sus ojos con los ojos del general Clayton Randolph, que atisbaban por la cautelosamente abierta rendija.

El tío Clayton se quedó inmóvil, como un conejo asustado en el justo momento de la huida, al abrirse de par en par la puerta. Llevaba un traje oscuro de paisano, y su corte era tan modesto como su corbata. A Julián le pareció tan cómico como las habitaciones saqueadlas que flanqueaban la suya. Dio un paso hacia delante y puso una mano sobre el brazo de su tío, aunque sólo fuera para asegurarse de que la aparición era de carne y hueso. Sabía que el general Randolph tenía una serie de habitaciones siempre reservadas en el «Hotel Spotswood». Pero era increíble verte aparecer por Richmond en aquellos momentos de desbandada general.

—¿Qué significa esto?

Ni siquiera ahora había perdido la voz del general su timbre sonoro y majestuoso.

—Lo mismo digo, tío.

—Entra, muchacho. Entra de prisa. Ningún caballero debe andar desnudo por el *hall* de un establecimiento público.

El departamento de su tío estaba también en desorden, pero Julián vio en seguida que el desorden se debía a su ocupante: aun cogido en la trampa como estaba, el general Clayton fue lo bastante astuto para cerrar, aquella noche, su puerta con llave. En la habitación había dos pequeños maletines repletos; echada sobre el sofá, una guerrera de uniforme; prendas de hilo, en cantidad suficiente para diez hombres, se salían, sin querer, de los cajones de un armario de caoba; en un guardarropa, varios pares de botas de montar miraban con aire de reproche a su dueño por entre los faldones de un capote de brigadier. A pesar de su preocupación, Julián reparó en que el traje de paisano del tío era de un corte perfecto, pese al ligero bulto de los sobacos, bajo los cuales escandía un cinto repleto de dinero.

—Un minuto más y no me ves —dijo el general. Miraba a Julián ceñudo y abstraído, como si su sobrino fuera un extraño—. Voy a incorporarme al Gabinete como ayudante militar.

—No me digas que el señor Davis continúa en la ciudad…

—Al señor Davis se le avisó, en la iglesia, de que tendrá que evacuar a Richmond hoy mismo, sin falta. El general Lee ha abandonado sus líneas de Petersburgo y avanza en dirección Oeste.

El tío Clayton se expresaba con cierta concentrada amargura, como si estuviese reprendiendo a un chiquillo incapaz de comprender.

—Claro que el rumor se ha extendido como fuego sobre la pradera a partir del mediodía —añadió—. Mira por la ventana y verás el resultado.

—¡Pero, tío! Yo te creía camino de Nassau.

—Me despacharon ayer, en efecto. Por desgracia se me ordenó antes asistir a una reunión del Gabinete, al objeto de recibir allí instrucciones, y se me hizo tarde. Total, que perdí mi medio de transporte…, un tren-hospital que salía para Danville.

Diciendo esto, el tío Clayton tomó un sombrero de castor y se lo probó ante el espejo de caballete. Julián le vio hacer un gesto de contrariedad al remplazarlo por otro menos llamativo.

—Yo creo que todavía podrás salir de ésta.

—¡Naturalmente! —exclamó el general—. Mi misión en Nassau queda cancelada. Mañana se trasladará el Gobierno a Carolina. ¿Y quién puede saber adónde se dirigirá después?

—¿Y tú te quedarás a su lado basta el fin?

—Ésas son las órdenes.

El gesto de contrariedad se acentuó al colocarse el tío Clayton el ala del sombrero caída sobre una ceja. «Parece un caballero disfrazado de ladrón de caballos —se dijo Julián—. Ya no me extraña que esté de tan mal humor con su traje de paño fino. No encaja como final de sus Memorias».

—No te detengas por mí, tío —murmuró—. La simpatía que se transparentaba en

su acento era verdadera; casi sentía piedad por Clayton Randolph.

—Aún dispongo de unos momentos. El tren presidencial está todavía en Manchester. El tren portador de los archivos partió hace una hora.

Aun en su descontento el general no podía evitar el contonearse un poco.

—Cree o no lo que voy a decirte, Julián, peno nuestro Gabinete discute todavía la manera de contener al enemigo. Antes de considerar la orden de Lee como decisiva, el señor David envió dos telegramas adicionales.

—Comprendo tu impaciencia. ¿*Y* puedo preguntarte por qué has dejado el uniforme?

—Desde luego. Mi vida es demasiado preciosa para arriesgarla así como así. Más adelante tal vez vuelva a lucir el gris de los confederados.

«Sí, más adelante —pensó Julián—, cuando el tiroteo quede a nuestra espalda y la primera reunión de la Vieja Guardia sea legal. Entonces tendrás más desarrollado el estómago, pero tu sastre procurará que la guerrera te siente a las mil maravillas y pulirá las estrellas del cuello…». En voz alta dijo solamente:

—Como ves, anoche saquearon mi habitación de arriba abajo. ¿Podrías proporcionarme algunas prendas de vestir para que me adecente?

—Sí, muchacho. Elige lo que gustes. Pronto saquearán esto también.

Julián arrojó lejos de sí la improvisada toga y abrió un cajón Heno de ropa de hilo. SI hacer caso de la escandalizada mirada del tío Clayton, eligió un par de calzoncillos y una camisa de uniforme que llevaba el monograma de su primo Jorge.

—¿Te queda alguna guerrera de Jorge, tío? Creo que me sentarán mejor que las tuyas.

Jorge hubiera sonreído en este momento —se dijo— «Sobre todo de ese resoplido de desaprobación que el viejo se cree obligado a lanzar».

—En el cuarto de plancha hay un guardapolvo mío que te sentará bien, Julián.

—Tío, lo siento. Tú podrás hacer una paz por separado cuando quieras; yo gozo todavía de licencia.

Observando a Clayton Randolph en el espejo, vio que abría mucho los ojos, con expresión de incredulidad, al ponerse él los pantalones de Jorge.

—Pero, Julián, ése es el uniforme de caballería…

—Y ahora, ¿qué importa eso?

—En este momento puedes llevar con honor el traje de paisano.

—El uniforme de Jorge armoniza mejor con mis propósitos.

Julián no adornó más su sencilla declaración mientras se probaba el nuevo sombrero de campaña. Un corte en la banda interior y le sentaría mejor, sin duda. Mas, al querer ponerse la guerrera de Jorge, la cosa varió, pues él pesaba unas veinte libras más que su primo, y las costuras crujieron al tratar de meter en ella los hombros tan a la fuerza que parecían contorsionados en un ataque violento.

—¿Soy acaso demasiado joven para poder pasar por general, querido tío?

Y se mantuvo frente a su tío mientras se colocaba delante del espejo la guerrera

con las estrellas doradas. Cosa sorprendente: la guerrera era cómoda; sólo tenía un defecto: las arrugas en el estómago. Todavía tuvo tiempo de preguntarse si su tío se atrevería a encorsetarse *antes* de pavonearse en un besamanos…

—¡Quítate esa guerrera, Julián!

Julián escuchó aquellas palabras con una sonrisa de buen humor. Pensando en el brillante pasado de su pariente, le costaba trabajo creer que aquel viejo caballero y el petulante brigadier fueran uno y el mismo.

—Después de todo, tengo que vestir uniforme…

—¡Quítate la guerrera! ¡Te prohíbo que la lleves!

—Creo que estás algo alterado…

Clayton Randolph balbuceaba ahora; sus palabras eran inaudibles a causa de la cólera que le dominaba.

—Digo que te prohíbo.

Julián retrocedió ante el espejo.

—Obsérvate, tío. Has renunciado al derecho de prohibir nada.

Estas palabras escandalizaron al viejo, que adoptó una calma glacial. Era un insulto que ahora se sentía capaz de entender.

—Prosiga, caballerito.

—Ayer estabas dispuesto a abandonar al Gobierno en sus últimas horas de vida; hoy te preparas a abandonar el tren de la Presidencia en el primer empalme. ¿Qué te importa que yo lleva el uniforme que tú abandonas?

Clayton Randolph se fue derecho a él con una mano levantada y se detuvo en seco al acercarle Julián el cañón de una de las pistolas.

—¡Ah! conque, ¿también serías capaz de cometer un asesinato?

—¿Por qué no? De saber la verdad, la posteridad me lo agradecería.

Comprendió que había dado en el blanco aun antes, de que Clayton bajara los ojos.

—Corre a la estación, tío. Ni siquiera un tren especial puede esperar eternamente.

El general Randolph no estaba muy imponente con una maleta en cada mano, pero, aun así, quiso asegurar el efecto de su salida.

—Julián Chisholm, ha dejado usted de ser mi sobrino.

—¿Puedo contar con ello?

La puerta se cerró con estrépito y Julián se dejó caer, débilmente, delante del armario ropero. Y, a pesar de que no tenía ganas de reír, mientras buscaba entre los uniformes un par de botas de montar, no podía contener la risa.

Después encontró las pistolas de Jorge en un rincón del arca que habla en ti guardarropa. Incluso halló el molde de una bala y pistones fulminantes. Probó los proyectiles en sus pistolas y vio que encajaban bastante bien, con un poco de cuero engrasado delante de la carga para que se acomodaran mejor al cañón del arma. El solemne asunto de proveerse de un arma le tuvo ocupado algún tiempo; con las dos pistolas en el cinto, ya no le preocupaba la falta de un sable. Pues, después de todo,

los sables son un anacronismo cuando se llega a la definitiva retirada de un Ejército.

Permaneció inmóvil ante el espejo, planeando lo que iba a hacer. El espejo le devolvió la imagen de un brigadier de negras cejas, completo y acabado desde las espuelas al ceño. Se puso los guantes de montar de Jorge y sonrió un poco al volver a pedirle perdón a su difunto primo. Las iniciales del Ejército confederado que ostentaba el cinturón que ceñía su talle estaban algo empañadas: las frotó con aire distraído con su dedo enguantado y confió en que Jorge sonreiría desde el Walhalla al ver su ademán.

Luego, juntando vivamente los tacones, saludó a su propia imagen y salió del departamento de Clayton Randolph, dejando la puerta abierta a los rateros. Aun ahora adivinaba que su duende gris estaría aguardándole en alguna parte, en la creciente oscuridad. Mientras Richmond caía ante sus ojos, había llegado el momento de que el fantasma y él concertaran una tregua… o zanjaran a tiros su litigio de una vez para todas.

7

Al llegar a la acera de Main Street vio Julián en seguida que algunos si no muchos faroles se encenderían en Richmond aquella noche. No era muy importante, pues ya se encendían hogueras en más de una colina. Y, al volver a abrirse paso para atravesar la calle, el pavimento osciló en otra explosión. Esta vez parecía sonar mucho más cerca, y las ventanas se iluminaron un instante con una luz roja como la sangre, al saltar y apagarse el haz de llamas sobre el fondo del cielo oscuro.

La densa masa de carruajes que obstruía la carretera seguía avanzando con obstinación, aunque las cabezas se inclinaban a una bajo la amenaza de las explosiones. «Ésta procede de un almacén de municiones —pensaba Julián—; o de un cañonero del James volado por la propia tripulación». Recordó que el general Ewell había dado la orden, hacía ya tiempo, con respecto de los almacenes de tabaco y de algodón que se alineaban a lo largo de la margen del río. Quizá la milicia comenzara a hacer fuego sobre ellos, ahora que parecía que la cosa se formalizaba. No hay nada como un fuego para encender otro, sobre todo cuando una chispa era arrebatada por el viento o se alojaba en el cerebro de su incendiario.

Descubrió que cruzar la Main Street constituía grave riesgo para la vida o la integridad de los miembros mientras el tráfico seguía fluyendo. Y, de un salto, se refugió en la acera, evitando a tiempo la amenaza de unas ruedas veloces que se le echaban encima; luego se dejó ir calle abajo. Después, sin hacer caso de los gritos de sus ocupantes, trepó al techo de una abarrotada diligencia, saltó de allí a una cañeta con toldo llena hasta arriba de objetos domésticos, y de aquella percha vacilante cayó sobre el eje de una segunda carreta y se apeó en la acera opuesta.

La esquina de la Stanhope Street distaba sólo un corto trecho. Debía apresurarse si quería que el fuego que comenzaba a propagarse rápidamente por la ciudad no destruyera sus propósitos por anticipado.

Le era difícil resistir la tentación de detenerse para asegurarse de que no le seguían, y más difícil todavía conservarse de pie sobre la concurrida acera, entre los empujones de los transeúntes, y arriesgarse, a pesar de ello, a echar una ojeada hacia atrás. Por dos veces tuvo que hacerse a un lado para esquivar una lucha a puñetazos que amenazaba generalizarse de un momento a otro; y, en otra ocasión, hubo de usar también de los puños para abrirse paso por entre la muchedumbre arremolinada que acababa de echar abajo las puertas de un depósito del Gobierno.

El aire estaba impregnado de una neblina blanca, pues unos veinte hombres se disputaban la posesión de unos cuantos sacos de harina. En la atmósfera flotaba olor a salmuera, que salía de unos recipientes volcados, y un olor todavía más penetrante a *whisky*, que parecía subir de la misma acera. Comprendió la causa al resbalar en un arroyo oscuro y abundante y oír el ruido de una hacha que se abatía sobre un barril colocado en lo alto de una escalinata. Blancos y negros luchaban por colocarse debajo del chorro de vino. Otras personas se arrodillaban sobre la misma orilla de la

arena, para beber del arroyo que por ella corría. Julián pasó por encima de un negro borracho que dormía el sueño del olvido abrazando con ambos brazos una pierna de cerdo y con el rostro embadurnado de blanco, como el de un payaso, tras la batalla de los sacos de harina. Luego le dio con el codo a un soldado que se había arrancado los galones y se balanceaba sobre los talones, como una falsa bacante, con una mujer colgada de cada brazo.

—¡Paso al general, amigos! ¡Tiene, sin duda, que hacer algo muy importante!

Julián no hizo caso de las carcajadas que le siguieron, ni del pescado salado que le pasó rozando una oreja y fue a caer junto al almacén de enfrente. Las estrellas del tío Clayton le abrieron paso, a pesar de todo; las mofas eran auténticas también, pero en ninguna sonaba la actitud característica del motín. Más grave era la seguridad que ahora sentía de que volvían a seguirle. Se dio cuenta un poco antes de que el chillido del borracho hiciera agruparse a la gente a su alrededor, impidiéndole el paso.

Al doblar la esquina de Stanhope Street reinaba en ella paz y silencio; ahora celebraba la estrategia que había obligado a Juana a buscar un refugio en aquel distrito retirado, donde nada había que tentara la codicia de los ladrones. El rumor apagado de unos pasos a su espalda era todo lo que deseaba escuchar. Pues aquella misma noche pensaba encararse con su fantasma gris…, en un punto que ti eligiera. O, para ser exacto, en la escalera de la casa número 427. Allí le demostraría, sin que hubiese lugar a duda, que lo que ambos buscaban se había ido para siempre, y le pediría con insistencia que no volviera a seguirle. Y si aquella Némesis se negara a creer en la evidencia, le demostraría que también los fantasmas pueden recibir un balazo en el cuerpo.

Dejando esto sentado en su mente, continuó marchando tranquilo. Mantenía un paso vivo, pero acompasado, al objeto de mantener alerta a su Némesis, pero sin cansarle; era el paso del hombre que sabe adónde va, el hombre que no teme ser perseguido. Ya había llegado, así, frente a la manzana y leía un 400 en la pared; ahí, en el centro mismo de una manzana de casas de la ciudad, se destacaba el burdel, prendido de veinticinco alfileres, a la luz de la incendiada Richmond.

Otra explosión conmovió el aire. Julián se dio cuenta de que sonaba a la orilla del río, e instintivamente se echó al suelo al subir un haz de chispas, como un cohete, por el espacio. Aun a tanta distancia, se oía el chisporroteo del fuego devorando maderas a lo largo de su margen y el silbido más agudo del propio río cada vez que engullía sus restos. El ruido se extinguió, pero el rojo resplandor continuaba ascendiendo hasta los cielos. Luego la Stanhope Street volvió a quedar sumida en tinieblas, con la vigorosa silueta intacta.

El fantasma aguardó, cortésmente, a que Julián se pusiera en pie. Sólo que, al mirar por segunda vez, vio dos fantasmas, no uno solo. Y una tercera sombra, paciente como las otras, le cerró el paso de la calle. Aunque hubiera querido hacer otra cosa, no hubiera tenido más remedio que echar por el sendero cubierto de cizaña que conducía al número 427.

Avanzó lentamente, con las dos muñecas levantadas; a aquella distancia podría derribar a dos de los componentes del trío si conseguía sacar las dos pistolas a tiempo… y si la carabina que el tercer fantasma llevaba debajo del brazo dejaba de dar en el blanco…

Luego pisó las podridas tablas del porche con ambas manos en alto y la boca de una segunda carabina apoyada por detrás sobre su cintura. Por lo visto, el fantasma número cuatro le aguardaba allí desde un principio.

Julián se esforzó por sonreír —sin dejar de tener las manos a la vista— al surgir de la sombra proyectada por un pilar, el fantasma número cinco. Al instante reconoció las patillas y la cicatriz que subía, en zigzag, por la mejilla del recién llegado. Era Amós que no se enfadó al echarse él a reír en la polvorienta oscuridad. Amós, vestido con el uniforme de sargento de la Confederación, armonizaba a la perfección con el caótico momento. Como asimismo el trío que abandonó el césped y se acercó al porche, alineándose detrás de su jefe.

Amós llegó junto a Julián y le quitó las pistolas del cinto.

—Parece ser que los dos nos hemos engañado doctor —dijo amablemente—. No cometamos más equivocaciones.

—¿Es usted quién me vigilaba desde el almacén?

—Naturalmente. Crandall no le perdía de vista. ¿Por qué no podíamos imitarle nosotros?

Julián sintió que invadía su cerebro una gran luz y se apoyó en un podrido pilar del porche, sintiendo que le observaban con atención y devolviendo aquellas miradas con expresión de interés.

—Conque éste es su refugio, después de todo, ¿eh?

—Bien se dio cuenta anoche —repuso Amós—. Por cierto que nos extrañó a todos que volviera para asegurarse de que se había equivocado. La verdad es, doctor, que adquirimos la casa número 427 para despistar… en ciertos casos. Es una lástima que no llamara anoche en la casa de al lado, y preguntara si todas las muchachas estaban ocupadas.

Al oír aquello Julián saltó la baranda y corrió césped adelante. Los cinco guerrilleros de uniforme, iban pisándole los talones. Un sexto guerrillero, vestido igualmente de gris, le cerró el paso al subir al porche de la casa número 425 y levantar la mano hasta el ornamentado aldabón dorado. Amós avanzó, sin reñir al guerrillero, y retuvo a Julián todavía un instante con la voz.

—Es gracioso lo del número 425, doctor. Era en efecto, una casa de placer cuando la adquirimos el otoño pasado. El negocio iba bien, pero *Madame* estaba nerviosa. Se figuraba que, con la venida de los yanquis, les sentaría bien a las muchachas un cambio de aires. Al tomarla nosotros la dejamos tal como estaba. Por ello, cuando nuestros amigos de Libby y de Belle Isle necesitaban unos días de descanso, encontraban en ella muchas camas. Y también clientes a docenas que costaba poco despachar. Todo lo que hicimos fue tener siempre una hilera de caballos atados

delante de la casa y, cuando llegaba alguien, decir que las chicas estaban muy ocupadas.

Amós se acercó un paso más, sin apartar los ojos de Julián. La carabina del guerrillero seguía colocada a su nivel.

—Claro que hubimos de seguir tocando el piano y descorchar una botella de champaña de cuando en cuando. El amigo Timmy tiene voz de soprano y acompaña a la música. Desde fuera, cualquiera juraría que es la voz de una mujer que ha bebido demasiado champaña. La señora Juana dice que Timmy lleva las cosas demasiado lejos en ocasiones…, pero yo creo que nos ha salvado la vida.

—¿Está aquí mi mujer?

—En el salón de la planta baja, doctor. No es el sitio adecuado para que una esposa reciba a su marido, pero ¿qué quiere usted?, es la guerra…

Guerrillero y cirujano se miraron un momento en silencio; luego, como Julián se tambaleara un poco, a causa de la emoción que le producía la noticia, cuatro pares de manos le sostuvieron.

—Yo también tengo una noticia que comunicarle —dijo Julián—. Whit Cameron…

—Sabemos lo ocurrido a Whit.

—¿Sabe también que le traía órdenes?

Amós se quedó mirando el papel doblado que Julián le puso en la palma de la mano. Las otras cabezas se inclinaron sobre él a un tiempo, mientras la puerta se abría y se cerraba de golpe.

Juana esperaba sentada en un sofá colocado en mitad de una alfombra turca floreada. En lugar de techo, un dosel de seda se alzaba sobre su cabeza. A su alrededor había una mampara polvorienta de espejos incrustados en la pared: como había dicho Amós, su refugio final había sido un burdel instalado lujosamente. Ahora los espejos reproducían interminables figuras de una Juana adornada con la sencilla capota y la pelliza que llevara aquel día en Glasgow. Tenía las manos posadas modestamente sobre él regazo y los ojos bajos. Lo mismo que los guardianes de la casa, parecía estarle aguardando… alerta, paciente, segura de que llegaría, al fin. Allí, bajo el extraño pabellón de seda, estaba la medicina que le ayudaría a ahuyentar los fantasmas que obsesionaban su espíritu; allí unas manos que abrirían el jardín oscuro en que había estado presa.

Un gran grito, su acción de gradas, brotó de la garganta de Julián, pero se obligo a si mismo a detenerse en el umbral. Y allí estuvo inmóvil, un momento, contemplándola de pies a cabeza largamente, deliberadamente. Parecía querer fijarla en su memoria para que no se desvaneciera en el espejismo de los cristales al mirarla otra vez.

Juana dijo, sin levantar los ojos:

—Me prometiste esperar. Hasta que todo hubiera terminado.

—Para ti todo acabó ya, querida.

—También prometiste que me dejarías decidido por mí misma.

—¿Me perdonarías si se hubiera acabado la guerra?

—Ahora no —dijo ella, y levantó el rostro. Julián se había arrodillado ya junto al sofá y la rodeaba con los brazos. Sólo al unirse sus labios se sintió seguro de que Juana era una realidad.

8

La incendiada ciudad ostentaba, desde el otro lado del James, una pátina roja sobre el fondo oscuro de la noche. En la ribera Sur —donde una masa rocosa se elevaba sobre un prado, a orillas del río— acababa de detenerse una pequeña cabalgata. Constaba de seis dragones, vestidos con el uniforme gris de la Confederación, un hombre con uniforme de brigadier y una mujer esbelta, con capota y pelliza, que montaba en su silla de amazona con graciosa soltura. El observador hubiera podido ver que los jinetes estaban rezando. Quizás el grupo rindiera un silencioso tributo… a su manera. No cabía confundir su vehemencia cuando bajó vivamente, al trote, por la ladera de la colina, en dirección al camino que se extendía como una cinta hacia el Sur, a la luz de la luna.

Al llegar a la primera curva, el hombre que llevaba el uniforme de general tiró de las riendas y atrajo a sí, con una mirada, a sus camaradas. La mujer de la silla de amazona estaba ya a su lado, y mientras él hablaba le sonreía, acercándose más.

—La frontera de Carolina dista cincuenta millas. Llegaremos allí al amanecer, si se dan prisa.

—Todos somos veloces y estamos acostumbrados a correr —observó la joven.

El hombre del uniforme le dirigió, a la luz de la luna, una sonrisa.

—Naturalmente. Debí recordarlo. Pero ¿estás segura?, ¿lo están todos ustedes?, ¿de que es prudente continuar unidos?

—No olvides tampoco que prometiste vendernos «Chisholm Hundred» —dijo ella—. Justamente a mi lado tengo un testigo en este momento. Cuando lleguemos a Cabo Fear, los demás estarán allí aguardándonos.

—Entonces, ¿el trato sigue siendo un trato?

—Siempre lo fue.

Julián Chisholm se despojó del guante de ordenanza para sellar su pacto una vez más. Después de estrechar la mano de su esposa, le pareció lo más natural del mundo repetir la ceremonia con cada uno de los miembros de la escolta, y así lo hizo. Después, cosa natural también, avanzaron todos en masa, cantando a medida que avanzaban. La canción tenía un estribillo que jamás sonaría de modo vulgar en los oídos de los habitantes del Sur:

In Dixie Land I shall take my stand,
To ilb and die in Dixie

«Sí —reflexionó Julián—; así lo ha hecho cada uno de nosotros a su modo, obstinado, si se quiere, durante toda la guerra». Y, una vez concluida, era de buen agüero que pudieran entonar juntos aquella canción, sin confundir su significado ni perder el reto

que entrañaba.

FIN



FRANK GILL SLAUGHTER, escritor norteamericano nacido en 1908 en Washington y fallecido en el 2001, famoso por sus *best seller*, fue uno de los autores norteamericanos de más éxitos vendiendo más de sesenta millones de ejemplares de sus novelas.

Aunque nació en Washington D. C., Slaughter se crió en una granja cercana a la ciudad de Oxford en el estado de Carolina del Norte. A los 22 años acabó sus estudios en la escuela de medicina de Jones Hopkins. Ejerció la medicina como cirujano en el Hospital Riverside de Jacksonville de 1934 a 1942. Luego participó como médico en la Segunda Guerra Mundial. Acabada la contienda volvió a ejercer como médico compaginando su carrera de medicina con la de escritor. Destacó tanto como escritor de novelas de médico, así como las de temas históricos, especialmente recuperando personajes bíblicos.

Notas

[1] Brazo de mar. <<

[2] Pócima que se suponía que calmaba las penas. <<

[3] Esclavo a quien su amo había llevado a Illinois, donde se había abolido la esclavitud y donde dicho esclavo reivindicó su libertad en un proceso que se hizo famoso por su duración (1850-1857) y porque fue una de las causas de la guerra civil. <<

[4] Fósforo. <<

[5] —¿Estas melancólico, Julián? ¿Por qué?

—¿Yo triste? ¡Jamás! (En francés, en el original). <<

[6] *Cien meses han pasado ya, Lorena, desde que tuve tu mano en la mía, y rápido sentí latir su pulso …y el mío aún más rápido latía.* <<

[7] *Cien meses han pasado ya. Lorena, desde que tuve tu mano en la mía…* <<

[8]

Tu corazón y el mio, ya muy pronto
reposarán tranquilos, ¡oh, Lorena!
que la corriente de la vida es rápida
en su descenso, mí amada Lorena.
Mas un mañana llegará, a Dios gracias,
pues ¡de la vida es parte tan pequeña
este polvo que aquí se Junta al polvo!
Tu corazón y el mio. Allí, Lorena… <<

[9] Así en el original. Puede traducirse como sigue:

Dejemos ya todo duelo.
cantemos con alegría.
y vayamos a dar
las Pascuas a María. <<

[10] Los pantalones femeninos. <<

[11] Especie de balandro sin foque. <<

[12] Aguardiente da malta o centeno. <<

[13] Así se llamaron los primeros buques de hierro. <<

[14] *Sí, esas palabras layas, oh Lorena, arden en mi recuerdo todavía, y sus cuerdas sensibles, mi Lorena, hacen vibrar con su melancolía…* <<

[15] *Doc*, la abreviatura de doctor. <<

[16] «*El corazón tiene sus razones, que la razón no comprende*». <<

[17] Mirad, mirad, mirad allá lejos, la tierra de Dixie <<

[18] *En la tierra de Dixie me estableceré, para vivir y morir en Dixie…* <<

[19] El Diablo.<<

[20] *Pero Doodle (el haragán o yanqui), sabe tan bien como yo que cuando en su celo los haya liberado verá morir a un millón de negros antes de ayudar a alimentarlos.* <<